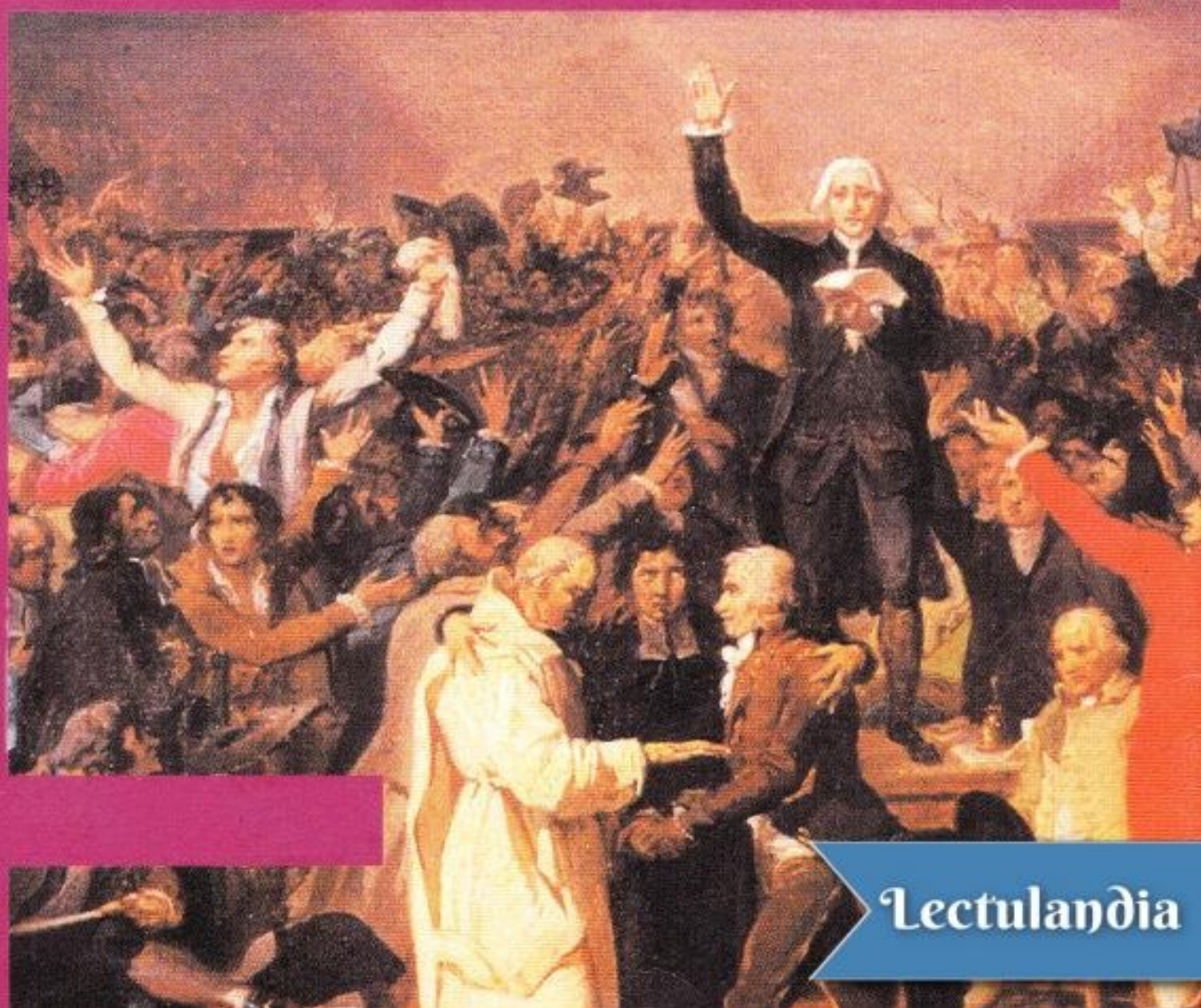


NOVELA HISTÓRICA

LA SABIDURÍA DE LOS LOCOS

Lion Feuchtwanger



Lectulandia

La civilización había corrompido el mundo. Se hacía necesario volver a la sencillez, a la naturaleza. El marqués de Girardin, desde el momento en que leyó los textos de Rousseau, transformó su vida en función de ese espíritu. Formó a su hijo Fernando de acuerdo con los principios educacionales del *Emilio*; en sus posesiones de Ermenonville creó un paisaje como el que Jean-Jacques había descrito en su obra *La nueva Eloísa*, y también merecieron su aprobación los novedosos planteamientos políticos de *El contrato social*.

En ese tiempo Rousseau acepta la invitación para residir en Ermenonville. Para Fernando, la presencia del venerado maestro supondrá la mayor de las alegrías. Sin embargo, pronto lo asaltarán dudas sobre la autenticidad de Rousseau. Lo desconciertan las discrepancias entre las teorías de sus escritos y la realidad de su propia vida cotidiana. Fernando lee en secreto *Las confesiones* y descubre que no fue el orgullo ciudadano lo que en su momento impidió a Rousseau acudir a la audiencia con el rey, lo que le supuso la pérdida de la pensión que le había sido prometida, sino su afección de la vejiga. Y los propios hijos del filósofo no habían disfrutado de sus novedosos principios educativos, ya que los había abandonado en el orfanato.

Pero el pueblo celebra a Jean-Jacques, tras su muerte, como padre de la Revolución...

Lectulandia

Lion Feuchtwanger

La sabiduría de los locos

o

Muerte y glorificación de Jean-Jacques Rousseau

ePub r1.0

Titivillus 01.02.16

Título original: *Narrenweisheit*
Lion Feuchtwanger, 1952
Traducción: Ana Tortajada
Diseño de cubierta: Gerardo Domínguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los grandes personajes son meteoritos que se consumen a sí mismos para iluminar el mundo.

NAPOLEÓN

PRIMERA PARTE

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JEAN-JACQUES

Los más ciegos, sin embargo,
son hijos de los dioses. Porque el ser humano
conoce su casa, acecha al animal y sabe dónde cultivar,
pero a ellos se les ha negado la capacidad
de saber hacia dónde ir con sus almas inexpertas.

HÖLDERLIN

Un invitado deseado

COMO cada mañana, después del desayuno, monsieur de Girardin leía el correo; leía sin excesiva atención, por un cierto sentido del deber.

De pronto su rostro expresó una alegre sorpresa.

¿Era posible? ¿No se engañaba? Monsieur de Girardin no se había atrevido a alimentar aquella esperanza. Pero había sucedido, la buena nueva estaba en sus manos: ¡Jean-Jacques vendría! Ahí lo ponía, su amigo Lebègue se lo había escrito: ¡aquel hombre tan venerado, el más grande entre los vivos, Jean-Jacques Rousseau vendría!

Monsieur de Girardin iba de un lado a otro, con la carta en la mano, y la leía una y otra vez.

La filosofía de Jean-Jacques Rousseau había impreso en su vida una huella profunda. René-Louis, marqués de Girardin, conde de Vauvré y Brégy, seigneur de Ermenonville y de otros señoríos y terrenos, había sido primer chambelán y comandante de la Guardia de Corps en la corte del rey de Polonia, en Lunéville. Había llevado una vida plena y muy envidiada. Pero cuando, unos doce años atrás, empezó a familiarizarse con los libros de Jean-Jacques, el ciudadano de Ginebra, reconoció la vacuidad de esa vida suya y, como a muchos otros, se le reveló el sentido de la existencia. El mundo había sido destruido por la civilización; quien quisiera librarse de la torturadora sensación de aburrimiento debía encontrar el camino de regreso a la sencillez, a la naturaleza. Y el marqués había abandonado la corte de Lunéville para reorientar su vida siguiendo las enseñanzas del maestro. Se manifestó a favor de las novedosas políticas que Jean-Jacques predicaba en su libro *El contrato social*, educó a su hijo y heredero Fernando de acuerdo con los principios que proclamaba Jean-Jacques en su novela educativa *Emilio*, reformó su propiedad de Ermenonville hasta convertirla en un paisaje como el que describía Jean-Jacques en su novela de amor *La nueva Eloísa*.

Hacía años que Jean-Jacques vivía de nuevo en París, desterrado por un edicto, condenado al ostracismo. Monsieur de Girardin sentía la ardiente necesidad de aproximarse al gran maestro, de intercambiar con él pensamientos y conversaciones. Pero Jean-Jacques era un hombre retraído, el marqués solo había podido visitarlo una sola vez, años atrás.

Había sabido que Jean-Jacques, después de haber sido el centro de numerosas controversias en París, buscaba de nuevo un refugio tranquilo en el campo. Monsieur de Girardin le había ofrecido su hospitalidad, en una cordial y respetuosa carta, y a través de un amigo común, el doctor Lebègue, le había expuesto las ventajas que ofrecía su propiedad de Ermenonville. Pero había muchos grandes señores que competían por tener a Jean-Jacques bajo su techo, el marqués sabía que sus esperanzas eran reducidas. Y ahora, a pesar de todo, ¡él era el elegido!

Se preguntó si debía comunicar de inmediato a su hijo Fernando la gran fortuna

con que había sido bendecido el castillo de Ermenonville. Se contuvo. Su corazón estaba lleno de las ideas liberales de Jean-Jacques, pero había conservado de su época militar la disciplina y un estricto sentido del deber. Después del desayuno debía realizar su recorrido por los jardines. Así lo había establecido, así, por lo tanto, iba a hacerlo también esa mañana. Aplazó el feliz anuncio. Aquel caballero alto y enjuto, de unos cincuenta años de edad, se puso el sombrero plano, de ala estrecha, y tomó el bastón de caña de Indias, largo y flexible, con la empuñadura de oro. Así, vestido con sencillas ropas de campo, con la casaca larga y las botas cortas, salió al exterior. Un pequeño séquito se unió a él, el intendente, el jefe de jardineros, un miembro del servicio.

La visita diaria a su parque era la ocupación favorita de René de Girardin. Y ahora, puesto que los jardines, gracias a la presencia de Jean-Jacques, cobrarían su máximo sentido, el paseo le produjo el doble de alegría.

Monsieur de Girardin, sacando buen provecho de las enseñanzas de Jean-Jacques, había redactado un *Manual de la arquitectura rural* muy completo, y los alrededores de su castillo eran el resultado de convertir las teorías en realidad. En lugar de la rigidez y la afectación de los jardines de Versalles, su parque de Ermenonville debía transmitir a aquellos que se adentraran en él una intensa sensación de naturaleza. De toda la naturaleza. Suaves dehesas y sombríos bosques, salvajes cascadas, mansos riachuelos y un lago melancólico y encantador, paisajes rocosos agrestes e imponentes y un plácido valle, todo allí formaba una unidad, de modo que quien paseara pudiera ir de un entorno a otro, según su estado de ánimo, y armonizar el paisaje exterior al interior. También se hacía referencia al pasado, a la eternidad. Aquí y allá, en el extenso parque, se levantaba un pequeño templo o unas minas que recordaban las grandes épocas de Grecia y Roma, e inscripciones de todo tipo, talladas en los bancos, grabadas en las columnas o incrustadas en los árboles, citas clásicas y modernas, ponían de relieve las connotaciones emocionales de aquellos lugares.

En ese mundo se sumergía día tras día el marqués, observando, inspeccionando. El efecto estaba muy logrado; pero siempre encontraba fallos, aspectos perfeccionables que no habían alcanzado todavía la plenitud, y esa era una eterna espina y un placer diario. Con gesto marcial levantaba el largo y flexible bastón y daba órdenes a jardineros y constructores, propinando ligeros golpecitos al objeto o incluso al hombre, «Le Père la Tapette» —el padre del bastoncito— llamaban sus gentes al bondadoso y activo señor. Hoy su mirada era más escrutadora de lo habitual, su actividad más apremiante; ya que su obra debía merecer la aprobación de Jean-Jacques.

Avanzó por la orilla del lago; arriba, en una lejanía aparente, se alzaba un pequeño templo, «El Templo de la Filosofía». Cruzó un apacible prado donde pastaban algunos rebaños, siguió por la «Avenida de los Sueños», subió por el sendero del bosque hacia los peñascos de la «Soledad». Disfrutó de la amplia vista,

rica en matices, que se le ofrecía desde allí. Se sentía lleno de confianza: su mundo superaría el examen de aquel que lo había soñado.

Y qué bendita premonición, hacía apenas tres semanas le había dado a Girardin la idea de construir el chalé suizo, la casita alpina. El marqués se acercó a las obras. Sí, avanzaban a buen ritmo. Durante un par de semanas, Jean-Jacques tendría que alojarse en la casa de verano, pero luego podría mudarse allí, al chalé. El chalé se levantaba en lo alto de un prado, sobre una suave pendiente, en un paisaje boscoso apenas tocado por la mano del hombre. Esta era la campiña de *La nueva Eloísa*, «El Paraíso de Clarens». Jean-Jacques viviría en un entorno donde Saint-Preux y Julie vivían su eterna poesía.

El marqués había terminado su ronda. Ahora podía permitirse la gran alegría de anunciar a su hijo la inminente llegada de Jean-Jacques.

Lo mandó llamar. Fernando acudió. Fernando —como heredero del seigneur de Ermenonville ostentaba el título de conde Brégy— tenía diecisiete años, vestía aún con mayor sencillez que el marqués; en lugar de la habitual y lujosa casaca y un costoso jubón bordado, iba en mangas de camisa.

—¡Conde Fernando! —anunció el padre al expectante muchacho—. ¡Qué feliz noticia! ¡Nuestro amigo y maestro Jean-Jacques va a venir! ¡Se quedará a vivir en Ermenonville!

Los grandes ojos negros de aquel hombre joven brillaron con tal arrobamiento que el padre se conmovió.

—¿Qué te parece, hijo mío? —dijo esforzándose en bromear para tratar de ocultar su emoción—. ¿Crees que lo he hecho bien? ¿Responde esto a tus deseos?

Fernando, con esfuerzo, con la voz tomada, respondió:

—Os lo agradezco, mi señor padre. ¡Mucho, mucho!

Se adentró solo en el bosque donde morían los jardines. Había allí un claro escondido donde se refugiaba a menudo cuando quería reflexionar acerca de algún acontecimiento. Se echó sobre el musgo, bajo un centenario pino negral, su particular amigo. Se entregó a sus pensamientos.

Sí, su padre lo había hecho muy bien. Pero consideraba un triunfo personal suyo, de Fernando, que Jean-Jacques hubiera tomado aquella decisión. Porque Jean-Jacques, y eso, por supuesto, era un gran secreto, era su amigo. Y es que aquella vez que su padre tuvo la buena fortuna de ser recibido en París, en la casa del retraído filósofo, él lo había acompañado. Llevaron con ellos diversas partituras, para que Jean-Jacques las copiara; era una de las peculiaridades del maestro que no quería ganarse el sustento por medio de su filosofía, sino con un trabajo manual, copiando partituras. Allí, pues, en la sencilla vivienda de la Rue Plâtrière, en el cuarto piso, Fernando se había encontrado frente a frente con aquel hombre enjuto, su mirada se había sumergido en sus ojos repletos de Dios y de la Verdad y se había sentido sacudido por la sencillez del más grande de entre los vivos. Y entonces había osado abrir la boca. Le dijo que la antigua versión de la pequeña ópera de Jean-Jacques, *El*

profeta del pueblo, le gustaba más que la nueva, que se escenificaba entonces en París; Jean-Jacques había sonreído con sabiduría, con dulzura y amargura, y había respondido que el joven caballero no andaba desencaminado, la nueva versión era afectada y artificiosa, pero había motivos para que fuera esa la versión que se había llevado a escena. Y entonces lo autorizó a él, no a su padre, a visitarlo una segunda vez, para recoger las partituras copiadas, y de nuevo Jean-Jacques había conversado con él. Y le permitió ir a verlo una tercera vez. Sí, ¡tres conversaciones había mantenido Fernando con el maestro! No había lugar a dudas, si Jean-Jacques iba a ir ahora a Ermenonville, no era por su padre: iba por él, por Fernando.

Sintió que el corazón iba a estallarle de gozo, tenía que expresar su júbilo, tenía que gritar, el bosque allí en el claro le devolvió un eco maravilloso. Gritó:

—¡Jean-Jacques! ¡Oh, bosque, vamos a ver a Jean-Jacques! —gritó—: ¡Bienvenido, Jean-Jacques! ¡Jean-Jacques! ¡Jean-Jacques! —y la respuesta le llegó multiplicada por cien.

No le bastaba con comunicar su alegría a los árboles. Ellos no podían comprender que Jean-Jacques iría a él, ¡a él! Tenía que compartir ese secreto que lo llenaba de orgullo con un ser humano que lo comprendiera.

Cabalgó hacia el castillo Latour, donde vivía su amiga Gilberte. Cabalgó tal como estaba, en mangas de camisa y sin peluca, su pelo oscuro se agitaba al viento. Aquel hombre joven, alto y delgado, de rostro huesudo, con la nariz grande y audaz, el cuello largo y la prominente nuez de adán, no era hermoso, pero sus ojos negros y entusiastas le conferían hermosura.

Llegó al castillo Latour, corrió de inmediato a encontrarse con Gilberte. La encontró en traje de gala, en plena lección de baile, rodeada por su dama de compañía, su gobernanta inglesa, su profesor de baile.

Gilberte Robinet de Latour era fruto de la unión ilegítima de un caballero de la nueva nobleza, muy rico, con una actriz insignificante. Ambos habían muerto a temprana edad, y ella había sido entregada a la tutela de su abuelo. Este, el muy acaudalado arrendatario general Robinet, tomó un gran afecto a la criatura, adoptó a Gilberte y la nombró su heredera universal. Fernando y Gilberte se habían hecho muy amigos. El marqués no veía con buenos ojos la relación de Fernando con una muchacha de la más baja nobleza y de orígenes más que dudosos. Le resultaba penoso pensar siquiera en que su primogénito, para casarse con ella, tendría que pedir la aprobación del rey; porque si el rey no daba su consentimiento a un matrimonio con una mujer que no fuera de su mismo rango, el conde Fernando y sus descendientes perderían su derecho al señorío de Ermenonville y a sus otros privilegios. Pero Girardin reprimía su desagrado; no quería traicionar la filosofía de Jean-Jacques.

Pero puesto que aceptaba acoger a Gilberte en su familia, también quería participar en su educación. Hasta dónde debía llegar esa participación, había sido motivo de muchas y prolongadas discusiones con el astuto y burlón abuelo de

Gilberte, el arrendatario general Robinet. A este no le desagradaba Fernando, y encontraba divertido que su nieta, nacida ilegítima, llegara a formar parte, por matrimonio, de la alta nobleza; pero no quería dejarse influir en la educación de su Gilberte. Conocía a Rousseau y consideraba sus ideas un estimulante objeto de conversación, pero las consideraba utópicas, y le gustaba burlarse de los Girardin con motivo de su entusiasmo por aquel hombre que pretendía «hacer de todos nosotros unos salvajes canadienses». No se oponía a que Gilberte, de vez en cuando, usara un traje típico campesino, y permitía que en algunas ocasiones fuera a pie hasta el castillo de Ermenonville o incluso que fuera sola a caballo hasta allí, vestida de hombre, *à l'amazone*. Pero, Rousseau aquí, Rousseau allá, debía comportarse como correspondía a una joven dama de rango.

Además, este año debía ser presentada en sociedad, y monsieur Robinet hizo que la instruyeran con esmero en el complejo ceremonial de los salones y las salas de baile.

En medio de una de estas lecciones la encontró Fernando. Le pareció que el traje de gala afeaba a la joven alta y vivaz; el rostro, amplio, franco y cálido de Gilberte, resultaba mucho más natural sin polvos; su boca, grande y alegre, era mucho más hermosa sin aquellos lunarcillos postizos. Pero tenía que resignarse a que vistieran a su amiga y amada de esa manera, no podía hacer más que sentarse sombrío junto a la pared, mirar y esperar.

Gilberte se había dado cuenta enseguida de que algo importante había sucedido. Asumió el posible enojo de su abuelo, hizo una profunda reverencia a sus acompañantes como correspondía en un baile y dijo:

—Disculpadme, señores y señoras —dio media vuelta, dejando a todos boquiabiertos, tomó a Fernando de la mano y lo condujo a su pequeño gabinete.

Le llevó algo más de tiempo abandonar el papel de gran dama. Se sentó con magnificencia en un sofá y le indicó que tomara asiento en una silla pequeña y dorada. Quedaron así, sentados uno frente a la otra, él con la camisa abierta y los pantalones gastados, ella en un fastuoso vestido de baile. Sus hombros sobresalían delicados entre el brocado, el pelo abundante, de un rubio oscuro, empolvado y recogido hacia arriba, por encima de su frente redondeada, infantil, algo testaruda.

—¿Qué sucede, Fernando? —preguntó.

Fernando respondió:

—¡Jean-Jacques va a venir! ¡Vivirá en Ermenonville! —y a continuación, incapaz de esperar por más tiempo, le contó el secreto que lo llenaba de orgullo. Le contó sus tres conversaciones con el maestro en París, dando a cada una toda su importancia. Exclamó triunfal—: ¡Viene a verme! ¡Jean-Jacques viene! ¡Viene por mí!

No podía permanecer sentado en su silla dorada. Iba de un lado a otro. Frases entusiastas salían a borbotones de su boca, atropellándose. Su padre, a pesar de lo grande y abierto que era su corazón, estaba demasiado influido por las caducas ideas de las cortes de Versalles y de Lunéville. Las enseñanzas de Jean-Jacques no podían

escribirse sobre una hoja que ya no estaba en blanco. Solo ellos, los jóvenes, comprendían del todo sus maravillosos pensamientos y sentimientos, tan sencillos y al mismo tiempo tan nuevos. En las colonias inglesas de América, en el nuevo mundo, aquellos que luchaban por la independencia estaban tratando de hacer realidad la filosofía de Jean-Jacques. Y si ahora, a Gilberte y a él les había sido concedido vivir en el más estrecho círculo del maestro, y tendrían la inenarrable dicha de escuchar a diario su dulce y grave voz, eso les daría la fuerza necesaria para contribuir a la construcción de una nueva Francia, en consonancia con el espíritu de Jean-Jacques.

Gilberte escuchaba. Había pasado la infancia con su madre, la actriz, había vivido muchas peripecias, su madre le había dejado en herencia su buen sentido práctico; también de su abuelo oía Gilberte a menudo sazonadas y realistas observaciones. Sus ojos contemplaban el mundo con mayor claridad que los Girardin, distinguían entre el sueño y la realidad. Y ahora que veía a Fernando con sus ropas provocativamente sencillas ir y venir por el elegante gabinete, repleto de todo tipo de refinamientos, y viendo su nuez de adán saltando por su largo y desnudo cuello, y a toda su persona agitándose en movimientos desgarbados, no se le escapó en modo alguno lo grotesco de la situación. Pero también vio sus ojos llenos de entusiasmo, con la mirada perdida, por encima de la nariz grande, percibía la emoción en su voz, sabía lo que significaba la anunciada llegada de Jean-Jacques para su buen amigo, inteligente y valiente, ardoroso defensor de cientos de causas, y ni siquiera se sonrió ante su desbordante entusiasmo.

La elocuencia y la magia de Jean-Jacques, las emociones de *La nueva Eloísa* también la habían conmovido a ella, y se sentía llena de curiosidad y expectación ante el encuentro con el creador de esa obra. Y sería magnífico, cuando estuviera en Saint-Vigor, la propiedad que su abuelo tenía cerca de Versalles, donde iba a ir a pasar unas semanas, poder hablar a los señores y las damas los encuentros que habría tenido con el mayor escritor del siglo.

Fernando le propuso que, como hacían a veces, leyeran juntos algunos fragmentos de *La nueva Eloísa*, en Ermenonville, en el paisaje de Jean-Jacques. Ella aceptó de inmediato.

Se cambió de ropa, ahora ambos vestían el atuendo adecuado al mundo de Jean-Jacques. Cabalgaron hacia Ermenonville. Leyeron acerca del amor puro, profundo y ardiente de Julie por Saint-Preux y de Saint-Preux por Julie. Se convirtieron en ellos, se besaron, lejos de la frívola galantería de la corte y de la ciudad de París, eran felices sin desear nada más.

La mujer de Jean-Jacques

El doctor Lebègue llegó a Ermenonville para comunicar al marqués los deseos y condiciones de Jean-Jacques.

El famoso médico tenía amistad tanto con Girardin como con Jean-Jacques. Este le había otorgado su confianza porque el doctor Lebègue, rechazando la medicina en boga, no trabajaba contra la naturaleza, sino con ella.

Lebègue contó cómo había convencido a Jean-Jacques para que se trasladara a Ermenonville. Primero se había ganado a las mujeres. Y es que en las cuestiones de su vida cotidiana, Jean-Jacques dependía de su mujer, Teresa, y esta a su vez obedecía ciegamente a su madre, la vieja señora Levasseur. La vieja era codiciosa, él, Lebègue, la había sobornado con pequeñas atenciones. Además, le había asegurado que el marqués se encargaría de que sus criados se ocuparan del traslado de sus cosas y la indemnizaría personalmente por el trastorno de la mudanza; le aconsejó que, de entrada, le hiciera llegar a madame Levasseur cincuenta libras, para sus gastos. Si todo iba bien, Jean-Jacques llegaría primero, solo, en el transcurso de la semana siguiente, las mujeres lo harían poco después, en cuanto hubieran cerrado la casa de París.

Los días siguientes, el marqués y Fernando los pasaron a la espera. Pero la semana transcurrió, e incluso un par de días más y Jean-Jacques no llegó. Luego recibieron recado, pidiendo que el marqués tuviera la amabilidad de mandar a París un coche y gente para la mudanza.

Llegaron los muebles y llegaron las mujeres, Teresa y su madre. Pero no Jean-Jacques.

Monsieur de Girardin estaba desconcertado. ¿No le había dicho el doctor Lebègue que Jean-Jacques llegaría antes que las mujeres? Ellas mismas estaban sorprendidas; Jean-Jacques había abandonado París días atrás. Pero no estaban muy preocupadas. Aquel hombre extravagante, dijeron, a menudo daba rodeos y se perdía un tiempo por ahí; ya llegaría.

El marqués recuperó la compostura y expresó con palabras corteses su alegría por la llegada de las damas. En su visita a París solo había visto a Teresa de forma fugaz. Sabía que cuando Jean-Jacques la conoció, en su primera juventud, era camarera de un hotel destartado. Ahora debía tener unos treinta y siete o treinta y ocho años. Llevaba un vestido sencillo de siamoise floreada, una tela barata, mezcla de hilo y algodón; el cabello castaño se ocultaba bajo una cofia pequeñoburguesa. Madame Rousseau le pareció vulgar al marqués, aunque no carente de atractivo. Su rostro, algo lleno, era poco expresivo, pero sus ojos, grandes y melancólicos, podían resultar atractivos para algunos hombres, así como los movimientos indolentes de su cuerpo. Miraba a las personas y a las cosas despacio, de modo ingenuo, sin vergüenza ni modestia. Hablaba poco y parecía costarle esfuerzo elegir las palabras adecuadas.

Por el contrario, madame Levasseur, la madre, tenía mucha labia.

—Nací en Orleans, pero soy parisina —dejó claro. Era mayor, debía tener más de setenta años, pero estaba fuerte y llena de vivacidad. Su pequeña figura estaba

constreñida por sus carnes abundantes, el vestido negro ceñía los poderosos pechos, le costaba respirar. No se amilanaba. Era consciente de que debido a su personalidad y en calidad de suegra de Jean-Jacques podía plantear exigencias, y sus ojos duros, rápidos, negros y penetrantes miraban escudriñadores y belicosos por encima de su nariz pequeña.

El marqués mostró a las mujeres la casa de verano en donde deberían vivir de forma provisional. Era un pabellón muy cercano al castillo, una construcción rural de dos pisos, muy bonita; tiempo atrás había vivido en ella el castellano.

—Para vuestro servicio personal —dijo Girardin— os mandaré una criada del castillo.

—Solo faltaría, señor marqués —contestó madame Levasseur—, que mi yerno no pudiera arreglárselas solo con nuestra ayuda.

Y Teresa, con su voz bastante grave y monótona, añadió:

—Jean-Jacques solo quiere ser atendido por mí, y así es como debe ser.

El doctor Lebègue ya había advertido a Girardin que si querían evitar tener dificultades con Jean-Jacques, debía tener en consideración a las mujeres. Acostumbrado desde su época de militar a dar órdenes, se reprimió y expuso con paciencia que aquello no era como París y que, incluso para cuestiones de poca monta, era necesario hacer largos recorridos. Para conseguir, por ejemplo, los medicamentos que, según le habían dicho, el maestro necesitaba, había que mandar a buscarlos a la farmacia de Dammartin o de Senlis. Era conveniente que hubiera una comunicación permanente con el castillo, que las damas contaran con servicio particular. Rogaba de nuevo autorización para poner a su disposición una criada.

—Si insiste, señor marqués —contestó madame Levasseur—, aceptaremos, y con agradecimiento.

Aunque Teresa puntualizó, con flemática tozudez:

—Pero la persona que se empeña en mandarnos no debe dejarse ver por Jean-Jacques. Quiere que se respete su tranquilidad. Para eso ha venido. Nadie debe entrar en la casa sin su autorización expresa. Y cuando no esté yo o mi madre, la casa debe permanecer cerrada.

Madame Levasseur medió:

—Mi señor yerno tiene algunas veleidades muy propias de él —pronunció cada sílaba de la palabra culta por separado—. Todos los grandes hombres tienen sus manías.

A Girardin no le gustaba nada en absoluto que en los límites de su propiedad hubiera espacios a los que se le negara el acceso a él, el seigneur de Ermenonville. Pero tenía copias de las llaves de la casa de verano, como de todos los edificios de sus amplias posesiones, bien custodiadas en su dormitorio.

—Se cumplirán vuestros deseos, señoras —dijo—. Y creo que dispongo también de la persona adecuada para vuestro servicio. Se trata de mi recadero y factótum Nicolás. Estará siempre en el castillo a vuestra disposición. Está habituado a cumplir

mis indicaciones a conciencia, no mostrará la menor curiosidad. Por lo demás, es un buen jinete y puede cabalgar hasta la ciudad cuando os haga falta cualquier cosa. Os lo mandaré luego para que se presente.

El ajuar de las mujeres había sido descargado. El marqués les anunció que hablaría con ellas más tarde para informarse de sus deseos, y se despidió.

Las mujeres habían salido muy temprano de París. Hacía calor. Estaban cansadas. Una vez colocados los muebles, quisieron descansar. Madame Levasseur subió al piso de arriba donde estaba su cama. Teresa cerró la puerta de la casa con llave, se quitó el vestido y se echó en la cama, en la alcoba, y se adormeció.

De pronto se incorporó lanzando un breve grito. Había alguien en la habitación, un mozo no muy alto, de un rubio rojizo, delgado, de piernas esparrancadas.

—Perdone, madame —dijo con voz gangosa en un francés extraño—. He llamado, y como nadie respondía, he entrado.

Teresa se había echado el chal por encima.

—Pero si he cerrado con llave —dijo.

—El señor marqués —le informó el mozo— me ha dado su llave de repuesto por si las damas hubieran salido al jardín. El señor marqués manda a las señoras estas frutas y dulces.

Colocó el cesto sobre la mesa y lo fue vaciando con parsimonia. Desde la alcoba en penumbra, Teresa lo miraba, sentada en la cama, en silencio, los hombros desnudos, algo encogidos, ocultos bajo el chal.

El mozo había terminado, pero no parecía tener la intención de retirarse. Contemplaba a Teresa, su rostro cálido, de piel oscura y algo difuminado con aquellos ojos marrones y mansos de animal, su cuello redondo y liso, los pechos grandes que se intuían bajo el chal.

—Soy, por decirlo de algún modo, vuestro criado de cámara, madame —le explicó mientras hacía una reverencia irónica por lo exagerada—. Los franceses no saben pronunciar bien mi nombre. Llamadme simplemente Nicolás.

Sus ojos insolentes y pálidos, por encima de la nariz prominente, de fosas anchas, miraban fijamente y sin apuro a Teresa, sentada medio desnuda bajo su chal, envuelta en el cálido efluvio que emanaba su cuerpo ligeramente voluptuoso. De su primer sobresalto le quedaba cierta desconfianza hacia aquel hombre, pero la manera en que la contemplaba, insolente, concupiscente y sin apartar la vista, añadía al desagrado un ligero cosquilleo. Ella guardó silencio, siguió sentada, los ojos marrones y lentos clavados en él; no se movió.

—¿Hay algo en este momento en lo que yo pudiera ser de utilidad a las señoras? —se ofreció él. Ella, con su voz indolente, respondió que lo preguntaría a su madre. Subió las escaleras, él la siguió con los ojos, la larga combinación dejaba intuir unas caderas agradablemente redondeadas. Ya no era joven, pero sí un apetitoso pedazo de carne de mujer bien conservado.

Ella bajó las escalera acompañada de la vieja madame Levasseur.

—El señor marqués me ha encargado, madame —dijo de nuevo con exagerada cortesía Nicolás—, que me ponga a vuestra entera disposición.

Madame Levasseur lo miró de la cabeza a los pies.

—Habláis un francés extraño, joven —dijo, y en su voz carente de todo vigor se percibía el rechazo.

—Soy súbdito de Su Británica Majestad, madame —explicó Nicolás.

—Creo —añadió con sequedad madame Levasseur— que no vamos a precisar muy a menudo de vuestros servicios, monsieur. Como mucho para que hagáis algún recado cerca.

—También, si lo deseáis, puedo ir más lejos, a caballo —dijo Nicolás, y volviéndose hacia Teresa añadió—: Y si la señora quiere montar, será un honor para mi enseñarle ciertas artes. Fui el principal domador de caballos de míster Tattersall en Londres. El señor marqués me hizo venir para que supervisara y pusiera en orden sus caballerizas.

Teresa lo miró sin curiosidad, pero con insistencia.

—Lo más importante es que mi señor yerno no os vea —dijo madame Levasseur—. No le gustan los —buscó la palabra— rostros extraños.

—¿Qué es lo que no le gusta? —preguntó Nicolás.

—Las caras desconocidas —explicó madame Levasseur.

Nicolás miró fijamente a la morena Teresa.

Cuando refrescó, llegó, tal y como lo había prometido, monsieur Girardin. Alabó la rapidez con que las damas habían hecho habitable el lugar y las animó a visitar el parque en su compañía.

Ante la casa esperaba un joven señor, Girardin lo presentó como su hijo, el conde Brégy. Fernando se unió al grupo; despacio, los cuatro recorrieron el parque.

El marqués, acostumbrado a oír manifestaciones de entusiasmo de sus visitas, esperaba que las mujeres de Jean-Jacques se deshicieran en exclamaciones elogiosas. Pero madame Levasseur solo dijo:

—Muy bonito, muy agradable, ¿verdad Teresa? —Y añadió—: Qué frescor tan agradable.

Finalmente, el decepcionado marqués no pudo resistirse a dar una explicación:

—Este pequeño viñedo se ha hecho de acuerdo con el paisaje que Jean-Jacques describe en el libro quinto de *La nueva Eloísa*. Recordaréis, la fiesta de los viñadores.

—Ciertamente —dijo Teresa. Y madame Levasseur, también sin entusiasmo, dijo:

—*La nueva Eloísa*, sí, a menudo nos leyó fragmentos en voz alta mientras la escribía. La escribió en papel de cantos dorados, y tenía que tener arena secante plateada y azul. Lo hicimos traer todo de París. Un libro interesante.

El marqués se sentía lleno de amargura.

Los senderos se estrechaban, se dividieron. Girardin y madame Levasseur

pasaron delante. Teresa y Fernando los seguían.

Fernando estaba aún más asombrado que su padre ante la apatía de las mujeres. Había visto a Teresa en París, no se había atrevido a hablar con ella demasiado, pero ya entonces se había dado cuenta de que tenía un espíritu simple. Sabía, como todo el mundo, que sus orígenes eran humildes; se había explicado la boda de Jean-Jacques como un acto simbólico, suponía que su matrimonio era una metáfora de su relación con el pueblo. Ahora que ya no se sentía intimidado por la vergüenza y el respeto que le había inspirado en sus encuentros en París, ni la presencia del maestro, Fernando se permitió contemplar de cerca a Teresa para descubrir las grandes y sencillas cualidades que la mujer sin duda poseía, las virtudes que habían empujado a Jean-Jacques a convertirla, precisamente a ella, en su compañera.

La miró de lado, algunos cabellos castaños se escapaban de la cofia burguesa. Ella no parecía tener nada en contra de que la observara, incluso volvió el rostro hacia él, devolviéndole con calma la mirada. Tenía unos bellos ojos, grandes, naturales. Y aunque lo que dijera fuera irrelevante, su voz tenía un sonido oscuro, como si procediera de su alma. También en sus pasos le pareció percibir a Fernando algo así como una lenta melodía. Jean-Jacques debía saber por qué la había elegido.

Mientras, la vieja madame Levasseur, que andaba delante con el marqués, hablaba de cuestiones prácticas. Su yerno, le estaba contando, daba mucha importancia a la dignidad. No permitía que nadie le regalara nada, y deseaba pagar su alojamiento, así como los comestibles que recibieran del castillo, mediante pequeños servicios. Lo que más le gustaría, si al señor marqués le parecía bien, sería copiar partituras para él como había hecho en París. La gente se volvía loca por cualquier cosa escrita que hubiera salido de las manos de Jean-Jacques, pero él cobraba tan solo los habituales doce sueldos por página. En aquella ocasión, en París, no había querido decirle nada, pero, habitualmente, eran ella y Teresa quienes, a espaldas de Jean-Jacques, recibían el importe en un sobre. Por lo tanto, esperaba que el marqués les permitiera presentar sus propias facturas de acuerdo con los cálculos de Jean-Jacques. Pero su señor yerno por nada del mundo debía saber nada de este acuerdo.

Las astucias de la corpulenta vieja desagradaban a Girardin.

—Os lo ruego, madame, haced como mejor os plazca —respondió con cierta rigidez. Madame Levasseur percibió su incomodidad y añadió:

—Él tiene sus cosas —se disculpó—. Siempre tiene salidas para las que nadie está preparado. Necesita tranquilidad, y es él quien ha querido venir al campo. Pero no podéis ni imaginaros, señor marqués, la de complicaciones que nos ha dado. Me costó sudores convencerlo.

—Os estoy muy obligado por vuestros esfuerzos —contestó reservado monsieur de Girardin—. Solo espero que su estancia aquí responda en todos los aspectos a las expectativas del maestro y a las vuestras.

—Todo sería más sencillo —siguió lamentándose la vieja— si no fuera un gran hombre. A veces es realmente difícil. Aquí, en vuestra casa, seguro que nadie se le

acercará. Pero en París, ya se lo habréis oído decir a Teresa, no hacía más que gritar: ¡Quiero que la casa esté siempre cerrada!

El marqués comprendió la amenaza. Si no se entendía bien y a tiempo con aquella arpía, ella mantendría a Jean-Jacques encerrado en la casa de verano, y él, Girardin, se quedaría fuera a pesar de su copia de la llave.

—Podéis tener la seguridad, madame —repuso—, que todos nosotros vamos a mostrar el más profundo respeto por la necesidad de soledad de monsieur Jean-Jacques. Aunque, por otro lado, siento la natural necesidad de verlo de vez en cuando y poder escuchar sus palabras —se detuvo, la tocó levemente con su bastón de caña de Indias y declaró—: Si me ayudáis en esto, madame, os garantizo que podréis contar con mi agradecimiento.

Madame Levasseur lo miró con sus ojos negros, astutos y codiciosos.

—De acuerdo, señor marqués —dijo—. Por mí no quedará.

Jean-Jacques abandona París

El hombre sobre quien se realizaban estos tratos, Jean-Jacques Rousseau, cuando abandonó la Rue Plâtrière una semana antes, tenía la firme voluntad de dirigirse a Ermenonville. Y quería hacer el camino a pie, amaba las caminatas. No era una distancia larga, doce o catorce horas a paso moderado.

Vestía una casaca negra burguesa y medias negras. En una bolsa de viaje solo llevaba lo imprescindible. Empuñaba un bastón de caminar, al que se había acostumbrado en sus viajes a pie por su Suiza natal. Así recorría las calles de París, un hombrecillo insignificante, de sesenta y seis años de edad, algo encorvado, pero de paso rápido y firme. Ansiaba ver árboles que no crecieran envueltos en polvo y vapores, quería conversar, allí donde la naturaleza era libre, con el agua de los riachuelos y los ríos, con el viento que soplaba entre las ramas, con su propio corazón y con Dios. Deseaba alejarse de París, veía en cada parisiense un enemigo. Lo que emprendía era una fuga.

Pero una vez llegó a los límites de la ciudad, aminoró el paso. Una idea que lo había atormentado durante todos aquellos últimos días, sin que hubiera podido concretarla en palabras, se le reveló entonces con toda claridad, advirtiéndolo, paralizándolo. Todavía no debía alejarse. No debía abandonar la desquiciada ciudad antes de haber difundido en ella, por última vez, su gran tema.

Había escrito un libro durante esos difíciles años parisienses: *Rousseau juzgando a Jean-Jacques*. Denominaba a esa obra *Diálogos*, porque en ella establecía una confrontación consigo mismo, acusándose, defendiéndose, desgarrando su corazón. El libro no iba dirigido a sus contemporáneos, su función era exponer a los que vinieran después la perversión sin sentido de su propio mundo, que tan mal lo había

conocido y que tanto lo había perseguido.

Pero tenía a sus espaldas terribles experiencias con sus manuscritos. Falsos amigos los habían copiado a escondidas y los habían publicado cuando eran solo borradores, convirtiendo algunas frases en su contrario, para denigrarlo. Debía proteger la gran obra de su justificación de un destino semejante. ¿Cómo podría hacerlo, si al final resultaba que también ese Girardin, el hombre a casa de quien se dirigía, era desleal, un enemigo encapsulado, al acecho, dispuesto a apoderarse de su manuscrito? ¿No tenía una deuda con el mundo que lo obligaba a buscar la mejor protección para sus libros?

Los vagos pensamientos de aquellos últimos días se fueron despejando para dar paso a un plan. Debía recurrir a la mismísima Providencia. Debía exigirle que le enviara, desde lo desconocido, a una persona a quien pudiera confiar su obra. Y si el destino no le permitía encontrar a semejante persona, debería entregar directamente a Dios su manuscrito, inmolarlo en su altar.

Pero esa empresa requería una nueva obra, más amplia, aún más ilusoria. Habría tenido que regresar a su casa, pero temió que Teresa y su madre intentaran disuadirlo de sus propósitos y se sentía agotado, no podía enredarse en nuevas discusiones. ¿Dónde podría encontrar, acosado por todos lados, a alguna persona que le diera acogida y le ayudara sin más?

Solo un nombre le vino a la mente, alguien a quien no veía a menudo y que no lo apremiaba, un hombre de rostro sencillo y justo, se llamaba François Ducis, era autor de tragedias y había mostrado un corazón abierto ante su sufrimiento, el sufrimiento de Jean-Jacques.

Jean-Jacques encaminó furtivamente sus pasos hacia su casa. Le rogó que lo acogiera durante una o dos noches, sin mencionárselo a nadie. Le rogó que tampoco él lo molestara. Aparte de eso, solo le pidió papel, tinta y plumas. Ducis aceptó sin más palabras.

Jean-Jacques se puso a trabajar. A vuelapluma se dirigió con ardientes palabras a todos aquellos franceses que todavía amaran la justicia y la verdad. «¿Por qué yo — se lamentaba—, un hombre solo y perdido, he sido durante quince años humillado, burlado, anulado, ofendido, sin saber jamás la causa? ¿Por qué soy el único que no sabe de qué y por qué se le acusa? ¡Franceses! ¡Estáis enredados en una locura que no tendrá fin mientras yo viva!». Lo que escribía brotaba de su corazón, sincero y desesperado, lo repetía con palabras siempre nuevas, oscuras, ambiguas, de manera que quien no conociera su obra en profundidad, la naturaleza y la vida de Jean-Jacques, difícilmente podría comprenderlo.

Modificó el texto del llamamiento, lo condensó, lo amplió, lo copió muchas veces, en forma de pasquín. Escribió durante todo un largo día. Escribió también durante toda la noche, a la luz de las velas. Contó las hojas que había escrito, eran treinta y seis. Deberían bastar para conjurar al destino y encontrar el lector adecuado para su gran obra.

Con el mismo secreto con que llegó, abandonó la vivienda de Ducis. En los bolsillos y en las bocamangas de su casaca llevaba las hojas; la obra completa de su justificación, los *Diálogos*, la llevaba de nuevo en su bolsa de viaje.

Entró en los jardines de Luxemburgo. Allí eligió un banco, en una de las tranquilas avenidas laterales. Sacó de sus bolsillos las hojas, de su bolsa de mano el voluminoso manuscrito envuelto en papel. Allí estaba, sentado a la sombra, en su banco, un viejo insignificante y cansado, el rostro enjuto y asustado, los hombros caídos, inclinados hacia delante, junto a él sus *Diálogos* y sus pasquines, el grito dirigido a la persona que debía comprenderlo. Miró las manchas de sol bailando bajo las hojas que se agitaban, disfrutó del vientecillo suave del verano temprano mientras hacía acopio de fuerzas para la gran hazaña.

Contempló a los paseantes. Sabía leer en sus rostros. Cuando pasara alguien a quien considerara receptivo, le daría el llamamiento, y si el lector se mostraba conmovido, le confiaría el voluminoso manuscrito a fin de que lo conservara para la posteridad.

No pasaba mucha gente. Los que lo hacían caminaban despacio, con sosiego, disfrutando del paseo, perdidos en sus pensamientos y en sus sueños, de manera que podía observarlos con toda comodidad.

Llegaron más paseantes. Ninguno de sus rostros le inducía a creer que podría encender en ellos la luz. Pero no debía dudar por más tiempo, no debía retraerse, tenía que intentarlo de una vez por todas.

Se acercó un hombre mayor, de paso cansado, su rostro era amable y en aquel momento no había nadie cerca. Jean-Jacques se acercó a él y le alargó su pasquín.

—Tome usted, monsieur, ¡léalo! —le dijo con su voz grave y hermosa.

Aquel hombre mayor no sabía muy bien a qué atenerse ante aquel personaje extraño.

—¿Cuánto cuesta su texto? —preguntó con precaución.

—Léalo, monsieur, es lo único que le pido —le rogó apremiante Jean-Jacques—. ¡Hágalo por humanidad, por su buena voluntad!

El hombre mayor, con cierta desconfianza, empezó a leer. «¡Oh, vosotros, ciudadanos de Francia!» —leyó—. «Ciudadanos de este pueblo que en el pasado fue tan gentil y tan afable, ¡qué ha sido de vosotros!». Vaya, pensó, está claro que se trata de uno de esos filosofastros, de esos espíritus entusiastas que pretenden cambiar Francia y el mundo entero. Leyó un poco más. Luego, dado que él mismo era filósofo, pero comedido y crítico, amonestó a Jean-Jacques:

—Habéis escrito un texto muy afectado, amigo mío. No habéis digerido lo que habéis leído. Estudiad primero libros sencillos, historia, geografía. Y luego, cuando estéis preparado, podéis intentarlo con una de las obras de Voltaire o de Rousseau.

—Leed al menos el texto hasta el final —le rogó sin fuerzas Jean-Jacques. Pero el caballero ya había tenido suficiente del hombre y de su pasquín.

—Gracias, amigo mío —le dijo y le devolvió la hoja—, ya me he hecho una idea

—y se alejó, tranquilo pero con presteza.

Jean-Jacques se sentó, respiró hondo, cerró los ojos. Reunió fuerzas de nuevo. Una dama joven pasó por delante de él. Las mujeres siempre lo habían comprendido mejor que los hombres. Esta sostenía su sombrilla con un gesto hermoso y natural. Seguro que había leído *La nueva Eloísa* y había llorado, seguro que sus ideas se habían grabado en su corazón. Jean-Jacques se acercó a ella.

—¡Soy un desdichado, madame! —le dijo en voz baja, con dulzura, y como ella, desconcertada, tratara de seguir su camino, insistió—: ¡No me dejéis así, madame! Os lo ruego en nombre de todas las criaturas torturadas. —La dama aminoró el paso—. ¡Por favor, leed! —la apremió Jean-Jacques—, y os daréis cuenta enseguida de que quien os habla es un ser humano a quien se ha infligido un daño y una injusticia jamás oídas. ¡Otorgadme diez minutos, os lo suplico! ¡Por favor, leed, madame! —y le alargó la hoja. La dama se había detenido. Era cierto que había leído *La nueva Eloísa*, sintió simpatía por aquel hombre que, aunque era evidente que estaba hundido, parecía interesante, algo en su voz la conmovió. Pero tenía una cita con un amigo allí en el parque Luxemburgo, solo disponía de veinte minutos para ese amigo, y ¿no era él quien distinguía a lo lejos?

—¡Tranquilícese, monsieur, tranquilícese! —le dijo para consolarlo y no tomó la hoja.

Agotado, se sentó en el banco. Qué hermoso sería marcharse, dejar atrás ese París abotargado y sin sentimientos. Pero no debía rendirse todavía. Por última vez debía apelar a la gran ciudad.

Llegó un hombre joven, leyendo, al parecer un estudiante. Lo intentaría con él. Las personas jóvenes, cuyo corazón no estaba todavía endurecido, cuyo espíritu estaba por formar, lo entendían mejor que los mayores. Se acercó al estudiante de forma intempestiva. Este, abandonando sobresaltado la lectura, miró sorprendido al desastrado anciano.

—¡Lea, apreciado monsieur, lea! —le decía a este mientras le alargaba la hoja. El estudiante no había cumplido los veinte años, pero era un parisiense, conocía el mundo, y lo que el viejo le presentaba con tanta insistencia debía ser la propaganda de algún ungüento milagroso o de un burdel.

—De acuerdo, viejo, si tanto insistís —dijo con cierta ironía, y tomó la hoja. Leyó. Era un texto exaltado, se percibía la influencia de Jean-Jacques en el estilo, pero no había forma de comprender el contenido. Miró al viejo, de pie ante él, a la espera, suplicante, exigente. ¡Qué ojos tan extraños y ardientes tenía! ¡Pero, si era él! —Perdonadme —dijo inseguro—, ¿por ventura tengo el honor de hablar con monsieur Jean-Jacques en persona? —Jean-Jacques se dio la vuelta avergonzado, casi temeroso, se sonrojó—. ¡Por supuesto, sois Jean-Jacques! —exclamó ahora el estudiante—. ¡Qué dicha inesperada! —y añadió—: ¿Puedo conservar este manuscrito? —preguntó emocionado.

Dos jóvenes más se habían detenido. Los vigorosos movimientos del estudiante y

la actitud avergonzada del viejo habían despertado su curiosidad.

—Es Jean-Jacques —anunció el estudiante—. ¡Jean-Jacques Rousseau!

Y los otros exclamaron:

—Ciertamente, ¡es Jean-Jacques! ¡Pero si ayer mismo decía el periódico que estaba enfermo y no se encontraba en la ciudad!

Se reunió más gente, cuchicheaban entre sí, rodeaban a Jean-Jacques. Él corrió trastornado hacia su banco, recogió a toda prisa sus pasquines, metió de nuevo su manuscrito en la bolsa de viaje. El grupo se estrechaba a su alrededor. Les suplicó:

—¡Déjenme pasar, damas y caballeros! ¡Déjenme solo! ¡Tengo asuntos urgentes que resolver, muy urgentes!

Indecisos, de mala gana, lo dejaron marchar, lo siguieron un rato a distancia, se perdieron.

Tenía asuntos urgentes. Ahora que los seres humanos lo habían rechazado, se volvería, tal y como se lo había ordenado su voz interior, directamente a su creador, a Dios, el protector de los oprimidos, el protector de la verdad y la justicia. En su corazón resonaba un versículo bíblico: «Señor, me abandono en tus manos, ¡no me dejes caer en manos de los hombres!». E involuntariamente, músico y escritor como era, mientras se acercaba a la casa de Dios, modificó la frase usando otras palabras, más sonoras, más conmovedoras.

Había llegado al puente. Ante él se levantaba, antiquísima y gris, la iglesia de Notre-Dame. La había visto por primera vez treinta y seis años atrás, desde entonces había estado innumerables veces en la catedral, conocía con exactitud los usos y ritos. Calculó que ese día el coro estaría vacío. Allí, en el coro de Notre-Dame, en el altar mayor de la más noble de las catedrales, quería depositar su obra.

Como siempre, la visión del imponente y a la vez ligero edificio dulcificó su corazón y lo llenó de humildad. Cruzó la plaza. Le pareció que penetraba en la consoladora penumbra de un bosque umbrío.

Entró en la iglesia por una puerta lateral. Avanzó hacia el coro con paso respetuoso, humilde, convertido en un peregrino.

El corazón se le detuvo. El coro estaba cerrado. Nunca en todos esos treinta y seis años había encontrado el coro cerrado en sábado. Hoy se alzaba ante él la reja, rígida e inmisericorde. Un terrible milagro había sucedido. Dios no aceptaba su justificación. Dios, al igual que los hombres, ¡renegaba de él!

Huyó de la catedral con una celeridad poco pertinente. Corrió por las calles de París como si lo persiguieran, hacia los límites de la ciudad, hacia el campo abierto, lejos de la proximidad de las gentes.

De regreso a la naturaleza

Pero hubo de transcurrir cierto tiempo antes de que pudiera encontrar la soledad que buscaba. Porque allí, en las inmediaciones de París, el campo estaba cortado y aprisionado por carreteras y caminos, lleno de viandantes, gente a caballo y carruajes.

Ni siquiera cuando llegó a lugares más retirados encontró la soledad. Aun allí, aunque por supuesto no con la misma densidad, había caminantes y los jinetes y los carruajes lo molestaban. Hubo un tiempo en que las obligaciones y los negocios también lo habían forzado a él a actuar como un caballero y a viajar en carruaje con un equipaje acorde con su rango. Las pequeñas y grandes preocupaciones lo habían acompañado, la timidez ante los demás pasajeros y la consideración por ellos; en el interior del carruaje no había sentido más que el deseo de llegar cuanto antes a su destino. Cuánto mejor y más libre se sentía ahora. No le preocupaba saber cuándo llegaría a Ermenonville, si mañana o pasado mañana o al cabo de tres días, y muy pronto, cuando por fin dejara de cruzarse con gente, sentiría el gozo del propio movimiento, de los cambios del camino, de la belleza de la naturaleza.

Había dejado definitivamente atrás la ciudad. Se desvió del camino principal, eligió un estrecho sendero, y otro aún más estrecho. Se perdió por los campos y bosques. Pronto su desesperación se trocaría en una resignación casi consoladora.

Se sentó en el límite de un bosquecillo, en el tocón de un árbol. Descansó.

Era confortante estar solo. Viendo a la gente de lejos se difuminaban sus debilidades, y entonces no se exigía de ellos que tuvieran las cualidades que en realidad no poseían. Era bueno que la ley que regía su propio ser lo condujera siempre de regreso a la naturaleza, hacia aquellas cosas «sin vida» que, sin embargo, pertrechaban su corazón con los más maravillosos estímulos y sensaciones. Con qué rapidez se desintegraban la inquietud y la desesperación en el silencio de la naturaleza. La gente necia decía que solo el malvado huye de su prójimo. Lo correcto era lo contrario. Para los malos tenía que ser un infierno encontrarse a solas consigo mismos; para los buenos, la soledad era un paraíso.

Poco a poco perdió el hilo de sus pensamientos. Se sumergió en aquella dulce y melancólica ensoñación en la que solo quedaban las imágenes y la música. Se hizo uno con el paisaje que lo rodeaba, con los árboles, el musgo, las mariquitas y las hormigas, era una parte del bosque, en él no había más que emociones. Se sentía libre de la carga del terrible pensamiento, de la palabra vana; lejos, a sus espaldas, quedaba la pesada obligación de escribir.

Durante todo el resto del día se abandonó a su instinto y a su inspiración; solo vagamente conservaba la dirección hacia Ermenonville y no evitaba dar múltiples rodeos.

Llegó la noche y decidió dormir al raso como había hecho ya a menudo. Se echó sobre el musgo, bajo un árbol. Entre las ramas veía el cielo en lo alto, primero pálido, luego oscuro. Para entonces ya había desaparecido en él el desesperado anhelo de demostrar a la gente indiferente, endurecida, cuán puro era su corazón y cuán falsos sus ojos. Aliviado y contento, se durmió.

También al día siguiente, y al siguiente, caminó así, sin objetivo y a la vez seguro de su objetivo, y solo al tercer día, tranquilo y relajado, llegó al pueblo de Ermenonville.

Se detuvo en la posada El Castaño. Se sentó a una de las mesas de madera sin manteles del jardín. Había flores silvestres, un pequeño lago con nenúfares. Se acercó al posadero, vestido con la sencillez propia del campo, con solo una camisa y un pantalón, la cabeza cubierta por una gorra. Observó al polvoriento caminante, su rostro sin afeitar, con una amabilidad sin prevenciones y le preguntó qué deseaba. Jean-Jacques encargó una tortilla y vino. Pasó por fuera el cura, leyendo su breviario. El posadero y Jean-Jacques lo saludaron.

—Buenos días, compadre Mauricio, buenos días, monsieur —respondió el cura.

El posadero trajo lo que le había pedido. Jean-Jacques comió con fruición la tortilla y se bebió el vino de color amarillo oscuro a tragos cortos. El posadero le dio conversación. De pronto algo en el rostro de Jean-Jacques le llamó la atención. Se levantó, se quitó la gorra y preguntó excitado y respetuoso si el caballero no era el gran Jean-Jacques Rousseau. Jean-Jacques, un poco incómodo, lo reconoció. El compadre Mauricio le contó que había leído siete veces sus obras. Página tras página, y siete veces se había conmovido. Por lo demás, en el castillo se esperaba al caballero con impaciencia y con el mayor de los respetos.

Jean-Jacques lamentó que los días de su hermoso y tranquilo anonimato hubieran acabado.

El compadre Mauricio envió a su hija pequeña al castillo con el recado de que el esperado huésped había llegado. La niña encontró al marqués en el parque, rodeado de operarios y jardineros. Manifestó ruidosamente su alegría, besó a la pequeña mensajera y se puso en marcha sin dilación para recoger a Jean-Jacques.

Realmente, allí, bajo los castaños de la posada, estaba sentado el más grande pensador que las tierras de habla francesa habían dado desde Montaigne y Descartes, charlando con el compadre Mauricio de igual a igual; así debió haber hablado Sócrates con cualquier hombre de la calle o incluso con un esclavo. El marqués se emocionó, se acercó a Jean-Jacques, dejó el bastón a un lado y dijo:

—¡Permitidme, gran hombre! —y lo abrazó. Dio un paso atrás—. ¡Sed bienvenido a Ermenonville, Jean-Jacques Rousseau! —exclamó solemne y conmovido.

Condujo a Jean-Jacques a la casa donde viviría de forma provisional. Jean-Jacques, al cruzar los jardines, se dio cuenta por sí mismo y de inmediato de que ese paisaje había sido creado de acuerdo con sus descripciones. Se detuvo, con sus hermosos y elocuentes ojos miró a Girardin de frente:

—Este es mi paisaje —dijo—, es el paisaje de mi Julie.

La dicha inundó al marqués, pero se limitó a responder:

—Sí, monsieur Jean-Jacques, he intentado, modestamente, reproducir vuestro paisaje.

Habían llegado a la casa de verano.

—Os ruego —dijo Girardin— que os conforméis con este pabellón durante las próximas semanas. Se os está preparando otro alojamiento, sencillo, pero diseñado con mucho afecto, una casa alpina como las de vuestro país, un chalé suizo, donde espero que os encontréis a gusto durante años.

Jean-Jacques contempló la casa de verano, los altos árboles que la rodeaban, la valla de madera, el riachuelo con su puente rústico de madera, la pequeña cascada. Alargó la mano al marqués.

—*Hoc erat in votis*, así es como lo he deseado.

Girardin estaba ansioso por poder decir a Jean-Jacques tantas y tantas cosas, pero se contuvo. Se limitó a sacar del bolsillo de su casaca una llave muy grande y complicada.

—Aquí tenéis una llave —le explicó— que os abrirá, venerado señor, todas las rejas y puertas de la propiedad. Y ahora os dejo con vuestras damas —añadió con rapidez, y se alejó para no molestar a su huésped con manifestaciones de su emoción.

Jean-Jacques entró. Vio a Teresa. Se apercibió de cuánto la había echado de menos durante los últimos y terribles días de París; ella era su protección frente al mundo hostil, la única persona sobre la tierra en cuya presencia se sentía protegido. Poco a poco apareció también en los ojos tranquilos de ella un leve destello. La abrazó. Ella no le preguntó los motivos de su larga ausencia. Era evidente que ella estaba contenta de que estuviera allí.

Dio un vistazo a su nuevo hogar. Allí estaba su mobiliario habitual al que había cobrado aprecio. Las sencillas sillas de madera con el asiento de paja, el pequeño clavicordio con el si bemol siempre desafinado, la cómoda, el armario. A través de las bonitas cortinas recogidas, azules y blancas, de la alcoba vio las camas con las colchas también azules y blancas. Allí estaba el escritorio con la gran escribanía, el raspador con que borraba sus notas. Allí estaba el arcón con sus manuscritos. Sobre la chimenea, delante del espejo, la jarra y las tazas. De la pared colgaban sus grabados; aquel era el bosque de Montmorency, este el mendigo paralítico que es alimentado por los niños. En la biblioteca de avellano, sus libros y notas. Y allí estaba la jaula con los dos canarios. Lo habían hecho bien las mujeres, habían colocado los muebles de forma parecida a como estaban en el piso de París. Pero cuánto más agradable resultaba aquí el espacio y el mobiliario. En París tenían un par de tristes macetas en la repisa de la ventana. Aquí, por todas las grandes ventanas se asomaban árboles y matorrales, se oía el murmullo del riachuelo, la habitación se abría al campo. Sí, de nuevo Teresa, que había elegido Ermenonville, había resultado ser un instrumento de la Providencia. Aquí viviría en un feliz retiro los últimos años de su vida.

Se acercaba la noche, el aire se volvió más fresco. Teresa deshizo su bolsa de viaje. Él puso su manuscrito junto a los otros en el arcón. Luego se sentó en su silla favorita, la gran silla de madera con brazos y el asiento de paja. Disfrutó de la tranquilidad de su nueva casa.

Unos golpes suaves y firmes lo sobresaltaron. Tras el discreto y respetuoso recibimiento del marqués, había esperado que la gente del castillo lo dejara en paz. Pero ahora caían sobre él. Mientras Teresa acudía a abrir, él se levantó agobiado, se volvió de espaldas a la puerta, se acercó a la ventana, para contemplar el jardín.

Teresa había abierto la puerta y había salido fuera. Cuando volvió a entrar vio el rostro de Jean-Jacques contraído de espanto y horror.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —le preguntó.

Él no respondió.

Una cabeza había aparecido en la ventana, una cara malvada, hostil, de ojos pálidos y malignos, pelo rubio rojizo, nariz aplastada de fosas anchas. La cabeza lo había mirado, sonriendo con malicia. Los estaba espiando, los enemigos tenían también aquí a sus espías.

Teresa estaba acostumbrada a que él no hablara cuando le daban esos arrebatos. Se encogió de hombros y recogió lo que había encontrado delante de la puerta, un cesto con fruta, carne fría, panes y dulces. Explicó que con toda seguridad era un saludo de bienvenida del marqués, traído por el criado que les había cedido; este tenía instrucciones de no dejarse ver por la casa.

Poco a poco Jean-Jacques se tranquilizó, y cuando la vieja madame Levasseur bajó y lo saludó, ya había recuperado la compostura.

Pasó una noche tranquila.

Al día siguiente se levantó temprano, como hacía cuando estaba en el campo. Teresa le preparó un desayuno sencillo: café, leche, pan y mantequilla. La vieja aún dormía. Comieron y mantuvieron una conversación distendida sobre cuestiones cotidianas.

Como ella lo viera con el ánimo sosegado, se informó del estado de su salud. Desde su temprana juventud padecía un mal de la vejiga que solía causarle fuertes dolores y torturantes retenciones de orina. A menudo, lo que hacía o dejaba de hacer venía determinado por este mal. Se avergonzaba de hablar de ello e incluso el doctor Lebègue tenía dificultades para obtener información detallada por su parte. Solo se mostraba abierto con Teresa, a ella le permitía escuchar sus lamentos y maldiciones, dejaba que ella lo cuidara. Con satisfacción, ella oyó que a pesar de que las emociones fuertes solían provocarle ataques, incluso en los malos días de París había permanecido a salvo de su mal.

Luego, tras el desayuno, tomó su bastón y salió al aire libre, para explorar el mundo en el que viviría en el futuro.

Voluntariamente se dejó engañar por la variedad de los jardines. Había prados, bosques y matorrales, selva, solitarios paisajes rocosos y agradables campos. Era un paisaje que se esforzaba, infantil e ingenioso, en adaptarse a los estados de ánimo a que se abandonaban los personajes de sus libros, y su fantasía se recreó sin esfuerzo en la delicada y artística disposición de cada entorno donde él había experimentado tantos dulces sufrimientos y pasiones desgarradoras.

Un sendero estrecho y tortuoso subía por una colina boscosa. A media pendiente se abría un lugar desolado lleno de rocas y piedras. Allí se levantaba una cabaña, hecha de simples troncos. Jean-Jacques se sentó sobre una roca. Desde allí se ofrecía a su mirada un pequeño lago, oscuro e idílico, y más allá, tierra adentro, colinas cubiertas de bosques.

Descendió, recorrió la orilla del lago que resplandecía sin brillo. Había botes que invitaban al caminante, sobre una lengua de tierra se alzaba alto, ancho y maravilloso un sauce, sus ramas se inclinaban sobre el agua. Enfrente había una pequeña isla, Jean-Jacques la amó de inmediato; estaba cubierta de grandes álamos, cuyas temblorosas hojas se reflejaban en el agua. Bajo las densas ramas del sauce, siempre en movimiento, había un estrecho banco de césped. Ese sería el lugar adecuado para aquellos estados del ánimo que él amaba, para las pausadas emociones en las que se mezclaban la tristeza y el bienestar, para ensoñaciones melancólicas.

Siguió paseando. Recorrió senderos que se perdían en la espesura. Llegó a los límites del parque, donde este, de forma imperceptible, se convertía en un terreno sin vallar, en un campo abierto, en un bosque extenso.

Regresó en dirección al castillo. Fue a parar a un bosque, un conjunto de árboles viejos que se habían dejado descomponer y hendir, envueltos en abundante hiedra. Por todas partes había tocones cubiertos de musgo. Las ramas se entrelazaban y formaban un techo de hojas. Las flores crecían en ese bosque claro y encantador; con dulzura y bizarría, el sol y las sombras jugaban sobre el suelo cubierto de musgo.

Jean-Jacques siguió el curso de un pequeño riachuelo que corría a través del bosque. Los árboles se espaciaron, quedó a la vista un prado con una ligera pendiente. Al otro lado, junto al prado, los carpinteros estaban levantando una casita. Dedujo de inmediato que se trataba de la casa alpina, el chalé suizo del que había hablado su anfitrión. No podía distinguir con claridad a la gente, pero le pareció que entre ellos se encontraba el Marqués, lo vio alejarse, retirarse discretamente al ver que él, Jean-Jacques, se acercaba. Sonrió conmovido ante tanta delicadeza.

Se sentó en el tocón de un árbol y contempló cómo construían para él una agradable cabaña donde pasar la vejez, en una parcela de tierra que se había convertido en un paisaje de *La nueva Eloísa*. Los diferentes periodos de tiempo se le mezclaban, su anterior y alegre pasado, su soñador presente, la intuición de un futuro tranquilo en esa casita.

Pasó largo rato allí sentado, ensimismado, sin desear nada, feliz. El sol subió, había perdido cualquier percepción de las horas transcurridas.

Cuando regresó a la casa de verano, la carne se había quemado. Madame Levasseur rezongaba. Teresa no rezongó, pero era evidente que lamentaba que la buena comida se hubiera echado a perder.

Fernando, el discípulo

La vieja madame Levasseur comunicó con orgullo al marqués que había conseguido convencer a su señor yerno para que, al día siguiente, cenara con monsieur de Girardin. Sus esfuerzos le había costado.

Madame Levasseur mentía. Jean-Jacques, conmovido por la visión del chalé suizo y aún más por la discreta consideración de Girardin, había declarado, sin la mediación de su suegra, que haría una visita al marqués la noche siguiente.

Reinaba una excitación festiva en el castillo. El preceptor de Fernando, el tímido alsaciano monsieur Gerber, apenas si estaba menos conmovido que los demás. Fernando, con autorización de su padre, envió un mensajero a Latour; porque, naturalmente, Gilberte debía participar del maravilloso acontecimiento.

Se recibió a Jean-Jacques en la entrada principal. Este vestía con escrupulosa pulcritud, con sencillez burguesa, y se mostró sencillo y amistoso. Saludó a Fernando con calidez y contempló con atención a Gilberte y a monsieur Gerber, a quienes no conocía. Incluso se acercó a ellos, para verlos mejor; porque era corto de vista, y cuando el doctor Lebègue le había aconsejado usar lentes o un monóculo, le había manifestado sin contemplaciones su rechazo. La naturaleza, le había explicado, ya sabía por qué debilitaba sus ojos, no había que desear ser más listo que la naturaleza.

En el recibimiento del invitado participó un perro de caza irlandés rojo, de tamaño mediano, un hermoso animal de pelo largo. La perra, ladrando con excitación y alegría, saltó sobre Jean-Jacques y a su alrededor, y se dejó acariciar por él mientras este le dirigía afectuosas palabras.

—Mi padre me trajo a Lady de Inglaterra —explicó Fernando.

—Os trajo un regalo inusualmente hermoso —repuso, sonriendo y con sencillez, Jean-Jacques.

El castillo de Ermenonville estaba decorado con solidez, con gusto, sin lujos recargados. A Jean-Jacques le gustó de forma particular la sala de música con sus muchos instrumentos, atriles, partituras.

Empezó a hablar de su paseo por el parque y, en presencia de todos, ¡cómo se aceleraron los latidos del corazón del Marqués!, alabó con conocimiento los jardines. Lo había visto todo, se acordaba de muchas inscripciones. También habló del chalé, y él mismo llamó al paisaje su «Paraíso de Clarens».

Cuando el marqués le preguntó, después de cenar, si deseaba tocar un poco de música, se sentó sin afectación al piano, alabó el hermoso instrumento, tocó y cantó: *Qué larga se me hará la espera*, cantó, y también: *¡Enamoraos! ¡Enamoraos a los quince años!* Y otras muchas de esas canciones populares menores, ingenuas y dulces, a las que él mismo había puesto música; su voz era grave, algo cansada, pero llena de armonía.

—Suficiente —se interrumpió al fin, y añadió, dirigiéndose a Girardin—: Sería hermoso escuchar ahora una voz joven.

—Padre, pedídselo a mademoiselle de Latour —se atrevió a sugerir Fernando. El padre, con el ánimo dulcificado, repuso:

—Puesto que así lo deseas, conde —y se inclinó ante Gilberte.

Gilberte estaba algo decepcionada con Jean-Jacques. Su traje ostentosamente burgués le parecía afectado, y cuando él, de vez en cuando, se acercaba con exageración a la persona con la que estuviera hablando y se la quedaba mirando, tenía que reprimir la risa. Tampoco había pronunciado ninguna frase trascendente. Aquel hombre famoso no le imponía nada.

Con desparpajo, después de que el marqués se lo hubiera pedido, preguntó a Jean-Jacques si no quería cantar con ella su dúo *En el fondo de un feliz valle*. El maestro, algo sorprendido por semejante falta de reverencia, contempló con sus ojos miopes a aquella muchacha alta y natural.

—Hoy no voy a cantar más, mademoiselle —dijo con formalidad.

Se hizo un breve y perplejo silencio. Gilberte no se ofendió; hizo lo que le habían pedido, tomó el laúd y cantó.

Cantó la canción del rey Enrique y de la hermosa Gabrielle, una especie de canción de soldados, que, en cierto modo, se había convertido en el himno del castillo de Ermenonville. Y es que Enrique IV, Enrique el Grande, había visitado a menudo a su amigo y compañero de armas de Vic, el señor del castillo de Ermenonville, acompañado por su hermosa amiga Gabrielle d'Estrée. La torre en la que se había alojado, La Tour de Gabrielle, se conservaba todavía en buen estado, y por todo el castillo había objetos que recordaban a Gabrielle y al rey Enrique. Y eso fue lo que cantó Gilberte,

Cansado tras la victoria,
el buen rey Enrique IV,
se alojó, enamorado,
aquí en el castillo.
Con la hermosa Gabrielle
se divirtió y pasó buenos tiempos,
y cuando lo recordamos
todavía nos alegramos.

Jean-Jacques no comentó nada. A Fernando le supo mal que su amiga Gilberte no consiguiera obtener el aplauso del Maestro.

Este ahora se dirigía a Fernando y le preguntaba:

—¿Practicáis también vos la música, monsieur?

Fernando, dubitativo, respondió que había aprendido a tocar un poco el piano. Lo que no contó fue que habría preferido estudiar violín; pero por el motivo que fuera, al marqués no le había parecido adecuado. Y cuando descubrió que Fernando tocaba a escondidas con su preceptor, monsieur Gerber, que era un apasionado violinista, el

padre había destruido su violín por motivos de disciplina.

Ahora, en cierto modo para justificarse ante Jean-Jacques, el marqués contó cómo había educado a Fernando, siguiendo los principios de la novela pedagógica de Jean-Jacques, el *Emilio*. Para que su joven conde no se entregara a la molicie, le había hecho realizar largas marchas a pie y lo había obligado a nadar en el lago, incluso en invierno. También había puesto un gran empeño en que su hijo estuviera en contacto con el pueblo, y este había aprendido a leer, a escribir y a calcular con el maestro del pueblo, Philippe Harlet, junto con los hijos de los campesinos de Ermenonville, y había participado de sus juegos.

—Aun así —prosiguió—, naturalmente no se descuidó su formación en las artes y las ciencias. Nuestro apreciado e instruido monsieur Gerber lo introdujo en el estudio de los clásicos y de la moral. Y también en la lengua alemana, que domina puesto que es alsaciano —hizo una ligera inclinación de cabeza a Monsieur Gerber—. Mi hijo debía llegar a leer y a comprender los maravillosos *Idilios* del gran Gessner, el Jean-Jacques germano, en la lengua en que fueron sentidos y escritos.

Si Jean-Jacques había desaprobado el desparpajo de aquella mademoiselle de Latour, su corazón veleidoso se complació en Fernando que, tímido y sonrojado, guardaba silencio mientras su padre hablaba de él.

—Al parecer, el joven conde es diez veces más instruido que este pobre viejo —bromeó. Y mientras acariciaba la cabeza de la perra Lady que lo contemplaba con sus ojos dulces y húmedos, se dirigió al marqués—. Sin embargo, me gustaría que me permitiérais contribuir a la educación de vuestro hijo y de este modo pagar una parte de mi alojamiento. No voy a interferir en vuestra obra, monsieur Gerber. Tan solo conversaría con él de aquello que se me viniera a la mente, si el joven señor, de vez en cuando, quisiera tomarse la molestia de acompañarme durante mis paseos.

Con gran satisfacción y con palabras de sincero agradecimiento, el marqués aceptó el ofrecimiento del maestro. Fernando no cabía en sí de gozo. Solo lamentaba que el maestro hubiera tratado a Gilberte con tanta frialdad. Aunque ella no parecía apenas preocuparle.

A partir de entonces, Jean-Jacques y Fernando salían a menudo a pasear, acompañados de la perra Lady. Jean-Jacques no se las daba de filósofo, pero aunque hablara de cosas pequeñas y cotidianas, a Fernando todo le parecía importante.

Exploró con Fernando el parque y la campiña de Ermenonville, donde había un número sorprendente de rincones y secretos. Fernando le mostró aquel claro escondido en el bosque que consideraba de su propiedad. Jean-Jacques alabó la calma y la soledad que allí reinaba y comentó, sin que Fernando le hubiera hablado de ello:

—Vuestro claro debe tener un magnífico eco —y a continuación, como un muchacho listo, lo comprobó—. ¡Mil gracias, mi querido Fernando! —gritó al bosque. Y se oyó en respuesta—: ¡Mi querido Fernando!

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y Fernando estaba radiante.

—Soy feliz, monsieur Jean-Jacques —gritó a su vez en la penumbra. Y el bosque

respondió: monsieur Jean-Jacques.

Jean-Jacques sonrió amistoso a Fernando. Luego se levantó y gritó con su voz grave:

—¡Libertad e Igualdad!

—¡Libertad e Igualdad! —gritó también Fernando en otra dirección.

«¡Libertad e Igualdad!». Resonó desde todas partes. Sin embargo, esta vez el eco fue confuso, entrecortado y amenazador, y ellos ya no volvieron a gritar.

Ante la gente joven Jean-Jacques no experimentaba ninguna desconfianza, estaban más cerca de la naturaleza, lo comprendían mejor. Mostró ante Fernando una alegría infantil. Incluso a veces se mostraba más infantil que Fernando. Y cuando este recogía para él un poco de álsine, lugano, verbena, plantitas rojizas, la comida favorita de sus canarios, aquel hombre amargado, que no aceptaba ningún obsequio de los grandes señores, se lo agradecía con visible alegría.

Jean-Jacques disfrutaba hablando, aunque nunca de forma didáctica, del ser y la esencia de las plantas. La botánica era una ciencia placentera, las experiencias y los conocimientos se adquirían al pasear. Hizo un nuevo herbario, un álbum donde prensaba las plantas que encontraba en Ermenonville. Fernando le ayudaba a prensarlas. Más adelante, decía Jean-Jacques, solo necesitaría contemplar aquella «Flora de Ermenonville» y el bosque, el valle y las colinas se presentarían ante él de forma vivaz.

De pronto, sin solución de continuidad, hablaba también de grandes cuestiones. De los límites de las competencias del Estado, de los derechos que el ser humano tenía por nacimiento, del orden natural y lleno de sentido de la sociedad.

La amistad del maestro era para Fernando la plenitud y suponía una gran felicidad. Solo una cosa le preocupaba. No se atrevía a mostrar a Gilberte toda su dicha. Ella debía sentirse cruelmente decepcionada por el hecho de que Jean-Jacques la menospreciara. Con palabras cautelosas intentó consolarla. Pero ella no necesitaba ningún consuelo. Con un gesto de su mano grande y fuerte, borró el humor caprichoso de aquel hombre viejo y extravagante.

—Solo me importan sus libros —dijo—. Leo *La nueva Eloísa* y le estoy agradecida.

Por lo demás, estaba muy ocupada en otras cosas. Iba a estar ausente de Latour durante un tiempo, se iba a Saint-Vigor, la hermosa propiedad de su abuelo, cerca de Versalles. Monsieur Robinet había invitado a numerosos caballeros y damas para presentar allí a Gilberte en sociedad. También quería llevarla a París durante una o dos semanas.

Alborozada, le habló a Fernando del ajuar que le estaban preparando y le escenificó los gestos propios de la corte, los pasos de baile, las reverencias y mil otras artes que había aprendido.

Fernando había pasado su primera infancia en la corte, con su padre, junto al rey polaco Stanislas en Lunéville, y padre e hijo todavía se dejaban ver a menudo en

Versalles y en París. Pero Fernando estaba lleno de las ideas liberales de Jean-Jacques, se sometía solo a disgusto al vacío y complejo ceremonial, a la actividad chispeante e insensible de la corte y de los salones de París y solía burlarse de todo aquello con sarcasmo. Consideraba ejemplar que Jean-Jacques, tras el éxito de su ópera *El profeta del pueblo*, no se hubiera presentado a la audiencia con Luis XV, aunque fuera consciente de que esa orgullosa ausencia le costaría la pensión anual que ya tenía prácticamente concedida.

Gilberte no ocultaba que no compartía la aversión de Fernando por la corte y los salones de París; se alegraba de su próxima estancia en París y en Saint-Vigor. A él casi lo mortificaba que ella no estuviera profundamente entristecida por su inminente separación.

Ella se dio cuenta y quiso hacer algo para demostrarle su afecto.

Él le había contado que Jean-Jacques solía sentarse a la orilla del lago, bajo el viejo sauce, contemplando la isla de los grandes álamos, soñando, meditando. Desde la frondosa isla, se le podía ver sin ser visto. Le propuso a Fernando interpretar música, ocultos en la isla, tocar melodías del maestro, cantar sus canciones, mientras Jean-Jacques estuviera sentado bajo el sauce.

Así lo hicieron. Tocaron y cantaron los dúos de Jean-Jacques y otras obras, Gilberte cantó aquella canción que podía oírse en toda Francia, tanto en los salones de la Reina como en los talleres de las modistas y en los establos de los campesinos: «Alegres pájaros, en enamoradas bandadas, tened compasión de mí, no cantéis, no cantéis. Mi amado, el que me hacía feliz, se ha marchado a otro país. Por los tesoros del Nuevo Mundo, abandona el amor y desafía a la muerte. ¿Por qué busca, al otro lado del océano, la dicha que ya tenía aquí?».

Habían temido que Jean-Jacques se marchara contrariado; no se podía prever nunca cómo reaccionaría, ante cualquier cosa que se hiciera por amor a él. Pero se quedó, escuchando con atención.

La siguiente vez que acudió al castillo, contó que había oído música procedente de la isla y también el canto de voces jóvenes. No sabía si aquello había sido real o fruto de su fantasía, pero había sido muy hermoso.

Fernando y Gilberte no revelaron su secreto. Se estrecharon las manos, sonrientes, felices.

Dos días después, Gilberte partió hacia Saint-Vigor.

Inteligencia y sensibilidad

Jean-Jacques había llegado al convencimiento de que monsieur de Girardin lo apreciaba de veras. Cada vez con más frecuencia se presentaba por la noche en el castillo, dos, tres veces por semana.

Permitía que monsieur de Girardin lo interrogara acerca del sentido último de fragmentos concretos de sus obras, contestaba con paciencia, a veces extensamente. El marqués había hecho encuadernar de maravilla los libros de Jean-Jacques, incluyendo páginas en blanco: en esas páginas anotaba las explicaciones de Jean-Jacques, añadiendo cada vez, con delicadas letras griegas: *autòs épha*, palabras del propio maestro.

A veces, Girardin también le comentaba a Jean-Jacques sus propios asuntos. Una noche se entregó a amargos comentarios sobre el príncipe de Condé a quien la Capitanía Real había reconocido el derecho a cazar en las propiedades de Girardin, dada su condición de príncipe de linaje. Sus labriegos, se alteraba el marqués, se lamentaban de las tremendas pérdidas de animales que eso conllevaba; en varias ocasiones, algunos de los que trataban de apartar a los animales de sus campos, habían recibido disparos de los monteros del príncipe. Siempre se había rebelado contra el abuso de los reales privilegios, y contó, todavía con satisfacción, una historia de cuando Fernando era niño. Años atrás, cuando el príncipe anunció su llegada para una cacería, el marqués, para no tener que saludarlo, se marchó de viaje, encargando a su pequeño conde, que entonces contaba doce años de edad, que hiciera los honores. Fernando no se presentó a la mesa del príncipe hasta que le sirvieron los postres, y cuando este le ofreció algunas frutas escogidas, respondió:

—Gracias, mi señor, pero estoy en mi casa y ya me he servido.

Jean-Jacques se divirtió con la historia. Ese valor civil, dijo, era menos frecuente que el militar. Fernando se sonrojó.

Otra noche, en que el marqués encontró a Jean-Jacques particularmente receptivo, le preguntó:

—¿Cómo acabó la «Constitución Polaca» que escribisteis para nuestro amigo, el conde Wielhorski? ¿Por qué solo se publicaron algunos fragmentos?

El rostro de Jean-Jacques se ensombreció.

—El conde no es mi amigo —repuso, y luego explicó—: Algunos fragmentos aún incompletos del manuscrito se difundieron antes de tiempo y eso desencadenó nuevas persecuciones contra mí. No sé si el conde es el culpable; en cualquier caso, prohibí su publicación.

Jean-Jacques había traído a las mujeres, y mientras los otros callaban sobrecogidos, la vieja madame Levasseur se dedicaba a comer impasible. Conocía los detalles; había sido ella quien en aquel entonces había prestado una copia del manuscrito, el caballero polaco no había tenido nada que ver con aquello, ella había recibido una sustanciosa recompensa, su señor yerno, aquel chiflado, exageraba las consecuencias.

Mientras, Jean-Jacques proseguía con enojo su relato:

—Wielhorski y sus seguidores tampoco habrían sido capaces de aplicar mi Constitución. Convertir mis principios en una realidad tangible es una tarea dura, irrealizable de momento. Fue un trabajo perdido. También mi «Constitución Corsa»

fue trabajo perdido. Todavía no tienen sentido —repitió con amargura— transformar mis teorías políticas en normas prácticas. La democracia no puede crearse por medio de edictos.

Monsieur Gerber era tímido y pocas veces hablaba en la mesa. Pero hoy tenía algo que decir.

—Permitidme —dijo desafiante— defender a Jean-Jacques contra Jean-Jacques. Miles de personas han aprendido de vuestra «Constitución para la Ciudad Libre de Córcega» que los principios generales del Contrato social pueden transformarse en claros preceptos para una determinada realidad.

—Ya veis —respondió Jean-Jacques con amargura— en qué se ha convertido la Ciudad Libre de Córcega y mi Constitución.

Monsieur Gerber se envalentonó.

—Tampoco la Constitución —dijo— que Platón escribió para Siracusa se hizo jamás realidad. Sin embargo, el «Estado» de Platón vive y hoy aún tiene sus efectos. Los americanos han comprendido que vuestras enseñanzas son algo más que una hermosa utopía y están trabajando para convertirla en hechos. Llegará el tiempo en que también Francia, y toda Europa, os tendrán a vos como su Licurgo.

Fernando intervino.

—¡Así será! —exclamó con pasión—. ¡Sé que será así!

Jean-Jacques se levantó y le estrechó la mano.

—Tenéis razón, Fernando —dijo—. Los seres humanos encontrarán el camino de regreso a la naturaleza y a la virtud. Pero el camino será largo y estará lleno de tormentos —habló sin entonación; pero su voz grave, anciana, llena de aflicción y sin embargo confiada, llegó a Fernando al corazón.

Desde la partida de Gilberte, cada vez pasaba más tiempo con el maestro. Hasta el extremo que superó su natural timidez y le habló de Gilberte.

—Y es a vos, monsieur Jean-Jacques —le había dicho con entusiasmo— a quien debo agradecerlo. Desde que conozco *La nueva Eloísa*, sé hasta que extremo puede ser magnífica la vida y hasta que punto el amor es algo natural y querido por Dios.

Jean-Jacques con su mirada doliente, indagadora y sabia, lo miró largamente.

—Tenéis los ojos llenos de dicha, mi querido Fernando —dijo—. Miráis a vuestra muchacha con ojos dichosos. Ojalá conservéis durante mucho tiempo esa mirada. También yo fui muy feliz una vez, pero un alma sensible es un funesto don del cielo. Aquel a quien ha sido otorgado es juguete del aire y de los elementos, el sol y la niebla determinan su destino, es feliz o triste, según sopla el viento.

Cada vez aprendían a comprenderse más uno al otro. A menudo se sentaban juntos en el bosque, el viejo filósofo de rostro expresivo, los labios sensibles, la nariz grande y osada y la frente magnífica e inteligente y el muchacho joven de ardientes ojos, con la perra Lady a sus pies. Se sentían unidos uno a otro cuando conversaban, y aún más cuando guardaban silencio.

De vez en cuando, había también momentos en que Fernando creía percibir que

Jean-Jacques quería estar solo; entonces procuraba desaparecer sin llamar la atención.

En una ocasión, durante un descanso al aire libre, cuando era evidente que el maestro hablaba para sí mismo, y no dirigiéndose a él, quiso alejarse de ese modo. Pero Jean-Jacques alzó la vista y le dijo:

—¿Por qué os marcháis, Fernando? —y siguió hablando de asuntos confidenciales, en presencia de Fernando.

Así sería a menudo a partir de aquel día. Meditaba en voz alta, y la presencia de Fernando le parecía amable. Un día lamentó el hecho de hablar el lenguaje más sencillo de la tierra, el del corazón, y que era precisamente ese lenguaje el que muchos no querían comprender. Los malentendidos habían convertido a sus amigos en enemigos y le habían costado persecuciones como nunca antes ningún otro hombre había tenido que soportar.

—También mis perseguidores tienen enemigos —dijo—, pero ellos necesitan enemigos, necesitan persecuciones, disfrutan con la lucha. Tienen la piel dura y la presión solo la hace más dura y callosa. Mi piel es menos dura, sufre heridas. No comprenden, mis supuestos amigos, lo que me hacen. Me escarnecen, me atormentan, y cuando grito, dicen: qué suspicaz. Y yo los amé, fui su sincero amigo, siento su ausencia. Oh, aquellos que me desviven me producen más dolor que aquellos que me desmueren.

Fernando mantenía un absoluto silencio y escuchaba. Aunque había sido invitado a quedarse, se sentía como un espía.

Su pecho estaba lleno de simpatía por el maestro. Tenía que darle una muestra de su amor. Y un día, aquel hombre joven y tímido reunió el valor suficiente. Con torpeza, mintiendo con respeto, le dijo a Jean-Jacques que la perra Lady se había encariñado con él, el maestro, ya lo consideraba su amo y señor, y rogó a Jean-Jacques que aceptara acoger a la perra en su casa de verano. Él la necesitaba; le hacía falta un guardián contra todos sus enemigos.

Sonriendo conmovido, Jean-Jacques aceptó su ofrenda.

Nicolás y Teresa

Una noche, mientras Jean-Jacques estaba en el castillo y las mujeres estaban solas, alguien llamó a la puerta de la casa de verano. Las mujeres se sorprendieron al ver entrar a Nicolás.

Se inclinó haciendo una profunda reverencia con una exageración algo irónica. El señor marqués, explicó con una sonrisa cortés, le había ordenado que se mostrara complaciente con las damas en todos los aspectos. Puesto que no debía dejarse ver por monsieur Rousseau, no había tenido oportunidad de informarse de los posibles deseos que las señoras pudieran tener. Para remediar esto se permitía ahora

aprovechar el tiempo que el señor filósofo pasaba en el castillo.

Las mujeres estaban sentadas a la mesa, la carne humeaba en la fuente. Madame Levasseur observó a Nicolás con su ojos pequeños y duros.

—No sé de nada que podamos necesitar —dijo.

Pero Teresa, con su voz indolente, repuso:

—Es muy amable por su parte habérmelo preguntado, Monsieur Nicolás.

La vieja guardaba un manifiesto silencio, su actitud pretendía forzar a Nicolás a marcharse. Se quedó. Miraba de arriba abajo a Teresa con descaro, con un insolente reconocimiento. Teresa le devolvió la mirada.

—¿No quiere comer con nosotras, monsieur Nicolás? —lo invitó.

Madame Levasseur dijo con enojo:

—Jean-Jacques puede regresar en cualquier momento.

Nicolás, sin apartar los ojos de Teresa, replicó en un francés con acento inglés:

—El señor escritor y filósofo Rousseau difícilmente regresará pronto. La cena en el castillo se prolonga debido a lo interesante de las conversaciones, e incluso una vez finalizada el marqués procura retener al filósofo.

—No quiero, bajo ninguna circunstancia —dijo con su tono carente de todo vigor madame Levasseur— que mi yerno os vea —y subrayó el «os».

Nicolás, casi divertido, se inclinó y dijo:

—Por eso, señoras mías, es por lo que he elegido este momento para visitaros —volvió a mirar a Teresa.

Esta, como si fuera arrastrada y obligada a hacerlo, dijo:

—Por favor, siéntese, monsieur Nicolás —y se levantó para traerle plato y cubiertos.

Pero Nicolás contestó:

—Ya que insistís con tanta amabilidad, madame, creo que sería descortés por mi parte rechazar vuestra invitación.

Madame Levasseur se resguardó tras un silencio hostil. Aquel sujeto no era santo de su devoción. Pero Nicolás era diestro en la conversación y, sin la menor dificultad, ignoró lo incómodo de la situación. Conocía mundo, empezó diciendo, había sido el principal domador de caballos de míster Tattersall en Londres, el más famoso experto en caballos del mundo. Todos los grandes señores habían pasado por allí, y el señor marqués había tenido que emplear con él mucho dinero y buenas palabras para conseguir que aceptara abandonar esa posición privilegiada. A veces se había arrepentido de haber cambiado Londres, aquella ciudad grande y maravillosa, por el aburrimiento y la soledad de Ermenonville. Pero ahora que había tenido la fortuna de conocer a las señoras de Rousseau, ya no lo lamentaba. Alzó su copa en dirección a madame Levasseur, y luego, dirigiendo una profunda mirada a Teresa, dijo:

—A vuestra salud —y vació su copa. Pero no era de sí mismo de quien quería hablar, continuo diciendo con ligereza, sino expresar su sorpresa sobre las rarezas de monsieur Rousseau. Y es que, a pesar de su mucho conocimiento del mundo, nunca

se había encontrado con nadie como él. También Londres tenía a su famoso filósofo, el doctor Johnson. Un hombre a quien le gustaba vivir bien y que sabía cómo sacar dinero a cualquiera. Pero un filósofo como monsieur Rousseau, que gozaba de una fama mucho mayor, y no sacaba de ella ni un sueldo, ni un penique... Nicolás sentía curiosidad y quedaría muy agradecido a las señoras si le pudieran explicar aquello.

La desconfianza de madame Levasseur creció. Estaba claro que aquel individuo iba detrás de Teresa. Había olfateado enseguida que ella lo deseaba, y tal y como la muy necia trataba de pescarlo con sus miradas, no daba lugar a ninguna confusión. Era evidente que aquel Nicolás sabía tratar con mujeres y también que no era Teresa, gorda y envejecida, lo que centraba su interés. Olía dinero detrás de la filosofía de Jean-Jacques y solo pretendía introducirse en la familia. Ella, madame Levasseur, debía pararle los pies desde el principio. Quería conservar el dominio sobre su hija, no iba a permitir que ningún inglés recién llegado escupiera en su sopa.

Teresa se levantó despacio y empezó a recoger la mesa. Nicolás dijo:

—Ahora debo irme, el señor filósofo podría regresar en cualquier momento. Me habría gustado tanto oír hablar de su filosofía. Tampoco hemos hablado de los especiales deseos que puedan tener las señoras, sean cuales sean. ¿Puedo permitirme haceros una sugerencia? —preguntó a Teresa—. Acompañadme unos pasos por el parque para que monsieur Rousseau no nos sorprenda aquí, y así podremos hablar de todo, de filosofía y de vuestros deseos.

Teresa se quedó en pie, dubitativa. Madame Levasseur intervino, incisiva y sin levantar la voz:

—¿Pretendéis que yo friegue sola todos los platos?

La oposición de su madre incitó a Teresa, se rebeló.

—Vuelvo enseguida —dijo. Y acompañó a Nicolás.

Fuera reinaba el silencio y una densa oscuridad. Los senderos eran estrechos: si querían mantenerse uno junto a la otra, debían mantener los cuerpos muy próximos. Penetraron en un bosquecillo. Nicolás la conducía con seguridad, era evidente que en la noche se sentía como en su casa. Oían uno la respiración de la otra, las ramas se partían bajo sus pies.

—Vuestra vida no es fácil —dijo por fin Nicolás— con vuestra señora madre y el señor filósofo. Una mujer tan encantadora merecería una vida mucho mejor, creo yo —amortiguó su voz gangosa, pero casi sonó estridente en el silencio de la noche. Apoyó su brazo en la cadera de Teresa, conduciéndola. Ella sintió el fuerte aroma masculino que emanaba—. Si digo que sois una dama encantadora —prosiguió—, sé de qué hablo. Tengo experiencia. —Con un súbito y poderoso movimiento, la atrajo hacia sí y la besó con insolencia, profunda y largamente en la boca. Luego, soltándola, dijo con cortesía—: Gracias, Madame —y retomó la conversación—. No, no lo tenéis fácil. Porque monsieur Rousseau tiene su filosofía, pero de la vida no tiene ni idea. Creedme. Porque si así fuera, aprovecharía para cosechar mientras estuviera a tiempo. Hoy los aristócratas están entusiasmados con él, pero ¿quién os

dice qué pasará mañana? El humor de los grandes señores cambia con mayor rapidez que la luna. Conozco el mundo, tengo experiencia. Y de pronto un día es demasiado tarde, y entonces el señor filósofo se quedará en la estacada y vos con él.

Teresa defendió a Jean-Jacques.

—Mi marido no necesita a los aristócratas —dijo con una beligerancia poco propia de ella—. Los editores ofrecen dinero a mi marido, todo el que quiera, por sus obras filosóficas. Tiene montones de fajos escritos. Pero él no se los manda. No quiere dinero.

Nicolás silbó entre dientes.

—Comprendo, madame —dijo—. Llevar una vida pobre forma parte de su filosofía.

Teresa, algo desamparada y sin vehemencia, replicó y sonó como una disculpa:

—Es un gran hombre, eso dicen todos.

—Probablemente —replicó Nicolás con desprecio—. De eso yo no entiendo. Pero lo que sí entiendo es que es un hombre muy poco práctico, muy inexperto, dejadme decirlo abiertamente: un necio.

Teresa intentó dar una explicación:

—Tiene que ver con su filosofía. Él lo llama sencillez, él promueve el regreso a la naturaleza y no acepta dinero.

—De acuerdo, muy bien —contestó Nicolás—. ¿Pero por qué no vuelve él solo a su naturaleza? ¿Por qué quiere teneros con él? La naturaleza sin más no es nada para vos, madame. No habéis nacido para ello. Me di cuenta en cuanto os vi.

Teresa guardó silencio. Nicolás, con diestra locuacidad, continuó:

—Vos podríais decirme: ¿Y eso qué os importa, monsieur Nicolás? Y en cierto sentido tendríais toda la razón. Si monsieur Rousseau es un hombre poco práctico y vos se lo permitís, madame, de hecho debería serme del todo indiferente. Pero no me es indiferente. No me es en modo alguno indiferente. Se me sube la sangre a la cabeza. No por el señor filósofo, sino por vos, madame. Porque quizá ya os habéis dado cuenta de que me siento interesado por vos —y la besó por segunda vez, con más intensidad que antes.

Teresa, jadeando, ajustándose la toca y el pañuelo que le cubría el pecho, dijo:

—Debo regresar. Si no, Jean-Jacques regresará a casa y notará mi ausencia.

—Lástima —dijo Nicolás galante—. Habría podido seguir conversando con vos toda la noche, madame. Pero si no puede ser... —y la acompañó de regreso a la casa.

—Y todavía no hemos hablado de vuestros deseos, ni de las posibles necesidades de monsieur Rousseau —dijo en cuanto tuvieron a la vista las ventanas iluminadas de la casa de verano—. Debemos encontrarnos pronto de nuevo. Solo lamento no haber conseguido despertar la aprobación de vuestra señora madre, y me temo que no tendrá el menor interés en volver a verme. ¿Puedo sugeriros que nos veamos sin que esté presente vuestra señora madre la próxima vez que el señor filósofo coma en el castillo? ¿Puedo esperaros aquí, en la sombra?

Ella no contestó. Él la besó por última vez, palpándola toda, ella desfalleció y él supo que acudiría.

Silbando entre dientes, Nicolás se dirigió al alojamiento del servicio. Estaba satisfecho. La tenía en el bolsillo. Y tenerla a ella era ya tener algo en la mano. Y también había dinero de por medio, eso había dicho la buena mujer en la simpleza de su corazón. El regreso a la naturaleza. Y el dinero sería para él, aunque la vieja, esa bruja, esa gorda intrigante, reventara de rabia.

Hasta el momento, su estancia en Francia había sido decepcionante. Había soñado abrir un negocio en París como el de mister Tattersall en Londres, un centro donde enseñar a montar a caballo y al mismo tiempo comerciar con caballos y cerrar apuestas. Pero sin un capital inicial no había nada que hacer, y por ahí era por donde sus planes fallaban. Esa madame Rousseau era un nuevo trampolín. Quizá, puesto que la fortuna adoraba los rodeos extraños, los garabatos del chiflado podían transformarse en buenos caballos. Lo que sí era innegable es que la mujer del filósofo tenía un buen trasero.

Mientras el criado del marqués se entregaba a sus ensoñaciones, en la casa de verano Teresa lavaba los platos y madame Levasseur le hacía saber la opinión que le merecían las relaciones de su hija con monsieur Nicolás.

Madame Levasseur no tenía nada que oponer a que Teresa se liara con unos y con otros. Jean-Jacques era viejo, y ni siquiera en sus mejores años habría podido satisfacer a una mujer jugosa. Además, bastante trabajo y apuros tenía Teresa con él. Nadie habría cuidado de aquel inválido con tanto esmero durante sus ataques, con toda la porquería que eso conllevaba. Tampoco nadie habría aguantado con tanta paciencia todas sus extravagancias. Por lo tanto, Teresa tenía todo el derecho, ante Dios y ante los hombres, de procurarse un poco de placer en su escaso tiempo libre. Pero debía ser selectiva con sus pretendientes.

—Podrías dar a tu Jean-Jacques un digno coadjunto —le exponía—. Este inglés no es el adecuado. Se ha oído que puede sacar cuartos y parné de tu filósofo, y eso es lo único que le interesa. Ya me los conozco yo a esos chatos de ojos descoloridos. ¿O quizá crees que te quiere por tus dulces ojos y tu trasero gordo? Puede conseguir mujeres más jóvenes y menos gordas, tantas como quiera. ¡Si quieres revolcarte con un hombre, puerca, haz el favor de buscarte a uno que no esté al acecho para desplumar a tu vieja madre!

Teresa siguió lavando los platos. No dijo nada.

Los conflictos de Fernando

Sin haberse puesto de acuerdo, Jean-Jacques y Fernando evitaban mostrar su amistad ante terceros. Cuando Jean-Jacques estaba invitado en el castillo, solía dirigir la

palabra a Girardin y a monsieur Gerber, y pocas veces a Fernando.

A este le llamó la atención lo distinto que era el Jean-Jacques que hablaba con su padre o con monsieur Gerber, del Jean-Jacques que él conocía de sus paseos. Intercambiando preguntas y respuestas con su padre y con monsieur Gerber, dejaba de ser aquel hombre que recorría con él el bosque, despreocupado, joven, casi alegre. Era como si las personas no poseyeran un perfil definido; cada cual era distinto según con quien estuviera tratando.

A veces, cuando Jean-Jacques estaba en el castillo, a Fernando le resultaba del todo desconocido. Hasta el extremo de que en una ocasión Fernando abandonó la reunión, porque no quería que aquel Jean-Jacques desconocido enturbiara la imagen que llevaba de él en su alma.

Recorrió los jardines en medio de la noche, mientras soñaba con su Jean-Jacques. ¿Llegaría a conseguir que ese Jean-Jacques viera a Gilberte con sus ojos?

El sonido de unas voces lo arrancó de sus sueños. Susurros, jadeos, suspiros, los balbuceos y jadeos de unos amantes. Se detuvo atraído y repelido. Había pasado por experiencias precoces, vivencias feroces, breves, desoladoras, tristes, decepcionantes, allí, en el campo, y también en París. No le gustaba pensar en ello, y desde que se había dado cuenta de cuánto y cuán profundamente amaba a Gilberte, había relegado al rincón más lejano de su mente aquellos recuerdos.

Quería marcharse; no era correcto, era indigno de él, espiar a aquella pareja. Debía tratarse de un criado y una sirvienta entregados a sus instintos. El instinto de los animales era mejor que la pasión de las personas. Los animales no conocían otra cosa que sus instintos; las personas, cuando entregaban a sus instintos lo que deberían entregar al amor, sentían una vergüenza iracunda.

Se dio la vuelta, dio unos pasos que lo apartaran de la zona de los susurros y los suspiros.

Y entonces reconoció las voces.

Primero reconoció la voz del hombre; así, de un modo tan gangoso, solo hablaba uno, aquel repugnante John Bally, aquel Nicolás, el criado de las caballerizas. Reconoció casi al mismo tiempo la voz de la mujer y se horrorizó en lo más profundo de su corazón. También aquella voz grave y monótona era inconfundible, era la de ella, incluso en su pensamiento evitó su nombre. No, no quería escuchar. Ahora era un delito escuchar. Debía alejarse.

Se quedó. Escuchó.

Escuchó con el ánimo alterado. El más noble pensador de Francia había elegido como compañera a una mujer como aquella, a una depravada, medio animal. Él estaba en el comedor del castillo, conversando alegremente con su padre y con Monsieur Gerber, y aquí yacía su mujer, la esposa que había compartido con él todas aquellas décadas, yacía con la escoria, con un pedazo de fango, a quien el creador solo había insuflado un ligero soplo de alma. Ella balbuceaba, jadeaba sumida en una pasión animal, revolcándose en la porquería. ¡Y eso le sucedía al más grande, al más

sabio de los mortales! ¿Tan ciego estaba Jean-Jacques? ¿El hombre que había sabido mirar el mundo con mayor profundidad que nadie, era un ciego en su espacio más próximo, entre sus cuatro paredes, en su lecho matrimonial? Fernando se sintió presa de un asombro ilimitado, de temor ante la vida, de una compasión inmensa para con aquel gran hombre, tan pueril, que había atado su vida a aquella perra en celo.

Fernando anduvo durante mucho tiempo en medio de la noche, alterado. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo sería, cuando volviera a encontrarse con Jean-Jacques? ¿Debía comunicarle su terrible descubrimiento?

Al día siguiente lo evitó. Antes quería aclararse consigo mismo. Quizá se había confundido, quizá la consternación de su ánimo había engañado sus oídos, y sería muy cruel cometer un error en un asunto tan tremendo. Se había equivocado. Tenía que haberse equivocado. El criado inglés de las caballerizas debía de haberse divertido con alguna criada. Debía pasarlo por alto y seguir su camino. Debía olvidar lo sucedido.

Pero los confusos, reprimidos, malvados y excitantes sonidos que había oído entre los arbustos no se apartaban de su mente. ¡Y era la mujer de Jean-Jacques! Aquella voz era única.

Debía escucharla de nuevo, esa voz. Debía comprobar que estaba en lo cierto.

Buscó una excusa para verla. Se acercó a la casa de verano a una hora en que sabía que Jean-Jacques estaría dando su habitual paseo.

Las mujeres se sorprendieron. Él dio muchos rodeos, tartamudeó que había querido rogarle a Jean-Jacques que copiara lo antes posible las partituras que le llevaba, y que a ser posible dejara de lado cualquier otra cosa que estuviera haciendo; necesitaba el material, se trataba de una sorpresa para su padre. Madame Levasseur le cogió las partituras, le dijo que daría su encargo a Jean-Jacques.

Fernando debería haberse ido entonces. Se quedó. Allí de pie, los brazos largos, con las manos desocupadas ahora, colgaban desamparados a ambos lados de su cuerpo. Contempló a Teresa, incómoda, como él quiso creer. Ella lo miraba con calma, con sus ojos que miraban sin vergüenza, serenos, como los de un animal. Había percibido de inmediato que el joven estaba allí por su causa.

Se hizo el silencio, los canarios trinaban en su jaula. Ninguna de las mujeres trató de ayudarlo, se quedaron a la espera de lo que él tuviera que decir. Él se llenó de coraje.

—Quería preguntar —empezó— si monsieur Jean-Jacques se encuentra a gusto en esta casa, si ustedes también se encuentran a gusto —hablaba deprisa para dominar su apuro—. Seguro que saben, señoras —se explicó—, que monsieur Jean-Jacques me honra muy a menudo con su trato, me halaga decir que me honra incluso con su amistad. Comprenderán, señoras, que por lo tanto, tengo mucho interés en saber que monsieur Jean-Jacques está bien atendido aquí, en Ermenonville. Todos ustedes deben ser bien atendidos aquí —añadió con rapidez, astuto y cortés. Pensó: me he equivocado. Ella está tan tranquila. Por supuesto no sospecha que conozco su

repugnante secreto. ¡Cómo me mira! No me he equivocado. Debe volver loco a cualquier hombre, se nota. Y ni siquiera es guapa. Y además es tonta y perversa. Una escoria. ¿No va apartar nunca sus ojos de mí?

Mientras tanto, madame Levasseur pensaba que nunca comprendería ni aprendería jamás qué era lo que atraía a los hombres de una mujer. Su Teresa no era bonita en absoluto, tenía un rostro rollizo, inexpresivo y era lenta y estúpida como un rebaño de vacas: y los hombres volaban hacia ella como moscas sobre la carroña. Ahí estaba el joven conde, heredero de una gran casa, y tartamudeaba y balbuceaba atrapado por el deseo. Por supuesto, aquello, en el fondo, era una bendición. Quizá podrían azuzarlo contra aquel sinvergüenza, el granuja entrometido, Nicolás el domador de caballos. Ese inocente del campo seguro que no intentaría embolsarse el dinero de Jean-Jacques, ni arrebatárselo a ella, la madre, su parte.

—Os agradecemos vuestro afectuoso interés, señor conde —dijo—. Estamos bien aquí, y mi señor yerno se encuentra muy a gusto. Dudo que regresemos pronto a París. Mientras Jean-Jacques reciba suficiente trabajo —indicó con un movimiento de cabeza las partituras— también aquí puede ganarse el pan y la mantequilla.

Teresa miró a Fernando sin reparos. Le gustaba que se hubiera fijado en ella un hombre que apenas tenía la mitad de sus años, que era guapo y no era un filósofo trastornado, y que además ostentaba un gran título.

—Muchas gracias, conde Fernando —dijo finalmente también ella—. Nos gusta mucho estar aquí. —Pareció que dijera: usted me gusta mucho.

Fernando dedicó mucho tiempo a vagar perdido en sueños y reflexiones. Esa Teresa, como la naturaleza, estaba llena de secretos. Mirar sus ojos era como asomarse a las profundidades arcaicas del mundo. Debía ser por eso que Jean-Jacques se había unido a ella. Se había fundido con la naturaleza en la persona que reunía en sí misma todo lo bueno y todo lo malo.

En los días siguientes Fernando siguió evitando al maestro y rondando la casa de verano a las horas en que sabía a Jean-Jacques ausente. Era malvado por su parte, desconsiderado, una traición al maestro. ¿Pero no predicaba este que no había que estudiar tanto en los libros como en la naturaleza? Fernando debía investigar a fondo el tenebroso secreto. Debía descubrir qué era lo que atraía a Jean-Jacques a esa mujer, qué era lo que la atraía a ella al animal de Nicolás.

Después de un tiempo no demasiado largo, aunque a él le pareció infinito, consiguió encontrarse con Teresa. Ella quiso pasar de largo, parecía tener prisa. Él reunió todo su valor y le preguntó si podía hablarle de Jean-Jacques. Ella reflexionó y luego contestó sin apuros que Jean-Jacques se iba pronto a la cama, antes de que oscureciera, podría reunirse con él, con Fernando, esa misma noche, debía esperarla a las nueve en el puente.

—Es agradable dar un paseo estas noches calurosas —dijo. Hablaba con torpeza, buscando cada una de las palabras.

La noche era bastante clara, pero los senderos que corrían por entre los matorrales

y el bosque estaban en sombras y oscuros. Hablaban poco, había que prestar atención al camino, de vez en cuando se advertían uno a la otra de la presencia de una piedra, de una rama baja. Lo que hablaban lo decían con la respiración contenida, con la voz contenida. Sus pasos estaban envueltos por la clandestinidad, por el aire de lo prohibido.

Él estaba profundamente conmocionado. Se movía de forma furtiva por el bosque con esa mujer, igual que Nicolás, el animal. ¿Qué pensaría Jean-Jacques si lo viera? ¿Y Gilberte? Se apartaría de él horrorizada, para siempre. Pero ambos serían injustos con él. No perseguía los mismos objetivos que Nicolás, él se encontraba allí por causa de la filosofía.

Llegaron al lago. Allí se encontraba el sauce bajo el cual solía sentarse Jean-Jacques. Teresa apartó las frondosas ramas, se dejó caer sobre el banco de césped con un leve suspiro. Con un pequeño gesto lo animó a sentarse a su lado. El banco era pequeño, sus cuerpos estaban juntos.

Al otro lado estaba la isla de los grandes álamos a cuya sombra Gilberte y él habían cantado para Jean-Jacques. Estaba bañada por la luz plateada y verdosa de la luna. Y allí estaba él ahora, sentado con la mujer y esposa de Jean-Jacques, acechándola, espiándola. Pero la sensación que le producía lo prohibido no era desagradable, lo excitaba.

A pesar de todo, de forma involuntaria, se apartó un poco de Teresa. Ella hizo un movimiento de sorpresa muy leve, casi imperceptible.

—Queréis preguntarme algo sobre Jean-Jacques, ¿verdad, conde Fernando? —dijo con su voz grave. Él le agradeció que rompiera aquel silencio paralizador.

—Sí, madame —se apresuró a contestar—, sería muy amable por vuestra parte que me hablarais de él.

—¿Qué queréis que os cuente? —preguntó ella al cabo de un rato.

Él reflexionó. Luego preguntó:

—¿Qué hace Jean-Jacques cuando está en casa? ¿Trabaja?

Ella, algo desconcertada, contestó:

—Claro, monsieur. A menudo se dedica a sus plantas secas. También escribe muchas notas.

Fernando, con paciencia, se explicó mejor.

—No me refiero a eso. Quisiera saber si está trabajando en una nueva obra.

—A veces también escribe —contestó con amabilidad e indiferencia Teresa—. Hace unos días me leyó algo. A menudo me lee en voz alta. Yo no lo entiendo todo. Debéis saber que tengo una cabeza dura. Lo que escribe tampoco es para mí. Ni para los vivos. Es para los que vendrán después, eso dice él.

No debería escuchar todo esto, pensó Fernando. No está bien. Si ella lo traiciona, lo hace por necesidad y sin culpa, pero yo sé lo que estoy haciendo.

—¿Se os hace tarde madame? —preguntó—. ¿Queréis que regresemos?

—Todavía no —contestó ella sin inmutarse—. Jean-Jacques está en la cama,

duerme bien y tiene un sueño profundo.

Él retomó sus palabras, contento de haber encontrado un tema de conversación inocente.

—Así pues, su estancia aquí, en Ermenonville, ¿hace bien a su salud? —preguntó.

—Sí —contestó ella—, ahora se encuentra bien, gracias a Dios. Pero en su caso hay que estar siempre preparado para cualquier ataque. Ya sabéis que padece esa terrible enfermedad de la vejiga, uretritis —acentuó cada sílaba de la palabra médica—. Y los ataques siempre se presentan en el momento más inapropiado. Cuando después del estreno de su ópera en la corte tenía que asistir a la audiencia para que recibiéramos la pensión, no pudo presentarse ante el rey. Ya sabéis que cuando sufre esos ataques, tiene que retirarse de inmediato, ya me comprendéis, y eso no se puede hacer delante de Su Majestad y de todas esas damas y caballeros. Cuando sufre esos ataques no quiere tener a nadie a su alrededor, solo a mí. Cuidar de él no es una cosa sencilla. Hay que introducirle una sonda, y hay que procurar no hacerle daño, y él es muy sensible al dolor, todo ese asunto es también muy doloroso. Es natural que entonces esté de muy mal humor y se muestre impaciente. Pero yo estoy acostumbrada, no me quejo.

Así pues, Jean-Jacques no se había negado a asistir a la audiencia por el orgullo de un hombre sediento de libertad, ¡sino por su afección de vejiga! Fernando apretó los labios. No podía, no debía ser así. Ella lo había justificado de esa manera por la simpleza de su mente, pero no era eso lo que había sucedido. No debo quedarme aquí mucho rato más, se decía una y otra vez. Estoy espionando a Jean-Jacques en su desnudez. Interrogo a esta mujer que es inocente y sin conciencia como la propia naturaleza. Esto está prohibido. Esto es robar el fruto del árbol del conocimiento. No podré volver a mirar a Gilberte a los ojos. No debo seguir escuchando.

Pero ella estaba allí sentada, tan tranquila, al parecer se encontraba dispuesta a quedarse un rato más y él no sabía cómo acelerar la partida. Preguntó:

—Hace ya décadas que estáis casada con Jean-Jacques, ¿verdad, madame?

—Casada solo desde hace diez años —contestó ella con naturalidad—. Pero vivo con él desde que tenía dieciocho años. En aquel entonces él me sacó de un terrible hotel. Los otros me acosaban, pero él me protegió. Era muy bueno conmigo. Pero yo siempre lo he cuidado muy bien también. De pronto se le ocurrió y se casó conmigo. Fue una hermosa boda. Estábamos en Bourgoin, en la fonda «La Fuente Dorada». Él invitó a dos amigos, oficiales de artillería, y encargó una habitación especial, hizo un discurso precioso y declaró: «Y así tomo a esta mujer como esposa ante la naturaleza». Todos estábamos emocionados, y luego tomamos una magnífica comida y cantamos —contaba la historia despacio, balbuceando, pero no porque se sintiera incómoda, sino porque tenía que elegir las palabras.

Luego, con torpe jocosidad, se interrumpió:

—Pero os estoy hablando de mí. Y vos no estáis interesado en mí, sino en Jean-Jacques.

Fernando, sonrojándose mucho, aunque ella no podía verlo en la noche, le aseguró con torpeza hasta qué punto se sentía interesado por todo cuando tuviera que ver con Jean-Jacques, y en particular en ella, su íntima compañera.

—Compañera —repitió Teresa despacio— es una hermosa palabra, debo recordarla. Y es realmente así. Hemos vivido muchas cosas buenas juntos en estos largos años, y muchas otras malas, también os lo puedo decir. Es agradable tener un amigo con quien poder hablar de ello. Los demás solo se muestran celosos, porque soy la mujer del gran Jean-Jacques, y hablan mal de mí. Pero no es fácil para una muchacha sencilla ser la mujer de un filósofo. La compañera. Él es un santo, pero es un hombre difícil. Está enfermo y no es fácil cuidarlo, se impacienta y se pone de mal humor. Tengo muchas preocupaciones y trabajos.

Se acercó un poco más a Fernando, le alargó la mano. ¿Tomó él su mano o ella la suya? Era una mano grande, carnosa, algo húmeda, él la estrechó. Luego, despacio, sin soltarle la mano, ella se levantó. Él se levantó con rapidez y algo violento, pero no soltó su mano.

Regresaron en silencio. Él la acompañó hasta las proximidades de la casa de verano.

Cuando Teresa volvió a ver a su Nicolás, estaba llena de una ternura sin límite. Cínico como él era, se dio cuenta enseguida.

—Vaya —dijo—, te lo has hecho con el condesito, con ese palo de escoba.

Teresa, con inusual viveza, replicó:

—Estás loco. El conde Fernando es tímido, un crío. Solo habla de filosofía.

—Ahora vas a decirme tú cómo es la gente —exclamó Nicolás—. Hablan del piso de arriba y se refieren al jardín. Además, no vayas a creer que estoy celoso. Sé perfectamente lo que valgo. Solo puedo salir vencedor en una comparación.

Un sargento interviene

Nicolás trajo de la pequeña ciudad de Dammartin una carta que le habían entregado en la posada Los Dos Ángeles, para que la hiciera llegar en mano a madame Levasseur.

—Una carta de amor para vuestra mamá —le dijo a Teresa con sonrisa maliciosa.

La vieja, habitualmente tan serena y valerosa, empalideció y se quedó sin palabras cuando reconoció los trazos de la escritura en la dirección. La carta era de François, del sargento François Renoux, ¡su hijo! ¡Así que había regresado de América! ¡Y ella, que poco tiempo atrás, cuando el rey había establecido la alianza ofensiva y defensiva, ya había abandonado toda esperanza de volver a ver a su querido François!

Tenía la carta sin abrir en sus manos ahora muy viejas y temblorosas, y las

imágenes de toda su esforzada vida, rica en alegrías y en preocupaciones, se le venían encima y se mezclaban las unas con las otras. Allí estaban los breves y alegres días con su primer marido, el sargento Renoux. Un poco irreflexivo había sido su bendito Popaule, un auténtico soldado, tampoco bendecido precisamente con el don de la inteligencia, pero ¡qué hombre! ¡Todo lo que había tenido con él! ¡Cómo lo había amado, aunque le hubiera dado preocupaciones y ella no supiera de dónde sacar dinero para que él volviera una y otra vez a ella! Pero luego le hablaba de sus batallas, de las grandes batallas de la guerra de sucesión polaca, de Philippsburg y de Milán, y el corazón se le alborozaba cuando él hablaba de todo ello con tanta pomposidad y se reía feliz y joven, mientras le palpaba el trasero. Y el muchacho, François, había seguido sus pasos. También era un soldado de la cabeza a los pies, y tenía la misma estruendosa risa, el mismo corazón, grande y ligero. Y cuando acudía a ella, con aquella expresión apurada y pícara en la cara, y le pedía dinero, siempre dinero, era tan imposible negarse como lo fuera en su momento con el padre. Por supuesto, las batallas en las que él, el hijo, había luchado se habían perdido, pero no había dependido de él en absoluto que aquel maldito prusiano sin Dios, Federico, hubiera vencido en Rossbach y en Krefeld. Que era valiente, su chico, lo había vuelto a demostrar ahora, al cruzar el mar para reunirse con los americanos, las gentes de Boston, los hombres que luchaban por la libertad, para establecer allí un nuevo orden. Y ahora, que el acuerdo se había establecido, ya no lo necesitaban, ¡y ella lo había recuperado!

Abrió la carta. Sí, se alojaba en la posada de Dammartin, y ¿acaso no era maravilloso que apenas hubiera regresado de la tierra de los indios se apresurara a acudir a abrazar a su madre? Era una lástima que no hubiera podido ir de inmediato a Ermenonville; pero su yerno, el chiflado, por desgracia sufría un ataque de ira en cuanto veía a François. Y es que este, en una ocasión, en ausencia de Jean-Jacques, había tomado prestadas un par de camisas de su baúl y Jean-Jacques había hecho de ese «robo» un crimen. Los centenares de libras, había gritado en su ira, que François le había costado, se las perdonaba, pero que le hubiera robado sus camisas de seda india, una de sus pocas alegrías, eso era una auténtica canallada, y ese sujeto no debía volver a aparecer ante su vista. Ay, ella solo podía abrazar a su querido hijo a espaldas del loco de Jean-Jacques.

Se encontraron en la casa de verano mientras Jean-Jacques comía en el castillo. Teresa los dejó solos, y madame Levasseur disfrutó de la dicha que Nuestro Señor reserva solo a sus santos.

No se hartaba de mirar a su hijo. Era realmente una bendición para la vista, el sargento François Renoux y madame Levasseur podía estar orgullosa de que ella, una mujer insignificante, fuera la madre de un hijo tan brillante y apuesto. Ahora había luchado en tierras lejanas, entre los salvajes, en las selvas de América, al lado de las gentes de Boston, por el té y la libertad. Por desgracia, por lo que podía deducirse de sus deslumbrantes explicaciones, tampoco allí había tenido suerte. Claro que le

habían rendido muchos honores, porque naturalmente no había ocultado que era el cuñado de Jean-Jacques, y era él, por decirlo de algún modo, quien había inventado la libertad: pero fuera del honor, había poco que obtener en aquel lugar.

—Es una tierra solo adecuada para un hombre como Jean-Jacques —dijo con amargura—. Todo naturaleza y virtudes, y nada de dinero.

Así que, cuando a raíz de la alianza ya no le necesitaron, regresó. Había participado en siete batallas, y cuando desembarcó en El Havre y contó su botín de guerra, tenía doce libras y tres sueldos.

—Ítem —continuó diciendo con su sonora voz—, América ha sido una decepción. Los hermanos de la libertad no podían pagar. Cierto es que no fui allí por el dinero, pero por siete batallas y tanto sudor y sangre, doce libras y tres sueldos es muy poco para el hijo de mi padre. Para el hijo de mi madre —se corrigió sonriendo y tierno, y le estrechó con fuerza el hombro.

Madame Levasseur estaba radiante en el gozo de aquella hora. Porque, por fortuna, él era en verdad el hijo de su padre, y a ese padre ella lo había amado, y por eso el hijo había salido tan bien. A su segundo marido, el funcionario de la Casa de la Moneda, Levasseur de Orleans, a aquel hombrecillo triste y enclenque, solo lo había aceptado por motivos obvios, su corazón y su vientre habían permanecido sordos y por eso no habían producido más que a la torpe, apática y estúpida Teresa. Pero era ella quien había tenido suerte, y a su magnífico hijo, ahora cerca ya de los cincuenta, la fortuna ni siquiera en la salvaje América le había sonreído.

—Por lo menos —siguió diciendo el sargento François—, he traído una buena idea a casa. En cuanto nuestro buen rey Luis firmó la alianza con los hermanos de la libertad, me pasé toda una larga, incómoda y triste noche que tuve que pasar al aire libre dando vueltas en mi cabeza a toda la situación política y militar. Él no está de acuerdo, nuestro buen rey Luis, me dije, no le gustan los que luchan por la independencia, y tampoco hay que reprochárselo desde su especial punto de vista, y no quiere mandarles soldados. Pero, me dije, al final tendrá que hacerlo. Porque esa gente de Boston no lo conseguirán solos. Si no interviene ningún ejército francés, vencerán los ingleses. Y eso tampoco puede permitirlo, el más cristiano entre los cristianos. Y por eso te digo, mamá, que al final, aunque de mala gana, tendrá que hincarle el diente a la manzana amarga.

Bebió del vino de Jean-Jacques.

—¿Y? —preguntó madame Levasseur.

—Entonces se necesitarán soldados, me dije —siguió hablando el sargento—, y si ahora ya hay pocos reclutas, en el futuro habrá muchos menos. Ítem, alistar reclutas será un oficio aún más lucrativo que hasta ahora. Pero es un negocio difícil. Para captar reclutas, para ser un reclutador, hay que haber nacido y haber sido criado para eso, hay que tener mucha labia y experiencia en la guerra. Por lo tanto, me dije, van a necesitarte a ti, sargento Renoux, a ti, con tu probada locuacidad y tu experiencia en la batalla. En París puedes servir mucho más a la causa de la libertad y a ti mismo que

en los bosques de América, me dije. Y aquí estoy.

Madame Levasseur sospechaba que la gran idea de su hijo François al final iba a costarle dinero a ella. Pero la enorme alegría de volver a tenerlo cerca ahogó su preocupación. Una cosa estaba clara: él estaba en Francia, y la guerra estaba allí, en América, así que le preguntó aliviada:

—Entonces, ¿no vas a volver a la guerra tan pronto, hijo mío?

Tan solo se había detenido dos días en París, le informó François; porque le urgía volver a ver a su querida mamá cuanto antes. Pero había tenido ya ocasión de hablar con su amigo, el coronel de la Rocque. Este conocía bien a su sargento Renoux y le había prometido de inmediato el monopolio como reclutador para su regimiento. Cuando lo obtuviera y cuando pudiera pronunciar sus arengas vistiendo el magnífico uniforme de reclutador real, con música del regimiento y estandartes, iba a conquistar, como su mamá podía imaginar, montones de civiles para la bandera del rey. Solo había un inconveniente en toda esa historia: el Ministerio de la Guerra exigía de todo aquel a quien autorizaba como captador de reclutas una fianza de cien luises de oro. Esperaba que mamá pudiera prestarle el dinero; de no ser así, corría el peligro de perder aquel negocio seguro, la mejor oportunidad de su vida.

Madame Levasseur le había oído hablar a menudo de esos «negocios seguros», sin que nunca hubieran dado el resultado esperado, y en lo más profundo de sí misma estaba convencida de que tampoco esta vez sería distinto. Pero se imaginó a su François con el vistoso y brillante uniforme de reclutador, con el magnífico penacho del casco alzándose en cuatro espirales, arengando a las masas con su poderosa voz, convenciendo arrollador y con astucia a los dubitativos y dejando que las monedas de oro se deslizaran entre sus dedos. No podía dejarlo en la estacada ahora que había vuelto a ella desde América. Le conseguiría el dinero, le prometió, pero debía quedarse unos días en Dammartin, hasta que lo hubiera reunido. Él contestó de buen humor que ya se había imaginado que su mamá no tendría el dinero en el calcetín, cien luises no era una nadería; pero su promesa le bastaba. Y añadió que esperaría noticias suyas en la posada «Los Dos Ángeles».

Madame Levasseur, en cuanto estuvo sola, dirigió una mirada anhelante y cargada de ira impotente hacia el escritorio y el arcón de Jean-Jacques. Allí estaban los escritos del necio, que serían dinero contante y sonante si él quisiera; los editores, Bassompierre en Ginebra y Michel Rey en Amsterdam ofrecerían una fortuna por ellos. Pero madame Levasseur ya tenía experiencia en aquello, no había argucia posible, no se podía hacer nada con aquellos papeles. Los señores editores, curtidos hombres de negocios, no se daban por satisfechos con astutas cartas y firmas medio falsificadas, querían declaraciones escritas por la mano de Jean-Jacques.

Madame Levasseur tenía la respiración agitada, hasta el extremo que el leve vello de su labio superior se movía. Pero, aun así, el proyecto de su querido hijo no debía fracasar a causa de los caprichos de Jean-Jacques. Ya se le ocurriría algo, tenía que ocurrírsele algo.

Al día siguiente ya se le había ocurrido.

Acudió a monsieur de Girardin.

—Me resulta muy amargo, señor marqués —dijo—, presentarme ante vos como una pedigüeña. Mi bendito primer marido, el sargento Renoux, del regimiento de Dragones del Rey, tenía su orgullo. Adoraba las conquistas y vivir de su parte del botín, no de la limosna. Pero hablando con claridad y franqueza, señor marqués, como corresponde a una vieja esposa de soldado: necesito dinero. —Y le habló del proyecto de su hijo. Su corazón de madre se manifestó, su voz fría y sin fuerza cobró intensidad. No se trataba, en lo que se refería al propósito de su hijo, de la actividad corriente de un promotor cualquiera dedicado al reclutamiento, explicó. Su hijo había luchado por la libertad al lado de las gentes de Boston en los bosques americanos, y se había convencido, con sus propios ojos y con peligro para su vida, de que la filosofía de su yerno, sus ideas sobre la libertad y la naturaleza, solo podrían llegar a imponerse si el rey mandaba un fuerte ejército al otro lado del mar. Su hijo quería contribuir a esa empresa. Para ello necesitaba dinero.

Girardin se dio cuenta de que la mujer quería sacarle una suma importante. Se irguió y agitó el bastón contra ella.

—¿Cuánto dinero necesitáis, madame? —preguntó con una concisión militar.

—Cien luises de oro —contestó madame Levasseur con la misma concisión.

Era una petición desvergonzada, y resultaba visible en la expresión de su rostro que Girardin así lo juzgaba.

—No quiero que me regaléis el dinero —se apresuró a puntualizar madame Levasseur—. Podemos ofreceros una buena garantía. Están las obras de Jean-Jacques que solo podrán publicarse tras su muerte. Están aquí, gruesos fajos de escritos, bajo nuestra protección. Os ruego que me prestéis los cien luises a cuenta de los papeles.

El Marqués intentó una maniobra táctica. Contestó que estaba dispuesto a prestar la suma solicitada, pero no a espaldas del maestro. Esperaba que madame le permitiera solicitar el consentimiento de Jean-Jacques.

—Hágalo, monsieur —contestó con frialdad madame Levasseur—. Solicíteselo cuando quiera, solo conseguirá provocarle uno de sus cólicos. Os lo digo de antemano, y justo eso es lo que habría querido ahorrarle —se sentía mortificada. Su voz se hizo aún menos audible y el tono mucho más duro—. Si mañana le habláis de esto, pasado mañana Jean-Jacques regresará a París. Eso está tan claro como un suelo barrido. Conozco a mi yerno. No se quedará bajo un techo donde se le echa en cara su pobreza.

El miserable intento de chantaje de la gorda vampira llenó de hiel a monsieur de Girardin. Pero ella, la pirata, estaba en situación de hacer regresar a Jean-Jacques a París. Debería aceptar sus insolentes exigencias. Por otro lado, quizá fuera posible sacar provecho de su propuesta. Había obras de Jean-Jacques sin publicar, eso se sabía; había escrito unas memorias, de las que había leído fragmentos en París, pero esas lecturas habían tenido que ser interrumpidas de inmediato puesto que algunos

grandes caballeros y damas se habían sentido ofendidos y habían reclamado la intervención del jefe de la policía. Era tentador asegurarse cierto derecho sobre los manuscritos.

—Me resisto, madame —dijo—, a pensar siquiera en el momento en que esos manuscritos que mencionáis vayan a ser publicados. Pero ya que habéis sacado el tema, quisiera asegurarme de haberos entendido bien. Por supuesto no es mi intención, en absoluto, obtener ningún tipo de participación en la explotación financiera de las obras. Sería ofensivo que hubierais querido insinuar algo parecido. Voy mucho más allá que vos: llegado el caso, esperemos que en un futuro muy lejano, si hubiera que pensar en la publicación de los manuscritos dejados por Jean-Jacques, quiero que vos y vuestra señora hija me deis poderes para participar en su redacción. ¿Es eso lo que queréis decir, madame?

La vieja no sabía muy bien qué podían querer decir aquellas largas y complejas frases, pero se dio cuenta de que estaba dispuesto a soltar los cien lises y respondió con calma:

—Ciertamente, monsieur, justo eso es lo que pretendía deciros.

—Bien, madame —dijo Girardin—, voy a permitirme el placer de pagaros los cien lises de oro.

La cumbre y el abismo

Madame Levasseur mandó recado a su hijo. Este acudió de inmediato.

—¡Sabía que podía fiarme de mamá! —exclamó jubiloso. Aquel hombre corpulento abrazó a la menuda y gruesa vieja y la besó sonoramente en ambas mejillas.

Pero esta vez no pudieron estar mucho rato a solas. Nicolás, en lugar de gozar de Teresa por el parque, se presentó a echar un vistazo al sargento, que, siendo medio hermano de Teresa, en cierto modo era su cuñado. Lo que contaba monsieur Renoux despertó su interés, llegó a la conclusión de que ambos tenían la misma filosofía de vida, se gustaron mutuamente.

Pero entonces alguien llamó a la puerta y entró el joven conde, Fernando.

Para entonces ya se había encontrado varias veces con Jean-Jacques. Su alegría inalterable y melancólica había acabado convenciéndolo de que el maestro aceptaba la naturaleza tal como era, que aceptaba a Teresa tal como era. Menuda osadía habría sido por su parte tratar de estorbar ese acuerdo.

Además, era muy posible que se hubiera equivocado aquella noche. Debía olvidarlo, se esforzaba en olvidarlo.

¡Si Gilberte estuviera allí! Sintió una ilimitada añoranza de Gilberte. Visitó los lugares donde había estado con ella. Cabalgó hasta el castillo Latour. Obligaba al

sorprendido mayordomo a dejarlo entrar, corría a la habitación de Gilberte, a su gabinete, a su dormitorio. Abrazaba los vestidos que ella no se había llevado, los estrechaba contra su cuerpo, los besaba. El cuerpo y el alma le ardían, se perdía en el recuerdo de Gilberte.

Le escribió una carta interminable. Le contaba sus conversaciones con Jean-Jacques y cómo el maestro, aquella tarde, se había lamentado de lo infructuoso de su obra. Luego le habló de su visita al abandonado Latour. Le abrió por completo su corazón. Le escribió muchas hojas, apasionado, en el lenguaje de *La nueva Eloísa*.

Más tarde se dio cuenta de que no había escrito nada acerca de su encuentro con Teresa. No porque hubiera querido ocultárselo; la verdad era que mientras escribía se olvidó de Teresa.

Pero esa noche, en el castillo, lo habían asaltado de nuevo, de forma intempestiva, las viejas dudas y confusiones. Jean-Jacques, como sucedía a menudo en presencia de otros, lo había tratado con amabilidad pero con distanciamiento. Y la certeza de que Jean-Jacques nunca era el mismo lo asaltó con mayor intensidad que nunca; todo aquel que hablaba con él lo convertía en otro. ¿Qué rostro debía tener cuando hablaba con Teresa y compartía la vida con ella?

Allí estaba sentado, tranquilo y satisfecho, charlando y bromeando. ¿Quién era aquel hombre incomprensible, el más frío y el más ardiente, el más visionario y el más ciego de los mortales? ¿No sospechaba lo que quizá, lo que con toda seguridad ya, a esas alturas, estaba haciendo su mujer?

Un torturante deseo de saber más se apoderó de Fernando. No pudo permanecer en el castillo. Con toda certeza, la mujer iba a aprovechar la ausencia de Jean-Jacques para encontrarse con su galán. Y si lo hacía, si lo hacía de nuevo, ¿no sería una prueba que le permitiría acabar con todas sus dudas? Fernando se sentía impelido a ver con sus ojos, a oír con sus oídos.

Fue hasta la casa de verano. Si había luz, podría entrar con cualquier pretexto y comprobar por sí mismo si Teresa estaba en casa.

Vio luz, entró. Y se encontró con que había allí dos hombres. Nada quedó demostrado, nada descartado. Habría querido encontrar a Teresa o bien sola en la casa o en algún lugar del parque manteniendo una relación prohibida con la escoria, con el animal. Y resultaba que había dado en vano aquel paso que tanta decisión le había costado. Estaba decepcionado y lleno de rabia.

De pronto fue el gran señor, el heredero que algún día mandaría en aquel pedazo de tierra.

—Se os ordenó —le dijo a Nicolás— que no os dejarais ver por la casa de verano. ¿Cómo justificáis que os encuentre aquí repantigado?

Nicolás lo miró, sonrió, miró a Teresa.

—¡Responded, mozo! —gritó Fernando.

Nicolás, con su voz gangosa, replicó tranquilo:

—Si el señor marqués me lo pregunta, ya le diré a él mis motivos.

—¡Fuera de aquí, basura! —gritó Fernando.

A Nicolás le produjo rabia que aquel jovencuelo lo tratara con tanta altanería delante de la familia Levasseur. Se disponía a contestar con grosería e impertinencia, pero se dijo que sería una necedad. Cumplimentó a Fernando y a Teresa con una mirada torcida y se marchó.

Fernando expresó su pesar por el hecho de haber puesto a su servicio un criado tan insolente e importuno como aquel Nicolás. Actuó como un hombre de mundo, sin timidez. Teresa se sintió realzada ante su madre y su hermano por el hecho de que un caballero tan joven y magnífico la pretendiera.

Madame Levasseur, satisfecha de que el palomo hubiera amonestado y echado de la casa al canalla, le presentó a su hijo, el sargento Renoux. Fernando se sintió un poco avergonzado de que aquel segundo hombre no fuera otro amante de Teresa, sino su hermano; la miró con afecto, pidiéndole perdón en su interior.

El sargento, deseoso de impresionar al joven conde, le habló de América. Fernando se mostró vivamente interesado. Porque el nuevo estado americano había sido fundado sobre los principios de Jean-Jacques, la gente de Boston se declaraban apasionados discípulos de Jean-Jacques, su Benjamin Franklin, que ahora estaba de embajador en París, declaraba, siempre que tenía ocasión, cuánto tenía que agradecer la revolución americana a las teorías de Jean-Jacques.

—Es una guerra sucia, condenadamente dura —contó el sargento—. La gente del pueblo está entusiasmada, pero los ricos están, de todo corazón, al lado de los tiranos, sus bolsas están cerradas y los que luchan por la libertad son muy pobres. Se matan a trabajar, pasan hambre, los uniformes se caen de sus cuerpos convertidos en harapos, tampoco tiene zapatos, hace un frío condenado, y solo de entusiasmo no se puede ni llenar la panza ni calentarse. Si no les mandamos soldados, no lo conseguirán. Se lo digo yo, señor conde, el sargento François Renoux. Algunos de nosotros hemos ido hasta allí, incluso algunos señores de la aristocracia, seguro que habéis oído hablar de monsieur de Lafayette. Pero ese puñado de hombres tampoco nadan en la abundancia.

Fernando escuchaba fascinado. La gente humilde estaba entusiasmada. Sí, el pueblo hacía sacrificios por las ideas de Jean-Jacques. El pueblo lo comprendía; hablaban una sola lengua Jean-Jacques y el pueblo.

François se levantó.

—Ahora tengo que marcharme —dijo—. No es aconsejable que me cruce con Jean-Jacques. Hemos tenido algunas diferencias, mi cuñado y yo —le explicó a Fernando—, por su poco sentido práctico. Pero sus ideas son sus ideas, por ellas vivo y muero.

Abrazó a su madre.

—Vuelve pronto, hijo mío —le dijo esta.

—Nada me gustaría más —contestó el sargento— pero no sé si lo conseguiré.

—Por favor, ven a verme, hijo —dijo madame Levasseur. Su voz dura sonó casi

suplicante.

También Fernando se despidió.

—Dejaos ver pronto de nuevo por aquí, señor conde —lo animó madame Levasseur. Teresa, mientras la madre abrazaba de nuevo a François, acompañó a Fernando hasta la puerta.

—Volved pronto —le dijo en voz baja con su voz grave, monótona, invitadora.

Fernando paseó durante un rato por el parque, sumido en la oscuridad de la noche, cavilando acerca del poder de convicción de las palabras y las visiones de Jean-Jacques. Todo un continente, el mundo al otro lado del océano, las hacía realidad. Obligaban al rey, contra su voluntad, a salir en defensa de la libertad. Incluso habían conmovido a un hombre tan zoquete como ese sargento, que había cruzado el mar para luchar en los bosques contra la tiranía.

Fernando había olvidado los motivos que lo habían llevado hasta la casa de verano. Ya no tenía ni un pensamiento para la ceguera de Jean-Jacques, ningún pensamiento acerca de las debilidades y rarezas de las que le había hablado Teresa.

Y entonces llegó la respuesta de Gilberte a su larga carta, y esa respuesta borró por completo a Teresa de su mente y de sus sentidos. Gilberte escribía que, en medio del ajetreo, había encontrado tiempo para releer *La nueva Eloísa*, y sus frases ligeras y alegres con las que le hablaba de sus impresiones en Saint-Vigor, aquí y allá, se mezclaban con expresiones apasionadas y emotivas. Fernando se encendió con sus palabras, la veía ante él con claridad, se llevó su carta a los labios. Allí estaba ella, solo ella, Gilberte.

Pero sus nobles sentimientos no duraron. Con toda viveza, al día siguiente lo asaltó el recuerdo de Teresa. La vio a ella, a su madre y a su hermano, tal y como los había visto en la casa de verano, vio sus rostros, sus gestos, escuchó las palabras que habían pronunciado. Eran los mismos rostros, las mismas palabras, pero le parecieron escabrosas y desagradables. Allí estaban sentados los tres, la familia Levasseur, a la luz de las velas, alrededor de la mesa de Jean-Jacques, hablando de Jean-Jacques, disponiendo de él como de un niño sin entendimiento. Pensó en el canalla de Nicolás, y entonces ya fueron cuatro los que se reunían allí, a la espera de la desaparición de Jean-Jacques, como aves carroñeras acechando a un moribundo.

Apretó los dientes, apartó de su pecho aquella imagen. Rememoró hasta tener ante sí los apresurados e infantiles trazos de la caligrafía de Gilberte. Escuchó la voz no muy alta pero apremiante de Jean-Jacques llamando a una vida de libertad e igualdad, con las palabras del *Contrato social*.

Pero se mezclaba en ellas la voz grave y monótona de Teresa, clara, fuerte y tentadora invitándolo: «Volved pronto». Con esa voz, ¿no lo animaba la misma Providencia a averiguar cuál era la verdadera naturaleza de aquella extraña e inquietante relación entre el maestro y Teresa?

No iba a obedecer esa voz. No iba a atormentarse durante más tiempo con esas estúpidas dudas. Esperaría hasta el regreso de Gilberte. Hablaría con ella de todas

esas contradicciones que había visto y pensado. Cuando hablara con ella, cuando mirara su claro rostro, toda su confusión desaparecería.

¿Debía esperar realmente? ¿No había un camino más rápido, más directo y seguro de esclarecer la verdad? ¿No había escrito el maestro unas memorias? ¿Y no había dicho Teresa que el texto era para los que vendrían más tarde? El texto: ¡con toda seguridad se trataba de las memorias! ¡Estaban allí! ¡En la casa de verano! ¡Y él tenía que leerlas! El propio maestro tendría que explicarle al maestro.

Conseguiría echar un vistazo a esas memorias. Teresa debía permitirle hacerlo. Ese era el sentido de su amistad con Teresa.

De nuevo rondó la casa de verano, esta vez consiguió sin esfuerzo su objetivo. Acordaron encontrarse la próxima noche que Jean-Jacques pasara en castillo.

El Fernando de esa velada estaba tan turbado como en su primer encuentro. Caminaron juntos por los estrechos senderos, en silencio. Fernando se había propuesto evitar toda palabra insidiosa, todo gesto capcioso y hablar con ella solo del maestro.

Con la voz ahogada, precipitándose, empezó por fin a hablar lo distinto que era escuchar de su propia boca las frases que ya conocía de los libros de Jean-Jacques; lo arrebatadoras que sonaban entonces esas frases. Y lo hermoso que era que el sargento Renoux se hubiera dejado animar por Jean-Jacques a ir a América. Teresa estaba asombrada. Por lo que ella sabía, François había tenido que marcharse porque estaba enredado en un asunto turbio, que había requerido la intervención de los tribunales del rey. Pero no era asunto suyo informar al joven señor.

—Sí —dijo—, Jean-Jacques lee muy bien. Es agradable que alguien lea en voz alta mientras una trabaja. Me gusta sobre todo en invierno, en las largas veladas, mientras coso.

Habían llegado de nuevo a la orilla del lago, junto al sauce. Teresa se sentó en el banco de césped, donde solía sentarse Jean-Jacques. El banco apenas ofrecía espacio. Él no quería sentarse a su lado, no había ido hasta allí por ella, sino por Jean-Jacques. Permaneció en pie. Ella, algo asombrada, le preguntó:

—¿Por qué no os sentáis?

Él lo hizo.

¡Hablar solo de Jean-Jacques! Se ordenó a sí mismo. ¡Solo hablaré de las memorias! En voz alta dijo:

—Tuvisteis la bondad, madame, de decirme que monsieur Jean-Jacques estaba escribiendo algo y que existían algunos manuscritos.

Teresa prestó atención con desconfianza. Otra vez volvía a hablar de los escritos de Jean-Jacques. Quizá se había equivocado, quizá no la deseaba a ella sino que lo que de verdad quería eran los papeles. Pero no. Solo hablaba por hablar. Ella podía ser tonta, pero acerca de lo que los hombres querían, en eso no se equivocaba nunca.

—Sí —dijo—, hay algunos escritos, gruesos fajos de textos, pero eso es para los que vengan después. ¿No os lo dije?

Estaba preparado para esa respuesta y había pensado lo que podría responder a eso. Pero lo había olvidado. Su proximidad lo confundía, no intentó recuperar el control. Reinaba el silencio, al otro lado se intuía la isla de los grandes álamos, las hojas murmuraban, el lago chapoteaba con suavidad.

—¡Qué calor hace! —dijo Teresa. Con movimientos lentos se desató la cofia y se la quitó. Se pasó los dedos entre el pelo, el cual cayó sobre sus hombros. Él no se atrevió a mirar. Había visto el pelo castaño oscuro que asomaba por debajo de su cofia. Se había imaginado cómo sería ese pelo una vez liberado de la cofia. Ahora algo le hacía cosquillas en la mejilla, era su pelo, y entonces lo miró.

—Sí —dijo Teresa—, tengo el pelo muy largo y abundante, me cuesta trabajo meterlo bajo la cofia.

Fernando tragó saliva. No debía abandonarse, debía mantener clara su mente.

—Ya sé, madame —dijo— que el manuscrito es para las generaciones que han de venir. Pero yo soy joven, en cierto modo, formo parte de esos que han de venir. ¿Me permitiríais echar un vistazo al manuscrito de Jean-Jacques?

Teresa se sintió desagradablemente sorprendida. ¿Era posible? ¿Solo le importaban los papeles? De forma vaga recordó que Jean-Jacques solía lamentarse, diciendo que sus enemigos falsificaban sus escritos para hacerle quedar mal ante el rey y ante el mundo. ¿Iba ese joven...? Menudo disparate. No podía haberse equivocado. Solo se hablaba de manera tan ronca y excitada cuando se quería aquello otro.

Ladeó un poco la cabeza, de modo que todo su pelo le rozó la cara. Él quiso apartarse, quiso huir. Durante una minúscula fracción de segundo se acordó de Gilberte, de su habitación, de sus vestidos, de su aroma. Pero ese recuerdo fue borrado antes de que se perfilara con claridad, y solo quedó el pelo real de Teresa. Su mano, contra su voluntad, se deslizó sobre el pelo suelto, lo acarició, se hundió en él, tiró de él con suavidad.

—Me hacéis daño —dijo ella, y en la oscuridad crepuscular buscó su mano. La tomó. Él, como si se hubiera quemado, apartó la mano, la alargó de nuevo, tomó la de ella, la tomó con más fuerza, la estrechó, la soltó, la estrechó de nuevo algo más fuerte.

Ella sintió su triunfo. Pero hizo esperar al joven señor. No respondió a lo que él en realidad quería, ahora fue ella quien mostró indiferencia y regresó a su estúpido e infantil ruego de que le dejara leer los escritos.

—No sé —dijo— si puedo ayudaros en eso. Debo hablar con mi madre. Estoy segura de que a Jean-Jacques no le gustaría. No debo hacer nada que no le parezca bien. Él es muy bueno conmigo. Es un santo.

Él solo escuchaba a medias. Seguía sosteniendo su mano, pero ¿por qué ella no respondía a su presión? ¿Y por qué de pronto la mujer le hablaba de nuevo del manuscrito? Estaba decepcionado.

Pero entonces, ella consideró llegado el momento.

—Aunque es difícil decirlo que no —continuó, respondiendo a la presión de su mano y pasando un brazo alrededor de sus hombros—. Haré por vos cuanto pueda —dijo.

Se besaron.

Sus firmes propósitos desaparecieron. Él no supo si él la abrazó o fue ella quien lo abrazó a él, si ella tiró de él o él se dejó caer. Apenas percibió nada más cuando voluntariamente se hundió sin voluntad en las profundidades, en las llamas, en la propia naturaleza.

El pretendiente de Teresa

Teresa nunca se había sentido culpable cuando buscaba alegrías extramatrimoniales. Cuando le comunicó a Jean-Jacques que no era virgen, este no le había dado la menor importancia. No sabía si él se daba cuenta de algo cuando mantenía relaciones con otros hombres; decir, no había dicho nunca nada. En cualquier caso, siendo él como era, Teresa consideraba del todo justificado estar con otros hombres. Pero cuando tenía algo con otro, permanecía fiel a ese otro y lo hacía solo con uno. Había pensado que para aquel verano, allí en Ermenonville, ese sería monsieur Nicolás, y de pronto se había metido por medio el joven conde y se había dejado seducir por él.

Por regla general, tomaba las cosas como venían, sin darle demasiadas vueltas. Pero Nicolás, y de eso se había dado cuenta de inmediato, era el hombre adecuado para ella, tanto por su cuerpo como por su situación social, y tenía remordimientos por haberle sido infiel. No debía mantener una relación con dos a la vez. Era demasiado decente para eso y no era lo bastante lista.

A pesar de todo, dado lo excepcional de la situación, aquello acabaría bien. Nicolás, como criado y hombre de su condición, comprendería muy bien que una mujer sencilla se rindiera a la voluntad de un auténtico conde y futuro seigneur de Ermenonville. Y el propio conde Fernando era demasiado joven e inexperto, y con toda seguridad no se daba cuenta de lo que tenía también con Nicolás.

De hecho, sentía sincero afecto por ambos, tanto por Nicolás como por Fernando. Monsieur Nicolás era mejor en los revolcones, pero un señor conde tan joven, tan limpio, y tan verde en el amor, también resultaba muy agradable. Además, podía hablar con él con toda franqueza, a pesar de que se tratara de un gran señor, mejor incluso que con Nicolás, el hombre de su propia condición.

La primera vez que volvió a encontrarse con Nicolás, después de su experiencia con Fernando, su amor creció considerablemente, le pareció más masculino que nunca, sintió que él era el único, y la injusticia que le había hecho lo hizo más deseable a sus ojos. Pero cuando él la tomó, pensó en Fernando; le pareció que se entregaba al amor con ambos al mismo tiempo, y le resultó muy dulce.

Más tarde consideró que la verdadera infidelidad contra Nicolás la había cometido en el momento en que pensó en el conde Fernando estando en brazos de Nicolás. Trató de justificarse ante él. Primero, con torpe picardía, le preguntó si él le era fiel.

—No digas disparates, mujer —le contestó este con amable rudeza.

A continuación, como si él le hubiera pedido explicaciones, le contó que el joven señor conde no quería «eso» de ella, solo le interesaba leer los textos de Jean-Jacques.

Las palabras de Teresa dejaron silencioso a Nicolás que, por lo general, siempre tenía una respuesta a punto. Desde que ella le había hablado por primera vez de los escritos del loco, había hecho sus cálculos y creía poder obtener de esos papeles los doscientos lises de oro que necesitaba para su negocio con los caballos. No iba a permitir que ahora el joven conde, aquel grandullón, metiera las manos en aquel asunto. Debía hacer algo.

Le habló con todo detalle a Teresa de sus planes. Le contó que, de hecho, el marqués lo había estafado. Lo había convencido para que abandonara Londres con la promesa de que aquí podría ocuparse de unas caballerizas grandes y como es debido. En lugar de eso, monsieur de Girardin había malgastado su dinero en aquellos absurdos jardines. Él, Nicolás, no iba a hacerse viejo en aquel lugar. En cuanto pudiera, abriría en París su propia escuela de equitación. Se entretuvo en descripciones pormenorizadas de cómo se establecería, convirtiéndose en el místico Tattersall parisino. Cuando Nicolás hablaba de caballos, se le alegraba el corazón. Teresa no podía seguirlo muy bien pero lo creyó y se entusiasmó.

—¡Pensar que todo depende de esos miserables doscientos lises de oro que me faltan! —se indignó—. Y en cambio el mundo está lleno de dinero al que nadie saca provecho. Vos tenéis las mismas dificultades, madame Teresa. Ahí están los textos de vuestro señor filósofo, y una mujer como vos se ve obligada a vivir en la necesidad y anda por ahí sin tener siquiera un vestido de seda. Encima, ahora ese conde Fernando quiere leer los papeles. Vuestro conde Fernando acabará provocando alguna desgracia, creedme. Hablará a todas horas de los papeles, y cuando alguien habla demasiado de unos papeles, es como si ya estuvieran desvirgados, por decirlo de algún modo, su valor afectivo desaparece y vos, madame Teresa, os quedaréis igual, con vuestros vestidos de siamoise. Os aconsejo que convirtáis los papeles en dinero cuando todavía tienen algún valor. Ya sé que no tenéis buena cabeza para los negocios. Pero una dama tan hábil como vuestra señora madre no tendrá la menor dificultad en manejar a calzonazos como el señor filósofo. Y en cuanto tengamos el dinero, ya veréis con qué rapidez se multiplica. Yo tendré mi negocio de caballos y vos vestidos y joyas y un carruaje como corresponde a una dama como vos. ¡Hablad con vuestra señora madre! ¡Quiero que lo hagáis! ¡Insisto!

Teresa sabía que si se hubiera podido sacar algo de los textos, haría mucho que su madre ya lo habría hecho. Pero se sintió halagada por el hecho de que monsieur

Nicolás se sintiera celoso del pequeño conde y de que no la considerara solo como una cualquiera con quien revolcarse, sino como a una amiga con la que se habla de negocios. Además, ya se había dado cuenta de que podía ser muy desagradable cuando se le llevaba la contraria. Así que contestó que le plantearía a su madre todo aquello que le había aconsejado. Él, condescendiente, le palmeó el trasero con fuerza y le dijo que se había dado cuenta enseguida de que ella era una persona con la que un hombre sensato podía mantener una conversación sensata.

Se dirigió a casa, cruzando el parque, solo, y siguió repasando sus planes. Con menos de doscientos luises de oro no era posible, no era aconsejable empezar desde demasiado abajo, su primer picadero debía tener ya cierto estilo.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por unos ladridos desaforados y un perro que se le echaba encima. Enseguida supo de qué se trataba. Últimamente, el filósofo, el señor loco, solía llevarse a Lady cuando iba de visita al castillo. Desde el principio, aquel maldito animal no había podido soportar a Nicolás; y encima ahora se cruzaba en su camino y podía estorbar sus encuentros con Teresa.

—¡Cállate, animal estúpido! —dijo en inglés y reprimiendo la voz a la perra que gruñía, ladraba y jadeaba—. ¡Solo soy yo —dijo luego en francés—, soy yo, monsieur Nicolás, al servicio del señor marqués!

—Ven, Lady —se oyó la voz tranquilizadora del loco. El perro se tranquilizó y el filósofo y el caballero siguieron cada uno su camino.

Teresa, por su parte, se maravillaba, incluso se sonreía ligeramente, de que sus dos pretendientes dieran tanta importancia a los escritos de Jean-Jacques. Iba a intentar complacer a ambos, tanto a Fernando como a Nicolás.

Quería hacerlo con astucia y primero solo le habló a su madre de la petición de Fernando de poder leer los papeles de Jean-Jacques. Luego, traicionando a su pequeño conde, con toda inocencia, y como si ella misma hubiera tenido la idea, prosiguió:

—Quizá hay algo de cierto en lo que dice Jean-Jacques y realmente sus enemigos quieren de verdad espiar en sus cosas y falsear sus escritos. Quizá deberías vender cuanto antes sus textos. Si no perderán su valor afectivo.

La madre la miró fijamente con sus penetrantes ojos.

—¿Qué es lo que van a perder? —preguntó, sonriendo con malicia—. ¿Su valor afectivo? Debería azotarte el culo gordo con tu valor afectivo. Pero ya puedo imaginarme quién anda detrás de toda esta palabrería. Ese mozo tuyo, ese Nicolás de los caballos, ese putero.

Teresa torció el gesto. Se puso de mal humor por haber actuado de modo tan necio; a su madre no se le escapaba nada.

Madame Levasseur, con una lógica aplastante, prosiguió diciendo:

—Con solo que tuvieras un mínimo de entendederas, deberías haber comprendido que ese sinvergüenza no está loco por lo que queda de tu belleza, sino por nuestro parné. Pero con toda probabilidad sigues sin enterarte. Siempre has sido tonta, y

cuando estás en celo, el poco entendimiento que tienes desaparece del todo.

Dirigió, como tantas otras veces, una mirada furiosa y codiciosa al escritorio de Jean-Jacques y al arcón. No necesitaba que ese Nicolás le diera ningún consejo. Si hubiera podido, ella sola ya habría convertido los papeles en dinero, mejor hoy que mañana; ya no era joven y le habría gustado tener algo de prosperidad, aunque solo fuera para dar alguna alegría a su amado hijo François. Pero por desgracia había tenido que aprender a esperar.

Dijo a Teresa con severidad:

—Voy a pensarme eso de mostrar los escritos al conde. Ya hablaré yo con él, y tú, cuando lo veas, mantén la boca cerrada, si no solo causarás una desgracia. Y a ese vividor tuyo le dices que si quiere darme algún consejo, que haga el favor de tomarse la molestia de dar la cara, el muy canalla. Ya sabré yo entonces contestarle como se merece.

Cuando estuvo sola, sopesó con cuidado lo que convenía hacer. Bajo ninguna circunstancia iba a dejar que el caballero Nicolás se acercara siquiera al escritorio y al arcón. El joven conde podía revolver los papeles cuanto quisiera. No iba a perjudicarlas en nada mantener caliente al palomo.

Confesiones

En el pecho de Fernando, después de aquella experiencia, se mezclaban sentimientos confusos que jamás había sentido hasta entonces.

Había ultrajado a Jean-Jacques, a Gilberte, a Teresa, se había mancillado a sí mismo y a los demás.

Además, estaba lo que había sentido, y aún sentía, por Teresa, no solo el deseo y la pasión como aquella vez en París o en aquella otra ocasión en el campo. No era amor; habría sido una blasfemia el mero hecho de comparar sus sentimientos por Gilberte con su pasión por Teresa. Pero lo que lo atraía hacia Teresa era de naturaleza profunda, era la propia naturaleza. Teresa no había sido tocada por ningún espíritu, era un pedazo de tierra, ella era el charco, la suciedad, pero también la luz que se refleja en el charco. Lo que lo había atraído de ella era algo más que el puro deseo. Cuando le dijo: «Haré por vos cuanto pueda», el tono aterciopelado de su voz adquirió tal ternura que él nunca lo olvidaría. Ella lo amaba, de eso no tenía la menor duda.

¿Cómo iba a seguir aquello? ¿Cómo podría mirar a la cara a Jean-Jacques? ¿Qué pasaría cuando Gilberte regresara?

Lo más inteligente sería arrancar de su pecho aquello que sentía por Teresa como si fuera la punta envenenada de una flecha. Pero si no volvía a ver a Teresa y huía, ¿no sería un cobarde y un malvado? No debía eludir su responsabilidad. Tendría que

verla de nuevo, una vez más, plantearle que para ambos sería mejor evitar cualquier encuentro. Tenía miedo de sí mismo. Lo que había hecho le repugnaba, y ardía en deseos de hacerlo de nuevo, una y otra vez.

Y regresó a la casa de verano a la hora en que sabía que Jean-Jacques estaría dando su habitual paseo. Hizo el camino atormentado por una amargura corrosiva y un deseo arrollador.

Llamó. Una voz carente de todo vigor respondió:

—Entrad.

Él entró. Solo estaba madame Levasseur. Se quedó profundamente decepcionado y a la vez respiró aliviado.

A la vieja le vino bien poder hablar a solas con Fernando. Debía haber ido hasta allí por los papeles de Jean-Jacques, le dijo, Teresa le había comunicado su deseo de leerlos.

—Pero —le explicó— lo que pedís de nosotras, señor Conde, no es justo. Mi yerno no desea que nadie vea sus papeles antes de su muerte —miró a Fernando con sus ojos pequeños y penetrantes—. ¿Por qué no se lo pedís vos mismo? —se interrumpió—. Estáis a menudo con él.

Él se calló desconcertado.

—Ya sé que nuestro Jean-Jacques es extraño —salió ella en su ayuda—, y vos sois un verdadero amigo, me doy cuenta, y eso dice también mi señor yerno. Así que quiero haceros ese favor —decidió benevolente—. Pero debemos ser precavidos. Venid solo cuando tengáis la absoluta seguridad de que él no nos sorprenderá.

Fernando tartamudeó su agradecimiento. Ella lo amenazó, bromeando, con el dedo extendido.

—Sois un pícaro redomado, joven conde —le dijo—. Mi hija os aprecia mucho, y ahora, además, tendréis la culpa de que yo, una mujer vieja, me ponga también a hacer travesuras por primera vez en mi vida. En fin, venid mañana.

Fernando se marchó aturdido. Por qué no se dirigía directamente a Jean-Jacques, le había preguntado madame Levasseur; incluso ella se había dado cuenta de lo reprochable que era su comportamiento. No, no iba a seguir por ese camino, al día siguiente no acudiría a la casa de verano para husmear en los manuscritos de Jean-Jacques.

Al día siguiente acudió a la casa de verano. Madame Levasseur le alargó dos cuadernos.

—En total son diecisiete en un paquete —le explicó—. Los he contado. Debo saber muy bien cómo está todo ordenado en el arcón y en el escritorio para poder dejarlo todo tal como estaba.

Teresa estaba en la estancia, ocupada en menesteres caseros. No apartaba la vista de él, hacía mucho que no lo veía. Él estaba confuso, su presencia lo distraía.

—¿Puedo llevarme los cuadernos? —preguntó finalmente.

—¡Pero cómo se os ocurre, querido señor conde! —se indignó madame

Levasseur—. ¡Como si esto no fuera ya bastante arriesgado! ¡Ahí, sentaos ahí! —le ordenó indicándole el escritorio de Jean-Jacques.

Fernando se sentó dubitativo. Lo que estaba haciendo era un sacrilegio. Aquí, en el escritorio del maestro, hurgar en sus secretos, en presencia de su esposa a la que él había mancillado, era monstruoso. Pero ahora ya se había lanzado a aquel torbellino y no había vuelta atrás.

Abrió el primer cuaderno. Decía: *Recuerdos*, la palabra estaba tachada, y en su lugar Jean-Jacques había escrito con su letra hermosa, firme y aún así delicada: *Las confesiones*.

Leyó:

«Inicio una obra que no ha tenido igual ni lo tendrá. Quiero mostrar a mis congéneres un ser humano en toda la verdad de la naturaleza. Yo. Tan solo yo. Siento mi corazón y conozco a las personas. No he sido creado como uno de entre aquellos a los que he visto, y me atrevo a creer que tampoco como uno entre aquellos que viven por ahí. No soy mejor, pero al menos soy distinto.

Cuando suenen las trompetas del juicio final, me presentaré ante el Juez Supremo con este libro en la mano y declararé en voz alta: “Aquí está descrito lo que hice, lo que pensé, lo que fui. No he silenciado lo malo, ni he añadido cosas buenas. Me he presentado tal como he sido, despreciable y malvado a veces, y a veces bueno, noble, grande. Que las innumerables multitudes que forman mis congéneres escuchen mis confesiones suspirando por mis maldades, sonrojándose ante mis preocupaciones. Y entonces, oh Ser Supremo, que se atreva alguno, ante los peldaños de tu trono, a decir: Yo fui mejor que ese”».

Fernando siguió leyendo, y de hecho se sintió embestido por la sinceridad desnuda y espeluznante que contenían las maravillosas y claras frases de Jean-Jacques. Fernando nunca habría imaginado que alguien pudiera tener el valor de descender a tales profundidades del propio yo. Qué terriblemente escabrosos eran los pozos del alma, cuánto más peligrosos que todos los abismos de lo terrenal. Era un milagro que aquel que osaba adentrarse en ellos y contemplar sus horripilantes secretos no se volviera loco.

Fernando leyó acerca del primer castigo corporal que recibió Jean-Jacques a los ocho años. Y cómo este castigo, administrado por la mano de una hermosa mujer de treinta años, produjo al pequeño muchacho una especie de voluptuosidad, una estimulación precoz de la sexualidad, y cómo esta experiencia marcó para siempre sus pasiones, sus deseos, su sensualidad.

Y Fernando leyó cómo Jean-Jacques, a los nueve años, sufrió la primera injusticia. Cómo fue maltratado debido a una fechoría que no había cometido, y cómo permaneció impasible, «tozudo» según la opinión de los otros, sin reconocer lo que no había hecho, y cómo salió de aquella cruel prueba desgarrado, pero vencedor. «Hay que imaginar a un muchacho», leyó, «tímido y dócil, que siempre fue tratado de un modo sensato y con ternura y que de pronto, por primera vez, experimenta una

injusticia tan terrible, y eso por parte de aquella a quien más quiere y respeta. ¡Cómo se desmoronaron todos sus esquemas, qué cambio se produjo en su corazón, en su cerebro! El dolor corporal, a pesar de ser tan intenso, lo sentí menos: lo que sentí fue la indignación, la rabia, la desesperación. Cuando por fin yacía en mi cama y pude dar rienda suelta a mi ira, me senté sobre mi pobre trasero y grité con todas mis fuerzas, quizá un centenar de veces: ¡*Carnifex, Carnifex, Carnifex!* ¡Verdugo, verdugo! Aún ahora, mientras escribo esto, se me acelera el pulso, y aunque alcanzara la edad de cien mil años, aquellos minutos seguirían vivos en mí. Este primer encuentro con la violencia y la injusticia se gravó tan a fondo en mi corazón que este se inflama al ver u oír cualquier injusticia, afecte a quien afecte, como si me ocurriera a mí mismo. Fue entonces cuando terminó la alegría de mi infancia».

Y leyó cómo Jean-Jacques, a los dieciocho años, lacayo entonces en una gran casa, sin motivo aparente robó un brazalete viejo y sin valor, de color rosa y plateado, para acusar a continuación del hurto a una agradable e inocente doncella que no le había hecho nada. Jean-Jacques lo relataba con todos los pormenores, sin esforzarse en hacerlo comprensible, había sucedido sencillamente de aquel modo, y Fernando se horrorizó ante la violencia de la irracionalidad y de la maldad que podía hacer presa, una y otra vez, incluso de alguien como Jean-Jacques.

Jean-Jacques se iba sumergiendo cada vez a mayor profundidad y de manera cada vez más penosa en el oscuro y viscoso laberinto de su interior. Contaba nuevos comportamientos e inclinaciones «ridículas y lamentables». Hablaba de las ingenuas pasiones del cuerpo y de los refinados placeres de la fantasía.

Y Fernando leyó acerca de las vivencias malvadas, turbadoras, que Jean-Jacques tuvo que pasar con sus amigos. Entre ellos estaban los grandes hombres de su tiempo, Diderot, Melchior Grimm, el creador de la Enciclopedia, el mismísimo gran Voltaire, y casi todos se habían aliado contra Jean-Jacques, lo habían traicionado y perseguido. Todos habían demostrado ser orgullosos, vengativos, ciegos, sus rostros importantes y afeitados eran máscaras, detrás estaban las muecas torcidas de animales salvajes, y en el estricto examen que hacía Jean-Jacques, solo uno se salvaba: Jean-Jacques.

Tres días acudió Fernando a la casa de verano, cada mañana, y leyó los gruesos cuadernos de las *Confesiones*. Madame Levasseur no le dio los cuadernos en el orden correcto, pero él no dijo nada, cada uno de aquellos cuadernos lo fascinaba con horror. Quería leer despacio, con detalle, pero leía deprisa, con una premura iracunda. ¿No debía leer deprisa? Quizá esa felicidad salvaje no durara, quizá madame Levasseur cambiara de parecer, quizá su lectura en secreto fuera delatada, quizá se interpusiera una casualidad envidiosa.

Las mujeres hacían sus labores, los árboles se asomaban al interior de la casa, los canarios trinaban en sus jaulas. Fernando leía. Luego, de nuevo y contra su voluntad, lo distraía la presencia de Teresa. A veces, sin embargo, lo distraía su ausencia, y se la imaginaba yaciendo en algún lugar con Nicolás, y el dolor febril que ardía en las palabras de Jean-Jacques, y la torturante imagen de Teresa revolcándose con Nicolás,

lo golpeaban al mismo tiempo y le desgarraban las entrañas.

Leyó lo que Jean-Jacques había querido contar de la familia Levasseur. Leyó la amarga y ridícula historia de cómo el hermano de Teresa, el sargento François, el americano, le había robado sus camisas. Leyó cómo madame Levasseur y toda su familia desvalijaban sin consideración alguna a la «maravillosa y desprendida Teresa». Cómo, además, la vieja, aparentemente amable como un gato, incluso servil, lo espiaba y lo delataba a sus enemigos. «Su codicia», leyó, «podía perdonársela, su hipocresía no. Su infamia la apartaba tanto de mi corazón que a veces me resulta difícil ocultar mi desprecio». Fernando se sintió compungido por servirse ahora también de la ayuda de esa artera vieja, y al mismo tiempo satisfecho con malicia, porque la propia madame Levasseur le daba a leer lo que Jean-Jacques contaba de ella.

También de sus enfermedades informaba Jean-Jacques, un «fallo orgánico de la vejiga que tenía como consecuencia una casi permanente retención de orina». Allí había quedado registrado cómo, tras el triunfo de su ópera *El profeta del pueblo* en Fontainebleau, el mayordomo mayor lo había invitado a presentarse al día siguiente en palacio, para ser presentado al rey y recibir una pensión anual. «Mi primer pensamiento», leyó Fernando, «fue cómo salir al paso de mi frecuente necesidad. Ya durante la representación esta necesidad me había atormentado terriblemente, y estaba seguro de que al día siguiente, en las estancias del Rey, entre todos aquellos grandes señores y damas, todavía iba a atormentarme más. Me encontraba mal con solo imaginar el escándalo que iba a provocar si una vez me encontrara ante el Rey tenía que salir corriendo. Prefería morir. Solo aquellos que conocen este mal saben el espanto que produce su amenaza». Así que Teresa le había dicho la verdad. No fue el orgullo burgués, sino su afección de vejiga, lo que había empujado a Jean-Jacques a su sublime gesto. Y sin embargo, la simple apreciación de Teresa había sido incorrecta. Porque Jean-Jacques hablaba también de sus otros motivos, principios, esos sí, propios de un ciudadano honesto. Con palabras sencillas y convincentes, contaba que no había querido dejarse tentar por el dinero y los honores, para conservar así su independencia, y cómo se había peleado con su amigo Diderot, que le aconsejó encarecidamente que reclamara la pensión, aunque fuera *a posteriori*. Justo la claridad sin contemplaciones con que Jean-Jacques exponía sus motivos, hizo que Fernando pasara de la admiración a la decepción, para ser catapultado luego de nuevo a la cúspide de la veneración.

Más adelante, Jean-Jacques contaba con desprecio cómo un amigo suyo, un hombre de edad avanzada, afectado por la gota, consumido por los vicios y los placeres, se había empeñado en seducir a Teresa utilizando los medios más bajos, más vergonzosos, dinero, un libro repugnante, imágenes sucias. La vergüenza y un arrepentimiento iracundo asaltaron a Fernando. Si Jean-Jacques sintió tal desprecio por su viejo amigo, cuánta indignación sentiría hacia él, Fernando, el discípulo, el adolescente, que se había acercado con ojos y manos sucias a la compañera del

maestro. Lo extraño era que al mismo tiempo que se sentía así, la proximidad de Teresa le hacía arder la sangre. La mujer le provocaba un cosquilleo, le repugnaba, lo excitaba como nunca antes nada lo había excitado. Intentó imaginar a Gilberte, hacer desaparecer la lascivia que emanaba de la carne de Teresa por medio de una imagen pura. No lo consiguió. Intentó concentrarse de nuevo en las *Confesiones*, pero no pudo seguir leyendo.

Corrió hasta el lago, nadó durante largo rato y con rapidez, como si así pudiera enjuagar la inmundicia de su alma.

Más confesiones

Girardin y monsieur Gerber quedaron agradablemente sorprendidos cuando, uno de esos días, Jean-Jacques se presentó sin avisar en el castillo, acompañado de las mujeres. Fernando, en cambio, no sabía qué decir ni qué hacer, ni hacia dónde mirar. Madame Levasseur tuvo para él una leve sonrisa de complicidad, y también el rostro poco expresivo de Teresa mostraba una pícara satisfacción.

Jean-Jacques se mostró relajado como siempre, conversaba con viveza con el marqués e incluso consiguió hacer hablar a monsieur Gerber. Aquel hombre reservado le contó que, tiempo atrás, él y Fernando, que aún era un niño, habían representado diversas obras en su teatro de marionetas y alabó el celo y el talento con que el conde Fernando había participado de aquella actividad. No contó que, en horas perdidas, él mismo componía versos, ni el placer que le proporcionaba el ingenuo juego de las marionetas. Jean-Jacques quedó visiblemente complacido por el relato del alsaciano, y comentó:

—¿Qué os parece, conde Fernando? ¿Por qué no hacemos un día de estos una pequeña representación? ¿De mi *Profeta del pueblo*, por ejemplo?

La amistosa actitud, tan libre de sospechas de Jean-Jacques, conmocionó a Fernando.

Cuando el maestro se despedía, le dijo:

—¿Os espero mañana, Fernando? —nunca antes lo había invitado Jean-Jacques a acompañarlo de forma tan abierta; Fernando casi se horrorizó.

También al día siguiente Jean-Jacques se mostró tranquilo, amigable, melancólicamente alegre. Fernando caminaba a su lado, se sentía el más despreciable farsante de la tierra, respondía con monosílabos, su vivo rostro no podía ocultar su confusión. Solo esperaba que Jean-Jacques no notara nada.

Pero este ya le decía:

—¿Qué os sucede, Fernando? Parecéis afligido. ¿Estáis preocupado por vuestra amiga?

Fernando se agitaba entre la vergüenza y el tormento; habría querido llorar como

un niño.

Pero al día siguiente, sabiendo que Jean-Jacques estaba paseando, volvió de nuevo a la casa de verano; sus violentas, dulces y envenenadas ansias de seguir leyendo, hurgando en los secretos del maestro, se habían incrementado con la espera.

También lo que descubrió ese día era especialmente cruel y peligroso. Ciertos rumores que los enemigos de Jean-Jacques habían hecho comer, y que él, Fernando, había rechazado como maliciosas calumnias, eran ciertos. Allí estaban, el propio Jean-Jacques lo había escrito, con su hermosa, delicada y firme caligrafía, sin que su mano temblara: era cierto que había hecho llevar a los hijos que había tenido con Teresa al orfanato, al Hospice des Enfants-Trouvés; no uno, sino varios. Y describía el horror de lo que había hecho, aquella bofetada a la naturaleza y a los sentimientos, como si fuera lo adecuado, lo más natural del mundo, lo contaba con todo detalle, esforzándose en «no disculparse ni lamentarse». Había elegido esa cómoda «salida de la incertidumbre» con alegría y frialdad, sin el menor reparo, y enumeraba los motivos de su comportamiento, motivos claros, sensatos, cotidianos. En primer lugar, era práctica acostumbrada. En segundo lugar, había querido salvar el honor de Teresa, con quien en aquel entonces no estaba casado. En tercer lugar, solo había aplicado sus propios principios en la medida que, como ciudadano y padre, había preferido que sus hijos fueran educados para ser trabajadores y campesinos y no aventureros y jugadores. Solo había tenido que vencer una dificultad: la oposición de Teresa. Le había costado un esfuerzo sorprendente convencerla de que de ese modo salvaba su fama y su honor. «Obedeció entre lamentos», relataba Jean-Jacques.

Fernando leyó esto en presencia de la mujer cuyos bebés «le fueron arrebatados» de ese modo, y su corazón perteneció a Teresa; las simples y desvergonzadas palabras de Jean-Jacques lo dejaron helado. Qué sufrimiento debió haber experimentado esa mujer apática que obedecía de modo tan incondicional a sus instintos cuando le sucedió aquello.

Volvió atrás en su lectura. Leyó de nuevo lo que Jean-Jacques había escrito hasta entonces sobre Teresa. Luego, sometido a una tensión insoportable, ansioso en cada nueva página, leyó todo lo que se refiriera a Teresa. Era mucho, frío y crítico, cálido, odioso, conmovedor y entrañable.

Leyó cómo Jean-Jacques la había visto por primera vez en aquel hotelito de mala muerte, el Saint-Quentin, y que conmovido por su sencillez y su dulce y expresiva mirada, la había defendido de las bromas insolentes de los otros comensales y cómo ella se lo había agradecido con lo único que podía dar, con su cuerpo. Luego se había producido un malentendido entre ellos. Y es que Teresa, después de haberse acostado con él por primera vez, con palabras confusas acabó diciendo que debía confesarle algo, de manera que Jean-Jacques temió que estuviera enferma y lo hubiera contagiado. Durante días eludieron el tema hasta que ella por fin le preguntó si no se había dado cuenta de que no era virgen. «En cuanto comprendí lo que quería decirme», contaba Jean-Jacques, «lancé un grito de alegría. ¡La virginidad! Grité.

¡Quién la buscaba en París! ¡Quién en una joven que ya tiene veinte años! ¡Ay, mi buena Teresa, que feliz me hace que seas tan decente y que estés sana!».

Y Fernando, leyó: «Al principio, yo no había buscado en ella más que un entretenimiento, y sin embargo encontré a una compañera para toda la vida. Solo había pensado en mis placeres cuando en realidad había construido los cimientos de mi felicidad».

Pero luego Fernando leyó también: «Al principio traté de formar su espíritu. Fue un trabajo inútil. Su interior permaneció tal y como lo había creado la naturaleza, los esfuerzos por educarla no dieron fruto alguno. Confieso sin rubor que nunca aprendió a leer correctamente y que solo es capaz de escribir con dificultad. Durante un mes traté de enseñarle a leer la hora en un reloj: aún hoy no sabe. No puede enumerar los meses, no tiene la menor noción de las cuentas más sencillas. No sabe utilizar con corrección las palabras y a menudo dice lo contrario de lo que pretende. Su ignorancia, sus equivocaciones, son uno de los temas de conversación preferidos de mis amigos; y en una ocasión, para divertir a madame de Luxemburgo, le hice un resumen de su forma de hablar tan curiosa. Pero esta persona tan limitada, estúpida si se quiere, a menudo, en situaciones difíciles, me ha dejado boquiabierto con su decidido juicio, y su consejo me ha salvado de grandes peligros».

Aunque entonces decía: «Ni siquiera la más estrecha unión de los cuerpos me satisfacía del todo. Yo deseaba que fuéramos dos almas en un mismo cuerpo». Y añadía: «Al fin y al cabo, nosotros, Teresa y yo, no teníamos demasiadas ideas ni percepciones de las cosas en común, y la naturaleza a mi alrededor despertaba en mí emociones en las que ella no podía seguirme. Y en la soledad del campo se necesita un compañero que comparta las propias emociones».

Fernando leía con espanto y sorpresa. Allí, en la misma estancia, se encontraba Teresa, en carne y hueso, y no sabía que en esas páginas vivía una Teresa, alabada por su camaradería y por su bondad, pero cruelmente expuesta en su sencillez y en su futilidad, llena de sombras e inmortal y mucho más real que la Teresa viva que estaba allí sentaba.

«Sigo considerando el día que me uní a mi Teresa», leyó, «como aquel que determinó de forma definitiva mi interior. Nuestra alianza ha resistido el paso del tiempo y todas las inclemencias del destino, y aquello que habría tenido que destruirla no ha hecho más que estrecharla».

En la siguiente página, sin embargo, se leía: «Qué pensará el lector si le aseguro con toda la sinceridad que ya debe haber reconocido en mí, que desde el primer momento que la vi hasta hoy nunca sentí por ella la menor chispa de amor. Las necesidades de los sentidos que satisfago con ella fueron para mí única y exclusivamente necesidades del sexo, no tienen nada que ver con mi personalidad». Ahí estaba escrito, de forma descarnada, desvergonzada. Fernando estaba anonadado.

Y entonces, Jean-Jacques sentenciaba, con claridad y sin tapujos, escrito sobre el papel de su puño y letra: «Ella carecía de cualquier soplo de perversión y coquetería.

Yo no tenía nada que temer por parte de otros hombres. Estoy seguro de ser el único hombre que ella ha amado de verdad, y sus tranquilos sentidos nunca han requerido de ningún otro hombre, ni siquiera cuando yo dejé de ser un hombre para con ella».

Fernando creyó haber leído mal, volvió a leer el fragmento una segunda y una tercera vez.

¿Cómo era posible que un hombre que conocía en profundidad, mejor que cualquier otro, la naturaleza y las relaciones entre los seres humanos, estuviera tan ciego respecto a la mujer con la que compartía su vida!

¿Estaba tan ciego? ¿Quería estar tan ciego? Y la grandeza, unida a una ceguera tan cómoda, ¿era todavía grandeza?

Pero ¿quién era él, Fernando, para erigirse en juez de Jean-Jacques? Había estudiado con aplicación sus obras, vivía, desde hacía semanas, en una estrecha proximidad con él y ahora quedaba demostrado que en realidad no había sabido nada de él, ni había comprendido nada.

¿Sabía algo de él ahora? El hombre que había vivido la violenta e infame vida de las *Confesiones*, que había padecido sufrimientos inauditos y había causado sufrimientos también inauditos, ¿era el mismo que el día anterior había paseado con él tranquilamente, reuniendo plantas y manifestando su compasión ante cualquier desdichado y por todos los animales? ¿Cuál era el verdadero Jean-Jacques? ¿El modesto, el que hablaba con amabilidad con los guardabosques y aceptaba consejos del compadre Mauricio, el posadero de «El Castaño»? ¿O aquel que se ponía como ejemplo de toda la humanidad?

«Así soy yo, Jean-Jacques, ciudadano de Ginebra. ¿Tiene alguien razones más profundas y más crueles que yo? ¿Ha sufrido alguien más que yo? Ecce homo. Todos están equivocados, solo yo no lo estoy».

¿Y si fuera así? ¿Y si Jean-Jacques tenía razón en contra de todos los demás?

Fuera como fuese, ¿no tenía motivos para un orgullo ilimitado? Había afianzado y explorado un nuevo mundo, su aventura había sido más temeraria que la de Colón. ¿No era lícito que, en la fragilidad de su carne mortal, se derrumbara bajo el peso de su tremendo conocimiento? ¿Podría haber sobrevivido de otro modo que no fuera por medio de un orgullo sin parangón?

Fernando sintió una mezcla de admiración, vergüenza, compasión, respeto y un ligero y cínico desprecio.

Y cuanto más extraño y cuestionable le resultaba Jean-Jacques, cuanto más sabía sobre él, más perdían el resto de las personas su perfil. Los rostros de los más allegados se difuminaban más y más. Ya no había ninguna realidad tangible. La vida que Fernando había visto a su alrededor era solo una costra externa y delgada; solo debajo de ella empezaba, múltiple y desconcertante, la verdadera vida.

Fernando durmió poco esos días. Por la noche, veía en su mente la caligrafía delicada y firme de las *Confesiones*, que se transformaba en las personas y en las cosas de las que hablaba. Él mismo, Fernando, se convertía en Jean-Jacques. Cometía

los tremendos delitos de Jean-Jacques. Se hacía mantener por la mujer mayor que era su amante. Negaba su fe. Negaba, para recuperar el derecho de ciudadanía de su ciudad, Ginebra, sus nuevas creencias. Amaba a mujeres que no poseía y se acostaba con mujeres a las que no amaba. Ofrecía su carne y su sangre. Traicionaba a sus amigos. Se lamentaba y se defendía con pretextos fútiles. Se repugnaba a sí mismo y se vanagloriaba de su asco. E hiciera lo que hiciera, estaba justificado. Se sintió el único justo sobre la tierra. Y lo más extraño: lo era.

Fernando esos días, esas semanas, no vivía en Ermenonville, vivía en el mundo de Jean-Jacques, en el aventurero mundo de las *Confesiones*. Su propio mundo se convirtió en aventurero. Porque si él, Fernando, describiera su joven vida con la misma sinceridad que el maestro, ¿no se abrirían también en ella abismos espantosos como aquellos a los que Jean-Jacques había descendido? Él, Fernando, no amaba a Teresa, no se sentía unido a ella, ni experimentaba una pasión grande y salvaje por ella; si se unía a ella, si engañaba al maestro y se hundía en el fango, solo lo hacía porque la maldad y la suciedad lo atraían, porque estaba corrompido. Y que, además de eso, acudiera a la casa de verano para regodearse en los secretos del maestro, ¿no era profundamente perverso?

Lo prohibido, lo desconsiderado de esa lectura, hacía que él la apreciara mucho más. Y aunque tuviera que pagar por ello con los más duros tormentos, devoraba con ansia el fruto del árbol del conocimiento. ¡Qué eran los oráculos de los antiguos, las revelaciones de la Biblia, las enseñanzas de los clásicos de Francia ante la sabiduría profunda y ambigua de este libro! ¡Qué amor a la verdad tan espantoso y devorador ardía en esas páginas, qué pasión destructiva y a la vez fuente de felicidad por el conocimiento, tan dual como la cabeza de Jano!

¿Qué es la verdad?

Fernando no había tenido una juventud fácil. Monsieur de Girardin recordaba con orgullo y placer los tiempos en que era general, y se había dado cuenta con preocupación de que su Fernando manifestaba un escaso sentido de la disciplina y carecía de las cualidades de un soldado. Para curarlo, lo había internado, a los trece años, en una academia militar, famosa por su estricta disciplina. Pero como esa institución era frecuentada, casi de forma exclusiva, por burgueses y por hijos del funcionariado, los profesores y directores quisieron demostrar que el título del conde Brégy no los impresionaba y lo habían tratado con especial dureza; sus compañeros, llenos de envidia, consciente o inconsciente, hacia el futuro seigneur de Ermenonville, que, sin necesidad de esfuerzo alguno, tenía ante sí una brillante carrera, se habían mostrado herméticos o abiertamente hostiles. El sensible Fernando había sufrido malos tratos en su cuerpo y en su alma, a veces había llegado a pensar

que no sobreviviría a esa época escolar. Más adelante, cuando durante un largo viaje había descubierto cuánto lo amaba su padre, y cuando aún más adelante tuvo la gran fortuna de encontrar a Gilberte, había creído firmemente que con los amargos años pasados en la academia militar había dejado atrás los años más difíciles de su vida. Y ahora se veía enredado, por su propia culpa, en una aventura que, si la comparaba con aquellas crueles experiencias, estas eran literalmente un juego de niños.

Decidió confesárselo todo al Maestro. No pudo.

Decidió escribir a Gilberte, la amiga de su alma, informarla de sus lecturas secretas, confesarle su vinculación externa e interna con Teresa con la misma sinceridad fanática con la que Jean-Jacques había relatado su vida. Solo cuando consiguiera expresar sus tribulaciones con signos y palabras, lograría resurgir de nuevo de las profundidades a las que su desenfrenado atrevimiento lo había arrastrado.

Ya mientras elaboraba su plan, sabía que no podría llevarlo a cabo. No le había sido dado expresar sus sucios y licenciosos asuntos con la valerosa franqueza de Jean-Jacques. Adornaría sus acciones, se inculparía y disculparía con sensiblería, se lamentaría de su perversidad. Y todo sería mentira. No quería prescindir de su perversidad por nada del mundo. Estaba orgulloso de ella, de ser como era.

Tampoco quería prescindir de su vinculación con Teresa. Se estremecía de horror ante Teresa, pero sabía que a ella le bastaría con decir con su voz oscura y monótona: «¿Vamos a dar un paseo, joven señor conde?» para que él se levantara, estuviera donde estuviera, y saliera con ella. La estimulante lascivia que emanaba de ella, su olor, su perversión profundamente inocente, su lento y excitante modo de andar, el esfuerzo laborioso con que reunía las palabras para expresar su letárgico interior, incluso la repugnancia que le producía, todo aquello eran eslabones de una cadena que lo mantenía atado a ella.

Teresa no lo invitaba a pasear con ella. Cuando volvió a verlo después de su abrazo, se sintió decepcionada, porque él se mostraba tan incómodo y retraído. ¿Lamentaba que ella lo hubiera amado? ¿Se había extinguido su amor en ese único abrazo? Pero su instinto le decía que no era así, solo que él era un conde y se avergonzaba. Mientras él leía los textos de Jean-Jacques, ella había estado casi siempre presente y se había dado cuenta con satisfacción de que su presencia lo confundía; con solo mirarlo de reojo, él se agitaba inquieto. Pero no lo alentaba.

Las dos veces que Fernando no la encontró en casa, ella había estado efectivamente con Nicolás, tal y como él suponía con amargura, ironía y rabia. Pero esos encuentros no habían sido felices. Teresa tenía miedo de hacerle saber que su madre había rechazado seguir su consejo y emprender alguna acción con respecto a los papeles. Pero Nicolás esperaba su respuesta, y como ella callaba, le preguntó sin rodeos:

—¿Habéis hablado con vuestra señora madre, Madame?

Ella contestó dubitativa:

—Todavía no.

Él adoptó una actitud brusca y una expresión taciturna, y cuando ella se puso tierna, la rechazó diciendo que aquel día no estaba de humor para tonterías.

—Ya tienes a tu condesito —le dijo ponzoñoso, y ella supo que mientras no arreglara aquel asunto de los escritos, Nicolás no se acostaría con ella.

En cambio, Fernando, que solo acudía a la casa de día, se presentó de noche, mientras Jean-Jacques estaba en castillo. Ambas mujeres supieron de inmediato que iba por Teresa.

Teresa había tenido la esperanza de que Nicolás aprovechara esa noche, lo había esperado largo rato, pero él, sin duda para castigarla, la había dejado plantada. Ahora estaba alterada y mostró a Fernando su rostro más contrariado. La vieja se enojó ante la estupidez de su hija y quiso ayudar al joven señor en sus intenciones.

—¿No queréis salir a tomar un poco el aire con Teresa en esta noche de verano tan calurosa? —preguntó sin más rodeos.

Él miró desamparado y expectante a Teresa. Pero ella, mirándolo con descaro, contestó malhumorada sin vacilar:

—Hoy no tengo ganas.

Fernando se retiró avergonzado.

Corrió a través de la noche, rechinando los dientes furioso. Pero su rabia no iba dirigida a Teresa, sino a Jean-Jacques. Después de todas las cosas terribles que él le había hecho, ella no había tenido más remedio que volverse de aquella manera. Cada vez se indignaba más contra el maestro. Él, que en su *Emilio* predicaba los más nobles y sabios principios de la educación, debería haber asumido la obligación de educar él mismo a sus propios hijos.

Una mujer que había soportado tantas cosas, merecía simpatía. Sentía el deseo de acariciarla. El recuerdo de sus ojos lo excitó. Las brutales y lascivas fantasías de las *Confesiones* volvieron a su mente, se mezclaron con las suyas. Soñaba con un nuevo encuentro con Teresa, mucho más ardiente, más intenso que aquella otra vez junto al lago.

Teresa, por su parte, puesto que Nicolás la dejó esperando también la siguiente vez, se dio cuenta de que había tratado mal al pequeño conde. Ahora no tenía a ninguno de los dos. Y el joven conde no había pretendido nada malo, era solo un soñador, un niño, tonto y torpe. No debía dejar que la discordia entre ellos se hiciera mayor, si no, también aquella hermosa amistad se haría trizas. Yacer con él una sola vez... no era así como lo había imaginado.

Lo acechó. Tal y como él había esperado y temido, le dijo:

—¿Por qué no volvemos a dar un paseo juntos, joven señor conde?

Se encontraron esa misma noche.

Sucedió como en sus sueños, su deseo borró todo reparo y cayó sobre él, salvaje y tenebroso.

Más tarde se sentaron en el banco de césped, bajo el sauce. Ella estaba muy dulce.

—¡Fernando! —dijo con su voz grave, paladeando el sonido de su nombre. Y añadió—: Porque ¿puedo llamarte Fernando, verdad? —le rogó orgullosa y enamorada. Era la primer vez que lo tuteaba. Luego le dijo soñadora—: Nunca lo había hecho con un gran señor.

Era hora de que ella se marchara a casa, pero se quedó allí sentada. Él era distinto de Nicolás, no era solo su amante, era realmente su amigo, quería hablar con él. A su manera dificultosa, intentó dejarle claro que ella no era una mala mujer. Jean-Jacques estaba lleno de virtudes, era un santo, pero no era un hombre. Estaba impedido por su enfermedad. Pero también cuando todavía era joven, de eso hacía mucho tiempo, a menudo durante meses, a veces incluso durante un año, se había mantenido apartado de ella y había yacido a su lado, paralizado y muerto como un pedazo de madera. Ella tenía derecho a un hombre, eso pensaba también su madre, a pesar de su intransigencia.

Fernando guardaba silencio y escuchaba. Teresa volvió a hablar.

—Y luego, eso con los niños —dijo— no debería haberlo hecho.

Fernando olvidó que él y la mujer acababan de unir sus cuerpos; la mujer dejó de estar allí, solo las *Confesiones* estaban presentes. Lo desgarró un deseo ilimitado de saber la verdad, toda la verdad. Sin duda, lo que Jean-Jacques había narrado era la verdad, pero era solo una parte de la verdad; solo estaría completa cuando supiera lo que Teresa sabía y sentía.

Con la boca seca, preguntó:

—¿Es cierto que él os quitó a los niños?

Teresa contestó con indiferencia:

—Eso lo sabe todo el mundo.

Fernando siguió preguntando:

—¿Los cinco niños?

Teresa, sorprendida, le respondió con otra pregunta:

—¿Cinco? ¿De dónde has sacado que fueron cinco? Dos.

Sus palabras afectaron a Fernando como un golpe. ¿Había mentido Jean-Jacques? ¿Había mentido en el libro más sincero del mundo, con el que quería presentarse ante el Juicio Final? Teresa seguía hablando:

—Ya fue bastante terrible para mí, las dos veces. Para él era fácil, eran mis hijos.

Fernando, con un hilo de voz, preguntó:

—¿No eran de él?

Ella, con su voz impasible, dijo:

—¿Qué dices? No te entiendo.

Él, con esfuerzo, repitió, levantando más la voz:

—¿No eran sus hijos?

Teresa contestó:

—No. De hecho no.

Fernando, con un terrible esfuerzo de voluntad, siguió preguntando:

—¿Y él lo sabía?

Teresa dijo:

—Es probable. De no ser así, no habría sido tan cruel.

La noche era muy oscura, Fernando no veía nada de Teresa, solo oía su voz sin inflexiones. Y en su mente veía la caligrafía delicada y firme de las *Confesiones*, veía con toda claridad cómo destacaban en negro sobre el papel de un blanco amarillento, contando las historias de un modo inconfundible, convencido y convincente, exponiendo las buenas razones por las que Jean-Jacques había tenido que actuar de aquel modo y no de otro. Y aquella historia era mentira. «De no ser así, no habría sido tan cruel». La voz necia, sin alma, decía la verdad, y todo el pomposo edificio de los principios, emociones y confesiones se derrumbaba.

Fernando se indignó contra el maestro y dominó su indignación. No era tan sencillo como él estaba intentando fingir. Jean-Jacques no había mentido. Solo podía escribir con aquella tremenda sinceridad para la posteridad, para el Ser Supremo, aquel que creyera en ello profundamente. Teresa, con su simple entendimiento, hablaba de su simple verdad. Pero son muchos los motivos que se entremezclan antes de convertirse en una acción, detrás de cada hecho hay causas nobles y mezquinas, indisolublemente enlazadas, y no existe ninguna verdad que no esté formada por muchas verdades.

Allí estaban sentados en el banco de césped, bajo el sauce, en el banco de Jean-Jacques, y Teresa traicionaba a Jean-Jacques, y Fernando traicionaba a Jean-Jacques, ambos se aliaban para traicionar a Jean-Jacques. Y durante un instante, Fernando se sintió justificado, y al instante siguiente, de nuevo despreciable ante sí mismo. En cualquier caso, sentía una satisfacción amarga, voluptuosa, llena de arrepentimiento.

Teresa dijo en la oscuridad, triste y tierna:

—No puedo hablar con nadie más, ni siquiera con mi madre.

¿Tampoco con el caballerizo? Pensó Fernando. Pero ella, como si con su limitado espíritu hubiera intuido lo que él sentía, siguió:

—Contigo puedo hablar de todo lo que quiero, Fernando. Solo tú eres mi amigo, Fernando.

Cave canem

La siguiente vez que Teresa estuvo con Nicolás hizo de tripas corazón y le comunicó que había hablado con su madre. Su madre no quería tocar los textos de Jean-Jacques.

El rostro de Nicolás se ensombreció.

—No parece que hayáis sido muy lista, Madame —dijo con maligna cortesía. Luego estalló—: No tienes más que paja en la cabeza. Apesta de puro necia. No tiene ningún sentido aconsejar nada a una mujerzuela sin cerebro.

Teresa dijo ofendida:

—Eso ya lo sabíais desde el principio, monsieur Nicolás, que no soy una filósofa —y tras un silencio terminó—: Mi madre dice que si tenéis algo que decirle, es mejor que os dirijáis directamente a ella.

—¡Lo que me faltaba! —gruñó.

Pero cuando estuvo solo reflexionó. Cualquier demora suponía un peligro. Cada día, algún otro listo podía apoderarse de los papeles o también podía pasar que realmente cualquier necio aristócrata idealista le escupiera en la sopa. No le quedaba más remedio que hablar con la vieja. Al fin y al cabo, también a ella le parecía más inteligente entenderse con él.

Se presentó ante madame Levasseur cuando la supo a solas. Le pidió que hablaran sin tapujos de las cuestiones que había pendientes entre ellos. La vieja lo miró con sus ojos pequeños y duros.

—No sé de nada que tengamos pendiente —dijo—. Pero si creéis que podéis conseguir algo hablando, hacedlo.

—Con vuestra aguda visión, madame —expuso Nicolás—, estoy seguro de que ya os habréis dado cuenta de que entre vuestra señora hija y vuestro humilde servidor hay algo. Mi corazón siente cierta inclinación hacia madame Rousseau, fue, como suele decirse en estas tierras, como si hubiera sido tocado por un rayo, y me siento orgulloso y feliz de que mi insistente cortejo me haya permitido conseguir a vuestra señora hija.

—Soy una mujer vieja —contestó madame Levasseur—, y por desgracia ya no soy lo bastante fuerte como para daros la tremenda bofetada que os merecéis.

Nicolás sonrió amistoso.

—Desconocéis la situación, madame —repuso—. Infravaloráis la inclinación de vuestra señora hija por vuestro humilde servidor, y también infravaloráis mi tenacidad británica. No pretendo nada indecente, al contrario, quiero legalizar la relación entre madame Rousseau y yo. —Se levantó e hizo una reverencia—. Me siento honrado, madame —dijo—, de pedir la mano de vuestra señora hija.

La vieja dijo con sequedad:

—Mi hija está casada. No deberíais ignorarlo.

—Me obligáis, madame —dijo Nicolás—, a expresarme de un modo claro y grosero. Pues bien, en cada uno de mis caballos he sabido ver cuándo les había llegado el final, y os digo una cosa: el señor filósofo no vivirá mucho tiempo. Cuando alguien filosofa con tanta intensidad a lo largo de sesenta y seis años, se queda seco. Y aquí estoy yo. Como sucesor que tiene intenciones serias, me siento en la obligación de mantener, en el momento adecuado, es decir, ahora, un cambio de impresiones con mi futura señora madre política.

—Andáis engañado como el obispo de Toul, Monsieur —dijo con burlona amabilidad madame Levasseur—. Mi señor yerno es frugal por naturaleza, se ha recuperado maravillosamente, y mi Teresa y yo lo cuidamos bien. Justo esos tipos de

apariencia débil son los más resistentes. Aguantará durante mucho tiempo nuestro Jean-Jacques, no sufráis.

—Bien —contestó Nicolás—, puesto que así lo deseáis, de momento no nos ocupemos más del estado de salud de monsieur Rousseau. Pero yo estoy interesado de corazón en vuestra hija, y además soy curioso. Permitidme una pregunta, Madame. ¿A qué se debe que desde hace tanto tiempo no se ha publicado ningún libro nuevo del señor filósofo? He oído decir que ha trabajado mucho, el mundo está a la espera de un nuevo libro suyo. Eso, además, debe proporcionar un montón de dinero. ¿Cómo es posible que una dama sensata como vos no apueste por ese caballo?

—A una pregunta clara corresponde una respuesta clara —repuso la vieja con amabilidad—. Mi señor yerno, por ciertos motivos filosóficos, que son demasiado elevados para mí y para vos seguro que también, no quiere que sus nuevas obras se publiquen antes de su muerte bendita. No quiere. ¿Comprendéis? Basta. Punto. Se acabó —y sin alterarse, prosiguió—: No se puede obtener dinero alguno de esos papeles. Quitáoslo de la cabeza de una vez por todas, joven. Esta casa no va a producir ni un solo sueldo para vos.

—Me da la impresión de que desconfiáis de mí —dijo afligido Nicolás—. Pero lo comprendo. Conozco a la gente, y sigo vuestro razonamiento, madame. Un don nadie, os decís, un lacayo, un criado, ¿qué podemos esperar mi hija y yo de un hombre así? Pero sí podéis esperar algo de vuestro humilde servidor. Soy algo más que un simple lacayo. Fui el primer caballero de mister Tattersall en Londres. Eso no os dice nada, madame, pero a los grandes señores de París les dice mucho. —Expuso su proyecto y dijo—: Solo es necesario un pequeño capital inicial —le explicó—, unos doscientos lises. Por supuesto podría conseguir el dinero en otra parte, pero, como ya os he dicho, siento esa inclinación por vuestra hija y quiero incluíros a ambas en el negocio. Sonreís, madame, desconfiáis de mí tanto como antes. Pero os garantizo que vuestro dinero se multiplicará. Con las ganancias del primer año viviremos tranquilos hasta el final de nuestras vidas.

La vieja lo escuchó, no sin interés. Aquel hombre le recordaba a su hijo, el sargento François. Hablaba con la misma osadía que ese otro, pero probablemente tenía más cerebro que él.

Nicolás se dio cuenta enseguida de que tenía una oportunidad.

—Otorgadme algo de confianza —rogó—. No lo lamentaréis. Es una lástima que viváis de este modo tan precario. Aunque el señor filósofo cante alabanzas de la naturaleza y de la pobreza, vos, madame, seguro que no os lo tomáis con tanta filosofía. —Se acaloraba—. Ahí están los papeles. A una dama tan lista debería serle posible conseguir por ellos doscientos lises de oro. Invertid ese dinero en mi negocio y os doy mi palabra, la palabra de un hombre de honor, experto en caballos y británico: me casaré con madame Rousseau y todos nosotros viviremos como reyes.

Pero el interés de madame Levasseur por aquel soñador de proyectos de labia fácil se había esfumado. Ese Nicolás no era su hijo François y no se sentía inclinada a

compartir con él la posesión de Teresa. Pero se había dado perfecta cuenta del gran apego que la ninfómana de su Teresa le tenía, y el hombre era capaz de hacerle cualquier jugarreta. Podría robar los papeles de Jean-Jacques con la ayuda de Teresa o hacer algún disparate. Así que no debía irritarlo, no debía rechazarlo del todo.

De forma objetiva le hizo comprender que no era posible sacar provecho de los papeles a espaldas de Jean-Jacques. Antes de correr ningún riesgo, los compradores acudirían a preguntar a Jean-Jacques si estaba de acuerdo con el asunto; las declaraciones escritas, por bien hechas que estuvieran, no bastaban. Y como viera a Nicolás decepcionado y sombrío lo consoló:

—No pongáis esa cara de fastidio, monsieur. No os estoy diciendo que no esté de acuerdo con vuestros planes. Pero no tengáis tanta prisa. Los papeles no van a perder su valor y están aquí, bajo mi custodia, más seguros que un sueldo en el bolsillo de Dios.

Nicolás no siguió insistiendo para hacer cambiar de opinión a madame Levasseur; si se acercaba demasiado a la vieja mula, le daría una coz.

Así que se esforzó en suavizar la expresión. La vieja, olfateando algo malo detrás de su frente, seguía hablándole con suavidad:

—No debéis desear la muerte de mi querido yerno. Independientemente del profundo dolor que eso produciría en el alma de mi Teresa y en la mía, eso supondría un amargo golpe financiero. Porque el hombre escribe para vos como un jovenzuelo. Cuando le viene la llamada inspiración, su pluma corre al galope, y en un abrir y cerrar de ojos tiene terminado otro manuscrito, y su futura herencia ha aumentado de valor en ocho o diez mil libras más. Solo un necio desearía la muerte de la gallina de los huevos de oro.

—Entiendo —dijo Nicolás— y acepto que de momento no queráis que legalice mis relaciones con vuestra hija Teresa. Pero no pienso renunciar a nada —añadió con bien fingida despreocupación—. Soy tenaz.

—Brindemos por ello —dijo madame Levasseur. Trajo el licor de albaricoque que el marqués había hecho llevar a la casa de verano, hicieron chocar sus vasos, bebieron y se separaron como amigos, incluso un poco como compinches.

Pero madame Levasseur no pudo tragarse el espanto que le producía aquel hombre peligroso; apenas se cerró la puerta tras él, su rostro se ensombreció y adoptó una expresión hostil.

Tampoco él había podido enjuagar su rabia con el excelente licor. No se dejó engañar por la vieja bruja. Ella era su enemiga; haría cuanto estuviera en su mano para evitar que se acercara a los papeles, iba a impedirle fundar su escuela de equitación. Pero no se saldría con la suya. Furioso lanzó un grueso escupitajo.

De nuevo se abalanzó sobre él, aumentando su malhumor, y ladrando como una furia, la perra Lady. Gritó, dominando su voz, que solo era él, Nicolás, el criado del marqués. La voz de Jean-Jacques llamó a la perra. Pero Nicolás, cuando el animal lo dejó en paz, lanzó una maldición reprimida, maldijo en inglés, y su voz susurrante

estaba cargada de ira y violencia.

Pocos días después, cuando Jean-Jacques salió de la casa, muy temprano, para dar su paseo, encontró la caseta de la perra Lady vacía. Sacudió la cabeza. Era la primera vez que no lo había esperado.

Cuando a mediodía el animal seguía sin aparecer, sintió pánico. Sin duda habían sido sus antiguos enemigos, Grimm y Diderot. Para hacerle daño, para dejarlo desprotegido, habían matado a la perra, aquel animal hermoso y humano. ¡Qué maldad, qué estúpida crueldad! Durante todo el día se contuvo ante las mujeres. Solo cuando el segundo día la perra siguió sin aparecer, dio rienda suelta al miedo, el horror, la locura.

—¡Son Grimm y Diderot! —estalló—. ¡Han llegado hasta aquí! ¡Nuevos ataques! ¡Nuevas persecuciones! No van a dejarme nunca en paz. Quieren acabar conmigo por todos los medios. ¡Estoy perdido, debo huir! ¡Debo salir del país! ¡Poner el mar de por medio!

Madame Levasseur trató de tranquilizarlo. En vano. Pero cuando al día siguiente Teresa le preparó un brebaje tranquilizador, una infusión de hierbas en la que él creía mucho, le pidió otra taza. Al atardecer se había relajado y no hacía más que decir lo bien que le sentaba la paz de Ermenonville.

Madame Levasseur no estaba nada tranquila. Por desgracia, su yerno tenía razón: se estaban urdiendo planes terribles contra él. Por supuesto nada que ver con lo que él sospechaba. Ella sabía quién había quitado de en medio a la perra. Aquel individuo tenía escritos en la cara los siete pecados capitales, y era capaz de un crimen mucho más terrible.

Debía apartarlo de su camino.

Acudió a Gerardin.

—Ya sabéis, señor marqués cómo es mi yerno —le expuso—. Como filósofo tiene sus propias locuras, sus arrebatos, y tiene una corazonada respecto a monsieur Nicolás. No puede ni olerlo. Sin duda, monsieur Nicolás es un hombre excelente, pero es mejor que no se deje ver más cerca de la casa de verano.

Había llegado a oídos de Girardin que madame Rousseau miraba a Nicolás con buenos ojos; probablemente, ese era el motivo por el que la vieja quería deshacerse de él. A Girardin no le gustaba introducir cambios en las disposiciones que había tomado, pero en ese caso sería realmente lo más inteligente.

—Os agradezco que me lo hayáis hecho saber, madame —dijo con cierta rigidez—. Pondré a vuestra disposición otro criado.

—Os lo agradezco de todo corazón, señor marqués —contestó la vieja—, pero con eso no basta. El rechazo que mi señor yerno siente hacia monsieur Nicolás es bastante fuerte, digamos que es auténtica aversión. Os ruego que alejéis a monsieur Nicolás de modo definitivo de Ermenonville.

El rostro amable del marqués se endureció, irguió su larga figura y agitó su bastón de bambú ante madame Levasseur.

—¿Os estoy entendiendo bien, madame? —preguntó—. ¿Deseáis que lo despida?

—Sí, señor marqués —contestó madame Levasseur—, que lo echéis.

Contra su voluntad, monsieur Girardin recordó de pronto algo que le había sucedido hacía pocos días; en realidad había sido solo la sombra de un suceso. El tablero donde estaban guardadas las copias de todas las llaves que daban acceso a los numerosos edificios que había en sus posesiones se encontraba en la pared de su dormitorio, bien escondido tras un revestimiento de madera, y de él colgaban más de un centenar de llaves, todas colocadas en un orden determinado, que solo él conocía y que de vez en cuando modificaba, unas con los dientes hacia la derecha, otras hacia la izquierda. En dos ocasiones en los últimos tiempos había notado ligeros cambios que no encajaban, y había tenido la ligera sospecha de que alguien había estado hurgando en las llaves; pero de inmediato se había dicho que se trataba tan solo de un error de su memoria. Poco después, había encontrado a Nicolás en su habitación a una hora en que a este no se le había perdido nada allí. Ahora, Girardin había recordado involuntariamente esos dos pequeños incidentes y estableció una relación entre ambos.

No le parecía correcto sospechar de aquel hombre fiable a partir de sensaciones tan difusas; todo en él se rebelaba contra el insolente atrevimiento de madame Levasseur.

—Nicolás es un probado y fiel servidor —dijo—. ¿Tenéis algo concreto que reprocharle? ¿Ha vulnerado la prohibición de dejarse ver en la casa de verano? ¿Se ha quejado monsieur Jean-Jacques?

Madame Levasseur estaba preparada para esta pregunta.

—Ya sabéis, señor marqués —dijo—, que mi señor yerno no se expresa con palabras claras, puesto que es un filósofo. Él no «concreta», pero os aseguro, señor marqués, que el hombre tiene sus corazonadas, y suele dejarnos boquiabiertos con ellas. Y como la perra Lady ha desaparecido, tiene terribles sospechas. Estaba fuera de sí, decía que han sido sus enemigos de París, y que han sobornado a alguien del castillo. Y no hay duda de a quién se refiere cuando menciona a «alguien de castillo».

Girardin guardó silencio contrariado. La vieja siguió insistiendo:

—Hay que tener cierta consideración por la filosofía de mi señor yerno, señor marqués, os aseguro que os hablo desde mi experiencia de mujer vieja, que es mucha. Si no, se nos marchará cualquier día de estos a París o incluso a Inglaterra. A pesar de lo a gusto que se encuentra aquí, todos nosotros estamos muy bien aquí. Sería una lástima que todo se estropeará solo por causa de monsieur Nicolás.

La actitud chantajista de la vieja irritó a Girardin, pero tenía medios para hacer realidad sus amenazas. Además, ahora se acordaba con toda claridad: cuando sorprendió a Nicolás en su habitación, este le había preguntado si el señor marqués deseaba montar la yegua La Tempête al día siguiente; eso también se lo habría podido preguntar al día siguiente mismo, después del desayuno, como solía hacer.

—Alejaré a Nicolás —dijo.

—Os lo agradezco en nombre de Jean-Jacques —contestó madame Levasseur. Y temiendo el deseo de venganza de aquel canalla, se apresuró a añadir:

—Una sola cosa más: No dejéis que monsieur Nicolás se dé cuenta de que lo echáis por consideración a mi señor yerno. Si no, hablará de ello en el pueblo y llegará a oídos de Jean-Jacques, y él está tan delicado que puede ser contraproducente.

Ese mismo día, el marqués hizo saber a Nicolás que lamentaba haberle dado falsas esperanzas cuando lo conoció en Londres. Había abandonado de forma definitiva los planes que tenía de crear una gran cuadra y no quería retener a Nicolás por más tiempo de modo que pudiera regresar a Londres cuanto antes, previo pago del salario de todo un año.

Nicolás supo de inmediato lo que había sucedido. Así que la vieja mula había soltado su cozo. Pero se controló y pensó con rapidez y sensatez.

La suma que el marqués le ofreció como indemnización no era ninguna miseria, y con toda probabilidad, a la vista de la mala conciencia que tenía, podría sacarle al caballero los doscientos lises de oro que necesitaba para la escuela de hípica. Pero de su relación con Teresa podía sacar mucho más que aquellos doscientos, allí había una fortuna, y no tenía la menor intención de dejar a la vieja los papeles del loco. Le cobraría a aquella vieja gorda, a aquella intrigante de poca monta, la mala jugada que le había hecho, y lo haría, además, con intereses. Solo necesitaba tiempo, tiempo para esperar que surgiera la oportunidad.

—Creo haber sido para vos un buen criado, milord —dijo en inglés, lleno de dignidad y mortificado—, pero sois vos quien manda.

—No estoy disgustado con vos, míster Bally —contestó incómodo el marqués—, pero no quiero manteneros alejado por más tiempo de una ocupación a la que os sentís llamado.

—Ya que tanto me apreciáis, milord —dijo Nicolás—, os ruego que me facilitéis la despedida con dos favores.

—Hablad, Nicolás —dijo, volviendo al francés, monsieur Girardin.

—Dudo que míster Tattersall —contestó Nicolás— vuelva a contratarme, después de que me marchara de su casa. Es decir, pasará cierto tiempo antes de que encuentre en Londres un trabajo adecuado. ¿Puedo pasar ese tiempo en Ermenonville?

—Por supuesto —dijo el marqués.

—Además —siguió diciendo Nicolás—, difícilmente encontraré un buen puesto de trabajo si se sabe que me habéis despedido. Me facilitaría mucho la búsqueda si, de momento, nadie supiera de mi despido.

El marqués, satisfecho de haber zanjado aquel tema tan desagradable, también se lo concedió.

Amigo y enemigo

Cuando madame Levasseur se enteró de que el canalla de Nicolás, a pesar de todo lo que el marqués le había prometido, seguía paseando su desvergonzado cuerpo por Ermenonville, se sintió decepcionada e indignada. Ya sabía que los aristócratas, cuando les convenía, incumplían la palabra con la misma ligereza que cualquier burgués, pero el marqués era discípulo de su yerno y filósofo, y no habría esperado semejante bajeza de él.

Era imposible prever qué nueva bribonada iba a inventar ahora ese Nicolás. Y la gansa de Teresa estaba tan perdidamente enamorada de él, y el chiflado de Jean-Jacques podía diñarla cualquier noche, su salud no era en modo alguno tan robusta como había querido hacer creer al sinvergüenza inglés, y entonces este echaría mano de su Teresa y de los papeles.

Debía desbaratar sus planes de una vez por todas. Elaboró un nuevo plan.

Tenía un profundo respeto por todo aquello que estuviera relacionado con la justicia y los abogados. Con papeles notariales sellados los habían echado, en Orleans, de la casa y del negocio. Había aprendido la lección, conocía todas las mañas, se serviría de ellas. Conseguiría un acta notarial, de manera que las decisiones de Teresa sobre su patrimonio, a partir de ese momento, solo pudieran ser tomadas con su aprobación, la de madame Levasseur. Solo entonces los papeles estarían a salvo del ladrón, y el canalla, ¡que se buscara la vida!

Expuso abiertamente a Teresa que necesitaba su firma para proteger su dinero de su amante.

—No tienes por qué saber cómo voy a hacerlo —le dijo—, tampoco lo entenderías. Cuando todo esté a punto, solo tendrás que venir conmigo al notario y firmar. ¡Y no se te ocurra soltárselo a ese desgraciado!

Teresa puso mala cara, pero le pareció bien que su astuta madre tomara las riendas en aquel asunto. Sentía un dulce temor ante Nicolás y era consciente de que le daría gustosa, contra todo razonamiento sensato, cualquier cosa que él le pidiera.

Pero para madame Levasseur no resultaba fácil ejecutar su plan allí, en Ermenonville. Necesitaba acudir a un notario experto e ingenioso para que redactara el documento invulnerable a las argucias de Nicolás. Lo mejor habría sido viajar a París, pero eso alertaría a aquel canalla tan listo. Oyó decir que en Senlis había un buen abogado; lamentablemente estaba de viaje y no regresaría hasta al cabo de dos o tres semanas. Suspirando, decidió esperar ese tiempo.

Si las actividades de Nicolás causaban grandes preocupaciones a la vieja madame Levasseur, la desaparición de la perra conmocionó a Fernando en lo más profundo. Él era culpable del crimen que se había cometido contra el maestro; su malvada relación con la mujer había provocado a Nicolás. El peligro era real. Él, Fernando, ponía en peligro al maestro.

Evitó a Jean-Jacques, temía a Jean-Jacques. También evitaba la compañía de su

padre y de monsieur Gerber tanto como le era posible. No quería que le preguntaran nada, no quería hablar. Vagaba perdido en sus reflexiones y sufrimientos.

Para salir de su aflicción, volvió a ir con frecuencia al pueblo de Ermenonville.

De muchacho, obedeciendo el deseo de su padre, había ido a menudo. No había sido fácil ser aceptado como un igual por los hijos de los campesinos, y durante el tiempo que pasó en la academia militar, sus compañeros de juegos todavía se habían distanciado más de él. Aun así, había seguido cultivando el trato con ellos y había participado de sus pequeñas preocupaciones. Ahora, deseaba más que nunca su conversación vulgar y simple.

Existía una extraña amistad entre él y un tal Martín Catrou, el hijo de la viuda Catrou, que regentaba el colmado del pueblo de Ermenonville. Ese Martín tenía la misma edad que Fernando, era un muchacho alto y fuerte, hacía recados a su madre; a veces iba a París, donde veía y oía muchas cosas, tenía buen ojo para las personas y las cosas y sacaba sus propias conclusiones. Las agudas opiniones de Martín, llenas de una tosca sensatez y de carácter popular, eran muy distintas de las que Fernando solía oír, le daban mucho en qué pensar, le provocaban rechazo y le atraían. Martín se burlaba a menudo de él, veía al aristócrata en él; Fernando se enfadaba, pero lo aceptaba e intentaba comprender al otro.

Cuando ese día de sufrimiento se encontró con Martín, este le preguntó:

—¿Y qué hace vuestro santo?

Fernando vio el rostro feo e inteligente y la sonrisa burlona del otro y le pareció que en sus palabras sonaba todo el desprecio de los enemigos de Jean-Jacques.

—Deja a Jean-Jacques en paz —dijo, y se mostró indiferente—. Tú no sabes nada de él.

—¿Por qué lo dices? —protestó el otro—. Lo veo a menudo, es un buen cliente de mi madre, y tengo ojos en la cara como tú.

Fernando se dio cuenta de que Martín estaba dispuesto a discutir y se mantuvo firme.

—Con toda probabilidad —dijo—, sabes mucho de un montón de gente. Pero haz el favor de dejar en paz a mi Jean-Jacques.

Martín siguió burlándose:

—En París dicen que no es ningún arte ser un gran filósofo si uno es capaz de mostrarse lo bastante loco. Y de eso sí sabe, lo lleva en la sangre.

Fernando se sintió lleno de vergüenza, ya que a veces también había dudado de Jean-Jacques y había considerado sus actos y palabras un disparate.

—Sois chusma desagradecida —se indignó—. Él ha dedicado su vida a proclamar la igualdad entre las personas, se ha sometido por esa causa a mil persecuciones y en recompensa se le considera un loco.

Martín estaba allí sentado, fornido, corpulento, levantó la cabeza, el pelo negro crecía bajo sobre su ancha frente.

—Sí, libertad, igualdad, fraternidad —se burló, y a medida que las palabras salían

de entre sus dientes, sonaron vacías y como un auténtico sinsentido—. Oírlo resulta más sabroso que un asado de pato. Pero se trata solo de un aroma embriagador. Tendría que contarnos algún día cómo se obtiene esa libertad suya, con todos los gendarmes, recaudadores de impuestos, aristócratas y sotanas de que estamos rodeados. El otro, Voltaire, ese sí que nos ha ayudado de verdad. Ese os ha demostrado hasta qué punto de maldad habéis llegado con vuestros despreciables jueces y San Franciscos de Asís. Y ese hizo aprender algo a su propia gente, algo práctico con que poder hacerse con algunos sueldos y escudos. Pero vuestro Jean-Jacques, ¿ha hecho alguna vez algo con pies y cabeza? ¿Os ha dicho algo sensato sobre los impuestos y alcabales?

Fernando pensó en las palabras de Jean-Jacques: «Todo mi trabajo se ha perdido», pero en el mismo momento pensó en América y quiso hablar de ello a Martín. Pero este seguía hablando:

—Predica el Reino Milenario. Como el párroco Gauchet. Y es justo por eso que los aristócratas lo ensalzan. Así demostráis tener buen corazón para con los pobres y pasar por alto el resto. Nosotros estamos con el otro.

Fernando siguió conteniéndose. Con toda calma se burló a su vez:

—Quizá deberías leer alguna vez con esos dos ojos que tienes algún libro suyo antes de seguir repitiendo las tonterías que dicen otros.

Martín seguía allí sentado en toda su corpulencia.

—No necesito leer ningún libro —contestó—. Me basta con observar al hombre, con ver la delicadeza con que se pasea. Está en las nubes cuando recorre las sucias calles del pueblo. Te digo que no ve más allá de sus narices —y como Fernando solo se encogió de hombros y se levantó, le explicó—: Está también ciego ante lo que ocurre entre las cuatro paredes de su casa, vuestro santo. A su señora esposa, según se dice, le gusta divertirse, pero él ni siquiera se da cuenta.

Ahora Fernando ya no se contuvo. Se lanzó sobre el otro, como lo había hecho siendo un muchacho, a pesar de saber que Martín era más fuerte que él. Martín lo rechazó, sin enojo primero, pero cuando Fernando insistió, le devolvió los golpes sin contemplaciones y Fernando recibió una buena paliza.

Avergonzado hasta el límite, volvió a casa. ¿Quién era él para reprochar a Martín sus palabras indecentes? Él había cometido esa indecencia.

Pero las palabras de Martín Catrou siguieron haciendo mella en él. Había un germen de verdad en lo que había dicho acerca de que el más sabio de los mortales vivía engañado y ciego y era un pedazo de necio. No era posible, pero era así. Allí estaban las cosas que aparecían en las *Confesiones*, y las cosas que la simple de Teresa contaba, y las que el pueblo llano veía, y no encajaban.

Fernando tardaría mucho en disipar todas aquellas dudas.

No estaba en su naturaleza exteriorizar ante otros sus preocupaciones, pero en monsieur Gerber había visto desde siempre un amigo; cuando Fernando, durante los malos años de la academia militar, iba a casa a pasar unas breves vacaciones, había

demostrado ser una ayuda y un consuelo que comprendía la más leve insinuación y sabía responder con las palabras adecuadas.

Con tiento, Fernando le habló al profesor de sus dudas acerca de Jean-Jacques, le comentó que su comportamiento y las cosas que decía no siempre coincidían con su obra y sus enseñanzas, y que él, Fernando, a veces, ya no sabía qué pensar.

—Los enemigos —dijo tras un breve silencio Monsieur Gerber, también con mucha prudencia— juzgan a Jean-Jacques con la medida de su lógica simplista. Comparan una frase suya de hace tiempo con otra posterior, comparan lo que ha hecho aquí y allá o lo que ha dejado de hacer, con los ideales que él enseña, y hacen con ello chistes baratos.

Fernando sabía que el amigo y maestro no quería mortificarlo, pero él no era ningún enemigo de Jean-Jacques y se dispuso a defenderse. Pero monsieur Gerber ya proseguía:

—Tengo la suerte de que, a veces, Jean-Jacques se explaye incluso ante mí, que no soy nadie, y reconozco que, de vez en cuando, a mí también me confunde su falta de medida, de límites. Pero cuando eso sucede, comprendo que no puedo abarcar toda su grandeza, que nadie puede abarcarla, y entonces me quedo muy tranquilo, consciente de mi pequeñez. ¡No permitáis que ninguna duda sobre él eche raíces en vos, Fernando! Precisamente la genialidad, lo incomprensible, queda reducido a nada cuando se empieza a dudar. Y —aquel hombre reservado se acaloraba— Jean-Jacques es en la actualidad, de entre todos nosotros, el único genio. Los otros se empeñan, dan palos de ciego y trabajan: él lo consigue con un solo golpe, él crea. Él no demuestra, revela. Los demás se arrastran sudando por valles y montañas: él vuela y ya ha llegado. No os dejéis confundir, Fernando, por unas u otras palabras, que nosotros no comprendemos. ¡No dudéis!

Fernando nunca había oído al profesor hablar con tanto entusiasmo. Sus ardientes palabras, su arrobamiento, le recordó al propio Jean-Jacques. Se avergonzó de su deslealtad ante el entusiasmo de aquel hombre mayor.

Pero las palabras de monsieur Gerber solo le fueron de ayuda durante breve tiempo, y pronto cayó de nuevo en la confusión y el sufrimiento.

Llegó la noticia de que Gilberte regresaba al cabo de dos días. Fernando respiró aliviado. Estaba decidido a confesárselo todo. En su diáfana proximidad, volvería a verlo todo claro.

Gilberte había pasado una buena temporada. Tanto en Saint-Vigor como en París se había visto rodeada por jóvenes caballeros que la habían abrumado de delicadas galanterías. Un joven Courcelles parecía seriamente enamorado de ella, Mathieu, un caballero de unos veinticinco años; todavía era barón de Vais, pero era el heredero del conde regente, del anciano Henri de Courcelles. Mathieu tenía un aspecto espléndido, tenía excelentes maneras, sus atenciones era visiblemente algo más que pura galantería, y el abuelo se había burlado a menudo de Gilberte, diciendo que ahí se abría un rápido camino para convertir su reciente y cuestionable título en otro que

gozaba de una honorable pátina. Ella no había tomado en serio el cortejo de Mathieu, pero lo había disfrutado.

La vida en París era muy distinta que en Ermenonville, había aprendido mucho, era como si en unas pocas semanas hubiera crecido y madurado años. Había examinado las ideas de Jean-Jacques a la luz de la realidad y había encontrado algunas muy ingenuas, y a veces, a pesar de toda su juventud, le había parecido que conocía mejor el mundo que el grande y viejo filósofo.

Por supuesto, Fernando tenía razón: esa gente de la sociedad cortesana y de los salones de París eran afectados de la cabeza a los pies; apenas había alguien que se atreviera a mostrar sus sentimientos, eso no habría sido considerado digno de un hombre de mundo, y también su Mathieu solía manifestar su enamoramiento dando tantos rodeos y vueltas que tenía que hacer un esfuerzo para no reírse en su cara. A menudo, en medio de una brillante reunión, había pensado en Fernando. Y no había podido evitar sonreír, pero no era una sonrisa maliciosa. Lo había echado mucho de menos, había añorado su franqueza torpe y adolescente, su empuje y su entusiasmo, sus emociones sin disimular.

Ahora estaba de regreso en Latour y él pudo volver a verla. Ella iba empolvada, llevaba lunares, había adelgazado y había perdido color, pero aquellos eran sus radiantes ojos, su boca grande y alegre, toda su auténtica belleza. Y ella lo miró, y aquel era su Fernando delgado y larguirucho, con la nuez y el pelo rebelde y los ojos tímidos pero al mismo tiempo de mirada tan intensa. Las dudas y tormentos de Fernando desaparecieron, el ingenio y la mundología parisina de Gilberte desaparecieron, se tomaron de las manos, despacio, se besaron, con timidez primero, larga y profundamente después.

Gilberte le contó cosas. Cosas que no tenían la menor relevancia. Se interrumpía riendo:

—Diez veces cada día me pasaba algo que quería contarte sin falta y ahora no se me ocurre nada. Cuéntame tú primero —le rogó.

Ella creía saber lo que iba a contarle. Había leído sus largas y apasionadas cartas, sonriendo conmovida; algo parecido esperaba escuchar ahora, algo confuso, conmovedor, ligeramente ridículo.

Pero rápidamente desapareció la alegría de su rostro. El lío amoroso de que le hablaba, el enredo con esa madame Rousseau no era, como se dio cuenta enseguida, un asunto sin importancia, sino sombrío y amenazador. Fernando lo contaba con esfuerzo, interrumpiéndose, luchando por encontrar la palabra exacta y más honesta, a menudo tartamudeaba, era un ser humano necesitado de ayuda. Pero Gilberte no prestaba atención a aquello. Solo se daba cuenta de que ante ella había otro Fernando, un Fernando que le había hecho algo horrible a ella y a su amor. Se sintió muy distante de él, casi experimentó rechazo.

Él respiraba con dificultad, durante un buen rato no pudo seguir. Ella no lo ayudó, no le hizo ninguna pregunta, no se movió. Clavó la vista en su regazo. Se impuso un

silencio violento.

Por fin, él retomó la palabra y ahora le habló de su insidiosa lectura de las *Confesiones*. Le contó con toda sinceridad cómo se había deslizado a escondidas hasta la casa de verano para fisgar allí en los turbios secretos de Jean-Jacques mientras Teresa estaba a su lado, sin sospechar nada, estúpida, depravada, tentadora. Le contó que Jean-Jacques, según lo que él mismo había escrito y declarado, había reconocido muy bien la cortedad y necesidad de Teresa y que jamás habría nada espiritual en común entre el maestro y ella. Siguió contándole, a partir de su propio conocimiento, de su aventura con aquel individuo desagradable, el caballero inglés. Le contó el espanto que le producía Teresa y que no podía librarse de ella.

Los ojos de Gilberte se oscurecieron, su clara frente se frunció, su boca grande se cerró con severidad. Aquel que estaba ante ella ya no era un adolescente, era un hombre adulto, a él se pegaba la suciedad por la que un hombre probablemente tenía que pasar. Aquel al que tanto había echado de menos, era al muchacho Fernando; cuál era su relación con aquel hombre, no lo sabía.

Ahora había dejado de hablar de sí mismo y lo hacía del maestro, del nuevo Jean-Jacques que había vislumbrado en las *Confesiones*. Y ahora su discurso ya no fluía entrecortado. Defendía con entusiasmo al maestro. Se esforzaba en demostrarle lo grande que era Jean-Jacques, justo porque no se callaba ninguna debilidad. Intentó explicarle los tremendos sufrimientos con los que Jean-Jacques había tenido que pagar su gigantesca obra.

Gilberte solo lo escuchaba a medias. Solo sentía la agitación que le producía todo aquello que Fernando le había contado de su relación con Teresa.

Pero de pronto prestó atención. Porque ahora, Fernando le contaba cómo Jean-Jacques había abandonado a sus hijos y por qué. Y Gilberte sintió que aquello la afectaba.

Apenas dos semanas atrás, en París, cuando la condesa de Montpéroux llevó donativos al orfanato, había invitado a Gilberte y a todo un enjambre de otros jóvenes caballeros y damas a que la acompañaran. El orfanato, el Hospice des Enfants-Trouvés, era considerado uno de los lugares de París más dignos de verse. Sin embargo, por el camino, contaron a Gilberte qué era lo que atraía a damas y caballeros por encima de todo. Todavía era práctica habitual que caballeros que no disponían precisamente de demasiado dinero llevaran al orfanato a sus hijos bastardos, y durante la visita tenía siempre lugar, entre bromas, una especie de juego de adivinanzas, que consistía en descubrir si se guardaba o no parentesco, y en qué grado, con este o con aquel huérfano. Eso mismo sucedió durante su visita; pero con razón o sin ella, Gilberte se había sentido afectada y había querido interpretar en todo aquello veladas referencias a su cuestionable origen, a su Noblesse Bâtarde, su nobleza bastarda. Con sentimientos divididos, se detuvo ante el torno en el que se abandonaba a los recién nacidos, detrás había una ventana corredera y una campana, para que la persona que lo trajera pudiera anunciar la llegada del pequeño. Quizá

diecisiete o dieciocho años atrás, alguien había especulado con la idea de hacer desaparecer a la propia Gilberte por aquel torno. La visita al orfanato no fue ninguna experiencia agradable.

Lo que había sentido entonces regresó con mayor fuerza aún al oír hablar a Fernando de aquellos crímenes de Jean-Jacques. Y si había guardado silencio mientras le hablaba de sí mismo y de Teresa, ahora estalló:

—Pero ¡ese Jean-Jacques tuyo es un monstruo!

Fernando no estaba preparado para aquello. Tragó saliva.

—No deberías decir esto, Gilberte —consiguió decir por fin.

Pero ella ya no pensaba en Jean-Jacques. ¿Qué le importaba Jean-Jacques a ella? Aquí se trataba de su Fernando. Se dio cuenta de que él esperaba oír algo más, vio sus manos que se abrían y cerraban con nerviosismo. Con esas mismas manos había estado sobando a la mujer. Mientras ella se sentía llena de nostalgia por él, mientras escuchaba las galanterías de los hermosos y jóvenes caballeros de Saint-Vigor, él se había revolcado con aquella sucia mujerzuela. Se sintió denigrada, ridícula. Su rostro, habitualmente alegre, se ensombreció aún más. Iba a empezar a hablar, pero se dio cuenta de que una sola palabra pronunciada en medio de aquella ira primera podía decidir el destino de ambos. Guardó silencio.

Fernando se debatía entre el espanto y la expectación. Había conseguido llevar a cabo la ardua tarea de la confesión, no había buscado un camino fácil, no había mentido, no se había callado nada, y ahora le tocaba a Gilberte, ella debía condenarlo o liberarlo. Espió su rostro, y esa era otra Gilberte, él nunca había conocido a aquella otra, era una mujer adulta, sabia, en modo alguno bondadosa, estaba enfadada. Pero con placer y espanto, se dio cuenta de que amaba aún más a la nueva Gilberte que a la antigua, infantil y risueña.

Antes de que se diera cuenta, sus sentimientos cambiaron, y entonces la deseó como a veces había deseado a Teresa, con un deseo malvado; ansiaba humillarla, pisotear su pureza, su maldita inocencia, arrastrarla con él al fango.

Ella seguía callada. Él no pudo soportarlo por más tiempo. Se acercó a ella. La cogió por una mano. Ella retiró la mano en un gesto involuntario, se apartó de él.

Estaba claro: ella intuía lo que él sentía. Él se avergonzó en lo más profundo. Estaba condenado.

Ella percibió su sufrimiento. Le estaba bien empleado. Sentía la urgencia de decirle algo que lo hiriera, decirle lo perverso que era. Sentía la urgencia de decirle algo agradable, que lo consolara. No sabía qué quería.

—Perdonadme, Fernando —dijo finalmente—. Ahora debéis iros. Debo asimilar todo esto. Debo aclararme. Dadme tiempo. No quiero veros durante algunos días.

Toda su vida donde mejor se había sentido Jean-Jacques era en su trato con gente del pueblo, con campesinos y pequeños burgueses. Desde la pérdida de la perra, iba cada vez más a menudo a los pueblos de los alrededores para charlar allí con las gentes sencillas, aún sin corromper. Discutía con ellos sobre cosas de su vida diaria, y cuando la conversación se alargaba les daba tabaco para compensarlos del tiempo de trabajo perdido. Los campesinos y mercaderes tenían a aquel hombre, al que su seigneur trataba como a alguien ilustre y que, a pesar de todo, trataba con ellos como con sus iguales, por loco, por un chiflado. Pero pronto se dieron cuenta, para su satisfacción, que aquella locura podía serles útil. Se convirtió ante el marqués en el abogado de sus quejas, el seigneur suavizó su rudeza militar y usó con mucha menor frecuencia su bastón de bambú al encontrarse con sus campesinos. Ante los ruegos de Jean-Jacques, dio por fin su autorización, negada durante largo tiempo, para la boda de la hija de un colono. La abuela de la muchacha, a partir de entonces, rezó todos los días por el señor escritor Rousseau, aunque este no fuera católico.

Y aunque no era católico, le gustaba charlar con el párroco Gauchet. Iban de un lado a otro, Jean-Jacques hablaba de las bendiciones de la tolerancia, el párroco maldecía lo difícil y tozudo que era el marqués, Jean-Jacques hablaba de la grandeza y la diversidad de la naturaleza, el párroco alababa a su Creador, se entendían muy bien.

También participaba en los juegos del pueblo, al juego de bolos y, a pesar de su corta vista, incluso al tiro con arco. Los domingos se bailaba, al ritmo de la gaita y el pífano, y cuando en una ocasión la señora Ganeval preguntó al maestro si no bailaba, este no se reprimió por más tiempo y se añadió al corro.

Se le veía a menudo en el jardín de la posada El Castaño. Se sentaba a una de las mesas de madera sin manteles ante un cuartillo de aquel vino amarillo oscuro, disfrutando de la visión de los silvestres parterres de flores, dando de comer a los patos o a los peces del pequeño estanque. Dedicaba tiempo a la respetuosa y familiar conversación del posadero, del compadre Mauricio, y de cada huésped que quisiera hablar con él.

Allí también, en la posada El Castaño, se enteró de la muerte de Voltaire, su gran colega y amigo-enemigo. El compadre Mauricio le comunicó la noticia; conocía ya cien detalles. En el fondo, había sido el brutal entusiasmo de los parisinos lo que había matado a Voltaire, porque, a sus ochenta y tres años, tras un largo destierro, había regresado a su ciudad natal y no había podido soportar las ovaciones que París le dedicó de forma abrumadora durante semanas.

El expresivo rostro de Jean-Jacques pasaba del asombro a una ligera satisfacción que se trocaba en una profunda congoja. A él los parisinos lo habían perseguido como a nadie, al otro lo habían homenajearado como a ninguno; quizá, aunque Jean-Jacques no permitió que aquello llegara a concretarse en un pensamiento claro, ese había sido uno de los motivos por los que había abandonado la ciudad en cuanto llegó Voltaire.

Ahora, el compadre Mauricio le contaba, con locuaz indignación, cómo el odio

del arzobispo había perseguido al gran luchador y filósofo incluso hasta en su muerte. Cómo se le había negado cristiana sepultura. Cómo los suyos, para proteger el cadáver y que no fuera arrojado al desolladero, habían tenido que sacarlo de París a toda prisa y a escondidas, con astucias indignas, propias de aventureros.

Y ahora, en el rostro de Jean-Jacques no hubo más que conmiseración e indignación. Recordó sus propias querellas con el arzobispo y cómo sus libros habían sido destruidos y quemados, una y otra vez, a manos del verdugo, y cómo él mismo fue perseguido por todo el país y tuvo que huir al extranjero, cruzando el mar. Olvidó el odio venenoso con que Voltaire lo había perseguido, se sintió amigo y colega del muerto; las humillaciones de que este había sido objeto las sintió como propias.

Sintió la necesidad de estar solo. Se marchó. Pero ante el jardín de la posada se cruzó con el párroco Gauchet, que empezó de inmediato a hablar de Voltaire, con aire triunfal y rebosando odio.

—He oído —dijo jubiloso— que el hereje, el ateo, el blasfemo, ha fallecido sumido en la desesperación.

Habitualmente, Jean-Jacques toleraba las manifestaciones desconsideradas del vivaz clérigo, pero hoy, sintiéndose uno con el muerto, lo amonestó:

—¡Cómo os atrevéis, párroco Gauchet, a llamar impío a este gran hombre! Repasad su obra y encontraréis cien puntos que demuestran su respeto por el Ser Supremo.

Se alejó, buscó la tranquilidad del parque. Tomó asiento sobre el tocón de un árbol cubierto de musgo, junto al huerto abandonado. Al otro lado del prado seguían construyendo su chalé, el ruido de los trabajos le llegaba amortiguado.

Ahora que ya no tenía que defender al muerto, no sentía más que rencor. Aquel hombre tan viejo que acababa de morir le había hecho mucho daño, se había burlado de él y le había arrojado al cuello los grandes poderes de la ignorancia y de la arbitrariedad brutal. Por pura envidia. Y sin motivo alguno; había vivido rodeado de fama, rico y afortunado. La valía y las capacidades de Jean-Jacques habían quedado ensombrecidas por el espíritu, el ingenio y el sarcasmo de Voltaire; en él, en el muerto, el mundo había visto la cima más alta del conocimiento y el arte.

Pero precisamente en él se había demostrado aquella verdad que él, Jean-Jacques, anunciaba: que el conocimiento y el arte conducen al ser humano a la perdición. Porque él, Jean-Jacques, había mentido cuando, defendiendo generosamente a su contrincante muerto, había asegurado al párroco que Voltaire había sido creyente. Voltaire no había tenido fe alguna. En el fondo había sido un pobre desgraciado, malvado, ponzoñoso, inquieto, una vergüenza para sí mismo y para el mundo. Solo había tenido espíritu, pero no alma.

Y ahora, a su alrededor, no había nada más que la oscuridad.

Jean-Jacques, con torturante fantasía, se imaginó la oscuridad alrededor del cuerpo en descomposición del muerto. El luminoso linderó del bosque, la pendiente del prado, perdieron su luz mientras pensaba en el vacío y la noche que envolvía al

fallecido Voltaire, las blancas nubes veraniegas se amontonaron grises, podridas y amenazadoras, el murmullo del viento se convirtió en una lúgubre estridencia, los ruidos de los trabajos alrededor de la casa alpina se hicieron sordos, como si alguien golpeará la tapa de un féretro. Todo a su alrededor olía a podrido.

Jean-Jacques se arrancó de sus ensoñaciones. El martilleo procedente del chalé volvió a sonar como antes, claro, fuerte, consolador. Allí estaban trabajando en la construcción de su casa. Estaba vivo, y le estaban preparando un entorno donde pasar una buena y tranquila vejez. Apartó el pensamiento de su amigo-enemigo muerto y siguió meditando en la muerte, sumido en una dulce y difusa melancolía. Sabía lo que era morir, había muerto a menudo de forma dulce e indolora, extinguiéndose como una luz, desvaneciéndose como el sonido de una nota, había muerto cuando redactó aquellas frases en las que su Julia moría, sabía que no había nada terrible envolviendo a la muerte.

Luego, contra su voluntad, retomó su confrontación con Voltaire. Él mismo tenía la culpa de que lo hubieran odiado tanto. Había tenido ingenio y lo había utilizado para deformar la imagen del mundo. Para él todo quedaba reducido a su propia imagen soberbia, mezquina, taimada. Se había dado por satisfecho con ser un gran escritor: ¿y qué importaba eso?

Nadie mejor que él, que Jean-Jacques, sabía lo poco que eso significaba. Siempre había apreciado su fama como una mera dignidad. Cuando abandonó París, se había alegrado de poder disfrutar de tranquilidad sin tener que escribir ningún libro más.

Pero ahora que el otro estaba muerto y que ya no había en el mundo ningún otro gran escritor, exceptuándolo a él, ¿no tenía la obligación de aportar una última piedra a la construcción? Había narrado su lucha y sus experiencias: ¿no debería escribir un último libro, el libro de su paz y de su renuncia?

Las frases ya iban tomando forma mientras regresaba a la casa. Las pronunciaba en voz baja, dándoles la vuelta y modificándolas, gozando de su cadencia.

Apenas llegó a la casa de verano, se puso a escribir. A través de la ventana abierta oía el susurro del viento, el murmullo de los árboles, el chapoteo del riachuelo Nonette, el gorgojeo de los pájaros de fuera se mezclaba con los trinos de sus canarios: escribía. Escribía sobre un hermoso papel con un marco dorado, amaba el papel de escribir de calidad. Escribía con caligrafía delicada y firme. Escribía sonriendo. Las palabras fluían con facilidad de su pluma.

El trabajo lo atrapó, se sentía poseído. Allí donde estuviera, trabajaba, encontraba, daba forma. No comió nada, durmió poco, trabajaba.

Esa obsesión le impidió percibir que Fernando seguía eludiéndolo. Y un día que se encontró inesperadamente con el joven en el jardín, Jean-Jacques estaba tan ensimismado en sí mismo y en su trabajo que no se dio cuenta de la incomodidad del joven.

—¡Imaginaos, Fernando! —exclamó—, ¡vuelvo a escribir! Escribo sobre mis paseos y mis sueños.

Fernando se sintió feliz de que Jean-Jacques no le reprochara su distanciamiento, ni con la más leve insinuación, incluso pensó en hablarle de su desavenencia con Gilberte y de lo difícil que era que las personas, incluso las más próximas, se comprendieran entre sí. Pero Jean-Jacques ya había olvidado su presencia, se hallaba sumido en sí mismo, hablaba solo consigo mismo.

—No debo escamotear a los demás mi felicidad —meditaba—. Todos deben saber de esas buenas horas del éxtasis y compartir esa sensación.

Y hablaba para sí, murmuraba, sonreía, gesticulaba; era evidente que trabajaba en su obra.

Fernando quiso retirarse con discreción. Pero Jean-Jacques lo retuvo:

—No, no, ¡no os marchéis!

De modo que Fernando siguió acompañándolo mientras Jean-Jacques se dirigía al claro del bosque donde podía escucharse el eco.

Una vez allí se sentaron, y Jean-Jacques con su voz grave, poco sonora, siguió hablando. Fernando, al principio todavía enredado en sus preocupaciones en torno a Gilberte, escuchaba solo a medias. Pero, poco a poco, las palabras de Jean-Jacques lo atraparon, eran música, le llegaban sin rodeos al corazón. ¿Cómo había conseguido aquel hombre que había redactado los desgarradores y febriles episodios de las *Confesiones* encontrar una paz tan celestial? Fernando olvidó a Gilberte, se dejó arrullar por la profunda sabiduría de Jean-Jacques, cerró los ojos, participando de la visión del maestro, sentía como él la simple y sublime paz de la naturaleza, percibía como él la unión con los árboles y los animales.

Pero lentamente se deslizó en la serenidad de Jean-Jacques el viejo delirio.

—El mundo entero puede seguir conspirando para perseguirme —sentenció—, ya no me inquieta. Me he instalado cómodamente a la sombra de mis sufrimientos, sin esperar nada, y estoy lleno de calma. A veces aún deseo que los tormentos que sufrí sirvan a los que vendrán después, como la pasión de Sócrates, de Jesús de Nazaret. Pero si los enemigos destruyen mis anotaciones y mis sufrimientos han sido en vano, también puedo aceptarlo. Renuncio a todo. Estoy solo sobre la tierra —siguió soñando—, no tengo ningún hermano, ningún prójimo, ningún amigo, ningún compañero, solo a mí mismo. Sí —y clavó su mirada perdida en Fernando—, el más bendito, el más amable de los seres humanos es despreciado por decisión unánime. De modo que vivo retirado, condenado para siempre a la soledad, tranquilo en las profundidades del abismo, un mortal, desventurado, pero ya nunca más accesible a ninguna perturbación, como Dios.

Fernando se estremeció de espanto. Contempló fascinado a aquel loco y sabio que estaba allí sentado, manso y triste y quieto, moteado de sol y de sombras, formando frases maravillosas, escarbando y sacando a la luz lo más profundo de sí mismo.

En el claro reinaba una calma ardiente y amenazadora, los mosquitos bailaban en el aire centellante. Los ojos de Jean-Jacques, profundos y maravillosos, estaban dirigidos a Fernando, lo veían y no lo veían. Esos ojos que veían miles de cosas que

ningún otro percibía no eran capaces de ver lo más cercano, lo tangible. Fernando recordó vagamente las historias que había tenido que aprender. Los antiguos representaban a sus visionarios ciegos; Tiresias era ciego, Homero era ciego, Edipo, aquel que descifró el enigma de la Esfinge, se cegó a sí mismo.

—Ya no espero nada —dijo Jean-Jacques para sí—, vivo en las profundidades y estoy contento. Renuncio, renuncio de todo corazón. —Calló. Seguía allí sentado, manso y rechazado, girando en la noria de su delirio.

Fernando se sintió asaltado por un amasijo de pensamientos y sensaciones, lástima, respeto, horror, incluso un leve deseo de reírse. No podía seguir soportando los videntes ojos ciegos de Jean-Jacques, no podía seguir soportando la voz grave y suave que hablaba para sí: «Renuncio, renuncio». Quería marcharse, pero no se atrevió.

Jean-Jacques se había callado. Estaba sentado frente a Fernando, beatífico, a la sombra de un pino negro, jugando distraído con el bastón. Hacía calor. Ambos guardaban silencio.

Fernando no pudo soportarlo más. Empezó a hablar, deprisa, y quizá para establecer un lazo entre él y Jean-Jacques, le habló a bocajarro de todo lo malo que él mismo había experimentado, de sus años en la academia militar. Le habló de los sufrimientos que todos le habían infligido, responsables y compañeros, solo porque era el hijo del seigneur de Ermenonville. Sobre todo había un sargento, el profesor de deporte, un veterano, un hombre de unos cuarenta años de edad, rudo, musculoso y grueso, de piel sonrosada, que lo odiaba, que lo perseguía con toda perfidia, que lo atormentaba en clase dolorosamente, golpeándolo con el puño y con el pie, enmascarando los golpes como «ayudas». Habían sido dos años terribles, llenos de maldad e injusticias, de malos tratos en su cuerpo y en su alma.

—Los seres humanos son malvados —concluyó con desamparo, desesperado, sintiéndose él mismo malvado.

Jean-Jacques dirigió sus ojos vivaces y maravillosamente jóvenes hacia él.

—Los seres humanos son malvados —dijo—, en eso tenéis razón. Pero el ser humano es bueno. ¡El ser humano es bueno! —repitió con pasión, con vehemencia.

Sí, esos días creía con más firmeza que nunca antes en la bondad natural. El verano era excepcionalmente hermoso y transcurría en una sucesión de días claros, no demasiado calurosos, y la alegría excitante y ardiente que le producía el trabajo no decaía.

Se quedaría mucho tiempo en ese bendito lugar de Ermenonville, hasta avanzado el invierno, quizá más allá del invierno, quizá durante el resto de su vida. Terminaría su diccionario botánico, también la opereta. Y ordenaría y clasificaría todas las canciones a las que había puesto música en los últimos años.

Cada vez se le ocurrían planes nuevos. Escribiría un apéndice a su novela educativa *Emilio*. Durante sus paseos con Fernando había aprendido algunas cosas nuevas acerca de lo que sentían y pensaban las personas jóvenes.

Lástima que Fernando, que en sus últimos encuentros se había mostrado tan franco, se hubiera dejado ver tan poco desde entonces. Debía ser a causa de sus sesenta y siete años; el joven no podía identificarse con su mansa y desesperada resignación, propia de su edad avanzada.

Pero Jean-Jacques quería volver a comprobar que los jóvenes, a pesar de su edad, lo apreciaban y mucho.

En uno de esos hermosos días de verano en los que recorría la orilla del lago dedicado a la botánica, inclinándose para observar una flor, se le acercó de pronto un joven y le preguntó:

—¿Puedo ayudaros? ¿Queréis que os lleve los libros?

Jean-Jacques, algo azorado, le preguntó a su vez:

—¿Quién sois vos? ¿Qué queréis?

—Soy estudiante —contestó el joven—, estudio las leyes, y ahora que os he visto, ya no quiero nada más en Ermenonville; todos mis sueños se han cumplido.

Jean-Jacques, con suave ironía, dijo:

—Tan joven y ya tan adulador.

El forastero, sonrojándose, se defendió:

—He caminado durante diez horas, monsieur Jean-Jacques, no para haceros cumplidos, sino para darme la alegría de veros.

Jean-Jacques, sonriendo, con cierta malicia, respondió:

—Diez horas a pie, con eso no podéis impresionarme, monsieur. Yo, un hombre viejo, no me asusto ante la perspectiva de viajes a pie bastante más largos.

Pero entonces se acercó mucho al otro y lo observó con sus ojos cortos de vista. El forastero era muy joven, su frente era ancha y tozuda, llevaba el pelo sobre la frente, mantuvo los ojos ardientes y llenos de veneración clavados en Jean-Jacques.

—Pareéis sincero, joven señor —dijo este por fin—. No toméis a mal que no os haya hecho un mejor recibimiento. Pero debo protegerme de los curiosos ociosos. París intenta inmiscuirse en mi tranquila vida, para observarme, para ponerme en su punto de mira. París no me concede una vejez en paz.

—Permitidme aseguraros —contestó muy respetuoso el otro— que no es la curiosidad ociosa la que nos hace acudir a vos a nosotros, los jóvenes de Francia. Os amamos, llenos de respetuosa admiración. Necesitamos vuestro consejo, vuestras ideas, si nuestro destino es vivir.

—De acuerdo —dijo Jean-Jacques—; si queréis, acompañadme por los jardines, y hablaremos. Pero me temo que me oiréis decir pocas cosas que hagan referencia a la política. Prefiero hablaros de los árboles y de las flores. Os daréis cuenta, amigo mío, de que la Botánica es la más gentil de todas las ciencias.

El joven lo acompañó, apenas preguntaba, escuchaba con atención.

Al final, sintiendo que aquel que caminaba a su lado era un amigo, Jean-Jacques le habló de aquello que seguía preocupándole: lo mal que se le interpretaba; cómo todo cuanto escribía era falseado y perdía así su sentido y su efecto; de la lucha sin

esperanza que él, solo, debía mantener contra la insensibilidad de todos.

El joven le llevó la contraria con ardor.

—¡Vos, sin efecto! —exclamó—. ¡Pero si vos estáis cerca de nosotros! ¡El pueblo os ama! Los demás, Diderot y Raynal y como se llamen todos los grandes escritores intelectuales, incluso el gran Voltaire, escriben para unos pocos. Esos caballeros no comprenden al pueblo, y el pueblo no los entiende. Vuestro lenguaje, maestro, lo entiende cualquiera. «El ser humano ha nacido libre, ¡y está encadenado por todas partes!», esto lo entiende cualquiera. «¡Libertad, igualdad, fraternidad!», esto lo entienden todos. A los otros, el país entero, lleno de respeto, los llama monsieur Voltaire o monsieur Diderot. Vos, maestro, sois para Francia, para todo el mundo, Jean-Jacques. A ningún otro le ha sido concedido este honor. Solo lleváis vuestro nombre de pila, como un rey. —Se interrumpió—: ¡Qué comparación tan desatinada! Perdonadme. Ya sé qué pensáis de los reyes, me ha quedado grabado de forma indeleble —y citó—: «Es indiscutible que los pueblos han elegido a sus reyes para proteger sus libertades, no para que fueran destruidas». Os lo juro: nosotros, los jóvenes de Francia, haremos que vuestras palabras se transformen en algo visible, en hechos. Vos nos habéis mostrado el camino, nosotros lo recorreremos. Nosotros, los Jean y los Jacques, sustituiremos a Louis por Jean-Jacques.

Jean-Jacques lo escuchó sonriendo.

—A los árboles de Ermenonville —dijo— podéis contarles todas estas cosas sin ser castigado. Pero en París no habléis a nadie de esto. Si no, joven señor, seguro que no alcanzaréis la edad suficiente para hacer realidad vuestras fantasías.

A Jean-Jacques el estudiante le había recordado a Fernando por lo impulsivo de sus sentimientos. Socarrón le dijo:

—Si queréis darme una alegría, recogedme un poco de álsine para mis canarios.

Pero cuando el forastero, al despedirse, le preguntó si podía volver de nuevo, Jean-Jacques se reprimió y no lo aceptó.

—Me temo, amigo mío —dijo—, que me acostumbraría a vos. No debo permitirme nuevas amistades, no podría soportar nuevas decepciones.

El otro hizo una profunda reverencia y se marchó.

De nuevo en París, el estudiante, que tenía diecinueve años, era de la ciudad de Arras y se llamaba Maximilien Robespierre, escribió en su diario:

«He visto a Jean-Jacques, el ciudadano de Ginebra, el más grande entre los vivos. Estoy todavía rebotante de alegría orgullo: ¡Me ha llamado su amigo!

Hombre noble, tú me has enseñado a reconocer la grandeza de la naturaleza y los principios eternos del orden social.

Pero también he visto en tus nobles rasgos las arrugas de la aflicción, a la que la injusticia de los hombres te ha condenado. En ti he visto, con mis propios ojos, cómo paga el mundo la búsqueda de la verdad.

A pesar de todo, seguiré tus huellas.

El viejo edificio se derrumba. Nosotros, fieles a tus enseñanzas, haremos uso del

hacha para derribarlo del todo, y utilizaremos las piedras para levantar una nueva casa, magnífica, como el mundo no ha visto jamás. Quizá yo y otros tendremos que pagar por semejante empresa con la más negra desdicha o incluso con una muerte prematura. No me asusta. Tú me has llamado amigo: me mostraré digno de ello».

SEGUNDA PARTE

EL DIFUNTO JEAN-JACQUES

Vitam impendere vero.
La vida consagrada a la verdad.

JUVENAL-JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Una mentira útil es mejor
que una verdad inútil.

Proverbio popular francés

Una noche oscura

CUANDO Fernando se enteró de que las dos mujeres iban a viajar a Senlis, se propuso aprovechar su ausencia para pasar a recoger a Jean-Jacques y pasear con él; creía que se encontraría menos violento sabiendo a Teresa lejos. Pero dudó tanto antes de decidirse que para cuando llegó a la casa de verano, Jean-Jacques ya había salido. Lo buscó en sus lugares preferidos y no lo encontró. Se dirigió al pueblo. En el jardín de la posada El Castaño vio al compadre Mauricio. Le preguntó si Jean-Jacques había pasado por allí. Mauricio respondió que sí, y añadió, locuaz, que monsieur Jean-Jacques no se había quedado mucho rato, le había dicho que quería trabajar y que se iba enseguida a casa.

No estaba bien molestar al maestro si estaba escribiendo. Pero a menudo, cuando hacía pausas en su trabajo, solía tocar el piano, y Fernando nunca había tenido ningún reparo en entrar en la casa mientras Jean-Jacques tocaba. Se dirigió de nuevo a la casa de verano. Estaba cerrada, y no se oía nada en el interior a excepción de los trinos de los canarios. Fernando se sintió enojado por no haber encontrado a Jean-Jacques, aunque tampoco lo contrarió demasiado. Se encogió de hombros lamentándolo, pero sintiéndose a la vez aliviado, y se marchó.

Después de comer leyó a Tácito con monsieur Gerber. Luego volvió a vagar por el jardín, y tampoco esta vez encontró a Jean-Jacques. Nadó en el lago, se sentó bajo el sauce, esperó largo tiempo.

Cenaron pronto. El marqués estaba contento, también monsieur Gerber estaba hablador. Contó que, dos días atrás, Jean-Jacques había interpretado para él algunas canciones que había compuesto allí, en Ermenonville. Desde luego, monsieur Gerber no pretendía vanagloriarse de la confianza del maestro, pero a Fernando lo mortificó que no hubiera sido él el primero en escuchar esas canciones.

Monsieur de Girardin comentó que, uno de esos días, invitaría a Jean-Jacques a una velada musical.

Se habló de otras cosas. Gerber alabó la facilidad con que Fernando leía a Tácito. El marqués propuso seguir la conversación durante un rato en latín. Lo hicieron bromeando de vez en cuando. También Fernando se divirtió. Fue una velada alegre.

Pero antes de que cayera la noche todo cambió de manera espeluznante. De pronto resonaron en el vestíbulo del castillo gritos y lamentos, y todo el mundo se apresuró a acudir. Allí estaba Teresa, una Teresa a la que ninguno de ellos había conocido. Aquella mujer siempre tranquila y apática, era presa del horror y del pánico. Su vestido, un hermoso vestido claro que había llevado puesto en su excursión a Senlis, estaba lleno de manchas, manchas de un rojo parduzco, manchas de sangre.

¿Qué había sucedido? ¿Estaba herida? No, ella no: Jean-Jacques. ¿Había tenido Jean-Jacques un accidente? Quizá. No se movía. Estaba frío y rígido. Estaba muerto. Nadie comprendía lo que estaba diciendo.

—Está rígido y frío, está muerto —repitió Teresa.

Monsieur Girardin, acostumbrado a actuar, dio una serie de órdenes.

—¡Tú, Pablo, vete enseguida a buscar al doctor Chenu; tú, Gaspar, corre a caballo hasta Senlis y tráeme al doctor Villeron! ¡Traédmelos aquí, a los dos, cueste lo que cueste!

Luego corrió hasta la casa de verano; con él fueron también Fernando, monsieur Gerber y otros.

Mientras tanto, madame Levasseur se había quedado sola en la casa de verano con el cadáver de Jean-Jacques. Cuando encontró al pobre loco bañado en su propia sangre, tuvo un terrible sobresalto. Su primer impulso fue no hacer nada, dejar que todo siguiera su curso, así aquel maldito perro acabaría en la horca o en el suplicio de la rueda. Pero Teresa se había puesto a gritar y fueron sus gritos los que hicieron volver en sí a madame Levasseur. Su estúpida Teresa podía dejarse llevar; ella, la vieja, con sus setenta y tres años, debía pensar terriblemente deprisa y no podía cometer ningún error.

Aquel canalla no solo le había partido el cráneo a su señor yerno, sino que además lo había colocado estratégicamente junto a la chimenea de manera que pudiera deducirse que el hombre había tropezado y se había golpeado con el borde del revestimiento. Era evidente que, con todo aquello, el canalla la estaba advirtiendo. Si hablaba de sus sospechas acerca de Nicolás, no podría evitar que saliera a relucir la relación que Teresa mantenía con él, y entonces todo se iría al garete, no solo para ese canalla, sino también para Teresa.

A esta conclusión llegó la vieja en pocos segundos y se dio cuenta de que aquel sinvergüenza lo había calculado todo muy bien y con mucha astucia, ella no podía hacerle nada, incluso tendría que protegerlo. Por lo menos de entrada.

Así que ordenó a Teresa con dureza:

—¡Ayúdame a ponerlo en la cama!

Teresa, al ver toda aquella sangre, empezó de nuevo a llorar.

Y esta vez la vieja no tuvo nada que objetar, la dejó sollozar y llorar, salir a toda prisa de la casa y correr hacia el castillo. Y entonces estuvo sola. Pero pronto dejaría de estarlo, enseguida estarían todos allí y hasta entonces debía convertir aquella historia, solo creíble a medias, que el desvergonzado había preparado, en algo del todo convincente.

Antes que nada, revisó a toda prisa el contenido del arcón. Allí estaban los valiosos papeles que el chiflado había escrito; aquel perro había sido lo bastante astuto como para no tocarlos.

Se sentó, se sentía muy débil. Pero no debía abandonarse, debía pensar, con agudeza y sin errores, no debía permitir que la pillaran en ninguna contradicción. Suerte que su cabeza funcionaba mejor que sus piernas.

Entonces llegó el marqués. Y llegaron todos los demás.

La casa de verano estaba sumida en la penumbra, pero Girardin vio enseguida que

el suelo estaba lleno de manchas de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Dónde está?

Madame Levasseur le indicó la alcoba que se encontraba casi a oscuras.

—Lo hemos llevado a la cama —dijo.

El marqués se acercó dubitativo. Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Jean-Jacques yacía en la cama, llevaba la bata puesta, su rostro delgado estaba sucio de sangre seca.

Ante esa visión se paralizaron los pensamientos de Girardin, se quedó confuso, con la mirada fija, sin oír nada; por primera vez en su vida tuvo la sensación de que iba a caer fulminado en cualquier momento.

Madame Levasseur había seguido hablando.

—¿Qué decís, madame? ¿Cómo decís, madame? —preguntó recuperando el control.

—Lo hemos encontrado echado en el suelo —explicó madame Levasseur—, aquí, junto a la chimenea. Lo hemos levantado para ponerlo en la cama. He tenido que hacerlo yo sola, Teresa estaba fuera de sí, pero no pesa nada. Ya estaba frío del todo, y la sangre estaba seca. Aun así nos hemos puesto perdidas, como puede ver.

El marqués se acercó más a la cama.

—Al parecer se ha golpeado en el lado derecho —dijo madame Levasseur—, la herida recorre toda la sien derecha.

—¿Y la casa estaba cerrada cuando habéis regresado de Senlis? —preguntó el marqués.

—Sí —contestó madame Levasseur, y añadió—: me imagino que ha sufrido un ataque y al caer se ha golpeado con el borde de la chimenea.

En su interior, el marqués respiró aliviado; esa explicación era creíble, tenía que ser creíble. Se acercó aún más al cadáver. En el campo de batalla había visto muchas heridas espeluznantes, pero la cabeza que tenía ante sí cubierta por una costra de sangre fue la visión más desoladora de su vida.

—Sí, al parecer se ha golpeado la sien derecha —dijo bastante confuso.

Había vivido en paz durante años, conforme consigo mismo e incluso con el mundo; de modo que el oscuro final de Jean-Jacques lo afectó con el doble de violencia. Cuando menos lo esperaba, lo que él consideraba la mayor dicha de su vida, la visita de Jean-Jacques, se había convertido en una negra desgracia. El gran maestro, aquel hombre apacible, había sido arrebatado de golpe y de forma sangrienta de la paz que por fin había encontrado allí, en su casa. Y él mismo, Girardin, se sentía involucrado en aquel horror, por supuesto no sabía cómo y tampoco quería saberlo.

Debía invitar a otros a compartir su dolor.

—Tú estabas muy cerca de él, hijo mío —dijo—. Míralo bien. Acércate y no temas su vista.

Fernando no podía dejar de dirigir su mirada al vestido manchado de sangre de Teresa. Sentía asco ante ella, tuvo que recurrir a todo su sentido común para recordar

que no había sido ella quien había derramado esa sangre. Ella y la vieja habían estado fuera, en Senlis, tenían una buena coartada. El culpable era él. Desde que la perra había desaparecido, lo había sabido: Jean-Jacques estaba en peligro. Justo ese mismo día, una premonición le había dicho que debía visitar a Jean-Jacques y cuidar de él. Pero temiendo lo penoso que le resultaría el primer saludo, había dudado a propósito. La culpa de aquel espanto debía recaer sobre él.

Se acercó al cadáver, como le había dicho su padre. Allí yacía su amigo. Le había brindado su afecto, pero su corazón, el de Fernando, no había sido capaz de amar suficiente. Clavó la vista en aquella cabeza cubierta por una costra de sangre. Sus pensamientos se desvanecieron, se quedó casi embotado por el dolor, nunca habría creído que pudiera existir un dolor tan terrible.

Mientras, Girardin había recuperado el control. Tenía deberes con respecto al muerto y consigo mismo. Si él mismo se horrorizaba a la vista del ensangrentado cadáver, los demás se negarían incluso a aceptar la sensata explicación de madame Levasseur. Iban a inventar cuentos absurdos en torno a toda esa sangre. Debía velar por que la sensatez prevaleciera por encima de las fábulas, fantasías y supersticiones de la gente. El sentido del deber y la responsabilidad paliaron su dolor.

Había llegado ya el señor cirujano de Ermenonville, Chenu.

—Me temo que todos hemos llegado demasiado tarde, doctor —dijo Girardin, y se acercó con él al cadáver. El doctor Chenu, tras un breve examen, se encogió de hombros y declaró que monsieur Rousseau debía llevar muerto varias horas, cuatro o cinco. El marqués se apresuró a decir:

—Una terrible visión, ¿no es cierto? Pero todo parece tener una explicación natural. La casa estaba cerrada. Jean-Jacques estaba solo cuando le sobrevino un ataque de apoplejía. Al caer se golpeó con el borde afilado del revestimiento de la chimenea. Eso cree madame Levasseur, y así debe haber sucedido —hablaba con excitación.

—Sí, así debe haber sucedido —le dio la razón, sin demasiado entusiasmo, el señor cirujano de Ermenonville al signeur de Ermenonville.

Girardin comprobó con desazón que la habitación estaba llena de gente. El párroco Gauchet estaba allí, el alcalde Martín de Ermenonville, y por las ventanas asomaban la cabeza gentes del castillo, gentes del pueblo.

El doctor Chenu, bajando la voz, dijo que quizá fuera conveniente avisar a monsieur Bonnet, el fiscal procurador de Ermenonville, para que extendiera el certificado de defunción. El marqués lo escuchó incomodado. Había tenido frecuentes discusiones con el monsieur Bonnet. Pero el doctor tenía razón, había que avisar al procurador, era lo prescrito, y también era necesario para que no se propagaran rumores estúpidos. Mandó a buscar a monsieur Bonnet.

Girardin, en el fondo, tenía ya la certeza de que los enemigos iban a divulgar rumores estúpidos; tampoco se detendrían a la hora de sospechar de él mismo, dirían que el marqués no se había esmerado suficiente en cuidar de su invitado. La ira de

aquel hombre orgulloso, cuando pensaba en ello, era casi tan encendida como su dolor. Y cada vez llegaba más gente, murmuraban los unos con los otros, y a sus cuchicheos se añadían los trinos despreocupados de los canarios.

—¡Haced callar al menos a los pájaros! —ordenó Girardin a madame Levasseur, nervioso y más alto de lo que pretendía.

La vieja, sin replicar, cubrió la jaula con un paño. Luego dio una indicación en voz baja a Teresa, que con rostro inexpresivo, la boca ligeramente abierta, derrumbada por completo, estaba sentada en un rincón. Y añadió dirigiéndose a aquellos que se encontraban cerca de la chimenea:

—Por favor, dejen sitio.

Teresa había ido a buscar un cubo de agua y ahora limpiaba la sangre del suelo. Nadie la ayudó. Todos miraban y guardaban silencio.

Ahora se callan, pensó el marqués. Pero en cuanto salieran de allí iban a despellejarlo. Ahora ya debían saber en Senlis lo que había sucedido, y pronto se sabría también en Louvre. El maestro de postas Payen era un bocazas, lo contaría todo, adornándolo con venenosos detalles, lo contaría a todos sus pasajeros, en Louvre todos los carruajes hacían parada. Antes de que el día llegara a su fin, lo sabrían en París. Sería un largo día.

El día fue largo, un largo día sin fin, en pleno verano, y cada vez llegaba más gente a la casa. Por cada uno que se iba, llegaban otros tres, y cada vez se veían caras nuevas en las ventanas. El marques habría querido echar de allí a toda aquella gente, pero eso no era posible.

Entonces llegó el fiscal procurador, el abogado del distrito, monsieur Bonnet. Había traído un médico consigo, como era su obligación, precisamente el doctor Villeron a quien el marqués había mandado a buscar. El funcionario saludó con cortesía. El marqués, contra su voluntad, adoptó una expresión tensa, se le secó la boca, ahora debía andarse con toda la precaución posible.

El procurador hizo algunas preguntas concretas a las mujeres. Teresa estaba allí sentada con total apatía, madame Levasseur contestó. Todos escucharon con atención. Lo que dijo era razonable, habría sido difícil rebatirlo. Sí, la casa estaba cerrada como siempre, el cerrojo y el pestillo estaban intactos, las ventanas cerradas; Jean-Jacques debía haberlas cerrado debido al calor. Lo habían encontrado echado en el suelo, tan terriblemente cubierto de sangre como estaba ahora. Ellas habían pasado todo el día en Senlis, haciendo recados, nombró las tiendas donde habían hecho sus compras; no mencionó la visita al señor Gibert. Luego repitió sus suposiciones acerca del ataque de apoplejía y la chimenea.

—El doctor Chenu es de la misma opinión —se apresuró a corroborar Girardin.

Pero ¿qué majadero se entrometía ahora, sin que nadie se lo hubiera pedido? ¡El compadre Mauricio, de «El Castaño», su arrendatario, su subalterno!

—Al parecer, soy el último que ha visto con vida al difunto antes de que muriera de forma tan terrible —se dirigió al procurador, vanagloriándose—. He leído todas

sus obras siete veces, y debo decir que le gustaba conversar conmigo. Monsieur Jean-Jacques tenía un aspecto inmejorable esta mañana cuando pasó por la posada, me ha llamado la atención el buen aspecto que tenía. En modo alguno parecía próximo a sufrir un ataque, señor procurador. Es del todo inexplicable que ahora, de repente, yazca ahí muerto.

—Gracias, amigo mío —dijo el procurador—, nos dirigiremos a vos cuando queramos preguntaros algo. —Y dirigiéndose al doctor Villeron añadió—: ¿Queréis examinar el cadáver, por favor?

Este se acercó al muerto.

—No hay otra explicación posible a la ya dada por madame Levasseur —dijo autoritario el marqués.

El médico, tras un breve examen, dijo:

—Es muy posible que la causa indicada por madame haya provocado el resultado letal. Pero solo puedo dar una respuesta definitiva practicando la autopsia.

Madame Levasseur había percibido la hostilidad con que la gente había mirado a su Teresa mientras limpiaba la sangre del suelo. Con su voz carente de todo vigor, muy tranquila, desafió a la chusma.

—Mi señor yerno —explicó— expresó en más de una ocasión su deseo de no ser enterrado sin que antes se le practicara la autopsia, y quería que estuvieran presentes al menos diez personas. Siempre tuvo miedo de sus enemigos, eso lo sabe todo el mundo. Os lo ruego, señor marqués, y a vos, señor del Tribunal, ordenad que se haga esa autopsia. Así se aclarará todo lo que haya de aclararse.

Girardin, desde el primer momento, había sentido una profunda aversión por la vieja, y contra toda sensatez, sentía en su interior la leve sospecha de que pudiera estar implicada en aquel sangriento acontecimiento. Pero al ver la valentía y destreza con la que reaccionaba, ni él mismo habría podido hacerlo mejor, su prevención dejó paso a algo parecido a la gratitud, y la complicidad no explicitada entre ellos se hizo más estrecha.

Monsieur Bonnet, el fiscal procurador, dijo:

—No creo que haya nada por esclarecer. Pero puesto que vos y el señor marqués así lo deseáis, que tenga lugar la autopsia. —Se inclinó cortésmente ante la vieja y ante Teresa—. Recibid mis más sinceras condolencias, mesdames —dijo y se marchó.

El marqués se sintió aliviado. El primer peligro había sido soslayado. Era la terrible visión del cadáver la que hacía surgir cuentos desagradables; en cuanto el muerto fuera amortajado con la dignidad correspondiente, sería mucho más fácil conseguir que la verdad saliera victoriosa.

¡Cuándo se iría toda aquella gente!

—Creo, queridos amigos —dijo dirigiéndose con forzada naturalidad a los numerosos curiosos que los rodeaban—, que sería mejor que dejáramos solas a estas damas.

La habitación se vació poco a poco. Había oscurecido bastante. Madame Levasseur encendió velas. Girardin, una vez tomadas las primeras disposiciones y hecho lo más necesario, se abandonó a su debilidad. Se sentó, cerró los ojos.

Pero la idea de todo cuanto había que hacer esa misma noche y durante los días siguientes no lo dejó relajarse. Tenía que mandar llamar de inmediato a la señora Aubrun, la amortajadora, para que arreglara al muerto a primera hora de la mañana, y mandar recado al doctor Lebègue. Además tendría que hacer venir al escultor Houdon para que realizara una máscara del muerto; debía acudir sin dilación, de inmediato. La máscara debía tomarse antes de que se llevara a cabo la autopsia.

Su mirada cayó sobre el arcón y el escritorio. También tendría que ocuparse de poner a buen recaudo los manuscritos, lo antes posible, para que no sucediera ninguna desgracia. Pero no sería adecuado hacerlo antes del entierro. Se ocuparía de que el entierro fuera sencillo y digno. Al menos Jean-Jacques sería sepultado en sus tierras, en las tierras de Girardin, y Ermenonville, que habría tenido que convertirse en el lugar de residencia del hombre más grande del siglo, en su vejez, se convertiría en el lugar de su último reposo.

Poco a poco los prácticos pensamientos de Girardin fueron dejando paso a un dolor profundo y puro. Se acercó al cadáver. Hacía nada, Jean-Jacques había estado contándole, animoso y excitado, todo lo que quería hacer aún en Ermenonville, la colección de canciones y «Sueños» y el diccionario botánico y un montón de cosas más; y la casita alpina en la que pensaba hacer realidad todo aquello y que le hacía tanta ilusión iba a estar lista en pocos días: pero Jean-Jacques ya no se instalaría en ella. Allí yacía, arrancado de todos sus planes, con la sien abierta. Con tantos amigos como había a su alrededor, él, el viejo gran hombre, se había desangrado y agonizado solo, en medio de aquella horrible y desnuda soledad, cuya desesperación había lamentado y cantado durante toda su vida. La miseria del ser humano dolió a Girardin con mayor violencia de la que había sentido jamás en un campo de batalla. Pero en medio de su desesperación y de su tristeza, resonaba en su mente, burlón, un verso que debía ayudar a los estudiantes de latín a memorizar los verbos que regían el infinitivo de la persona afectada, un verso que monsieur Gerber había recitado a menudo a Fernando: *Piget, pudet, poenitet, taedet atque miseret* —atormenta, avergüenza, arrepiente, repugna, lamenta.

Recuperó el control. Se había olvidado de las mujeres. Debía ocuparse de ellas, no había otro remedio.

—¿No queréis pasar al castillo, mesdames, a comer algo? —se dirigió a madame Levasseur—. Mandaré a alguien que vele el cadáver.

—Gracias, señor marqués —respondió con frialdad, casi hostil, madame Levasseur—. Sois muy bondadoso, pero nos quedaremos aquí.

Girardin regresó al castillo. Casi contra su voluntad, de forma mecánica, fue a su habitación y abrió el compartimiento secreto donde ocultaba la tabla con las numerosas copias de las llaves. Estaban colgadas correctamente en aquel complicado

orden, a propósito confuso, que solo él conocía. La copia de la llave de la casa de verano estaba colgada como correspondía, con los dientes hacia la derecha, medio oculta por la llave de la verja 17, todas las llaves a su alrededor estaban colgadas como era debido. Vagamente volvió a su mente la escena de aquella ocasión en la que encontró a Nicolás en su dormitorio; la rechazó. Pero no pudo evitar recordar la mirada hostil con que la vieja había rechazado su invitación a comer. No deseaba saberlo, pero sabía con exactitud lo que esa mirada significaba. Si hubiera mantenido su promesa y hubiera echado a Nicolás, aquello no habría sucedido; eso había querido decirle la vieja.

¡Cuántas cosas llegaba a imaginar! Sacudió enojado y con energía la cabeza.

Fue a su despacho; tenía cosas que hacer. Se alegró de tener asuntos que resolver, se distraería.

—Llamad al intendente —ordenó—. Tened también hombres dispuestos, debo mandar correos a París, varios. También debo tomar disposiciones para el entierro.

Organizó, dio indicaciones, lacónico, contundente, militar. El entierro, a pesar de toda su sencillez, debía ser impresionante. Porque también las generaciones futuras debían y tenían que hablar del entierro de Jean-Jacques Rousseau.

Un estafador estafado

Era de noche cuando por fin madame Levasseur y Teresa se quedaron solas. Madame Levasseur se sentó en el sillón preferido de Jean-Jacques, estaba agotada. Ese día había sido uno de los más duros de su vida, en la que los días duros abundaban. Y el día siguiente y el otro, toda la semana, no sería tampoco un juego de niños.

Al menos, justo antes de que fuera demasiado tarde, había arreglado el asunto con el notario. Ese señor Gibert le sacaba a una los sueldos de allí donde los tuviera, pero conocía su oficio, había comprendido lo que ella pretendía y lo que él debía hacer, y dentro de unos días, el documento estaría listo. Teresa había echado unas cuantas firmas, solo faltaban la última firma y el sello; pero eso era una mera formalidad, había dicho el notario. Después del entierro viajaría de nuevo a Senlis con Teresa, y hasta entonces solo debía evitar que Teresa estuviera a solas con el canalla.

Hoy, madame Levasseur había tenido que pensar con agudeza y muy de prisa, lo había hecho bien, estaba contenta consigo misma. Había hecho comprender de inmediato al marqués, que también era una mente clara, de qué iba todo. Ante el señor procurador se le había helado la sangre en las venas, pero también ante él había sabido comportarse, y el hecho de que hubiera sido ella misma quien exigiera la autopsia merecía una buena alabanza. En cierto modo, había quedado certificado que el chiflado había tenido una bendita muerte natural y ese era su premio.

Lo había hecho bien, se sentía por encima del marqués, del señor procurador, de

la muerte y del diablo. Pero eso le había supuesto un gran esfuerzo y ahora, allí sentada, se sentía terriblemente cansada y agotada.

—Prepara algo para que cenemos —le ordenó a Teresa.

—No puedo comer nada —se quejó Teresa; el aspecto desamparado que tenía allí sentada era lamentable.

—Qué necia eres —se burló la vieja, pero sin maldad. Se levantó con esfuerzo para cocinar algo ella misma—. Pero por lo menos deberías cambiarte de ropa —le ordenó— y lavar las manchas del vestido.

Teresa se levantó para obedecer sus indicaciones; se encogió temerosa al pasar por delante de la alcoba.

—No sé —se lamentó— cómo va a ser esta noche. No voy a poder dormir junto a un muerto.

—Tú te lo has buscado —repuso madame Levasseur. Eso era todo cuanto tenía que decir de la parte de culpa que tenía Teresa en la muerte de Jean-Jacques, y Teresa lo comprendió.

Poco después, tuvo lista una ligera cena y, al final, Teresa también se sentó a la mesa. Comieron.

Todavía no habían terminado cuando alguien llamó con fuerza a la puerta. Entró Nicolás.

Teresa lanzó un breve grito, su inexpresivo rostro se crispó de miedo. Contra su voluntad, miró hacia la alcoba. Una vez había oído decir que un asesinado empezaba a sangrar en presencia de su asesino y miró temblorosa hacia la cama, que no podía distinguirse con nitidez a la luz temblorosa de las velas.

Madame Levasseur ya suponía que el sinvergüenza querría hablar con ella, pero no que tuviera la tremenda insolencia de presentarse aquella misma noche. Estaba muerta de cansancio, temió no estar a la altura de un nuevo y perverso esfuerzo. Pero tuvo que sacar fuerzas de flaqueza por enésima vez en ese día aterrador, no podía permitirse abalanzarse sobre aquel hombre, aunque lo deseara ardientemente, debía impedir que pudiera hablar a solas con Teresa y tenía que dejarle bien claro que Teresa ya no podía disponer nada sobre los papeles.

—Es algo tarde, señoras mías —había empezado ya a decir Nicolás, esforzándose en dar a su voz gangosa un tono digno y compasivo—, pero no he podido resistirme al deseo de expresaros hoy mismo mis profundas condolencias por la terrible desgracia que ha caído sobre esta casa de forma tan inesperada. Ni más ni menos, señoras mías. Y en nombre de la confianza que os tengo, y de la que puedo vanagloriarme, como he visto todavía luz, me he permitido entrar. En semejante situación, me he dicho, dos damas que ahora, por desgracia, están solas, con toda seguridad necesitaran un protector, alguien acostumbrado a manejarse en este mundo.

—Muy amable por vuestra parte —respondió madame Levasseur—, pero no os preocupéis por nosotras. Tenemos un protector. Y muy efectivo. Incluso con el sello del rey.

—Mi francés no es muy bueno —dijo Nicolás—, y quizá no comprendo del todo lo que me decís. Puedo imaginar que existe una última voluntad de nuestro pobre finado. Pero ¿es esa suficiente protección? Ahí veo, por ejemplo, el arcón que contiene esos famosos papeles. Ya sabéis lo preocupado que estaba nuestro querido difunto por esos papeles. Siempre temía que se apoderara de ellos alguno de esos aristócratas, presa de un alocado capricho, o alguno de esos filósofos que siempre andan enemistados entre ellos, sin que ni ellos mismos sepan por qué.

—No temáis, querido —le aseguró casi agradable madame Levasseur—. Eso eran solo manías de mi pobre yerno, que tristemente han fallecido con él. A mí, con toda mi experiencia, solo me preocupó siempre que fuera algún vulgar ladronzuelo común quien se encaprichara con los papeles. Y debo deciros que ya me he protegido de semejante chusma. Hemos conseguido el sello real. En el último momento, mientras una mano vil e infame mataba a nuestro pobre Jean-Jacques.

—No es justo, madame —dijo con un suave reproche Nicolás—, es casi una blasfemia, que llaméis infame a la Providencia. Pero comprendo vuestra agitación. A pesar de todo, señoras mías, y a pesar del sello real, os aconsejo que pongáis los papeles a buen recaudo entregándolos a unas manos fieles y fiables. Entregad el arcón a vuestro incondicional servidor y probado amigo —y se acercó al arcón.

Pero en cuanto lo vio, madame Levasseur perdió la calma y la astucia, y toda la ira acumulada hizo explosión, intentó levantar la voz, carente de todo vigor, intentó gritar.

—¡Apártate del arcón! —le espetó—, ¡canalla, miserable, maldito cerdo sanguinario! Pero entérate bien, eres todavía más estúpido que malvado. ¿Todavía no lo has entendido? Justo mientras tú cometías esta estúpida y sanguinaria maldad, nosotras estábamos firmando. ¡Te has quedado sin nada, cabeza de chorlito! —era cruel y ridículo ver cómo aquella mujer se esforzaba en levantar la voz y solo conseguía un agudo jadeo. Luego, más serena, prosiguió—: Quizá tedralais la amabilidad de ir hasta Senlis, señor sabelotodo comerciante de caballos, y visitar al notario real, señor Gibert. Allí podéis pedir que os muestren el documento. Y si comprendéis el buen francés del rey, entenderéis que soy yo quien puede disponer de los papeles, yo, la viuda Levasseur. Teresa no puede hacer nada sin mí. Os habéis esforzado en vano y por nada en esta casa, hijo mío, no obtendréis ni un solo sueldo, como mucho, acabaréis en la horca o seréis sometido al tormento de la rueda.

De pronto, como una insensata, Teresa empezó a balbucear:

—Es horrible lo que habéis hecho, monsieur Nicolás. Eso no es lo que yo quería. No podéis decir que yo lo haya querido. Esto es terrible.

Nicolás no perdió la calma, solo las aletas de su ancha nariz temblaban. Solo miró un instante a Teresa con sus ojos pálidos y malignos, luego se volvió de nuevo a la vieja, con una sonrisa cortés, algo torcida, en la boca.

—Veis, madame —dijo con su voz gangosa—, ahora habéis vuelto loca del todo a la pobre muchacha. Primero habéis hablado de la sanguinaria mano de la

Providencia, y ahora me acusáis a mí. Como ya os he dicho, comprendo muy bien vuestra agitación, pero yo no soy la Providencia, soy un simple criado del señor marqués, por supuesto también soy el futuro dueño de unas caballerizas como la Tattersall. Además, os confieso abiertamente que esas caballerizas me parecen mucho más al alcance de la mano después del lamentable final de nuestro señor filósofo. Lo que es malo para unos puede ser bueno para otros.

La vieja, con sorprendente calma, dijo:

—Ya sé lo que te hace tan insolente, joven. Tú crees que si dejo que las cosas sigan su sangriento curso, mi pobre Teresa tampoco lo tendrá demasiado fácil y que por eso tengo que protegerte. Pero quizá ahí te has pasado de listo. La perspectiva de verte en el potro de torturas es una gran tentación y estaría dispuesta a pagar el más elevado precio.

Nicolás, con la misma frialdad, repuso:

—Os considero una vieja y astuta dama, madame. Pensaréis dos veces si podéis permitir os esa diversión.

Pero había comprendido que era cierto que no había viajado hasta Senlis solo para visitar las cosas dignas de verse que tenía la ciudad, y de pronto el fracaso de su proyecto, realizado con tanta pericia y rapidez, le causó una furiosa decepción. Su rostro se transformó en una máscara de ilimitada y amenazante ira.

—¡Cierra el pico, bruja! —gritó fuera de sí—. ¿Crees que me das miedo con tu palabrería desdentada? ¡Sé muy bien cómo montar a un viejo jamelgo como tú! ¡Vas a ver cómo me llevo tu tesoro ahora mismo! —y corrió a ponerse ante el arcón.

Madame Levasseur se interpuso. Era lamentable ver cómo la vieja, gorda y jadeante, trataba de apartar al musculoso hombretón. Ella trató de gritar. No pudo.

Al límite de sus fuerzas, agarró a Teresa de un brazo.

—¡Grita, estúpida! —la conjuró ya sin voz—. Te está robando tu dinero. Te está robando lo que tienes para vivir. ¡Grita de una vez!

Teresa contempló el rostro tenso por el miedo, la rabia y la energía de su madre. Todo el temor y todo el respeto que había sentido por esa mujer desde que podía pensar y sentir la estremeció, y empezó a gritar. Lanzó un grito penetrante, con su voz grave.

Nicolás reaccionó de inmediato.

—¡Qué locura! —dijo—. Estás desperdiciando realmente la oportunidad de tu vida. Pero lo he sabido desde el principio: es un disparate.

Había recuperado por completo el control.

—Al parecer, señoras mías —dijo con toda cortesía—, en este momento estáis demasiado alteradas para daros cuenta de quién es vuestro auténtico salvador. Así que me retiro, no sin antes volver a expresar os mi más sentido pésame.

—Adiós, querido amigo —dijo Madame Levasseur—. Adiós también en nombre de mi Teresa. Y si alguna vez vuelvo a pillar os con ella, os lo haré pagar. Daos por advertido.

Pero con esto solo proporcionó a Nicolás una buena salida.

—Harías mejor guardando vuestros consejos para la viuda Rousseau, vieja dama. No fue el hijo de mi padre quien corrió detrás de vuestra hija.

Hizo una reverencia y se marchó.

Madame Levasseur, sin dirigir ni una sílaba a su hija, subió las escaleras para dormir, por fin.

—No me dejéis aquí sola, madre —suplicó Teresa, casi gimoteando. Pero la vieja no se detuvo, Teresa ni siquiera supo si la había oído.

Teresa se encogió en un rincón, el más alejado de la alcoba, y se sentó en una silla, sintiéndose vacía y agotada. Pero, aunque no quería, tuvo que pensar. Era malvado por parte de Nicolás haberse comportado de aquella manera tan grosera delante de su madre. Ella no había corrido tras él, en eso mentía. ¡Y él sentía algo por ella! El modo en que le hacía el amor... solo podía hacerlo alguien que sintiera algo; de eso ella entendía. Era perverso que ahora lo negara.

Todos los hombres eran perversos. También el pequeño conde era malvado. Incluso Jean-Jacques era malvado, de no ser así no le habría hecho aquello con los niños. Pero eso no debía pensarlo, yaciendo él tan cerca y con un aspecto tan horrendo.

Estaba allí sentada, apática y embotada, su mente lenta no quería comprender que a partir de entonces debería vivir sin Jean-Jacques, y que, en cierto modo, sería su propia dueña, y además con dinero. Todo eso lo había conseguido monsieur Nicolás. Podría ser ejecutado por ello, sometido a la tortura de la rueda, quizá incluso descuartizado. A aquel Damián, también lo habían descuartizado, se acordó con espanto de las imágenes y de las historias que contaban con todo detalle lo horrible que había sido, y aquel Damián ni siquiera había matado al rey, solo había querido hacerlo. Si Nicolás no sintiera nada por ella, no se habría arriesgado a algo tan terrible. Lo había hecho por ella, eso era seguro, y ese convencimiento le proporcionó una sorda satisfacción.

Dormitaba. Nicolás era maravilloso cuando le hacía el amor, no podía reprocharle nada. Era bueno que ella tuviera a su madre. Era verdad que sin ella el dinero pronto habría desaparecido. Su madre le había pegado a menudo, pero apenas hacía un rato, en cuanto había sentido su mano en su brazo y ante la mirada de su madre, toda su debilidad había desaparecido y había podido gritar.

Durante los días siguientes tendría que mantenerse siempre muy cerca de su madre, ahora no debía ver a Nicolás a solas. Era una lástima, porque él la quería. Solo por eso no había podido esperar a que Jean-Jacques muriera solo. Pobre Jean-Jacques.

Le habría gustado sentarse en el sillón grande, pero no se atrevía a hacerlo esa noche, era el sillón de Jean-Jacques. Así que se quedó sentada en la silla, hasta que por fin se durmió a pesar de la incomodidad.

Arrepentimiento tardío

Fernando, a pesar de estar mortalmente cansado tras los acontecimientos de aquella velada terrible, esa noche no durmió. Lo corroía un lacerante arrepentimiento. En lugar de creer de forma incondicional, tal y como le había aconsejado con vehemencia monsieur Gerber, había estado criticando sin reparos a Jean-Jacques, de un modo mucho peor que Martín Catrou. El destino lo había elegido para que conociera los pensamientos más íntimos del más sabio de los mortales, pero él, mezquino de corazón, necio y desatento, no había amado bastante al maestro y había desperdiciado de la manera más estúpida aquella gracia inaudita.

A primerísima hora de la mañana, y los días ahora empezaban muy temprano, salió al aire libre. Corrió hasta el claro. Recordó su último encuentro con Jean-Jacques, cada gesto, cada palabra. Con su oído interior escuchó con toda claridad la música que contenía el discurso de Jean-Jacques y que también había suavizado lo que de locura pudiera haber en sus palabras. Vio los ojos profundos y vivaces de Jean-Jacques dirigidos a él, escuchó sus últimas palabras, su voz grave y cautivadora, aleccionándolo: «¡El ser humano es bueno!».

Él, Fernando, no era bueno. Y ni siquiera era malo. Era peor que eso: obtuso, tibio y negligente. Por pereza, porque evitaba las situaciones violentas, había perdido la ocasión, cuando pudo, de proteger al maestro, como le había encomendando su voz interior.

Debía hacer algo. Por lo menos, debía hacer algo por el muerto.

Se puso a buscar a Nicolás. Temía el encuentro. Se temía a sí mismo. Tenía el apremiante deseo de golpear a aquel hombre hasta matarlo, de pisotearlo. Pero debía buscarlo, debía enfrentarse con él.

Lo encontró con los caballos, lo llamó.

—¿En qué puedo servirlos, joven conde? —preguntó Nicolás.

—¿Dónde estuvisteis ayer? —le exigió Fernando autoritario. Nicolás, con una leve sorpresa, muy bien fingida, respondió:

—¿Tratáis de insinuar, señor conde, que debería haber cuidado mejor del señor filósofo? Me habría gustado hacerlo. Pero recibí órdenes del señor marqués de no dejarme ver por el difunto, y si me permitís recordároslo, vos mismo me confirmasteis esa orden.

Fernando se sintió de nuevo invadido por el deseo de matar a aquel canalla con sus propias manos. Nicolás, casi con familiaridad, siguió diciendo:

—Me alegré de disponer de más tiempo para ocuparme de los caballos, puesto que las damas Rousseau iban a estar fuera.

—Y ¿estuvisteis todo el día en los establos? —preguntó Fernando.

—No todo el día —contestó insolente y cortés Nicolás—, ya que aquí hay menos trabajo que hacer de lo que el señor marqués me había augurado.

Fernando no se contuvo por más tiempo. Con la fusta de montar golpeó a Nicolás

en la cara.

Nicolás era fuerte, habría podido dar a aquel desgraciado niño larguirucho una lección que no olvidara durante el resto de su vida con un par de golpes y patadas. Pero era un hombre sensato; en una pelea con un gran señor un pobre caballero llevaba las de perder, y con todo ese otro asunto entre manos, debía ser prudente.

—Había esperado —dijo— que la filosofía del difunto os hubiera dado algo de moderación. Pero comprendo que el dolor de su pérdida haya nublado, en parte, vuestro entendimiento.

Fernando, en voz baja, casi entre dientes, dijo:

—Tú lo has asesinado, desgraciado, asesino. Tu mataste también a Lady.

Mucho le apetecía a Nicolás dar a aquel fatuo una respuesta adecuada y grosera. Pero de nuevo se contuvo y esperó a que se le enfriara la sangre. El condesito era estúpido, el condesito no podía prever las consecuencias de una acción, él, Nicolás, debía hacérselo ver a aquel cabeza hueca.

—Cuando podáis pensar de nuevo con cierta lógica, señor conde —dijo—, vos mismo os daréis cuenta de que la lamentable muerte de monsieur Jean-Jacques puede explicarse de forma totalmente natural. En caso de que hubiera habido alguna intervención violenta, a mí me parece que en primer lugar habría que sospechar de quien ha estado hurgando en los papeles del señor filósofo, a escondidas, sobre todo si ese espía ha manifestado además un interés, por otro lado muy humano, por la esposa del difunto.

De nuevo Fernando se sintió arrastrado por la ira. Teresa lo había delatado al canalla. Con toda probabilidad, casi seguro, Teresa era cómplice de aquel horror. Las manchas de sangre de su vestido bailaban ante sus ojos.

Pero su ira era impotente. El peligro con que lo amenazaba aquel sinvergüenza existía. Si se acusaba a Nicolás, se investigaría su asunto amoroso con Teresa, entonces Teresa estaría implicada, entonces él mismo estaría implicado. Ya le parecía oír el escándalo ultrajante y angustiante que estallaría en toda Europa en torno a Jean-Jacques, a él, a su padre, a Ermenonville.

Estaba desamparado ante el canalla.

Con un movimiento brusco dio media vuelta y lo dejó plantado.

Nicolás se sonrió con malicia y lanzó un grueso escupitajo. El gesto le dolió, le ardía toda la cara. Pero a pesar de ello siguió sonriendo. Ni la horca, ni la rueda de tortura: un golpe de fusta, ese era el único precio que había tenido que pagar. Pagaba gustoso ese precio por los papeles de Jean-Jacques. Porque Teresa, y con ella los papeles, iban a caer en sus manos, por más que la vieja se revolviere con uñas y dientes.

Después de dejar a Nicolás, Fernando se sentía lleno de asco y de una tristeza sorda por haberse mezclado con aquel asunto sangriento y sucio. De nuevo lo asaltó la ira. Aunque el mundo entero se interpusiera, no permitiría que el criminal saliera indemne y huyera con su botín.

Ante todo debía averiguar hasta qué punto estaba implicada Teresa.

Pero incluso aunque consiguiera de ella una clara confesión, ¿qué podía hacer él?, ¿podía hacer pasar a su padre por esa vergüenza?, ¿debía contribuir a que el maestro quedara como un pobre necio y un hombre estúpido ante aquellos que lo despreciaban?

Pero ¿y si todas esas consideraciones solo eran pretextos y patrañas porque quería escabullirse de tan difícil tarea?

¡Si por lo menos no tuviera que decidir solo todo aquello! ¡Si tuviera a Gilberte para desahogar en ella sus preocupaciones y su arrepentimiento!

Cuando entró en el castillo, a pesar de ser tan temprano, se encontró con una visita. Monsieur Robinet no había querido dejar pasar la ocasión de expresar a su vecino sus condolencias por la muerte del amigo y protegido. Gilberte lo había acompañado.

El corazón de Fernando, cuando la vio, se detuvo. La miró fijamente. Ella no dijo una palabra, pero sus ojos le dijeron que había sido ella quien había propuesto la visita. Por un momento, Fernando olvidó al muerto. Pensó jubiloso: todo va bien.

Monsieur Robinet, que había seguido hablando, ahora se dirigía a él:

—También os quiero expresar mi más sincero pésame a vos, joven señor —dijo con su voz ronca—. Vos fuisteis su amigo de forma muy especial. Debe haberos afectado doblemente.

Fernando, dubitativo, había apartado con disgusto la vista de Gilberte para dirigirla al rostro colorado y cuadrado de monsieur Robinet.

—Decidme, monsieur —se dirigía ya este de nuevo al marqués, excitado, compungido y con familiaridad—, ¿es cierto que ha sido él mismo quien ha decidido poner fin a su existencia en este mundo donde no se sentía a gusto?

A Fernando, aquel hombre robusto que se interponía entre él y Gilberte le resultó más antipático que nunca. Y antes de que su padre pudiera decir nada, contestó con una firmeza poco pertinente:

—No, monsieur, no es cierto.

—No lo toméis a mal —dijo casi satisfecho monsieur Robinet—, pero se rumorea que hay algo poco claro en esta súbita muerte. —Y con presteza, puesto que ambos Girardin mantenían un penoso silencio, prosiguió—: Sería el último en desear que no se guardara limpia memoria de él. Como filósofo tiene sus méritos. Mientras vivió, se le reprochó abiertamente: ¿cómo puede alguien que se ocupa tan mal de sus propios asuntos, ocuparse del todo? Pero ahora eso ya no tiene validez alguna. Quien filosofa con valor, encuentra aplauso solo cuando ha muerto y no puede causar más desórdenes.

Fernando no pudo soportar por más tiempo aquella palabrería frívola. Se puso en pie. A menudo, en anteriores visitas de monsieur Robinet, Fernando y Gilberte habían dejado solos a los dos ancianos caballeros; esperaba que, también en esta ocasión, Gilberte hiciera lo mismo.

Efectivamente, ella se levantó y lo siguió al jardín.

Gilberte, en cuanto tuvo noticia de la súbita muerte de Jean-Jacques y cuando además llegaron a sus oídos aquellos terribles rumores, olvidó todo aquello que se interponía entre ella y Fernando, y no quedó más que una compasión asfixiante y un miedo profundo acerca de lo que pudiera hacer ahora Fernando. Era su deber acudir de inmediato a él para impedirle cualquier acción noble, absurda e irremediable.

Caminaron, pues, una al lado del otro, por el estrecho sendero y Fernando no se atrevía a mirarla siquiera. Sintió de nuevo el viejo temor al ver que ella guardaba tan largo silencio.

—¡Fernando! —dijo ella por fin, y su voz lo obligó a levantar la vista—. ¡Fernando! —repitió, y no dijo nada más, sus grandes ojos se habían oscurecido. Dubitativo, con precaución, él tomó su mano. Ella apartó la vista pero no retiró la mano. Él la estrechó con más fuerza, ella devolvió la presión. Él no se atrevió a besarla, pero le pareció que su unión era mucho más estrecha que nunca antes, después de todo aquel árido periodo.

Caminaron juntos, en silencio, durante mucho rato. Lo que había a su alrededor desapareció. Él habría querido caminar así con ella, sintiendo su mano grande, fuerte y buena en la suya, mañana, pasado mañana y toda su vida, y no pensó que aquellas palabras eran de Jean-Jacques.

—¡Habla de una vez! —dijo ella finalmente. Él se sobresaltó, perdido en sus dulces ensoñaciones, y recuperó el control. Una y otra vez, durante los días de su soledad doliente, había discutido en su mente con ella, quejándose, disculpándose. Quiso hacerlo ahora.

—¡Deja eso! ¡Háblame de lo que ha sucedido aquí! —le respondió ella haciéndolo volver a la realidad de Ermenonville.

Era una dura realidad, pero en modo alguno tan confusa, ahora que podía hablar con Gilberte.

—Monsieur Robinet está equivocado —dijo con amargura y obstinación—. No ha sido ningún suicidio, ha sido un asesinato. Ese canalla lo ha matado, ese Nicolás, el caballero, por causa de Teresa. Ni siquiera lo niega.

Gilberte sintió una gran ira. Había que acabar con aquel malvado individuo. Y también con la mujerzuela. Había que entregarlos a la justicia. Que los colgaran y los sometieran al tormento de la rueda. Pero ya mientras sentía aquello tuvo claro que también Fernando sería arrastrado por aquel torbellino y se acordó del objetivo con el que había acudido a verlo.

—¿Saben algo de esto los demás? —preguntó con sensatez—, ¿han hablado los demás de esto?

—Nadie ha hablado de ello —contestó Fernando—, al menos no conmigo. Pero muchos lo sospechan, lo piensan. ¡Y yo debo vengarlo! —siguió diciendo triste, apasionado y adolescente—. Es inaceptable que el asesino quede sin castigo y que además se marche con el dinero y la mujer de Jean-Jacques.

Esa era la reacción de Fernando que Gilberte se había temido; no lo habría amado si no hubiera reaccionado así. De nuevo sintió una oleada de rabia. ¿Es que nunca iba a terminar la historia con aquella mujerzuela? Pero enseguida se impuso, victorioso, su buen sentido práctico, agudizado por la niñez difícil que había pasado con su madre. Debía vencer aquella necia y apasionada conciencia de Fernando, debía impedirle cometer ningún disparate en honor del difunto Jean-Jacques.

—Después de todo lo que me has contado —dijo—, el propio Jean-Jacques habría sentido compasión por la necedad de esa mujer. Con toda seguridad no habría permitido que fuera llevada ante un tribunal o incluso a la horca. —Y como Fernando no respondiera, le puso la mano en el hombro—: ¡Déjalo descansar! —trató de convencerlo; ella era la más joven, pero le habló como si fuera la mayor—. ¡No hurgues en toda esta confusión y en la suciedad! ¡Deja que esa mujer mala y ese hombre malo se marchen juntos si quieren! —dijo casi furiosa—. ¡A nosotros qué nos importa!

La inspección del cadáver

Sucedió tal y como monsieur Girardin había temido: nadie creyó en la muerte natural de Jean-Jacques. La sangrienta visión del cadáver había estimulado la imaginación de los espectadores, desde el castillo de Ermenonville se propagaban truculentos rumores. En la casa de verano había habido varias disputas a causa de la conducta de Teresa, Jean-Jacques se había suicidado por ese motivo. Los maliciosos decían que Teresa, durante una de esas peleas, había dado a su esposo el empujón mortal. Muchos pretendían haber visto cómo se revolcaba con otros hombres entre la maleza.

El compadre Mauricio, orgulloso de haber sido el último en hablar con el gran hombre, aseguraba a todo el mundo lo bien que se encontraba Jean-Jacques, lo satisfecho que estaba de su trabajo y lo mucho que deseaba volver a casa para seguir escribiendo y en modo alguno para suicidarse, y que el señor marqués no lo había dejado acercarse al cadáver en la casa de verano. También el párroco Gauchet, que había tenido algunas diferencias con el marqués, consideraba que este habría podido haber puesto más empeño en aclarar el caso.

Esa clase de rumores de ese estilo volaban hacia Dammartin, hacia Senlis, hacia Louvre, hacia la gran ciudad de París.

Antes de que llegaran a Ermenonville los caballeros a los que Girardin había informado de lo sucedido por medio de correos especiales, se presentó por sorpresa una visita en la casa de verano, el sargento François Renoux. No se había privado de ir en una diligencia urgente para consolar a su madre y a su hermana. Esta vez podía presentarse en la casa de verano sin tener que tomar tantas precauciones; el muerto no lo echaría.

—Tiene que haber sido un golpe terrible —dijo a la madre y a la hermana— encontrarlo, así de pronto, ahí tirado, muerto y frío. Por supuesto, sesenta y siete años no es una mala edad, y menos para un filósofo que, durante toda su vida, ha sometido su cerebro a un gran esfuerzo.

Entró en la alcoba, se acercó al lecho del muerto. A primera hora había estado allí la señora Aubrun, la amortajadora de cadáveres. Había lavado la sangre, pero la herida, profunda y abierta, quedaba a la vista. El sargento François no la vio o no quiso verla.

—Adiós, Jean-Jacques —dijo con voz potente—. A veces, a causa de tus locuras, te dejabas llevar por la ofuscación, sobre todo conmigo, cosa que lamento, pero fuiste un buen camarada en la lucha por una buena causa —hizo un saludo militar ante el cadáver como en otras ocasiones ante un compañero de armas que iba a emprender el último viaje. Luego regresó junto a la madre y a la hermana.

Madame Levasseur dio unas palmadas en la mano de su adorado hijo. Era una buena consecuencia de aquel terrible acontecimiento que pudiera disfrutar de nuevo de la visita del apuesto François. Claro que no llevaba el vistoso uniforme de reclutador oficial, sino el de un simple sargento. Sus planes se habían venido abajo, como informó sin dar demasiados detalles, ya que, los muy infames, habían aumentado el importe de la fianza. Pero llevara el uniforme que llevara, madame Levasseur pensó que era bueno que François estuviera allí, era el hombre adecuado para que las protegiera, a ella y a Teresa, de aquel canalla durante aquellos primeros y peligrosos días.

—En medio de vuestra gran desgracia, tenéis un pequeño consuelo —dijo más tarde el sargento François—. A partir de ahora, al menos dinero tendrá que haber. Ahora los caprichos de chiflado y los reparos quisquillosos de mi señor cuñado ya no van a impedir que convirtamos su filosofía en dinero contante y sonante —y miró codicioso al arcón que contenía los manuscritos.

A madame Levasseur no le gustó escuchar esas palabras.

—Naturalmente —dijo eludiendo el tema—, vamos a explotar los escritos. Pero no tan pronto, me temo. Ya sabes, mi querido François, cómo son las cosas con los caballeros de los tribunales. Para poder disponer de la herencia, esta tiene que sernos adjudicada con sellos y firmas, y eso lleva su tiempo.

El sargento tenía una idea.

—¿No sería mejor, mamá —propuso—, que mientras tanto me llevara el arcón, para vigilarlo? Tengo mis contactos. En París podría ir tanteando y negociando su venta.

La vieja, con miedo creciente, rechazó su propuesta:

—Con toda seguridad, los editores no van a dar ni un sueldo antes de que los abogados hayan arreglado todos los aspectos legales. Conozco a esa gente. Podré arreglármelas con ellos.

El sargento apenas podía ocultar su decepción.

—Bueno, si tú lo dices —dijo—. De hecho, ahora yo soy el cabeza de familia.

—Por supuesto te pediré consejo, mi querido François —se apresuró a decir la vieja para apaciguarlo. Pero su decisión de visitar al señor Gibert justo después del entierro se hizo aún mayor, y además escondería lo antes posible los papeles en un lugar donde estuvieran más seguros que en su casa, a salvo del canalla de Nicolás y de su amado hijo, que lamentablemente era demasiado generoso y despreocupado. Era molesto que una vieja gallina tuviera que seguir protegiendo bajo sus alas a unos polluelos que habían dejado de serlo hacía tiempo, y lo único bueno era que todavía podía hacerlo.

Mientras, habían ido llegando al castillo de Ermenonville los caballeros que monsieur de Girardin había convocado, el doctor Lebègue y el escultor Houdon. También había llegado monsieur Ducis, el escritor de tragedias, aquel hombre en cuya casa Jean-Jacques había pasado la última noche en París, escribiendo los panfletos para los *Diálogos*. Además, se había presentado Melchior Grimm, el barón Grimm, el famoso filósofo, que pertenecía al círculo de aquellos que habían creado la Enciclopedia. Tiempo atrás, Jean-Jacques había estado unido a los hombres de la Enciclopedia, como Diderot, y sobre todo con Melchior Grimm, por una estrecha amistad, que más adelante se había convertido en amarga hostilidad, de modo que la alegría con que el marqués dio la bienvenida a monsieur Ducis fue equiparable al disgusto que le produjo ver a monsieur Grimm. Pero no podía impedir que presentara sus respetos al muerto el hombre cuyo juicio, en cuestiones literarias y de gusto, era reconocido en toda Europa y cuyos lazos con Jean-Jacques eran conocidos en el mundo entero.

Aparte de los amigos, se habían congregado en el castillo los cirujanos, doctores y juristas que debían realizar o testificar la autopsia del cadáver. Todos fueron atendidos con largueza; el mayordomo y los criados llevaban pecheras negras y caras tristes y hablaban sin levantar la voz.

Antes de la disección, monsieur de Girardin acompañó a los dos amigos más íntimos de Jean-Jacques, Lebègue y Ducis, hasta la cama. Les contó la explicación que se había dado a la muerte de Jean-Jacques.

—No puede haber sido de otro modo —concluyó.

Los otros dos guardaron silencio. En el rostro franco y austero de Ducis podía leerse que no se lo creía. En todas las cosas de la vida veía siempre trágicas implicaciones, había oído los rumores, sabía de la hostilidad de la gente contra su amigo difunto.

—Sobre Jean-Jacques planeó un magnífico y tenebroso destino —dijo al cabo de un rato, sin comprometerse— desde su nacimiento hasta su muerte.

Lebègue aún se creía menos la simple explicación de Girardin. La visión del cadáver más bien lo llenó de un dolor muy vivo y cargado de rabia. Había apreciado mucho a Jean-Jacques, aquel pobre y desamparado ser humano, infantil incluso en su vejez, con su poderosa mente, su gran corazón, sus débiles ojos y su fragilidad física.

Estaba seguro de que aquella muerte había sido causada por manos perversas y que las mujeres, aunque quizá de forma involuntaria, estaban implicadas. Le causaba una gran amargura que ese hombre, que bien protegido y aconsejado habría podido vivir y trabajar durante mucho más tiempo, hubiera muerto de un modo tan lamentable. A pesar de todo, comprendía la actitud de Girardin y estaba dispuesto a ayudarlo. El doctor Lebègue conocía bien el mundo. Un sórdido proceso en torno al inesperado fin de Jean-Jacques no solo provocaría un escándalo que afectaría a Ermenonville, sino que también ensuciaría la memoria del propio Jean-Jacques y perjudicaría la posible resonancia de sus libros. En la redacción del resultado de la inspección del cadáver, él, Lebègue, tendría oportunidad de intervenir de forma decisiva. No iba a dudar en testificar y sellar, para la posteridad, una muerte natural de Jean-Jacques. Mentiría, todos mentirían. Era lamentable: lo que se haría al final con el cuerpo del pobre Jean-Jacques sería, como muchas otras cosas que giraban en torno a él, una puesta en escena chapucera y engañosa.

También con el escultor Houdon mantuvo el marqués una penosa conversación. El joven y famoso artista, a quien se había rogado que acudiera a Ermenonville para tomar una máscara del muerto, contempló perplejo la sien destrozada.

—¿No podría el arte arreglar esto? —preguntó Girardin. El rostro de Houdon se ensombreció todavía más—. No quiero decir —se apresuró a explicar Girardin— que deba hacerse desaparecer la herida. Pero que el maestro se haya abierto la sien al caer solo es, al fin y al cabo, una estúpida casualidad, y ¿debe por eso quedar su rostro desfigurado para siempre?, ¿no debería la máscara mostrar a todos los que vengan después el verdadero y noble rostro de Jean-Jacques?

—Veré qué se puede hacer —contestó el escultor.

Tomó la máscara con sus dos ayudantes italianos.

A la hora prevista, a las tres, tuvo lugar la autopsia. Estuvieron presentes, como había deseado el difunto, diez personas: cinco profesionales de la medicina, cuatro funcionarios de la justicia y de la administración, y además Girardin. Los médicos eran tres cirujanos: Chenu de Ermenonville, Bruslé de Montagny y Castérès de Senlis, y dos médicos: el doctor Villeron de Senlis y el doctor Lebègue de la facultad de París. Los cuatro funcionarios eran el procurador Bonnet y el alcalde Martín, el subteniente de policía Blondel y el sargento de policía Landru, todos de Ermenonville.

En la habitación hacía calor, el aire era pesado a causa del olor de las flores que llenaban la estancia. Desnudaron al muerto. Allí yacía, en su desamparada desnudez y la herida abierta en la sien.

Las flores formaban un contraste grotesco y penoso con el trabajo de la comisión. Monsieur de Girardin apenas podía ocultar su excitación. Un asunto enojoso, pensó Lebègue, él era, de entre los médicos, el más respetado con diferencia.

—Por favor, empezad vos, señor colega —se dirigió al doctor Castérès.

El examen duró casi dos horas. Los caballeros conversaban en voz baja,

utilizando muchas expresiones técnicas en latín. Sabían lo que se esperaba de ellos; algunos miembros de la comisión ya se habían manifestado.

El marqués estaba sentado en una silla pequeña, en un rincón. Lebègue se dio cuenta de la tensión tan grande que lo atormentaba a pesar de todo su autodomínio. Al cabo de un tiempo, antes de que el examen hubiera terminado, Lebègue dijo a todos con sequedad:

—Los señores colegas parecen estar de acuerdo en que se trata de un derrame cerebral.

Se levantó una larga acta en este sentido. Contenía cinco apartados y fue firmada por dos médicos y dos funcionarios, en calidad de expertos, y por todos los demás como testigos.

El entierro

Solo había un lugar digno de Jean-Jacques, donde dar sepultura a su cuerpo, de eso Girardin estaba convencido: la isla de los grandes álamos; incluso creía recordar que en una emotiva ocasión Jean-Jacques le había dicho que quería ser enterrado allí, a la vista de su amado sauce.

El marqués organizó el entierro para la medianoche; la luna era casi llena esas noches. Los campesinos de sus posesiones recibieron órdenes de situarse en las orillas del lago y en las colinas de los alrededores con antorchas encendidas. Todo aquel que quisiera asistir, debía situarse en los lugares indicados, se proveería de antorchas a todos.

Solo las dos mujeres y los amigos más íntimos acompañarían en la barca al muerto hasta la pequeña isla.

Cuando sacaron el féretro de la casa de verano, en las orillas del lago había gente llevando antorchas, y también en lo alto de las colinas circundantes.

Tres botes avanzaron a fuerza de remos por el lago hacia el lugar donde sonaba una música suave y conmovedora. En el primero iba el féretro acompañado por Girardin y Fernando. El segundo llevaba a Teresa y a madame Levasseur. En el tercero iban Lebègue y Ducis, así como el barón Grimm, a quien el marqués no había podido excluir. Los botes avanzaban despacio recorriendo la breve distancia hasta la isla sobre las aguas del lago, centelleantes a la luz de la luna. La multitud callaba, los campesinos habían recibido la orden perentoria de guardar silencio. Solo se oía la música suave, los golpes de remo, los gritos de aves acuáticas asustadas, el canto de los grillos, el croar de las ranas.

La mayoría de los habitantes del pueblo que se encontraban en la orilla eran de pensamiento lento. No tenían ni idea de lo que significaba para el mundo ese muerto. Ahora que había acudido tanta gente desde Senlis, e incluso desde París, se dieron

cuenta de que debía haber ocupado un lugar muy alto. Y todavía les inspiró más desprecio que su seigneur protegiera a aquellos que habían puesto fin a la vida de monsieur Jean-Jacques.

El compadre Mauricio sobre todo, expresaba con palabras su descontento en un sonoro murmullo. Era una vergüenza que el marqués no hiciera nada por vengar la muerte sangrienta de aquel gran amigo de la humanidad. Claro que, si se hubiera tratado de un aristócrata, ya haría tiempo que se habría metido en el calabozo a unas cuantas docenas de personas. El seigneur era de una insolencia criminal. Se las daba de librepensador, pero su comportamiento demostraba que le importaba un rábano la filosofía de Jean-Jacques. Este había enseñado, por ejemplo, que de hecho no había ninguna diferencia entre ellos, la gente de pueblo, y el marqués. Libertad, igualdad, fraternidad. ¡Maldita sea! No le habría costado nada a monsieur de Girardin haber invitado a la isla a alguno de los amigos de Jean-Jacques de las clases inferiores, quizá a él, al compadre Mauricio, como representante de la humanidad.

Lleno de pensamientos sediciosos estaba también Martín, el hijo de la viuda Catrou, la tendera, de la edad de Fernando y amigo suyo. Ciertamente, para ser aristócrata, Fernando era un buen muchacho, pero era un aristócrata, y a la hora de la verdad, fallaba. Se había llenado la boca diciendo lo mucho que veneraba a su loco filósofo, pero luego había contemplado tan tranquilo cómo uno de los suyos le abría la cabeza y ahora no movía ni un dedo para llevar a los asesinos ante los jueces, en otros casos tan rápidos. A pesar de todo aquello, Martín apreciaba a Fernando y sentía lástima por él. En realidad, Fernando no podía hacer nada si su señor papá, el seigneur, por algún tenebroso motivo, encubría y tapaba el crimen. Pero seguía siendo una infamia. Además, ese Jean-Jacques, eso había que reconocérselo, había sido algo más que un chiflado. Había afectado a Martín que Fernando le echara en cara que hablara y hablara sin haber leído nada de Jean-Jacques, así que Martín se había puesto de inmediato a recuperar el tiempo perdido. Y aunque muchas cosas parecían extravagantes, otras eran endiabladamente claras. «El déspota no debe quejarse cuando es derrocado por medio de la violencia. La violencia lo mantiene en el poder, la violencia lo derribará, los oprimidos oprimirán al opresor. El círculo se cierra, todo sigue su proceso natural». Hacía falta tener agallas para hacer imprimir algo así en los dominios del rey cristianísimo y sus gendarmes.

Entre los muchos forasteros que asistían al entierro estaba aquel joven estudiante de derecho, originario de Arras, que había visitado a Jean-Jacques en sus últimos días. Ahora, al contemplar a los botes que llevaban al venerado muerto sobre las aguas resplandecientes, su rostro tenía una expresión aún más obcecada, aún más apasionada y posesa que entonces, cuando tuvo lugar su primer y último encuentro con el maestro. Jean-Jacques había hablado con amargura ese día, que sería uno de los últimos de su vida, había dedicado palabras burlonas y mordaces al mundo que odia y denigra a cualquiera que busque honestamente la verdad, y tenía razón. En el silencio de su corazón, el joven estudiante pronunció una especie de oración fúnebre:

«Los tiranos han cegado a las gentes para que te odien, a ti, el amigo del género humano, y han visto en ti un loco y un demonio. Pero nosotros, los jóvenes, estamos decididos a seguirte por el duro camino del conocimiento, y somos miles. Nosotros, te lo juro, obligaremos a los ignorantes a abrir los ojos, a amarte y a recoger los felices frutos que tú has sembrado».

Lleno de nobles emociones, pero muy distintas, estaba también monsieur Gerber. Había desterrado de su conciencia la horrenda visión del cadáver, en él seguía viviendo solo la imagen del hombre que paseaba tranquilo por los jardines, proclamando una sabiduría apacible con armoniosas palabras. Las dudas con las que Fernando había acudido a él lo habían conmovido más de lo que había demostrado; él mismo no estaba del todo libre de semejantes dudas. Pero ahora estas habían desaparecido del todo y en su más profundo interior aquel hombre modesto sentía el alivio inconfesado por el hecho de que en adelante la viva imagen de aquel hombre no podría volver a confundirlo jamás. Ahora su obra perviviría de forma independiente, separada del hombre. Solo perduraría su sabiduría, sus efectos, propagándose por toda la eternidad.

Desde la lengua de tierra, también monsieur Robinet y su nieta contemplaban los botes que se deslizaban sobre el agua. La boca grande y joven de Gilberte mostraba una ligera y dura sonrisa. Desde el primer momento, cuando llegó a Ermenonville, el hombre que ahora era conducido a fuerza de remos hacia su tumba le había traído desgracias; había faltado poco para que echara por tierra toda su vida. No negaba que hubiera sido un gran filósofo y compadecía de todo corazón a Fernando que lo había perdido de forma tan cruel; pero el abandono de sus hijos había sido y seguía siendo una infamia. Podría volver a leer *La nueva Eloísa* con un placer más puro ahora que el hombre ya no estaba allí.

Monsieur Robinet, a la luz de la luna y de las antorchas, observaba la leve sonrisa de Gilberte. Desde que su padre, su único hijo, había fallecido durante un viaje a las Indias Occidentales, donde debía inspeccionar sus plantaciones, su corazón nunca había vuelto a entregarse a ninguna otra persona, solo tenía a Gilberte. La conocía bien, no preguntó nada, no se inmiscuyó, trataba de orientarla con palabras suaves. Por supuesto, se había dado cuenta de que se había peleado con Fernando, y seguramente a causa de Jean-Jacques; adivinó lo que ella sentía ahora, y también en su rostro se dibujó una ligera sonrisa.

Los botes habían llegado a la isla. Madame Levasseur bajó a tierra con cierta dificultad, ayudada por Lebègue y Ducis. No había ningún criado en la minúscula isla, ningún enterrador, la tumba había sido ya abierta. Girardin y Fernando sacaron el féretro del bote mientras los demás ataban las barcas.

Se situaron alrededor de la fosa abierta. Teresa se colocó junto a Fernando, ¿no era él la persona más próxima a ella? Pero él no la miró y ella sintió un sordo enojo. Alguien con quien se había acostado debería sentir cierta compasión por ella tras una experiencia tan terrible.

La verdad es que Fernando no tenía ojos para Teresa, tenía la vista puesta en su propio interior. Ahora, dentro de pocos minutos, de inmediato, se hundirían en la tierra los restos del hombre que había regalado al mundo los mayores conocimientos del siglo. En modo alguno ese hombre estaba viejo y decrepito, ni en espíritu, ni en la carne, aún habría podido enseñar y crear muchas más cosas, profundas, importantes, y él, Fernando, había contribuido a que ahora el más vivo de los corazones y de los cerebros del mundo ya no estuviera entre ellos.

Monsieur Grimm, representante del gran siglo de la Ilustración, enjuiciaba, allí de pie, al muerto y a sí mismo. Entre aquellos que asistían al entierro, al parecer él era el único que podía valorar correctamente el enorme mérito que había tenido Jean-Jacques y los tremendos males que había ocasionado. Ellos, él y los otros filósofos de verdad, los representantes de la razón, habían apoyado a Jean-Jacques por todos los medios y lo habían aconsejado con amor; al fin y al cabo, había sido Diderot quien le dio la idea del doble efecto de la civilización, la idea por la que más tarde Jean-Jacques sería famoso. Lo habían aconsejado bien, habían tratado de reconducir su desmesura, su anarquía, hacia el orden, pero él era uno de esos enfermos que escupen al médico cuando este les receta una medicina desagradable. Y ahora resultaba que Jean-Jacques había muerto de una muerte desagradable, sucia, violenta. Probablemente, algo habían tenido que ver aquellas dos mujeres vulgares a cuya palabrería estúpida él, en vida, había dado más oídos que al sensato consejo del primer pensador de Francia. Ellos, Diderot y él, habían advertido siempre a Jean-Jacques, le habían pronosticado que esas mujeres iban a destrozarle la vida. Y ahora, efectivamente, una muerte necia había puesto fin, de forma consecuente, a una vida necia. Era una escasa satisfacción que monsieur Grimm pudiera decirse que había estado en lo cierto; habría preferido mil veces no tener razón. En su mente, ahora que se encontraba en pie ante aquella fosa recién abierta, se formaban ya las frases de la necrológica que pensaba escribir a Jean-Jacques. Debería ser una maravillosa nenia, páginas de prosa perdurable, y lo único que no tenía claro era si, en ese cántico funerario, debía hacer referencia al oscuro final del soñador fallecido.

Se dispusieron a bajar el féretro. La música había terminado, reinaba el silencio, solo se oía el chapoteo de las olas, los gritos de los pájaros arrancados de su descanso, el ligero viento en las ramas, nada, a excepción de la voz de la naturaleza.

Entonces la calma fue interrumpida de forma grosera. Teresa estalló en sollozos, sorbiéndose la nariz, en un llanto necio e infantil.

Bajaron el féretro a la fosa con sumo cuidado. Fernando también ayudó. Allí enterraba al hombre que lo había dignificado con su amistad, aquel hombre grande, el más grande entre los vivos, y él, Fernando, había desdeñado su amistad y lo había llamado loco. Él había sido el loco. Le vino con fuerza a la memoria aquel Jean-Jacques apacible e infantil, despertando el eco del bosque, participando en el teatro de marionetas. Tuvo la sensación de estar guardando en la caja a uno de sus muñecos, y que enseguida se cerraría la tapa, pero no se trataba de ninguna marioneta, era Jean-

Jacques. Hasta ese momento se había comportado con valentía y como un hombre adulto, pero ahora no pudo más. Aunque sabía que todos lo miraban, su padre, Gilberte, su amigo Martín y los otros chicos del pueblo, rompió a llorar, las lágrimas brillantes corrieron por sus mejillas. Gilberte lo miraba, su leve sonrisa hacía rato que había desaparecido, ella también lloraba.

Los tres botes regresaron. Pero monsieur Girardin se quedó en la isla, junto a la tumba, solo, y se abandonó a su duelo, a aquella dulce melancolía que había oído elogiar tan a menudo a su difunto amigo. Se le ocurrieron versos en alabanza del muerto, versos muy sencillos, pero sabía que estaban en consonancia con Jean-Jacques, el digno epitafio de un hombre digno que ahora iba a ser para siempre huésped de Ermenonville.

Luego, tal y como Girardin había ordenado, llegaron algunos de sus hombres y trajeron cal, arena y una urna. Levantaron un monumento fúnebre, una especie de altar. Girardin trabajó con ellos, levantó con sus propias manos el túmulo al maestro.

El trabajo les llevó poco tiempo. Girardin, de nuevo a solas, se quedó junto a la tumba, que ahora era su más valiosa posesión, sumido en una dulce tristeza que lo asaltaba en oleadas, hasta que llegó la mañana. Solo cuando salió el sol regresó.

Complicaciones con la herencia

El sentido del deber solo permitió a monsieur Girardin dormir unas pocas horas. Ahora le había sido confiada la fama póstuma de Jean-Jacques; de su minuciosidad y destreza dependía con qué fuerza y durante cuánto tiempo la obra del muerto seguiría produciendo sus efectos.

Ante todo había que asegurar su gran legado. El marqués debía tomar de inmediato los manuscritos bajo su protección.

Negociar con las mujeres era una tarea enojosa. Se acordaba con desagrado de la mirada hostil de la vieja. Pero venció su animadversión y se dirigió, a primera hora de la mañana, a la casa de verano.

Vio con preocupación que el arcón ya no estaba allí, madame Levasseur lo había metido en su dormitorio. Pasó directamente al ataque.

—Recordaréis, madame —dijo—, que me asegurasteis que podría intervenir en la redacción de las obras legadas por nuestro amado Jean-Jacques.

Madame Levasseur se dio cuenta de adónde quería ir a parar, y se alegró en lo más profundo; si el marqués se ocupaba de los papeles, estarían a salvo de Nicolás y de François. Pero no manifestó su alivio, quería sacar el máximo de sueldos de aquella única posesión que tenía.

—Sí, en cierto modo —contestó con precaución, dubitativa.

—Lo que habría que hacer, como primera medida —siguió el marqués—, es

comprobar si hay alguna obra que no haya sido publicada todavía. Creo, madame, que sería bueno que yo revisara los manuscritos en este sentido.

—Yo sé, señor marqués —contestó madame Levasseur—, que vuestras intenciones son buenas respecto a la viuda del pobre Jean-Jacques y para con su vieja suegra. Pero si os entrego los manuscritos, debéis prometerme que os daréis prisa en revisarlos. Porque necesitamos dinero, enseguida. Los herederos de un gran hombre pueden mostrarse indiferentes, pero nosotras somos pobres de solemnidad, ya lo sabéis.

—No temáis, madame —se apresuró a replicar el Marqués—. Mi abogado tendrá en cuenta vuestros intereses en cuanto a la valoración económica de los manuscritos, como si fueran los míos propios. Por lo demás, considero una honrosa obligación ocuparme de los familiares de mi gran amigo. ¿Cuánto dinero necesitáis para los próximos días?

Madame Levasseur, tras un breve cálculo, dijo:

—Doscientos luis.

El marqués tuvo dificultades en ocultar su penosa sorpresa. Pero solo tragó saliva y dijo:

—Os enviaré a alguien que recogerá los manuscritos. Ellos os entregarán a su vez una orden de pago para los señores Valette & Fils de mi banco en Senlis. Os aconsejaría que dejarais allí en depósito esa enorme suma de dinero —hizo una reverencia y se marchó.

Antes de que hubiera transcurrido una hora, le entregaron el documento y se llevaron los manuscritos.

Madame Levasseur comunicó a su hijo François que monsieur Girardin había mandado recoger los papeles para hacer una estimación de su valor filosófico. El sargento puso mala cara.

—Ya te dije, mamá —se lamentó—, que deberías haber dejado este asunto en mis manos. Si los grandes señores son los primeros en meter la cuchara en el plato, para los hombres corrientes solo quedará un plato frío y vacío.

—El marqués no va a engañarnos —intentó apaciguarlo madame Levasseur—. Siempre se ha portado bien con Jean-Jacques, y para un gran señor como él, lo que pueda sacarse de los escritos no es nada.

Pero el sargento no quiso condescender. Como allí no se precisaba de él, anunció que ese mismo día regresaría a París, y para ello pidió a su madre diez libras.

—No te marches tan pronto, François —le rogó madame Levasseur—. Estoy segura que voy a necesitar tus consejos durante los próximos días. Quédate un tiempo y no volverás con diez libras a tus asuntos en París, sino con veinticinco luis.

François adoptó una expresión radiante.

—¿De veras, mamá? —quiso asegurarse—. ¿No me estás poniendo una corteza de queso como cebo, a mí, pobre ratón?

—Nunca engañaría a mi hijo querido —le aseguró madame Levasseur.

—Entonces, ¿veinticinco luises? —se informó de nuevo François.

—Sí —dijo la vieja.

—De acuerdo —respondió el sargento.

Al día siguiente, madame Levasseur y Teresa viajaron a Senlis. El abogado Gibert, después de darles el pésame con toda solemnidad, les comunicó que, lamentablemente, la muerte de monsieur Rousseau complicaba la redacción del documento que las damas deseaban. Desde el punto de vista jurídico, la viuda Rousseau era una persona del todo distinta de la esposa en vida de monsieur Rousseau; necesitaba nueva documentación y debía redactar de nuevo el texto desde la primera a la última hoja. Además, ahora se trataba de valores patrimoniales considerablemente mayores, y en ese caso la ley establecía otros honorarios. Debía dar otro precio a las damas, pedirles otros datos más completos y rogarles que aguardaran unos días.

Madame Levasseur ocultó su disgusto con esfuerzo. Era eso: el mundo entero era un bosque y detrás de cada árbol acechaba un bandido. Allí estaba aquel hombre gordo, subrayando su aburrimiento con el suave tamborileo de sus dedos gruesos y perezosos, mientras trataba de aprovecharse de ellas, una vieja desamparada y su hija, dos pobres viudas. Pero no podía hacer nada. Conocía a su Teresa. Y sabía que esta quería estar bien atada para no entregar todo cuanto poseía a su amante; pero al mismo tiempo quería entregárselo, quería retener al hombre, y allí sentada, deseaba que el documento estuviera listo, mientras alimentaba la esperanza de que no pudiera redactarse. Madame Levasseur no podía esperar, debía conseguir ese papel aquel mismo día, no le quedaba más remedio que pagar su precio al cebado sinvergüenza del notario.

Estaban muy afectadas por aquel terrible acontecimiento, le explicó, no querían tener que volver a desplazarse a Senlis, querían acabar con aquel molesto trámite ese mismo día, aunque les costara algunos sueldos, incluso algunos escudos más. Tenían que hacer algunas compras en la ciudad, conseguir ropas de luto, así que pedía al abogado Gibert que tuviera la bondad de hacerles el favor de tener listo el documento para última hora de la tarde, para que pudieran firmarlo y sellarlo.

El notario, con rostro serio, repuso que no sabía si era técnicamente posible; justo ese día tenía otros dos casos urgentes. La vieja preguntó, sin rodeos, cuánto quería. Empezó entonces un duro regateo sobre el supuesto valor del patrimonio de la viuda Rousseau, el notario también comentó de paso que, de hecho, antes necesitaba que le presentaran los papeles que certificaban el matrimonio de la viuda Rousseau, para que pudiera comprobar la validez jurídica del matrimonio de Jean-Jacques: en resumen, mientras que primero les había pedido ochenta escudos, ahora exigía doscientos. ¡Doscientos flamantes táleros! ¡Seiscientas libras! Con un gran esfuerzo, madame Levasseur consiguió rebajar la suma a ciento cincuenta escudos.

Cuando las mujeres, a la hora acordada, se presentaron de nuevo en casa del notario, el documento todavía no estaba listo, varios escribanos trabajaban en su

redacción; les dijeron que aún tardarían una hora. Madame Levasseur había tenido que esperar mucho durante su larga vida, pero pocas veces la espera le había resultado tan difícil como ahora. Cada uno de los escribanos iban entregando las hojas listas, el notario iba comprobando con atención que todo estuviera correcto y se las dio a leer a madame Levasseur. No lo entendió todo, había mucho texto jurídico y en latín, del todo incomprensible, pero supuso que así debía ser, y en su conjunto, le pareció un buen documento.

Por fin estuvo todo listo. El abogado Gibert le rogó:

—Un minuto, señoras.

Se marchó y regresó vestido con la toga y el birrete. Y aunque madame Levasseur había calado hasta el fondo al gordo chantajista, ahora cambió de parecer. Era el notario real, él era la ley. La ley estaba ante ella y ante su necia Teresa, con todo el sagrado poder de Francia y del rey para protegerla de aquel despreciable lobo que era Nicolás.

El notario preguntó, con la solemnidad de su cargo:

—Las señoras, vos, la viuda Levasseur, y vos, la viuda Rousseau, ¿habéis comprendido lo que recoge el documento y estáis de acuerdo en hacerlo válido por medio de vuestra firma?

—Sí, monsieur —dijo madame Levasseur.

—Sí, monsieur —repitió Teresa.

El abogado Gibert se dirigió a madame Levasseur:

—Entonces, tened la bondad de escribir vuestro nombre aquí, madame, también el nombre de vuestro padre o bien el nombre de vuestro difunto esposo.

Madame Levasseur firmó.

—Y ahora vos, madame —pidió el notario a Teresa—, también vos, con vuestro nombre de soltera.

Teresa estaba azorada y no comprendió. La madre le dijo con brusquedad:

—Escribe: Teresa Levasseur, viuda de Rousseau.

—Muy bien, madame —la alabó el notario. Teresa, con esfuerzo y torpeza, dibujó su nombre. Un escribano trajo una gruesa vela y el lacre para el sello. Llena de temblorosa alegría, respirando pesadamente, madame Levasseur contempló cómo el señor Gibert fundía el lacre, olió con ansia el olor del lacre caliente, y con ojos triunfales vio cómo la mano gruesa del notario estampaba el sello en el lacre.

Ahora, aquel perro de Nicolás había matado a su pobre yerno por nada y sin provecho alguno. Su fechoría iba a servirle de tan poco como un peine a un calvo. Su infamia no le reportaría otro beneficio que noches en vela, mucha bilis y la inquietante duda de si acabaría, después de todo, en la horca o en la rueda de tormento.

En cambio, madame Levasseur disfrutaría de días agradables y tranquilos; los ciento cincuenta escudos que había tenido que pagar al notario no le dolían. Con ellos había levantado una valla alta y sólida que impediría a su hija, aquella vaca necia,

tomar el camino del monte.

Tampoco contrarió demasiado a la vieja comprobar una noche que Teresa se deslizaba a escondidas fuera de la casa. Que la muy puerca se revolcara cuanto quisiera con su amante: no podría cubrirlo de oro con sus luises.

No era Nicolás con quien Teresa iba a reunirse: madame Levasseur estaba equivocada. Se trataba de Fernando.

Sí, el joven conde por fin había vuelto a acercarse a ella, le había rogado que se encontraran, por cierto, con mucha timidez, casi sombrío. Así que aquel día, durante el entierro, ella solo se había imaginado que Fernando no la quería. Alegrándose de aquel nuevo acercamiento, ella le había dicho que sí de inmediato.

Cuando se encontró con él en plena noche, se dispuso sin más a tomar el mismo camino de siempre, que conducía hasta el sauce. En cambio él, para su sorpresa, eligió otro sendero que subía hasta el templo de la filosofía.

Fernando se había citado con ella para hacer realidad su gran propósito, para comprobar si la mujer había sabido algo del planeado asesinato. Si era así, a pesar del consejo de Gilberte, iba a perseguir a los asesinos, a ambos, aunque con ello amainara su propia vida. Se lo debía al maestro y a la verdad.

Se sentaron. Más abajo, bañado por la luz de la noche, se encontraban el lago y la isla de los grandes álamos. Teresa había echado de menos tener a alguien con quien poder hablar de todo aquel espanto. Ahora podía hablar. Condensó todo cuanto sentía de manera confusa, eligiendo las palabras más sencillas. Empezó a hablar antes de que él pudiera pronunciar sus bien preparadas frases. Simple y sincera, habló de todo cuanto había pensado una y otra vez durante esos últimos días:

—¿No es terrible?

Puesto que esas palabras sencillas brotaron de ella con tanta honestidad, la misión de Fernando había concluido. Sintió que ella no había tenido nada que ver con el asesinato, puesto que había quedado tan cruelmente sorprendida por lo sucedido como él mismo.

Eso le quitó un peso de encima y lo cargó con otro. ¿Cómo debía actuar ahora con respecto al asesino? Si actuaba contra él, también arrastraría a Teresa al abismo, a una Teresa a la que había seducido y que no había traicionado al maestro ni más ni menos que él mismo.

¡Qué tonta era! ¡Qué feliz vivía en su mundo, tan simple, gracias a su necesidad!

Con qué bondadoso desprecio había reconocido y descrito Jean-Jacques su simpleza. Sí, había encontrado palabras de alabanza para ella. Gilberte, con su mente segura y práctica, tenía razón: Jean-Jacques perdonaría a esa Teresa, la eximiría de cualquier culpa, precisamente por su necesidad.

Pero él, Fernando, no era Jean-Jacques, él no era ningún santo, y al menos quería decirle lo que pensaba de ella. En voz baja y sombría, pronunció las palabras:

—¡Y pensar que nosotros tenemos la culpa!

—¿Nosotros? —preguntó ella, sinceramente sorprendida.

Por supuesto, ella no comprendía lo que él quería decir y no tenía sentido alguno tratar de explicárselo. Una rabia sorda e impotente se apoderó de él. ¡Y aquel pedazo de estúpida era la causa de que el mundo hubiera perdido a su mayor maestro! La miró con hostilidad bajo la insegura luz de la luna. Más abajo yacía el lago y la isla. Ya no se explicaba qué había podido ver en aquella mujer.

Ella sintió su hostilidad. De nuevo, como durante el entierro, él estaba enfadado con ella, y ella no tenía la menor idea de por qué.

—¡Dime algo amable! —le rogó tomando su mano.

Él la retiró.

—Escuchadme —dijo con firmeza—, os prohíbo que os reunáis con ese desgraciado, con ese asesino. No debéis volver a verlo. ¡Ni una sola vez!

Ahora ella comprendió su ira y casi se alegró. Así que él había llegado a la conclusión de que Nicolás había hecho aquello tan terrible por ella, por el gran amor que le tenía, y se sentía celoso, su joven conde.

—Me merezco que me habléis así, Fernando —dijo sumisa—. Pero cuando empecé a verme con monsieur Nicolás, vos todavía no estábais aquí, y yo me encontraba muy sola y no lo tenía nada fácil, ya os lo dije. Si hubiera sabido que vendríais vos y me ayudaríais en mi soledad, no me habría liado con monsieur Nicolás. Pero ahora ha sucedido esto tan horrible, y si ha sido él quien ha cometido semejante barbaridad, solo lo ha hecho por mí. Por eso no puedo ser dura con él, eso debéis comprenderlo, Fernando. Todavía estoy muy trastornada. Dadme tiempo. En todos estos días no me he reunido con él. No he hablado siquiera con él —y como el joven guardaba silencio, repitió—: Dadme tiempo, Fernando. —Y bromeando con torpeza, concluyó—: Como Jean-Jacques apenas está bajo tierra, supongo que no vais a querer hacerlo enseguida conmigo.

Más abajo se encontraban el lago y la isla. Él la miró lleno de asco.

—¿Hacerlo con vos? —le preguntó en respuesta—. Yo no quiero hacer nada en absoluto con vos. No deberías mancillar al muerto. No deberíais tener trato con ese perro junto a su tumba, a un tiro de piedra de su tumba. Eso es todo cuanto quiero de vos. Y jamás voy a querer otra cosa de vos. ¡Jamás! ¿Lo habéis comprendido por fin?

Ella comprendió. Y entonces se encendió en sus ojos de animal un odio sordo.

—¡Así que sois uno de esos! —dijo. Y con su voz grave, despacio, buscó palabras malvadas y las reunió en frases torpes, paladeándolas:

—Primero os revolcáis conmigo y luego me decís vilezas. ¡Y se supone que sois conde, un futuro seigneur! ¡Lamento cada minuto que he pasado con vos! ¡Deberíais avergonzaros! ¡Además, habéis andado fisgando en sus escritos, vos, tan distinguido, tan aristócrata! Y siempre a escondidas, siempre ocultándoos. ¿Sabéis lo que sois? —buscó la palabra—. ¡Un hipócrita, sois vos, un rabo de oveja! ¡Y vos pretendéis darme órdenes! ¡Vos no tenéis autoridad para ordenarme nada! Me lo haré con monsieur Nicolás cuando quiera y donde me dé la gana. Él no es tan malvado como vos. Él sabe lo que hay que hacer cuando se ama a una mujer. ¡Estoy con él, no con

vos!

Fernando se había levantado. Ella seguía sentada, bajo la luz vacilante, sin moverse, las palabras salían despacio de su boca grande, él tenía tiempo de comprenderlas con toda exactitud. Él había leído las *Confesiones* y la comprendió. Estaba agradecida al otro porque había matado a su marido por su causa. Comprendió, como el maestro la había comprendido, su profunda e inocente depravación.

Ella lo miró de lleno a la cara. Él no pudo aguantar su mirada orgullosa, llena de desprecio. En sus ojos había rechazo, odio, asco, temor. Con un movimiento brusco le dio la espalda. Se marchó.

Todos aquellos días Nicolás había estado rondando la casa de verano. Pero Teresa había considerado indecoroso verse con él tan pronto después de aquel horrible suceso. Tras su pelea con Fernando, no volvió a rechazar a monsieur Nicolás.

Lo amaba con todo su ser. Su amor la desbordaba a ella misma, e inventó para él apelativos cariñosos. Lo llamaba: Colás, mi Colás, y bromeando: mi querido Narizotas, o también: mi monsieur Tattersall.

La peligrosa verdad

Monsieur de Girardin leyó las *Confesiones*. Estaba horrorizado, se sentía asqueado, atraído, solo con esfuerzo podía contener su profunda indignación. El mismo hombre que había escrito *La nueva Eloísa*, que se había paseado silencioso y pensativo por Ermenonville, el mismo hombre delicado se había consumido en aquel fuego oscuro.

Y si a él las *Confesiones* lo habían trastornado tanto, qué efecto iban a causar en aquellos que las leyeran con corazón tibio, frío o incluso hostil. ¡Cómo iban a regodearse en los secretos de Jean-Jacques todos aquellos oscurantistas y enemigos suyos, con sus sucias mentes y sus sucios sentidos, qué barbaridades proclamarían por todo el mundo! No, no debía entregar esas peligrosas verdades a la chusma.

¿Pero no había dispuesto Jean-Jacques que su obra fuera publicada tras su muerte? ¿Quién era él, Girardin, para privar al mundo, contra la voluntad del maestro, del nuevo, terrible y excitante mensaje?

Dejó leer los manuscritos a Ducis, el amigo de Jean-Jacques. El poeta quedó horrorizado con aquello que allí se revelaba, compartió los reparos del marqués.

Pero mientras, se supo que Jean-Jacques había confiado también copias de los manuscritos a algunos de sus amigos de Ginebra, al pastor Moulou y al medio americano Dupeyrou, con la indicación de publicarlos después de su muerte, y eso era lo que querían hacer aquellos caballeros. El marqués trató de convencerlos de que no lo hicieran mediante elocuentes cartas. Pero el pastor Moulou se remitió a la incondicional sinceridad de Jean-Jacques y a su voluntad expresa e insistió en que las

Confesiones fueran publicadas de inmediato. Tras mucho tira y afloja, se aceptó una sugerencia de Ducis y se decidió sacar una nueva y gran edición de sus obras completas, cuyo último tomo serían los textos inéditos. Girardin se sintió aliviado: la proclamación de la peligrosa verdad se había aplazado al menos en tres años.

No había contado con madame Levasseur.

Porque varios editores se habían dirigido ya a Teresa para conseguir el legado literario del filósofo y madame Levasseur exigió al marqués que vendiera los manuscritos cuando estaban tan solicitados como panecillos calientes. Monsieur de Girardin le explicó cómo tenía pensada su paulatina publicación. Ella vio enseguida que de esa manera tendrían que pasar años antes de que pudiera hacerse con los cuantiosos honorarios con los que contaba, y se opuso.

—Pero si no esperamos —se empeñaba el marqués—, ponemos en peligro la fama póstuma de Jean-Jacques; todos sus amigos compartimos la misma opinión.

—Nosotras, las dos viudas, no podemos permitirnos andar con tantos remilgos —protestó madame Levasseur—. Necesitamos nuestro dinero. Ya hemos tenido que esperar bastante a causa de los caprichos de mi señor yerno. No puedo consentir que ahora surjan más contratiempos con el cuento de la filosofía.

El marqués, enojado por la oposición de la vieja, repuso:

—Me obligáis, madame, a sacar a relucir un tema que habría preferido no mencionar. Aparecen en los manuscritos fragmentos que no resultan nada favorables a la reputación de vuestra señora hija y a la vuestra.

La vieja estaba exasperada. Primero Jean-Jacques había importunado a su Teresa durante toda la vida con su desagradable enfermedad, ese hombre habría degenerado y fallecido muchos años atrás de no ser por ella, luego le había arrebatado a los niños, y ahora, en agradecimiento, aún la insultaba desde la tumba, ¡aquel chiflado, aquel filósofo! Pero se contuvo y dijo con mucho sentido práctico:

—No hace falta imprimir esos fragmentos tan poco respetables, podían excluirse. Mi señor yerno está muerto y no va a enterarse.

Girardin estaba escandalizado.

—Bajo ningún concepto, madame —replicó con firmeza—, se puede recortar o alterar la obra de Jean-Jacques. Ningún editor se prestaría a eso. Yo mismo nunca lo toleraría, ni ninguno de sus amigos.

—Muy bien —dijo con calma madame Levasseur—, pues que sigan ahí los fragmentos poco respetables. Por un montón de luses de oro nos tragaremos los sapos que sean.

Girardin miró a madame Levasseur con creciente rencor. Si ella y su hija no habían colaborado en el terrible final de Jean-Jacques, al menos habían sido la causa directa. Y ahora aquella vieja gorda y rapaz quería además arrebatarse al muerto su póstuma gloria. Se dejó de rodeos.

—Ya os he comunicado, madame —dijo—, que la Administración de Hacienda de Su Británica Majestad, todavía no ha dado respuesta alguna a mi solicitud de si la

pensión de vuestro difunto yerno seguirá siendo aprobada. Tampoco lord Mariscal se ha decidido sobre la continuidad del pago de la renta por él otorgada. Si se publican estas memorias, tan contraproducentes para vos, entonces, madame, ninguna de las dos podrá contar ya con recibir esos importes.

Madame Levasseur comprobó con amargura lo difícil que resultaba para la gente corriente defender sus derechos frente a un gran señor; la chusma de alta cuna hacía frente común. Pero todavía no se rendía.

—Ahora empezamos a darnos cuenta —se lamentó— de lo desamparadas que nos hemos quedado con la pérdida de nuestro querido Jean-Jacques. —Clavó sus ojos pequeños y duros en el marqués—. ¡Cuando pienso —dijo despacio, en voz baja y con énfasis— lo fácil que habría sido evitar su muerte!

Tal y como había pretendido, consiguió herir a Girardin donde más le dolía. Este había logrado reconciliarse con el mudo reproche que le hiciera la vieja, días atrás, junto a la cama donde yacía el cadáver de Jean-Jacques: no pensaba tolerar sus desvergonzadas palabras.

—¿Qué significa esto? —preguntó con dureza—. Explicaos con más claridad.

La vieja no se arredró.

—No hay mucho que aclarar —contestó mientras clavaba en él una mirada burlona y suficiente—. No soy ningún juez, ni ningún cura, ni ningún filósofo, y lo que ha sucedido ya no tiene remedio. Pero os advertí a tiempo, señor marqués, eso supongo que sí puedo decirlo, y si vos entonces hubierais escuchado el consejo de una mujer mayor, que desde luego no es una persona de posición, pero que conoce el mundo y a la gente y tiene los ojos abiertos, algunas cosas habrían ido de un modo muy distinto, señor marqués.

Por un instante, Girardin se sintió lleno de una ira asfixiante ante aquel bajo intento de chantaje. Pero se contuvo. Ella había contado con una rápida herencia, no poseía otra cosa que los manuscritos, era comprensible que una persona tan vulgar, en semejante situación, lo tergiversara todo y pensara toda clase de disparates. Lo más importante, de momento, era evitar que se propagaran habladurías acerca de las *Confesiones*, debía taponarle la boca a la vieja con dinero, y, al fin y al cabo, ocupándose de las mujeres, estaría actuando en consonancia con el espíritu de Jean-Jacques.

—Comprendo vuestra difícil situación —dijo con frialdad— y perdono vuestras exageraciones. —Y altanero, apenas disimulando su antipatía, le ofreció—: Estoy dispuesto a asumir por mi cuenta el pago de las pensiones inglesas que acabo de mencionar hasta que se resuelva el asunto por vía oficial. Consideradlo también un préstamo sobre los manuscritos.

Madame Levasseur había dudado desde el principio que pudieran seguir recibiendo las pensiones inglesas, así que se sintió agradablemente sorprendida por la oferta del marqués. Dijo:

—Debéis disculpar a una mujer vieja, que ha tenido que soportar demasiadas

desgracias, si a veces actúa con excesiva firmeza. Supe desde el principio que vuestras intenciones son buenas para con nosotras, dos pobres viudas, y que no nos dejaríais en la estacada —y se retiró satisfecha.

Girardin por su parte, consideró que había hecho bien, había actuado como amigo leal de Jean-Jacques y como fiel protector de su obra.

Estaba ante la máscara fúnebre de Houdon. Una paz profunda y melancólica irradiaba de aquel rostro y eso hacía que aún resultara más terrible aquella brecha, la huella de la herida, la desagradable raja que descendía desde la frente fruncida por toda la sien derecha. Girardin se acordó con toda claridad de la conversación que había tenido con el escultor cuando vio la máscara por primera vez.

—¿No podrías retocar las irregularidades del lado derecho, monsieur? —había preguntado con menos resolución de la que era habitual en él.

—No, monsieur —había respondido con brusquedad Houdon. Desde que Girardin estaba familiarizado con las *Confesiones*, la brecha se abría de forma aún más amenazadora. Qué disparates iba a inventar la masa malediciente, qué infaustas interpretaciones daría a la herida el populacho cuando tuviera ocasión de husmear en la historia de la vida del maestro.

¿Inventar? De pronto, con fuerza, tuvo conciencia de que no había nada que inventar. Durante todo ese tiempo se había estado engañando, había mantenido los ojos cerrados, incluso hacía apenas un momento, apenas una hora, había querido rechazar las palabras terriblemente claras de la vieja, tachándolas de mentira y de chantaje. Ahora, de golpe, lo sabía: los «rumores» decían la verdad. Ese Nicolás, y se ordenó a sí mismo expresarlo en palabras, había matado a Jean-Jacques.

Las rodillas le fallaron, tuvo que sentarse. La culpa era suya, la vieja le echaba la culpa con razón. No debería haber rechazado con tanta ligereza su voz interior cuando percibió el desorden en su tablero secreto de llaves. Además, había sido advertido una segunda vez, cuando el perro fue envenenado, y una tercera, cuando la vieja, en su maliciosa sagacidad, le exigió que echara al caballero. Debería haber actuado entonces, debería haber despachado al mozo.

Y aun así: ¿era culpable? ¿No había tenido buenos motivos para creer que los rumores en torno a esa Teresa eran solo habladurías sin fundamento? El propio Jean-Jacques, las *Confesiones* lo revelaban, ¿acaso no había también creído en Teresa? ¿Debería él haber sido más listo que el maestro?

Sí, justo eso debería haber sido. Jean-Jacques podía creer. La tarea de Jean-Jacques era ser clarividente para las grandes cosas, no para las pequeñas, no para esa puerca de Teresa. Pero él, Girardin, que conocía bien la vida en la corte y a la gente, que había ocupado un puesto de mando en el ejército, no debería haber sido más estúpido que la vieja Levasseur.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Qué podía hacer? Aunque hubiera atado cabos desde el primer momento, cuando estuvo junto al cadáver, como lo estaba haciendo hoy, habría tenido que callar y mentir. Después de haber retenido al criado, después de no

haber hecho lo que debía, se veía forzado a seguir callando y a seguir mintiendo y a hacer cientos de cosas indignas y mendaces para impedir el paso a la verdad cada vez más peligrosa.

No podía castigar al asesino. Pero una cosa sí podía hacer: romper el oscuro lazo, la oscura relación con él, echarlo de su casa con oprobio y vergüenza.

Mandó llamar a Nicolás.

Le preguntó con severidad y con pocas palabras si todavía desempeñaba sus servicios en la casa de verano a las órdenes de las damas. Nicolás contestó con insolente cortesía:

—Sí, señor marqués. Como en los establos hay poco que hacer, dedico parte de mi tiempo a las señoras.

Girardin preguntó sin rodeos:

—¿Estáis amancebado con la viuda Rousseau?

—La viuda Rousseau no me mira con desagrado —contestó Nicolás, y con sentido práctico y una ligera sonrisa maliciosa, añadió—: me haría sombra a mí mismo si no cultivara esa relación.

—¡Abandonad Ermenonville! —le ordenó Girardin—. ¡Hoy mismo!

Después de que lo hubieran dejado tranquilo todos esos días, Nicolás había llegado a creer que toda aquella historia se había apagado como una vela de sebo que se ha consumido, con un ligero mal olor, y que luego sería olvidada. Con toda probabilidad, había sido la vieja, la bruja, la que no había dejado que el marqués se tranquilizara. Como siempre, de momento Nicolás tendría que darse por vencido.

—Si creéis —respondió con insolencia— que mi alejamiento aumentará la fama del señor filósofo —y se encogió de hombros. El marqués levantó el bastón. Nicolás no se apartó—. No podéis arrebatarme a golpes la inclinación que siento por la viuda Rousseau, señor marqués —le dijo con amabilidad.

—Mi encargado —le anunció Girardin al estilo militar— recibirá órdenes de encarcelaros si volvéis a poner los pies en mis propiedades.

—No temáis, señor marqués —dijo Nicolás—, ya conozco bastante las maravillas de Ermenonville.

Cuando Girardin hubo barrido de su casa aquel pedazo de basura, la inevitable proximidad de las mujeres lo llenó de un rechazo casi físico. Por desgracia no podía echar a la viuda de Jean-Jacques y a su madre del lado de la tumba de Jean-Jacques sin provocar un escándalo; pero al menos quería apartarlas de su vista.

El chalé suizo estaba terminado, aquella casita alpina que había hecho construir para Jean-Jacques. Mandó comunicar a las mujeres su invitación a mudarse allí.

Una última vez, cargado de dulces y melancólicos pensamientos, se sentó en aquel tocón de árbol, en el lindero del bosque, desde donde Jean-Jacques solía contemplar cómo avanzaban las obras de su casa. Era un escarnio y una ignominia que no fuera Jean-Jacques, sino las mujeres, las que se mudaran a la casa. Pero allí estarían fuera de su vista.

Se trasladaron, y a partir de aquel momento Girardin evitó acercarse al chalé suizo.

Expulsión del mal

Girardin entregó a Fernando los herbarios, realizados con tanto amor por el muerto, que le habían sido entregados junto con los manuscritos. Pero la botánica ya no tenía ningún interés para Fernando; no se sentía inclinado, como el maestro, a extraer de las plantas secas vivos recuerdos y referencias a gentes y situaciones.

El Jean-Jacques que recordaba se hizo cada vez más grande, pero, se confesaba en lo más íntimo de su ser, cada vez más difuso.

Se esforzó en mantener separada su preocupación por el maestro de su propio sentimiento de fracaso y de culpa. Puesto que su padre había echado a Nicolás, aquello que lo perturbaba se había simplificado mucho sin necesidad de su intervención, y el traslado de las mujeres al chalé suizo, de modo que apenas tenía que verlas, le permitió olvidar durante algunas horas, incluso durante días enteros, las cosas desagradables que rodeaban a Teresa. Puso todo su empeño en dejarse convencer por el diáfano sentido común de Gilberte, de que todo aquel turbio asunto había llegado a su fin.

Por supuesto, a veces, cuando se detenía ante la máscara del muerto, volvía a sentir el ardiente deseo de hacer algo en expiación. La máscara con la hendidura en la sien, y no el solemne busto, era la realidad de Jean-Jacques.

Se dio cuenta de que la gente del pueblo seguía alterada por la muerte de Jean-Jacques. A menudo, cuando él se acercaba, se interrumpían las conversaciones.

En una ocasión preguntó sin rodeos a Martín Catrou:

—¿Qué os pasa? ¿Qué cuchicheáis? Y ¿por qué os calláis cuando yo me acerco? Martín sonrió.

—¿No puedes imaginártelo tú solo? —contestó con su voz clara y penetrante—. Por supuesto discuten sobre vuestro difunto santo.

—¿Qué tienen ellos que comentar? —preguntó Fernando con mal fingida ironía. Martín, encogiendo las anchas espaldas, respondió:

—¿Comentar? Justo lo que se comenta en todo el país.

Fernando se sonrojó.

—¿No podrías ser más explícito? —ordenó a Martín, y como este guardó silencio y solo lo miraba con sus ojos negros, inteligentes y burlones, le ordenó con mucha altanería—: Te ruego que me lo digas.

—Si os ponéis así, conde Brégy —contestó Martín—, quizá sea mejor que, por hoy, pongamos fin a nuestra agradable conversación.

—¡Habla, habla de una vez! —lo conjuró Fernando—. ¡No me obligues a

sonsacarte cada palabra!

Fernando, aunque no era tonto, era algo limitado en algunas cosas, porque era un aristócrata; pero no podía ser tan limitado como para no saber lo que todo el mundo sabía.

—¿De verdad tengo que decírtelo? —preguntó de nuevo Martín.

—¡Habla, por favor, habla! —insistió Fernando.

Martín, encogiéndose de hombros, se lo contó.

—De acuerdo. Cuando alguien la diña o lo hacen diñar de una manera tan fea, cabría esperar, al menos eso es lo que cree la gente, creo yo y cree el mundo entero, que se llevara a cabo una investigación con un poco de rigor, que explique mejor lo sucedido. Vos no habéis investigado. Nada de lo que pudierais ofrecerle os parecía bastante, pero luego, cuando vuestro caballero le hundió el cráneo, os habéis limitado a echar tierra sobre el asunto y punto final. Eso no le gusta a la gente.

Fernando había sabido con exactitud de qué hablaba la gente, pero al oírlo ahora con palabras tan claras, se afectó tanto que su rostro vivaz se contrajo en una dolorosa mueca.

—¿Dices que le hundió el cráneo? ¿Nuestro caballero? —tartamudeó como un necio. Tanta necedad o fingimiento o ambas cosas a la vez enojaron a Martín.

—¿Quién si no? —respondió con brusquedad—. Todo el mundo sabe que la mujer de vuestro santo se abrasaba por el caballero inglés, y que el santo se interponía. Querían librarse de él. Está más claro que un suelo recién barrido.

Fernando miró a Martín con ojos llenos de una ira impotente. Este, enojado porque el otro fuera tan estúpidamente inocente, casi compadeciéndolo y sintiéndose él también algo indefenso, le explicó:

—Se abrasaba por algunos, la dama.

Fernando se asustó en lo más profundo. Ese Martín lo sabía todo. Todos lo sabían todo. Sin que viniera a cuento pensó: *Piget, pudet, poenitet*. Se cubrió la cara con las manos, tanta era su vergüenza.

Martín sintió lástima por él. Pero al mismo tiempo se alegraba de haber podido herir al aristócrata. Y como ya estaba lanzado, prosiguió:

—No sé qué opinión merece algo así entre vuestra gente, pero nosotros, los de las clases más bajas, lo consideramos un apestoso escándalo. Primero se presenta ahí el caballero inglés con su insolente careto, y mata a ese Jean-Jacques, luego se revuelca con la mujer sobre su tumba, y vos estáis al lado y os limitáis a mirar. Ahí nosotros decimos: ¡Diablos, qué vergüenza! Y algún día alguien le va a dar su merecido a ese golfo cuando vuelva de estar con ella, propinándole una buena paliza.

Fernando miraba fijamente al otro.

—Pero si Nicolás ya no está aquí —dijo desconcertado—. Mi padre lo echó hace tiempo.

Martín no estaba menos sorprendido.

—¡Pero qué inocente eres! —se burló—. ¡Claro que está aquí, el muy

sinvergüenza! ¿Es que no tienes ojos? Está en casa de Condé. No hay mucha distancia entre los dominios de Condé y los vuestros.

Era una monstruosidad, pero Fernando estaba convencido de que era verdad. Al príncipe de Condé le gustaba hacer jugarretas a su padre.

Vagó por el bosque consumiéndose de rabia y de vergüenza. Incluso los campesinos se daban cuenta de que debería hacerse algo, y él, Fernando, estaba allí, paralizado y apático. ¿Estaba hecho de madera? No debía consentir que aquella mujer depravada se revolcara con el canalla sobre la tumba del maestro. ¡Aunque tuviera que matarlo!

Esta vez no iba a discutirlo largamente con Gilberte, ni se dejaría influir por su sensatez y su cobardía.

Acudió a Girardin y le dijo sin rodeos:

—Padre, habéis echado a vuestro caballerizo inglés de vuestras posesiones. Pero nuestro amigo, el príncipe Condé, lo ha tomado a su servicio. Ese individuo sigue rondando por los alrededores y encontrándose con madame Rousseau.

El encargado de Ermenonville había ya comunicado al señor marqués, durante su informe, a primera hora de la mañana, que el tal Nicolás Montretout andaba por el vecindario. El encargado había querido seguir hablando, pero Girardin lo había interrumpido y le había preguntado:

—¿Se deja ver por Ermenonville? —Y cuando el encargado lo negó, se dio por satisfecho. Que ahora su hijo lo obligara a enfrentarse de nuevo a aquel asunto lo abatió.

—Habladurías estúpidas —dijo—, me disgustas.

—No son habladurías —insistió Fernando—. Ese hombre sigue viéndose con la mujer, como hacía antes. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo dice. ¡Debéis hacer algo, padre! Os lo ruego: ¡Empreded alguna acción contra él, algo definitivo!

El modo en que su hijo le hablaba, su apremio, su tono acusatorio, irritó al marqués. Nunca antes Fernando había osado criticar a su padre, y su amistad con Jean-Jacques no bastaba para justificar aquella insolencia inaudita. El joven debía tener graves motivos, de carácter personal. Y de golpe, Girardin se acordó de que, a veces, Fernando se había ausentado estando Jean-Jacques cenando con ellos. Y ató cabos: también Fernando había tenido relaciones con aquella mujerzuela.

Casi aliviado, descargó su cólera en el hijo.

—¿Cómo se os ocurre —preguntó con severidad— venir a contarme chismorreos? ¿Cómo se os ocurre darme lecciones de moral? —y como Fernando guardaba silencio, profundamente sonrojado, Girardin concluyó implacable—: Conde Fernando, ¿tenéis algo que confesarme?

Fernando estaba exasperado. Le había supuesto un gran esfuerzo cumplir con el desagradable deber de advertir a su padre que el asesino seguía pavoneándose a la vista de todos y gozando del resultado de su fechoría, lo que era una deshonra para Ermenonville. Y el seigneur de Ermenonville, por toda respuesta, sospechaba de sus

motivos, de los de Fernando. Se avergonzó por su padre.

Pensó en la severidad puntillosa con la que este había tratado de someterlo durante todos aquellos años, de cómo lo había mortificado y humillado. Recordó cómo su padre le había roto el violín. Pensó en aquellos años horribles en la academia militar en la que su padre lo había internado. Con toda claridad le vino a la mente de golpe un episodio ridículo y ultrajante de hacía mucho tiempo. En aquella ocasión, estando él de cacería, su padre había mandado un hombre a caballo con la orden de que regresara de inmediato.

—Monsieur —le había dicho su padre—, habéis olvidado cerrar la puerta de vuestra habitación. Cerradla y podréis volver a vuestra cacería.

Por supuesto, su padre también le había manifestado su amor de muchas maneras distintas. Se lo había llevado consigo, a pesar de que pudiera suponer un estorbo, en su largo viaje por Italia y Suiza. En centenares de ocasiones le había dedicado tímidas, casi escondidas ternuras.

Alterado por la ira y el sentido crítico, pero al mismo tiempo por el amor, Fernando miró a su padre, y este leyó en su rostro, contraído por el esfuerzo, con dolorosa claridad, las dificultades por las que pasaba también él. Ciertamente, aquel hombre orgulloso y honesto sentía el mismo o mayor deseo que él de castigar aquel crimen. Pero por encima de todo estaba la preocupación por el prestigio de Ermenonville: el seigneur de Ermenonville no podía permitir que el escándalo que rodeaba la muerte de Jean-Jacques salpicara el esplendor y la grandeza de su casa.

—Espero una respuesta —dijo Girardin.

Fernando, entrecortadamente, pero con valentía, confesó:

—Sí. Me he hecho acreedor de culpa al mantener relaciones con esa mujer. Pero —añadió con pasión—, justo por eso mi corazón ansía que ese hombre, ligado al maestro de un modo tan desventurado, sea expulsado de forma definitiva. No debe seguir paseándose por aquí, manchando su memoria. Quizá sea muy insolente por mi parte, padre, pero ¡os ruego de nuevo y encarecidamente que pongáis fin a esta vergüenza! ¡Esta vergüenza me oprime el corazón! —E impetuoso, el rostro contraído, concluyó—: El aire de Ermenonville se ha hecho irrespirable.

Nunca antes nadie había dirigido al marqués palabras como aquellas. Nadie había tenido que advertirlo jamás que protegiera su honor, y menos aún iba a tolerar que semejante amonestación viniera de su hijo. Levantó la mano para abofetear a Fernando. Entonces vio la máscara funeraria. La mano descendió. Con una fuerza arrolladora, sintió la conciencia de su propia culpa.

Pero nunca iba a reconocer esa culpa ante nadie. Buscó palabras duras para reñir al hijo rebelde. No las encontró. Vencido, entristecido y cansado, dijo:

—El dolor por la pérdida de Jean-Jacques te confunde, hijo mío.

También ahora Fernando comprendió lo que sentía su padre. Tras un largo silencio, sin levantar la voz y con amabilidad, preguntó:

—¿Qué habéis decidido, padre?

Girardin contestó:

—Viajaré a París, hablaré con el jefe de policía.

Monsieur Lenoir, el jefe de policía, no pareció muy sorprendido cuando el marqués solicitó el destierro del que había sido su caballerizo, John Bally, llamado Nicolás Montretout. Mandó traer una gran acta y reseñó:

—Veo que en su momento, cuando despedisteis al mozo, ya se pensó en desterrarlo. Pero cuando su alteza el príncipe de Condé lo tomó a su servicio, no procedimos contra él. Lo que me comunicáis ahora, mi querido señor marqués, cambia la situación. Estamos en guerra contra Inglaterra, un inglés de tan dudosa reputación no tiene nada que hacer en nuestro país. Dispondré su expulsión.

El marqués quedó agradablemente sorprendido de lo fácil que había resultado todo. Pero lo llenó de confusión y lo afligió que el jefe de policía pareciera estar informado con tanto detalle de cuanto sucedía en Ermenonville. Así que París no se había dejado engañar por los certificados de médicos y funcionarios. ¿No se habría excedido Girardin al comprometerse a ocultar al mundo y a la posteridad el oscuro final de Jean-Jacques? De cualquier forma, había conseguido su objetivo más inmediato: el asesino iba a desaparecer. Pocos días después, también Nicolás recibía del propio jefe de policía en persona una orden firmada que lo obligaba, en el plazo de una semana, a salir del país de Su Cristianísima Majestad y a no regresar jamás, bajo la amenaza de un duro castigo.

Nicolás lanzó un enorme escupitajo y silbó entre dientes. Debía reconocer que lo que habían tramado el cabezota de Girardin y la vieja mula no era ninguna tontería. Tendría que rendirse a la evidencia.

Pero míster John Bally no era hombre que renunciara con facilidad a nada que se le hubiera metido en la cabeza. Abandonaría el país, de momento; pero algún día, la guerra terminaría. Entonces todo quedaría olvidado y él regresaría en busca de la mujer, y con la mujer, de los papeles y del dinero.

Ante todo debía asegurarse a Teresa, grabando a fuego su marca en ella.

En cuanto se hizo de noche, se acercó al chalé, las mujeres se disponían a cerrar la casa y acostarse. Madame Levasseur, cuando vio entrar a Nicolás, quedó sobrecogida de espanto; el chalé estaba en un lugar solitario del parque, muy lejos de castillo, aquí nadie las oiría por más que gritaran pidiendo auxilio.

—Buenas noches, madame —dijo Nicolás muy cortés—. Buenas noches, ángel mío —se dirigió luego a Teresa—. Tengo que hablar contigo.

También Teresa sentía miedo. Tenía que haber sucedido algo muy importante, de otro modo monsieur Nicolás no se habría presentado a esas horas; pero al mismo tiempo se sentía orgullosa de la temeridad de que hacía gala presentándose en Ermenonville por su causa.

—Tengo que hablar contigo a solas —explicó Nicolás. Pero la vieja ya había reaccionado.

—Largaos de esta casa, perro —le ordenó sin levantar la voz y muy tranquila.

—Ya lo ves, Teresa mía —dijo Nicolás—, tu señora madre también desea que nuestra conversación no tenga lugar en su presencia. Justo lo que yo he propuesto. Así que ven, por favor.

Teresa, a pesar de todo su amor, tenía un miedo demencial a Nicolás. Con toda seguridad quería de ella algo turbio. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él, pero era bueno que su madre estuviera allí.

—Tú no te mueves de aquí, Teresa —dijo con calma la vieja—, y vos, canalla, vais a marcharos.

Nicolás se acercó un poco más. Pero Teresa dio un paso hacia su madre, y cuando la vieja la cogió de la mano, estrechó con fuerza la mano de la madre.

Nicolás se encogió de hombros.

—La vieja dama es caprichosa —comentó—. Tan pronto quiere que hablemos fuera como aquí dentro. Soy un hombre de mundo, tendré en consideración su edad avanzada. Así que quedémonos aquí. Por supuesto me habría gustado esta noche darme un revolcón contigo, Teresa, mi querido tesoro. Y es que durante un tiempo no volverás a verme. Esta es una visita de despedida.

—¿Quieres marcharte? —preguntó Teresa. El corazón se le subió a la garganta. Nunca antes había sentido con un espanto tan jubiloso hasta qué extremo amaba a ese hombre; si ese no era el gran amor que ensalzaban las canciones, ninguno lo era. Había creído que amaba al oficial de carnicero Roberto, pero eso no había sido nada comparado con lo de ahora. Había cumplido treinta y ocho años, había perdido su juventud al servicio y al cuidado de Jean-Jacques y ahora había llegado el gran amor y podía disfrutarlo, nadie más se interponía, incluso disponía de dinero: ¡Y ahora él quería marcharse!

—¿Quieres marcharte? —la escarneció él—. Yo no quiero marcharme. Yo me veo obligado a marcharme, y es por tu causa. Tu aseado galán nos ha hecho una buena jugarreta, ¡menudo elemento el aristócrata! —de pronto estalló toda su ira—. Eso ha pasado por haberte liado con él, con ese niño. Ahora está celoso y se ha parapetado detrás de la policía, el muy cobarde, el noble pusilánime.

El corazón de madame Levasseur cantó el *Hosanna* y el *Aleluya*. ¡Así que por fin lo había conseguido! Aquel canalla tenía que marcharse ¡Y ella se quedaba! Redujo la presión sobre la mano de Teresa, la conminó en su interior a conservar ahora un mínimo resto de sensatez, solo durante unos minutos más todavía y ambas estarían salvadas, y también el dinero, y ya no podría pasarle nada más a su Teresa. Se puso dura la vieja, mantuvo un mudo diálogo con Teresa, le suplicó, la insultó, trató de convencerla, todo a través de la presión de su mano. Y percibió que Teresa, a pesar de su lascivia, tenía miedo al mozo y confiaba en ella. Se quedaría, su Teresa, él no iba a conseguir llevársela.

Teresa, con la voz algo ronca, preguntó:

—¿Cuándo tienes que irte? ¿Y cuándo volverás?

—Me voy mañana —dijo él—, y no sé cuándo volveré.

—Te esperaré —le prometió ella—, o quizá vaya a reunirme contigo. Algún día seré libre.

Él disfrutó de aquel momento en el que ella expresaba todo cuanto sentía en su interior: Se agarraba a la mano de su madre, pero al mismo tiempo deseaba su muerte. Él sintió que la tenía bien segura. Ella lo esperaba.

—Desde luego sería hermoso que pudiéramos celebrar fuera nuestra despedida —la tentó. Todo el cuerpo de Teresa lo deseaba, se inclinaba hacia él, pero la mano de la vieja le infundió sensatez y ella no la soltó. Él se encogió de hombros.

—La guerra no va a durar mucho más —dijo—, entonces volveré de nuevo. Vigila —le aconsejó— que la vieja dama no malgaste demasiado dinero, mientras yo esté fuera, con su pollito, nuestro sargento de América. ¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó a bocajarro.

—Ya te gustaría saberlo —se burló la vieja—. Porque como tienes que marcharte, no sabes si vale la pena volver. Tu Teresa no tiene la menor idea acerca de cuánto dinero estamos hablando. Y ya sea mucho o poco, está tan bien atado que ningún sinvergüenza podrá tocarlo.

—Infravaloráis mi amor, madame —contestó Nicolás—. Volveré. Asumo el riesgo. Tanto si es mucho o es poco, yo y mi Teresa estaremos juntos.

—Y tampoco debéis estar celoso del joven conde, monsieur Nicolás —le aseguró Teresa—. Durante un tiempo me hice ilusiones con él; lo que es verdad hay que decirlo. Pero desde que vos —buscó la palabra adecuada— hicisteis eso por mí, sé a quien pertenece mi corazón y ahora no miro a ningún otro.

—Eso está bien —la elogió Nicolás. La vieja percibió todo su desprecio por su pobre Teresa.

—Ya que no vamos a revolcarnos en la hierba —dijo él—, es mejor que me vaya. Ya te haré saber mi dirección.

—Sí, escíbeme —le rogó apremiante Teresa—, ¡escíbeme a menudo!

—Mi francés escrito es miserable —contestó él—, y aunque fuera bueno, tú no sabes leer.

—Ya encontraré el modo de comprenderlo —contestó con mansedumbre Teresa.

—Lo dudo —dijo él—. Si un tercero no debe entenderlo, deberé expresarme de un modo diabólicamente astuto, y tú, por desgracia, no tienes ni un gramo de cerebro, tesoro mío.

—A ti voy a entenderte, mi Colás —le aseguró Teresa.

—No soy ningún conde, ni ningún hombre rico —dijo él—, pero te he traído una cosa como regalo de despedida —se acercó mucho a ella—. ¡Dame la mano! —le ordenó.

—¡No! —le gritó su madre.

—¡Dame la mano! —le ordenó por segunda vez.

Ahora ella solo deseaba una cosa, hacer su voluntad aunque le costara el alma. Soltó la mano y se la alargó.

—No le haré nada —se burló dirigiéndose a la vieja—. Aquí tienes —le dijo bondadoso a Teresa y le puso un anillo en el dedo—. Esto es un compromiso. Esto es una boda. Es, por lo menos, tan válido como tu otro matrimonio, que ya ha terminado. Ahora me perteneces —le explicó—, y yo, en cierto modo, te pertenezco a ti.

—Sí, Colás, mi querido Colás —respondió obediente Teresa. Temblaba de arriba abajo de felicidad, de orgullo, de miedo. Lo que allí estaba sucediendo era el acontecimiento más importante de su vida.

Una comedia real

El rey Luis, el decimosexto de su nombre, se encontraba en su biblioteca de Versalles y estudiaba los informes secretos del ministro de policía Lenoir. El monarca, que contaba veinticuatro años de edad, leía mucho y lo hacía gustoso, sobre todo actas de gobierno.

Se topó con la nota que recogía que un tal John Bally, alias Nicolás Montretout, caballerizo del príncipe de Condé, y antes caballerizo del marqués de Girardin, había sido expulsado del país; el tal Bally había mantenido relaciones escandalosas con la viuda del escritor, recientemente fallecido, Jean-Jacques Rousseau, y además era inglés.

El joven rey tenía una memoria excelente. Se acordaba con todo detalle de los informes confidenciales que había leído acerca de la muerte de ese Rousseau. Se había dudado bastante de que la verdadera causa de la muerte de aquel hombre hubiera sido una apoplejía, por todas partes habían corrido rumores de lo más tenebrosos, y ya entonces se había mencionado el nombre de aquel caballerizo inglés.

Gordo, y en una postura poco elegante, Luis estaba trabajando en su escritorio. Apoyaba en las manos la cabeza grande y gruesa, con la frente inclinada y huidiza, miraba pensativo con sus ojos cortos de vista y algo saltones las estatuillas de porcelana de los grandes poetas fallecidos que adornaban su mesa, la de La Fontaine, Boileau, Racine y La Bruyère, él mismo había hecho fabricar aquellas delicadas esculturas en su manufactura de Sèvres. Esos eran escritores a la medida de su corazón. Habían contribuido a la fe en Dios y en el orden establecido por Dios. Ya no había escritores como aquellos. Él, Luis, tenía que pelearse con ateos y alborotadores como Voltaire, como Rousseau.

Pensó en la mala semilla que estos filósofos habían sembrado y que había germinado con fuerza y cargada de malicia. Habían llenado su corte y su capital de cinismo y de herejías. Sus nobles se divertían con la revolución que se producía en todo el mundo; serraban, como si se tratara de un juego, la rama en la que se posaban. Sus ministros lo habían convencido para que firmara una alianza con las provincias

inglesas en América que se habían amotinado contra Inglaterra, su prima hermana. Se había dejado empujar hasta el borde del abismo, pero era demasiado débil, era incapaz de oponerse a la voluntad general, ¿acaso no utilizaba en sus pensamientos una expresión inventada por Rousseau? Sí, sabía que encima, al final, tendría que mandar tropas de refuerzo a esos americanos rebeldes que se enfrentaban a su rey, impuesto por Dios. Era consciente, aunque solo él se daba cuenta, de que todo aquello acabaría volviéndose contra él.

Era una muestra de benevolencia que el Todopoderoso hubiera permitido que ambos filósofos rebeldes murieran de una muerte indecorosa uno tras otro, en tan breve espacio de tiempo. El cadáver de Voltaire había sido robado y sepultado de noche, en secreto, y con una prisa indecente, ese entierro desacreditaba al muerto y perjudicaba felizmente el nombre y la memoria de ese Voltaire. Y luego había muerto el otro hereje, de una muerte poco honrosa, asesinado por el amante de su mujer.

Justo después de la muerte de Rousseau, ya había pensado en ordenar que se abriera una investigación. Pero su primer ministro había manifestado sus reparos: ese filósofo era muy celebrado en todo el mundo, su fama era la fama de Francia. Y ahora resultaba que se había expulsado del país a su supuesto asesino para mantener inmaculada la memoria del rebelde. ¿Debía él, Luis, permanecer inactivo, como un mero espectador? ¿No tenía él, el rey cristianísimo, la obligación de propagar la noticia de su cuestionable muerte para reducir así el efecto de sus libros?

La siguiente vez que el jefe de policía Lenoir despachó con él, dijo el rey:

—Veo, mi apreciado Lenoir, que habéis expulsado del país a un caballero que tenía un asunto amoroso con la viuda de aquel Rousseau. ¿No os habéis precipitado un poco? ¿No dificulta esta expulsión la investigación de los rumores que rodean la muerte de ese filósofo blasfemo?

—Existe —contestó Lenoir— un acta intachable, firmada por respetables médicos y funcionarios, que certifica que monsieur Rousseau murió de un ataque de apoplejía.

—Y vos —preguntó Luis rechazando el acta con un movimiento de su mano—, ¿habéis averiguado cuál fue la verdadera causa de la muerte? ¿Qué hay de ese caballero de quien se dice que lo mató como consecuencia de sus sucias relaciones con la mujer? ¿Se ha demostrado de modo concluyente que es inocente?

—Apenas si pueden aportarse pruebas concluyentes —respondió Lenoir con precaución— ni en un sentido, ni en otro. Y hay gente en Francia, buenos patriotas, que ven en esa falta de pruebas una ventaja para el reino.

—*Justitia fundamentum regnorum* —dijo Luis—, y el señor arzobispo de París con toda probabilidad no lo considerará una ventaja. No recuerdo haber dado orden de que no se iniciara ningún proceso.

—Si así lo ordenáis, sire —dijo el jefe de policía tras un breve silencio—, mandaré las actas confidenciales al señor fiscal general con el ruego de que las inspeccione y exponga a Vuestra Majestad su opinión acerca de la posibilidad de

llevar a cabo una acusación pública.

—Os lo agradezco, Lenoir —dijo Luis.

Pocos días más tarde, se presentó en Ermenonville el doctor Lebègue muy alterado, cosa que no era habitual en él. De inmediato, tras el primer saludo, contó a Girardin que se había puesto en marcha algo que los afectaba a ambos, y al ver el sobresalto y la inquietud de Girardin, le explicó:

—No os sorprendáis, mi querido marqués, si de pronto se presenta aquí, en Ermenonville, una comisión investigadora por encargo especial del señor procurador general. El rey juzga deseable que se esclarezca hasta el último detalle de la muerte de Jean-Jacques. El doctor Lassone me lo ha contado, el médico de Su Majestad el rey.

—Pero si todo está aclarado —exclamó asustado Girardin—. Está todo registrado en un acta, en vuestra acta.

Lebègue se encogió de hombros:

—*Regis voluntas suprema lex.*

—¿No va a terminar nunca este desventurado asunto? —se lamentó Girardin—. No se puede forzar un proceso a partir de habladurías sin sentido.

Lebègue, casi afectuoso, repuso:

—En esos casos se suele exhumar el cadáver.

La idea de que los hombres que llevarían a cabo la investigación criminal cruzaran el lago hasta la isla de los grandes álamos, abrieran la tumba con sus rudas manos, revolvieran la tierra sagrada y sacaran el cadáver de su féretro para hurgar de nuevo en él, le pareció a Girardin una imagen espeluznante que lo llenó de pánico.

—¿Qué puedo hacer? —se dirigió desesperado a Lebègue.

—El rey es lento —dijo este—, pasará aún algún tiempo antes de que se decida a ordenar la investigación. Habría que aprovechar ese tiempo. Las personalidades que están próximas al rey deberían tratar de influir en él. Jean-Jacques está de moda, y el círculo del rey se mueve con la moda. ¿No estáis emparentado con el marqués de Vaudreuil? La reina hace todo lo que Vaudreuil quiere.

Girardin puso mala cara. Él y su primo Vaudreuil no se apreciaban. El frívolo Vaudreuil, elegante hasta la exageración, era cortesano hasta la médula, Girardin consideraba sus aficiones filosóficas y literarias como una mera afectación. Vaudreuil, a su vez, se burlaba de las ambiciones intelectuales de su primo del campo.

—No veo cómo podría influir en Vaudreuil —dijo Girardin incómodo— para que interviniera en un proceso criminal en el que el rey está interesado.

—Podría hacerse dando un rodeo —le sugirió Lebègue—. Vaudreuil y la camarilla de la flor de lis solo tienen alabanzas por *La nueva Eloísa*. Los lugares donde Jean-Jacques pasó sus últimos meses, y su tumba, podrían tener para esos caballeros y esas damas un atractivo sentimental que se pusiera de moda. Vaudreuil difícilmente dirá que no si vos lo invitáis a visitar de nuevo Ermenonville, acompañado de la reina.

Girardin se dio cuenta de adónde quería ir a parar Lebègue. Vaudreuil gozaba de una inmejorable posición ante María Antonieta, que aceptaba sus sugerencias sin el menor reparo. Una vez la reina hubiera visitado la tumba de Jean-Jacques, quedaba del todo excluido que esa tumba fuera profanada por el escándalo. Entonces Jean-Jacques descansaría en paz para siempre. Y también él, Girardin.

Viajó a Versalles. Vaudreuil se mostró, tal y como había esperado, irónico y altanero. Era amargo tener que visitar a aquel relamido caballero para conseguir de él un favor. Girardin se contuvo, se humilló, rogó. Como su señor primo sabía, su corazón siempre había deseado humildemente poder mostrar a la reina, la creadora del Trianón, su Ermenonville; ahora que el mayor pensador de Francia estaba enterrado en Ermenonville, quizá la propia reina sentía el deseo de visitar sus jardines.

Vaudreuil vio con satisfacción que su primo del campo se contorsionara como un cortesano. Veía las implicaciones. La idea del gordo de Luis, de armar un escándalo alrededor del difunto Jean-Jacques, le parecía de mal gusto, y le pareció excitante hacerle una jugarreta. Si él, Vaudreuil, junto con la elegante y risueña reina, esa niña consentida, se acercaban a la tumba de Jean-Jacques, se produciría una situación muy picante, una alegoría irónica. Ya ahora se reía en su interior, al pensar cómo toda Europa hablaría de ese peregrinaje. Incluso los libros de lectura que se escribirían en épocas posteriores se entusiasmarían hablando de cómo la joven reina María Antonieta y su primer camarero habían adornado la tumba del filósofo rebelde con flores silvestres. Y dijo:

—Tenéis razón, primo mío. Seguro que sus súbditos se sentirán muy agradecidos a la madre del país si esta muestra sus respetos a los manes del amado filósofo. Así pues —prometió generoso—, transmitiré a madame vuestra invitación con mi más calurosa recomendación, y estoy casi seguro de que madame la aceptará. Contad con ello, primo mío, dentro de poco iremos a Ermenonville. Madame se detendrá en la tumba de Jean-Jacques y expresará sus condolencias a su viuda.

Ese detalle añadido se le había ocurrido a Vaudreuil en aquel mismo momento. Sazonaría la diversión, sería una gran comedia, una comedia real, que la reina de Francia diera el pésame a la persona que cargaba con la mayor parte de la culpa en el dudoso fin del ingenuo filósofo.

La indignación se apoderó de Girardin. Habría querido abofetear el rostro afeitado, hermoso y petulante de su primo. Pero el modo en que Vaudreuil imaginaba el desarrollo de la visita de la reina era el adecuado, el más conveniente; Girardin no veía el modo de rechazar su propuesta. Además, su primo, con su diabólica ocurrencia, sin querer, le había hecho un gran servicio. Una vez la reina hubiera hablado graciosamente con la causante del asesinato, esta ya no volvería a ser jamás la causante del asesinato, el asesinato no habría tenido lugar.

—Os agradezco mucho vuestra buena disposición, monsieur —dijo Girardin—, y espero con ansioso respeto noticias por parte de Su Majestad.

Efectivamente, pocos días después, la reina, acompañada de un pequeño séquito, llegaba a las puertas de Ermenonville.

Después del desayuno dio un paseo por el parque. En la torre de Gabrielle, Girardin le ofreció un pequeño concierto; se interpretaron canciones de Jean-Jacques, en su mayoría inéditas. A la joven dama, alta y rubia, le encantaron aquellas sencillas melodías. Incluso cantó una de las canciones leyéndola de la partitura, tenía una hermosa voz.

Después se acercaron al lago, y el marqués remó para llevar a la isla a María Antonieta y a Vaudreuil. Durante tres minutos completos estuvieron en silencio junto a la tumba. Luego, tal y como estaba previsto, la reina de Francia adornó la sencilla lápida con flores silvestres.

—Qué hermoso —dijo—, qué hermoso y qué emotivo. Aquí, sin duda, él podrá descansar. Me he hecho leer algunos fragmentos de *La nueva Eloísa* —le contó a Girardin—. Incluso le he escrito a mi madre, la emperatriz, hablándole de ello; ella no estaba muy entusiasmada. A pesar de todo, yo habría deseado seguir con esa lectura. Pero ya sabéis, mi querido marqués, las muchas ocupaciones que tengo no me da tiempo a nada. Ahora, después de haber visitado esta tumba, os aseguro que voy a recuperar lo que me he perdido. Recordádmelo, por favor, mi querido Vaudreuil.

Luego, bajo el sauce, gentilmente sentada en el banco de césped de Jean-Jacques, María Antonieta recibió el homenaje de los jóvenes del pueblo. Estaba acostumbrada a esa clase de cosas, escuchó con expresión atenta y amable los versos que recitó una niña vestida de blanco, mientras pensaba en otra cosa.

Entonces Vaudreuil se dirigió a Girardin, le anunció que pronto tendrían que emprender el viaje de regreso a casa y que Su Majestad deseaba expresar sus condolencias a la familia de Jean-Jacques.

En los labios de la reina bailaba una sonrisa maliciosa, apenas perceptible. Vaudreuil le había contado la desventurada historia matrimonial del gran filósofo. Se había casado con una mujer de orígenes muy pobres, había abandonado a sus hijos en el orfanato y, como ella lo odiaba por eso, al final había sido eliminado por la mujer y su amante, de un modo muy poco claro. Vaudreuil le había explicado que eso no podía hacerse público, ya que Jean-Jacques era la gloria de Francia, pero esa era la verdad y aquel era en verdad un caso interesante. También se lo había parecido a María Antonieta y había ido hasta allí, ante todo, para conocer a esa mujer fatal.

Cuando las mujeres tuvieron noticia de que la reina quería verlas, no pudieron creérselo. Incluso madame Levasseur, que nunca se alteraba, estaba excitada. Teresa se dio cuenta por primera vez de lo que significaba ser la viuda de Rousseau.

Y allí estaban ellas, y esa era la Reina.

Interesada, algo horrorizada, María Antonieta contempló a la mujer. Ese Jean-Jacques había escrito un libro tan hermoso y conmovedor y tan conocido, las grandes damas se lo disputaban, y él vivía con esa persona tosca y vulgar y había dejado que

su amante lo matara. Que sorprendente. Le habría gustado examinar a esa mujer con su monóculo, para comprobar si en el pasado podía haber habido en ella algo de atractivo. Pero no habría sido correcto, tan cerca de la tumba. A su madre, cuando le escribiera, no debería contarle que había estado allí, aunque se enteraría de todos modos y le mandaría algún emisario para que la riñera, con todo respeto y rigor; también iba a refunfuñar su gordo y buen Luis. Pero resultaba muy excitante estar allí y hablar con aquella mujer, y se alegraba ya de poderse lo contar a su amiga Ivonne y a los otros de la camarilla de la flor de lis.

—He visitado la tumba de vuestro esposo, querida —dijo en el tono serio, amistoso y sin embargo no demasiado altanero con que solía expresar a la gente del pueblo su simpatía. Había aprendido de su madre a hablar con esa clase de gente; con su amabilidad en el trato, los Habsburgo estaban muy por delante de los demás monarcas—. Habéis recibido un duro golpe del destino —prosiguió, y en voz más baja, casi con familiaridad añadió—: Sé de los sufrimientos que habéis tenido que sobrellevar como consecuencia de la arrolladora filosofía de vuestro esposo, que fue, con toda su grandeza, alguien maravilloso. Puedo comprender vuestros sentimientos, madame, lo que habéis sufrido al perder a vuestros queridos pequeños.

El chiflado debía haber sido en verdad un gran hombre, pensó madame Levasseur, si no, la reina no estaría alabándolo tanto. Seguro que ahora los papeles eran todavía más valiosos; ojalá el marqués se lo hiciera saber a los editores. ¡Si Teresa fuera capaz de no mostrarse tan necia!, ¡ya podría llorar un poco por lo menos, aquella vaca estúpida!

Pero Teresa estaba allí de pie, callada, sumida en un feliz aturdimiento. ¡Qué gran dama es, y qué amable! Pensaba. ¡Y qué guapa! Y su caballero, ¡qué elegante, qué gallardo! ¡Y todos vienen a verme! ¡Qué honor! ¡Qué lástima que Jean-Jacques no pueda verlo! ¡Y qué pena que monsieur Nicolás no esté presente! Pero seguía sin encontrar las palabras para responder.

—Sí, madame —salió por fin madame Levasseur en ayuda de su hija—, ha sufrido mucho, mi querida Teresa. Pero así son las cosas, él era un gran filósofo, nuestro pobre Jean-Jacques, y había que aceptar sus veleidades. Siempre se lo he dicho a mi Teresa: lo que tú sufres lo sufres por la gloria de Francia.

Debo dirigir también algunas palabras amables a esta horrible vieja, pensó María Antonieta, si no Vaudreuil me lo recordará durante días.

—Al menos tenéis con vos a vuestra querida madre —le dijo a Teresa—. Ese es un gran consuelo, lo sé por propia experiencia. Siempre, en situaciones difíciles, me animo al pensar en mi madre en Viena, la emperatriz.

—Sí, madame —dijo Teresa, y le besó la mano. Y madame Levasseur le aseguró:

—Durante todos los años que me resten de vida rezaré por Sus Majestades, por vos, madame, y por Su Alteza, vuestra señora madre.

Con eso terminó la visita de María Antonieta a Ermenonville. Con su presencia, la propia reina había sellado y ratificado el protocolo de Lebègue sobre la muerte de

Jean-Jacques y ya no hubo esperanza ni temor de que la brecha en la sien del muerto y en su máscara funeraria siguiera siendo objeto de posteriores exámenes.

Fernando ve la luz

Después de haber conseguido de su padre la expulsión del asesino, Fernando creyó que ya había cumplido con su deber de forma efectiva y el aire de Ermenonville estaba de nuevo limpio.

La comedia junto a la tumba le demostró hasta qué punto estaba equivocado. ¡La reina de Francia alargaba con benevolencia fraternal su mano a la mujer que tenía la culpa de la muerte del maestro! A la vista de aquel espectáculo encantador y profundamente perverso, Fernando se dio cuenta de que si el asesinato había podido producirse, no era solo culpa del que lo había cometido, el asesino había confiado en que nadie iba a hacerle nada, con razón se había mostrado tan confiado. Los poderosos del país no solo cerraban los ojos ante el craso engaño en torno al más auténtico de los seres humanos, sino que falseaban su muerte, cubrían su final con la niebla de las mentiras. No querían la verdad, nadie en el país la quería, todos se ponían de acuerdo para pisotearla bajo tierra.

Aquella evidencia fue como un cataclismo para Fernando. Todo su ser se derrumbó.

Hasta ese momento había pensado mucho en su futuro; lo tenía marcado ante él. Después de unos años en el ejército o en el servicio diplomático se retiraría al campo, a Ermenonville o a alguna de las otras posesiones de su padre, viviría al lado de Gilberte, administraría sus bienes siguiendo los métodos modernos, preocupado por el bienestar físico y espiritual de sus arrendatarios y campesinos; pero sobre todo leería y pensaría, quizá también escribiera.

Ahora veía que eso no le era posible. No soportaba quedarse por más tiempo allí, en Ermenonville. Ya no soportaba a su padre, que intentaba recomponer y remendar la imagen hecha pedazos de Jean-Jacques mediante recursos ridículos. No soportaba ya los jardines, cuya paz, alegre y ordenada, era desmentida por la tumba del asesinado Jean-Jacques. No podía seguir viviendo rodeado por ese paisaje, que había sido sagrado, ahora poseído, mancillado, maldito por las vivencias de Jean-Jacques y los suyos.

No solo Ermenonville, todo aquello relacionado con la actividad de filosofar y andarse con sutilezas, desde lo más profundo de uno mismo, le pareció cuestionable. Estar sentado en silencio y leer y meditar sobre el mundo y la vida y sobre la propia alma, no le bastaba. Nadie lo había conseguido excepto Jean-Jacques, nadie había dado una visión tan amplia del mundo y de sus implicaciones, ni había echado una mirada tan profunda en el propio corazón: pero no había visto la realidad que lo

rodeaba. Había podido volar, pero no había sabido andar.

La contradicción entre la vida de Jean-Jacques y sus enseñanzas le pareció a Fernando mucho mayor y más espantosa que nunca.

No se podía influir en nada sin la filosofía, pero la filosofía, la teoría sola, tampoco lo conseguía. Debía ser adaptada, perfilada, para que respondiera a la realidad del entorno. Había que palpar la dura y vigorosa realidad, rozarse con ella, dejarse empujar y arañar por ella. Había que descubrir, por medio de las propias vivencias, amargas y dulces, qué era provechoso y qué no lo era.

Así lo enseñaba también el propio Jean-Jacques. Su Saint-Preux, en su más profunda desesperación, no se suicida, se sumerge en la cotidianidad de la vida, participa en la gran circunnavegación del mundo.

Él, Fernando, debía salir al mundo. Solo, sin preceptor ni acompañantes. Los viajes que había realizado con su padre a Inglaterra, a Suiza, esos viajes de estudio, en los que había estado tan bien protegido, no lo habían ayudado. Debía ver el mundo real, no el de los libros antiguos. Debía contemplarlo con sus propios ojos, abarcarlo con sus propias manos.

Por supuesto, Gilberte no se alegraría de que él se marchara durante unos cuantos años. Pero lo comprendería, tenía que comprenderlo.

Al día siguiente fue a verla. Habló con ella.

Si se miraba la máscara funeraria de Jean-Jacques por el lado izquierdo, le expuso, era noble, ilustre, llena de paz; pero si se contemplaba desde la derecha, se veía aquella profunda hendidura y no quedaba nada de esa paz. La brecha no solo recorría la sien de Jean-Jacques, se extendía por toda Francia. Una verdad no encajaba con la otra. Cualquiera debería darse cuenta: lo que debería ser, y lo que era, no tenían ya nada que ver entre sí.

Iba de un lado para otro, sus palabras se atropellaban, era tanto lo que había descubierto y quería contarle, y además quería decírselo todo de golpe.

Gilberte se esforzaba por entenderlo.

—¿Así que ya no crees en Jean-Jacques? —le preguntó, resumiendo con sentido práctico. Fernando se horrorizó por lo mal que se había explicado.

—¡Pues claro que creo en él! —exclamó—. ¡Más que nunca! Solo que sus enseñanzas se reducen a palabras. Se repiten, se habla de ellas y se mastican, pero nadie actúa de acuerdo con ellas. Tampoco yo había encontrado el camino que conduce de las palabras a la realidad. Me he equivocado tremendamente.

Gilberte seguía sin comprender adónde quería llegar. Le preguntó sin rodeos:

—Y ahora, ¿has encontrado el camino?

Con la claridad y la celeridad del rayo, Fernando tuvo una revelación. No bastaba con salir a ver mundo. Una parte del mundo, una muy determinada, lo llamaba.

—Hay gente —le explicó, ardiente y decidido— que actúa de acuerdo con las enseñanzas de Jean-Jacques. Pero no aquí: al otro lado del mar. Quiero reunirme con ellos. Voy a unirme a ellos.

¡Lo que se le había ocurrido esta vez! Gilberte lo miró en silencio, cavilando. Para los rebeldes americanos y para su Washington y su Franklin era posible que una guerra en los bosques fuera lo correcto, pero no para un conde Brégy y futuro seigneur de Ermenonville. Se podía desear de todo corazón la victoria a los americanos, pero tampoco hacía falta unirse a ellos y aguantar las fatigas tremendas y la suciedad, ni poner en peligro la propia vida. Casi contra su voluntad, meneó la cabeza.

Fernando, feliz, siguió con su discurso.

—¿Te das cuenta? Ahora tiene sentido que tuviera que pasar por aquellos dos años horribles en la academia militar. Hay una providencia, también en esto tenía razón Jean-Jacques, y al final, incluso lo malo y lo absurdo tienen su sentido —y como percibió su incredulidad y su oposición, se esforzó más—: ¡Entiéndeme, Gilberte! Esos fatuos frívolos de Versalles, esa reina con su coqueto Trianón, esa corte engañosa con el perfume desbravado de los grandes siglos pasados, ¡eso no es vida! Lo que allí se hace no es bueno para nada y todo se reduce al baile de la gavota y a juegos bucólicos. Todo eso está muerto y ya medio podrido. De entre todos esos caballeros y damas, ninguno tiene la menor idea de lo que es el pueblo, ni siquiera de que exista el pueblo. Ahora me doy cuenta de que no me equivoqué al oponerme siempre a formar parte de eso —y con una tozudez muy adolescente, concluyó—: Ahora sé adónde pertenezco. ¡Ahora sé lo que debo hacer!

—*Ça y est* —esto es lo que hay, pensó Gilberte. Eso solía decir su madre cuando se había metido en una situación desagradable, lo que sucedía a menudo; era una de las primeras expresiones coloquiales que la pequeña Gilberte había aprendido. Siempre caen del cielo nuevas preocupaciones, pensó. Y todo aquello era resultado de su entusiasmo por aquel hombre viejo, perverso y chalado. Pero por desgracia, en su caso, no era simple palabrería, estaba transtornado, se empeñaría en hacer aquello que decía.

—¿Y qué será de mí? —preguntó con calma, amargura y rabia—. ¿Formo parte también de esos «muertos medio podridos»?

Durante un instante, Fernando se quedó desconcertado. Luego, con decisión, dijo:

—Por supuesto, tú vendrás conmigo.

Gilberte consideraba a Fernando extraordinariamente listo, pero nada práctico; sin embargo, no había sospechado nunca que tuviera tan escaso sentido de la realidad.

—¿Ya has pensado cómo vamos a hacerlo? —le preguntó, esforzándose en contener su enojo—. Allí reina la violencia y la guerra. No puedo imaginarme que me necesiten para nada. Tú dices que hay un largo camino entre aquello que tu Jean-Jacques enseñó y la realidad. Quizá resulte ser otro error ir hasta allí para unirse a esos.

Lo hirió que ella dijera «esos». Pero lo afectó aún más que dijera «tu Jean-Jacques». Ella se alejaba de él. A pesar de todo, tenía parte de razón: iba a ser muy difícil realizar su propósito.

Al cabo de un rato, preguntó, algo más calmado:

—Cuando se descubre lo que es correcto y se desea de verdad, todo lo demás puede arreglarse.

Esta vaga y general explicación sacó de quicio a Gilberte.

—¿Y si yo no puedo arreglármelas? —preguntó—. Si yo me quedo, ¿tú te irás igualmente? —sonó más belicoso de lo que ella quería. Tenía miedo de que él dijera: me quedo, y miedo de que dijera: me iré.

Fernando, pensativo, dijo con cierta torpeza, pero convencido:

—Cuando tomé la decisión, di por supuesto que nos iríamos juntos.

Ella se dio cuenta de que acabarían peleándose si seguían hablando.

—Reflexiónalo, Fernando, piénsalo con calma. Yo también reflexionaré.

Esa noche Fernando la pasó en vela. Buscó en su memoria declaraciones de Jean-Jacques que dieran más fuerza a sus planes, declaraciones sobre América y sobre aquellos que luchaban por la libertad. No encontró ninguna. El maestro, durante las comidas, había hablado de muchas cosas, pero casi nunca de los grandes acontecimientos de su tiempo. Pero enseñaba: «Todo, en sus raíces, va ligado a la política». Pero mientras el mundo entero estaba pendiente de la lucha de los americanos rebeldes, él apenas había dedicado un solo pensamiento a esa lucha. Lo que, en el fondo, le había importado siempre al maestro, Fernando tuvo que reconocerlo, lleno de confusión, era solo la teoría, los planos del edificio, pero no le había preocupado cómo se realizaría su construcción en la realidad.

¿No era acaso un ultraje lo que estaba pensando? ¿No se habían cometido ya con Jean-Jacques suficientes injusticias? ¿Tenía que traicionarlo él también y dudar de sus enseñanzas?

Se levantó, salió de la casa y se dirigió al lago. Remó hasta la isla de los grandes álamos. Se arrodilló junto a la tumba. Buscaba la iluminación junto al muerto.

Vitam impendere vero —dedicar la vida a la verdad— Jean-Jacques había escrito al principio de sus *Confesiones* la cita dura y orgullosa de Juvenal. Precisamente como discípulo de Jean-Jacques, Fernando debía responder de su propia verdad.

Se levantó. Las grandes decisiones había que tomarlas solo, ningún maestro ni ninguna filosofía era de ninguna ayuda. Cuando las cosas iban en serio, solo se podía contar con el propio sentido común, el propio corazón. Nadie ayudaba a nadie.

Regresó. No necesitaba el consejo de nadie, ni muerto ni vivo. Tampoco debía dejarse influir por Gilberte. Llevaría a cabo aquello que se había propuesto.

Hasta entonces le habían vivido la vida, a partir de ahora la viviría él.

A primera hora de la mañana, en cuanto viera a su padre, y antes de encontrarse de nuevo con Gilberte, le comunicaría su decisión, su decisión inamovible.

Encontró a su padre con el ánimo tranquilo, casi de buen humor. La desagradable comedia que había contribuido a organizar forzado por la necesidad ya había pasado, a partir de ahora podría dedicarse sin estorbos a rendir culto a Jean-Jacques. En ese estado, pues, animado, afligido, conmovido, festivamente melancólico, encontró

Fernando a su padre.

En pocas palabras le dijo que había decidido hacer suya la causa de los seguidores de Jean-Jacques, de los americanos que luchaban por la libertad. Quería irse allí y alistarse en las tropas del general Washington. Pedía a su padre su bendición y su ayuda.

El marqués, arrancado de su dulce y serena melancolía de forma tan violenta, decidió tomarse el deseo de su hijo como una ocurrencia, fruto de la exaltación propia de un adolescente. Se limitó a decirle, casi divertido:

—Te has vuelto loco, mi querido conde.

Fernando se dominó.

—¿Está loco —preguntó— alguien que intenta aplicar a la vida los principios de Jean-Jacques?

Monsieur de Girardin se encogió de hombros.

—Los principios de Jean-Jacques —instruyó al hijo— no pueden aplicarse a la vida así como así. Jean-Jacques se ocupaba poco de la burda realidad; a él lo preocupaba el sentido que hay detrás de las cosas.

Que su padre le llevara la contraria con los mismos argumentos que él mismo había pensado con desconcierto, enojó a Fernando.

—¿Así que las enseñanzas de Jean-Jacques no son más que niebla y emociones? —protestó—. ¿Debe su sabiduría quedar reducida a un bonito adorno?

Girardin pensó en cómo Fernando le había exigido que alejara a Nicolás. Entonces se había sentido frente al joven como un mal alumno que no ha hecho sus deberes. Casi se alegró de pillar a su hijo diciendo una perfecta tontería.

—Ya veo, hijo mío —siguió amonestándolo con dulzura—, que no has comprendido la esencia de la filosofía. La filosofía pone al descubierto los problemas, su función no va más allá: solucionar los problemas es asunto de cada uno. La solución solo es correcta cuando el discípulo profundiza con amor, respeto y —levantó un poco la voz— disciplina en las enseñanzas del maestro.

—Justo eso es lo que he hecho, padre —dijo Fernando sin levantar la voz, pero con firmeza—. A partir de las enseñanzas de Jean-Jacques he sacado las conclusiones más adecuadas para mí. Son conclusiones correctas. La declaración de independencia de los Estados Unidos se ha construido sobre las doctrina de Jean-Jacques. Las exigencias del *Contrato social* se cumplen mejor en la república americana que en ninguna otra parte del mundo. Si con mi modesta participación puedo contribuir a aquello que se está haciendo allí, viviré de acuerdo con la sabiduría de Jean-Jacques —con creciente acaloramiento, concluyó—: Vos me habéis enseñado a vivir así, padre.

Las palabras de su hijo eran una clara insurrección. Pero Girardin todavía no quería recurrir a la severidad paterna; se contuvo, guardó silencio y pensó en cómo podía hacerlo entrar en razón con ejemplos prácticos. Ahora que se había establecido la alianza con los Estados Unidos, lo más probable era que se mandara un ejército

francés al otro lado del mar, aunque eso, por supuesto, iba a tardar algún tiempo. Si Fernando quería alistarse en ese ejército, podrían hablar de ello.

Pero antes de que lo tuviera bien argumentado, antes de que pudiera empezar a hablar, Fernando perdió la calma que había conservado con tanto esfuerzo.

—Os ruego, padre, que no me tratéis como a un niño —estalló—. Es cierto que soy joven. Pero la gente joven comprende mejor a Jean-Jacques que los demás. Solo la gente joven puede entenderlo del todo, él mismo lo dijo en una ocasión.

Ahora sí que se acabó la paciencia de Girardin.

—¿Me estás echando en cara —gritó a Fernando— que no comprendo a Jean-Jacques? ¿Te consideras su intérprete autorizado? Quizá crees que lo has hecho tuyo porque también te has acostado con esa mujer, su esposa. Te has vuelto insolente, muchacho, más que insolente. —Se irguió, dirigió el bastón contra el hijo descarriado—. ¡Y ahora basta! ¡Te prohíbo, me oyes, te prohíbo que de ahora en adelante te dediques a perder el tiempo haciendo esta clase de planes estúpidos e inmaduros!

—Os agradezco esta conversación, padre —dijo Fernando—. Ahora conozco vuestra opinión. —Hizo una reverencia. Se retiró.

Fernando actúa

Tampoco Gilberte había podido dormir esa noche; reflexionaba sobre todo cuanto le había dicho Fernando.

Muerta y podrida se suponía que era la vida aquí. Cierto que muchas cosas resultaban vacías y afectadas, y en medio de aquel torbellino, en París y en Saint-Vigor, había sentido a veces por qué Fernando sentía rechazo por la corte y la ciudad. Pero la mayor parte del tiempo había disfrutado de todo corazón de la vida allí. Tener que llevar esa vida un año y otro sería difícil de soportar, en eso Fernando tenía razón. Pero ya estaba decidido que la mayor parte del año la pasarían en el campo, y a ella le gustaba estar en el campo con Fernando.

Para él era fácil hablar, él había nacido arriba, no sabía lo que era tener que estar siempre alerta, siempre dispuesto a luchar. Se reía del peregrinaje que tendrían que hacer los dos a Versalles para conseguir la aprobación del rey y de su familia para poder casarse. Pero ella pensaba con feliz expectación en ese peregrinaje; cuando lo hubieran hecho, se libraría de su condición de nobleza bastarda, se quitaría de encima esa carga, tendría todos aquellos derechos que facilitan la vida. Recordó los sufrimientos y humillaciones por las que había tenido que pasar su madre porque no formaba parte de los privilegiados, lo mal que se había sentido ella misma, hacía poco, en el orfanato, y podría llorar de alegría si pensaba lo fácil y libre que se abriría entonces el camino ante sus propios hijos.

Claro que era hermoso que Fernando tuviera esas ideas tan intrépidas, y por esas

ideas ella lo amaba. En él no era palabrería vacía, en él todo era auténtico, lo malo y lo bueno. Con él, cuando viviera con él, podría hablar libremente de todo, también sobre lo más extremo, sobre lo más secreto, sobre sueños y apetencias que apenas osaba confesarse a sí misma. No, no necesitaba América, ni de ninguna otra aventura. Cuando estuvieran juntos, tendría una vida rica y llena de sentido.

Y si Fernando encontraba la vida aquí tan sin sentido y sin alma, ¿no podía intentar darle sentido?, ¿no podía intentar reformar las cosas aquí? Podría ocuparse, por ejemplo, de que hombres como su Jean-Jacques no necesitaran abandonar a sus hijos en el orfanato.

De pronto, sin quererlo, le vino a la mente aquella canción de Jean-Jacques: «Mi amado, que me hacía feliz, se marchó a otro país. Por los tesoros del Nuevo Mundo, abandonó el amor y ahora porfía con la muerte. ¿Por qué buscó al otro lado del océano la felicidad que ya tenía aquí?». La invadió una profunda ira contra Jean-Jacques. No había hecho más que causar desdichas a todos. No quería que aquel chiflado muerto, desde la tumba, también alargara sus manos para desbaratar su vida.

Entendía a Fernando. Entendía que siempre fuera a por todo y por el camino más directo. Pero aunque lo entendiera cien veces, todo en ella se sublevaba contra su plan. Ella lo amaba, como solo un ser humano puede amar a otro ser humano, y él huía de eso, se marchaba voluntariamente a la guerra y a tierras salvajes por las ideas de un hombre viejo y loco. ¿Y qué sería de ella? ¿Iba a soportar quedarse allí sola y esperarlo? Y si él..., ¿y si le pasaba algo?

Estaba furiosa, lloró, reflexionó sobre unas cosas y otras, sopesó y rumió y no llegó a ninguna conclusión y siguió cavilando hasta dormirse.

Fernando, cuando al día siguiente cabalgó hasta Latour, estaba lleno de una decidida alegría. Ahora que había hablado con su padre y lo que había hecho ya no tenía remedio, todo estaría más claro y sería más fácil. Gilberte no iba a poder acompañarlo, en eso tenía razón. Pero ella iba a comprenderlo, con su mente clara y su valeroso corazón, soportaría la separación como él iba a soportarla.

Gilberte, cuando él le contó la conversación con su padre, empalideció de indignación. Fernando había actuado y decidido, como si ella no existiera en aquel mundo. Se sintió mortificada en lo más hondo de su corazón.

Con esfuerzo, dijo:

—¿Y cómo te imaginas que va a seguir todo?

Él, preparado para esa pregunta, contestó:

—Tengo la herencia de mi madre. Con ella como garantía, conseguiré dinero en París. Estoy preparando mi partida. Dentro de cuatro semanas, como mucho, estaré en el mar.

Gilberte preguntó, como había hecho el día anterior:

—¿Y yo?

—Por supuesto, antes nos casaremos —respondió él.

Ella, ahora muy tranquila, siguió preguntando:

—¿Y va a dar el rey su consentimiento si tu padre no te lo da?

—Entonces nos casaremos sin que haya consenso —contestó de inmediato Fernando— y renunciaré a Ermenonville. No pienso traicionar la filosofía de Jean-Jacques ni la mía.

Gilberte siguió preguntando:

—¿Y qué crees que va a decir mi abuelo? ¿O también quieres renunciar a mi herencia?

Habló con amargura. ¿Tenía que hacerle ver los sacrificios que exigía de ella? No quería aceptar que de hecho él ya hubiera decidido. Debía elegir de nuevo, en su presencia. Pero ella temía su decisión, quería aplazarla, quería obtener ayuda. Pero antes de que él pudiera contestar, ella siguió:

—Primero tenemos que hablar con mi abuelo.

Él dudó.

—¿Tiene sentido? —respondió—. Seguro que monsieur Robinet solo se burlará de mis ideas.

—El abuelo me quiere —repuso Gilberte— y sabe lo que significas para mí. Si alguien puede ayudarnos, es él.

Fernando, aún dudando, estuvo de acuerdo.

Monsieur Robinet, cuando Gilberte le contó lo que Fernando se proponía, se vio ante un problema espinoso. Sabía que Gilberte, a medida que se fuera introduciendo en el mundo, tendría que aguantar cada vez más humillaciones, porque pertenecía a la capa más baja de la nobleza, la *Noblesse Bâtarde*, y él prefería librarla de aquellas penurias por medio de una boda con un Girardin. Además, personalmente, Fernando como marido de su nieta no le desagradaba. Sobre todo le gustaba que el joven Girardin se mostrara asqueado de la vida y las formas de la aristocracia; porque por más que apreciara el valor práctico de los privilegios de la nobleza, en el fondo despreciaba, contundente y jovial, a los portadores de esos privilegios.

Así que le parecía bien que Fernando se casara con Gilberte. Y si se iba América y se quedaba allí mucho tiempo, aún le parecía mejor; su corazón pertenecía por completo a su nieta, y no podía imaginarse la vida sin ella. Por otro lado, sabía lo que significaba esa separación para su Gilberte.

Con prudencia preguntó:

—Si tu joven conde se va realmente a América, ¿tú qué dirías?

—Él quiere que antes nos casemos —dijo sin entusiasmo Gilberte, y luego, con precipitación, sumida en el desamparo, añadió—: Os ruego que me ayudéis y me aconsejéis, abuelo.

Monsieur Robinet estaba allí, sentado a sus anchas, corpulento, fiable. Incluso había algo así como una sonrisa en su rostro rubicundo y cuadrado. Gilberte le había hablado del enfrentamiento de Fernando con su padre, y Robinet se regodeaba en silencio en las preocupaciones del marqués. Eso era lo que Girardin había conseguido por haberse dejado arrastrar tan lejos por las extravagancias de su filósofo, el Apóstol

de la Libertad. Iba a tener que hacer toda clase de malabarismos lógicos para privar a su hijo de esa misma libertad.

—Creo, hija mía —la consoló—, que vamos a conseguir hacer entrar en razón al joven caballero.

Fernando fue invitado al día siguiente a comer al castillo Latour.

—Antes de que me retire a echar una siestecilla, mi querido señor conde —dijo tras la comida Robinet—, me gustaría pedirnos alguna información. He oído decir que queréis dejarnos, que queréis ir a América, a uniros a los rebeldes. ¿Qué esperáis conseguir con eso?

La seca cortesía del viejo sacó de quicio a Fernando. Se controló y respondió:

—Quiero contribuir a que los grandes principios de Jean-Jacques se acerquen a su realización.

Robinet le hizo considerar:

—El propio Jean-Jacques, cuando creyó tener que huir, no se marchó a la tierra de la libertad, sino a casa de vuestro señor padre, a Ermenonville.

—No hacía falta —contestó sin dudar Fernando— que predicara sus ideas a los americanos, ellos ya lo habían comprendido. Su misión era anunciar la libertad, mientras que a nosotros nos ha sido encomendada la tarea de hacerla realidad.

—Debatís de manera magnífica, monsieur —reconoció Robinet—. Pero sobre la situación en América no estáis bien informado. Tengo intereses comerciales en las Indias Occidentales y un buen agente en Filadelfia; sé, por informes fiables, lo que América necesita. Y no necesita librepensadores, necesita dinero. Ayudaréis mejor a América y a la libertad, señor conde, si transferís a los rebeldes unos miles de libras que si vais personalmente.

Fernando recordó lo que le había contado el sargento, el charlatán hijo de madame Levasseur; sabía, muy a su pesar, que había parte de verdad en las palabras de monsieur Robinet. Este, percibiendo su efecto, siguió:

—Quizá me diréis que causará una gran impresión que un señor de vuestra categoría, el heredero de Ermenonville, se una a los rebeldes. Quizá haréis referencia a los beneficios, en cuanto a prestigio, que los americanos obtuvieron gracias a la osada acción de monsieur de Lafayette. Pero si la hazaña de monsieur de Lafayette tuvo sentido en su momento, ahora sería superflua; porque en un tiempo predecible, el rey no tendrá más remedio que mandar a los americanos un ejército de auxilio bien preparado y bien armado. ¡Esperad al menos hasta entonces y enrollaos en ese ejército! Eso está claro, señor conde, ayudaréis muy poco a la libertad si ahora os vais a las tierras salvajes. Solo haréis daño a nuestra Gilberte.

Fernando escuchó con el rostro inexpresivo. Lo que monsieur Robinet exponía era sensato, aquella fría y árida sensatez de Grimm y de Diderot, los enemigos de Jean-Jacques, y él, Fernando, no tenía nada que oponer a esa sensatez más que el imperativo de su corazón. Pero se trataba de ese imperativo, de nada más, y Gilberte lo comprendería.

—No puedo seguir vuestra lógica, monsieur —dijo con franqueza—, pero os ruego que intentéis entenderme a mí. Lo que ha sucedido aquí, en Ermenonville, la horrenda muerte de Jean-Jacques y las circunstancias que la han rodeado, y además, la visita de la reina, me ha confundido mucho. Sé que lo que ha sucedido y lo que aún está sucediendo es tremendamente falso. No es verdad. Nada es ya verdad en este país. Eso es lo que siento por encima de cualquier otra certeza: la filosofía de Jean-Jacques no es solo para los domingos, yo quiero intentar vivir de acuerdo con sus enseñanzas. Los argumentos no sirven de nada contra esa sensación mía. Tengo que hacer algo. También es por mí que quiero ir hasta allí. No puedo seguir lamentándome por más tiempo de lo mal que va nuestra sociedad sin hacer nada. Me moriré si sigo viviendo así. Debo actuar. Debo luchar. Debo hacerlo, ¡haced un esfuerzo por comprenderme! —rogó casi desesperado. Se dirigía a Robinet, pero hablaba para Gilberte.

Ella percibió su profundo desamparo, pero pensó: Sigue hablando solo de sí mismo. ¿Y yo? ¿Qué va a ser de mí?

Monsieur Robinet había hecho cuanto estaba en su mano. Vio que no se podía argumentar contra el discurso infantil de Fernando. Con sentido práctico preguntó:

—¿Cuándo tenéis previsto abandonar Francia, monsieur?

—Lo antes posible —contestó Fernando—, como muy tarde dentro de cuatro semanas.

—¿Y cuáles son vuestras intenciones con respecto a nuestra Gilberte, señor conde? —preguntó Robinet—. Había tomado vuestras relaciones con mi nieta como una especie de compromiso matrimonial. ¿Cómo va a seguir esto si os marcháis fuera del país por un tiempo indefinido?

—Había pensado —respondió Fernando— que Gilberte y yo nos casáramos antes.

—Vais al galope tendido, señor conde —dijo Robinet—. ¿Y después? Si se diera el caso de que ese matrimonio se celebrara, ¿tenéis pensado consumarlo antes de partir a luchar por la libertad?

Gilberte se sonrojó cuando su abuelo se expresó de forma tan explícita. Pero le estaba agradecida por poner a Fernando las cosas tan claras. Amaba a Fernando, pertenecía a Fernando. Y Fernando le pertenecía a ella. ¡Le pertenecía a ella!

—Al fin y al cabo, a un hombre que se va a la guerra —siguió Robinet— puede sucederle también algo humano. ¿Habéis considerado, señor conde, que entonces Gilberte estaría aquí recluida, una viuda de diecinueve o veinte años?

El hecho de que aquel hombre grosero y viejo se hubiera imaginado y se lo hubiera hecho imaginar a ellos, a Gilberte y a él, yaciendo juntos en una cama, había llenado a Fernando de ira y de vergüenza. Ahora estalló:

—No es muy cortés, monsieur, que me enterréis antes de que esté muerto.

Monsieur Robinet no se alteró.

—No protegería a mi Gilberte como es mi obligación —dijo— si la dejara

desamparada por pura cortesía. —Se irguió y dijo como un hombre de negocios—: Hablando con claridad, señor conde. He dado mi autorización a mi nieta para que se case con vos, y mantendré mi palabra. Pero la condición era que la heredera de mis tierras y de mi fortuna se casara con el futuro seigneur de Ermenonville. Una boda sin el consentimiento del rey no entra en consideración. No quiero que algún día reprochéis a mi Gilberte que por su culpa tuvisteis que renunciar a Ermenonville.

Fernando reflexionó. En el mejor de los casos, habrían de transcurrir tres o cuatro meses antes de que consiguieran el consentimiento del rey.

—Si lo veis así, monsieur —dijo con obstinación—, tendremos que esperar a casarnos hasta que yo regrese.

Robinet borró las palabras de Fernando con un gesto de su mano.

—No pretenderéis en serio exigir esto de Gilberte, señor conde —dijo—. Resumiendo: si os casáis ahora con Gilberte, con el consentimiento del rey, tenéis mi conformidad. Si os marcháis a América sin haberos casado con Gilberte, el compromiso queda roto.

Fernando tragó saliva, estaba muy pálido. Estaba claro que Robinet quería obligarlo a elegir entre América y Gilberte.

—Os ruego que penséis en lo que os he dicho —concluyó Robinet, de nuevo muy cortés— y hacednos saber, digamos, en el plazo de tres días vuestra decisión.

También Gilberte había empalidecido. Fernando miró su rostro grande y franco. Con esfuerzo y la voz ronca consiguió decir:

—Monsieur Robinet ha dicho: hacednos saber vuestra respuesta. ¿Habla monsieur Robinet también por ti, Gilberte?

Ahora ha de decidirse, pensó ella con amargura, triunfal y llena de miedo. ¿O soy yo quien debe decidirse? No, él, él, él. Mi abuelo tiene razón. Lo que él quiere hacer es un absoluto disparate y una locura.

—Sí, Fernando —dijo—, mi abuelo habla también en mi nombre.

Fernando hizo una reverencia ante Robinet.

—Puedo daros hoy mismo mi respuesta, monsieur —dijo—. No puedo seguir vuestros consejos. No puedo. —Habló con obstinación, desamparo, furioso, las palabras salieron de su boca con dureza, separadas las unas de las otras.

—*Adieu*, Gilberte —dijo y abandonó con precipitación la habitación.

Tres días después se marchó a París. Consiguió con dificultades algo de dinero. Con dificultades compró un pasaje. Se embarcó hacia América.

TERCERA PARTE

JEAN-JACQUES Y LOS HEREDEROS

Todo, desde sus raíces, está ligado a la política.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

¡No me vengáis con el destino!
La política es el destino.

NAPOLEÓN

Peregrinaje a la tumba

MONSIEUR de Girardin, para no dejarse vencer por el enojo y la tristeza que le había causado la deserción de Fernando, se dedicó con todas sus fuerzas a rendir culto al difunto Jean-Jacques.

Encargó a París una lápida que debía sustituir el monumento provisional; el escultor Lesueur debía realizarla siguiendo un boceto del pintor Hubert Robert. Monsieur de Girardin empezó a convertir su Ermenonville en el marco y el decorado de la tumba. De nuevo se alisaron promontorios y se levantaron colinas, se plantó, se podó, se taló. Se eliminaron las palabras de Voltaire y en su lugar se grabaron citas de Jean-Jacques. Los lugares preferidos de Jean-Jacques se señalaron de forma discreta pero inconfundible, y todo conducía hacia el santuario de la tumba de Jean-Jacques en la isla de los grandes álamos.

Aún más apremiante que la remodelación de los jardines era la edición de las obras de Jean-Jacques. Girardin poseía profundos conocimientos del legado y guardaba los comentarios del propio maestro sobre fragmentos oscuros, aparentemente contradictorios; se sentía llamado a intervenir con palabras de peso. Pero los otros editores, los caballeros de Ginebra, no siempre estaban de acuerdo con su punto de vista; en especial el pastor Moulton se mostraba particularmente belicoso. Se hizo necesario organizar un encuentro para mantener un cambio de impresiones; el pastor prometió visitar pronto Ermenonville.

A pesar de todo el trabajo, Girardin no siempre podía escapar a la opresora sensación de soledad; sentía con amargura la ausencia del rebelde Fernando. Y ni siquiera estaba allí monsieur Robinet, con quien habría podido discutir. Robinet se había marchado al extranjero con su nieta durante una larga temporada; con toda probabilidad, mademoiselle de Latour soportaba con dificultad la separación de Fernando.

A menudo, en su mente, el marqués discutía con Fernando y se repetía palabra por palabra aquella última y decisiva conversación. Cien veces había tenido razón. ¿Debería haber transigido ante el joven inexperto? Pero le dolía no poder enfrentarse a él más que en su imaginación, y le rogó al conde Vergennes, el ministro de Exteriores, que pidiera al embajador francés en Filadelfia que velara por Fernando.

Había alguien con quien el marqués podía hablar de sus preocupaciones: monsieur Gerber. Él mismo había sugerido al sorprendido Girardin la posibilidad de quedarse en Ermenonville para ayudarlo en la redacción de las obras de Jean-Jacques. A aquel hombre, todavía joven y bien dotado, no le habría resultado difícil obtener un puesto más estimulante, pero prefirió compartir la soledad rural del cada vez más envejecido Girardin. No deseaba, le comunicó, nada mejor que dedicar el resto de su vida a los manes de Jean-Jacques y al estudio de sus enseñanzas, y ¿dónde encontraría un lugar más adecuado y digno que allí? Gracias a Jean-Jacques, ahora sabía con toda claridad y para siempre cómo debía ser el mundo; seguir investigando

su realidad ya no valía la pena. Girardin aceptó gustoso su ofrecimiento.

Compartía las comidas con monsieur Gerber. Intercambiaba con él recuerdos de Fernando, le consultaba las modificaciones que introducía en los jardines, la redacción de las obras completas. Aquel hombre más joven, a pesar de su timidez, expresaba decididas opiniones que causaban su admiración. También él conocía a su Jean-Jacques, también él había escuchado de los propios labios de Jean-Jacques explicaciones sobre puntos oscuros y a veces oponía al «autòs épha» del marqués, su propio «autòs épha». Girardin, en esas ocasiones, adoptaba una expresión severa y respondía mortificado y con ironía.

Un día, dijo que el lenguaje que utilizaba monsieur Gerber no estaba a la altura del que empleaba aquel bajo cuya mesa metía sus piernas. Después de aquello, monsieur Gerber no se presentó a la hora de comer, ni a las siguientes. Al tercer día, el marqués fue a buscarlo; no le resultó difícil encontrarlo, estaba bajo el sauce y tocaba el violín. Monsieur de Girardin le expuso que quizá se había mostrado algo duro en la defensa de su interpretación del texto, pero que también monsieur Gerber había mostrado una falta de tacto ese día que no era propia de un discípulo de Jean-Jacques.

—Hagamos pues las paces —propuso, tomó el bastón en la otra mano y le alargó su derecha a monsieur Gerber. Este dejó con cuidado el violín sobre el banco de césped y estrechó la mano de Girardin.

El pastor Moulou, de Ginebra, hizo su anunciada visita. Paul-Claude Moulou tenía la misma edad que el marqués, era un hombre de temperamento tranquilo y elocuencia lenta e incisiva. Trajo su manuscrito de las *Confesiones*, también cartas de Jean-Jacques que debían servir para esclarecer unos y otros fragmentos. Si los dos manuscritos no coincidían, el marqués siempre prefería aquella versión que pudiera ser más favorable al buen nombre de Jean-Jacques a los ojos del lector. Sin embargo, el riguroso pastor Moulou decía que el lema de Jean-Jacques, según el cual quería dedicar su vida a la verdad, no era palabrería vacía, y que los amigos del muerto no debían atribuirle mentiras. Monsieur Gerber solía estar de acuerdo con Moulou. Girardin se enfadaba con los franceses de las fronteras, el suizo y el alsaciano, pero acababa rindiéndose, sobre todo porque, para su disgusto, Moulou podía hacer referencia a largas cartas de Jean-Jacques, de las que se desprendía una gran amistad.

Todavía durante la estancia de Moulou, tuvo lugar en Ermenonville un acontecimiento que Girardin había deseado durante largo tiempo. El monumento funerario quedó terminado. Se trataba de un antiguo altar, adaptado a la isla y a los jardines, sencillo y digno, ornamentado con relieves que recordaban las obras de Jean-Jacques, sobre todo al *Emilio*. En ellos podían verse también mujeres y niños, llenos de una alegría agradecida, a los que Jean-Jacques había liberado de la presión de prejuicios absurdos, allí estaba la verdad desnuda, con la antorcha de la Ilustración, allí estaba la naturaleza bajo la apariencia de una madre que amamantaba a sus hijos. En un lado del altar se había grabado una inscripción: *Ici repose l'homme*

de la nature et de la vérité (Aquí descansa el hombre de la naturaleza y de la verdad), en el otro la divisa de Jean-Jacques: «Vitam impendere vero».

En secreto, Girardin había alimentado la disparatada esperanza de que Fernando regresaría para la inauguración del monumento funerario; por mediación del embajador francés en Filadelfia, lo había informado de los progresos de los trabajos en la tumba, incluso había aplazado la tan deseada presentación. Fernando no le hizo llegar ni la menor noticia suya.

Acudieron a la inauguración los artistas Hubert Robert y Lesueur, que habían creado el monumento, también el escultor Houdon, además Lebègue y Ducis. También estaban Moultou y Gerber, y Girardin no había podido eludir invitar a las mujeres.

Entre los delgados y altos álamos se levantaba el pequeño monumento, delicado y noble, acorde con el paisaje, las plantas favoritas del muerto lo rodeaban siempre verdes y siempre bellas; Teresa, cuando vio las plantas en flor, sollozó y sorbió con fuerza.

Girardin y Ducis hablaron. Se esforzaron en ser breves y sencillos. También Moultou, el gran orador, se dio por satisfecho con dos sencillas frases.

Pocos días después se dispuso a regresar a Ginebra. Cuando se despidió, el marqués no pudo evitar decirle:

—Sin duda, habréis oído los rumores sobre el fin de nuestro amigo.

—Sí —dijo Moultou.

—Por supuesto, todo es un disparate —dijo Girardin. Moultou guardó silencio—. Aun así, eché a aquel caballerizo —siguió diciendo Girardin— para no seguir alimentando los rumores —tampoco a esto Moultou respondió.

El famoso Jean-Michel Moreau, jefe del gabinete de estampación en cobre realizó grabados de la tumba, y lo mismo hicieron otros dibujantes. Pronto, la isla de los grandes álamos con el monumento funerario a Jean-Jacques se conoció en el mundo entero, y a partir de entonces el álamo fue considerado el árbol de la libertad.

El hecho de que fuera un benefactor privado y no Suiza o Francia quien hubiera dispuesto y adornado una tumba para el gran escritor de lengua francesa, fue para algunos una metáfora de la vergüenza de aquellos tiempos. Un poeta alemán, que acababa de hacerse famoso por una tragedia revolucionaria, Friedrich Schiller era su nombre, dedicó un canto a aquel túmulo, compuesto de versos rebeldes. Monsieur Gerber llevó los versos al marqués. Este pensó en Fernando y comentó que los versos, loables en sí mismos carecían de moderación.

Los peregrinos llegaban en masa a la tumba.

«Todas las religiones —escribió un periódico de París— tienen sus lugares sagrados; ahora también la filosofía tiene su santuario, la tumba de Jean-Jacques». Media Francia había peregrinado ya hasta Ermenonville y muchos habían hecho la promesa de repetir cada año esa peregrinación a La Meca de la Galia.

Fueron los príncipes de la realeza, fue el príncipe de Ligne, fue Gustavo Tercero,

rey de Suecia, fue, con su nieto, el embajador de los Estados Unidos, Benjamin Franklin, *l'ambassadeur électrique*.

Entre los innumerables visitantes, hubo algunos cuya veneración era tan impulsiva que los jardines sufrieron por su causa. Nadie quería abandonar la isla sin un recuerdo, las flores alrededor de la tumba fueron esquiladas, a los álamos les fueron arrebatadas las ramas más bajas, del mismo altar arrancaban fragmentos. El marqués ordenó que los visitantes debían ser acompañados por sus jardineros. Quien quería cruzar hasta la isla necesitaba de una autorización escrita. Un inglés, que no recibió ese permiso, nadó con todas sus ropas por el lago para, por lo menos, tocar la isla del muerto.

La actriz Eugénie Maillart, una mujer muy joven, de radiante belleza, que triunfaba en el Théâtre Français por su arrebatadora gracia, se derrumbó junto a la tumba. Su claro rostro se oscureció, se deshizo en lágrimas y rogó a Girardin que le permitiera acudir a menudo a ese lugar a buscar consuelo y fuerza para su profesión; porque entretener y divertir a cuantos la rodeaban costaba energías y sufrimiento y causaba agotamiento. También rogó a monsieur Girardin poder construir en sus tierras de la Normandía, en la Roche Saint-Quentin, un monumento funerario como aquel.

Dos jóvenes, el abate Gabriel Brizard y Jean-Baptiste de Cloots, Barón Du Val-de-Grâce, vagaron embelesados durante días por los jardines, leyendo las obras de Jean-Jacques, recitando fragmentos. Girardin, impresionado por su veneración, se ofreció a llevarlos a remo él mismo hasta la isla. Envalentonados por tanta amabilidad, le suplicaron que les dejara llevar a la tumba una ofrenda del odio y del amor, y le explicaron que querían quemar allí aquellos escritos vergonzosos que el despreciable traidor Diderot había mandado a su amigo muerto, el *Ensayo sobre Séneca*. El marqués estuvo de acuerdo.

Temprano, al día siguiente, fueron hasta la isla los cuatro, los dos jóvenes peregrinos, el marqués y monsieur Gerber. El abate y el barón besaron varias veces el altar, recitaron una oración en silencio. Echaron flores sobre la tumba. Se arrodillaron. Mientras uno encendía un fuego, el otro arrancaba del libro de Diderot las páginas que hacían referencia a Jean-Jacques. Ardieron con grandes llamas, y a continuación echaron también al fuego lo que quedaba del libro. Un humo negro se levantó por encima del monumento.

—¡Que así se destruya la memoria de toda maldad y de toda calumnia! —gritaron llenos de apasionada cólera.

Poco después, se anunció en Ermenonville un visitante de mayor rango que todos los anteriores. Se hacía llamar, con toda sencillez, conde Falkenstein; pero todo el mundo sabía que ese conde era el hermano mayor de la reina, el emperador romano José Segundo.

Girardin consideraba a José el monarca más avanzado que había habido sobre la tierra desde el emperador Marco Aurelio, lo admiraba de todo corazón y lo recibió

profundamente conmovido.

El comportamiento del emperador correspondía con su fama. Conversó de igual a igual con Girardin, escuchó con interés cuando Girardin le citó sentencias de Jean-Jacques, intercambió con él reflexiones sobre *El contrato social* y demostró ser, aunque fuera monárquico por oficio, más progresista que Girardin.

Después de comer, el emperador rogó a su amable anfitrión, con una sinceridad que robaba el corazón, que lo dejara solo durante el paseo que tenían previsto dar, ya que quería disfrutar de la soledad de Jean-Jacques. Girardin, preocupado, le llamó la atención sobre unos negros nubarrones que amenazaban tormenta, pero el conde Falkenstein le respondió que estaba acostumbrado a todo en sus escaladas por los Alpes, y no se dejó desanimar. Transcurrida apenas una hora, estalló la tormenta. Girardin se debatía entre dudas sin saber si mandar a alguien a prestar auxilio a su distinguido invitado, dio ordenes, las anuló. Al cabo de otra hora, apareció el conde Falkenstein sonriendo y empapado y le contó que durante la tormenta se había refugiado en una gruta. Dejó que el marqués le prestara ropa y se separaron con gran satisfacción.

El marqués, a partir de entonces, llamó a la pequeña gruta la «Gruta de José» en la que colocó la siguiente inscripción:

*Caminante, mira y detente.
Esta gruta, pequeña y tosca,
tuvo el privilegio de ser refugio
de la virtud coronada.*

El pueblo de Ermenonville y *El contrato social*

A la alegría de monsieur de Girardin por la visita de José se mezcló una gota amarga. José había rechazado pasar la noche en el castillo, tenía su cama de campaña que llevaba siempre en sus viajes y que hizo preparar en la posada del compadre Mauricio.

Al emperador le gustó la sencillez de la casa; una parte del tejado estaba cubierta de paja, eso le recordaba la cabaña de Filemón y de Baucis. El compadre Mauricio por su parte, cuando llegó el conde Falkenstein, se sintió sacudido por sentimientos contradictorios. Era un tremendo honor que Su Romana Majestad se dignara dormir bajo su techo, pero la filosofía de Jean-Jacques le había dado un orgullo burgués y no quería mostrar a ese huésped más atenciones que a cualquier otro. Pero cuando vio al emperador dar unas palmaditas en las mejillas de su hija y preguntarle su nombre con amabilidad, Mauricio no pudo contenerse:

—¡Qué honor, qué honor! —tartamudeó, y añadió—: ¡Cuánto se habría alegrado

el difunto Jean-Jacques de un trato tan afable!

Después de la cena, José le hizo numerosas preguntas sobre sus vivencias con Jean-Jacques, y cuando el posadero le contó que había leído las obras del maestro siete veces, se interesó por la opinión que le merecía *El contrato social*, y lo escuchó con atención, diciendo de vez en cuando:

—Tiene su sentido, buen hombre —o también—: No es ningún disparate.

Si el marqués había hecho poner una orgullosa inscripción en su cueva, el compadre Mauricio no quiso ser menos. Pidió a monsieur Milliet, el poeta de Senlis, un poema adecuado. Monsieur Milliet aceptó y se fijó a las paredes de la posada una tabla con los versos que celebraban la visita de José. Empezaban diciendo: «Tú, que has preferido una simple cabaña a los castillos, oh, filosófico príncipe», y terminaban: «Señor y padre de bienaventurados germanos». Pronto los habitantes de Ermenonville se supieron los versos de memoria.

Esa tabla tan ostentosa enojó al marqués. Ese Mauricio siempre le causaba contrariedades. La posada se había llamado desde tiempos inmemoriales El Castaño, ahora, un letrero en el que podía verse, a todo color, un dibujo de Jean-Jacques paseando, anunciaba: Albergue Jean-Jacques. La gente del pueblo, incitada por el compadre Mauricio, contaban a los forasteros que Jean-Jacques iba muy a menudo y con gran placer a sentarse en el jardín de ese albergue, muchos de los peregrinos visitaban los lugares memorables y en el libro de visitas con que se hizo el pretencioso compadre pronto pudieron leerse muchos de los mejores nombres del reino.

Mauricio solía sentarse con sus huéspedes y charlar con ellos. Repetía sentencias que atribuía a Jean-Jacques, contaba pequeñas anécdotas, conmovedoras y divertidas, cuchicheaba a los forasteros maledicencias sobre la muerte de su gran amigo. Lo escuchaban emocionados y horrorizados y alimentaban a los patos y peces que Jean-Jacques había alimentado; el príncipe de Ligne dio dinero al compadre Mauricio para que no guisara a esos animales para servirlos a sus clientes y los dejara morir de muerte natural.

No solo el marqués, sino también madame Levasseur, juzgó inútiles los maliciosos chismorreos de Mauricio. Emprendedora como era, se dispuso a poner fin a sus actividades.

Se sentó, muy digna y vestida de luto riguroso, salpicada de luz y de sombra, bajo los castaños del patio. Se comió una tortilla, tomó el vino amarillento, alimentó a los peces. El compadre Mauricio revoloteaba inseguro a su alrededor.

—Venid aquí, monsieur —le ordenó madame Levasseur—, sentaos conmigo. He oído decir que no hacéis mal negocio gracias a la muerte de mi señor yerno.

—Puedo afirmar —contestó el compadre— que, dentro de mis modestas limitaciones, fui su amigo. La gente lo sabe, y sabe apreciarlo, por eso viene a verme. —Y como madame Levasseur guardara silencio, la desafió—: Me trastornó en lo más profundo de mi corazón que mi amigo Jean-Jacques tuviera un final tan brusco,

cuando justo antes se encontraba tan bien y había estado charlando conmigo.

—Un final brusco, decís —replicó madame Levasseur que seguía alimentando a los peces, pero el vello sobre su labio superior temblaba a causa de su agitada respiración—. Un brusco final. Otros dirán un brusco final sospechoso. La gente de Ermenonville habla de cosas cuando el día se hace largo. Quizá lleguéis a vivir en carne propia, monsieur, que la gente murmure que vos mismo estáis implicado en ese brusco final, que tanto os ha beneficiado.

El compadre la miró boquiabierto.

—¡Pero si eso la sabe todo el mundo! —se indignó.

—También sabe todo el mundo —lo interrumpió madame Levasseur— lo mucho que nos ha afectado, a mí y a mi hija, este terrible golpe, tanto en nuestros corazones como en nuestro bolsillo, y aun así, algunas lenguas venenosas se vuelven contra nosotras, dos pobres viudas.

Mauricio sudaba y callaba. Pero madame Levasseur, muy amistosa, se le acercó con toda su gordura y le propuso:

—Deberíais ayudarnos, monsieur, vos podéis hacerlo. Bajo vuestros hermosos castaños se sienta mucha gente y habla; un buen posadero se entera de más cosas que la policía. Intentad averiguar quién hace correr toda esa palabrería y cuando lo sepáis encendedme una velita. Yo haré que el encargado del seigneur castigue a ese bocazas. Nos debéis este servicio, compadre Mauricio, vos fuisteis amigo de mi querido yerno. Mi Teresa tenía pensado hace tiempo obsequiaros con alguna de sus pertenencias, un pequeño recuerdo suyo —sus ojos pequeños y duros lo miraron serios, tristes y desafiantes.

—Sois muy bondadosa, madame —dijo Mauricio—. Pero ahora que hablamos así, cara a cara —prosiguió haciéndose fuerte—, permitidme ser franco. Muy católica no fue la muerte del fallecido; vos misma tenéis que reconocerlo, madame.

—Puede ser o puede no ser —reconoció con sinceridad madame Levasseur—. Mi señor yerno siempre se quejó de sus enemigos filosóficos, eso también lo sabéis vos, y yo misma tuve mis reparos ante su súbita muerte. Pero, al fin y al cabo, él estaba solo, y los señores del tribunal decidieron que se trataba de una muerte natural, una apoplejía, y Su Majestad la reina, en cierto modo, confirmó en persona esa versión con la visita de condolencia que Su Alteza se dignó hacernos a mi hija y a mí. Y después de que los jueces y la reina hayan hablado, lo mejor que puede hacer alguien como el compadre Mauricio y madame Levasseur es mantener la boca cerrada. —Se interrumpió—. Ahora debo irme a casa —dijo—. ¿Qué os debo, monsieur?

—Nada, madame —contestó el compadre Mauricio—, ha sido un honor para mí. Y si hablabais en serio al mencionar ese pequeño recuerdo, será para mí un placer visitaros a vos y a vuestra señora hija. Hace tiempo que deseo ver el chalé con que el malogrado bendito estaba tan ilusionado.

Dos días después, Mauricio se presentó en el chalé suizo. Mantuvieron una larga conversación, conmovedora y al mismo tiempo agradable, sobre Jean-Jacques.

—¡Que no pudiera llegar a disfrutar de esta casa! —se lamentaba una y otra vez el compadre Mauricio.

Cuando se marchó, se llevó consigo el batín del muerto, su lata de tabaco, su bastón, sus desgastados zapatos de paja forrados de cuero de oveja.

A partir de entonces, Mauricio mostraba a algunos huéspedes privilegiados los recuerdos de su amigo y maestro. Con mano respetuosa y corazón conmovido, estos tocaban las reliquias, querían incluso comprar esto o aquello. Pero el compadre Mauricio no se dejó tentar por las elevadas ofertas que recibía. Él no era como aquel Villette, el marido de la hija adoptiva de Voltaire, que había vendido el corazón más noble que jamás hubiera latido en Francia, el corazón de Voltaire, junto con su urna, a un coleccionista inglés por trescientos luses de oro.

Pero el compadre Mauricio, al ver lo decepcionados que quedaban los peregrinos, se preguntó si podía asumir ante el difunto Jean-Jacques la responsabilidad de decepcionar tanto a sus admiradores. Se hizo con latas y zapatos muy parecidos y vendía aquellos objetos, satisfecho de que las auténticas reliquias quedaran en sus fieles manos.

Si ahora el posadero protegía a las mujeres, perseguía con la misma fiereza al marqués, y todo Ermenonville propagaba sus comentarios.

Porque los campesinos del marqués de Girardin no amaban a su señor. Reconocían que el ilustrado seigneur los había liberado de muchas cargas, servidumbres y contribuciones, pero al mismo tiempo, en cosas irrelevantes se mostraba injusto y tozudo, incluso violento, y desde que Jean-Jacques ya no estaba entre ellos, volvía cada vez más a sus actitudes de padre del bastoncito. Eso sublevaba a sus campesinos, y el hecho de que no diera la libertad a sus siervos, aunque los tratara bien, enojaba a sus arrendatarios y a sus campesinos libres, tanto como a los mismos siervos.

Lo que lo mantenía aferrado a sus derechos no era la codicia, sino un sentido patriarcal de la responsabilidad. Sin una dirección estricta y paternal, esas criaturas necias, medio animales, cometerían los peores crímenes contra sí mismos. Lo amargaba no conseguir enseñar a aquellos obstinados el respeto afectuoso que le debían, y que no acabaran nunca las maliciosas y necias habladurías en torno a su parte de responsabilidad en la muerte de Jean-Jacques.

Uno de sus siervos, el colono Trouelle, le había pedido autorización para casar a su hija Paulina con un campesino libre, un mozo que, además, no vivía en sus posesiones, sino en una de las propiedades de su odiado vecino, el príncipe de Condé. Girardin, dudó mucho. Se venció a sí mismo. Decidió no solo autorizar la boda de Paulina Trouelle, sino renunciar para siempre a sus derechos sobre sus siervos.

Convocó en el castillo a una delegación de sus campesinos para comunicarles su noble decisión.

Cuando los tuvo reunidos en su gran sala, primero declaró que no autorizaba de buen grado la boda de Paulina Trouelle con su Josèphe Carteret. Luego empezó el

largo discurso que había preparado.

Pero entonces, con torpeza, rayando con sus toscos zapatos de madera el hermoso parqué que resplandecía como un espejo, se adelantó de entre el grupo el campesino Michel Desportes y abrió la boca. El seigneur, dijo, a menudo había demostrado tener un corazón amigo de los pobres y las gentes de baja condición, y había dado refugio también a monsieur Jean-Jacques, el amigo de todos los seres humanos. Muchos otros, encabezados por el mismo rey cristianísimo, habían liberado a sus siervos, haciéndolos iguales a las otras personas, renunciando a esa parte de sus privilegios. Y era justo esa prerrogativa del alto y poderoso seigneur lo que les dolía a todos ellos en su corazón. Y ¿qué pensaba hacer en ese aspecto? ¿Iba también monseigneur a dejarse dar un empujón y a decir: fuera con eso?

Girardin había dado un paso atrás. Lo enojaba tener que conceder por la fuerza lo que quería otorgarles por la bondad de su corazón. No respondió.

Entonces tomó la palabra el viejo campesino, Antoine Monnier, llamado compadre Antoine. Desde que monsieur Jean-Jacques había estado entre ellos, dijo con su voz vieja y temblorosa, a veces se habían sentado juntos, y alguno que supiera leer, el maestro Harlet o el compadre Mauricio, había leído en voz alta los textos de Jean-Jacques y se los había explicado. Ellos jamás se habrían atrevido a presentarse servilmente ante su seigneur si no estuviera escrito en los libros de Jean-Jacques —y citó, como solía citar la Biblia—: «Hay que limitar los derechos de los que mandan y de los que obedecen, de acuerdo con su nacimiento, y también limitar las obligaciones que tienen los que obedecen, en función de sus derechos naturales, de los que gozan como personas».

Ahora sí que Girardin se enfureció. Primero había sido su hijo quien malinterpretó, con actitud rebelde, las enseñanzas de Jean-Jacques, y ahora sus campesinos osaban decirle, con insolencia, lo que debía hacer de acuerdo con las enseñanzas de Jean-Jacques. Eso pasaba por haberlos consentido tanto. Pero iba a darles la respuesta que se merecían. ¡*Quos ego!* Pensó. Luego, se imaginó cómo monsieur Robinet bromearía con el primo Vaudreuil si rechazaba de mala manera la filosofía de sus campesinos, y se controló.

—Queridos míos —instruyó con una sonrisa algo crispada a los delegados—, lo que nuestro Jean-Jacques decía no es del todo como lo interpreta el compadre Mauricio. Veréis, el libro de *El contrato social*, parte de la idea de que las diferentes partes del Estado deben someterse las unas a las otras como lo hacen los órganos del cuerpo humano. Nuestro Jean-Jacques se refería a un episodio de la historia de los romanos. Los romanos eran un pueblo grande y virtuoso de la Antigüedad. El Tercer Estamento se rebeló y un miembro del Primer Estamento, un tal Menenius Agrippa, instruyó a los rebeldes acerca de las funciones de los distintos miembros. Un estamento debía ser el cerebro, otro el vientre. Ahora no pretenderéis afirmar que representáis el cerebro —se esforzaba en hablar con corrección con el siervo, pero no pudo evitar que en su voz sonara la ironía.

Quien contestó fue de nuevo Michel Desportes.

—No —dijo con simpleza y amabilidad— somos el vientre, eso ya lo sabemos. —Y añadió bromeando, campechano—: ¡Ojalá el vientre estuviera lleno!

Todos se rieron.

El marqués no se rio. Lo que había detrás de esas risas no resultaba agradable, sonaba malicioso, peligroso. Y de golpe vio los rostros de sus campesinos tal y como eran, y si eran necios, una gran parte de esa necesidad era fingida, y detrás había hostilidad, la astucia del campesino, el peligro.

—No lo toméis a mal, monseigneur —lo tranquilizó ahora de nuevo el abuelo Antoine—. Quizá somos insolentes y no tenemos ninguna filosofía fuera de la nuestra. Pero —y su voz adoptó un tono de censura—, tal y como decimos con nuestras bocas sucias: la propia mierda huele mejor que las rosas del vecino.

Ahora Girardin estaba decidido a no permitir que lo forzaran a otorgarles aquello que había estado dispuesto a darles por su voluntad. Se separaron molestos.

Durante días, en silencio, Girardin estuvo furioso. Se comportaban, sus campesinos, como si Jean-Jacques hubiera sido su huésped, y no el suyo. Al fin y al cabo, *El contrato social* no había sido escrito para torpes campesinos, sino para aquellos a quienes se había confiado el bienestar de todos.

Uno de quien el marqués sospechaba que malinterpretaba las enseñanzas de Jean-Jacques con particular malicia era Martín Catrou. El taimado joven, con su rostro insolente y sus vivos ojos, nunca le había resultado del todo simpático, y no le había gustado que su Fernando lo hubiera elegido precisamente a él como compañero de juegos.

A Martín, por su parte, le había dado mucho que pensar que Fernando, sin duda por influencia del fallecido Jean-Jacques, se hubiera animado a unirse a los librepensadores y hubiera cruzado el océano. Minucioso como era Martín, profundizó aún más en los libros de Jean-Jacques y, junto a extravagancias y disparates, encontraba cada vez más cosas nuevas, sorprendentes, demoledoras. Era incomprensible que los aristócratas hubieran tolerado entre ellos a aquel hombre, que lo hubieran incluso venerado; a él, a Martín, sus libros lo reafirmaban en su hostil desconfianza contra los nobles. Aunque fueran tan bondadosos como ese Girardin, acabarían mal; porque eran débiles. Todo lo bueno procedía de abajo, del Tercer Estamento, del pueblo, eso era lo que Jean-Jacques enseñaba, y los cabezotas debían ser llevados por la fuerza hacia el bien.

Martín se sentía cada vez más constreñido en Ermenonville. Frecuentó el trato con el maestro de escuela Harlet y no dejó de importunarlo hasta que este propuso al marqués que proporcionara al despierto joven un puesto de escribiente en la ciudad, mejor en París. La visión de Martín le resultaba penosa al marqués porque le recordaba a Fernando, y le habría gustado deshacerse de él. Pero ¿no había comprobado una vez más, durante el encuentro con la delegación de sus campesinos, la facilidad con que la filosofía desequilibraba las mentes de los miembros del

estamento más bajo? Y el joven Catrou pertenecía por naturaleza a los entremetidos. Así que Girardin no dijo ni que sí ni que no.

Un pequeño incidente lo ayudó a decidirse. Una prerrogativa a la que se aferraba de forma bastante estricta eran los antiguos derechos de pesca en sus posesiones. Autorizaba a su gente a pescar en sus aguas, pero se reservaba el derecho de comprar para sus cocinas una parte de la pesca obtenida. Entonces se descubrió que la viuda Catrou había vendido en su tienda pescado que no había mostrado antes a su personal. Que encima buscara excusas y pretextos todavía enojó más al marqués, y como el arrendamiento de la tienda había caducado, lo entregó a otro candidato. Eso hizo que la dura vida de la mujer y de su hijo aún fuera más dura y la gente del pueblo murmuraba y rezongaba.

Girardin estaba descontento. Había querido liberar a sus siervos y los necios campesinos lo habían obligado a conservarlos. Ahora, esa viuda insensata lo obligaba a quitarle la tienda. Era un señor bondadoso pero las apariencias iban contra él, y su gente murmuraba. Y lo peor era que utilizaban siempre a Jean-Jacques en sus argumentos y malinterpretaban siempre al más claro y sabio de los seres humanos.

Iba contra sus principios echarse atrás en alguna medida que ya hubiera tomado. Pero le dolía haber tenido que castigar con tanta dureza a la viuda Catrou. Decidió hablar con el señor Bouvier, su abogado en París, y este estuvo dispuesto a admitir a Martín en su oficina.

Martín Catrou se trasladó con su madre a París.

La partida de madame Levasseur

Teresa visitaba a menudo la tumba de su difunto marido. Temía que estuviera enojado por haber dejado que Nicolás, que lo había llevado bajo tierra, la hubiera desposado ante la naturaleza. Se disculpaba ante Jean-Jacques e intentaba explicarle que no había mala intención ni tenían nada contra él.

El día del aniversario de su muerte, ella estaba sentada bajo el sauce, sin pensar en nada, mirando hacia la tumba. Vio acercarse a Girardin y dar media vuelta al divisarla.

Era un escándalo lo mal que el marqués la trataba. Por lo menos el día en que se cumplía un año de la muerte de Jean-Jacques habría podido mostrarse algo más cortés con su viuda.

—Si somos lo bastante finas para la reina —se indignó ante su madre—, no debería fruncir el hocico de ese modo. Marchémonos de una vez y dejémoslo solo con su aburrida casta.

Madame Levasseur suspiró al oír las sandeces que su Teresa decía.

—Aunque el marqués quiera manifestarte su desprecio de forma tan evidente —

no se cansaba de hacerle comprender—, la viuda Rousseau tiene que estar en Ermenonville, cerca de la tumba. Cuando dejes de ser una viuda de luto —le repetía con insistencia— no serás más que un pedazo de mierda. Ningún rey de Inglaterra ni ningún lord mariscal va a darte ni un sueldo, ni un penique. La tumba es tu pesebre, vaca estúpida.

Teresa no solía estar malhumorada como ahora después del humillante comportamiento del marqués. Por lo general estaba tranquila y relajada y parecía contenta con la vida que llevaban en el solitario chalé. Madame Levasseur veía, para su satisfacción, que no tenía amoríos con ningún hombre.

Y eso que no le habría costado tener hombres, la viuda Rousseau era una personalidad interesante, muchos manifestaban el deseo de relacionarse con ella, y también ella había sentido a veces el deseo de revolcarse con alguno. Pero se contenía. Esperaba a su Colás.

Dos veces, a lo largo de ese año, él le había mandado mensajes secretos. Le hacía saber que volvería con toda seguridad. Le ordenaba, autoritario, esperar y no hacer nada.

Ella obedecía.

Se justificaba también en cierto modo ante el difunto Jean-Jacques en la medida en que se portaba bien y de forma decente. Claro que ella era del todo inocente en lo relativo a su prematuro final, pero monsieur Nicolás lo había hecho por ella y quizá por eso Jean-Jacques podía reprochárselo. Desde luego no podía perjudicarla esforzarse en reconciliarse con él. No solo lo visitaba a menudo, sino que también cuidaba con esmero de sus canarios, cambiaba a menudo el agua de sus bebedoras y cada día salía a recoger para ellos aquellas plantas pequeñas y rojizas, mouron, su alimento favorito.

Pasaron los meses, los años, y madame Levasseur sintió que se acercaba su fin.

Reunió todas sus fuerzas y viajó a Senlis a ver al señor Gibert para tomar sus últimas disposiciones. El abogado era un buitro, pero conocía su oficio, y ella le expuso con franqueza sus preocupaciones y propósitos. Quería seguir velando por su hijo y por su hija, incluso desde la tumba; ambos, aunque tuvieran ya sus años, lo necesitaban. Debía redactar un testamento, le exigió, según el cual François recibiría cada año hasta veinte lises, no más. Sobre todo, el abogado Gibert debía emplear todos los medios legales y también su autoridad personal y su capacidad de convicción para impedir que Teresa volviera a casarse; debía seguir siendo la viuda Rousseau y vivir y depender de las rentas correspondientes a la viuda de Rousseau. El abogado debía ocuparse de ello por todos los medios y obligarla, con un juramento ante Dios y el santo Yves, el patrón de los abogados. Ella estaba dispuesta a pagar por ello lo que hiciera falta.

El abogado Gibert quedó impresionado por las duras palabras y la firme voluntad de aquella vieja gorda, jadeante y frágil, juzgó sus propósitos de una inteligencia maternal, y también hizo una valoración de los libros de Jean-Jacques. Por supuesto,

apenas había medios legales para atar corta a la viuda; pero estaba decidido a hacer cuanto estuviera en su mano, a cambio de unos honorarios de cinco luises al año.

De regreso a Ermenonville, madame Levasseur se acostó para morir.

El sargento François acudió y lloró sin comedimiento cuando vio a su madre.

—Me he ocupado de que no te falte nada, hijo mío, tan bueno y tan valiente —lo consoló ella—; recibirás un importe anual. Y en cuanto salga del purgatorio, que espero que sea pronto, acudiré a todos los santos y no los dejaré en paz hasta que te ayuden a hacer realidad todas tus buenas ideas.

Cuando empezó a resultarle difícil hablar, tuvo una última conversación con Teresa. Le insistió en que no debía ir a París, aunque François tuviera grandes proyectos, con buenas perspectivas. Y no debía casarse bajo ninguna circunstancia, ni siquiera si su amante, aquel perro sarnoso, regresaba. Y por última vez volvió a explicarle:

—Solo tendrás dinero mientras seas la viuda de Rousseau. Y cuando se dé cuenta de que ya no tienes dinero, no tendrás una buena vida como hasta ahora, hija mía, y quizá ni siquiera larga. ¡Quédate junto a la tumba! —le ordenó—. ¡Sigue siendo la viuda Rousseau! —luego inició su agonía.

El sargento François en persona comunicó al marqués la muerte de su madre. Exigió que la vieja fuera enterrada al lado de Jean-Jacques, a quien había cuidado con tanta abnegación.

—¡Esto sí que no voy a consentirlo! —se le escapó al marqués.

La altanería del aristócrata indignó al sargento. No reparó en gastos y encargó para su madre un entierro de primera clase; todo el clero de Dammartin participó. El compadre Mauricio no dejó que nadie le arrebatara el honor de hacer un discurso funerario a la suegra de Jean-Jacques. Lamentó su trágico destino; los enemigos de Jean-Jacques habían calumniado a la fiel anciana, que se había desvivido por cuidarlo y siempre habían tratado de hacerlos reñir. La gente de Ermenonville estaba conmovida. El marqués, que asistió al entierro, escuchó con rostro inexpresivo.

En el chalé suizo los hermanos hablaron largo y tendido. François explicó a Teresa que quería llevársela con él a París. Ella respondió que su madre le había encargado quedarse junto a la tumba de Jean-Jacques. François dijo que la ley le daba poderes para determinar su lugar de residencia, puesto que era el cabeza de familia. Teresa, siempre con la misma y tranquila tozudez, repuso que entonces se quedaría, aunque fuera contra la ley. Si lo hacía, le indicó François, iba a tener que atarla corto; sin duda habrían heredado juntos la fortuna y él, como cabeza de familia, tendría derecho a disponer de todo. Teresa le replicó con calma que tendría que consultar con el abogado Gibert. François se dio cuenta de que no podía con ella.

—Todavía veremos —profetizó sombrío y mortificado— el día en que llegarás a París, harapienta y sucia, y me suplicarás que te ayude. No voy a negarte un techo y un plato de sopa, porque soy un soldado y un hombre generoso. Pero nunca voy a perdonarte del todo tu desconfianza. Y ahora dame dos escudos para el viaje de

vuelta —y dicho esto se marchó.

Ella se quedó en Ermenonville. Así debía ser, esa era su obligación. Estaba convencida de que Nicolás iría a buscarla allí.

No se sentía a gusto en la casita alpina. Los fantasmas la rodeaban, el espíritu de Jean-Jacques, el espíritu de su madre. Ambos estaban disgustados porque tenía la intención de vivir con Nicolás; sobre todo su madre, la insultaba y amenazaba. Teresa le mostraba una y otra vez el anillo que Nicolás le había dado. ¿No estaba prometida con él por medio de aquel anillo? Pero su madre no se daba por satisfecha.

De nuevo llegó un desconocido y le trajo un mensaje. Monsieur Nicolás regresaría pronto. Ella debía esperar donde estaba. Y no debía hacer ninguna tontería. Esa era una orden estricta. Teresa estaba feliz. A veces se vestía con todo primor. No quería ser sorprendida por su querido hombre con un aspecto desaseado. Entonces se sentaba allí, durante horas, vestida de fiesta, y contemplaba el anillo, con una sonrisa vacía y soñadora.

Gilberte en Versalles

Los caballeros de Ginebra no querían aplazar por más tiempo la publicación de las *Confesiones*. Girardin, a pesar de su temor de que Jean-Jacques fuera de nuevo atacado con virulencia, tuvo que ceder.

Las *Confesiones* aparecieron.

La impresión fue distinta de lo que había esperado Girardin. El hecho de que Jean-Jacques expusiera su vida y desnudara su propia alma de forma tan abierta conmovió a los lectores; admiraron su fanática pasión por la verdad. Encontraron abierta en las *Confesiones* la fuente más profunda de sus propias emociones y muchos pensamientos que hasta entonces les habían resultado inexplicables a ellos mismos. El hombre que allí apareció, combinaba la más noble sensibilidad con una personalidad irritante hasta la locura. A unos les inspiraba respeto y amor, a otros piedad. A partir de entonces, consideraron que estaba permitido expresar en voz alta los pensamientos que hasta ese momento ni siquiera se habrían atrevido a formular de manera clara ante sí mismos, manifestar sentimientos que apenas habrían confesado ante uno mismo. Las *Confesiones* aumentaron la gloria de Jean-Jacques encumbrándolo hasta el mismo cielo.

Gilberte de Latour estaba en París cuando se publicó el libro, monsieur Robinet se lo llevó. Esa noche debía ir al baile de la marquesa de Saint-Chamond. Se disculpó y después de comer se retiró a leer.

Yacía sobre la cama de su hermoso dormitorio; las velas temblaban sobre las letras que revelaban la vida de ese hombre, de Jean-Jacques.

Leyó deprisa y con ansia. Pero de vez en cuando dejaba caer el libro y cerraba los

ojos. Entonces oía a Fernando hablándole de las cosas y las personas que aparecían en el libro. Su voz se oía clara en la habitación, sus palabras se confundían con las palabras del libro.

Las *Confesiones* le parecían más odiosas de página en página. Cuando vio por primera vez a Jean-Jacques en el vestíbulo de Ermenonville, había tenido la impresión correcta. En el libro, él mismo proclamaba ante todo aquel que quisiera oírlo: era un miserable, ridículo, obscuro, un desdichado, un ser humano enfermo y nada apetecible.

¡Y ante él todos caían de rodillas! ¿Estaban ciegos? El «hombre de la verdad» lo llamaban. ¿No se daban cuenta de que cada una de sus palabras eran mentira? Si se leía alguna página suelta, sonaba convincente, pero ya en la siguiente afirmaba lo contrario. No era capaz de decir la verdad, ese Jean-Jacques. Los acontecimientos perdían para él su propia realidad, incluso mientras estaban transcurriendo. Era sacudido de un lado para otro por sus sentimientos, todo se irisaba, centelleaba. ¿Era ese relumbre, esa falta de vista, la filosofía? No, gracias, ella no quería saber nada de esa filosofía. Era un truco podrido.

Cerró el libro, apagó las velas, intentó dormir. En su interior resonaba la canción: «El amado que me hacía feliz partió hacia otras tierras».

Pensó de nuevo en Fernando, y además en la tonta melodía de Jean-Jacques. Cien veces se había jurado no volver a pensar en él. Formaba parte del pasado, había terminado. Se había entregado en cuerpo y alma a los falsos profetas, había echado a perder su vida por su causa. No iba a permitir que también echara a perder la suya. Aquello había terminado.

Por supuesto no había terminado, y no debía hacerse ilusiones. Durante aquel largo viaje con su abuelo por Suiza y por Italia, ante cada montaña y ante cada lago y en cada ciudad, había pensado qué habría dicho Fernando de estar allí. Y ¿por qué estaba ella tan interesada de repente por el Nuevo Mundo? ¿Por qué leía tantos libros sobre América?

Era despreciable por parte de Fernando que no hubiera dado la menor señal de vida. Al menos a su padre podría haberle escrito más y con mayor frecuencia. Cuando se encontraban con monsieur de Girardin, su abuelo, muy cortés, preguntaba cada vez por Fernando; pero el marqués tenía poco que contar, su hijo mandaba escasas noticias. Cuando las tropas francesas de refuerzo llegaron a América bajo el mando del general Rochambeau, todos ellos habían tenido la esperanza de que Fernando fuera trasladado a ese ejército; pero el testarudo joven se había quedado con las tropas del general Washington, y cuando el marqués le comunicó por escrito sus objeciones, adoptó una actitud aún más silenciosa.

Debería haber ido al baile de la marquesa de Saint-Chamond. En esas fiestas se divertía muchísimo ¿Acaso no podía? ¿Tenía razón Fernando al decir que si alguien gozaba por tener trato con otras personas distinguidas, cuidadas y elegantes era una criatura vacía?

Seguro que Mathieu iba a estar en el baile, seguro que la echaría de menos. Debería ser más amable con él, no debería dejar que perdiera la paciencia. Hacía ya más de un año que su padre había muerto y Mathieu había heredado sus muchos títulos y dignidades, los dos castillos en ruinas y las deudas. Podría librarse de sus preocupaciones si aceptara uno de los dos puestos que lo esperaban con los brazos abiertos, en el ejército o en la diplomacia, a él, al *haut et puissant* seigneur Messire Mathieu-Marie conde de Courcelles. Si no aceptaba ninguna de esas plazas, era solo por ella. No quería marcharse a alguna ciudad de provincias como general, ni a una corte extranjera como embajador. Quería quedarse en Versalles, cerca de ella. No abría la boca, no había pedido su mano, era endiabladamente orgulloso, pero ella lo sabía: solo esperaba una señal suya que le indicara que podía hablar.

¿Cuánto tiempo iba a hacerle esperar aún? Si se interesaba por ella, con toda seguridad no era para poder salvar sus bienes con su dinero. Él había descartado a otras ricas herederas, eso lo sabía por monsieur Robinet.

Pero un poco más de tiempo sí tendría que esperar. Se había establecido el alto el fuego con Inglaterra, Fernando ya no tenía nada que hacer en América. No es que su regreso hubiera podido cambiar nada; pero tenía derecho a una última explicación.

La siguiente vez que monsieur de Girardin los visitó en el castillo Latour les contó que su hijo no regresaría con las tropas francesas tal y como él había esperado, sino que se había marchado a las Indias Occidentales, a Saint-Domingue para establecerse allí. Probablemente, el marqués no había querido contarle, pero su corazón estaba tan lleno que se le desbordó por la boca.

Gilberte apretó los labios y no dijo nada.

Esa noche volvió a pensar por décima vez cómo sería la vida con Mathieu. Era probable que él quisiera seguir su carrera. Pero ella no estaba dispuesta en modo alguno a vivir en provincias o en el extranjero. Quería pasar un par de meses en París y en Versalles, y durante esos meses estaba dispuesta, como él seguramente desearía, a someterse al complejo ceremonial de la corte; pero la mayor parte del tiempo quería pasarlo en el campo, en Saint-Vigor o en Latour o en uno de sus decadentes castillos. Debía dejarle todo aquello bien claro.

Frunció el ceño. A Fernando no tendría que haberle explicado algo así.

Al día siguiente habló con monsieur Robinet. Había mantenido apartado a Mathieu de Courcelles durante años, la mayoría de las jóvenes de su edad ya estaban casadas. Ella creía amar a monsieur de Courcelles. Quería saber si su abuelo le aconsejaba casarse con él.

Robinet tuvo que hacer un esfuerzo por mantener una expresión tranquila en su rostro rubicundo y cuadrado. Se vio ante el mismo problema que tiempo atrás, cuando ella le habló del plan de Fernando de marcharse a América. Él no tenía nada que objetar a la unión de Gilberte con Mathieu, pero ahora menos que entonces podía imaginar cómo iba a vivir sin ella.

En su tono habitual, algo irónico, le dijo:

—Aconsejarte en estos asuntos, niña mía, no me resulta fácil; no me gustaría perderte. Ya ves que no puedo ser imparcial.

—Pero, que yo vaya a vivir sin vos, eso no entra siquiera en consideración —respondió ella impulsiva—. Viviríamos con vos o vos con nosotros.

En su interior, Robinet se sonrió. A pesar de la mutua y exquisita cortesía, no se entendía demasiado bien con el aristocrático Mathieu.

—Me cuesta creer —contestó Robinet— que el actual conde Courcelles insista en vivir bajo el mismo techo que yo.

Entonces todavía tendré que dejarle a Mathieu más cosas claras, pensó Gilberte, y dijo:

—Si de verdad no tenéis nada que objetar, abuelo, vuestro biznieto llevará el título de monsieur de Courcelles —pero en su rostro bailaba aquella sonrisa dura, casi imperceptible, que Monsieur Robinet había percibido durante el entierro de Jean-Jacques.

Durante un breve espacio de tiempo monsieur Robinet dudó. Luego dijo:

—Tu hijo también llevará el título de monsieur de Saint-Vigor, niña mía. Saint-Vigor perteneció una vez a los Courcelles y si es devuelto a un Courcelles, se le devuelve con ello el título.

Gilberte se sonrojó de satisfacción y también un poco de vergüenza; Saint-Vigor era un señorío con varios pueblos, el regalo que monsieur Robinet hacía a la novia era muy valioso.

—Gracias, abuelo —dijo.

La siguiente vez que se encontró con Mathieu le preguntó:

—¿Qué pensáis de mi abuelo?

Él, algo comedido, repuso:

—Monsieur Robinet es un hombre de negocios muy inteligente y con muchos éxitos, eso lo sabe toda Francia.

—Yo amo a mi abuelo —declaró Gilberte con calor y con una firmeza poco habitual—. Nunca me separaría de él, bajo ninguna circunstancia. ¿Entendéis, conde Courcelles?

El rostro hermoso y alargado de Mathieu manifestó sorpresa, después se quedó pensativo, luego reflejó consternación.

—Comprendo —respondió e hizo una reverencia.

—Además —prosiguió ella—, exigiría de mi marido, quienquiera que vaya a ser, que viviera por lo menos medio año en el campo. ¿Es eso exigir demasiado, conde Courcelles?

—Es exigir mucho —contestó Mathieu, pero cuando vio su rostro, añadió con rapidez—: pero no demasiado.

—Vos, por ejemplo, ¿aceptaríais esas condiciones? —preguntó Gilberte.

De nuevo Mathieu dedicó un tiempo a reflexionar, y luego dijo con solemnidad y decisión:

—Sí, estaría de acuerdo.

—Gracias —dijo Gilberte.

Mathieu casi no se atrevía a comprender, la miró con una expresión algo bobalicona. Contempló su rostro bondadoso, fresco, valiente y sensato que ahora sonreía casi con timidez. Entonces se llenó de vida como Gilberte nunca habría creído posible. La tomó en sus brazos. La besó. Sabía besar. Ella sintió un escalofrío.

¿Era feliz? Sí, era feliz. Esta vez ella había elegido por propia voluntad, no sin sentido común, pero también con el corazón.

Entre el arrendatario general y el conde Courcelles tuvo lugar una conversación sobre el ordenamiento de los asuntos financieros de Gilberte. Fue un largo y penoso encuentro; Mathieu se resistía a aceptar el dinero que monsieur Robinet consideraba necesario para una vida despreocupada de la futura pareja. Suspirando, Robinet le contó a su nieta:

—Es un aristócrata de la mejor clase, tu Mathieu, muy formal y convenientemente limitado.

Puesto que Mathieu pertenecía a la *Noblesse de Parage* debía poder demostrar treinta y seis cuarteles del escudo, pero Gilberte, como miembro de la *Noblesse Bâtarde*, solo una, su unión, para que los hijos no perdieran los privilegios del padre, debía obtener el consenso de la familia real y de los ministros. Hubo que hacer solicitudes y peticiones para que el conde Courcelles y mademoiselle de Latour pudiera aparecer en Versalles para recibir las firmas necesarias.

Con frecuencia, durante aquellas semanas de gestiones, Gilberte se acordó de cómo se había burlado Fernando de todas esas formalidades, sobre todo de la ronda de súplicas por Versalles que deberían hacer. Vivía en las nubes, Fernando no tenía razón en modo alguno. Si el rey y la corte aceptaban benevolentes a Gilberte, aquello no sería una farsa ridícula, sería un triunfo. Esa visita a Versalles la levantaría por encima de la multitud de inferiores, cargados de obligaciones y servidumbres en el círculo de los libres. No dejaría que ese día le fuera amargado por la ironía de nadie, cercano o lejano. Se alegraba de que se acercara el día, ese 18 de marzo.

Monsieur de Ségur, el ministro de la Guerra, un pariente de Mathieu, había asumido la tarea de presentar al rey el contrato matrimonial para que lo firmara. Esperaron durante dos horas, mortalmente largas, al *lever*, en la antesala, entre innumerables personas. Luego, por fin, el gordo suizo dio un golpe con su alabarda y gritó:

—*Le contrat!*

Y entonces llegó el momento: Mathieu, Gilberte y monsieur Robinet pudieron entrar, conducidos por Monsieur de Ségur, en el dormitorio de su cristianísima majestad.

Con una rápida mirada de soslayo, Gilberte miró a Mathieu. Tenía un bello y distinguido aspecto y con toda seguridad no consideraba ridículas las muchas ceremonias a que debían someterse.

El rey estaba sentado ante su tocador en una postura abandonada y fea, y se dejaba empolvar y peinar. La lujosa habitación estaba llena de gente. Monsieur de Ségur condujo a Gilberte ante el rey, llevándola con la punta de los dedos, Mathieu y monsieur Robinet los siguieron.

—Sire —dijo el ministro—, esta es mademoiselle de Latour, futura condesa Courcelles si os dignáis poner vuestra firma en el contrato matrimonial.

El rey contempló a Gilberte con indolencia, con sus ojos saltones y soñolientos.

—Así que vos sois mademoiselle de Latour —dijo—. Muy bien, de acuerdo.

El ministro de la Guerra le alargó el contrato, el camarero encargado de esa función, la pluma. Gilberte, levantándose de la profunda reverencia, miró con ansia cómo aquella mano blanca y gordezuela escribía. *Ça y est*, pensó. Sintió alegría, nada más que alegría, una alegría irrefrenable.

Luis había firmado.

—Muy bien, de acuerdo —dijo sin apenas reprimir un bostezo—, así que ahora seréis la condesa Courcelles. Mis felicitaciones.

Luego se dirigieron a las estancias de la reina. María Antonieta dedicó una mirada experta al traje de gala de la novia y supo enseguida que había sido confeccionado por mademoiselle Bertin, por su modista, la modista de la reina. Dijo sonriendo:

—Debe haberos costado un montón de dinero, querida —y firmó.

A través de muchas salas, por muchas escaleras y corredores interminables, pasando ante suizos que hacían guardia, camareros, dignatarios mundanos y eclesiales, se acercaron a los hermanos del rey, al conde Provence y al conde Artois. Luego a mesdames, las tres tías del rey. Luego al duque de Angulema. Este príncipe estaba sentado en un caballito balancín, con el sable en bandolera, tenía cuatro años. Firmó despacio, con aplicación, y monsieur Robinet comentó:

—De toda la familia real, es el único que escribe con una caligrafía legible.

Una vez hecho esto, la pequeña y solemne procesión se dirigió al ministro de Justicia y gran canciller, monsieur de Miromesnil. Este añadió el sello real al documento y su firma.

Quedaba ahora establecido y legitimado por todos los tiempos que el conde Mathieu de Courcelles estaba autorizado a casarse con Mademoiselle de Latour, dueña de un solo *quartier*, sin perder por ello sus títulos, dignidades y privilegios. Gilberte de Latour poseería, una vez consumado el matrimonio, tres *quartiers* y su primer hijo tendría derecho a heredar las dignidades y privilegios de su padre.

El regreso del pretendiente

Entrada la noche, unos fuertes golpes en la puerta arrancaron a Teresa del sueño. Se incorporó de golpe y supo con un bendito espanto que era él.

Lo era. Estaba allí de pie, sonriendo.

—Aquí estoy de nuevo, tesoro —dijo con su voz gangosa, como si solo hubiera estado ausente un día.

Con el rostro acalorado y radiante, ella lo devoró con la vista. Estaba algo más grueso, pero todavía delgado, y sus ojos chispeaban igual de divertidos sobre su nariz chata.

Él dejó que le echara los brazos al cuello y le palmeó condescendiente el trasero. Ella sintió su cuerpo musculoso, olfateó su olor a hombre, los años de separación quedaron borrados.

Ella corría de un lado a otro, descalza, excitada.

—¿Quieres que te prepare algo de cena? —le preguntó, y fue de nuevo la buena y boba Teresa de siempre.

—Quizá más tarde —respondió él—. Pero si tienes algo de beber no te diré que no.

Sí, tenía todavía el buen aguardiente de frambuesas que el compadre Mauricio le había regalado cuando ella le dio la escribanía de Jean-Jacques.

Él se sentó en el amplio sillón, el lugar favorito del difunto, y contempló los muebles tan familiares.

—Es agradable estar de nuevo aquí —dijo, y se puso aún más cómodo, tomando posesión del lugar.

Llegar a escondidas hasta el chalé había requerido mucho cuidado. Por lo demás, su regreso no había supuesto ninguna gran osadía. Después de firmar la paz, los gobiernos francés e inglés habían proclamado una amnistía que también se extendía a su destierro. Así que consideró llegado el momento de dejarse ver de nuevo por casa de su querida prometida. La vieja mula había estirado la pata y ya no podía echarlo, los papeles que ella había defendido con tanta tenacidad ahora pertenecían a Teresa, y de hecho le pertenecían a él. Así que había cruzado el canal, el príncipe de Condé había vuelto a contratarlo sin problemas, vivía muy cerca, y allí estaba ahora.

Le divertía repatingarse en el sillón de su predecesor. En Londres había oído hablar de las *Confesiones* y había leído la traducción inglesa. Se había reído a carcajadas y con toda su alma sobre la sabia locura del señor filósofo. ¡La de cosas que sabía sobre su Teresa! En cualquier caso, allí estaba él, John Bally, también llamado Nicolás Montretout, no era ningún filósofo, pero era divertido y estaba vivo, mientras que el otro yacía en su fría tumba, famoso y muerto.

Percibió la felicidad con que Teresa se ocupaba de él; su ausencia solo había hecho más firme su unión. Bebió y comió y fue consciente, con una sonrisa pícaro, de que podía tener en el bolsillo las siete sabidurías del mundo. El necio del marqués había construido el chalé para el señor filósofo; pero quien disponía a su gusto allí dentro era él, Nicolás. Condescendiente, estaba allí sentado y se dejaba hacer carantoñas por Teresa.

—Más tarde hablaremos de asuntos serios —dijo—, primero vamos a pasarlo

bien —y se fue con ella a la cama.

Después dejó que ella lo informara de todo. No poseía ningún capital, pero disponía de una renta que le pagaba el marqués. Esto no le pareció bien a Nicolás. ¿Por qué no había recibido dinero contante y sonante por los manuscritos? ¿Y qué pintaba el marqués en todo aquello?

—Tú eres mayor de edad —protestó—, no necesitas ningún tutor. Y si necesitas alguno, para eso estoy yo aquí ahora. ¿Qué te parece, vieja? —preguntó de buen humor—. ¿Nos casamos? Claro que solo tienes rentas, pero te acepto.

Su corazón oprimido saltó de alegría y de miedo. Había esperado tanto tiempo a que llegara este momento. Estaba dispuesta a renunciar gustosa a su gran reputación como viuda de Rousseau para ser una simple madame Montretout, aunque ninguna reina más fuera a visitarla para consolarla; puesto que Nicolás había arriesgado tanto por ella, incluso poniendo en peligro su adorable y joven vida, era justo que ella también se sacrificara por él. Pero sentía los espíritus de Jean-Jacques y de su madre al lado de la cama, como sombras, pero llenos de vida, y su madre le advertía:

—Cuando después se entere de que ya no tienes dinero, también te partirá la cabeza.

Se incorporó a medias.

—Por lo que a mi respecta, mejor hoy que mañana —dijo, y como yacían en la oscuridad, él no pudo ver que sonreía tímida y vergonzosa como una niña. Él esperó en la oscuridad—. Pero —prosiguió Teresa, y se apartó un poco de él llena de temor—, pero quizá ya no querréis tomarme como esposa, monsieur Nicolás, cuando lo sepáis todo.

—¿Qué es todo? ¡Qué disparates dices! —exclamó él con su vieja, temida y amada brusquedad. Y le ordenó enfadado—: ¡Enciende una luz!

Cuando ella, obediente, hubo encendido una luz, él la miró con severidad y le ordenó:

—¡Y ahora habla! ¡No te entiendo!

—Yo tampoco lo comprendo muy bien —se lamentó ella—, eso es lo que pasa. Yo tengo pocas entendederas y seguro que vos comprenderéis mucho mejor por qué y cómo. Si me caso, ya no tendré más dinero, dicen. Vayamos a visitar al abogado Gibert, él lo sabe con toda exactitud.

—Al parecer, alguien ha vuelto a hacer una colosal estupidez —maldijo Nicolás. Se levantó y se vistió.

—No te enfades, Colás —le rogó ella con sumisión—. Haré todo lo que tú quieras.

Fueron a ver al abogado Gibert. El notario ocultó su desconfianza y su rechazo frente a Nicolás.

—¿Deseáis realmente, madame —preguntó—, que informe a monsieur Montretout sobre la compleja situación de vuestro patrimonio?

Habló de modo tan oficial que Teresa sintió miedo. Tenía claro que ni Jean-

Jacques, ni su bendita madre, ni el buen Dios estaban de acuerdo con aquello que estaba haciendo. Pero reunió todo su valor y, conteniendo la respiración, dijo:

—Sí, monsieur.

El abogado Gibert se acordó de que había dado su palabra de honor a la vieja y estaba dispuesto a hacérselo lo más difícil posible a aquella mujer necia y lasciva.

—Necesito una orden escrita vuestra —dijo con severidad— que me dispense de guardar el secreto profesional.

Tampoco esto pareció amilanar a Teresa. Firmó la compleja declaración del abogado y el abogado Gibert tuvo que hablar.

La situación era la siguiente: las rentas del benefactor inglés se pagaban a través de monsieur de Girardin y estas iban condicionadas a la recepción personal de la viuda Rousseau. También los pagos por los derechos de las obras de Jean-Jacques estaban repartidas en anualidades que iban a parar a las fieles manos de monsieur de Girardin.

La consulta fue larga y penosa, ya que el abogado Gibert utilizaba muchas expresiones técnicas y Nicolás no cedía hasta haber comprendido cada detalle. Finalmente, preguntó con insolencia y sin tapujos:

—¿Y qué pasaría si madame Rousseau volviera a casarse?

—Intentaría disuadir a mi clienta de que lo hiciera —dijo el abogado Gibert, y miró con severidad a Teresa—. Con toda seguridad, si se diera el caso, dejaría de cobrar las rentas inglesas, y es más que dudoso que los editores siguieran pagando.

Ahora Nicolás se puso enérgico.

—¿Es que ya existe en Francia el derecho y la ley? —se indignó.

—Precisamente porque existe el derecho y la ley en Francia, buen hombre —lo instruyó con suficiencia el notario—, aconsejo a mi clienta no volver a casarse. El derecho a la herencia de madame Rousseau no está tan claro y va a ser reclamado por un sobrino del difunto. Aquí debo tocar un tema espinoso. Monsieur Rousseau, según su propio testimonio, desposó a madame «ante la naturaleza». Hasta qué punto otorga derechos un matrimonio como este es por lo menos cuestionable. Hasta ahora solo la palabra y el respeto de que goza monsieur de Girardin ha impedido que el tribunal declare inválido el matrimonio de madame Rousseau.

Nicolás recordó algunos fragmentos del libro de Jean-Jacques y con su rápida inteligencia se dio cuenta del alcance que tenían las disparatadas *Confesiones* de aquel chiflado muerto.

Teresa, por su parte, casi triunfal, dijo:

—Lo ves, Colás. Ya te lo había dicho.

Nicolás la miró furioso, glacial, dio las gracias al notario por la información y se retiraron.

La noche de Nicolás estuvo llena de reflexiones y planes. Así que la vieja, esa mujerzuela, se interponía en su camino incluso mientras se estaba pudriendo. Pero estaba muy equivocada. Si había conseguido encontrar a un abogado astuto, él

encontraría a otro que lo fuera aún más. Lanzó un contundente escupitajo.

Con una recomendación del príncipe de Condé viajó a París para visitar al abogado del príncipe, el abogado Labouret. Este supo aconsejarlo. Nicolás debía hacerse nombrar por Teresa su *Homme d’Affaires*, su *Homme de Confiance*, su hombre de confianza. Con toda probabilidad, algunas de las rentas podrían capitalizarse y esas rentas podían prestarse con toda certeza.

Nicolás no quedó demasiado descontento con esa información. Se sentó con Teresa y le explicó que, lamentablemente, monsieur Gibert tenía razón; ella debía quedarse en Ermenonville y cuidar de la tumba de Jean-Jacques como una viuda respetable. Sus hermosos planes de boda se habían ido a pique. Pero aunque no pudiera ser su esposo, sí podía convertirse en su *homme de confiance*, esa sería también una unión estrecha. Teresa lo escuchó encantada. Así que no iba a hacer nada reprochable a los ojos de su difunto y al mismo tiempo podría gozar de su querido Colás, aunque no ante el mundo.

—Entonces todo se queda como está —concluyó ella.

—No del todo, tesoro —le explicó él—. Tú tampoco querrás que tu marido, y eso es lo que yo soy, aunque no a los ojos de tu abogado Gibert, renuncie a su magnífico negocio de caballos que nos asegurará a ambos una vida estupenda. Para eso yo debo vivir en París.

—¿No puedo ir contigo, Colás? —preguntó con timidez Teresa.

—Desde luego, hablar contigo es como hablar con una pared —le riñó Nicolás—. Te estoy diciendo que tú tienes que quedarte aquí —pero al ver cómo se apagaba su rostro, la consoló—: No te lo tomes tan a pecho, tesoro. Por supuesto yo vendré hasta aquí de vez en cuando y podremos disfrutar de nuestro amor. —Más tarde le dijo—: Por cierto, primero iremos juntos a París. Allí haremos un certificado que será tan válido como una partida de matrimonio, lo haremos muy solemne y a lo grande.

En realidad, viajaron a París la semana siguiente, por supuesto con todo secreto. Teresa tampoco pudo instalarse en el mismo alojamiento que Nicolás, él la llevó a casa de una tal madame Beccari, en la Ruelle Louis, una callejuela del distrito de la Madeleine.

Al día siguiente fueron al despacho del señor Labouret y se firmaron y sellaron varios certificados.

Fue un acto complejo y solemne, y Teresa se acordó con toda claridad de cómo en su momento ella y su madre habían tenido que firmar en casa del abogado Gibert. Esta vez había sido incluso más solemne; porque el abogado Labouret llevaba la *simarre*, una capa medieval que le daba el aspecto de un gran sacerdote. Todas las emociones de las que Teresa era capaz se mezclaban en su interior. Estaba agradecida a Dios, que había arreglado las cosas para que, sin tener que desobedecer la prohibición de su madre, pudiera conservar a Colás. Admiraba a su amado, que era tan listo que había sabido dar la vuelta a las cosas de manera que, en cierto modo, era su esposo, y aun así, ella seguía siendo la viuda Rousseau. Pero en medio de toda su

satisfacción y felicidad seguía sintiendo miedo de su madre, y en el chisporroteo de las llamas de la velas que derretían la cera escuchaba su voz susurrante, carente de todo vigor, penetrante.

Luego firmó. Esta vez tenía que hacer muchas firmas, pero todavía se acordaba de cómo tenía que hacerlo desde aquella ceremonia con el abogado Gibert, y dibujó con esmero y muchas veces: «Teresa Levasseur, viuda Rousseau».

Nicolás, después de mandarla de regreso al chalé, se lanzó con amor y pasión al negocio. Consiguió adquirir buenos caballos a un precio razonable, la recomendación del príncipe de Condé le proporcionó clientes. Los tiempos favorecían su negocio, en París había un gran entusiasmo por todo lo inglés. Su trato experto, osado y servil gustaba a los grandes señores. Las cosas marchaban bien, el negocio tenía unas perspectivas excelentes.

Se presentó por sorpresa un visitante, el sargento François Renoux. Ruidoso y exagerado, saludó a Nicolás, lo abrazó, admiró los establos y el picadero. Nicolás lo contemplaba con desconfianza. Al poco rato el sargento estaba ya haciendo insinuaciones sobre la inesperada prosperidad de monsieur Nicolás.

—Mi dedo meñique me dice —bromeó— que aquí hay invertido dinero de la familia Levasseur, y creo que, como cabeza de esa familia, tengo derecho a saber de qué sueldos y escudos han salido estos maravillosos caballos.

Nicolás no quería dejarse extorsionar por aquel sinvergüenza, pero una pelea con el hermano de Teresa podía tener desagradables consecuencias. El propietario de la escuela de hípica Montretout encontró una solución: contrató a aquel hombre apuesto. François era vago, a menudo encontraba cualquier pretexto para no acudir al trabajo, pero no era del todo inútil, su verborrea y sus cotilleos gustaban a los clientes. Por lo demás, Nicolás lo ataba corto.

No era mezquino, pero tenía que ahorrar. Sus gastos corrientes eran muy elevados, la mayoría de sus ingresos estaban sobre el papel. Sus mejores clientes, caballeros jóvenes de casas grandes, no eran puntuales en los pagos y cuando los apremiaba, presentándoles las facturas, ellos y sus poderosos amigos se ponían desagradables.

Se dio cuenta de lo mucho que dependía de las rentas de Teresa que no había hipotecado y que no podía hipotecar. A veces iba hasta Ermenonville. Por regla general, llegaba entrada la noche, a escondidas y sin avisar, pero siempre encontraba a Teresa esperándolo, y en cuanto lo veía, ella se mostraba jubilosa y radiante.

Intentó mantener en secreto sus visitas a Ermenonville. Pero a pesar de todas sus precauciones se supo. El encargado comunicó a Girardin que aquel mozo, Montretout, de vez en cuando pasaba la noche con la viuda Rousseau en el chalé suizo.

El marqués no consideró conveniente actuar públicamente contra el canalla. Pero ahora tenía por fin el motivo que había deseado durante tanto tiempo para deshacerse de la despreciable Teresa. Le escribió una nota seca diciéndole que sintiéndose

deudor a la memoria de su amigo Jean-Jacques se veía obligado a impedir que en las proximidades de su última morada tuvieran lugar situaciones indignas en las que estuviera implicada la viuda Rousseau. Así que debía rogarle que buscara alojamiento fuera de las propiedades de Ermenonville.

El pánico hizo presa de Teresa. Su madre le había ordenado quedarse cerca de la tumba de Jean-Jacques; también Nicolás lo quería así. Si se marchaba, ofendería a sus muertos, y en lo que diría Nicolás ni siquiera quería pensar. Con toda seguridad iba a perder su dinero, esas rentas incomprensibles y misteriosas, y con el dinero, su madre había anunciado que perdería el amor de su Colás. ¿Cómo iba a seguir viviendo entonces?

Lo mejor sería contárselo todo de inmediato. Viajó a París, con la carta del marqués en el bolso. Corrió al negocio de Nicolás. Tuvo que preguntar varias veces, porque nunca había estado en su escuela de equitación. Quien salió a recibirla fue su hermano François. Al ver la desesperación que llevaba escrita en la cara, la saludó a gritos y con grandes ínfulas:

—Ya sabía yo que llegaría un día en que acudirías a tu hermano, desesperada y andrajosa. ¿No te lo dije?

Nicolás, cuando la vio, no ocultó su iracunda sorpresa. ¿Qué quería aquella gorda, aquel espantajo viejo en su elegante negocio? Solo le espantaría los clientes. Se la llevó a un rincón, y cuando ella trató de explicarse le ordenó con dureza que se callara y no siguiera importunándolo. Debía irse a casa de madame Beccari, en la Ruelle Louis, por la noche se reuniría allí con ella y podrían hablar. Y ahora debía marcharse, de inmediato. Su severidad le recordó a su bendita madre y eso la hizo consolarse a medias.

Cuando por la noche le contó lo que había sucedido y le mostró la carta del marqués, Nicolás se perdió en sombrías reflexiones. Luego le explicó a Teresa que, bajo ninguna circunstancia, podía quedarse con él en París. Debía quedarse cerca de la tumba, porque de momento no podían permitirse renunciar a sus rentas. Y cuando ella le preguntó llorosa adónde debía ir, él le contestó que le conseguiría alojamiento en el pueblo de Plessis; Plessis estaba cerca de Ermenonville, pero se encontraba en las tierras de su protector, el príncipe de Condé.

—Plessis —dijo ella sin entusiasmo—, Plessis.

—Desde allí puedes visitar sin problemas la tumba, una o dos veces por semana. Y de la tumba, el señor marqués no va a echarte —dijo con malicia.

—Plessis —repitió ella de nuevo—, allí todavía vendrás menos a verme.

Pero él ya estaba pergeñando un nuevo plan que le resultaba divertido, su humor cambió y la consoló benevolente:

—No te lamentes, tesoro. Dentro de un año, quizá solo medio, mi escuela de equitación será un negocio floreciente y dará tantos beneficios que tus rentas serán nada. Entonces te traeré conmigo a París y empezará la buena vida, nos casaremos, renunciaremos a las migajas de la mesa de los cabezotas y mostraremos nuestro amor

a la luz del día.

Lo que lo satisfacía era la perspectiva, la certeza, de estar ahora en situación de apoderarse también de los papeles que la vieja bruja le había escamoteado. La maldad de ese Girardin era un buen motivo para arrebatarse los papeles.

—Para empezar —decidió—, vamos a dar respuesta a la arrogante carta de este señor, una buena respuesta que yo mismo te dictaré. Los papeles del bendito te pertenecen a ti, eso es incuestionable, y él tiene que devolvértelos, ese ladrón bocazas. ¡Tú no vas a moverte de Ermenonville hasta que te devuelva lo que es tuyo!

Nicolás no sabía escribir en francés y sabía que Teresa solo escribía de oído, de manera que lo que ella escribiera sería poco menos que indescifrable. Pero justo eso haría la carta más jugosa, mortificantemente primitiva, y enojaría mucho al cabezota del marqués tener que devolver los valiosos papeles a semejante analfabeta.

Al día siguiente Nicolás debía estar temprano en su negocio, pero se tomó su tiempo para dictar a Teresa la carta. Eligió las palabras con un placentero afán de venganza y ella las dibujaba despacio, con esfuerzo, con su tosca ortografía.

«Nunca me habría imaginado», escribió, «que Monsieur de Girardin pudiera humillar así a la viuda de Jean-Jacques. Me reprocháis ser indigna, y alardeáis de vuestra amistad con mi esposo. Vos solo lo habéis apreciado de boquilla, yo lo he llevado en mi corazón. Os digo que vos sois indigno. Me habéis quitado los papeles. Haced el favor de devolvérmelos, todos los papeles, y también las partituras, y también las *Confesiones*, no os pertenecen. Bien, yo me marcharé de vuestra casa, no me llevaré nada de lo que os pertenece a vos, pero no me iré antes de que se me devuelva lo que es mío. Soy y seguiré siendo, con todo respeto, monsieur, aunque vos me insultéis de tal modo, vuestra atenta viuda de Jean-Jacques durante toda mi vida».

Nicolás, mientras dictaba, y Teresa, mientras escribía, se divirtieron mucho. Cuando el altanero marqués leyera esa carta se iba a quedar con un palmo de narices.

Nicolás volvió a insistir en que no abandonara Ermenonville sin los papeles. Bajo ninguna circunstancia. Luego Teresa partió de regreso, entregó la carta en el castillo y se sentó en el chalé a esperar.

El marqués se enfureció al recibir aquella carta inmunda. Los manuscritos habían sido impresos y copiados con todo esmero, pero su corazón sentía apego por los originales. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Si no quería verse involucrado en un largo y escandaloso proceso, tendría que separarse de los manuscritos. Los tomó de nuevo en sus manos, los contempló conmovido, pasó con ternura la mano sobre ellos, los empaquetó, se despidió de ellos y se los mandó a aquella mujer indigna.

Teresa examinó con desconfianza el grueso paquete de textos para comprobar que estuviera todo. Luego escondió para el traslado las *Confesiones* en una de sus enaguas, los *Diálogos* en otra, y en una tercera las partituras de aquellas canciones que Jean-Jacques había escrito durante los últimos días de su vida, los *Consuelos*. Y entonces tuvo que mudarse.

Nicolás había alquilado para ella la casa de un conocido en Plessis, un tal señor

Bessat. El pueblo de Plessis no tenía el menor atractivo, la casa tenía el techo de paja y era muy sencilla. Esto no molestó a Teresa, lo más importante era que desde esa casa a la tumba solo tenía que andar una hora. Además, el alquiler era barato, ochenta libras al año, incluida la tasa de desgaste.

El compadre Mauricio y Sieur Bessat la ayudaron en el traslado. El compadre dejó que Teresa le regalara como recuerdo, para agradecerle las molestias, algunos objetos sin valor, pero muy valiosos para él y también para muchos otros. Pero la mayor parte de los muebles, las sencillas sillas de madera con el asiento de paja, el piano con la tecla del si bemol que siempre fallaba, las camas con las colchas azules y blancas, estaban ahora en la casa de Bessat, junto al camino del cementerio de Plessis. También los grabados estaban colgados de la pared, el bosque de Montmorency, el mendigo cojo escupido por los niños. No faltaba tampoco la jaula de los canarios. Y los textos descansaban de nuevo en el arcón.

Llegó Nicolás. Echó un vistazo a su alrededor. Eran los mismos muebles, sin embargo, en aquel entorno se veían algo deslucidos. Por otro lado, allí era el señor de su propia casa, ningún marqués podía inmiscuirse. Además, estaba el arcón, y ya no estaba vacío. Lo abrió con satisfacción, palpó los papeles, los dejó de nuevo en su lugar. Ni la bruja ni el marqués podían ya interponerse; por fin, a pesar de todo, le pertenecían. Quizá estaban un poco desgastados los papeles; se habían convertido en caballos, en hermosos purasangre ingleses; pero tenía la certeza de que, si alguna vez soplaban malos vientos, serían una protección.

Tenía motivos para tener en cuenta esa posibilidad. Su negocio podía hundirse de la noche a la mañana. Los jóvenes caballeros, con sus grandes apellidos, sus deudores, lo consolaban diciendo que esperara a que sus padres hubieran muerto, y no era aconsejable acudir a los tribunales. Sobre las rentas que todavía no se habían hipotecado o capitalizado, no se podía obtener ni un sueldo más, y el príncipe de Condé, su benefactor, lo ayudaba en todo, menos con dinero.

Nicolás era un hombre de recursos, de una energía ilimitada, de una desconsideración granítica, de un egoísmo imaginativo que, por regla general, solía proporcionar grandes beneficios, pero no tenía suerte. Y entonces la dama del infortunio le propinó un golpe que lo hundió del todo. El semental Lucky Strike lo tiró con tan mala fortuna que se rompió la pelvis y ahí acabó su carrera como el mejor profesor de equitación de París.

El sargento François intentó dirigir durante un tiempo el picadero como encargado de Nicolás. Pero los acreedores presionaban; ni el abogado Labouret ni el príncipe de Condé vinieron en su ayuda, además, el sargento François se vio involucrado en una pelea con uno de los jóvenes caballeros endeudados, apareció una desagradable nota en los periódicos, Nicolás tuvo que abandonar el negocio.

Se retiró a Plessis con su amiga Teresa. Se pasaba las horas muertas contemplando su única posesión, el arcón que contenía los papeles.

Siguió viviendo con Teresa en Plessis, en la casa del señor Bessat, con los

muebles de Jean-Jacques, cerca de la tumba. Era un tullido, amargado, bravucón incluso en la lengua extranjera.

De nuevo tenía Teresa un hombre de quien cuidar. Lo hacía con una dedicación sin límites. Admiraba a su Colás. Todo en él era grande, también su desgracia.

Padre e hijo

En pocas palabras, Fernando comunicó al marqués que, si a su señor padre le parecía bien, llegaría a Ermenonville al cabo de tres semanas.

Girardin sostenía la carta con manos temblorosas. ¡Fernando estaba en Inglaterra, quizá ya en Francia! ¡Fernando llegaría en el plazo de tres semanas! Monsieur de Girardin se sintió de golpe viejo y débil, feliz y desdichado, incapaz de soportar tanta alegría y a la vez incapaz de tomar las decisiones difíciles que ahora debía adoptar.

Durante siete largos años, durante dos mil quinientos días con sus noches, había esperado esta carta. Cuando se estableció el alto al fuego con Inglaterra, había tenido la esperanza de que Fernando regresara; durante meses había esperado que el deseo de estar con Gilberte lo hiciera regresar, e incluso cuando asistió con el corazón desgarrado a la boda de Gilberte, había seguido esperando, contra todo sentido común, que el recuerdo de Jean-Jacques, la añoranza de Ermenonville y quizá también un poco de afecto por él, su padre, lo trajeran de regreso a casa. Luego se había enterado de que Fernando se había establecido en las Indias Occidentales, en Santo Domingo, había malgastado parte de su herencia materna en unas fincas rurales de ultramar y se había fijado en una tal mademoiselle de Traversay, miembro de la alta nobleza, pero nacida en las islas, es decir, una criolla: y aun así, no había conseguido obligar a su testarudo corazón a que abandonara toda esperanza.

Y ahora tenía esa carta en las manos y tenía los ojos clavados en aquellas breves líneas y en la firma: «Vuestro amante y respetuoso hijo Fernando de Brégy», y se sentía desgarrado entre una alegría desbordante y su orgullo herido. Fernando ni siquiera había considerado necesario comunicarle si venía solo o quizá con esa familia de Traversay, los criollos. ¿Podía aceptar su padre, soldado y educador, esa falta de consideración sin reprimirlo? Pero si lo reprendía, ¿no iba tal vez el obstinado joven a echarse atrás en su determinación?

Redactó una respuesta en la que daba la bienvenida al hijo, pero también lo amonestaba. La respuesta no le pareció adecuada, pensó en pedirle a monsieur Gerber que la escribiera en su nombre, rechazó la idea, al final la escribió él mismo, le pareció demasiado poco contenida, demasiado cariñosa, y también larga en exceso, pero la mandó.

Las semanas siguientes las dedicó a pensar cómo recibir al insurrecto, al rebelde, al desertor que se había pasado al gremio de los comerciantes, que había descendido a

la clase de un Robinet, al hijo pródigo. Cuando de hecho ni siquiera era el hijo pródigo. Regresaba con la gloria del soldado y con nuevas riquezas; sus plantaciones en las Indias Occidentales habían aumentado de valor. ¿Cómo debía entonces recibirlo? ¿Debía sacrificar un becerro en su honor o mostrarse como un padre severo?

Y entonces un mayordomo conmovido, de rostro inexpresivo, anunció:

—El señor conde Brégy acaba de llegar.

Girardin se precipitó al vestíbulo y vio a Fernando, el mismo Fernando que él conocía y otro muy distinto, bronceado, endurecido, masculino, ¿era ese su muchacho que ayer mismo todavía tenía las mejillas sonrosadas? Y Girardin olvidó todos sus propósitos y abrazó al hijo, lo estrechó contra su pecho, lo besó y tartamudeó:

—¡Fernando! ¿Eres tú de verdad? ¡Fernando, mi Fernando, mi hijo Fernando!

Fernando, a su vez, había pensado una y otra vez cómo debería comportarse ante su padre. Su padre era de la cabeza a los pies un hombre de ayer, él, Fernando era de hoy, casi de mañana, se sentía muy adulto, y su padre era como un niño querido y testarudo, que siempre quería convencerlo de algo. Se había propuesto mostrarse indulgente pero no dejar que se estrecharan demasiado los lazos sueltos. Pero ahora, en el espacio familiar de Ermenonville, cuando vio a su padre, que estaba mucho más viejo de lo que él había esperado, y cuando se dio cuenta, al ver su rostro conmovido y feliz, de la aflicción que le habían causado aquellos siete años de ausencia, no pudo evitarlo y no sintió más que amor.

Girardin lo acompañó personalmente hasta su habitación. Por el camino se dio cuenta de que Fernando cojeaba, solo un poco, pero cojeaba. A su pregunta horrorizada, Fernando respondió que había sido herido poco después de su ingreso en el ejército; de entrada, la lesión no tenía buen aspecto, pero había evitado que su padre se enterara. Girardin, conmovido por tanta consideración, se avergonzó de haber dudado alguna vez del afecto de su hijo.

Ahora que estaban juntos, esperaba que Fernando se abriera a él. Pero este solo le hablaba de los acontecimientos de los últimos días. Tal y como exigía la costumbre, se había anunciado en París y en Versalles, los ministros le habían recibido con mucha amabilidad. Monsieur de Ségur, el ministro de la Guerra, incluso le había insinuado que añadirían a sus condecoraciones americanas una francesa.

Como Fernando, de momento, no contaba nada más, fue Girardin quien empezó a explicarle cosas. Le habló de la visita del emperador José, de los muchos peregrinos que acudían a Ermenonville, e insistió en mostrar a Fernando los cambios que había hecho en los jardines.

Fernando caminaba al lado de su padre, que se mostraba hablador y entusiasta. No le resultó fácil mostrar el entusiasmo que se esperaba de él. Sí, aquel era el paisaje de *La nueva Eloísa*, la naturaleza de Jean-Jacques. Era conmovedora, estimulante, adecuada para soñar y para divagar, pero ¿no era también un poco ridícula? El Fernando que había conocido los infinitos bosques, llanuras y corrientes del Nuevo

Mundo había crecido y dejado atrás aquellos jardines, que ahora le parecían juguetes, como las marionetas de su infancia.

Se alegró de que su padre lo dejara solo junto a la tumba de Jean-Jacques.

Durante las duras campañas y en el transcurso de los años pasados en las Islas Occidentales, Fernando se había imaginado a menudo qué sensación le produciría estar de nuevo junto a esa tumba. Permaneció indiferente, no se sintió conmovido por aquel lugar.

Lo afectó mucho más el reencuentro con monsieur Gerber. Aquel hombre enjuto aparentaba más edad de la que tenía, le pareció más delgado y más frágil, tenía el pelo aún más ralo, sus ojos parpadeaban más que antes. El reencuentro con su alumno lo emocionó sobremanera. Le preguntó con timidez:

—¿Puedo abrazaros, Fernando? —sonrió, parpadeó y tuvo que contenerse para no echarse a llorar—. ¿Quién lo hubiera dicho? —repitió varias veces en alemán, sin cansarse de mirarlo.

Fernando se impresionó al ver lo mucho que monsieur Gerber se parecía a su Jean-Jacques. Era evidente que lo había tomado como modelo para todo, viviendo su vida en función del modelo, y, quizá de forma inconsciente, lo imitaba.

—Mi querido Fernando —dijo monsieur Gerber—, ahora habéis dado fin a lo que Platón llamaba los años de aprendizaje y de vagabundeo. ¡Qué masculino os habéis vuelto! —se maravillaba—. Claro que han transcurrido siete años. —Y añadió—: ¿Vuestra filosofía también ha madurado en el mundo real? —preguntó en un tono que pretendía ser jocoso pero que sonó desafiante.

También Fernando se acordaba con toda claridad de aquella conversación en la que Gerber lo había conminado a no dudar del maestro. Gerber había tenido razón y no la había tenido, y en lugar de responder, provocó a su preceptor de antaño:

—¿No os han afectado también a vos las *Confesiones*, monsieur Gerber?

Resultaba extraño que ambos, después de siete años, retomaran la conversación allí donde la habían interrumpido.

—Nunca habría imaginado —se defendió Gerber— que en el interior de tan gran hombre hubiera tanta paz y silencio como en Ermenonville. Las *Confesiones* han hecho que mi humilde veneración fuera aún más profunda. Las duras palabras que aparecen al inicio son auténticas. No hay en toda la historia de la humanidad ninguna otra obra de tan tremenda sinceridad.

Fernando se quedó boquiabierto. Gerber tenía que saber del enorme abismo que había entre los hechos y las fantasías de Jean-Jacques.

—¿No os ha sorprendido —preguntó con prudencia— que Jean-Jacques viera a su mujer y compañera de un modo tan distinto de cómo es en realidad?

Monsieur Gerber contestó sin vacilar:

—Jean-Jacques era la verdad; si la realidad es verdad, no lo sé. Tenía el derecho de reordenar el mundo de acuerdo con sus percepciones. Su obra es auténtica, y su mundo es verdad —repitió la frase en alemán, disfrutando del sonido de las palabras

—. El mundo de Jean-Jacques es más real, irrefutable, permanente que aquel que nosotros llamamos mundo real. La realidad tendrá que cambiarse a sí misma.

La profunda e inmovible fe de monsieur Gerber conmovió a Fernando. Cuando estuvo solo reflexionó sobre las palabras del alsaciano: «Su obra es auténtica, y su mundo es verdad». Aplicó la frase a sus propias vivencias. Sus experiencias en América habían sido duras, sin demasiados momentos de gloria, pero sí muchos días descorazonadores llenos de nimiedades enojosas. Había visto hacerse realidad muy pocas cosas y había experimentado innumerables decepciones. El noble salvaje de Jean-Jacques había resultado ser un sueño, se había conseguido un poco más de libertad, pero no había el menor rastro de igualdad ni de fraternidad.

En una ocasión, por supuesto fue en una de esas horas de desánimo, cuando hizo balance de su experiencia americana, había llegado incluso a la conclusión de que no se había conseguido nada. En los Estados Unidos la arrogancia frívola, superficial y despilfarradora de los aristócratas había sido sustituida por la codicia y la hipocresía burguesas. Así se había hecho realidad en América, con tremendos sacrificios, el sueño de Jean-Jacques.

Y sin embargo, el Jean-Jacques de monsieur Gerber no era menos verdadero que el suyo. Si ya en vida, Jean-Jacques había sido distinto para cada uno, mucho más debería serlo después de muerto. E incluso más allá de lo personal, monsieur Gerber tenía razón. Solo había que separar lo eterno que había en Jean-Jacques de lo cotidiano. No había que detenerse en aquello que lo rebajara al nivel del común de los mortales, sino lo que obligaba a estos a levantar la vista hasta las alturas que él habitaba. Las grandes frases de las grandes obras de Jean-Jacques iluminarían eternamente como las estrellas. La ceguera de Jean-Jacques para las cosas de la vida cotidiana había sido providencial; sin ella no habría podido ver con tanta claridad las grandes cosas. La ceguera de Jean-Jacques solo lo había perjudicado a él, su visión beneficiaba a todos.

Un día Fernando encontró en el parque a una mujer gorda, vieja, vestida de negro, que al parecer venía de la tumba de Jean-Jacques. Ella lo miró como a alguien a quien él debería reconocer, e incluso estuvo a punto de dirigirle la palabra, pero prosiguió su camino. Solo al cabo de un rato cayó en la cuenta de que podía haber sido Teresa. Sacudió la cabeza asombrado de sí mismo, sin poder comprender cómo había podido enamorarse tan locamente de ella. Durante años apenas había pensado en ella. Lo que había vivido con ella estaba olvidado, ya no tenía nada que ver con él.

También lo dejó indiferente enterarse de que vivía en Plessis con aquel Nicolás. Intentó azuzarse a sí mismo contra el asesino de Jean-Jacques, se dijo que de no haber sido por ese hombre, el mayor pensador y escritor de la lengua francesa todavía estaría vivo. Pero no sintió por él más que una ligera repugnancia.

Pocos días después, Fernando tenía su primera conversación seria con su padre, acerca de cuestiones personales. Desde la llegada de Fernando, la felicidad del marqués solo se veía ensombrecida por una preocupación: ¿Cuánto tiempo se

quedaría su hijo? ¿Se quedaría? ¿Cuál era su relación con esa criolla? Ahora, por fin, monsieur de Girardin hizo de tripas corazón y le preguntó:

—¿Llevas ya mucho tiempo en nuestras Islas Occidentales, verdad? ¿No quieres hablarme de ello?

Fernando se había propuesto hablar a su padre de sus experiencias en Santo Domingo, pero lo contrarió que este no hubiera esperado a que fuera él mismo quien sacara el tema. En Filadelfia, le contó, se hablaba mucho de la abolición de la esclavitud; pero por desgracia no se había ido más allá de las palabras. Así que quiso convencerse con sus propios ojos de cómo se aplicaba la legislación francesa, el *Code Noir*, sobre los esclavos en las Indias Occidentales.

—En el fondo, padre —añadió sonriendo—, fuisteis vos quien me mandó a Santo Domingo. En su momento me ordenasteis que estudiara la obra de Raynal sobre nuestras Indias.

Girardin habría preferido que Fernando le hablara de cosas personales, pero este se extendió sobre aquel tema general y para él familiar. Comentó que los propietarios de las plantaciones de las Indias Occidentales daban un trato más humano a sus esclavos que los del sur y en tierra firme, y el *Cercle des Philadelphes in Cap Français* promovía muchas cosas buenas. Él, Fernando, ocupaba la presidencia de esa asociación de personas humanitarias, y en las grandes plantaciones que había adquirido en Santo Domingo, intentaba demostrar que dando un mejor trato a los negros se podía conseguir de ellos un mejor rendimiento.

El marqués, sin que viniera mucho a cuento, dijo:

—Supongo que habrás oído decir que he liberado a nuestros siervos. Estoy pensando incluso en renunciar al derecho de pesca. —Pero seguía esperando a que Fernando hablara de una vez de mademoiselle de Traversay, la criolla, y de sus planes. Esperó en vano. Fernando siguió hablando del *Code Noir*.

Fernando se sentía tentado a pedir a Hortense de Traversay que se reuniera con él en Francia para casarse. Pero no habló de ella. No estaba del todo convencido de lo que debía hacer y no quería precipitarse en su decisión, y si había regresado a Francia era para poder pensar y sopesar todo con calma y a solas.

La otra Gilberte

El matrimonio de Gilberte había resultado satisfactorio.

Mathieu le gustaba, notaba que la quería, con los sentidos y de corazón, y era muy placentero vivir en esa certeza. No era agradable la pedantería con que procuraba que ambos cumplieran con todas y cada una de sus múltiples obligaciones en la corte. Pero a cambio mantenía a conciencia, y sin poner jamás la menor objeción, las promesas que le había hecho.

A pesar de todo, no estaba tan a menudo con su abuelo como habría deseado. Aunque la culpa no era de Mathieu, sino de monsieur Robinet. Apreciaba tanto como Gilberte la honestidad y la fiabilidad de Mathieu; justo por eso no quería imponerle su presencia.

—Y bien, mi niña, ¿eres feliz con tu conde? —solía preguntarle a su nieta. Y esta respondía:

—Pues claro, ¿por qué no debería serlo?

Cuando monsieur Robinet percibió un cambio en ella, le preguntó si no querría quedarse hasta el momento del parto en Latour; Gilberte sabía cuánto le importaba que su hijo viniera al mundo cerca de él. Pero no pudo cumplir su deseo. Había prometido a Mathieu estar en Saint-Vigor cuando se acercara el momento del parto, cerca de Versailles. Según la costumbre, la reina entonces se interesaba por el estado de la madre y de la criatura y mandaba a una representante personal al bautizo.

Todo fue como debía ser, la criatura vino al mundo en Saint-Vigor, pesó tres kilos y medio y desde el primer día fue una condesa de Courcelles con once *quartiers*, que cuando fuera presentada a la corte tendría derecho a entrar en el dormitorio de la reina.

La pequeña condesa fue bautizada con el poco corriente nombre de Marie-Sidonia, tradicional en la familia Courcelles. La reina, que a su manera apreciaba a Gilberte por su naturalidad, acudió en persona al bautizo; además de los regalos habituales, les obsequió un perrito pequinés minúsculo que acababa de parir una de sus perritas falderas. Mathieu se enorgulleció de la distinción. Gilberte reconoció que el perrillo Pompon era gracioso y podría lucirlo en el regazo o tenerlo como juguete de la niña, pero pensar en cómo se habría reído Fernando de aquello le amargó la alegría y aborreció al perrillo.

Los Courcelles estaban en Saint-Vigor cuando se supo de su regreso. Ella esperó en secreto que la visitara y quedó decepcionada cuando él partió hacia Ermenonville sin haberla visto.

Estaba previsto que al cabo de tres semanas ella viajara con Mathieu para pasar unos días en Latour. Dijo que su abuelo echaba de menos a la pequeña Marie-Sidonia y que quería irse enseguida. Su turno de servicio en la corte no había terminado, le recordó Mathieu. Pero como ella insistió, él contestó con una reverencia, diciéndole que partiera con la niña hacia Latour, él se quedaría en Versailles para cumplir con su servicio. Eso era lo que Gilberte había deseado.

Robinet conocía a su nieta hasta el último recoveco, sabía por qué esta vez había llegado antes. Como de pasada, le contó que el conde Brégy había regresado y que el joven, a pesar de aquella antigua desavenencia, bien podría haberle hecho una visita. Poco después, como Fernando no iba, dijo que también podrían ir ellos hasta Ermenonville para hacerles una visita.

Fernando, cuando el marqués le contó que se reunía a menudo con monsieur Robinet, se había obligado a no preguntar por Gilberte. Tampoco dijo nada cuando su

padre le comunicó que Gilberte se encontraba en Latour. Pero se sonrojó. En siete años no había aprendido a controlar su rostro.

Todo lo que había contado acerca de los motivos que lo había llevado a las Indias Occidentales solo era una parte de la verdad. La filosofía había sido solo uno de esos motivos, la presencia de Hortense de Traversay otro, un tercer motivo, más fuerte que los otros dos, lo había empujado hacia las islas. Había querido aplazar su regreso a Francia, había querido someter a prueba a Gilberte, hacerla esperar; y cuando hubiera esperado bastante, entonces, así lo había decidido, la perdonaría. Ahora, al saber que Gilberte estaba tan cerca, lo vio todo con dolorosa claridad: había llevado a cabo un juego perverso y se daba cuenta de que había perdido merecidamente.

Como siempre, no iba a ceder con tanta facilidad. No iría a visitarla después de todo lo que le habían hecho en Latour.

Entonces sucedió lo que temía y quizá también esperaba: al regresar a casa, después de dar un paseo, encontró a dos visitantes conversando con su padre, monsieur Robinet y Gilberte.

De pronto se convirtió de nuevo en un adolescente, el tiempo había retrocedido, Jean-Jacques no había estado en Ermenonville, Fernando no se había ido a América, Gilberte no se había casado. La Gilberte de ayer y de hacía una semana y de siempre había ido a visitarlos con su abuelo sin avisar y sin grandes formalidades, como siempre, y ellos, Gilberte y Fernando, se harían una señal con los ojos, como siempre y desde siempre, y sabrían que iban a levantarse y a dejar solos a los dos caballeros.

Y se levantaron y dejaron solos a los dos caballeros. Y pasearon por los jardines.

Supuso que en el interior de la casa habrían estado conversando, hablando de cosas sin importancia, quizá ahora también hablarían de cosas corrientes y sin importancia, no lo sabían. Las primeras palabras que Gilberte pronunció de forma consciente y que Fernando escuchó, también de forma consciente, fueron:

—¿Qué le habéis hecho a vuestro pie, Fernando? ¿Es algo grave? —pero en su voz había tanto temor y tanta ternura que él sintió agradecimiento hacia el inglés o el hesiense cuya bala lo había herido.

Se mostró parco en palabras. La que habló fue Gilberte.

—Parecís terriblemente adulto, Fernando —dijo—. Claro que ya me lo imaginaba, pero de todos modos me sorprende. Todo ha cambiado y sin embargo nada ha cambiado —añadió, y todo aquello, ¿era también hablar por hablar o tenía un especial sentido?

—Tenía que enfrentarme a muchos problemas —dijo por fin Fernando. Hablaba con dificultad, no quería dejarse arrastrar por la emoción de aquel momento. Ella, tiempo atrás, no había entendido sus problemas, nunca lo había comprendido ni había querido entenderlo, y debía recordárselo.

—Sí, y ahora os habéis curtido en el roce con el mundo —contestó Gilberte, y a él le causó enojo y a la vez lo halagó que ella empleara las palabras que él le había dicho entonces—. Habéis vivido muchas aventuras —prosiguió ella, y nadie,

probablemente ni ella misma, habría podido decir hasta qué punto bromeaba y hasta qué punto hablaba en serio.

—Sí, he vivido situaciones extrañas —repuso Fernando con brevedad—. En la realidad los problemas se ven de forma muy distinta que en los libros —ahora estaba en su tema y se sintió feliz. Habló del problema que había querido estudiar en las Indias Occidentales, de la esclavitud, y de lo que Franklin había dicho sobre ella, y Washington y Jefferson, y de lo distintas que eran las cosas en las islas francesas de como eran América, en tierra firme, más fáciles y sin embargo más difíciles, y habló de lo que debería ser y de lo que era, y se alteró y fue de nuevo el Fernando de antes, tan adolescente, que ahora cojeaba un poco y era un hombre maravilloso y terrible.

Mientras Gilberte estuvo presente, Fernando sintió por ella todas las emociones de antaño; cuando de nuevo estuvo solo, recuperó la sensatez y regresó a su filosofía. Era evidente que ella tomaba el pasado como algo que había terminado, se alegraba de que estuvieran de nuevo juntos, y gozaba por completo de aquellas horas felices. A él le había sido negada una felicidad tan despreocupada. No podía olvidar que ahora ella estaba ligada a ese círculo frívolo y peligroso del que él había huido, mucho más estrechamente que antes. Tenía tan poca comprensión para él y su mundo como entonces; no había pronunciado ni una sola palabra de arrepentimiento, ni había reflexionado. Él se había esforzado en hacerle comprender el duro problema de la esclavitud, y ella no había preguntado nada, ni había mostrado el menor interés. Incluso creía haber descubierto una ligera sonrisa en sus labios, una sonrisa dura y maliciosa, y cuanto más se esforzaba en recordar esa sonrisa, más se enfurecía.

Ahora sabía lo que debía hacer. Regresaría a Santo Domingo de inmediato. Se alegraba de regresar al trabajo que le gustaba, echaba de menos a Hortense. Se la imaginó ante él tal y como la vio por primera vez. Fue en la sala de baile del gobernador, entró como si flotara, larga y menuda, muy joven, el rostro, alargado y mate, resplandecía oscuro bajo el pelo empolvado de blanco, los hombros sobresalían delicados del vestido de color bronce. El modo en que lo miró con sus ojos grandes y claros, sin timidez, y cómo había mirado a través de él, cómo le había preguntado con su voz aguda y burlona por su maestro Jean-Jacques, todo en ella lo había atrapado y excitado. Ciertamente, esa hija de la antiquísima nobleza francesa y castellana era altanera hasta la locura, pero había momentos en los que lo comprendía de todo corazón, en que se convertía en su Julia, y esos momentos grandiosos y bienaventurados pesaban diez veces más que el sufrimiento y el corrosivo enojo que a veces le causaba. Sería maravilloso llevarla a Francia, mostrarle aquel país magnífico, que, a pesar de su depravación, pertenecía al futuro, cuando él la educara en su filosofía y en la de Jean-Jacques. No iba a ser un loco y perder también a esa Hortense suya, «poniéndola a prueba» y haciéndola esperar sin motivo. Regresaría a Santo Domingo. Mañana mismo, pasado mañana como muy tarde, anunciaría a su padre que se marchaba de nuevo a las Indias Occidentales en busca de su prometida.

También iría al día siguiente a Latour, a anunciar a Gilberte su decisión. No temía

decirle a la cara lo que planeaba y que aquello era una ruptura y una despedida para siempre.

No hizo el camino hasta Latour a caballo, sino en carruaje, vestido de uniforme. No era Fernando quien visitaba a Gilberte: era el conde Brégy quien hacía en una visita formal, de despedida, a madame de Courcelles. Aquello resultaría penoso; quizá incluso se vería obligado a ver a la hija de Gilberte y a pronunciar algunas palabras elogiosas.

Encontró a Gilberte vestida con ropas de campo, fresca, natural, adorable.

—Espero, Fernando —bromeó—, que no tenga que cambiarme por tu causa —y él se sintió ridículo con su pomposo uniforme y con su sable. Ella siguió hablando como había parloteado siempre en los días de su mayor intimidad, ¿cómo se le había podido ocurrir que ella había cambiado? Cuando sonreía, no era dura ni maliciosa, era la sonrisa de la Nueva Eloísa, y él había sido un necio, deslumbrado por necias historias.

Ella le habló de la amistad entre su abuelo y el marqués. Este siempre trataba de convencer a su abuelo de que reformara los jardines de Latour siguiendo los principios de Jean-Jacques y el ejemplo de Ermenonville. Pero monsieur Robinet se negaba con firmeza; si quería naturaleza, entonces debía ser la auténtica naturaleza, y si quisiera un parque, entonces tendría tejos y boj y fuentes, y hermosos parterres, monsieur Girardin podía quedarse con su imitación de la naturaleza. Los dos ancianos caballeros no paraban de lanzarse pullas, pero no podían pasar el uno sin el otro. Gilberte hablaba con gracia, burlona, pero afectuosa.

No le habló de su Mathieu ni de su Marie-Sidonia, ni de la reina ni de su perro Pompon. Tampoco le preguntó por su criolla, de la que por supuesto había oído hablar. Tampoco mencionó discusiones pasadas.

Él escuchaba su parloteo percibiendo no tanto el sentido de sus palabras como su sonido. Pero en un momento dado, ella dijo:

—¿No es Monsieur Robinet un hombre magnífico?

Y eso lo atrapó y lo comprendió de inmediato; de esa forma tan delicada ella le reprochaba que la hubiera abandonado entonces, y ¿podía alguien lamentarse y lanzar un reproche de un modo más dulce? El corazón le pesaba y al mismo tiempo lo sentía ligero, porque su corazón se había hecho más sabio. De hecho, habría sido mejor para ambos que, en aquel entonces, siguiendo el consejo de monsieur Robinet, hubiera esperado a que las tropas francesas de auxilio hubieran estado listas para partir.

Claro que no tenía sentido pensarlo. En aquellos momentos él había tenido que actuar de aquel modo. Pero no podía dejar de pensar lo distinto que habría sido todo si se hubiera mostrado más sensato. Gilberte y Hortense se fundieron en una sola. Galopaba con Gilberte por sus posesiones de las Indias Occidentales, ella se admiraba de lo extensas que eran sus tierras, que parecían no tener límites, dejaba que él le explicara cómo y por qué había hecho esto o aquello de esa manera o de esa otra, ella sonreía con aprobación, con ternura y una pizca de ironía ante su entusiasmo.

Cuando se separaron se sentían muy próximos.

Él no habló a su padre de su partida. En lugar de eso, escribió a Hortense que, de momento, sus asuntos en Francia lo obligaban a quedarse; podrían pasar años antes de que volviera a Santo Domingo. Escribió de corazón, con sentido práctico, con mucha amistad y menos ternura.

La siguiente vez que fue a Latour, Gilberte no lo recibió sola. Mathieu había llegado.

Gilberte, con toda naturalidad, trató a Fernando como a su amigo más querido y más íntimo; también Mathieu lo recibió como a un buen amigo de la casa. Pero Fernando, a pesar de poner todo su empeño, se mostró rígido y enojado.

Cuando trajeron a la niña, la pequeña Sidonia, con el perrito Pompon, Gilberte se convirtió para él en una dama desconocida, una dama de Versalles.

Abandonó Latour lleno de confusión. ¿Había estado soñando la última vez que estuvo allí? Lo sobrecogió con fuerza la conciencia de lo mucho que oscilaba la imagen que se hacía de una misma persona. En su interior coexistía la Gilberte de antes y una nueva, distinta, y aún otra nueva, y otra, y no conseguía unificar esas imágenes.

Trató de evitar a Gilberte, pero no podía impedir que se encontraran a menudo. La mayoría de las veces se mostró azorado y retraído. Luego se sentía invadido por todas las sensaciones de su juventud, se olvidaba de que Mathieu existía y debía volver a la realidad con brusquedad, recordando lo que había entre ellos.

A Gilberte le parecía que seguía siendo el mismo, y aunque se resistiera a permitir que ella se le acercara, era evidente que había roto con su criolla por ella.

En una ocasión en la que estaba a solas con él, entró la niña. Marie-Sidonia, según la costumbre, iba vestida como una adulta, con pesados y solemnes ropajes; también su comportamiento era solemne y adulto, como el de una muñeca. Gilberte se dio cuenta de que Fernando contemplaba pensativo a la niña y dijo que preferiría dejarla crecer ruidosa y espontánea, como ella misma y también Fernando habían sido educados. Pero Mathieu, y también su abuelo, habían insistido en que fuera educada como era debido; en medio de los crecientes desórdenes, eso era doblemente necesario. Fernando la miró, miró a la niña y se calló. Pero ella se dio cuenta de su desaprobación y en su rostro apareció aquella leve y dura sonrisa.

¿A quién pertenece Jean-Jacques?

Desde el regreso de Fernando, la casa del marqués volvió a recibir huéspedes como antaño. Los visitaron filósofos, escritores, aristócratas progresistas, también la mayoría de los hombres «americanos», que en su momento habían apoyado la causa de los librepensadores en las colonias inglesas; varias veces fue también el embajador

americano, Thomas Jefferson.

Las conversaciones en Ermenonville giraban sobre todo en torno a la política interior. Las finanzas públicas de Francia no iban bien. Los dos estamentos más privilegiados, la nobleza y el clero, no solo estaban exentos de pagar impuestos, sino que, por medio de toda clase de cargas feudales, se quedaban con una gran parte de los impuestos, y la mayoría de la población de aquel país tan rico vivía de forma precaria, incluso en la miseria. Aquí y allá estallaban alborotos. Hacía falta un cambio profundo, una reforma en todo el reino, en su cabeza y en sus miembros, una revolución.

También los caballeros librepensadores del círculo de monsieur de Girardin consideraban inevitable una revolución. Pero creían que sería una revolución pacífica. En todas partes se veían ya los signos del progreso. Ministros ilustrados trabajaban para derogar las prerrogativas de los estamentos privilegiados, se había iniciado ya un proceso de desarrollo que estaría lleno de bendiciones. La revolución sería dirigida por filósofos, por las ciencias políticas, vendría de arriba. El mismo rey estaba bien predispuesto, sus consejeros liberales acabarían por convencerlo de que proclamara una constitución, la igualdad de derechos para todos.

Fernando no lo creía. La experiencia práctica le había enseñado que no se podía hacer nada contra la tenaz resistencia de una decidida clase dominante con débiles prescripciones y disposiciones prudentes. Las medidas bien intencionadas que algunos grandes caballeros habían tomado a título individual eran de poca ayuda, ni siquiera el liberal emperador José podía hacer gran cosa. El sistema feudal del reino debía ser eliminado desde sus cimientos, y eso solo podrían hacerlo aquellos que sufrían bajo el sistema en su economía y en sus carnes. El gran cambio solo podía venir de abajo, de las masas, del pueblo.

Durante siglos, los de abajo habían aceptado su sufrimiento opresor con fatalismo, como algo que no podía cambiarse. Pero ahora había llegado Jean-Jacques y les había enseñado que era posible otro orden. Habían oído hablar de eso, los de abajo conocían el nombre de Jean-Jacques, sabían vagamente de sus enseñanzas. Empezaron a despertar, se frotaban los ojos, y cuando hubieran despertado del todo se revolverían para librarse ellos mismos de la miseria. El estado de Jean-Jacques llegaría: pero su construcción no iba a ser filosófica.

Cuando Fernando dijo esto, se topó con rostros sorprendidos e incrédulos. ¿Hablaban en serio? ¿Creía en una revolución sangrienta, como la que había sufrido Inglaterra en el siglo anterior? No, en esta nuestra Francia Ilustrada algo así era imposible. Haremos la revolución necesaria en paz y la mantendremos dentro de los carriles adecuados.

Sucedió que Fernando y su padre asistieron a una reunión de sociedad en casa de madame de Beauvau, la Mariscalá. Estaban presentes diversos miembros de la Academia, damas y caballeros de la corte, y se volvió a hablar de hasta qué punto se habían hecho realidad las enseñanzas de Voltaire y de Jean-Jacques. Por todas partes

se imponía el progreso, el nacimiento de una era de la razón estaba a las puertas.

—¡Todos nosotros —gritó uno— vamos a ver todavía esta venturosa revolución!

Entre los invitados se encontraba un caballero algo mayor, de buen aspecto, monsieur Cazotte, un respetado escritor, autor de encantadores cuentos en verso. Monsieur Cazotte era místico, creía que había gente que podía predecir el futuro, y él era uno de ellos. Había escuchado la conversación en silencio, durante un buen rato.

—Ciertamente, damas y caballeros —intervino ahora—, van a vivir esa gran y magnífica revolución suya, pero no sobrevivirán a ella. La mayoría de los presentes morirán en ella y de forma espeluznante.

La gente se rio.

—¿Cómo podéis verla así, si se producirá bajo el dominio de la filosofía y de la razón?

—¡Precisamente en nombre de la filosofía y en el altar de la razón os sacrificarán! —contestó, y anunció con detalles horribles cómo algunos de los asistentes a la reunión morirían.

—¿Van a mandar los turcos y los tártaros en Francia? —preguntó alguien.

—De ningún modo —repuso monsieur Cazotte—. Reinarán los filósofos. Los jueces que os sentenciarán pronunciarán con sus bocas las mismas máximas que vos citáis desde hace más de una hora. Os mandarán a la muerte con citas de Voltaire, Diderot y Rousseau.

—¡Bueno, ya basta de bromas macabras! —exigió la Mariscal.

—Solo una cosa —pidió uno de los caballeros—: ¿Qué pasará con vos, señor abate? —preguntó dirigiéndose a monsieur Cazotte. Este respondió:

—Todos han leído vuestro *Josephus*. Seguro que os acordáis del episodio del hombre que durante el sitio de Jerusalén recorre las murallas. Durante días clama: ¡Oh, Jerusalén! ¡Ay, de mí! Hasta que lo derriba un disparo de los sitiadores. —Hizo una reverencia y abandonó la reunión.

Las profecías de monsieur Cazotte se comentaron mucho y con muchas risas en París y en Versalles. Fernando no se rio. ¿Estaban ciegos todos sus amigos? No es que creyera en las profecías ni en nada parecido; era contrario, como los demás, a toda clase de supersticiones y a toda mística. Pero las palabras de monsieur Cazotte lo habían afectado mucho, a él y a toda la concurrencia, de un modo inquietante; no eran solo fruto de la fe del vidente en su propio don, en el ánimo de monsieur Cazotte se había sedimentado un profundo conocimiento de la situación del país. Sus palabras deberían haber llevado a sus oyentes a plantearse, al menos, la posibilidad de que su modo de pensar estuviera equivocado. Eran tan listos sus amigos, habían estudiado a sus filósofos y a sus historiadores, los antiguos y los modernos, los argumentos salían de su boca con fluidez y acierto y con convencimiento: ¿pero no veían cuál sería el siguiente paso? Veían las grandes implicaciones, pero no aquello que los rodeaba más de cerca: los dolientes, los oprimidos, que empezaban a pensar y estaban dispuestos a golpear.

Fernando no creía, lo sabía: lo que vendría no se dejaría dirigir como un riachuelo de Ermenonville; iba a ser una gran marea que arrastraría a algunos al fondo, quizá a él mismo. Pero estaba dispuesto a aceptar la gran revolución, viniera bajo la forma que viniera, y él quería contribuir a ella.

No tenía ningún sentido debatir con los instruidos sobre las enseñanzas de Jean-Jacques; las conocían a fondo. Se trataba de simplificar esas enseñanzas, hacerlas comprensibles para el pueblo, hacer que el pueblo actuara de acuerdo con ellas.

Pero para ello había que poseer las cualidades del pueblo. Había que ser uno con las masas, con el pueblo. Él, Fernando, nunca había pertenecido al pueblo. Si ahora volvía la vista atrás, a los años amargos en la academia militar, comprendía qué era lo que había incitado a los demás contra él. En él había habido todavía demasiada de esa altanería aristocrática congénita. Y aunque se mezclara con camaradería entre los muchachos del pueblo, por más que se esforzara, él era y seguía siendo el conde Brégy, el futuro señor. Nunca habían llegado a estar del todo unidos, él y Martín Catrou.

Solo en América, en el ejército, había sido distinto. Allí durante los duros años de campaña, en la lucha, en el peligro, había existido auténtica camaradería entre él y los demás.

Que era un extraño en su entorno más próximo se le hizo dolorosamente claro cuando se produjo una inundación en la región de la Île de France. El manso riachuelo Nonette se convirtió en una corriente, los jardines de Ermenonville se inundaron, en todas las posesiones del marqués el agua puso en peligro las cosechas de los campesinos y los arrendatarios. El marqués organizó, dio órdenes, no se concedió descanso, ayudó a los campesinos con hombres, herramientas, dinero. Fernando se dio cuenta con asombro de que nadie dio las gracias a su padre. La gente no quería ver que por ellos casi había destruido sus fuerzas. Seguían desconfiando, sentían a su seigneur y a su hijo como extraños.

¡Ay, si él, Fernando, consiguiera derribar los muros que se levantaban entre él y los demás! Ansiaba rozarse con los demás, la amistad, la hostilidad.

Conocía al pueblo por los libros, por conversaciones nada comprometedoras, por el peligro común, por sensaciones vagas. No lo conocía. La gente del pueblo siempre reaccionaba de modo distinto al que él suponía. ¡Fraternidad! Debía hacerse igual a los demás, debía ser como ellos si quería ser su hermano de verdad.

Primero tendría que conocerlos.

Dio la casualidad que la ciudad de Senlis buscaba un consultor. Este no solo debía representar a la ciudad en sus muchas negociaciones con las autoridades superiores, sino también asesorar a los ciudadanos y campesinos de los alrededores. Fernando se ofreció para ocupar el cargo.

El marqués hizo algunas insinuaciones en el sentido de que Fernando quizá haría mejor entrando al servicio del Ministerio de Finanzas o en el Ministerio de la Guerra, donde tenía la posibilidad de hacer una rápida y segura carrera. Pero como Fernando

hiciera oídos sordos, monsieur de Girardin no insistió. Y además, dio a entender que comprendía los motivos de su hijo. Alababa a su hijo ante los amigos, era un auténtico discípulo de Jean-Jacques, se acercaba al pueblo y prefería los modestos asuntos de la pequeña y modesta ciudad de Senlis a los brillantes cargos de la corte.

Fernando se tomó su nuevo cargo tan en serio que se instaló en Senlis. Allí no vivía en uno de los numerosos castillos vacíos, sino en una vieja y sencilla casa de campo, a las afueras de la ciudad.

Los dignatarios de la ciudad de Senlis, el obispo, el presidente del tribunal local, el alcalde, se sintieron halagados de contar entre sus ciudadanos al futuro seigneur de Ermenonville. Los hombres de letras de la ciudad, sus historiadores, su poeta, su publicista, esperaron verlo en sus reuniones. Pero el oficio que él mismo había elegido lo llenaba del todo. Trataba solo con los pequeños artesanos que necesitaban su consejo, con campesinos, tenderos, escribanos. No solo intentaba ayudarlos en cuestiones legales, sino también en los problemas de su vida cotidiana. Luchaba con decisión y humildad por la amistad de la gente corriente.

En Senlis fue donde se encontró de nuevo con su compañero de juventud, Martín Catrou.

Martín había aprendido mucho trabajando para el señor Bouvier. Por supuesto no había podido conseguir el título de abogado, ya que no era lo bastante joven para realizar los largos estudios, y bien mirado, no era más que un escribano aventajado que entendía de asuntos legales. Pero sus conocimientos de la obra de Jean-Jacques le permitían disfrazar sus argumentos de filosofía práctica y había tenido éxito en casos en los que juristas titulados habían fracasado.

Pronto se dijo de él que era alguien que defendía los derechos de la buena gente frente a los abusos de la ley.

Exponía sus argumentos con agudeza y sin miramientos, con voz clara e incisiva. Su ruda franqueza, la rigidez con que, seguro de la solidez de su argumentación, despreciaba los compromisos, le creó amigos y seguidores.

Entre ellos se encontraba una tal Jeanne Maupetit. El padre de Jeanne, un hombre obstinado, un ciudadano de París, se había enredado en una disputa con un gran caballero, había perdido y había muerto en la cárcel. Jeanne no era muy bonita, pero era trabajadora y lista; el destino de su padre le había enseñado filosofía. Veía en Martín a un hombre que no solo hablaba de las enseñanzas de Jean-Jacques, sino que las vivía. Se convirtió en su amante. Su fe fanática la hizo hermosa para él y se casó con ella.

Jeanne había salvado algo de dinero de la ruina de su padre. Martín podía permitirse defender, en cuestiones legales, a los oprimidos contra los privilegiados, por unos honorarios bajos o incluso gratis.

Un tal sieur Vieillard, ciudadano de Senlis, a quien había aconsejado con éxito, le había propuesto trasladarse a Senlis. Martín se dejó convencer. Lo atraía trabajar en una ciudad pequeña que conocía bien, donde durante tanto tiempo había sido un

desconocido y se había contado entre los más miserables. También allí se ganó con rapidez amistades y respeto. Fue elegido para ser miembro del consejo de la ciudad.

Allí, en la alcaldía de Senlis, Fernando se reencontró con su amigo Martín.

Fernando tenía claro que durante todo ese tiempo tenía que haber cambiado, pero se quedó boquiabierto al ver ante él a un Martín tan adulto, corpulento, alto, seguro y experimentado. Él mismo a su lado parecía un alfeñique. Se quedó mirando al otro fijamente y preguntó como un bobo:

—¿Eres tú, Martín?

—Creo que sí —contestó Martín. Sonriendo, con sus ojos negros, inteligentes y burlones, contempló a Fernando. Observó su rostro audaz, con la arruga que se dibujaba sobre su nariz, su desconcierto.

Ambos se alegraron de volver a verse, pero sentían cierta suspicacia el uno hacia el otro. Desde el primer momento reaparecieron las viejas relaciones, la vieja amistad.

También Fernando había observado al otro. Como siempre, iba vestido con extrema dejadez. El pelo, que le caía sobre la ancha frente, lo llevaba peinado aún más hacia abajo. Todo él tenía algo de belicoso, de levantisco.

—De hecho, es extraño —dijo Fernando con una jovialidad algo forzada— que no nos hayamos encontrado antes.

—¿También os lo parece, conde Brégy? —contestó el otro con su voz clara e incisiva.

—¿Qué significa esto, Martín? —le reprochó amigablemente Fernando—. ¿Por qué no me tuteas?

Entonces dio unos pasos hacia él, y Martín se dio cuenta de que cojeaba.

—Sí —dijo—, ya sé. Has estado haciendo méritos para estar entre nosotros, los del pueblo —pero en sus palabras burlonas había un cálido afecto.

—Ven a mi casa —lo invitó Fernando—. Tenemos mucho que contarnos. Te invito a cenar.

—¿Puedo invitarte yo? —preguntó Martín en respuesta—. Mi mujer seguro que se alegrará. También a mi madre le gustará volver a verte.

Fernando, que había oído hablar del conflicto entre su padre y la viuda Catrou, dudó un instante, pero luego dijo:

—Desde luego, iré a tu casa si lo prefieres.

—Bueno —concluyó Martín—, esta noche iré a tu casa.

Martín, mientras Fernando estuvo en América, había escuchado con afán todo cuanto se contaba de él y se había alegrado cuando se trataba de sus méritos. Pero desde que Fernando había vuelto, lo enojaba. Todo cuanto hacía demostraba que en América había seguido siendo igual de necio que antes, y lo que hacía allí, en Senlis, era diletante, pura estupidez. Pero Fernando había nacido aristócrata, él, Martín, lo tenía más fácil, debería enseñar algunas cosas a su camarada de la juventud. De camino a casa de Fernando se propuso evitar cualquier observación hiriente.

Al principio fue todo bien. Pero luego Fernando habló de los negocios de su gente, de la gente con la que trabajaba y de sus asuntos cotidianos, habló con afecto, como si perteneciera a la clase más baja, y eso enfureció a Martín. Ese Fernando había estado en América y aún no había sido capaz de entender que él, en el mundo de la clase baja, estaba tan fuera de lugar como una vaca en la academia. El abuelo Popaule y el compadre Michel, con los que se relacionaba, calculaban todo en sueldos, mientras que él contaba en luses de oro. Aquel que ha nacido aristócrata no debería infiltrarse entre el pueblo.

—Me gusta tu casa —dijo Martín—, y no es nada ostentosa. La verdad —dijo con malicia— me ha sorprendido que no te hayas instalado en el castillo Lévis.

Ese palacio era la cuna de la antigua estirpe de los duques de Lévis, y los Lévis tenían amistad con los Girardin.

—¿Qué se me ha perdido a mí en el palacio Lévis? —respondió Fernando, más divertido que enojado.

—Bueno —repuso Martín—, solo la capilla debería proporcionar a un gran caballero una satisfacción diaria.

Y es que la capilla contenía un retablo del siglo trece que representaba al entonces seigneur de Lévis, que podía remontar su estirpe hasta Levi, el tercer hijo del patriarca Jacob; el seigneur de Lévi estaba arrodillado ante la Santísima Virgen, y esta, con amabilidad, y por medio de un texto escrito sobre una cinta, le decía: «Couvrez-vous, mon cousin».

Fernando se rio con ganas.

—Soy amigo de Gaston de Lévis —contestó—. Te puedo asegurar que él se ríe de ese retablo tanto como tú o como yo. —Se puso serio, pasó el brazo sobre el hombro del otro y le espetó—: ¿Por qué me sales con estas tonterías? ¿Por qué te metes siempre conmigo? ¿Qué te he hecho?

—Solo bondades —se burló Martín, esforzándose en mantener tranquila su voz incisiva, pero su frente se llenó de manchas rojas—. Solo me habéis hecho bondades caritativas. Primero tu padre demostró a mi madre que él es el señor, pero luego, muy humanitario y bondadoso, me mandó de aprendiz a París. Todo lo que ahora soy se lo debo a él, podría decir con razón el seigneur. Él reparte sus gracias, el seigneur deja brillar su rostro también sobre mí. ¡No quiero sus gracias! —estalló con voz estridente—. Quiero mi derecho, el que me corresponde por nacimiento, ese del que vuestro Jean-Jacques tanto hablaba. —Y como Fernando callaba, prosiguió—: No es vuestro Jean-Jacques. Él no tiene nada que ver con vuestra benevolencia. Él está relacionado con nuestro derecho. ¡Jean-Jacques nos pertenece a nosotros!

Ahora también Fernando se sonrojó. Habría querido liarse a golpes con Martín como tiempo atrás. Pero no quería parecer tan colérico como su padre, que le había quitado la tienda a la viuda Catrou.

—¿No te has dado nunca cuenta de que tú —contestó con calma— tienes un engreimiento mucho mayor, por pertenecer al pueblo, del que pueda tener cualquiera

de nosotros por su posición por nacimiento?

Martín no quiso entrar en el tema.

—Tenía a Jean-Jacques por un loco —reconoció—, me reía de él, y cuando pienso en cómo se paseaba por Ermenonville, como si fuera San Francisco, todavía hoy me da la risa. Y *La nueva Eloísa* es una estupidez. A ella, y a toda su «naturaleza», os la podéis quedar los Girardin, y el Jean-Jacques que las creó es todo vuestro. Pero de la «desigualdad» y del *Contrato social* no entendéis ni una palabra, por más discursos que hagáis sobre ellos. A ese Jean-Jacques solo puede entenderlo alguien que proceda de abajo. Y por eso, amigo mío, por eso es nuestro Jean-Jacques, ¿lo ves?

Martín se enojaba consigo mismo. Seguro que tenía razón: del mismo modo que él no podía participar del sentimentalismo de *La nueva Eloísa*, era imposible que el otro pudiera comprender las duras verdades del *Contrato social*, precisamente porque él siempre había pasado hambre y el otro nunca. Pero eso no podría hacérselo entender a Fernando y por lo tanto no debería haberse dejado arrastrar a esa discusión.

—Háblame de América —trató de cambiar de tema—. Dicen que allí el espíritu se ha evaporado y que los privilegios solo han cambiado de nombre. Cuéntame, por favor.

Fernando lo hizo gustoso. Lo que sucedía en América no podía medirse por patrones europeos. Allí no había ningún París, ni ninguna gran ciudad, la gente no tenía que vérselas con ningún seigneur, sino que tenían que luchar contra los elementos naturales y los indios. Además, aquellos que querían de verdad la revolución, por lo menos en los primeros años, estaban muy en minoría, y entre los privilegiados había allí menos ilustrados que aquí. Por eso su victoria había sido más sonada. Y el hecho de que los grandes sentimientos no se mantuvieran eternamente y que reaparecieran la codicia y las pequeñas envidias era humano, natural.

—¿Así que estás decepcionado? —resumió Martín.

Fernando dudó durante un momento. Luego dijo:

—Se ha conseguido mucho. Sigue siendo un gran ejemplo.

Cuando se separaron, la conversación había caldeado sus corazones y ambos esperaban con ilusión su próximo encuentro.

Pero a pesar de lo mucho que se propusieran tener paciencia, siempre discutían por cuestiones relacionadas con la ciudad de Senlis y de ciudadanos concretos, y cada uno de ellos utilizaba palabras que tenían que herir al otro necesariamente.

Mantuvieron su amistad, pero incluso la gente de Senlis percibía su discrepancia interna. Los partidarios de Martín desconfiaban de Fernando, los partidarios de Fernando desconfiaban de Martín.

Fernando se esforzaba con humildad y constancia por su gente. Podía decirse que muchos no lo veían como a un protector caprichoso, sino como un sincero amigo. Pero aquellas palabras de Martín se le habían quedado grabadas, en ellas había un

punto de verdad, una semilla de verdad. Una parte de Jean-Jacques permanecía cerrada para él, una parte de Jean-Jacques pertenecía a «los otros», al pueblo.

Las quejas de la ciudad de Senlis

Un gran movimiento recorrió el país: los estados del Imperio habían sido convocados, los Estados Generales, y eso no había sucedido desde hacía ciento setenta y cinco años. Las dificultades financieras del gobierno se habían hecho tan grandes que no se atrevía a elaborar un presupuesto sin la aprobación del pueblo.

Los Estados Generales estaban formados por delegados de las dos clases privilegiadas, la nobleza y el clero, y algunos representantes del tercer estamento, de los que no tenían privilegio alguno, de los ciudadanos. A este tercer estamento le fue asignada, y esa era una importante novedad y un avance, una representación igual de numerosa que a la suma de los dos estamentos privilegiados. Además, todo francés que fuera mayor de veinticinco años y pagara impuestos tenía derecho a voto. Por primera vez desde que la República de Roma había tenido que dejar de lado a los Césares, hacía casi dos mil años, por primera vez, en todo el continente, un pueblo, y además el pueblo más grande de Europa, debía elegir y determinar cómo debía llevarse la administración.

Una esperanza tempestuosa sopló por todo el reino.

A los municipios se les otorgó el derecho de dar instrucciones a los diputados, encargos, expedientes, listados de sus deseos y quejas.

El magistrado de Senlis encargó la elaboración de sus expedientes al conde Fernando Brégy y al señor Martín Catrou.

Ambos empezaron de inmediato a debatir con pasión. Fernando creía haber aprendido de su experiencia en Senlis y quería poner el acento en una exposición clara de cada una de las irregularidades. Quería exigir, empleando frases contundentes, la contención del río Nonette, la anulación de determinados derechos e impuestos de paso, sobre todo la limitación de los derechos de caza de la familia real.

Martín sonreía. Conocía la eterna disputa de los Girardin con las capitanías del rey por el derecho de caza del príncipe de Condé.

Él mismo, Martín, tenía pocas esperanzas en aquellas jornadas, tan anunciadas, de los estamentos del reino. Supuso que se iba a comprar la aprobación de los representantes del pueblo para nuevos y pesados impuestos con la concesión de cosas sin importancia y que luego los mandarían a sus casas. Todo aquello no sería más que una solemne pantomima, y los dos estamentos privilegiados seguirían oprimiendo al tercero con las mismas cargas de siempre. Por eso precisamente no debían detenerse en menudencias, sino exigir lo que era de verdad importante, la separación entre la administración y el poder legislativo, la responsabilidad de los

ministros ante el pueblo, en resumen, la creación de una constitución vinculante. Puesto que por una vez tenían la ocasión de hablar al país y al mundo, todos, también desde los pequeños municipios, debían hacer hincapié en esa exigencia fundamental.

Después de mucho discutir, Martín y Fernando acordaron un texto que exigía, en su planteamiento principal, la redacción de una constitución, pero que no por eso olvidaba exigir, con la fuerza de una denuncia, la supresión de irregularidades concretas.

Los concejales de la ciudad de Senlis dedicaron palabras llenas de respeto a la lógica y la elocuencia del memorándum. Tampoco tuvieron nada que oponer a la perentoriedad con que se exigía la constitución; pero la agresividad con que se describían los abusos de las capitanías reales hizo que se rascaran detrás de las orejas. Semejante lenguaje podría incitar al príncipe de Condé a fastidiar, o incluso tomar medidas punitivas contra la ciudad. Pero Fernando insistió en sus palabras y Martín, como buen amigo, lo respaldó. Los concejales de la ciudad al final exigieron que ambos caballeros firmaran como autores de la redacción del expediente, y se sintieron más tranquilos cuando el documento llevó también la firma del futuro seigneur de Ermenonville.

La reunión de los Estados Generales se inició con una pomposa ceremonia. Era un hermoso día de mayo y los parisinos habían acudido a miles a Versalles para asistir a aquel espectáculo histórico. La corte y los mil doscientos delegados recorrieron la ciudad, vestida de fiesta, en una larga procesión hasta la iglesia de Saint-Louis, para asistir a misa. Los funcionarios de la corte más reaccionarios se habían ingeniado una pequeña malicia para resaltar la distancia entre los privilegiados y la burguesía: los delegados debían presentarse con las antiguas vestimentas de los estados, como en la última sesión que se había celebrado ciento setenta y cinco años atrás. Así pues, los nobles y los prelados avanzaban llevando ropas medievales de oro, seda y brocados, mientras que los burgueses vestían sencillas ropas y se cubrían con capas negras. Pero entre los representantes de la alta nobleza se veía a muchos conocidos liberales, también algunos «americanos», Lafayette y alguno de sus amigos, e incluso entre los delegados del tercer estamento se encontraban miembros de la alta nobleza, como, por ejemplo, el conde Mirabeau, que al dejarse elegir como representantes del pueblo llano proclamaban ante todo el mundo su oposición a la corte.

Los espectadores apreciaron con alegría esa integración de las clases que interpretaban como un gran símbolo de la unidad de la nación. Esos días radiantes de primavera se respiró en Versalles confianza y esperanza, ya que el rey mismo y el arzobispo de París, llevando la Sagrada Hostia, avanzaron juntos en la procesión, para bendecir la transformación del reino en su cabeza y en sus miembros que iba a tener lugar.

Monsieur de Girardin se sentía lleno de un feliz orgullo. Era tal y como había esperado y predicho siempre: no sería un levantamiento violento y belicoso del

pueblo lo que los conduciría a una nueva era, eran los nobles de Francia, sus iguales, los que estaban haciendo realidad la doctrina de Jean-Jacques.

Fernando vio con desagrado cómo se hacía tomar conciencia de su «inferioridad» a los delegados de la ciudadanía a través del mero formulismo de los ropajes. No podía quitarse de la cabeza las palabras de Martín, cargadas de escepticismo, acerca de cómo los privilegiados querían arrebatar su derecho al pueblo por medio de manejos y trucos. Se avergonzaba de su lujoso traje de gala y vio con enojo cómo, formando parte del séquito de la reina, avanzaba su Gilberte, con el traje distintivo y cubierto de joyas de las damas de la corte.

Pero poco a poco, cuando se dio cuenta de cómo fascinaba aquel gran espectáculo de la unidad a los parisinos, tan desconfiados, y que incluso la altanera nobleza se conmovía, también sus dudas se desvanecieron. Y cuando, ya en el interior de la iglesia de Saint-Louis, el moderno obispo de Nancy pronunció el sermón solemne, Fernando creyó firmemente que la gran obra llegaría a buen término. El obispo, al contrario que el rey, denunciaba el sistema vigente, denunció el sufrimiento del pueblo que clamaba al cielo y citó las palabras del profeta:

—Crearás nuevos pueblos y cambiará la faz de la tierra.

Y toda aquella gran asamblea —ocurría por primera vez en la historia de Francia— aplaudió y lanzó gritos de júbilo en el recinto sagrado, en presencia de la Sagrada Hostia y en presencia de la corona.

Los acontecimientos de las semanas siguientes parecieron dar la razón a Fernando y desarmar el escepticismo de Martín. Los delegados de los ciudadanos, cuando los privilegiados trataron de confundirlos con ardides jurídicos, opusieron resistencia, y cuando el rey quiso disolverlos, se unieron en un solemne juramento para no ceder. Declararon constituida la Asamblea Nacional. La corte y los dos estamentos privilegiados tuvieron que someterse.

Fernando estaba eufórico.

Muy pronto, sin embargo, debería sentir en sus propias carnes lo fuertes que aún se sentían los opositores.

Para entonces habían sido estudiados ya los cuadernos de ruegos y quejas de los municipios, y el insolente y amenazador lenguaje con que la ciudad de Senlis se rebelaba contra los abusos de los guardabosques del príncipe de Condé había sublevado a este. Que el odioso joven Girardin hubiera estampado su firma al final del documento alimentó aún más su ira. Mientras jugaban a las cartas, habló a su primo, el rey, de esa afrenta. Luis compartió el enojo de Condé. Ese joven Girardin ya le había hecho fruncir el ceño en más de una ocasión. Hablaba sin reparos de las enseñanzas revolucionarias de aquel libertino de Jean-Jacques, apenas era un adulto, se había convertido en un «americano» y convencido a su padre. Que ahora firmara aquel desvergonzado escrito de los ciudadanos rebeldes, que quizá había redactado él mismo, era traición a su propia clase, ensuciar el propio nido. Además, Luis era un apasionado cazador y, ¿adónde iban a ir a parar si además de tantas otras

prerrogativas de la corona también pretendían recortar su derecho de caza? Iba a dar al joven la oportunidad de reflexionar durante un tiempo acerca de su indiscreción. Mandaría detener al amotinado por medio de una carta sellada, una *Lettre de Cachet*, una orden real especial, y lo encerraría en la Bastilla.

Dos días después monsieur Robinet y los suyos se presentaron en Ermenonville. El anciano caballero, que tenía en todas partes gente de confianza, comunicó a Girardin que el rey, por insistencia de Condé, había dictado una orden de arresto contra Fernando, pero que este tenía aún algunas horas de margen para ponerse a salvo.

Fernando vio alzarse ante él la Bastilla, espeluznante y tenebrosa, con sus gruesos muros y sus torres, y aunque no lo asustaban el peligro y las dificultades, sí sentía miedo ante la indefensión de la vida en aquellos calabozos oscuros, que guardaban antiquísimos sufrimientos. También pensó en Martín, en la mueca llena de compasión y burla que contraería su rostro.

Todos guardaban silencio, mirando a Fernando.

El marqués estaba profundamente horrorizado. Cómo le habría gustado preparar él mismo un carruaje y llevar a su hijo más allá de las fronteras. Pero conocía la testarudez de su Fernando, sabía que los ruegos y los buenos consejos no servirían de nada. Se dominó y guardó silencio.

Entonces tomó de nuevo la palabra monsieur Robinet.

—Permitid a un hombre viejo que os dé un consejo —dijo—. ¡Coged vuestro mejor caballo y huid al galope! No seréis de utilidad a nadie si os quedáis, solo os perjudicaréis a vos mismo. Puede pasar mucho tiempo antes de que la libertad sea un hecho, y no es agradable esperar a que eso suceda en el interior de la Bastilla.

Fernando pensó en cómo monsieur Robinet lo había aconsejado ya en otra ocasión. Había tenido razón y al mismo tiempo no la había tenido. Lo mismo sucedía ahora.

—Yo, en vuestro lugar —dijo sorprendentemente también Mathieu—, no echaría en saco roto el consejo de monsieur Robinet —era evidente el esfuerzo que le costaba hablar de aquel modo; era significativo que el conde Courcelles, tan valiente, tan estricto en cuestiones de honor, aconsejara a alguien la huida.

Gilberte no dijo nada, solo lo miró fijamente. Él supo que ella consideraba estúpido que se quedara, pero, con toda seguridad, se sentiría decepcionada si se marchaba. Y de modo parecido pensaría también Martín. Martín iba a burlarse si se quedaba, y aún más si se marchaba. Y ¿acaso Martín no corría el mismo peligro que él? Quizá Martín ya había partido para ponerse a salvo. Pero se sonreiría y diría:

—Lo que un Martín Catrou puede permitirse no le está permitido a un conde Brégy.

Fernando agradeció a sus amigos su interés y dijo que iba a pensarlo.

Una hora más tarde, se acercó a él, alterado y retraído, monsieur Gerber. Después de interrumpirse varias veces, desolado, acabó diciendo que sabía que su querido

alumno Fernando nunca se dejaba aconsejar por nadie más que por su propio corazón. Pero a pesar de eso, quería proponerle que tuviera en cuenta que Jean-Jacques con toda seguridad le habría advertido que se sustrajera a las garras de la arbitrariedad. El propio Jean-Jacques se había visto varias veces en la misma situación en la que se encontraba ahora Fernando y había considerado la huida y el exilio suficiente martirio. Fernando estrechó de corazón la mano de su preceptor que, a pesar de ser tan buen orador, en esta ocasión solo conseguía hablar de forma entrecortada.

Se quedó en Ermenonville, a la espera del alguacil del tribunal y de la orden de arresto, la *Lettre de Cachet*.

Los Jeans y los Jacques

La *Lettre de Cachet* del 10 de julio en la que se ordenaba la detención de Fernando de Girardin fue la última orden secreta de ese tipo que el rey Luis escribió y selló, y no se cumplió. Porque la Bastilla, donde según esa orden debía ser encerrado Fernando, fue tomada el 14 de julio por el pueblo de París.

¡Un júbilo extraordinario resonó por todo el país y por todo el mundo!

Girardin se acercó a la tumba de Jean-Jacques. En voz baja, dominado por la emoción, le comunicó el gran acontecimiento:

—¡Has vencido, Jean-Jacques! El castillo feudal de la tiranía ha caído. La voluntad general, tu *Volonté Générale*, ha roto las cadenas milenarias. El pueblo ha tomado su destino en sus propias manos, como tú habías enseñado y profetizado, amigo mío y maestro.

Los hermanos del rey, el príncipe de Condé, los nobles reaccionarios, numerosos prelados, los ministros conservadores, huyeron cruzando las fronteras. Se cantó un *Tedeum* en la iglesia de Notre-Dame. Al blanco de los lirios reales, el antiguo color del país, se añadió, por consejo de Lafayette, el azul y el rojo de la ciudad de París, y la escarapela azul, blanca y roja se convirtió en el símbolo de la nueva Francia progresista. El rey tuvo que ceder a las apremiantes exigencias del pueblo, trasladarse desde su castillo de Versalles a la capital, el sombrero adornado con la escarapela tricolor, y mostrarse a los jubilosos parisinos desde el balcón del ayuntamiento.

Una única emoción arrolladora unió ahora a todo el país, la tempestuosa emoción de Jean-Jacques.

En la ciudad de Senlis una procesión de antorchas fue a buscar a Fernando a su casa, a quien la liberación del país había liberado de su comprometida situación personal. Otra procesión de antorchas recogió a Martín. En la plaza, ante la catedral, se había levantado una pequeña tarima. Allí, el poeta de la ciudad, monsieur Milliet, hizo un discurso.

—Tú, descendiente de una antigua estirpe de la nobleza —declamó—, te has unido de todo corazón y con todo tu patrimonio a nosotros, el pueblo —y mientras le alargaba la escarapela tricolor añadió—: Discípulo y amigo de Jean-Jacques, tu virtud y tu amor a la patria te hacen digno de llevarla.

Hicieron subir a Martín al estrado, lo agasajaron también a él, y bajo las ovaciones del pueblo ambos tuvieron que abrazarse.

Los acontecimientos se sucedían vertiginosamente. En una sesión solemne, la Asamblea Nacional proclamó los Derechos del Hombre fundamento de la nueva Francia. El sistema feudal fue abolido. Los conventos fueron clausurados, las propiedades de la Iglesia secularizadas. La Guardia Nacional, surgida el día de la toma de la Bastilla, se organizó; Lafayette asumió el mando. El rey fue obligado a abandonar para siempre su castillo de Versalles y a residir en París con su familia.

El entusiasmo y la confianza crecían en todo el país, y no se olvidó a los padres espirituales de la revolución. Si los enciclopedistas veían en Voltaire al padrino de aquello que ahora sucedía, el pueblo celebraba a su Jean-Jacques. De entre los millones que lo veneraban como a su santo patrón, muchos no habían leído una sola página de sus libros; lo que conmovía los ánimos eran las grandes consignas que él había acuñado y la sencilla y fascinante leyenda de su vida y de su obra.

Empezó un nuevo peregrinaje hacia Ermenonville. Volvió a aparecer aquel estudiante de Arras, aquel tal Maximilien Robespierre. Tras concluir de forma brillante sus estudios, había trabajado en su ciudad natal y esta, puesto que el joven había destacado por sus trabajos políticos y literarios, lo había elegido miembro de su Academia, la provincia de Artois lo había mandado como delegado a la Asamblea Nacional. Allí estaba ahora, el pecho henchido sobremanera:

—Quiero, junto a la tumba del venerado maestro ateo, comprometerme con un juramento a hacer realidad sus principios. Hasta las últimas consecuencias —prometió—, hasta las últimas consecuencias.

Apareció por Ermenonville, para visitar también la tumba, el barón Grimm. El marqués no pudo evitar burlarse de él amistosamente. Monsieur de Grimm y los enciclopedistas habían censurado la obra de Jean-Jacques, tildándola de confusa y contradictoria, y ahora esa «obra insensata» había originado algo tan grande como nunca antes había conseguido ningún filósofo.

—Yo soy el último —contestó monsieur de Grimm— que discutiría los logros espirituales de nuestro difunto amigo. Pero ¿no es precisamente la incongruencia de sus principios lo que atrae tanto a la gente? Su inconexa descripción de los errores y los malentendidos de la sociedad burguesa actúa sobre los ánimos; es fácil poner en marcha a las masas, tan difíciles de movilizar de por sí, apelando a sus emociones en lugar de a la razón. Solo espero —concluyó muy serio y desafiante— que se recuerde a tiempo a Voltaire. Solo siguiendo a Voltaire podrá evitarse que la emoción desbordada convierta la libertad, de la que habla Jean-Jacques, en anarquía.

Fue como si los diputados de la Asamblea Nacional compartieran la opinión de

monsieur de Grimm. Después de que, durante más de trece años, el antiguo régimen hubiera negado sepultura en París al difunto Voltaire, la Asamblea Nacional decidió ahora recuperar los restos de aquel gran hombre del lejano lugar donde hubiera sido enterrado y trasladarlo al Panteón, el templo de la gloria eterna.

Girardin se enteró de esta decisión con sentimientos divididos. Ciertamente, veía con satisfacción que se resarciera al difunto Voltaire de la humillación sufrida, pero no quería que al honrar a otro de ese modo, se ensombreciera la gloria de su Jean-Jacques. Compró algunos sillares de piedra de las ruinas de la Bastilla, hizo grabar en una de ellas un relieve del maestro y la siguiente inscripción: «Al creador de la Francia libre», y regaló la pieza a la Asamblea Nacional. Le produjo satisfacción que asignaran a la escultura de Jean-Jacques un lugar por encima de la tribuna de los oradores, el mejor de toda la sala de sesiones.

Por lo demás, las ácidas advertencias de monsieur de Grimm no afectaron el orgulloso júbilo de Girardin. Se entregó de todo corazón a la soberanía de la libertad y la igualdad. No le dolía tener que renunciar a los derechos a que estaba acostumbrado. Con su propia mano borró del registro oficial su título y sus dignidades cuando la nobleza fue abolida, e incluso insistió en renunciar a su nombre noble, René-Louis, para sustituirlo por el de Émile, ya que así se llamaba la revolucionaria obra sobre educación de su gran amigo.

Así que ya no era el marqués René-Louis, sino el ciudadano Émile Girardin el que a partir de entonces, seguido de intendentes y jardineros, hacía la ronda por su parque, y no era ya el seigneur, era el ciudadano Girardin, dueño y terrateniente, que aconsejaba a sus ciudadanos arrendatarios. Por supuesto, esos consejos seguían sonando como órdenes y a veces iban acompañados de gestos imperiosos subrayados por el largo y flexible bastón de bambú.

Ahora Girardin pasaba mucho menos tiempo en Ermenonville, iba a menudo a París. Allí, en su casa de la ciudad, reunía a sus amigos. También asistía a muchas sesiones de los grandes clubes políticos. Donde más a menudo se le veía era en la Rue Honoré, donde uno de esos clubes se reunía en la iglesia de los dominicos, los jacobinos, como se les llamaba comúnmente.

A propuesta de Girardin, se plantó en el patio de ese club de los jacobinos un álamo de la tumba de Jean-Jacques, un árbol de la libertad.

El club de los jacobinos pronto se convirtió en el grupo político más influyente de la ciudad de París, y allí instruía Girardin a los nuevos hombres de Estado en las enseñanzas que Jean-Jacques le había revelado y explicado de viva voz. Muy erguido, se plantaba en la tribuna, ante el busto de Jean-Jacques y la bandera tricolor. Hablaba con autoridad; era el representante de Jean-Jacques, el preceptor de la Galia.

Además de muchos discursos breves, dio dos largos. El primero versó sobre la nueva organización del ejército. Le había costado encontrar citas adecuadas de Jean-Jacques para su exposición de especialista, pero consiguió elaborar un discurso claro y comprensible, el discurso de un experto, filósofo y revolucionario. Y así lo juzgaron

los jacobinos. Lo aplaudieron vivamente; más que eso: decidieron mandar el discurso a todos los departamentos, municipalidades y asociaciones patrióticas para que fuera difundido.

Animado por este hecho, Girardin preparó una segunda intervención con mucho más cuidado. Trato de la Volonté Générale (la voluntad general). Girardin expuso que la voluntad general era el principio fundamental de la teoría sobre el Estado de Jean-Jacques, y exigía que cada ley fuera sometida a la aprobación del pueblo y que solo entrara en vigor cuando fuera aprobada a través de un referéndum. Fue una exposición bien fundada y bien formulada, refrendada por citas generales y concretas de Jean-Jacques. Pero esta vez, los jacobinos permanecieron fríos. Lo que el ciudadano Girardin había expuesto sobre el nuevo orden del ejército había sido práctico, tenía pies y cabeza; esta vez, sus palabras habían sido pura teoría, y si se profundizaba tanto en los principios de Jean-Jacques, se acabaría poniendo fin a la revolución. Escucharon al orador con cortesía y pasaron al orden del día.

Girardin estaba preocupado. Desde hacía algún tiempo venía constatando que los diputados se apartaban de la doctrina de Jean-Jacques. Era necesario recordarles los grandes principios del maestro, y si había alguien capaz de hacerlo, ese era él. Pero lo habían escuchado como si hablara cualquier Dupont o Durant.

Y los legisladores se apartaban cada vez más de los puros principios. Jean-Jacques había explicado de forma expresa que no había que cambiar nada de lo que ya existía si no había necesidad, que no había que eliminar nada, ni añadir nada, si no era necesario. Pero ellos, los diputados, daban la vuelta a todo sin necesidad, movidos tan solo por su desmesurado afán.

Girardin estaba sentado, lleno de pesadumbre bajo el sauce, mirando hacia la tumba. ¿Qué podía hacer? Hablar a las masas no tenía ningún sentido, eso lo tenía claro. Pero sí podía dirigirse a las personas individuales, a los cabecillas, aconsejarles moderación, recordarles la Voluntad General. Obtenía respuestas vagas, a nadie le importaban sus consejos. Tuvo la impresión de ser un molesto maestro de escuela, al que se escuchaba en deferencia a los servicios prestados, pero al que nadie tomaba en serio.

Se retiró del club y de las reuniones públicas. Se dedicó a trabajar, tratando de ampliar su discurso hasta convertirlo en un libro de divulgación didáctica: *Sobre la necesidad de la ratificación de las leyes a través de la voluntad general*. Se desahogó con amargos reproches contra los jacobinos ante su buen monsieur Gerber. Se enfrascó cada vez más en el estudio de Jean-Jacques.

Se aisló.

¡Vuela sobre el mundo, tricolor!

Fernando, al contrario que su padre, no encontró en modo alguno radicales las decisiones de la Asamblea Nacional. Los delegados del pueblo le parecieron de lo más prudente, para él no avanzaban ni con la suficiente rapidez ni con la suficiente energía.

¿Por qué se hacían proclamar las leyes de las Tullerías por medio del rey? ¿Por qué se seguía permitiendo que el rey ostentara aún tanto poder? Cuando, además, todo el mundo sabía que, si no el propio Luis, sí la reina y sus consejeros conspiraban con las cortes extranjeras contra la Asamblea Nacional.

¿Y por qué los representantes del pueblo no llevaban a cabo ninguna reforma seria en las colonias? ¿Por qué se daban por satisfechos con las muestras generales de simpatía hacia los nativos de ambas Indias?

Una y otra vez, en medio de los grandes acontecimientos de la vida en París, Fernando pensaba en Santo Domingo. No lo hacía movido por la filosofía, ni por la preocupación por las tierras que allí poseía. Con mayor claridad que nunca, ardiente y poderoso, volvía el recuerdo de Hortense. Su padre y los suyos debían hablar con desprecio y burla de lo que estaba sucediendo en París. ¿Sabría arreglárselas Hortense? ¿Pensaría en él y en las conversaciones que habían sostenido? ¿No lo consideraría ella también ridículo?

Quizá era ridículo con sus esperanzas y sueños acerca de las felices consecuencias que tendría aquel cambio, también para su amada isla de Santo Domingo. Cuando la Asamblea Nacional proclamó solemnemente los Derechos del Hombre, estuvo seguro de que ahora la bandera tricolor ondearía también sobre la América francesa, y que los negros, con diferencia, la mayor parte de la población de Santo Domingo, aquellos nobles salvajes, mucho más próximos a la naturaleza, a quienes Jean-Jacques había dedicado su amor y preocupación con preferencia, serían rescatados de su falta de derechos y de su esclavitud. Pero nada de eso había sucedido.

Sí que se había fundado en París una sociedad dedicada a la emancipación de los negros, la Sociéteé des Amis des Noirs, y muchos hombres de importancia e influencia se habían unido a ella. Pero los dueños de las grandes plantaciones y otros ricos señores que tenían propiedades en Santo Domingo, mantenían en París una agencia muy activa, y esta, el Comité Colonial, demostró ser eficaz y consiguió numerosos éxitos. Los hombres del Comité advirtieron contra disposiciones demasiado radicales, afirmaron, aturdiendo a todas horas los oídos de los diputados, que la emancipación de la gente de color convertiría a los negros en los señores de Santo Domingo, los españoles y los ingleses no lo tolerarían y se anexionarían toda la isla. Este argumento, expuesto de forma diestra y convincente, tuvo su impacto. La Asamblea Nacional, ocupada por completo con las reformas en la madre patria, declaró de forma vaga que los derechos del hombre eran vinculantes para todos, pero en respuesta a las consultas del gobernador y los intendentes de Santo Domingo sobre el estatus de los hombres de color, contestaron de forma tan confusa que todo siguió

igual.

A Fernando lo mortificaba y escandalizaba esta falta de definición.

Se había hecho amigo de Louis-Michel Lepeletier, antiguo marqués de Saint-Fargeau, que formaba parte de la presidencia de la Asamblea Nacional. Lepeletier era poco mayor que Fernando, y con unos ingresos anuales de más de seiscientas mil libras era uno de los hombres más ricos del país. A pesar de ello, se había convertido de corazón y de palabra a la tricolor. Él mismo había contribuido a la ley sobre la abolición de la nobleza, participaba de forma magnífica a la introducción de la secularización del clero, condenada hostilmente por el Vaticano, y apoyaba todas las reformas radicales.

Michel Lepeletier era de constitución delicada y tenía un rostro inolvidable: una frente muy inclinada, una boca ancha y enérgica, y por encima de la nariz, grande y protuberante, unos ojos grandes de un azul brillante. Estaba abierto a todo lo nuevo, era sensible a las artes y se sentía a sus anchas entre las ciencias. Ya de joven había sido un excelente jurista y presidente del tribunal de su provincia, capaz de formular como ningún otro las más complicadas leyes y ordenamientos con agudeza y lógica.

En su modo de vida seguía siendo un gran señor. Poseía una lujosa casa, con mucho servicio, apreciaba la ropa elegante y la cocina exquisita, se hacía representar en el escenario privado de su palacio de la ciudad complejas obras. Por regla general, el pueblo reprochaba con virulencia semejantes actitudes en los aristócratas, los «ci-devants», los de antes; pero a su Lepeletier los parisienses lo adoraban, y cuando iba hasta la Asamblea Nacional en su lujoso carruaje lo vitoreaban.

Por extraño que fuera, a Fernando también le gustaba en Michel Lepeletier la actitud aristocrática que rechazaba en otros. Claro que Michel combinaba la elegante y ligeramente irónica intelectualidad de la alta nobleza con una fe fanática en el progreso y con una prisa irrefrenable por convertir en hechos las ideas revolucionarias.

Todo el círculo de Lepeletier fascinaba a Fernando, sobre todo lo fascinaba la amiga de Lepeletier, la actriz Eugénie Maillart, aquella que en el pasado había derramado lágrimas junto a la tumba de Jean-Jacques. Seguía siendo, como entonces, una convencida seguidora de Jean-Jacques y del nuevo orden. Sin embargo, mademoiselle Maillart, cuya contagiosa alegría era la gloria del Théâtre Français, no podía soportar la palabrería en torno a la virtud, la mezquindad y la sencillez, y las tribunas de la Asamblea Nacional, de una sobriedad solemne y de una sordidez deslucida, le parecían repulsivas. Entendía la revolución bajo el aspecto de su Michel Lepeletier, que unificaba el ardor democrático del nuevo régimen con el encanto intelectual y la elegancia refinada del viejo.

Fernando había tenido amores pasajeros con mujeres hermosas. Lo que lo atraía de Eugénie Maillart era más bien su veleidosa frivolidad. Pero sabía que ella amaba con todo su corazón a su listo, feo, vivaz y adorable Lepeletier.

A su amigo Michel acudió, pues, Fernando con sus preocupaciones sobre las

Indias Occidentales.

Michel le expuso que no tenía ningún sentido redactar una ley aparte para la emancipación de los hombres de color, ya que esa ley solo podría ponerse en vigor por medio de la violencia, y las tropas que tenían las necesitaban en la madre patria.

—¡Así que hay que traicionar la causa de las colonias! —exclamó Fernando contrariado. Michel le pasó un brazo por encima de los hombros.

—No te precipites —le rogó—. He considerado a menudo si no podría reconocerse el derecho a la igualdad, si no a los negros, al menos a los mestizos, a los mulatos. Hasta ahora los ciudadanos legisladores no acaban de arrancar. Monsieur Robinet y su Comité Colonial son demasiado poderosos —entonces tuvo una idea—. ¿Vos no sois un buen conocido de monsieur Robinet? —dijo—. Si él cediera, podríamos aprobar la ley. Acudid a él. Planteadle que, a la larga, será imposible impedir la liberación de los hombres de color. Prometedle en mi nombre que si él no pone impedimentos a nuestra ley sobre los mestizos, lo dejaremos en paz durante mucho tiempo y podrá explotar a sus negros durante el resto de su vida. Ya no es tan joven.

A Fernando no le gustó el oportunismo de su amigo y le repugnaba demasiado negociar con monsieur Robinet.

Extrañamente, Robinet, que debido a su riqueza se contaba entre los grandes señores, estaba de acuerdo con la revolución. Aquel cambio, le había explicado a Fernando con muchas palabras, solo había hecho visible una realidad que existía desde hacía mucho tiempo. Desde hacía mucho tiempo mandaba la alta burguesía. Claro que los nobles tenían sus privilegios y se pavoneaban con sus grandes títulos; pero en verdad, el destino del Estado lo determinaban desde detrás del telón los ciudadanos que se habían enriquecido gracias a sus propias capacidades, y los cargos decisivos los ocupaban hombres procedentes de la inteligencia burguesa. Ahora, los privilegiados habían sido expulsados y los ciudadanos, después de haber tomado el poder, ostentaban también la titularidad, eso era todo.

Fernando se sintió asqueado ante esa interpretación unilateral y cínica del gran acontecimiento. Pero Lepeletier era un buen conocedor de la naturaleza humana, siempre se las había tenido que ver con gente como Robinet, su consejo era bueno. Por difícil que le resultara a Fernando dar el paso, tuvo que condescender.

Monsieur Robinet había cerrado su imponente palacio en París y se había trasladado a un piso de un edificio poco aparente. Desde allí llevaba a cabo negocios de gran alcance y difíciles de comprender. Compraba propiedades del clero y de la nobleza emigrada que habían sido confiscadas, cerraba contratos con los intendentes del ejército, cada vez más numeroso, de la nueva Francia para el aprovisionamiento de alimentos, uniformes y armas.

Fue allí, en el piso que monsieur Robinet tenía en la ciudad, en su sencilla oficina, donde el hijo de una de las estirpes más antiguas de la nobleza de Francia y uno de los más ricos ciudadanos del país negociaron sobre el destino de los hombres de color

de Santo Domingo.

Monsieur Robinet escuchó a Fernando con atención. Luego, amenazándolo con el dedo, le dijo:

—Sois muy listo, mi querido señor conde. Pero esta vez la cabra no va a atrapar al lobo. «Solo queremos una pequeña concesión», me decís, «solo queremos los derechos ciudadanos para un par de miles de mulatos». Pero sabéis tan bien como yo que, quien sirve el café con leche, también debe servir el café solo, y si hoy emancipamos a los mestizos, mañana nos reclamarán lo mismo los negros. No, mi querido conde, eso no conduce a ninguna parte. Si cedemos una sola pulgada en esto, podemos cerrar la tienda y Francia perderá sus colonias.

Fernando guardó silencio sombrío.

—Por supuesto, ahora me juzgáis obstinado y retrógrado —prosiguió monsieur Robinet—. Pero sois injusto conmigo. Estoy dispuesto al compromiso. No soy más retrógrado que vuestros librepensadores, tan admirados, del Congreso de Filadelfia. Nosotros también queremos reconocer a los negros sus derechos, pero igual que los caballeros de la América inglesa, solo cuando cambie el siglo, solo en el siglo que viene. ¡Despacio que tengo prisa! Eso tiene sentido, es lo razonable. —Se quedó pensativo y de pronto, a pesar de su rostro fresco y rubicundo, pareció muy viejo y sabio—. Sí, sí, los derechos del hombre —dijo soñador—. Yo estoy a favor de los derechos del hombre, pero en Santo Domingo tendrán que esperar. Por cierto —añadió recuperando su vivacidad—, esa fina línea plateada en el horizonte, y me refiero a la perspectiva de que los derechos del hombre se impongan en el próximo siglo, convierte las propiedades en las Indias Occidentales en una inversión de capital arriesgada. Estoy pensando en deshacerme de mis plantaciones. Haríais bien, señor conde, en hacer lo mismo. Si lo deseáis, yo podría ayudaros.

Fernando se lo agradeció, seco y hostil, y se marchó.

Se presentó en París una delegación de los mulatos de Santo Domingo para defender la causa de los mestizos. Iba encabezada por el abogado Vincent Ogé, que también era mestizo. Fernando conocía a Ogé de Cap Français, del Círculo de Filadelfia, y lo consideraba un hombre inteligente, instruido y enérgico.

La Société des Amis des Noirs apoyó a Ogé con todas sus fuerzas. Pero lo único que obtuvieron, él y su gente, por parte de los representantes del pueblo, fueron discursos retóricos y promesas, y no sucedió nada.

Lepelletier, a instancias de Fernando, invitó a Ogé a comer. Solo estaban presentes Michel, Fernando y mademoiselle Maillart. Lepelletier animó a Ogé a decir todo cuanto tuviera en el corazón, y fue extraño ver cómo aquel mulato ingenuo, algo torpe, exponía con pasión a los elegantes y regalados caballeros y a la hermosa actriz, vestida con tanta gracia, sus exigencias democráticas, mientras adiestrados lacayos servían los exquisitos manjares, siguiendo el tradicional ceremonial.

Lepelletier presentó a la Asamblea una ley que reconocía con palabras muy claras la igualdad de derechos, no para los negros, pero sí para los mulatos. Lo hizo, como

confesó a Fernando, con el corazón encogido, porque mucho se temía que esta reforma también iba a tener como consecuencia un derramamiento de sangre. La ley fue aprobada.

El marqués de Traversay suplicó a Fernando, en una carta apremiante, que retuviera al mulato Ogé en París. Si este regresaba a Cap Français y él y sus mulatos intentaban, amparándose en su insensata igualdad de derechos, participar en las elecciones, la población blanca iba a resistirse de forma sangrienta.

El propio Ogé había recibido cartas de amenaza. Pero estaba decidido a regresar, dispuesto a luchar, con alegría.

Fernando lo acompañó al barco. Ogé se llevó consigo una bandera con los colores de la nueva Francia, un regalo de la sociedad de amigos de los negros.

—Llevaré la bandera tricolor al otro lado del océano —dijo—. Y aunque la chusma blanca me la ensucie y me la queme, y a mí con ella, la habré visto ondear.

Fernando esperó lleno de esperanza y preocupación noticias de Santo Domingo. Las cosas no sucedieron como él había esperado, sino como Robinet había profetizado y Lepeletier había temido. En todos los lugares de la isla, el día de las elecciones, los blancos cayeron sobre los mulatos y asesinaron a miles. Ogé se salvó, huyendo a las montañas, y organizó un levantamiento armado de los negros. La bien entrenada milicia blanca derrotó a su gente. Ogé huyó a la parte española de la isla.

La cosa empeoró. Las autoridades españolas, apoyándose en un antiguo acuerdo, entregaron a Ogé a los colonos franceses. Estos lo llevaron entre insultos y crueles malos tratos ante un llamado consejo de guerra que lo condenó a muerte. Su ejecución se convirtió en una fiesta popular. De todos los lugares llegaron blancos, hombres, mujeres y niños, y vieron con júbilo las prolongadas torturas, cruelmente ingeniosas, a las que se sometió en la rueda al cabecilla de los mulatos, «para escarmiento de los negros». Un miembro del Círculo de Filadelfia escribió a París: «Desde la ejecución de aquel Damián que había querido asesinar a Luis XV, los franceses no habían ofrecido al mundo un espectáculo tan desolador».

Fernando estaba en Ermenonville cuando recibió la noticia. Presa de una ira desesperada, cabalgó hasta Latour. Encontró a Robinet en compañía de Gilberte y Mathieu.

—Ahí tenéis —le reprochó— lo que vuestro Comité Colonial ha conseguido.

Monsieur Robinet conservó la frialdad. La culpa de aquella actuación sangrienta la tenía la Asamblea Nacional, que, a pesar de las advertencias del Comité, había aprobado aquellos decretos disparatados.

—Solo temo —comentó— que ahora, en París, se hagan todavía más locuras y se endurezca la ley, en lugar de derogarla. Porque entonces sí que se hundirá todo. Habríaís podido vender a tiempo, mi querido conde. Ahora me temo que ninguno de los dos vamos a tener nada que hacer en las Indias Occidentales.

—Sois la última persona que puede burlarse de mí —repuso con violencia Fernando. Monsieur Robinet se encogió de hombros.

—Hoy he escrito a Cap Français —contestó— recomendando encarecidamente moderación. Pero las cartas no impresionan. Vos tenéis amigos íntimos y poderosos en la isla, mi querido conde, vos tenéis influencia. Id allí. Intentad hacer algo vos mismo. —Y con burlona provocación concluyó—: Lo veo todo muy negro para vuestros amigos.

La burla sin gracia de monsieur Robinet afectó a Fernando. Más de una vez se había planteado si no debería ir a Santo Domingo. Había recibido una carta de Hortense. En su caligrafía infantil le escribía que lamentaba no poder hablar con él de las cosas devastadoras que estaban sucediendo en la isla; allí cada cual pensaba de un modo distinto, ella ya no sabía hacia dónde decantarse, tenía miedo y echaba mucho de menos tenerlo cerca. Las palabras de monsieur Robinet despertaron en él un nuevo y violento deseo de regresar junto a Hortense. Era cierto que lo que estaba sucediendo en Santo Domingo era resultado de su propia y necia testarudez: pero ¿debía dejar a Hortense en medio del peligro, porque su padre era un aristócrata de cuello duro? Gilberte lo contemplaba con atención; a él le pareció percibir aquella leve sonrisa.

—Tenéis razón, monsieur —dijo levantándose—. Me voy a Santo Domingo.

Robinet quedó aturdido. No era eso lo que pretendía. Aquel loco estaba de verdad dispuesto a viajar hasta el infierno, y ¡menudo altercado iba a tener él, Robinet, con Gilberte!

—Por supuesto, solo se trataba de una estúpida broma —dijo a toda prisa—. Allí vos no podéis hacer nada en absoluto. Solo os expondréis sin necesidad al peligro y complicaréis aún más las cosas. Quedaos aquí. Tratad de convencer a Lepeletier y a los otros miembros de la Asamblea Nacional de que no hagan más disparates. Eso es lo mejor que podéis hacer por vuestros amigos de Santo Domingo.

En París Fernando vio con cruel satisfacción que lo que Ogé no había conseguido estando vivo lo conseguía muerto. Lo sucedido en las Indias Occidentales había sublevado a París. Los Amis des Noirs organizaron grandes asambleas, se mostraban por todas partes imágenes del mártir Ogé, y también se representó sobre los escenarios su noble vida y su vergonzosa muerte.

Lepeletier, sin que Fernando hubiera tenido que insistirle demasiado, redactó una ley que ampliaba de forma considerable los derechos de los negros.

Fernando ansiaba que la Asamblea Nacional lo mandara a las Indias Occidentales para que se ocupara de la entrada en vigor de esa ley. Pero cuando le habló de ello a Lepeletier, este rechazó su propuesta de inmediato y sin rodeos. La ley, le explicó, era solo una advertencia a los colonos aristócratas, era puramente académica, no podía ejecutarse sin contar con el apoyo de un ejército.

—¡Mandadme allí, Michel! —rogó Fernando apremiante, insensato.

—De ningún modo —contestó Lepeletier—. No os dejaré correr hacia la muerte. Solo nos faltaría un hombre como vos allí. Lo que necesitamos en la Indias Occidentales son políticos duros, no a un filósofo.

El hecho de que, a pesar de todo cuanto había vivido, su amigo aún lo considerara

un soñador y un adolescente, fue un tremendo golpe para Fernando.

—Y vos —dijo con amargura—, que habéis descrito el destino de los negros en la Asamblea Nacional con una sensibilidad digna de Jean-Jacques.

—Lo que pretendía conseguir —le explicó con paciencia Lepeletier— era que la ley fuera aprobada. Nunca he creído que pudiera aplicarse.

—¡Me voy a Santo Domingo, si es necesario sin ningún cargo! —insistió con tozudez infantil Fernando.

—¡Sed sensato! —le rogó afectuoso Lepeletier—. Vos mismo sabéis que no es solo el dolor por la pérdida de Ogé lo que os empuja a partir hacia allí, y ni siquiera la filosofía, sino el recuerdo de aquella muchacha con la que podíais intercambiar galantes conversaciones. ¡No hagáis ningún gesto caballeroso y vacío! No recorráis miles de millas, no os expongáis a un peligro innecesario para dar apoyo a una dama que con toda probabilidad hace tiempo que está a salvo y que tiene más probabilidades de salvarse sin vuestra «ayuda». ¡No seáis tan *ci-devant*, Fernando! —acabó, acentuando cada palabra.

Fernando se sintió humillado, pero se dio cuenta también de que Michel tenía razón, en un sentido mucho más profundo de la razón que pudiera tener monsieur Robinet. A pesar de todo, sintió que todas sus emociones se soliviantaban ante la «cobardía» que se le aconsejaba.

Mademoiselle Maillart se había reunido con ellos.

—Nuestro amigo es desdichado —la informó Michel—, porque no quiere reconocer que quiere ir a las Indias Occidentales para dejarse matar —se daba cuenta de lo mucho que sus palabras habían herido a Fernando y decidió hacerle saber lo que tenía pensado comunicarle más adelante—. Pronto tendréis ocasión, Fernando —lo consoló— de intervenir desde aquí, de un modo mucho más decisivo, en el destino de la colonia, de lo que podrías hacer si estuvierais allí mismo.

Fernando adoptó una expresión desconcertada.

—No lo entiende —dijo Michel sonriendo a mademoiselle Maillart—. Es demasiado modesto. Pronto van a celebrarse unas nuevas elecciones —le explicó— y Eugénie quiere que en la nueva Asamblea Legislativa no haya solo virtuosos ciudadanos, sino también algunos «antiguos» que tengan los nuevos ideales en su corazón, pero que conserven, en su cerebro y en su boca, la vieja lógica y la buena gramática, y en sus miembros los antiguos buenos modos. —Y como Fernando se había puesto en pie, conmovido y sin saber qué hacer, Michel siguió—: Sí, nosotros, mis amigos y yo, os hemos propuesto como candidato, y estoy seguro, mi querido ciudadano Girardin, que saldréis elegido diputado.

Fernando se había sonrojado, presa de un feliz sobresalto. Que Michel, a pesar de todo, lo considerara capaz de ser un legislador, lo llenaba de orgullo. Pero había otra cosa que lo conmovía más. Michel no lo habría propuesto si no hubiera estado seguro de que él, Fernando, sería aceptado por los electores, de que su actividad en Senlis le había ganado su confianza. Fernando no podía imaginar una confirmación mejor. El

pueblo no lo rechazaba, el pueblo lo reconocía como a un hermano.

—¿Qué os parece, Eugénie? —preguntó Lepeletier a la actriz—. ¿Será nuestro Fernando un buen legislador?

—Uno excelente —contestó sonriendo mademoiselle Maillart—. Entre tantos brutos y licurgos, un hombre de carne y hueso.

Ser leal, pero ¿a quién?

Noticias irritantes recorrieron el país. El rey, junto con su familia, había tratado de escapar, bajo nombre falso y salvoconductos falsos. Había querido alcanzar la frontera norte para desde allí, al frente de tropas extranjeras, regresar triunfal a París y disolver la Asamblea Nacional. Pero la fuga había fracasado de modo patético. El patriótico administrador de correos de una pequeña localidad había reconocido al rey por las imágenes suyas que aparecían en los billetes de banco y con rápida decisión y la ayuda de otros honrados ciudadanos había detenido el carruaje. La virtud patriótica había frustrado las intrigas de los antiguos nobles. Luis fue conducido de regreso a París y ahora él y los suyos eran literalmente mantenidos prisioneros en las Tullerías. Se pusieron guardias por todos los rincones del castillo, también ante las puertas de los dormitorios del rey y de la reina.

Aquel tremendo suceso amplió la brecha entre los ciudadanos de la antigua y de la nueva Francia. Los muchos indecisos tuvieron ahora que definirse: ¿su fidelidad era para la nación o para el rey que, por decisión propia y por sus propios intereses, había querido abrir las fronteras del país al enemigo?

Ante este espinoso problema se vio también confrontado el antiguo conde Courcelles. Mathieu era progresista, había recibido el llamamiento de los Estados del Imperio y la toma de la Bastilla con sincera alegría, y condenaba el comportamiento de sus iguales que se habían marchado de Francia. Traicionaban al país y abandonaban a su rey a su suerte. Pero a medida que el rey se había visto forzado a aprobar o incluso a proclamar él mismo nuevas actuaciones, que despreciaba abiertamente, Mathieu había empezado a comprender a los que habían emigrado. Tenían razón: el rey había sido violentado, y no era el pueblo el que había asumido el gobierno de la nación, sino un atajo de descontentos ansiosos de honores. Todas las cortes de Europa prestaban ayuda a los emigrantes que se reunían junto a la frontera, en la orilla alemana del Rin, en Coblenza; se había armado un gran ejército que debía forzar la reinstauración de la monarquía absoluta en Francia.

Y ahora el rey había querido ponerse al frente de los emigrantes, dando así su manifiesta aprobación, a ellos y a sus esfuerzos. La tranquila sangre de Mathieu se agitaba cuando pensaba que el deseo del cristianísimo monarca había fracasado por culpa de un insignificante administrador de correos. ¡Un miembro de la canalla se

había permitido obligar al señor del reino más antiguo del mundo a regresar de forma vergonzosa!

Se dieron a conocer penosos detalles del viaje de regreso del rey. Él y los suyos tuvieron que recorrer despacio, bajo un terrible calor, las polvorientas carreteras, muy despacio, aún más despacio, para que todos pudieran acercarse al carruaje a mirar al rey que había querido traicionar a su pueblo. París había enviado comisarios para escoltarlo, que se sentaron en el interior del carruaje, el espacio era estrecho, hacía bochorno, el rey y la reina tuvieron que tragar el polvo de los caminos, oler el sudor de sus guardianes y protectores, escuchar los insultos de los curiosos. En París esperaba al rey una multitud inmensa. La guardia nacional formó un pasillo, los cuerpos erguidos, los cañones de sus armas inclinados hacia abajo, como en un entierro. Reinaba un silencio tremendo; porque se había advertido a la multitud que quien vitoreara al rey acabaría en la picota, quien lo insultara iría a la cárcel.

Mathieu se imaginó cómo tenía que haber sufrido la hermosa y orgullosa reina bajo esas humillaciones. Se decía que se le había vuelto el pelo blanco en los cuatro días que había durado el lamentable viaje de regreso.

¿Qué debía hacer Mathieu? Personalmente, como esposo de Gilberte, la nieta del influyente monsieur Robinet, que gozaba del reconocimiento de los delegados, apenas corría peligro si se quedaba en el país. Y si abandonaba Francia se convertiría en un mendigo; sus bienes y los de Gilberte serían confiscados en aplicación de la ley vigente y se oían contar amargas historias sobre la vida de orgullosos mendigos que los emigrantes se veían obligados a llevar. Además, en cuanto cruzara la frontera ya no podría regresar, bajo pena de muerte.

¿Pero podía quedarse? ¿No había jurado fidelidad a su rey? ¿No era su obligación unirse al ejército de los emigrantes, que se armaba para devolver sus derechos al rey?

Hasta entonces ya había sido difícil cruzar la frontera, pero ahora se había reforzado la vigilancia, y su huida, acompañado de Gilberte y la niña, no estaba exenta de peligros. Mathieu dudaba. Pero ante Gilberte ocultó sus dudas y reparos; se las reservaba para sí.

Pero monsieur Robinet podía leer en su interior. Él no había pensado, en ningún momento, en marcharse del país. Se sentía seguro, y habría sido lamentable abandonar sus florecientes negocios. Por otro lado, la fracasada huida del rey demostraba que no solo París, sino toda Francia, estaba del lado de los revolucionarios, eso tendrían que reconocerlo ahora los reyes de Europa y deberían tomar sus propias precauciones, para protegerse del destino de su primo Luis, de modo que una guerra entre la Francia democrática y los monarcas absolutos de Europa era inevitable, y monsieur Robinet quería cubrirse las espaldas en aquella guerra. Por eso deseaba que Mathieu se inclinara por el bando de los emigrantes. Entonces, en el caso de que vencieran los revolucionarios, monsieur Robinet se habría salvado gracias a su leal permanencia en el país; en el caso de que consiguieran la victoria los partidarios del rey, podría apelar al hecho de que el

marido de su nieta habría contribuido a esa victoria.

Por supuesto, a Gilberte no le comunicó ninguna de sus reflexiones y cálculos. Pero sí le comentó que, después de los recientes acontecimientos, sería comprensible que Mathieu se reuniera con sus amigos en el extranjero.

También Gilberte había notado que Mathieu daba vueltas a esa posibilidad.

Ella se había esforzado honestamente en adaptarse a los acontecimientos que se habían ido sucediendo aquellos dos últimos años. Había sido rechazada por muchos; luego había vuelto a arrastrarla la violencia de los hechos y la apasionada participación de Fernando en ellos. Cuando hablaba con Mathieu, aunque no lo hacía muy a menudo, sobre cuestiones públicas, se daba cuenta de lo mucho que había arraigado en ella la filosofía de Jean-Jacques, a pesar de sus burlas. Además, ella procedía de abajo, había vivido en sus carnes lo difícil que era vivir si no se era un privilegiado, era un bálsamo para su alma que ahora se hubieran derribado los muros artificiales entre los estamentos y todos formaran un solo pueblo. A veces, claro, también se sentía ridícula. Había renunciado a su más bella esperanza y se había lanzado a ese matrimonio cuestionable para que ella y su hija pudieran contarse entre los privilegiados, pero apenas lo había conseguido, se había puesto fin a los privilegios, y ahora, su pequeña Marie-Sidonia era una ciudadana como otra cualquiera. Era curioso que la providencia la hubiera dejado con un palmo de narices y que al final diera la razón a la loca sabiduría del viejo Jean-Jacques. Los últimos acontecimientos, la huida y la detención del rey, la habían alterado mucho. Había sentido una ligera inclinación burlona por el lento y bondadoso rey y por la hermosa y amable María Antonieta, que poseía todas las cualidades que Fernando despreciaba. Y si el rey y la reina eran tratados con tanta dureza por el pueblo, qué peligros corrían Mathieu, su hija y ella misma. No solo había perdido sus privilegios, sino que pertenecía de nuevo a aquellos que habían sido desposeídos de sus derechos.

Había reflexionado mucho. Aunque no era cobarde, no quería exponer a Mathieu y a la niña a ninguna tribulación innecesaria. Por otro lado, le resultaba duro abandonar el país y huir del torbellino de los acontecimientos. Fernando la juzgaría, con razón, débil y pusilánime.

Así que ahora, al aconsejarle monsieur Robinet la huida, aplazó la respuesta.

—Si Mathieu llegara a proponerme que emigráramos —dijo al final—, ¿vos, por supuesto, nos acompañaríais, verdad abuelo?

No era así en absoluto como monsieur Robinet lo había imaginado: había soñado en conservar a su lado a Gilberte y a la niña, sin la incómoda presencia de Mathieu.

—No he hablado de mí, niña —dijo—, ni tampoco de ti y de Marie-Sidonia.

—No pienso dejar que Mathieu se vaya solo —contestó ahora Gilberte sin dudar y con agresividad.

—Yo me lo pensaría, mi querida niña —contestó amable monsieur Robinet—. Si Mathieu se va, se irá a la guerra, eso debes tenerlo muy claro, y no es costumbre, ni es aconsejable, que las mujeres acompañen a sus maridos a la batalla. —Resumió su

punto de vista—: Si su corazón lo lleva a cruzar el Rin, en tu lugar, no pondría impedimentos en su camino, pero tampoco me ofrecería a acompañarlo.

—¿Debo dejarlo partir solo? —repitió con incredulidad Gilberte.

—Él mismo tampoco se atreverá a pedirte otra cosa —contestó Robinet—. Cruzar la frontera con una mujer y una niña pequeña es una hazaña dura y muy peligrosa.

Cuando, poco después, Mathieu le propuso, efectivamente, abandonar Francia, Gilberte, siempre tan clara y decidida, y aunque ya se había hecho a la idea, quedó profundamente confundida. Marie-Sidonia estaba en la habitación; buenecita, vestida de forma muy adulta, iba de un lado a otro, arrastrando con ella una oveja de juguete.

—Puedo entender, Mathieu —dijo Gilberte al cabo de un rato—, que quieras unirte al ejército. Pero ¿qué será de nosotras, de mí y de la niña? —Y como él la miraba desconcertado, porque nunca se habría imaginado que ella lo dejara marcharse solo, añadió—: ¿Debemos exponer a la niña a los peligros que supone cruzar la frontera?

Sus palabras sonaron inseguras, y Mathieu supo que ella solo le había dicho la verdad a medias. La miró, y en su mirada había más tristeza que reproche. Se daba cuenta de que, a pesar de todo su amor y leal dedicación, no había conseguido ganársela.

Ella sintió bajo su mirada un dolor asfixiante. Al mismo tiempo, con sombría ironía, pensó: Nadie le dice que se marche. Si ese rey patético le importa más que yo, que se vaya. Yo no voy a detenerlo. Tampoco traté de retener al otro, pensó con amargura, desafiante. Pero el dolor no remitía, y los reproches que él no le hacía se los hacía ella misma. No tenía suficiente fuerza para amar, ni a este, y ni siquiera al otro.

Mathieu había encontrado de nuevo refugio bajo la coraza de sus buenos modales.

—¿Qué opináis, vos, madame? —preguntó—. ¿Me aconsejáis partir? —con esfuerzo añadió—: ¿Solo?

Gilberte, con la voz entrecorta, contestó:

—Si crees que debes marcharte, Mathieu...

Pocos días después, Mathieu partió, vestido con ropas sencillas y provisto de un salvoconducto falso.

CUARTA PARTE

JEAN-JACQUES Y EL PUEBLO

Mejor un hombre joven de orígenes bajos, que tenga cerebro, que un viejo rey loco, que no sabe qué debe hacer. Porque a través de una revolución, el hombre joven puede llegar al poder aunque haya nacido entre las clases más bajas de su país. Yo he visto cómo todo el pueblo corría detrás de un hombre joven de esas características y lo ponía en lugar del viejo rey.

PREDIGER SALOMONIS

Los soldados de la República Francesa tenían la sensación de que solo ellos eran personas sensatas. Los habitantes del resto de Europa, que luchaban por conservar sus cadenas, no eran, a los ojos de los franceses, más que tristes necios o sinvergüenzas que se dejaban pagar por los déspotas.

STENDHAL

A los tibios los vomitaremos

COMO muchas otras ciudades, siguiendo el ejemplo de París, también el municipio de Senlis tenía su club de los jacobinos. Allí se fraguaba la política de la región. El presidente del club era Martín Catrou.

Viajaba a París tan a menudo como podía, en busca de consejo y fuerzas. Allí había un hombre que había reunido las enseñanzas del maestro, aparentemente contradictorias, en todas sus ramificaciones y las convertía en política activa. Ese hombre era miembro de la Asamblea Nacional, pero enseñaba y ejercía su influencia desde el club de los jacobinos, y a él había que agradecerle que el club fuera ahora casi tan poderoso como la Asamblea Nacional. Se trataba de aquel Maximilien Robespierre de Arras, que había visitado a Jean-Jacques poco antes de su muerte. Cuando se dejaba oír la voz cristalina y penetrante de ese Robespierre, cuando aquel hombre no demasiado alto, vestido con escrupulosa pulcritud, llevaba a cabo, con su fría lógica, sus apasionadas exposiciones, la desnuda y fea iglesia de la Rue Honoré, donde se reunían los jacobinos, le parecía a Martín el corazón y el santuario de Francia.

Aquel hombre admirado tenía pocos amigos personales, no manifestaba a sus seguidores más que una cortesía impersonal. Sin embargo, ahora que Jean-Jacques descansaba en su tumba, en la isla de los grandes álamos, muchos de aquellos ardientes patriotas, y también Martín, veían en él al portavoz de las enseñanzas más puras, a su sumo sacerdote, a su ejecutor. El propio Jean-Jacques, si hubiera hablado a los jacobinos, no habría anunciado sus principios de modo más convincente, aplicándolos a los problemas políticos de cada día.

Martín intentó familiarizar a sus jacobinos de Senlis con los principios de Maximilien Robespierre. Como este, unía una fe fanática en las enseñanzas de Jean-Jacques a un frío raciocinio, llevando hasta el final las conclusiones que de ellas se derivaban. Como este, despreciaba la tibieza y las medias tintas y compartía con Robespierre una desconfianza, siempre alerta, contra los antiguos nobles. Enseñaba a su gente de Senlis que, además del ejército que los aristócratas huidos reunían contra el pueblo francés, en el interior del país había también numerosos enemigos. Mientras no se arrancara de raíz todo lo antiguo, no se podrían alcanzar los objetivos de la revolución.

Aunque no exponía sus enseñanzas con la glacial elegancia del más grande de los jacobinos de París, sino que utilizaba jugosas y populares expresiones, interpretaba los argumentos de Jean-Jacques con un ímpetu brutal, y hablaba con sus patriotas de Senlis en su propio lenguaje.

Fernando, que de vez en cuando se dejaba ver por el club jacobino de Senlis, encontraba cuestionables los discursos de Martín. Sin duda, este utilizaba palabras y expresiones de Jean-Jacques, pero les daba una peligrosa interpretación. De todos modos, muchos, a los que el nuevo orden se les había subido a la cabeza, no querían

comprender que seguía existiendo el derecho y la ley, y que no se podía hacer sin más lo que se quisiera, ni permitir que se hiciera. Los discursos de Martín los empujaban cada vez más hacia delante por el camino de la arbitrariedad.

En una ocasión, después de que Martín hubiera pronunciado un discurso particularmente radical, preguntó a Fernando:

—Por supuesto, a ti todo esto debe parecerte del todo falso.

—Sí —contestó Fernando—, tengo mis reparos, pero no puedo resumirlos en dos palabras. Es una lástima que últimamente nos hayamos visto tan poco —añadió con amabilidad.

Martín, con cierta malicia, repuso:

—Tú tienes a tu Lepeletier.

A Fernando le gustó que Martín se sintiera celoso de Michel.

—Nada me gustaría más —contestó de corazón— que pasar con calma unas cuantas horas contigo.

Martín lo invitó a cenar.

La vivienda de los Catrou era pobre; Martín vivía y trabajaba en tres habitaciones, junto con su madre, su mujer y un niño pequeño. Olía a comida y a gente, el niño gritaba. La comida había sido preparada sin esmero ni arte.

—Deberéis contentaros, ciudadano Girardin —dijo la señora Jeanne—, con lo que la gente de baja clase podemos ofrecer.

Martín comió deprisa, indiferente y con malos modos.

—Puede hablar sin rodeos —animó a Fernando—. Jeanne sabe de nuestra vieja camaradería.

—Sí —dijo Jeanne, y volvió su rostro duro y expresivo hacia Fernando, con una expresión que no era precisamente amistosa.

El corazón de Fernando estaba lleno de preocupaciones. Desde Santo Domingo habían llegado noticias terribles. Los blancos no querían acatar las decisiones de la Asamblea Nacional, los negros y los mulatos se habían aliado, la rebelión y la indignación hacían presa de Santo Domingo. Las plantaciones, al norte de la isla, donde se encontraban las propiedades de Traversay, habían sido saqueadas, arrasadas, incendiadas, muchos de los blancos habían sido asesinados. Se decía que Hortense y el marqués se habían salvado refugiándose en la zona española, pero las noticias eran vagas, y el hecho de no haber recibido durante tanto tiempo noticias directas de los Traversay no era buena señal.

De esas cosas que lo angustiaban habló Fernando. La Asamblea Nacional se había decidido a actuar con firmeza demasiado tarde, dijo con amargura, y ahora, en lugar de mandar al menos algunas tropas e intervenir, incluso se pensaba en revocar la ley colonial, de modo que los hombres de color perdieran de nuevo sus derechos.

—No estoy familiarizado con la situación en Santo Domingo —dijo Martín—. Pocos lo están. ¿Por qué no vas tú hasta allí a poner orden? —lo desafió—. Allí te conocen. Y no te resultará difícil conseguir plenos poderes por medio de tu amigo

Lepeletier.

El expresivo rostro de Fernando se contrajo. Así que Martín consideraba innecesario su trabajo allí, en tierra firme.

—Mi amigo Lepeletier —contestó quisquilloso y triunfal— cree que sirvo mejor a la revolución si me quedo aquí. Desea que me presente como candidato a la nueva Asamblea Nacional.

Lepeletier era respetado también entre los jacobinos, y lo que Fernando acababa de decir sorprendió a Martín, lo alteró, su frente se llenó de manchas. Incluso las mujeres levantaron la cabeza sorprendidas. Se hizo un breve silencio. Luego, en lugar de responder, Martín dijo:

—Es bueno que se disuelva la antigua Asamblea. Ha conseguido pocas cosas.

—Aun así —contestó Fernando—, cuando se disuelva habrá creado una constitución basada en los derechos del hombre.

—Lo poco que eso tiene de bueno —dijo Martín— lo han conseguido cuatro o cinco hombres a pesar de la oposición de otros doce mil.

—¿No eres muy duro con esos doce mil? —preguntó Fernando.

—Doce mil Jeans y Jacques no forman un Jean-Jacques —se burló Martín—, eso tendrás que reconocerlo.

La viuda Catrou miraba admirada a su hijo Martín que reprendía al otro, y de su boca vieja, desdentada y arrugada brotó una leve risita. También Jeanne miró con satisfacción y llena de respeto a su marido.

—¿Os sirvo más vino, ciudadano Girardin? —preguntó con su voz dura; pero Fernando vio la desconfianza y la hostilidad en sus implacables ojos. Martín siguió comiendo.

—No tengo nada contra ti, ni contra Lepeletier —dijo con la boca llena—. Pero hay demasiados antiguos nobles en la Asamblea Nacional, eso no me lo vas a discutir, muchos, que a pesar de toda su buena voluntad siguen siendo esclavos de su nacimiento, de su dinero, de sus grandes títulos. Cuando se interpelan entre sí, llamándose «ciudadano», suena como si se tratara de otra palabra para conde o marqués. Ya hemos visto cómo Lafayette intriga con sus antiguos nobles, y cuando el pueblo quiere apoderarse de los derechos del hombre, dispara contra ellos.

La señora Jeanne y la vieja se pusieron a lavar los platos, Martín y Fernando se quedaron sentados a la mesa, tomando vino.

—Te digo —retomó Martín la conversación— que ni una sola de las leyes de esta Asamblea Nacional tiene dientes. El despotismo ha encarcelado, año tras año, a cuatrocientas mil personas, tú y yo también hemos estado a punto de comprobarlo de cerca, y ha ahorcado a quince mil, un año tras otro. Esta Asamblea Nacional ha abolido la pena de muerte y ha permitido que todos sus enemigos huyeran al otro lado de la frontera, incluido, casi, el mismísimo rey.

Jeanne, mientras lavaba los platos, volvió la cabeza, con expresión burlona, pendiente de lo que Fernando fuera a contestar.

—No soy miembro de la Asamblea Nacional —repuso medio en broma Fernando.

—Nadie ha hablado de ti —replicó Martín—, y mi voto para tu candidatura lo tienes. Pero no te hagas ilusiones. Tampoco la nueva Asamblea hará tabla rasa, ni llevará a cabo una auténtica revolución. Tienes que proceder de otro lado, de abajo. Tienes que haberte criado entre el pueblo, en los clubes. Y es allí desde donde se hará.

En los debates con sus amigos moderados, Fernando también hablaba así; pero a Martín le llevó la contraria.

—No hay que derribar nada de lo que existe si no es necesario, eso es lo que escribió Jean-Jacques, si te interesa saberlo —dijo, y se enojó porque sus palabras sonaron como si hablara igual que su padre.

—Pero es que sí es necesario —contestó iracundo Martín—. Y conozco a uno, y tú también lo conoces, que puede demostrar por qué y con palabras de Jean-Jacques.

Fernando se encogió de hombros.

Martín lamentó haber sido tan brusco. Siempre se comportaba con Fernando como un muchacho estúpido que quiere provocar al otro a pelear, y eso que apreciaba a Fernando y lo respetaba; era una gran cosa que uno que había nacido para ser el futuro seigneur de Ermenonville, se pusiera del lado del pueblo con tanta valentía y honestidad.

Martín acompañó a Fernando a su casa y se esforzó en mostrarle, a su manera tosca, que lo apreciaba. Y aquellos momentos de desmañada amistad hicieron que Fernando volviera a ver detrás de Catrou, presidente de los jacobinos, al viejo Martín, su compañero de juegos, por quien sentía afecto.

Pero eso no quitaba a las palabras de Martín ni un ápice de su descarnada verdad. Martín había hablado por todos, no por sí mismo. La huida del rey había despertado en todo el pueblo una nueva desconfianza contra todos los antiguos nobles, la hostilidad de la ciudadana Catrou no era la de una sola Jeanne, era la de todas las Jeannes. Él, Fernando, seguía siendo un extraño. El pueblo nunca lo aceptaría como a un hermano.

Furioso y entristecido, tuvo que ver cómo realmente la Asamblea Nacional, poco antes de su disolución, derogaba la ley de Lepeletier para la liberación de los esclavos y la sustituía por débiles prescripciones que arrebatában de nuevo a los hombres de color sus derechos. Sintió un ardiente deseo de enmendar esa vergüenza. Si era elegido, iba a despertar en los otros legisladores el mismo ardiente deseo de justicia que él sentía.

Pero cada vez creía menos en su elección.

Lepeletier intentó aumentar su confianza. ¿No habría podido parecer él, Michel, con su comportamiento, con toda su vida pública, mucho más alejado de los jacobinos que él, Fernando? ¿Y no lo reconocían las masas, a pesar de todo, como a uno de los suyos? Comunicados orales y escritos del Departamento de l'Oise

confirmaban a Lepeletier que allí se tenía sincera confianza en Fernando.

Pero las dudas de Martín pesaban más que la fe de Lepeletier; Fernando siguió descorazonado.

Por eso aún fue mayor su júbilo cuando fue elegido. ¡La aguda vista de los pequeños ciudadanos de la ciudad de Senlis y de los pueblos y caseríos de los alrededores lo habían juzgado honesto! ¡Entre otros veinte, lo habían elegido a él! Martín no tenía razón: ¡el pueblo lo aceptaba como a un hermano!

La viuda Rousseau

Nicolás y Teresa habían vivido todo ese tiempo en Plessis.

Nicolás, en aquellos últimos años del antiguo régimen, se había pasado el tiempo en las tabernas de Plessis y Dammartin, soltando amargos y grandilocuentes discursos. Conocía el mundo, y sus compañeros de taberna escuchaban gustosos su divertida y furibunda palabrería. Cuando Teresa recibía sus rentas, él desaparecía durante dos o tres días y se marchaba a París; la limosna que aquel mundo desagradecido daba a la compañera de su más grande filósofo no daba para más.

La gente de Plessis que no bebía con Nicolás no apreciaba a sus nuevos vecinos. No aprobaban que Teresa viviera con el individuo que había quitado de en medio a su marido. Las mujeres, cuando se cruzaban con ella, llamaban a sus hijos. Nicolás lanzaba maldiciones y amenazas. Teresa permanecía indiferente. El mundo le parecía en orden ahora que podía tener bajo su techo a su Nicolás, como *homme de confiance*.

Cada mes iba hasta el cementerio de Ermenonville a visitar a su madre, y cada semana se acercaba a la tumba de la pequeña isla para llevar flores a su marido. También cuidaba con esmero de sus canarios, recogía álsine para ellos y, cuando murieron, compró otros.

También se quejaban los de Ermenonville. Pero, poco a poco, se acostumbraron a la visión de aquella mujer que envejecía y que visitaba, tranquila e indolente, a sus muertos y que luego pasaba por el albergue Jean-Jacques para comerse una tortilla y beber un poco de aquel vino amarillo oscuro, alimentar a los animales, como había hecho el difunto, y mantener una pausada conversación con el compadre Mauricio.

Una vez, mientras Nicolás estaba en París, el párroco de Plessis visitó a Teresa y la amonestó por su escandalosa convivencia con monsieur Nicolás, que no había recibido las bendiciones de la Iglesia. Ella se asustó, y cuando Nicolás hubo dormido su borrachera parisiense, le hizo tímidas insinuaciones en el sentido de que debían casarse. Él se puso terriblemente furioso y la golpeó con sus muletas.

Dos días después, sus canarios desaparecieron. Ella pensó en la perra Lady y en cómo se había alterado Jean-Jacques, y en lo bueno que era que ahora ya no pudiera

alterarse por nada. Más tarde preguntó a Nicolás si podía comprar otros canarios. Él decidió mordaz:

—Basta con que le lleves flores al difunto.

Que el pueblo estúpido tomara la Bastilla despertó en Nicolás el peor de los humores. Se sentía un aristócrata. Siempre se había entendido bien con los grandes señores, mucho mejor que con la canalla, y lo tenía amargado que su más poderoso protector, el príncipe de Condé, hubiera tenido que emprender viaje al extranjero. Claro que ese viaje no iba a durar mucho. El dominio del pueblo no iba a sostenerse durante mucho tiempo, la chusma iba a lamentar pronto su estupidez, sus cabecillas, unos mil, iban a ser colgados, descuartizados.

—¡Que no haya misericordia para la chusma! —exigía.

Pero como el regreso de los emigrantes se hacía esperar, en la taberna de Plessis le prohibieron seguir con sus discursos. Aquel atajo de asnos no hacía más que gimotear con la monserga de los derechos del hombre y lo insultaban llamándolo esbirro de los señores. El mundo se volvía cada vez más necio, sombrío y aburrido, la maldita Francia, tomada por el populacho, lo asqueaba. Le habría encantado regresar a Londres, pero ¿cómo iba a abrirse camino allí, ahora que era un inválido para la equitación? Aquí al menos, todavía seguían llegando las rentas de Ginebra.

Todavía iba de vez en cuando a París. Allí, cerca del Palacio Real, en tabernas medio escondidas, se reunía con gente parecida a él, con lacayos y peluqueros de los antiguos nobles, camareros de los restaurantes de lujo que habían perdido su trabajo como consecuencia del nuevo orden establecido. París se había arruinado. Se iba en patín en vez de andar a caballo, y en lugar de los refinados y viciosos placeres de los buenos tiempos, había que entretenerse con juegos de niños como el Jou-Jou.

Teresa, cuando él estaba en París, se quedaba sola en la casa pequeña y pobre del señor Bessat. Por el deteriorado tejado de paja se colaba el viento de la llanura, siempre ventosa, de Plessis. Allí se quedaba ella, ociosa, gorda. Aparentaba más edad de la que tenía. Respiraba con dificultad, allí sentada, con sus enormes pechos; una *lourdaude*, una persona lerda y cateta, la llamaba la gente. Se adormecía, con las mejillas colgando, la boca entreabierto, los pesados párpados caídos sobre los ojos. Entonces el viento la sacaba de su duermevela. Tenía las manos heladas, cogía un manguito. Habría querido encender el fuego, pero evitaba el despilfarro y temía las broncas de Nicolás.

Con un leve suspiro se levantó para volver a limpiar el polvo; porque el viento cubría siempre su pobre mobiliario con una nueva capa de polvo. Contemplaba sus vestidos, eso lo hacía a menudo y con gusto. Allí estaban colgados y doblados, abrigos cortos, faldas de lino de Vaucluse, un abrigo negro de tafetán, un par de guantes de seda, otro par de tela corriente, pero sobre todo muchas cofias de lino, de puntillas, de muselina, con o sin cintas, todas de colores vivos. Contemplaba con ternura los vestidos, los tenía desde hacía mucho tiempo, los había elegido con amor y discreción, muchos hombres la habían mirado con deseo cuando los llevaba. Ahora

le estarían demasiado estrechos, pero no había ahorrado en tela cuando se los hizo, así que podían ensancharse y ensancharse. Eligió uno y se puso a coser. Mientras, pensaba en las telas que estaban de moda, listados de Florencia, pequín liso (tela de seda pintada), siciliano, nankín (tela de Mahón), y en los hermosos vestidos con capa, entallados, a la Zulime, que iban cerrados con un chaleco a la turca. Pensó en lo que podría hacer ahora. ¿Debía ponerse cómoda y alzarse las zapatillas forradas que se había comprado siguiendo el ejemplo de su difunto Jean-Jacques? ¿O debía vestirse bien para no tener un aspecto tan desaseado cuando regresara su Colás?

Se vistió bien, despacio, con primor, y también se maquilló un poco. Luego acercó a la mesa una de las sillas con el asiento de paja; no se atrevía a utilizar el amplio y cómodo sillón de Jean-Jacques, estaba reservado a su Colas. Se sentó, apoyó la cabeza en las manos y esperó. Había aprendido a esperar, había esperado durante una gran parte de su vida, no era desagradable esperar; sabía por experiencia que al final siempre llegaba aquel y aquello que se esperaba.

Estaba rodeada del mobiliario familiar. Allí estaban las camas con las colchas blancas y azules. También el piano seguía allí, Nicolás había querido venderlo, pero le habían ofrecido un precio muy bajo y por eso, y porque la quería tanto, al final lo habían conservado. Los canarios ya no estaban, pero sí la jaula, y también los grabados colgaban de las paredes, el mendigo paralítico y el bosque de Montmorency, que tan bien conocía; claro que ahora Montmorency se llamaba Émile, en honor a Jean-Jacques. También el arcón estaba allí, y los escritos estaban dentro; había añadido un documento, una carta, en la que el príncipe de Condé aseguraba a su querido Nicolás lo extraordinario jinete que era.

Estaba sentada a la mesa, esperaba, dormitaba, esperaba. Las cosas se fundían unas en las otras, los muebles siempre habían sido los mismos y ya no sabía si estaba en París, en la calle Plâtrière, o en Ermenonville, en la casa de verano, o en Plessis, en la casa del señor Bessat. En un momento dado tuvo un sobresalto porque le pareció oír a su madre llamándola, pero debió ser solo el viento. Luego pensó si no debería ponerle la sonda a su marido, y Jean-Jacques y Nicolás se fundieron también en uno solo y ya no supo si debía darle friegas en la espalda o ponerle la sonda. Durante toda su vida había cuidado de alguien, era una agradable costumbre, y lo habría echado de menos si ya no tuviera que hacerlo.

No podía comprar ninguna de esas telas nuevas tan hermosas. Nicolás gritaría y maldeciría y le pegaría con solo que lo mencionara. Pero necesitaba un vestido nuevo. Todo el mundo decía que era una *lourdaude* y comentaban que era tonta de remate, y sí que debía de serlo, pero tampoco le había ido tan mal, había pescado a los dos hombres más famosos de Francia, a Jean-Jacques, de quien ahora se cantaban más alabanzas que cuando estaba vivo, y a su Nicolás, que había tenido la escuela de equitación más hermosa de Francia, su famoso picadero, y que además había contado con el apoyo de los más grandes señores, lo mismo que Jean-Jacques. Toda Francia se peleaba por sus hombres, pero ella los había tenido, y había sido una buena vida, y

esperaba. Y nunca esperaba en vano, él siempre volvía. Y ella sonreía, con disimulo, feliz y necia, y todos y todo se difuminaban, y esperaba, y la paja del tejado crujía con el viento.

Nicolás cabalga de nuevo

Nicolás y Teresa recibieron la visita de un hombre que no se había dejado ver desde hacía años. Se presentó en su casa el ciudadano François Renoux, antiguo sargento, el medio hermano de Teresa.

Estaba muy desmejorado, no le resultaba fácil hacer alarde de su viejo talante ruidoso, alegre y lleno de aplomo, pero lo hizo.

Habló de los tiempos que corrían, estaba muy de acuerdo con todo, era revolucionario de todo corazón. Siempre había tenido en mucho los ideales de su querido cuñado Jean-Jacques, incluso había sido uno de los primeros en luchar por ellos, allí, en América, contra los mercenarios de los tiranos de Inglaterra y los indios salvajes comprados por ellos.

Mientras hablaba así, miraba a su alrededor y observaba la pobreza de la casa, vio con satisfacción que los muebles eran los mismos, y sobre todo, que también seguía allí el famoso arcón.

—¿Todavía hay algo dentro? —no pudo resistirse a preguntar.

—Sí —contestó burlón Nicolás—, una carta del príncipe de Condé dirigida a mi humilde persona.

Pero Teresa, al ver la decepción de François, le aseguró con orgullo:

—Todo está aquí, todos los escritos. El marqués, el antiguo marqués, quiso robarnos, pero Nicolás no se lo permitió.

—Siempre he dicho —reconoció François— que nuestro Nicolás es un cerebro.

—¿Has venido para contarme esto, viejo canalla? —se informó Nicolás.

Pero entonces François se irguió y les soltó el siguiente discurso:

—No os habéis portado muy bien conmigo, queridos míos, ni tú, mi hermana carnal, ni tú, digamos, mi cuñado. Pero no soy rencoroso, me siento el cabeza de familia y prometí a nuestra santa madre, en su lecho de muerte, que cuidaría de vosotros. He estado hace poco junto a la tumba de mamá y pude decirle: puedes fiarte del sargento François Renoux; mantiene sus promesas tanto si llueve como si hace sol.

—Puedes ahorrarte la salsa —le ordenó con rudeza Nicolás— y di en el buen francés del rey qué carta marcada llevas en la manga.

François, dedicándole una mirada torcida de desprecio, cargada de dignidad, prosiguió:

—Conozco bien al delegado Chaplaine, y puedo preciarme de ser su amigo. ¡Eso

es un hombre! Un fiel sacerdote de la naturaleza y de la razón, un auténtico discípulo de nuestro Jean-Jacques. El partido de la Montaña está orgulloso de contarle entre sus dirigentes. Fue capuchino, eso ya lo sabéis, fue vicario general del obispo de Blois, pero se ha librado de los viejos prejuicios, como la serpiente muda su piel, y hoy filosofa como ningún otro. Adora la hermosura de la literatura, arde de entusiasmo por Jean-Jacques y se alegraría mucho de conocer a la viuda de Jean-Jacques, de cuya sencillez, fidelidad y virtud él ha leído en las *Confesiones* y de quien yo le he contado muchas alabanzas.

Nicolás sonrió con malicia.

—Tal como me ves ahora —dijo—, yo mantuve amistad con muchos grandes señores, incluso con príncipes de linaje, y los ayudé a subirse a la silla de montar. ¿Crees que voy a arrastrarme ante un piojoso representante de la chusma? ¿Ante un capuchino? Todos los capuchinos apestan.

—Yo, en tu lugar —dijo François—, no soltaría tantas bravuconadas, querido cuñado. Hoy, por los antiguos príncipes de la realeza no hay ningún judío que dé un solo sueldo, pero un antiguo capuchino puede hacer saltar los táleros con el dedo meñique. Por lo que veo, no parece que os caigan los táleros del cielo. Pero podría caer todo un alud encima si la viuda Rousseau le rascara la barbilla al legislador Chaplaine.

—Ya veo —dijo Nicolás con desprecio— que quieres sacarle una propina a tu Chaplaine prostituyendo a mi Teresa, y mientras, yo debería quedarme aquí sentado, rascándome el culo. Ni lo sueñes.

—¡Qué indigna falta de confianza! —lo reprendió François—. Ya te conozco, y por supuesto le he hablado de ti al legislador Chaplaine, pintándote con los colores más favorables que mi conciencia me permitía. El ciudadano Chaplaine no solo espera a la viuda de Jean-Jacques, sino también a su valeroso *homme de confiance*.

Así que Teresa y Nicolás viajaron, a costa del sargento François, hasta París, para ser presentados al legislador Chaplaine.

Este resultó ser un hombre grueso, sucio y campechano. Por su camisa abierta asomaba un grueso cuello con una poderosa cerviz, las fuertes piernas, sin medias, enfundadas en unos pantalones de tela basta. De su padre, que había sido el cocinero en jefe de un rico abate, Chaplaine había heredado el gusto por la buena comida. En general amaba la vida regalada. Se rodeaba de lujosos objetos, su casa estaba llena de bellas pinturas de los grandes maestros, de nobles copas y toda clase de adornos de mucho gusto; las reliquias que había aprendido a venerar en su primera juventud habían sido sustituidas ahora por escogidas curiosidades, sobre todo por reliquias literarias, manuscritos y costosos libros antiguos. Estaba ansioso de vida, devoraba conocimientos, arte, mujeres, platos exquisitos. Tenía una fantasía desmedida para sacar provecho de todo y siempre estaba dispuesto a la aventura. Había descubierto un complot de nobles emigrados, sus agentes se reunían en secreto en el castillo Bagatelle, los había denunciado y los había llevado ante el tribunal. Él mismo había

sido atacado en una ocasión por asesinos traicioneros contratados por el conde de Artois y otros antiguos nobles; lo habían herido, pero por suerte no de gravedad, y desde el atentado todavía era más apreciado por el pueblo.

El París de aquellos años no carecía de buenos oradores, Chaplaine era uno de los mejores. Su elocuencia mezclaba la monumentalidad de la Antigüedad y el fanatismo de los predicadores de las Cruzadas con el populismo emotivo de Jean-Jacques. Las masas estaban pendientes de su boca.

Todo cuanto estaba relacionado con Jean-Jacques era presa de su más ardiente interés. Sus ojos se encendieron cuando Nicolás y Teresa le mostraron el grueso fajo de hermosos papeles escritos con la firme y delicada caligrafía del maestro. Sus manos carnosas acariciaron con ternura aquellas páginas.

La propia Teresa le parecía una especie de reliquia viviente. Que fuera una *lourdaude*, lenta de cuerpo y de mente, lo conmovió. Convenció a la sencilla y ajada compañera de Jean-Jacques para que se quedara en París, cerca de él y a su costa, con su *homme de confiance* y sus manuscritos.

Nicolás, muy satisfecho, lanzó un grueso escupitajo. ¿No había sido una magnífica ocurrencia que en su momento él hubiera reclamado los manuscritos al marqués? Se dio a sí mismo unas palmadas en la espalda. Siempre había tenido buen olfato; incluso de las situaciones más adversas y hostiles sabía sacar provecho. Cualquiera otro había dejado de lado aquellos desgastados papeles como si se tratara de una fruta exprimida. Él se había preocupado de ellos, los había recuperado por medio de aquella ingeniosa carta, y ahora, de esa vieja y desgastada tierra, brotaban nuevas y jugosas bendiciones.

Teresa, por su parte, vio, con sorpresa aletargada y feliz, el entusiasmo con que el nuevo París veneraba a su bendito Jean-Jacques. El ciudadano Chaplaine, que al fin y al cabo había sido un caballero religioso y, por lo tanto, debía saber lo que decía, hablaba de su querido difunto como de un santo. Todo el mundo hablaba así de él. Por todas partes podía verse su busto, su imagen estaba colgada en todos los aparadores. En la calle de Grenelle, en la calle Plâtrière, en las casas donde había vivido con él, se habían puesto placas conmemorativas. Y aquellos que de entrada la contemplaban con indiferencia, o incluso con altanería, mudaban la expresión de su rostro en cuanto se enteraban de que era la viuda de Jean-Jacques, y adoptaban ante ella una actitud tan respetuosa como si se encontraran en el interior de una iglesia.

Se publicaron muchos artículos en los periódicos sobre Teresa, también un libro. La pintaron y dibujaron. Había sobre todo un grabado en el que se veía a Teresa paseando a la orilla del lago de Ermenonville ante un desnudo paisaje otoñal. Al fondo, pequeña, se destacaba la isla con los grandes álamos y el monumento funerario, pero ella, Teresa, avanzaba, grande y melancólica, con su cofia, las manos dentro del manguito, una mujer noble y de edad, con una ligera doble papada. «La compañera de Jean-Jacques», se titulaba el grabado, y se vendía en todas partes. Teresa, cuando lo vio, quedó sobrecogida. ¡Así que esa era ella, Teresa! Todos la

habían insultado, la había llamado *lourdaude*, torpe, y ahora se ponía de manifiesto que era una dama de reputación. ¡Qué lástima que Jean-Jacques no pudiera ver cómo honraban a su fiel compañera, y qué suerte que Colás sí pudiera verlo!

A Fernando lo indignó el culto a Teresa. Su historia con ella estaba olvidada y acabada; lo que le dolía era la grotesca profanación de la memoria del maestro. Tras algunas dudas, preguntó a su amigo Lepeletier si no podía hacer nada. El cínico Lepeletier no lo juzgó aconsejable. A él la situación le parecía divertida.

—El propio Jean-Jacques —dijo— seguro que estaría de acuerdo con que se le facilitara la vida a Teresa. Por lo demás, una boca muerta sonríe pero calla. Y si vos habláis y decís que las conmovedoras historias en torno a Teresa son mentira, solo ponéis en peligro la memoria de Jean-Jacques y a vos mismo. Demostrad a un creyente que su reliquia es una falsificación: no se volverá contra la reliquia, sino contra vos.

Así que el culto a Teresa, fomentado por Chaplaine, siguió. Un amigo del delegado, el conocido autor de teatro Bouillie, se dispuso a escribir una obra: *Jean-Jacques y su compañera*. Acudió a Teresa para que le contara cosas de su vida con el maestro, y cuando se dio cuenta de que esta no tenía mucha facilidad de palabra, se dirigió a Nicolás. Este le contó también un montón de pequeñas anécdotas conmovedoras sobre Teresa y su trato familiar con Jean-Jacques. La obra se estrenó en el antiguo Théâtre Italien, que ahora llevaba el nombre de Théâtre de l'Égalité. Los espectadores se deshicieron en un mar de lágrimas, Teresa tuvo que abrazar y besar el busto de Jean-Jacques, las masas la vitorearon, fue un tremendo éxito.

En las conversaciones de Nicolás con el dramaturgo Bouillie se había hablado mucho de los hijos de Teresa que Jean-Jacques había llevado al orfanato. El comportamiento de Jean-Jacques, aunque en cierto modo quedó disculpado por la falta de igualdad, libertad y fraternidad del antiguo régimen, arrojó una sombra sobre su radiante imagen. Nicolás decidió que Teresa, olvidando el sufrimiento que Jean-Jacques le había causado, apagándose y sacrificándose ella misma, debía reparar aquellas discutibles acciones de Jean-Jacques. Sacó a subasta aquella canción de Jean-Jacques, el texto original, escrito a mano, de aquellos *Consuelos* y entregó la suma obtenida al orfanato. Los habitantes de esa institución, que ahora se llamaban «Enfants de France», acudieron vestidos con sus sencillos uniformes, la escarapela tricolor en los sombreros, a dar las gracias a Teresa. También durante este acto se derramaron muchas lágrimas.

Pero Nicolás planeaba su gran golpe. Contando con el agradecimiento del delegado Chaplaine, ordenó a Teresa que le regalara a este el manuscrito de *La nueva Eloísa*. El día de su treinta y cinco aniversario, Teresa le entregó el manuscrito.

Jean-Jacques había redactado cuatro ejemplares manuscritos de *La nueva Eloísa*, todos con esmero. Este lo había escrito con particular afecto para una de sus amantes aristocráticas, pero se había peleado con ella y por eso había conservado el texto en su arcón. Ahora Teresa se lo regaló a Chaplaine.

Su rostro carnosos se contrajo cuando recibió en sus manos las hojas de un blanco amarillento, llenas de delicadas líneas. Teresa había estado sentada a su lado cuando Jean-Jacques escribió esas páginas. Se acordaba con todo detalle, su madre se había quejado de los esfuerzos y la cantidad de dinero que costaba adquirir para él aquella tinta azul, tanto papel con el borde dorado y la fina arena secante. Él le habría leído fragmentos en voz alta; siempre se lo leía todo en voz alta. Más adelante había habido discusiones en torno a los papeles, Nicolás las había advertido a tiempo, pero su madre no había querido confiárselos y entonces el despreciable Girardin, el antiguo noble, los había robado, pero su astuto y hábil Nicolás los había recuperado. Y ahora ella entregaba las hojas al buen legislador. Nicolás así lo deseaba y Nicolás sabía lo que quería.

Chaplaine le dio las gracias con visible alegría. Luego palpó las hojas, las leyó conmovido y entusiasmado, y las guardó con cuidado y ternura en un maravilloso estuche de marfil que había servido para guardar los huesos quemados de San Lázaro y que le habían correspondido en el reparto de los bienes confiscados a una iglesia.

Nicolás había calculado bien. El delegado Chaplaine no redujo su agradecimiento a hermosas palabras. Era representante de la nación e impuso que la nación hiciera a su vez un regalo a la viuda de Jean-Jacques.

La Asamblea Nacional invitó a Teresa Levasseur, esposa de Jean-Jacques Rousseau ante la naturaleza, para que compareciera en una de sus sesiones invernales. Las barreras que separaban al público de los delegados se abrieron, los representantes se levantaron de sus asientos, Teresa fue conducida al lugar de honor.

El delegado Chaplaine subió a la tribuna de los oradores. Celebró a Jean-Jacques como padre de la revolución. Celebró a Teresa como la fiel compañera de Jean-Jacques, de quien siempre cuidó, como su Euridea y su Marta.

Luego propuso que se le concediera una cuantiosa pensión.

Así quedó establecido.

La conjura de los reyes

Fernando se sintió orgulloso de formar parte de la nueva Asamblea legislativa. Había entre sus miembros hombres que eran famosos por sus aportaciones científicas, brillantes oradores, reformadores ambiciosos que ardían en deseos de actuar. Además, la mayoría de los nuevos legisladores eran jóvenes, apenas mayores que el propio Fernando. ¡Cuándo, desde los tiempos de la Atenas de Pericles y de la Roma de Escipión, había dirigido un Estado un grupo de hombres tan honrados y tan dotados como aquellos!

La nueva Asamblea se dispuso de inmediato a imponer a la nación, en forma de claras prescripciones, aquellas conclusiones generales y tibias que había redactado la

anterior Asamblea Nacional. En rápida sucesión, promulgaron leyes que incluso un Martín Catrou aprobaría, puesto que tenían dientes. Se encarceló a todos los clérigos que negaran su fidelidad al nuevo orden. Se confiscaron todas las propiedades de los nobles huidos y se amenazó con la pena de muerte a aquellos que no regresaran en el plazo de cuarenta y cinco días.

A la satisfacción que le producía tanta energía, se mezclaba en Fernando la amarga certeza de que ni siquiera esos hombres ilustrados y decididos se sentían lo bastante fuertes como para hacer valer los derechos del hombre también en las colonias. Las noticias procedentes de las Indias Occidentales eran escasas, pero sí se sabía que una gran parte de la población blanca había muerto, y como ni monsieur Robinet ni él mismo habían recibido señales de vida de Hortense ni de su padre, cabía temer lo peor. Todo eso acrecentaba el deseo de Fernando de que tantas víctimas no hubieran sido sacrificadas en vano y que la liberación de los esclavos en las Indias Occidentales se convirtiera por fin en una realidad. Animó a sus colegas para que volviera a aprobarse la entrada en vigor de las leyes de Lepeletier y se garantizara a los hombres de color de las colonias su completa emancipación, y solicitó que lo mandaran a él mismo a Cap Français, con plenos poderes, para aplicar esas leyes. Pero nadie quería saber nada de aquel asunto.

—Querido amigo —le dijeron—, primero tenemos que consolidar la revolución aquí, en el país. No nos conviene meternos en una guerra en ultramar, ya la tenemos en nuestras propias fronteras.

Así era. Los emigrantes habían convertido la ciudad de Coblenza en el cuartel general de su contrarrevolución. Allí, en territorio alemán, directamente en la frontera con Francia, se reunían las fuerzas militares, y Austria y Prusia los apoyaban con todos sus medios. Los dirigentes de la nueva Francia creían, no sin motivo, que el mismo rey conspiraba con esos emigrantes y las cortes extranjeras y que los apremiaba para que atacaran a la liberada nación.

Muchos de los delegados consideraban que había que presentar un ultimátum antes de que los reyes de la Europa reaccionaria cayeran unidos sobre Francia; exigieron una guerra preventiva. Fernando era un ardiente defensor de esta teoría.

—Hagamos saber a Europa —gritó en la Asamblea Nacional— que diez millones de franceses, armados con la fuerza de la espada, la razón y de la palabra, están en condiciones, si se les sigue provocando, de cambiar la faz de la tierra y derribar todos los tronos.

Varias veces, la Asamblea envió delegaciones al rey para que declarara la guerra contra aquellos príncipes que se habían conjurado contra la nueva Francia.

En una ocasión, fue Fernando quien encabezó una de esas delegaciones.

El antiguo ceremonial de la corte se había vuelto deslucido y fragmentado. Aun así, había también en las Tullerías largos corredores y amplias antesalas y guardias suizos y chambelanes que hacían reverencias con toda solemnidad. Fernando siguió el protocolo, besó la gruesa mano del rey. Luis estaba sentado con dejadez, los

pesados párpados sobre los ojos saltones se agitaron, era evidente lo odioso que le resultaba tener que tratar con aquellos rebeldes en lugar de hacerlos encerrar en la Bastilla.

Fernando, mientras exponía en un discurso bien elaborado, respetuoso y amenazador, la exigencia de la corporación de legisladores, contemplaba el rostro hinchado, cansado y tenso del rey, y supo lo que pasaba tras esa frente inclinada. Ese Luis de Borbón amaba a su país y a su pueblo y se sentía obligado a hacer lo que fuera por su Francia. Pero también era un rey, descendiente de una larga estirpe de reyes, y al mismo tiempo se sentía obligado a hacer todo cuanto estuviera en su mano para reinstaurar la monarquía absoluta, querida por Dios. Tenía obligaciones, tanto respecto a la flor de lis como respecto a la tricolor, y dudaba entre una y otra, y era un pobre hombre, triste, digno de compasión y a la vez muy peligroso.

Luis, a su vez, miraba a Fernando, el indiscreto hijo de aquel viejo loco que en su momento había dado un confortable retiro a Jean-Jacques en nombre de la filosofía. A ese joven Girardin le habían destrozado un pie de un disparo cuando estuvo entre los rebeldes americanos, pero no había aprendido nada, sino que se insolentaba ante él, su rey, cojeando, exigiéndole que declarara la guerra a sus hermanos, los reyes de Europa. Para el joven Girardin era fácil. Era un amotinado y un traidor por naturaleza y oficio, así lo había creado Dios. Ardería en los infiernos, pero en la tierra sabía muy bien lo que tenía que hacer, el muy afortunado. A él mismo, a Luis, la Providencia no se lo había puesto tan fácil. Ahora debería dar de nuevo medias garantías a esa chusma, en contra de su voluntad.

En un discurso lento y dubitativo prometió reflexionar con buena disposición sobre la propuesta de su fiel Asamblea Nacional. Pero se consolaba pensando en que, justo esa misma semana, había mandado mensajes secretos a sus primos, al emperador del Sacro Imperio Romano y a los reyes de Prusia, España y Suecia para que unieran sus ejércitos y acabaran con la rebelión en Francia y así evitar que el caos de la anarquía se extendiera por toda Europa.

Pero a medida que pasaba el tiempo, los representantes del pueblo no se dieron por satisfechos con vagas respuestas, y cuando Austria y Prusia establecieron una alianza contra la nueva Francia, obligaron al rey a dar su consentimiento para un enfrentamiento armado. En medio de un entusiasmo ruidoso y desbordado, con todos los votos contra siete, la Asamblea General aprobó la declaración de guerra.

El entusiasmo de los legisladores se apoderó del pueblo. Los reyes de Europa se habían conjurado para arrebatarse al país su feliz y recién conquistada libertad. Francia haría rodar las cabezas de aquellos insolentes ladrones. Jamás, en la secular historia de la nación, se había emprendido una guerra con tanto convencimiento sobre la justicia de sus razones. Innumerables voluntarios se ofrecieron para luchar por la bandera, la bandera tricolor de la Francia libre.

También el ciudadano Girardin, el antiguo marqués, estaba lleno de entusiasmo. La huida de Luis lo había trastornado, había roto el lazo entre la corona y el pueblo.

Pero que ahora Luis, en beneficio de su país y en contra de sí mismo, rompiera el pacto de tantos años con Austria y declarara la guerra al país de su esposa, al sobrino de su esposa, compensaba sus anteriores errores y debilidades y creaba una nueva e indestructible unidad entre el rey y el pueblo. El generoso y esclarecido rey ponía la causa del pueblo por encima de los intereses de su casa, se sometía a la Volonté Générale (a la voluntad general). Un nuevo y gran paso se había dado en el camino marcado por Jean-Jacques.

El ciudadano Girardin habló ante los jefes del ejército francés, los generales Lafayette, Rochambeau y Luckner. Les recordó que en una ocasión, durante la Guerra de los Siete Años, en la batalla de Hastenbeck, había medido sus fuerzas, y salido victorioso, con el duque de Braunschweig, el general supremo del ejército enemigo, y se ofreció para participar también en esta campaña. Pero Lafayette rechazó su ofrecimiento; ya había muchos antiguos nobles entre los mandos del ejército. Girardin se sintió profundamente mortificado. Pero ocultó su humillación en el fondo de su corazón. Ni siquiera habló de ello con su hijo.

Tuvo que limitarse a contagiar a otros con su entusiasmo, y también consiguió que su Departamento destacara por el numeroso grupo de voluntarios que aportó. Entregó, a cada uno de los hombres que se alistaron, veinticinco libras para gastos de viaje y para la adquisición de un buen calzado, y cuando hubo conseguido un gran contingente de voluntarios, organizó una fiesta en su castillo. Pronunció un encendido discurso: si él, con soldados sometidos a una despótica disciplina, había podido rechazar a ese duque de Braunschweig, con cuánta más gloria iba a vencerlo un ejército de entusiastas voluntarios.

En su corazón, Girardin no estaba en modo alguno convencido de esa victoria. Desde los inicios de la Revolución, el alto mando del ejército había cambiado varias veces y muchos de sus expertos oficiales de alta graduación habían emigrado. ¿Iba a ser capaz aquel ejército nuevo, improvisado y poco disciplinado, de enfrentarse a los ejércitos bien entrenados de la coalición europea, conducidos por probados estrategas?

Pronto las tropas enemigas invadieron el territorio de Francia. El primer enfrentamiento se produjo cerca de Lille. Ya a la vista de los austriacos los franceses huyeron gritando: «Hemos sido traicionados». Asesinaron a su general. En el sur, los regimientos piemonteses cruzaron las fronteras. Las fortalezas en el este, Longwy, Verdún, cayeron. Los jefes del ejército de los aliados estaban jubilosos, aquello no era una campaña, era un paseo hacia París.

La desgracia en los frentes ponía en peligro el orden en el interior. Las masas no creían en la debilidad de su ejército: solo sus dirigentes arteros tenían la culpa de las derrotas. El pueblo vio traidores en los antiguos nobles, vio sobre todo un traidor en el rey.

Ya en una ocasión las multitudes se habían abierto paso hasta el interior de las Tullerías. Habían reprochado al rey, por supuesto con buenas maneras, su falsedad, lo

habían obligado a ponerse una gorra revolucionaria y le habían impuesto su fraternidad. Ahora, tras una brutal arenga del delegado Chaplaine, se precipitaron al interior del castillo por segunda vez. Esta vez fueron menos amables. Hubo muchos muertos. El rey tuvo que huir y se refugió, como en una prisión, en el castillo Le Temple.

Hubo alborotos en París. Las autoridades toleraron con benevolencia la rebelión. Las cárceles fueron asaltadas, las masas organizaron juicios populares a antiguos nobles, particularmente odiados, y acabaron con ellos, las estatuas de reyes anteriores que adornaban muchas plazas de la ciudad fueron destruidas entre cantos patrióticos y con alegre griterío. No siempre fue un trabajo fácil. Muchos de los nobles reyes y de sus nobles caballos demostraron ser muy resistentes, y uno de los Luises XIV derribados mató a una mujer que cantaba. El noble brazo de un Luis XV fue entregado por las multitudes al amado y celebrado delegado Chaplaine, que lo incorporó a su colección de curiosidades. También el popular Enrique IV, que había contemplado el Sena durante tanto tiempo desde el Pont Neuf, probó la realidad de sus aguas.

La convicción de Girardin en la bondad del ser humano, ya muy deteriorada y recompuesta con esfuerzo, se derrumbó por segunda vez. Por desgracia, todo estaba sucediendo como había predicho el odioso monsieur de Grimm: la soberanía del pueblo, con la que había soñado Jean-Jacques, se había convertido en el dominio del populacho que el maestro tanto despreciaba. El ser humano era, y seguía siendo, un bárbaro.

También Fernando, aunque no lo abandonaba la esperanza en la victoria final, se sentía inseguro a veces a la vista de los acontecimientos. Sobre todo lo asustaban las derrotas en el frente. Tanto más lo sorprendió que sus amigos, Lepeletier y aún más Martín Catrou, tomaran con indiferencia esas derrotas. Incluso las saludaron con satisfacción. Martín Catrou, en el club de los jacobinos, casi se alegraba:

—Es una bendición que la guerra siga ese curso. De este modo la libertad se consolidará y quedará limpia de las últimas manchas del despotismo.

—El único peligro —le explicó a Fernando— eran vuestros viejos generales, monárquicos de corazón, tu Lafayette y los otros «americanos» sospechosos. Si hubieran vencido, al volver habrían marchado sobre París, habrían asfixiado la Revolución y devuelto sus antiguos derechos a su cristianísima majestad. Ahora, el ejército, el ejército del pueblo, ha tomado las riendas en el frente, ha echado a vuestro Lafayette y ha sustituido a los generales dudosos por revolucionarios fiables. Ahora se ha separado el grano de la paja. ¡Viva la derrota! —gritó empecinado, tozudo.

—¡Pero el enemigo avanza hacia París! —le replicó Fernando. ¿Había cegado la desconfianza y el odio a Martín para que no viera la terrible y real amenaza?

Martín meneó la cabeza mientras reflexionaba:

—Ahora que el propio pueblo dirige la guerra, ya no podrá ser vencido de nuevo. Te digo, Fernando, que el enemigo no llegará a París.

Las derrotas y levantamientos redujeron la autoridad de la Asamblea Legislativa. Se dijo que la constitución ya no era suficiente. Debía crearse una nueva constitución, un auténtico contrato social que, a partir de la razón pura y de verdad revolucionaria, estableciera de forma definitiva las relaciones legales del individuo con el Estado. Se convocaron elecciones para una nueva representación del pueblo.

Fernando se presentó también esta vez. Pero ahora también fue objeto de la creciente desconfianza frente a los antiguos nobles. No fue elegido. En su lugar fue elegido Martín Catrou.

Solo siete antiguos nobles fueron elegidos. Entre ellos, Michel Lepeletier.

Fernando no era envidioso. Pero lo atormentaba que el pueblo, que aceptaba a Lepeletier, lo rechazara a él. Lepeletier no hacía la menor concesión; iba hasta el club de los jacobinos en su fastuoso carruaje, vestido con un lujoso traje tradicional, impecable y pasado de moda, a menudo llevaba una enjoyada dama a su lado. A veces, la gente que debía esquivar su carruaje adoptaba una actitud hostil; pero cuando reconocían a su Lepeletier, lo vitoreaban. ¿Cómo era posible que él, Fernando, siguiera siendo para el pueblo el antiguo noble, el forastero? ¿Por qué no le había sido concedida la gracia de unirse a la cadena como un eslabón más, de ser un hermano entre hermanos?

Cuando la nueva asamblea elegida, la Convención, se hubo constituido, los que habían sido sus representantes hasta entonces declararon su función por acabada, recibieron con toda solemnidad a los nuevos representantes del pueblo y los acompañaron a su sala de reuniones.

Fernando, dimisionado, regresó a Ermenonville.

Una amarga suerte

La Convención, ya en su primera sesión, declaró derrocada la monarquía y proclamó la República. Decidió además redactar una nueva constitución, mucho más radical, a partir del *Contrato social*. También se estableció un nuevo calendario que empezaba en el año cero de una única e indivisible república.

Se consideró un maravilloso augurio que el mismo día en que se reunía la Convención, cambiara la suerte en el frente de guerra. En ese primer día de la República, un ejército francés desgarrado, agotado y mal armado, consiguió, cerca del pueblecito de Valmy, una victoria decisiva sobre el ejército enemigo, pertrechado con las armas de guerra más modernas. Los ejércitos de los reyes aliados fueron forzados a emprender una rápida retirada. En rápida sucesión, los soldados de la República conquistaron Verdún y Longwy, tomaron Sperey, tomaron Mainz, tomaron Francfort, penetraron en Saboya, invadieron Holanda, Bélgica.

Estas victorias sorprendieron a toda Europa.

También sorprendieron de forma desagradable a monsieur Robinet. No tenía en mucho a los aristócratas, pero no se había esperado que fracasaran de forma tan lamentable.

Tampoco le gustaba nada el curso que estaban tomando las cosas en París. Su teoría política era sencilla: unos pocos, aquellos que habían demostrado sus capacidades con la consecución de bienes, debían dirigir los negocios públicos. La mayoría de las convenciones estaban formadas todavía por hombres ricos y sensatos, por burgueses. Pero, por desgracia, el populacho tenía cada vez mayor influencia y eso no podía acabar bien; porque el pueblo tenía aún menos cerebro que la nobleza.

Monsieur Robinet estaba convencido de que los ejércitos bien entrenados de los aliados tenían asegurada la victoria final. Hasta entonces permanecería en Francia. Sería un abandono de sus responsabilidades, con respecto a su nieta y a su biznieta, dejar perder los magníficos negocios que le salían al paso.

No dejaba de ser peligroso quedarse. La mayoría de los arrendatarios generales que no se habían puesto a salvo estaban en la cárcel. Claro que él, Robinet, había actuado con astucia, no había adoptado, como los demás, el título nobiliario de alguna de sus posesiones. Ahora se había retirado a las sombras. Cerró sus castillos, también su castillo de París. Vivía de forma discreta, sin llamar la atención, y con muy poco servicio en Latour. Además, contribuía con grandes sumas a todas las instituciones de la nueva Francia. No, no creía que fueran a hacerle nada.

No perdió la calma cuando le fueron confiscadas sus propiedades de Saint-Vigor, pero de inmediato volvió a comprar el castillo y las tierras a través de un hombre de paja. Hizo que se ocuparan de sus negocios diversos intermediarios. Compraba todo cuanto podía acaparar y proveía al ejército, con una amplia gama de productos, todo a través de intermediarios.

Pero cuando llegara el feliz día, cuando, lo que era inevitable, los ejércitos unidos de los partidarios de la monarquía entraran triunfales en París, entre los vencedores estaría el marido de su nieta, el soldado cargado de méritos, conde Mathieu de Courcelles, y él, Robinet, saldría de las sombras y demostraría que, en ausencia de este, su heroico pariente, se había ocupado de sus asuntos con lealtad y éxito.

Entonces tuvo lugar un suceso que tiró por tierra todos sus planes. Tuvo noticia de que Mathieu de Courcelles, cubriendo la retirada de su regimiento con su batallón, había caído en la lucha por los lirios de Francia.

Gilberte, cuando oyó la noticia, quedó petrificada. Monsieur Robinet nunca habría creído que pudiera empalidecer de tal modo. Acarició su mano fría. Ella la apartó, abandonó la estancia. Él supo cómo se sentía: se culpaba a sí misma y a él del estúpido final de aquel hombre honesto que ella había amado.

Ella no se dejó ver durante dos días. Él le hacía llevar la comida que ella apenas tocaba. Al tercer día bajó. Estuvieron un rato sentados juntos, en silencio. Entonces, ella dijo:

—Me duele de un modo nada cristiano, abuelo.

Cuando Robinet pensaba en su futuro, se apoderaba de aquel hombre sereno una ira sin sentido. De pronto supo que no se había quedado para poder multiplicar su fortuna, sino porque había querido conservar para sí a Gilberte y a Marie-Sidonía.

Habría sido una locura seguir exponiéndose al peligro durante más tiempo. Podía transcurrir una eternidad antes de que Europa pusiera fin a aquel disparate, ¡y cuánto daño podían hacer mientras tanto aquellos chiflados! Monsieur Robinet estaba en peligro, aún más amenazada estaba Gilberte, la viuda de un enemigo de la República. Debían marcharse de Francia.

Pero conocía a Gilberte. A pesar de lo sensata que era, se había dejado contagiar por aquellas nuevas e idiotas ideas, por los desatinos del loco que yacía algo más allá, bajo los álamos. Se resistiría a marcharse, se empeñaría en quedarse, enumeraría mil razones, pero no la verdadera, porque el verdadero motivo era aquel maldito y entusiasta soñador, aquel cabeza de chorlito, el joven Girardin.

Monsieur Robinet se hallaba ocupado en estos pensamientos cuando le fue anunciada la llegada de Fernando.

La noticia de la muerte de Mathieu había sumido a Fernando en una profunda confusión. No había deseado ningún mal al marido de Gilberte. Mientras trabajaba en los preparativos de la guerra, no había dedicado ni el más fugaz pensamiento a ese hombre valiente, a quien su conciencia había hecho abandonar el país. Los grandes cambios se habían cobrado la vida de muchos hombres significativos, pero Fernando sentía con inquietud que él era corresponsable de esa muerte.

Robinet, al ver a Fernando, no ocultó su indignación. ¡Ese estúpido! ¡Ese fatuo que se revolvía furioso contra sus propios intereses y contra los de sus amigos! ¡Él había propuesto la ley que exigía la confiscación de los bienes de los emigrantes! ¡Él había azuzado al país hacia la guerra civil que le había costado la vida a Mathieu!

—¡Ya veis los resultados de vuestra filosofía, monsieur! —lo recibió—. ¡Tanta palabrería sobre la naturaleza y la paz, la igualdad y la fraternidad, y acabáis organizando una guerra civil! ¡Pobre Mathieu! Pero al menos él sabía cuál era su lugar.

Sorprendió a Fernando que el anciano caballero dejara que sus emociones anularan por completo su sobria y sólida visión de cálculo.

—Vuestra tristeza os disculpa, monsieur —dijo—. No voy a discutir con vos, no quiero enfureceros aún más. He venido para expresaros, a vos y a Gilberte, mi más sentido y sincero pésame.

—Eso no devolverá la vida a Mathieu —ironizó Robinet.

Gilberte estaba en la puerta. Su rostro, enmarcado por el vestido negro, estaba más pálido de lo que Fernando hubiera visto jamás. Se quedó de pie cerca de la puerta, miró a Fernando, sin encontrar palabras. Fernando tampoco podía decir nada. Porque, de nuevo, aquella que tenía ante él era una Gilberte completamente nueva y, a la vez, era la de siempre.

Gilberte, cuando despertó de su anonadamiento, se mostró en extremo razonable.

Aunque llevara la contraria a su abuelo cuando este hablaba de la segura victoria final de la realeza, en su más profundo interior nunca había creído de verdad en la consolidación de la República. Por los años que había pasado con su madre, estaba acostumbrada a considerar a los grandes, a los privilegiados, a los representantes del poder, instaurados para siempre, como una especie de fatalidad. Estarían allí por todos los tiempos, como las rocas primigenias de la tierra. Le parecía impensable que un reino de más de mil años de antigüedad pudiera ser borrado de la faz de la tierra por el chiflado y viejo Jean-Jacques y por su querido, pero algo loco, Fernando. Había considerado la filosofía de Fernando una especie de caballito de juguete sobre el que cabalgaba ese testarudo soñador, hasta los bosques de América, hasta las tribunas de los parisinos rebeldes, pero era un disparate que aquel juguete de madera cobrara vida y permaneciera. En su interior, tampoco podía creer que, después de haber renunciado a tanto y de su difícil lucha para conseguir los privilegios, su hija no fuera a ser nunca una condesa Courcelles, sino una simple ciudadana.

La muerte de Mathieu había arrancado de raíz, de un fuerte tirón, aquel convencimiento secreto. Su muy sensato Mathieu, uno de aquellos grandes indestructibles, había sido vencido y estaba muerto, y Fernando, el soñador, el eterno adolescente, el loco sabio, estaba allí, estaba vivo, tenía razón. Había quedado demostrado que su locura era más sensata que la sensatez de su Mathieu y de su abuelo. El mundo de antes se había hundido para siempre, y ella, Gilberte, se encontraba sin sostén y sin techo, paralizada, absolutamente perdida. Lo había hecho todo mal desde el principio. No era Fernando quien se comportaba de un modo infantil y soñador, sino ella, ella había sido una niña pequeña y tonta, y era ella, la más tonta entre las tontas, la que había echado de su lado a aquel hombre que generosamente había querido construir un puente para facilitarle el acceso a su nuevo mundo.

Al ver ahora a Fernando, dando unos pasos hacia ella, tímido, pero muy masculino, cojeando un poco, pero firme sobre sus dos pies, rompió a llorar sin el menor reparo. Se abandonó al sentimiento de su inferioridad; pero era agradable estar por debajo de él.

Fernando nunca había visto llorar a Gilberte. Se quedó sorprendido, sobrecogido, feliz. No se atrevió a decir nada, no se atrevió a acariciarla, aunque se sentía tan cerca de ella como en el pasado, hacía una eternidad de tiempo.

Robinet seguía en la habitación, pero ellos lo habían olvidado. Vio cómo ambos estaban allí, absortos; no era un moralista y no anteponía la dignidad a todo, pero aunque no sucedió nada, lo que allí vio le pareció impropio. Por primera vez en su vida no entendía a su nieta. El anuncio de la muerte de Mathieu la había afectado profundamente, y ahora estaba allí, sin poder apartar los ojos del otro. Quería decir algo, era su obligación; pero temió que entonces también la perdería a ella. Se sintió muy viejo e incomprendido y salió de la habitación.

—Lo siento muchísimo —dijo por fin Fernando, y añadió—: Es muy, muy duro

para vos. —Eran palabras muy pobres en boca de un hombre cuyos discursos habían entusiasmado a la Asamblea Legislativa, pero Gilberte lo miró con agradecimiento, y de golpe, él comprendió por qué ella no había querido dejar que se marchara a América y por qué se había casado con Mathieu, y se dio cuenta de que ahora ella pensaba que se había equivocado.

Entró la niña Marie-Sidonia. A sus nueve años iba toda vestida de negro. Había tenido que desaprender todos aquellos modales aprendidos con tanto esfuerzo, las complicadas reverencias y profundas genuflexiones ya no estaban permitidas, pero en sus largos, negros y pesados vestidos, que la hacían parecer una adulta, y en presencia de Fernando, de pronto volvió a ser la pequeña condesa Courcelles, y mecánicamente hizo al conde Brégy una reverencia.

Fernando y Gilberte ya no hablaron mucho más. Inesperadamente, él empezó a hablar de Santo Domingo, y lo escasas y espeluznantes que eran las noticias que llegaban de allí, donde él tenía amigos, y también una amiga muy especial, y lamentablemente, temía que sus amigos hubieran muerto en la sucia guerra que había entre los negros y los blancos.

Gilberte sabía muy bien por qué le contaba todo aquello ahora. Pero de la misma manera que él, poco antes, solo había encontrado palabras corrientes, ella ahora dijo con sencillez y sinceridad:

—Sí, son tiempos amargos para todos nosotros.

Entonces volvieron a guardar silencio. La niña Marie-Sidonia estaba allí, sentada, muy seria. El perrito Pompon, demasiado gordo, ladró, asmático.

Cuando Fernando se marchó, no habían hablado mucho; pero para él era como si hubieran mantenido una larga y familiar conversación, como en los tiempos de su más estrecha intimidad.

Eran los nuevos tiempos los que los habían aproximado tanto. La Revolución había roto de forma horrible los lazos de Gilberte con la corte y le había mostrado de forma cruel y clara cuál era su lugar. Ahora podría llamarse con todo derecho ciudadana Courcelles, había alcanzado la meta, y él sentía, con venturosa seguridad, que también él la alcanzaría.

Sombríos huéspedes

Setecientos cuarenta y nueve miembros tenía la Convención. Todos profesaban los principios de Jean-Jacques, cuya imagen, esculpida en la piedra de la destruida Bastilla, los miraba desde lo alto, todos querían crear una República en ese mismo sentido. Pero los caminos hacia ese objetivo común se presentaban muy distintos. Muchos, entre los diputados, eran de la alta burguesía, no eran pocos los que poseían fortunas. Habían sido radicales durante los primeros años de la Revolución, ahora

parecían moderados. Evitaban la violencia; si no podían evitarla, le daban la apariencia de orden y de legalidad por medio de hermosas palabras.

Pero una pequeña minoría, menos de cien entre los setecientos cuarenta y nueve, estaba decidida a hacer prevalecer los principios de Jean-Jacques bajo cualquier circunstancia, a crear la igualdad de derechos por todos los medios, también por medio de la violencia y de la aparente injusticia.

Los decididos demócratas ocupaban en la Manège, en el edificio en el que se reunía el Convento^[1], los asientos más altos, el diputado Chaplaine, que se contaba entre ellos, y sentía predilección por las expresiones gráficas, solía llamar a esa parte de la sala La Montagne —La Montaña—, y así se llamó a partir de entonces su partido.

El indiscutible cabecilla de esos «montagnards» era Maximilien Robespierre. Martín Catrou, que sin dudarlo había elegido el asiento situado justo debajo de él, observaba con admiración, respeto y no sin compasión, cómo aquella dura tarea había cambiado a Robespierre. Cuando lo oyó hablar por primera vez en el club de los jacobinos, la expresión de su boca era amable, sus ojos bondadosos, la frente limpia y clara. Ahora sus labios estaban casi siempre apretados, la frente se había llenado de arrugas, los ojos, cuando no estaban cubiertos por unas gafas verdosas, tenían la mirada fija, vuelta hacia dentro; cuando Maximilien sonreía, partía el corazón; cuando, cosa que sucedía pocas veces, se reía, su risa sonaba agria y cáustica. La tarea sobrehumana de llevar cuesta arriba, por el empinado camino de la virtud, a una selecta minoría, daba a Robespierre una fuerza tremenda y echaba sobre sus hombros una carga asfixiante.

Había otro, entre los colegas radicales de Martín, por el que, desde el principio, había sentido un gran respeto, el más joven de los diputados, Antoine de Saint-Just. Apenas tenía veinticinco años, era alto y delgado. Siempre iba vestido con primorosa elegancia; un corbatín casi ridículo, por la tela y el color, rodeaba siempre su cuello alto. De él surgía un rostro ovalado de una delicadeza casi femenina; por encima de la nariz griega brillaban unos ojos grandes de un gris azulado, las cejas se dibujaban espesas, en dos grandes arcos. El pelo rubio oscuro, peinado ligeramente sobre la frente, le caía largo sobre los hombros. Saint-Just tenía unos modales tranquilos y exquisitos, sus movimientos eran controlados hasta la rigidez; pero en sus ojos enormes brillaba un salvaje fuego interior, dominado solo por una disciplina extrema y una firme razón.

Saint-Just asistía a cada sesión de la Convención, pero nunca tomaba la palabra. Aun así, llamaba la atención. Si su aspecto ya lo distinguía, más lo hacía su amistad con Robespierre; a menudo entraban juntos en la sala de sesiones, a menudo la abandonaban juntos.

Martín tuvo que sobreponerse a sí mismo para dirigir la palabra a Saint-Just. Lo hizo. Saint-Just contempló el rostro duro e inteligente de aquel hombre corpulento y tosco con calma, con desvergonzada insistencia. Solo entonces contestó, cortés, con

precisión y detenimiento. Martín sonrió radiante. Saint-Just lo aceptó.

Los dos jóvenes delegados intercambiaron visitas. Martín, al trasladarse a París, había tomado un piso en un edificio feo de un barrio feo. El elegante Saint-Just subió las escaleras desgastadas y rotas, entró en el piso atiborrado de muebles sin gusto, y Martín se sintió honrado como nunca antes en su vida.

La Convención había abolido la monarquía, pero la mayoría de los moderados no se atrevían a decidir sobre el destino personal del rey. Ahora, el pueblo exigía de forma cada vez más ruidosa que se ajustaran cuentas con Luis Capeto, como se le llamaba ahora, utilizando el nombre de su dinastía, con el tirano, con el traidor.

Para Robespierre estaba claro que Luis debía morir. Claro que la ejecución del tirano movería a los otros reyes de Europa a reforzar sus esfuerzos en la guerra, y todos los de corazón blando en la Convención y en el pueblo se lamentarían y se enfurecerían. Pero estos inconvenientes desaparecían ante los argumentos que estaban recogidos en los libros de Jean-Jacques. Luis debía morir; solo entonces los Jeans y los Jacques podrían ocupar su lugar, y Maximilien le había prometido al maestro que eso sucedería.

Con su estilo lógico, enumeró a Saint-Just todos esos motivos. Este le quitaba la palabra de la boca, se lanzaban uno a otro los argumentos, con calma, con mesura, en una profunda sintonía. Aquellos dos hombres serios, el joven, y el más joven todavía, sonrieron al comprobar lo bien que se entendían.

Viajaron a Ermenonville con el objetivo de reunir fuerzas, junto al difunto maestro, para la lucha que querían encabezar en su nombre.

Despacio, en silencio, recorrieron los jardines. Era otoño, las estatuas y templos se helaban en el desnudo parque bajo el cielo gris. Maximilien recordaba cómo había paseado con Jean-Jacques por aquellos caminos en uno de sus últimos días, cómo Jean-Jacques le había hablado de botánica, la más amable de todas las ciencias, y luego, lleno de amargura, de las personas que lo habían malinterpretado y que lo odiaban por su amor a la humanidad. Solo ahora Maximilien comprendía del todo al maestro. Quien amara de verdad a la humanidad tendría que soportar mucho odio; porque debería hacer cosas que, sin ese amor, serían incomprensibles delitos.

Habían llegado al lago. En la pequeña isla, bajo los altos, delgados y desnudos álamos, el monumento funerario los conmovió y los llenó de respeto.

Saint-Just se sentó en el banco de césped, bajo el sauce, y dejó que su amigo fuera solo, remando, hasta la isla. Con la capa olivácea agitándose a su alrededor, el sombrero en la mano, erguido y atildado, Maximilien estaba ante el altar que se recortaba en el cielo desnudo y de un gris blancuzco, en la isla pelada y otoñal. Esbelto, sin moverse, envuelto en el frío y húmedo viento, estaba allí el hombre al que la providencia había impuesto la carga de la herencia de Jean-Jacques, el rostro pálido y enjuto bajo el pelo peinado con puntilloso cuidado, vuelto hacia la piedra bajo la que descansaba el maestro.

Permanecía en pie, contenido, aunque sacudido hasta lo más profundo por la

grandeza de su misión: arrojar a Luis a la nada para que Jean-Jacques viviera. Le venían a la mente frases de una gran intransigencia que Jean-Jacques había escrito en sus obras. «En los buenos tiempos de la República de Roma, ni el Senado, ni los cónsules, ni el pueblo practicaron la misericordia». Y: «Aquel que rompa el contrato social, ya no es miembro del Estado, es un enemigo público y debe ser eliminado».

Era precisamente la delicadeza de Jean-Jacques la que lo había empujado a la intransigencia; era la lógica de su humanidad la que lo hacía tan cruelmente fuerte. Y esa dureza, nacida de la humanidad, seguía viviendo en él, en Maximilien. Sí, él actuaría en consonancia con el espíritu del delicado maestro, cuando ahora, después de que el trono milenario de Francia hubiera caído, ¡arrojara también al vacío a aquel que se había sentado en él!

De regreso a través de los jardines, hizo partícipe de sus pensamientos a Saint-Just. El amor de Jean-Jacques por la humanidad no era un mero sentimiento, era fruto de una sabia elección. Para los individuos, con sus preocupaciones particulares, Jean-Jacques había tenido la indulgencia de su «párroco de Saboya», para el Estado y sus ciudadanos, la intransigencia del *Contrato social*. No se privaba de afirmar en este lo que había negado en aquel. En esa sublime parcialidad radicaba su grandeza. Algunos filósofos y delegados, nuestros moderados, los «girondinos», volubles, tremendamente instruidos, llenos de buen gusto, veían demasiado al mismo tiempo; su talento los hacía débiles. Quien quisiera ir hacia delante debía mantener la vista al frente, sin apartarla del camino. Un exceso de filosofía debilitaba. La República necesitaba hombres que fueran fuertes gracias a su parcialidad.

Más tarde, durante el viaje de regreso, Saint-Just hizo saber a su amigo lo que le había pasado por la mente mientras estaba sentado bajo el sauce. ¿No era sorprendente que los amados restos del padre espiritual de la República descansaran allí, en soledad, bajo la vigilancia de un antiguo noble cualquiera, que se comportaba como si fueran de su propiedad? ¿No iba contra la razón y contra la dignidad de la República que el cadáver de Voltaire yaciera en el Panteón y el de Jean-Jacques en el parque de monsieur de Girardin, cerrado al pueblo?

Lo que Antoine de Saint-Just exponía era correcto, Jean-Jacques tenía derecho al Panteón, París y el pueblo tenían derecho a los restos de Jean-Jacques. Pero Maximilien tenía muy grabadas las imágenes de cuando él, quince años más joven, mil años más joven, había paseado por Ermenonville con Jean-Jacques. Para él, el recuerdo de Jean-Jacques estaría siempre ligado a esos jardines; no podía imaginar al maestro sin los árboles, las colinas, el pequeño lago.

—Tenéis razón, Antoine —dijo—. Pero sé, porque lo escuché de los propios labios de nuestro apreciado Jean-Jacques, lo mucho que él amaba los jardines de Ermenonville. París y el mundo no necesitan que se les recuerde su existencia; lo hacen cada día gracias a las victorias de los ejércitos que han nacido de sus libros y de sus pensamientos. Dejemos descansar su cuerpo bajo sus árboles, *ubi iacet*.

Saint-Just aceptó la negativa de Robespierre sin ofenderse. Pero a este le dolía

haber tenido que negarle algo a su amigo, y quería demostrarle lo mucho que lo apreciaba y respetaba.

—Voy a proponer —dijo— que en el debate de la Convención sobre el procesamiento del rey, vos habléis en nuestro nombre, Antoine.

El rostro blanco y contenido de Saint-Just se iluminó. Todo el país esperaba que fuera el propio Robespierre quien respondiera al orador de la mayoría y exigiera el proceso. Que Maximilien se lo encargara a él era una muestra de la mayor confianza. ¿Cuándo en la historia había tenido un orador un tema más grande que la exigencia de la Francia revolucionaria de eliminar al déspota traidor? El ardiente patriotismo y el ardiente orgullo del joven se unieron en una sola llama. Le había costado disciplina y voluntad escuchar en silencio durante tanto tiempo en la Convención; ahora, su admirado amigo le premiaba la paciencia.

—Si así lo deseáis, Maximilien —contestó—, hablaré. —Y al cabo de un rato añadió—: Os lo agradezco, Maximilien.

El primer discurso

El debate sobre el destino del rey empezó un nublado día de noviembre.

En nombre de la mayoría moderada habló un delegado de Vendée, Charles-Gabriel Morisson, un famoso jurista. Con aguda elocuencia y brillante lógica expuso que, a pesar del sangriento y monstruoso crimen del rey, ni las instituciones del país, ni los eternos principios de la justicia, permitían que fuera llevado ante un tribunal. Las leyes que él había vulnerado habían sido introducidas después de que cometiera su delito. La tarea de la Convención era procesar a la monarquía, no a la inviolable persona del rey. Si la República quería proteger su seguridad, debía mantener al que había sido el rey a buen recaudo o expulsarlo de Francia por la vía administrativa.

Todo el mundo esperaba que el partido de la Montaña eligiera a Robespierre para rebatir la impresionante exposición de Morisson. En lugar de eso, le fue dada la palabra a un hombre joven, prácticamente desconocido y que nunca antes había hablado, un delegado del Departamento de Aisne, Antoine de Saint-Just.

Despacio, el orador subió los nueve altos peldaños de la tribuna. Allí estaba, bajo la bandera tricolor de la República; desde su grabado, Jean-Jacques dirigía hacia él su mirada; detrás de él, en la pared, enmarcada por los símbolos del poder legítimo, por el de los haces de los lictores, una gran placa que proclamaba los derechos del hombre; dos gigantescos candelabros, con innumerables velas, iluminaban su blanco rostro.

Sin la menor timidez, Saint-Just colocó el manuscrito ante él, se arregló el corbatín, miró a los presentes en la sala, y empezó:

—Voy a demostraros, ciudadanos legisladores, que no se puede hablar de la

inmunidad a la que Morisson apela en el caso del hombre que fue rey en el pasado, y que el pueblo soberano tiene perfecto derecho a tratar a Luis Capeto del modo más acorde a su propio provecho, al beneficio del pueblo. Yo declaro, y voy a demostrarlo, que el rey debe ser contemplado y tratado como un traidor. Nuestra función no es presentar sutiles consideraciones jurídicas sobre sus actuaciones, sino luchar contra él hasta los extremos que sean necesarios.

Los delegados de los moderados quedaron agradablemente sorprendidos de que la oposición les facilitara tanto su tarea. Casi sonrieron, aquellos instruidos y hábiles oradores y escritores, al escuchar las frases con las que aquel inexperto hombre joven introducía su parlamento, con tanta seguridad; iban a poder descalificarlo sin esfuerzo y con bondadosa ironía.

—Tenemos —dijo Saint-Just— que establecer una República. Una República no se establece por medio de la jerga jurídica y legalismos de charlatanes. Un exceso de matices aplicados a la razón y un exceso de escrúpulos moralistas son cualidades que imponen muchos obstáculos a la libertad. Las generaciones futuras van a maravillarse de que el siglo dieciocho haya sido menos avanzado que el siglo de los césares. En aquel entonces se acababa con los tiranos a la luz del día, durante las sesiones del Senado, y no había más formalidades que veintitrés golpes de daga, ninguna otra ley que la libertad de Roma.

La sala del Manège tenía cabida para dos mil personas, había tres mil. Escuchaban sin apenas respirar, en la sala y en las galerías reinaba un profundo silencio, la seguridad de los moderados desapareció. Y eso que lo que ese orador exponía no era en modo alguno algo nuevo, era la conocida interpretación, falsa y violenta, que el partido de la Montaña daba a las enseñanzas de Jean-Jacques. Pero lo que era nuevo era la forma, la calma clásica con que exponía su sanguinaria exigencia. No declamaba con fuerza, como otros delegados del partido de la Montaña. Lo hacía con moderación, las crueles palabras caían frías y firmes de sus labios delicados, casi femeninos, su rostro pálido, casi transparente, no se inmutaba. Nadie podía librarse de la extraña elocuencia de aquel diputado, la ardiente frialdad del joven Saint-Just atrapó también a sus contrarios.

Martín Catrou escuchaba fascinado. Lo que su amigo Saint-Just exponía eran sus propios pensamientos, eran los pensamientos de Maximilien Robespierre: pero qué distintos sonaban, qué nuevos y qué incisivos, ahora que salían de sus labios. La lógica del corazón republicano hablaba por ellos, en ellos estaba el avance implacable e imparable de la Revolución.

—¿Debe un pueblo, en el umbral de su libertad, tener piedad para el recuerdo de sus cadenas? —preguntaba ahora Saint-Just—. ¿Qué clase de República queréis construir, ciudadanos, si el hacha tiembla en vuestras manos? ¡Los pueblos no hablan correctamente siguiendo las tesis de polvorientas pandectas, los pueblos lanzan rayos mortales, ciudadanos! El tribunal que debe condenar a Luis Capeto es un tribunal de guerra. No hay ningún camino intermedio: o bien devolvéis la corona al rey o bien le

cortáis la cabeza.

Los tres mil asistentes escuchaban sin hacer el menor ruido, miraban hechizados a aquel joven, cuyas frías palabras solo exigían una sola cosa: *La mort, la mort!* ¡La muerte, la muerte!

Estaba prohibido interrumpir a los oradores de la Convención con aplausos o protestas. Pero la gente que había en las galerías no pudo contenerse, vitoreó a Saint-Just y gritó:

—*La mort, la mort!* ¡Muerte al tirano! —exigían delirantes. El presidente se cubrió para reclamar silencio. La multitud siguió gritando. El joven levantó la mano, consiguió con facilidad lo que el presidente no había podido conseguir, se hizo el silencio.

—Este hombre —explicó Saint-Just— ha reunido tropas en secreto, ha despreciado en secreto a todos los buenos y valientes ciudadanos, manteniendo en secreto sus propios funcionarios y mensajeros. Ha considerado esclavos suyos a los ciudadanos del pueblo libre, es el responsable de los innumerables muertos que han caído en Nancy, en el campo de batalla, en las Tullerías.

Ya hacía rato que los moderados se habían dado cuenta de que su causa estaba perdida. Las palabras serenas de aquel caballero tranquilo habían sellado el destino del rey. Ay, detrás de ellos, de los moderados, estaba solo la razón y la política de Estado, detrás del partido de la Montaña y de ese joven estaba, asesino e indomeñable, el pueblo.

—¡Llevadlo ante un tribunal, ciudadanos! —concluyó Saint-Just—. ¡Enseguida! ¡Mañana mismo! ¡No dudéis! La sensatez exige una política de Estado sana. ¡Luis debe morir para que Francia viva!

—¡Muerte, muerte, muerte! —rugió la sala.

Robespierre había escuchado sin envidia cómo sus propios argumentos salían de la boca de Saint-Just. Ahora su querido amigo limpiaba de obstáculos el camino de la igualdad y la fraternidad, el camino de Jean-Jacques, para que todos pudieran caminar por él. Sintió una profunda satisfacción, como si hubiera sido él mismo quien hubiera hablado.

¡Ninguna falsa humanidad!

El país entero participó con excitación en el anunciado proceso contra el rey. La Convención se vio inundada de ruegos y amenazas; muchos se ofrecieron para morir en lugar de Luis. Se puso de manifiesto que había millones que seguían siendo fieles al rey. Con mucha más fuerza exigieron los jacobinos su muerte.

Fernando, durante ese tiempo, se encontraba casi a diario con Lepeletier. Le horrorizaba y fascinaba la crueldad imperturbable con que aquel amigo suyo llevaba

el pensamiento de la revolución hasta el extremo. La injusticia contra el individuo era una consecuencia necesaria de la gran y última justicia que era la esencia de la Revolución.

—Estoy profundamente de acuerdo con la revolución —dijo Lepeletier—, aunque yo mismo tuviera que morir por ella.

Tampoco en la gran cuestión, tan polémica, acerca de qué debía suceder ahora con el rey depuesto, permitía que las emociones lo confundieran. Fernando, por el contrario, se horrorizaba ante la perspectiva de que Luis tuviera que morir. Había visto a menudo al rey y hablado con él desde que, siendo un muchacho, le había besado la mano por primera vez, hasta el día en que, en nombre de la Asamblea Nacional, le había exigido que declarara la guerra. ¿Y acaso todo el pueblo francés, como él mismo, no estaban unidos emocionalmente a Luis? Era el último de los sesenta reyes de su casa, a lo largo de mil largos años, la historia del pueblo había estado estrechamente ligada a la de la familia Capeto. Que en Francia se hablara una sola lengua, que Francia se hubiera convertido en una nación, había que agradecerse a esa dinastía.

Lepeletier borraba con un gesto amistoso de su mano las objeciones de Fernando. Eran fruto de una falsa humanidad. Con frío sentido práctico, expuso a Fernando por qué Luis debía morir. La cuestión jurídica de si el pueblo y sus representantes tenían derecho a procesar y a ejecutar al rey podía afirmarse o negarse con argumentos igual de buenos; por lo demás, esa cuestión era irrelevante. Lo que seguía siendo importante era que, desde el punto de vista político, matar a Luis era necesario. Si se lo mantenía preso, seguiría siendo el centro de cualquier movimiento antirrepublicano, en Francia y en el extranjero.

—No se puede derrocar la monarquía —decía Lepeletier con su voz tranquila, agradable y algo aguda— y dejar con vida a su símbolo más efectivo, el rey. Ya en el momento en que derrocamos a Luis quedó decidido que tendríamos que eliminarlo. El camino entre el último paso para descender del trono y el primero para subir al patíbulo es muy corto.

Lepeletier, eso lo sabía Fernando, no sentía ninguna simpatía personal por los hombres del partido de la Montaña, por Robespierre y Saint-Just; le gustaba burlarse de su rigidez e inflexibilidad. Se sentía mucho más cómodo entre los moderados, los girondinos, esos oradores y filósofos, tan brillantes y tan ocurrentes. Pero en las cuestiones de la política práctica, los jacobinos tenían razón.

—Lo que iba a suceder con el rey —dijo— hace ya tiempo que cualquier político tendría que tenerlo claro. Nuestro Saint-Just y nuestro Robespierre lo tenían claro; nuestros amigos los moderados fueron demasiado modestos para eso. Ahora se encuentran ante el dilema de sacrificar al rey o a la república.

Después de que los representantes del pueblo, por unanimidad, hubieran juzgado culpable al rey, se debatió la cuestión de qué pena deberían imponerle.

La sesión, iniciada por la mañana, se prolongó a lo largo de todo el día y toda la

noche y una gran parte del día siguiente, y después de una pausa, otro día entero y la mayor parte de la noche. En las galerías se apretaban los más de dos mil oyentes. Damas con vestidos de gala, con las listas de los diputados en la mano, contaban los votos y ponían una cruz, tachaban y clavaban alfileres.

Los primeros en ser llamados fueron los diputados de la Alta Garona. En medio de un silencio absoluto, dijo el primero: *La mort*, la muerte. El segundo: *La mort*, la muerte. El quinto: *La mort*.

Fueron llamados los doce delegados de la Gironda, entre los que se contaban los más conocidos hombres de los moderados. Su cabecilla, Vergniaud, había explicado a sus amigos, esa misma noche anterior, que nunca votaría en favor de la muerte de Luis. Hoy declaró:

—Como hombre de Estado estuve a favor de dejar juzgar al pueblo. La Convención lo ha decidido de otro modo. Me someto. Mi conciencia está limpia. Como jurista voto: la muerte.

Uno tras otro, bajo una enorme tensión, los delegados subían a la tribuna y daban su voto, adornando su sentencia con algunas frases. Uno dijo: «La muerte en el plazo de veinticuatro horas». Otro: «La muerte, quizá demasiado tarde para salvar el honor de la Convención». El delegado Duchâtelle, muy enfermo, se hizo llevar en parihuelas hasta la tribuna, votó a favor de que el rey siguiera con vida y murió esa misma noche; lo que hizo reír a algunos. Un delegado, dormido a causa del cansancio, fue despertado para que votara, dijo somnoliento: «La mort», y siguió durmiendo.

Se hizo un gran silencio cuando el antiguo duque de Orleans, ahora llamado Philippe Égalité, primo de Luis, subió a la tribuna. Había prometido solemnemente a sus amigos abstenerse de votar. Ahora subió los empinados escalones jadeando, ridículamente parecido, en su aspecto y en sus movimientos, a su primo, y declaró:

—Aquel que vulnera la soberanía del pueblo debe morir. *La mort*.

Fernando esperaba con particular expectación cómo se comportarían sus amigos Lepeletier y Martín Catrou. Hasta el final, y contra toda razón, esperaba que Lepeletier, el hombre que le había otorgado altos cargos y solo le había mostrado amistad, no votara a favor de la muerte. Pero Lepeletier, con su voz agradable y serena, dijo:

—*La mort*.

Después de Lepeletier fueron llamados otros muchos diputados que votaron a favor de la prisión a perpetuidad o a favor de que la condena a muerte fuera sometida al criterio del pueblo y que la ejecución se aplazara. Muchos delegados, también radicales, votaron en este sentido. Los platillos de la balanza subían y bajaban en uno u otro sentido; era difícil prever el resultado.

En la Convención de la República Francesa se encontraba presente un inglés, Thomas Paine, un hombre que había contribuido de forma decisiva en la fundación de la república en América. Puesto que la corona de Luis ya yacía en el arroyo, votó a

favor de que él fuera desterrado a los Estados Unidos de América. Allí, marcado por su vergüenza y por delitos de su vida como rey, acabaría reconociendo, gracias a la constante observación de la prosperidad del pueblo americano, que el sistema de gobierno correcto no era la monarquía, sino la democracia.

Entonces, por fin, fue llamado a votar Martín Catrou. Fernando se inclinó hacia delante. Martín, con su voz clara e incisiva, dijo:

—La muerte. Sin cumplidos.

Los secretarios de la Convención contaron los votos pronunciados, se tardó un buen rato, los contaron tres veces. El aire de la sala, abarrotada de gente, era denso y estaba viciado por el humo de las estufas, de los braseros, de los miles de velas. La gente estaba inquieta, querían levantarse. Salir a la noche, tomar el aire. Pero se quedaron: temían perderse el momento del anuncio de la sentencia. Desde su relieve, Jean-Jacques miraba a los miles de personas, inquietas y expectantes, situadas por debajo de él.

Por fin, eran las dos y quince minutos de la madrugada, el presidente subió a la tribuna. Anunció: de los setecientos cuarenta y nueve miembros había veintiocho ausentes; de modo que la mayoría de los setecientos veintiuno presentes se conseguiría con trescientos sesenta y un votos. Los delegados habían votado lo siguiente: trescientos sesenta a favor de la cárcel, el destierro o el aplazamiento de la pena de muerte, trescientos sesenta y uno habían votado a favor de una muerte inmediata.

Se hizo un tremendo silencio en la sala. Así que el rey había sido condenado a muerte por un solo voto que determinaba la mayoría.

El presidente se puso el sombrero. Anunció:

—La pena, por lo tanto, que los representantes del pueblo soberano han dictado contra Luis Capeto es la muerte inmediata.

El silencio se prolongó. Algunas voces aisladas gritaron: ¡Viva la República! Pero la multitud no coreó sus gritos.

Fernando se levantó con los miembros entumecidos, se desperezó. Su pie herido le dolía. Estaba como aturdido. ¡Con un voto se había conseguido la mayoría! ¡Si su amigo Michel o su amigo Martín hubieran votado otra cosa, el rey podría seguir con vida!

Lepeletier, después de aquella sesión interminable, durmió hasta bien entrado el día. A última hora de la tarde, se dirigió al Palacio Real y entró en el *Traiteur Février*, para escuchar los comentarios de la gente, en ese restaurante de lujo, y saber qué pensaban de su actuación. Los partidarios del rey, todos moderados, e incluso algunos de los *montagnards*, habían contado con que él votara a favor de la vida de Luis. Con toda seguridad, no entenderían que hubiera preferido, sin escrúpulo alguno, sacrificar a Luis, que de todos modos ya estaba perdido, en lugar de traicionar a su propia razón. Seguro que muchos, la mayoría, al haber dependido la vida del rey de un solo voto, lo llamaban ya Judas por haber votado en favor de la República y contra el rey.

Los amigos lo saludaron cuando entró en el restaurante. Comió y charló. Algunos comentaron que era una mala suerte que su voto hubiera decidido la muerte del rey; otros alababan, con cierta exageración, su valor. Algo así había ya imaginado Lepeletier. No se quedó mucho tiempo, todavía estaba cansado de la larga sesión y se despidió de los amigos.

En los alrededores del Palacio Real muchos descontentos y perseguidos que andaban escondidos habían encontrado refugio, bajo toda clase de disfraces, en casas de amantes, de comerciantes que habían sido suministradores de la corte, entre compañeros de fatigas de toda clase. Entre esos partidarios del rey se encontraba uno de los alabarderos del rey, un tal Lepâris. Ardía en él un odio fanático, sobre todo contra el duque de Orleans, el peor de los traidores, que había arrastrado al cadalso a su primo carnal, el rey ungido. Este hombre se paseaba durante todo el día por los alrededores del Palacio Real, donde el duque vivía, con la esperanza de encontrárselo y matarlo. Pero Orleans, agotado por la tensión de la sesión, se quedó en casa durmiendo. Al llegar el crepúsculo, el alabardero Lepâris buscó en el restaurante Février a un hombre elegante y bien vestido, el duque. No lo encontró. Pero entonces vio el rostro, conocido por todo el mundo, feo y odiado de Lepeletier. También este había dejado que el rey lo cubriera de bondades para traicionarlo después. El alabardero se acercó a él cuando se disponía a pagar su cuenta en la caja, y le preguntó:

—¿Sois vos monsieur Lepeletier? —y como Lepeletier asintiera, siguió preguntando—: ¿Vos habéis votado a favor de la muerte del rey, no es cierto monsieur?

—Sí, monsieur —contestó Lepeletier—, siguiendo los dictados de mi conciencia. Pero ¿qué os importa eso a vos?

—¡Aquí tienes tu recompensa, traidor! —gritó el alabardero Lepâris, se sacó de debajo de la capa una daga y se la clavó a Lepeletier en el costado. Este murió a los pocos minutos.

También Fernando durmió hasta tarde ese día. Al atardecer salió para visitar a su amigo Michel. Encontró una gran multitud ante su casa. Oyó contar lo que había sucedido. Se quedó pálido. Entró en la casa. Vio el cadáver. Vio a uno de sus amigos comunes, el pintor Jacques-Luis David, que dibujaba al muerto. No quería comprender lo que había sucedido. Comprendió. Comprendió que el cínico, fanático y sensato Michel Lepeletier, su gran amigo, había encontrado una muerte que cerraba su vida de forma consecuente.

Fernando fue hasta la Rue Honoré, al club de los jacobinos. Martín Catrou, testarudo y triunfal, dijo:

—Fue un buen hombre tu amigo, y muerto sirve más a la República que vivo. Hasta ahora, el mártir era Luis Capeto: ahora lo es Michel Lepeletier.

Fernando comprendió lo que quería decir. Había apasionados partidarios del rey en París, decididos a morir; se esperaban grandes manifestaciones, quizá una abierta

revuelta. La muerte sin sentido del delegado del pueblo que no había hecho más que cumplir con su deber consiguió que los corazones se inclinaran hacia el muerto. Ya se hablaba en París más del súbito y trágico final de Lepeletier que de la cercana muerte del rey. Lepeletier era el mártir de la República.

Los jacobinos y los concejales de la ciudad de París aprovecharon lo sucedido, con rapidez y energía. Esa misma noche elaboraron un manifiesto. «¡Ciudadanos! Esta taimada acción no iba dirigida contra la vida de un solo hombre, iba dirigida contra toda la nación, contra la libertad, contra el pueblo soberano». Esa misma noche también, se decidió el traslado solemne del asesinado hasta el Panteón. Además, se le iba a erigir una estatua en la plaza Vendôme. Su busto debería ponerse en la Convención, al lado del busto de Bruto y de Jean-Jacques. Un barrio de París una calle, una plaza, deberían llevar su nombre, y lo mismo se haría en muchos otros municipios, grandes y pequeños, de todo el país.

El rey Luis, esa noche, se despidió de su familia. Cenó con su confesor. Después leyó el periódico el *Mercure de France*. Luego eligió, en la *Historia de Inglaterra* de Humes, el capítulo sobre la ejecución de Carlos Primero. Había empezado la traducción de ese libro, lamentaba no poder terminarla.

Había dejado sin terminar muchas cosas. En sus treinta y ocho años de vida había hecho muchas cosas superficiales y había dejado de hacer muchas necesarias. Por ejemplo, no debería haber mandado ninguna ayuda a las provincias rebeldes de América contra su pariente, el rey de Inglaterra. Y debería haber intervenido a tiempo, por ejemplo, para atajar a los herejes Voltaire y Rousseau y hacerlos inofensivos. Entonces las cosas habrían sido distintas. Había escuchado demasiado a menudo las voces de sus consejeros, que solo eran criaturas mortales, en lugar de escuchar la voz divina en su interior, y sus consejeros habían estado ciegos. La mayoría de sus nobles habían estado ciegos, deslumbrados. Habían cavado su propia tumba. Y también la suya.

Pero no quería dedicar esa última noche a pensamientos desagradables. Podía decirse a sí mismo que, ante cualquier decisión importante, se había atormentado largamente, escudriñando su conciencia, escuchando a sus consejeros, estudiando los ejemplos de la historia. Siempre había querido lo mejor, y llegaría un día en que sus franceses y el mundo futuro lo reconocerían.

Cerró los ojos. Todavía pensó en que al día siguiente no debía olvidar sacar de los bolsillos de su chaqueta el dinero que tenía, para añadirlo a los honorarios de su defensor, el valiente y leal Malesherbes. Luego se durmió. Durmió bien y con un sueño profundo.

Todo el país, todo el mundo, estuvo pendiente al día siguiente del momento en que Luis fue conducido a la Plaza de la Revolución y llevado hasta el patíbulo. Cada mínimo detalle fue apreciado, registrado, conservado. Y cuando a las diez y veintitrés minutos, el verdugo Sanson cogió por el pelo la cabeza cortada de Luis, la levantó en alto, dando la vuelta a la tarima, y la mostró al pueblo de París en las cuatro

direcciones, un grito tremendo recorrió la ciudad: ¡Viva la República! Miles se abalanzaron sobre el patíbulo peleándose para poder empapar pañuelos, bufandas y pedazos de papel en la sangre. Un hombre, enloquecido, salpicó con sangre, desde lo alto del patíbulo, las cabezas de todos cuantos estaban abajo y gritó:

—Nos amenazaron diciendo que la sangre del rey caería sobre nuestras cabezas. Yo os bautizo, yo os bautizo. Así cae su sangre sobre nuestras cabezas.

El cadáver del rey fue llevado hasta el cercano cementerio Madeleine de la Ville l'Évêque, escoltado por los gendarmes y los funcionarios del municipio de París. Allí, el cuerpo, con la cabeza entre las piernas, fue bajado, dentro de una especie de cesto, hasta el fondo de una fosa muy profunda, cuyo suelo se había cubierto con una gruesa capa de cal viva. Se derramó otra gruesa capa de cal viva sobre el cuerpo, y otra más, para que el oro de los potentados de Europa no pudiera adquirir, de los restos de Luis el Último, ni la más pequeña reliquia.

Mientras tanto, se preparaba el traslado de Lepeletier al Panteón. El pintor David, el primer artista de Francia, había recibido el encargo de organizar las honras fúnebres.

El cadáver, cuidadosamente embalsamado, fue expuesto a la vista de todo el pueblo en la plaza Vendôme. El pálido cuerpo yacía desnudo, con un paño sobre el bajo vientre, sobre una alta y lujosa cama, la herida abierta en el flanco.

Así también, en lo alto de un carruaje antiguo y lujoso, el cadáver fue llevado por las calles de París. A los pies del muerto iban dos niños de pie, sosteniendo cada uno una antorcha boca abajo. Ancianos vistiendo una toga y con palmas en las manos precedían al carruaje, muchachas jóvenes cubiertas con un velo, portando flores, lo rodeaban. Antes de que la comitiva fúnebre se pusiera en marcha, el presidente de la Convención se subió al carruaje y adornó al muerto con una corona de hojas de roble. Todos los delegados de la Convención, los miembros del club de los jacobinos, todas las sociedades patrióticas y las secciones de la ciudad de París participaron en el cortejo. Por todas partes había banderas enlutadas, tambores en sordina. Las ropas ensangrentadas de Lepeletier también eran trasladadas con el cuerpo. Enormes tableros alababan las obras y gestas del asesinado, su código penal, su libro *La educación gratuita para todos*, las muchas leyes que llevaban su nombre. Otros tableros aún más grandes mostraban a los parisienses, en letras gigantes, las últimas palabras que Lepeletier habría pronunciado: «Gustoso derramo mi sangre por la patria. La sangre de los patriotas es la semilla de la libertad». Y tremendo, por encima de todo, triunfal y triste, se alzaba, sobre la cama mortuoria, el cadáver, cuya herida abierta hablaba más alto que todas las palabras escritas, cantadas o pronunciadas.

Fernando esperaba a la comitiva cerca del Panteón.

Se sentía lleno de conocimiento, amargura y tristeza. También esta muerte, como la del rey, era una consecuencia de los pensamientos de Jean-Jacques. Cuántas observaciones inteligentes, resignadas, escépticas y, aun así, optimistas habría hecho Lepeletier sobre su propia muerte. Había sido en verdad un librepensador, un

enemigo de los moralismos, un discípulo muy humano de Lucrecio y de Jean-Jacques. En los oídos de Fernando y en su corazón oía la agradable voz de Michel cuando afirmaba tranquilo: «Estoy de acuerdo con la Revolución, aunque yo mismo tenga que morir por ella». Bajo qué patético disfraz habían querido encajonar sus sencillas palabras. Cómo se habría reído Lapeletier de sus jacobinos, que ahora lo celebraban como a Bruto y como a un mártir y un héroe virtuoso.

¡Cuántos malentendidos en todas partes en torno a Jean-Jacques y a su obra! ¡Cuántas mentiras! Qué último camino increíble, trágico, heroico, engañoso y grotesco recorría en nombre de Jean-Jacques su querido amigo Michel. Pero él no habría rechazado recorrerlo. Porque los errores y las mentiras que lo rodeaban generaban vida.

La comitiva había llegado ante el Panteón. El coro de la Gran Ópera cantó un himno en honor del muerto. El cadáver fue metido en un féretro y bajado con toda solemnidad al interior del Panteón, junto al cadáver de Voltaire.

La terreur! La terreur!

Girardin, cuando supo de la ejecución del rey, se estremeció. El día que sucedió ese horror, se encerró en su habitación de trabajo; no comió, no pudo ver a ninguna persona.

Para tranquilizarse, cogió los libros de Jean-Jacques y leyó sus sueños solitarios y melancólicos. Se serenó. En medio de aquel mar de locura y crueldad, su Ermenonville seguía siendo una isla de sabiduría y de paz. Aquí estaba la naturaleza de Jean-Jacques, aquí descansaban sus sagrados restos.

Pero pronto se sintió invadido de nuevo por la ira que le causaba el asesinato del rey. Y aquel suceso cruel lo siguió reconcomiendo. Durante días osciló entre una profunda aflicción y una salvaje ira impotente, para volver a caer en una desesperada tristeza. Pero mantuvo encerrado en su interior el rencor y la preocupación, y resistió los tenaces intentos de monsieur Gerber de hacerlo hablar.

Solo cuando llegó Fernando dejó que sus lamentos y su furiosa decepción se concretaran en palabras. Y en cuanto pudo abandonarse ante su hijo, a su iracunda protesta sobre aquella gran injusticia se mezcló el enojo grotesco causado por toda clase de extravagancias que atribuía a los revolucionarios y que, comparadas con aquel monumental crimen, eran de poca monta, pero que a él lo alteraban de igual modo. Cuando el populacho destruyó las estatuas de los reyes, ¿no habría podido respetar por lo menos el monumento a Enrique IV, al que el propio pueblo llamaba «el Bueno» y que había fundado Ermenonville?

Y fue entonces, por fin, cuando también contó al hijo la humillación que había sufrido cuando Robespierre y Saint-Just visitaron la tumba de Jean-Jacques. Él había

considerado su deber invitarlos a comer; pero ellos habían rechazado su invitación con desprecio y malos modos. No había hablado a nadie de esa humillación, pero no la había olvidado y ahora desahogaba su ira. Una cosa era que los jacobinos visitaran los lugares donde descansaba Jean-Jacques, pero ¿tenían que ofenderlo tan groseramente a él, el protector de la tumba?

Luego volvió a las grandes cuestiones y se lamentó con grandes palabras.

Fernando lo escuchó con simpatía, sin interrumpirlo. Solo al cabo de un rato empezó a defender con objetividad a los hombres de la Convención. Era cierto que muchos eran engreídos, groseros, violentos, pero también su rechazo por la tiranía y su afán por ayudar a los oprimidos era auténtico y estaba fuera de toda duda. A los grandes delitos de los jacobinos había que oponer la grandeza de sus méritos. Los privilegios habían sido abolidos, la desigualdad había terminado, el Estado del pueblo, la República, era una realidad.

Girardin siguió protestando. La razón de los pocos líderes dotados se veía superada por la demagogia grandilocuente. Quien de verdad gobernaba eran las calles de París, era la masa, es decir: la estupidez. Porque, como le gustaba repetir a su querida amiga, madame Roland: cuanto mayor es la masa, más largas las orejas.

Pero entonces intervino también monsieur Gerber. El señor marqués tenía razón: muchas de las cosas que sucedían podían parecer arbitrarias, estúpidas, duras, crueles. Pero si se contemplaban los acontecimientos del último año en su conjunto, había que reconocer con alegría, que la humanidad, a pesar de todo, avanzaba de acuerdo con las de un gran y positivo imperativo.

—Es la doctrina de Jean-Jacques la que está detrás de la Revolución —exclamó, y añadió—: ¡No permitáis que la dureza y la amargura de la revolución os hagan perder la fe en Jean-Jacques, señores! —los conjuró con ojos brillantes y visionarios. Los otros dos callaron. Casi consternados, comprobaron cuánto se parecía monsieur Gerber, aunque más joven, al difunto maestro.

Sucedió lo que todos habían vaticinado. Los aliados, después de la ejecución del rey, mandaron nuevos ejércitos y más numerosos, contra sus asesinos. Los ejércitos de la República fueron rechazados. De nuevo el enemigo estaba en el país.

Pero esta vez la Convención decidió:

—Vamos a reclutar hombres en masa. Vamos a poner a todos los ciudadanos al servicio del ejército.

Las palabras elevadas y cargadas de patriotismo en las que se envolvió la ley del servicio militar obligatorio soliviantaron a Girardin. Pero luego tuvo que comprobar, con creciente indignación, las medidas tan duras de que echaban mano los dictadores parisienses para reunir a los reclutas. Arrebataban los bienes a aquellos que no se presentaban, encarcelaban a sus padres, cargaban con multas a los municipios que no entregaban a los desertores. Y entonces asaltaron a Girardin, con toda mordacidad, todas las dudas que a la vista de semejante ley y de su ejecución tenían que hacer presa de un fiel discípulo de Jean-Jacques. ¿No había enseñado Jean-Jacques que «el

gobierno no podía ordenar al individuo que se sacrificara por el bien de las masas si él no quería»? ¿Eran esos los derechos del hombre?

Fernando también defendió la nueva ley. Si su padre citaba a Jean-Jacques, con el mismo derecho podían hacerlo los que habían creado el servicio militar obligatorio. Porque, ¿no había enseñado también Jean-Jacques que «la injusticia, cometida en provecho de la humanidad, se convertía en justicia»? Y como Fernando se daba cuenta de que su padre, a pesar de gruñir y refunfuñar con desaprobación, gozaba en secreto del osado atrevimiento de la Convención, siguió diciendo:

—Somos más valientes de lo que fueron los americanos en su momento. También el general Washington exigió, cuando su recién conseguida libertad estaba en peligro, la introducción del servicio militar obligatorio, pero su Congreso no lo autorizó. Es a nosotros a quien nos ha sido reservado hacer realidad el sueño de todo republicano: todo un pueblo, por la fuerza y por la razón, convertido en una unidad de lucha en la guerra por la libertad.

Su padre, pensó en su corazón: para mí es más difícil que para mi hijo ser justo con este nuevo ejército. Él no ha tenido que pasar por mis amargas experiencias personales. Él no sabe que esta nueva Francia los llama a todos, pero a nosotros, sus fieles hijos, nos excluye. Porque aún no le había dicho a Fernando que, en su momento, el ejército lo había rechazado.

Se equivocaba: Fernando había sufrido la misma experiencia. Fernando, apelando a su experiencia en la guerra, se había presentado para ocupar una plaza de oficial de bajo rango y también él había sido rechazado. Y al igual que su padre, se había callado aquella vergonzosa experiencia.

Allí estaban, sentados uno frente a otro, valorando los méritos e indignidades del nuevo ejército, ambos llenos de la amargura causada por el rechazo, ambos esforzándose en olvidar su descontento y en pensar solo en el asunto.

Aunque Fernando no mostrara ninguna objeción al servicio militar obligatorio en la conversación con su padre, no ocultó sus dudas ante su amigo Martín Catrou. Eran dudas propias de un militar experto. ¿Iban a poderse integrar los nuevos contingentes sin entrenamiento en el antiguo ejército? ¿Iban a ser capaces los reclutas, mal instruidos o sin instrucción alguna, de resistir a los disciplinados soldados de los aliados?

Llegaron también desastrosas noticias del frente. Los nuevos soldados se lanzaban cantando y con entusiasmo a la batalla, pero cuando empezaba el fuego de la artillería, huían, presa del pánico. Una derrota sucedía a otra. El ejército del norte fue barrido de golpe; de nuevo la capital estaba amenazada. Además, una gran parte del país se rebelaba contra el reclutamiento obligatorio. La Vendée, la mitad del sur, estaban en abierta sublevación.

Martín Catrou tampoco esta vez perdió la calma. De nuevo, en las nuevas derrotas no quería ver otra cosa que una fiebre que resultaría curativa. Ahora iba a expurgarse lo inútil, ahora el pueblo iba a soldarse en una verdadera unidad.

—La victoria final es nuestra con toda certeza —aseguraba una y otra vez—. El ejército del pueblo vencerá a los ejércitos unidos de los reyes. No es una fe ciega, es conocimiento matemático. Tienes que estar de acuerdo, Fernando. Los tiranos solo trabajan para sí mismos, de un día para otro; la República, y solo ella, es capaz de desarrollar y ejecutar planes a largo plazo. Y nuestros soldados son criaturas racionales, saben que está en juego su libertad y su felicidad; los que se enfrentan a ellos son pobres locos, medio animales, que luchan para poder conservar sus cadenas.

Se movía con dificultad por entre los muebles que abarrotaban su salón.

—Lo que le ha faltado a la Revolución —anunció— ha sido el impulso, el genio, la necesidad de ser más que grande. La auténtica heroicidad solo surge de la desesperación. Solo ahora que la República lucha por su existencia demostrará de qué es capaz. —Lanzaba sus frases con fuerza, con su voz clara; su frente, en la pasión del discurso, se llenaba de manchas rojas. La viuda Catrou y Jeanne estaban sentadas con ellos y escuchaban, la vieja cloqueando con satisfacción, Jeanne con el rostro arrobado.

—Tengo cosas que hacer —se interrumpió de pronto Martín, y se sentó ante sus papeles. Hizo notar a Fernando que consideraba tiempo perdido explicarle a él, el pusilánime, el esplendor y la grandeza de la República.

Realmente no tenía ni un minuto que perder. La Convención, trabajaba con premura, incansable, y Martín era miembro de muchos comités. La República, aunque enredada en la lucha por su supervivencia, realizaba también, con encarnizado celo, numerosas reformas pacíficas, grandes y pequeñas. Creaba una constitución sin compromisos. Introducía en el trato oficial y en el trato entre los ciudadanos el tuteo fraternal. Decretaba el apoyo estatal a los indigentes, la escolarización gratuita, el derecho unificado para todo el país, la indemnización para acusados inocentes. Creó unidades de medida y de peso unificadas y comprensibles. Introdujo el telégrafo y muchas otras novedades técnicas. Construyó institutos científicos. Levantó siete grandes museos, uno de ellos el Museo de la Nación, dedicado a la conmemoración de la historia y la ciencia francesa, otro, el Museo del Louvre, destinado a obras de arte del mundo entero.

Martín permitía que de vez en cuando Fernando asistiera a las sesiones de sus comités, y más que los discursos fanáticos de Martín, convencieron a Fernando de la fuerza de la República los resultados del trabajo de esos comités. Dentro del plazo prescrito, muy corto, y al mismo tiempo con gran circunspección, se trabajaron los proyectos de ley. No se empleaba ninguna palabra superflua, con fría pasión se sopesaban argumentos y contra-argumentos. Y así también trabajaba la Convención. Debatía y proclamaba leyes con apresurada energía, destinadas a cambiar, en la línea de Jean-Jacques, la estructura del Estado y la vida de cada ciudadano en el futuro. Y lo sorprendente era que esas leyes eran una realidad vívida desde el momento en que llevaban la firma y el sello.

Los nuevos señores eran brutales, inhumanos; pero Fernando tenía que

reconocerles que nunca, desde que la historia se escribía, un número tan reducido de hombres habían arrastrado en tan poco tiempo a tantos millones tan lejos y tan adelante en el camino de la razón.

Con la misma brutalidad, consciente de su objetivo, dirigían la guerra la Convención, el ejército y el pueblo. Se mandaron comisarios políticos a las tropas que luchaban, para examinar a fondo la virtud republicana de sus dirigentes. Más generales fueron destituidos, se llevaron a cabo nuevas ejecuciones. Quedaron en su cargo tan solo aquellos comandantes que unían a sus aptitudes militares la fiabilidad revolucionaria. Los aliados se habían alegrado demasiado pronto. El ejército del pueblo no les dio más cuartel. Se tambaleaba en la batalla, pero se mantuvo en pie.

También se tomaron nuevas medidas contra los enemigos internos.

—En la República —anunció Robespierre—, aquel que no es republicano es el forastero, el enemigo. No goza de la protección de la sociedad. Esa protección, la República la debe solo a los ciudadanos que le son leales. A los enemigos del pueblo les corresponde la muerte y la destrucción. Eso enseña Jean-Jacques. La revolución ha dado paso a la guerra, y en la guerra es válido proclamar el rigor, el dominio del terror. En la guerra, el terror es un atributo necesario de la virtud, estaría indefensa sin él. ¿Pero qué es el terror? No es otra cosa que la justicia rápida, estricta, inflexible.

En consecuencia, se aprobaron leyes aún más duras contra los «sospechosos» y se organizaron tribunales de justicia con extraordinarios plenos poderes, tribunales de justicia populares, tribunales de la revolución, para investigar a los sospechosos y castigar, con una dureza nunca antes vista, a los enemigos de la madre patria.

El cerebro de Fernando comprendía y aprobaba un dominio tan férreo de la razón de Estado, su corazón lo rechazaba. Atraído y asqueado, veía el rostro de Jano del pueblo, una cara bondadosa y llena de natural sabiduría, la otra dura y cruel. Él amaba y admiraba la grandeza y la bondad de corazón del pueblo, despreciaba su brutalidad.

Asistió a una sesión del tribunal de la revolución de París. Allí estaban sentados, en una sobria sala, con ropas de diario, los quince miembros del jurado, ciudadanos de París, trabajadores, artistas, artesanos, tenderos. En una pequeña tribuna, ante una mesa verde, estaban los tres jueces; llevaban los distintivos de su dignidad, el sombrero de plumas con la escarapela y, cruzada sobre el pecho, la cinta tricolor con la pesada medalla de plata. Sobre sus cabezas, un tablón proclamaba los derechos del hombre, desde el lado derecho del tablero miraba a la sala un busto de Lepeletier, desde la izquierda, un busto de Jean-Jacques.

En un sillón cómodo, aunque muy desgastado, se sentaba el acusado, no lo acompañaba ningún vigilante, pero estaban cerca los miembros de la guardia nacional.

El acusado era un tal Ménil-Clermont, un hombre de la baja nobleza. Poco después de la toma de la Bastilla había abandonado el país, pero había regresado antes del plazo previsto por la ley, al parecer, para no perder sus bienes. Pero ahora, la

«ley contra los sospechosos» había impuesto una nueva investigación a todos aquellos que habían emigrado.

Apareció como testigo, en primer lugar, el sastre Granval. Declaró que el acusado, en el café El Álamo de la Libertad, había proferido manifestaciones blasfemas contra la República y la Convención; él lo había oído con toda claridad, desde la mesa vecina. El acusado lo negó y aseguró su virtud republicana. Con el sastre Granval, añadió, había tenido tiempo atrás una discusión a causa de un frac de color violeta que le había cortado el ciudadano Granval y que había querido cobrarle demasiado caro. Un segundo testigo declaró que el acusado había intentado convencerlo para que le vendiera unos terrenos, ofreciéndole dinero inglés. El ciudadano Ménil-Clermont contestó que no era él quien le había ofrecido dinero inglés, sino que el otro había exigido que el pago se hiciera en moneda inglesa. El asunto no estaba nada claro. Lo que sí era cierto, es que el acusado, en su momento, había emigrado a Inglaterra; con toda probabilidad había transferido allí parte de su riqueza.

El fiscal declaró con grandes palabras que los delitos de Ménil-Clermont, sus tendencias monárquicas y sus relaciones prohibidas con el enemigo, habían sido probados, y exigió que el acusado fuera condenado a cuatro años de prisión por ofensas a la República, y a dos penas de muerte por dos casos de conspiración con el enemigo. Los miembros del jurado debatieron largamente antes de declarar culpable al ciudadano Ménil-Clermont. Fue condenado a muerte.

Fernando no podía olvidar la lamentable historia de Ménil-Clermont. Los hombres que lo habían condenado, esos ciudadanos Dupont y Durant, eran con toda probabilidad, en sus vidas cotidianas, gente bondadosa, con la que se podía hablar; pero en realidad, los que lo habían mandado a la guillotina no eran los ciudadanos Dupont y Durant, porque por su boca hablaba la República. La República estaba en guerra, la República se distinguía con medios mortales del resto del mundo común, que estaba esclavizado y entregado al vicio, la República eliminaba a aquel que mantuviera relaciones con ese mundo.

Y los miembros del tribunal de la revolución mataban, los comisarios políticos del ejército mataban, los miembros de la Convención mataban, todos ellos mataban en nombre de Jean-Jacques, honestamente convencidos de estar haciendo realidad sus enseñanzas. Y lo más desconcertante era que tenían motivos para tomarlo como referente.

Fernando se enteró del encuentro de Robespierre con Jean-Jacques porque Martín se lo contó.

Así que también ese Robespierre, que era más poderoso en Francia de lo que jamás lo fue ningún rey, y a quien Fernando no sabía si admirar u odiar, podía llamarse amigo y discípulo de Jean-Jacques.

¿A quién habría reconocido Jean-Jacques como mejor discípulo, a él, a Fernando, o a Maximilien Robespierre?

Los sospechosos

Monsieur Robinet, que a lo largo de su vida había demostrado ser un hombre valiente en muchos peligros, vivía ahora en un constante temor; y es que el peligrosísimo soñador fanático que se había erigido en dictador, ese Maximilien Robespierre, se revelaba como un déspota más violento de lo que jamás hubiera sido ningún rey de Francia: atacaba la sacrosanta propiedad.

—No permitiremos —anunciaba aquel loco sediento de sangre— que los privilegios de los nobles sean sustituidos por los privilegios de los ricos. Toda nuestra libertad y nuestra igualdad será mentira si todas nuestras leyes e instituciones no tienen como objetivo poner fin a la injusta distribución de los bienes.

Luego, por supuesto, aseguraba, a modo de consuelo:

—No tengáis miedo, almas inmundas que solo respetáis el dinero, no tocaré vuestros tesoros.

Pero aquel loable propósito lo olvidaba el lunático tirano al día siguiente, y entre el aplauso jubiloso de los jacobinos gritaba al país citas de aquel otro loco que estaba enterrado allí, en Ermenonville.

—Cuando en una democracia unos pocos poseen mucho más que la media de los ciudadanos, el Estado, o bien se hunde o deja de ser una democracia. —Y comentaba —: Los derechos del hombre deben complementarse con reglamentaciones restrictivas sobre la propiedad; de otro modo, esos derechos serán solo para los ricos, para los especuladores y los usureros de la bolsa.

Monsieur Robinet se sintió como si Robespierre dirigiera esas palabras contra él personalmente, como si lo señalara con el dedo, a él, que era un viejo inofensivo. Temía por su vida, a la que apreciaba mucho a sus setenta y cinco años, y todavía sentía más miedo por Gilberte, la viuda de un miembro de la alta aristocracia que había luchado contra la República. No volvió a dejarse ver por París, vivía solo con Gilberte y la niña, retirado en la casa de jardinero del castillo Latour, comportándose como un viejo campesino.

Lo que más le habría gustado habría sido coger a Gilberte y a la niña, ese mismo día, y cruzar la frontera, hacia España.

Pero Gilberte se negaba. Quizá las cosas eran como decía su abuelo y estaban en peligro; pero en lo más profundo de su interior estaba segura de que todo terminaría bien. También Fernando creía que no debía dejar crecer a la niña, bajo ningún concepto, en compañía de los hijos de los aristócratas emigrantes; Marie-Sidonia debía ser educada para llevar una vida buena y sensata. ¿Y acaso pensaba Fernando en huir, a quien la ley contra los sospechosos amenazaba casi tanto como a ella misma? Se daba cuenta de lo mucho que él sufría bajo la desmesura y la injusticia que reinaba a su alrededor. Su rostro tenía profundas arrugas, y a ella incluso le parecía que cojeaba más que antes. Pero no manifestaba ninguna duda en voz alta, celebraba con palabras grandilocuentes y adolescentes la suerte de vivir en aquellos

tiempos.

Girardin iba a menudo a Latour, y Robinet iba a menudo a Ermenonville. Robinet consideraba peligroso el trato con un antiguo noble sospechoso, Girardin se enfadaba porque Robinet, por miedo, estaba dejando que el castillo Latour fuera decayendo, cada uno encontraba al otro insoportable y quisquilloso. Pero se reunían una y otra vez.

Allí se sentaban, viejos, solos, descontentos. Robinet despotricaba diciendo que los filósofos tenían la culpa de todo. Girardin reprochaba con mordacidad a los codiciosos hombres de dinero que hubieran llevado a Francia a la desgracia, puesto que cuando aún habría sido posible, habían impedido las reformas necesarias. En lo que sí estaban de acuerdo era en que ningún dominio de los curas ni de los cortesanos había sido jamás tan terrible como ese del pueblo.

Robinet decía con rabia que aquel disparate no podía durar mucho más. En París ahora ya solo podían salir adelante con empréstitos forzosos. Era impensable que un régimen que sacudía la viga central de una sociedad, la propiedad privada, pudiera mantenerse. En pocas semanas los ejércitos de los aliados entrarían en París y caería el telón sobre aquella grotesca mascarada.

¿Grotesca mascarada?, dijo Girardin. Monsieur Robinet iba demasiado lejos, había que reconocer que aquellos hombres eran unos bárbaros; pero había algo de la grandeza de la Antigüedad en aquel modo de negarse a aceptar ninguna derrota, en su empeño por proclamar leyes cada vez más duras y atacar al enemigo de forma cada vez más osada.

—¿De la grandeza de la Antigüedad? —se burló monsieur Robinet—. Os digo, señor marqués, que esto es una locura. Vuestros supuestos héroes de la Antigüedad deberían estar en el manicomio.

Pero entonces Girardin se levantó, dirigió el bastón contra monsieur Robinet, y contestó:

—Y yo os digo a vos, Monsieur Robinet, que tengo respeto por eso que vos gustáis de calificar de locura. Yo lo llamo coraje, patriotismo.

Robinet meneó la cabeza ante el viejo asno.

Aún más inquietante le resultaba el joven Girardin, ese Fernando, que como si hubiera echado raíces se mantenía aferrado a la casa que ardía por los cuatro costados y que además tenía la culpa de que su Gilberte tampoco quisiera moverse de allí. Cuando alguien se rebelaba con tanta energía contra su propio bienestar, atraía necesariamente la desgracia sobre su cabeza.

De nuevo, monsieur Robinet tenía razón.

Y es que en Senlis, en lugar del tratable Leblanc, habían puesto a un nuevo alcalde, un tal Vincent Huret, un enérgico y fanático revolucionario. Le indignaba que se considerara patriotas a los Girardin, esos cortesanos empedernidos al servicio de los tiranos, cuando, según la ley, eran, sin duda alguna, sospechosos. Un montón de antiguos nobles se daban cita en Ermenonville, y, con toda seguridad, su único

objetivo era conspirar contra la República. El ciudadano Huret puso una denuncia contra los Girardin ante la comisión de seguridad de París.

Puesto que Huret no hacía ningún secreto de su acto patriótico, monsieur Robinet se enteró también de la desgracia que se cernía sobre ellos. Sintió una minúscula satisfacción y, en medio de tanto miedo y preocupación, una leve esperanza. Ahora los Girardin iban a recuperar la sensatez y cruzarían la frontera, y entonces podría convencer a Gilberte para que también huyeran.

Se apresuró a ir con Gilberte a Ermenonville. Informó. Aconsejó a los Girardin que huyeran de inmediato, los apremió; tenía gente de confianza en los Pirineos que los ayudarían a cruzar a España. Pero:

—Veis fantasmas, monsieur —dijo muy altanero Girardin—. ¿Creéis en serio que la República haría algo al hombre que ofreció su último techo a su creador?

Y a pesar de su impasibilidad, Robinet no tuvo corazón para decir al viejo loco que aquellos rumores que lo implicaban en la oscura muerte de Jean-Jacques habían vuelto a tomar fuerza, incrementando el peligro. Solo dijo:

—Ese Huret tiene prestigio en París. La denuncia se estudiará, eso es seguro. Y una vez se entra en la noria, no es tan fácil salir de ella. ¡Sed razonable!

Fernando supo que de nuevo, como en el pasado, lo que Robinet decía tenía sentido y que deberían marcharse. Pero todo en él se rebelaba contra esa decisión. Había invertido tanto de su vida para contribuir a la fundación de la nueva Francia; no podía huir ante la República, ante su República. Sería una derrota, un derrumbamiento; su vida quedaría envenenada para siempre.

—¡Habla tú con tu padre, Fernando! —le rogó Gilberte—. Tú sabes que si se empeñan, pueden atrapar a cualquiera con esa nueva ley.

Así era, Fernando lo reconocía. ¿Pero no estaba aún más amenazada Gilberte?

—Un antiguo arrendatario general —desafió entonces a Robinet— es igual de sospechoso que un antiguo marqués, y aún lo es más la esposa del emigrante Courcelles. ¡Poned a Gilberte a salvo! —exigió con impetuosidad.

—¿Y tú? —preguntó abiertamente Gilberte.

Fernando, con algo de esfuerzo, le explicó:

—Yo no debo irme. Tengo una tarea aquí. Debo demostrar que no somos cobardes. ¡Debo demostrárselo a gente muy concreta! —y pensaba en Martín.

Con dolorosa claridad se dio cuenta del dilema de su situación. No amaba a la República menos que Martín o que Saint-Just o que aquel nuevo alcalde de Senlis. Pero a él no le había sido concedido servirla. El ejército lo rechazaba, el gobierno lo rechazaba, era un «sospechoso». Y a pesar de todo entendía la desconfianza generalizada, la aplaudía.

—Creo en el pueblo y en su juicio —dijo, aunque se dirigía más a Gilberte que a los demás—. No voy a huir y reforzar así esa injusta desconfianza.

Robinet, desesperado, trató de convencerlo.

—¿Qué clase de juicio esperáis de la chusma? Esa gente sabe que mañana o

pasado mañana van a colgar de una bien merecida horca. Han perdido el control y dan rienda suelta a su enloquecida rabia contra cualquier persona decente. ¡Hombre! ¡Fernando! ¡Señor conde! ¡Un poco de sensatez! ¡Marchaos a España! ¡No os arrojéis vos mismo a vuestra propia perdición!

Gilberte no dijo nada más. Pero sus ojos, llenos de miedo, no abandonaban a Fernando. Él, en voz baja, atormentado, casi contra su voluntad, pero con amarga resolución, repitió lo que su amigo Michel Lepeletier había dicho:

—La revolución tendrá razón aunque me mate a mí.

Dos días después se presentó en el castillo el alcalde de Ermenonville y el procurador con algunos gendarmes. Incómodos, comunicaron al boquiabierto mayordomo que querían hablar personalmente con el dueño de las tierras y de todo aquello y con el ciudadano Girardin hijo. El mayordomo dijo:

—Voy a anunciarlos, messieurs —y acudió a Girardin.

Este, tras un primer momento de profunda consternación, se dominó, se vistió con esmero, hizo esperar a las autoridades. Por fin se dirigió al vestíbulo, el bastón con la empuñadura de oro en una mano, en la otra un ejemplar del *Contrato social*.

—Buenos días messieurs —dijo cortés—. ¿En qué puedo servirlos?

—Un asunto desagradable, ciudadano Girardin —dijo el alcalde—, una situación penosa. ¿No querriais vos...? —se volvió hacia el procurador. Este, haciendo un esfuerzo, explicó con forzada oficialidad, que se trataba de una disposición de la comisión de seguridad de París. Puesto que en varias ocasiones habían visitado Ermenonville diversos sospechosos y no se descartaba que no estuvieran allí escondidos, ellos, el alcalde y el procurador, debían efectuar un registro en el castillo. Por lo demás, debían asegurarse sobre las personas de ambos Girardin, ya que existían dudas sobre su lealtad y su permanencia y sus actividades descontroladas suponían un peligro para el bienestar público.

—Sí, seguro —ironizó con amargura Girardin—. Tengo escondido en mi sótano a todo un ejército de monárquicos para caer sobre el país en el momento oportuno. ¡Mi casa sospechosa! —estalló—. ¡Mi casa, el hogar de Jean-Jacques! ¡Mi casa, que en todo momento ha estado abierta y es tan transparente como un farol! ¡Investigad, messieurs! ¡Haced vuestro trabajo!

Los funcionarios y gendarmes se quedaron allí de pie, como estúpidos.

—¿Qué queréis que hagamos, respetado ciudadano Girardin? —se disculpó el alcalde—. Obedecemos órdenes.

Girardin no lo escuchaba.

—¡Yo, sospechoso! —siguió diciendo, y en su voz había tanto dolor, que los funcionarios se sintieron como delincuentes—. ¡Que yo conspiro contra el bienestar público! Miren aquí, señores míos, lo que mi gran amigo Jean-Jacques enseñó acerca de lo que vos llamáis el bienestar público. —Abrió su *Contrato social* y leyó—: ¡Lo que toda esa palabrería acerca del bienestar público ha provocado! ¡Cuántas injusticias lo han utilizado como excusa! —puso el libro bajo las narices de los

funcionarios.

El procurador, defendiéndose, sacó de la manga la orden de la comisión de seguridad.

—Convenceos vos mismo, ciudadano —ordenó a Girardin—. Aquí está la orden. «Para su ejecución inmediata», dice aquí, y además subrayado. Así que tenemos que ejecutarla de inmediato.

Con la mirada ausente, Girardin vio el sello de la República; rodeada de las palabras «Libertad, Igualdad, Fraternidad» triunfaba la diosa de la libertad.

—Ya sé, messieurs, que sois inocentes —dijo con tristeza—. Pero —se irguió y dirigió su bastón hacia los funcionarios— comunicad a aquellos que os lo han ordenado: de la virtud ciudadana de un hombre que ofreció su último techo al autor del *Contrato social*, de la virtud ciudadana de semejante hombre solo pueden dudar los que sí son malos ciudadanos.

Los funcionarios registraron la casa, muy por encima, y redactaron un protocolo en el que se decía que no habían encontrado nada sospechoso. Luego dejaron a algunos gendarmes allí y comunicaron a París que el municipio de Ermenonville, según las instrucciones recibidas, retenía a los ciudadanos Girardin padre e hijo, y que estos estaban a disposición de la comisión de seguridad.

QUINTA PARTE

LA GLORIFICACIÓN DE JEAN-JACQUES

Napoleón, en Ermenonville, a Fernando de Girardin: Quizá habría sido mejor para el mundo que Jean-Jacques no hubiera existido nunca. Fernando: Pero, sire, entonces no habría tenido lugar la revolución, entonces vos no seríais emperador de los franceses. Napoleón: Quizá habría sido mejor que yo tampoco existiera.

GIRARDIN

La victoria de la burguesía fue entonces la victoria de un nuevo orden social, la victoria de la propiedad burguesa sobre la feudal [...], de la ilustración sobre las supersticiones [...], de la industria sobre la heroica pereza, de los derechos ciudadanos sobre los privilegios medievales.

KARL MARX

La Bourbe

MIENTRAS que Girardin pudo quedarse, bajo una estricta vigilancia, en el castillo de Ermenonville, Fernando fue trasladado a París y encerrado en una prisión preventiva que llevaba el nombre oficial de Port-Libre; el pueblo la conocía por el nombre del barrio en donde se encontraba, La Bourbe, el lodazal. Fernando fue llevado a su interior por la Escalera Jean-Jacques Rousseau, y estuvo a punto de reírse del hecho que una escalera con ese nombre lo condujera a la cárcel.

El trato que recibían los reclusos de La Bourbe no era malo. En cada planta había colgado un decreto de la República, una e indivisible, que proclamaba que los presos, mientras no fueran condenados, tenían el mismo derecho a un trato humano que los demás ciudadanos, y el municipio de París, que era responsable de la administración de las cárceles, se tomaba en serio estas palabras. Todo aquel enorme edificio, con sus dos alas, al contrario de la mayoría de las casas de París, que habían sufrido durante las luchas, estaba bien conservado y bien caldeado; se encontraba en medio de un amplio jardín y ofrecía hermosas vistas sobre el observatorio y el campo abierto. Los reclusos gozaban de toda la libertad que era posible en el interior de sus muros. También se les permitía ejercer su oficio; allí había sastres, peluqueros, dibujantes, zapateros, relojeros. Si alguno de los reclusos tenía una queja, el primer conserje, el ciudadano Haly, lo escuchaba con paciencia y trataba de buscar una solución.

Fernando compartía su dormitorio en la sección Égalité con otros siete presos. Lo ayudaron desde el primer momento, auxiliándolo en pequeñas cosas, le aconsejaron mejorar las comidas, aunque no eran malas, con alimentos que se hiciera mandar de casa. Le indicaron la enorme pata de carnero cruda que colgaba de la ventana.

Se había encerrado en La Bourbe a presos preventivos de la más diversa índole, miembros de la alta aristocracia y mendigos, monárquicos y demócratas. Una gran parte de ellos era gente sin relevancia, que había sido detenida en algún lugar, pero muchos eran personalidades relevantes, de cierta posición en París y en todo el país, y algunos eran hombres cuya obra era conocida en el mundo entero. A Fernando le daba vueltas la cabeza ante tal bombardeo de nombres y tenía la sensación de que eran miles los que estaban allí encerrados. Pero cuando le preguntó al conserje Haly cuántos presos había allí, oyó su respuesta con sorpresa:

—Hoy sois quinientas diecisiete cabezas.

Aquel pequeño mundo era ruidoso, pintoresco, variado hasta la confusión. Estaba el charlatán insustancial Boivin, que aseguraba a todo el mundo, de forma confidencial, que él era un monárquico en secreto, pero que los funcionarios eran tan estúpidos que nunca lo descubrirían; lo consideraban un soplón, un espía. Estaba el ciudadano Prévôt, de noventa y un años de edad, que era sospechoso de actitudes contrarrevolucionarias porque poseía una renta de cien mil libras; día tras día anunciaba con su voz temblorosa que había sobrevivido a muchos golpes del destino

y que este no iba a ser el último. Estaba el buen doctor Dupontet, que no solo se ocupaba de atender a los enfermos, sino que también perseguía a los sanos con innumerables consejos. Estaba el lacayo Cuny, que siempre se hallaba sumido en el más profundo abatimiento, porque se sospechaba de él que había robado a su antiguo señor, un miembro de la alta aristocracia, y que acabó cortándose el cuello poco antes de que se demostrara su inocencia. Estaba el ciudadano Dorival, vendedor ambulante del mercado anual de Saint-Germain, que se paseaba vestido con un uniforme de general y contaba entretenidas historias de su pasado; le llamaban el gran Tralala, y se burlaban de él diciendo que había volado en un montgolfière, un globo aerostático, desde el desierto del Sahara hasta La Bourbe. Estaba el eterno optimista Gille, que por las noches se paseaba a hurtadillas por el recinto y pintaba en las paredes inscripciones esperanzadoras para animar a los demás; por dos veces la administración de la cárcel lo había reprendido con dureza y los otros le advertían que su actividad acabaría llevándolo a la guillotina, pero no podía dejar de hacerlo. Estaba la ciudadana Carlier, de cuyo enorme vientre se decía que era un falso embarazo y que luego, efectivamente, dio a luz un bebé. Estaba el ciudadano Duvivier, que inmediatamente después de la toma de la Bastilla se había convertido en un ferviente seguidor de la Revolución con sus palabras y sus obras, pero que llevaba los lirios reales tatuados en la espalda y por eso no podía quedar libre de sospecha; era guapo y elegante, hacía la corte a todas las damas, y aunque era evidente que no podía ser fiel, enseñaba sus lirios tatuados a todas las que se lo pidieran. Estaba el antiguo diputado Robin; la política que él había hecho en la primera Asamblea Nacional hacía tiempo que era historia pasada, pero él la seguía defendiendo con amarga elocuencia. Había putas de las calles que se comportaban con recato y se mostraban retraídas, y buenas amas de casa con maneras desafiantes. Estaba el famoso escritor Florian, el autor de *Numa* y de *Guillermo Tell*, y el lírico Robert Vigée, cuyos versos todo el mundo se sabía de memoria. Estaba el ciudadano Desjardin, muy tranquilo y agradable, que predicaba la esperanza a los desesperados y que de pronto se tiró por una ventana. Y entre todos ellos, hipocondríacos y optimistas, viejos y niños, pendencieros y apacibles, corrían y ladraban los perros, grandes y pequeños; porque uno de cada dos presos se había llevado a su perro.

Cuando el tiempo lo permitía, salían al aire libre. Al atardecer se reunían, hombres y mujeres, en la gran sala común, el salón. Inscritas en las paredes podían leerse diversas sentencias: «Los ideales que guían al verdadero patriota seguirán siendo toda la vida la libertad, la igualdad y la razón», o: «El libre ama la libertad aunque le sea arrebatada». Clavado debajo estaba el menú del día siguiente.

Se hacía mucha vida social en el salón. Se jugaba al ajedrez, al juego del chaquete, a la baraja, las mujeres hacían hilachas, otros leían, uno tocaba el violín o recitaba, se mantenían conversaciones galantes con las damas. Se comentaban los sucesos del día en La Bourbe, siempre había algo interesante, y la fantasía de los reclusos todavía sacaba más brillo a los acontecimientos brillantes.

Cada noche se leía en voz alta el *Moniteur*, el periódico del Gobierno, y todos se entregaban a discusiones políticas. Por más que se supiera que entre los reclusos había muchos soplones, no se tomaban las menores precauciones, y los debates entre demócratas, moderados y aquellos que apenas ocultaban su posicionamiento monárquico, eran a veces muy intensos. Los prudentes intentaban entonces calmar los ánimos o se alejaban. En algunas ocasiones, la conversación adquiría altos vuelos y desembocaba en lo filosófico. Pero a menudo acababa en necias peleas y los participantes se decían unos a otros la opinión que les merecía su carácter.

Llegó el invierno. Había más nieve que en los años anteriores y las salidas al jardín resultaron divertidas. Se deslizaban en pequeños trineos, se levantaron muñecos de nieve, se libraron batallas de bolas de nieve, los niños y los perros alborotaron y se divertieron.

Pero por muy pintoresca y alegre que pudiera parecer la vida en La Bourbe, los reclusos sabían que estaban bajo la hoja de la guillotina. Lo tenían constantemente presente. Cada día había presos que eran trasladados para ser llevados ante el tribunal de la revolución, en dos de cada tres casos el proceso terminaba con una condena a muerte que se ejecutaba en el plazo de veinticuatro horas. La población reclusa de La Bourbe cambiaba con mucha rapidez.

Cuándo golpearía a uno el destino, cuándo lo llamaría el tribunal, dependía del capricho de un juez, de un miembro del jurado, de un delegado, de un consejero, de un escribano o incluso tan solo de un número de referencia. La Bourbe era la sala de espera de la guillotina, y la espera destrozaba los nervios.

Los reclusos se esforzaban en no percibir el peligro. Se entregaban a la pequeña cotidianidad de La Bourbe, charlaban, establecían relaciones de amistad y de odio. Su tensión interna se descargaba en peleas ridículas; discutían entre ellos por iniquidades que uno pretendía haber descubierto de otro, por injusticias en el reparto de la comida y otras nimiedades. Cada uno llamaba a otros como testigos y jueces, se formaban partidos, lo forzoso de aquella permanente convivencia aumentaba la irritabilidad.

Había rivalidades ridículas, una grotesca necesidad de destacar en medio de aquella lamentable sociedad a la que habían ido a parar. Se entretenían por la noche, en el salón, con un juego de palabras; se confeccionaba una lista de palabras rimadas sueltas, de uso poco común, que debían ocupar el final de un verso, y se trataba de completarlas para formar poemas enteros que tuvieran algún sentido. Entre los reclusos había hombres cuyos poemas eran famosos en toda Europa, Florian, Vigée. Participaban en el juego pueril, primero en broma, luego con apasionado empeño. Pero por lo general, no eran ellos los vencedores, sino un tal Delamelle, un abogado desconocido; eso mortificaba a los poetas.

Había allí actores de mucha fama, Fleury y Dugazon del Théâtre Français. La batalla que ambos, a veces con medios ponzoñosos, habían librado por determinados papeles, había sido durante una década la comidilla de París. Ahora se los veía muy amigos y muy unidos, a menudo cogidos del brazo. Por las noches, en el salón, no se

hacían rogar para recitar. Pero si solo uno de ellos mostraba su arte, el otro no ocultaba su enojo. En una ocasión, tras una de esas humillaciones, monsieur Fleury, entrada la noche, volvió al salón donde se encontraba Fernando con sus compañeros, se las compuso para incluir en la conversación una anécdota que le había sucedido durante la representación de *Mitrídates* y recitó el monólogo principal.

Pero los esfuerzos por apartar los pensamientos de la oscuridad que se abría ante ellos era de poca ayuda. Estaba siempre allí, siempre conseguía abrirse paso. Y en silencio, la mayoría se preparaba para un heroico final.

Monsieur de Nicolai, miembro del consejo de Ministros de Luis XV y Luis XVI, fue reclamado mientras estaba comiendo.

—Decid a los gendarmes que esperen —dijo— hasta que haya terminado de comer.

Reclamó su café y su licor como siempre. El buen doctor Dupontet le preguntó si quería que le hiciera otra friega en el hombro reumático.

—Gracias —respondió monsieur de Nicolai—, ya no vale la pena el esfuerzo. Ahora el dolor también me sube a la nuca y el uno hace desaparecer al otro.

Cualquier frase ingeniosa y valiente era muy apreciada y nadie se privaba de añadirles respuestas contundentes aunque supieran que iban a pagarlo caro. En una ocasión, el general Lapalu se quejó delante de otros reclusos al concejal Dupommier de que ya hacía casi un año que esperaba que le comunicaran de qué se le acusaba.

—Paciencia, ciudadano —lo tranquilizó el concejal—. La justicia es justa, esta prisión no durará eternamente. Paciencia.

—¡Paciencia! —se burló el general—. La paciencia es una virtud de los asnos, no de los soldados.

No tuvo que esperar mucho tiempo, desapareció al cabo de una semana.

El ciudadano Delamelle, el abogado, fue llamado en medio de uno de aquellos juegos de rimas en los que participaba de forma tan magistral. Terminó primero su poema, celebrando que aquella repentina noticia no le hubiera mermado en nada de su destreza. Todos admiraron sus versos. Él dio las gracias, dijo al poeta Florian, que había participado en el juego con menos suerte:

—Mañana por la noche tendréis menos competencia, monsieur —deseó a las damas que en lo sucesivo el juego siguiera siendo para ellas una buena distracción, hizo una reverencia y desapareció.

En La Bourbe había mucho interés por saber cómo se había comportado cada cual de camino hacia el patíbulo. La mayoría se mostraban tranquilos. Casi todos, siguiendo el ejemplo del viejo, habían preparado sus últimas palabras, y muchos conseguían pronunciarlas con toda calma.

El ayudante del panadero, Allain, estaba orgulloso de pertenecer a la canalla y le gustaba reírse de las relamidas maneras de los nobles. Pero en una ocasión en la que se contaba de nuevo el valeroso último recorrido de un aristócrata, dijo, en medio del silencio, a medias burlón y a medias respetuoso:

—Vosotros los antiguos nobles no habéis aprendido a vivir de una manera sensata, pero morir sí sabéis.

La muerte no es nada para nosotros

Fernando, cuyas cuentas habían sido bloqueadas, comprobó con incomodidad que se le acababa el dinero. A pesar de toda la igualdad, el dinero, también en La Bourbe, conseguía, para quien lo tuviera, comodidades y respeto. Los artesanos del lugar, los sastres, zapateros, peluqueros, relojeros, servían más rápido y mejor a los más acomodados; no esperaban un pago en función de sus servicios, sino de la riqueza del cliente. También muchos compañeros de presidio acudían al rico Fernando para pedirle ayuda y a él no le gustaba decepcionar su esperanza.

Así que le vino muy bien que le fuera entregada una considerable suma de dinero en secreto; se le insinuó que lo enviaba monsieur Robinet.

Los pensamientos en torno a Latour, Ermenonville y los feudos de allá fuera no conmovían a menudo a Fernando. Lo que más le traía a su memoria el pasado eran, por extraño que parezca, todos aquellos perros; a través de las imágenes de la perra Lady y del gordo y jadeante perrillo Pompon, sus pensamientos derivaban hacia las personas que apreciaba.

Pero cuando lo asaltaban recuerdos melancólicos, eran rápidamente absorbidos por las tontas y pequeñas alegrías y sufrimientos de la vida cotidiana en La Bourbe. Porque él, como todos los demás, participaba mucho de la actividad diaria de la cárcel. Se enfadaba como los demás de que volviera a haber sopa de judías, discutía acalorado como ellos las cualidades agradables y molestas del vigilante Besnard, se burlaba como ellos de la penosa costumbre del ciudadano Boyenval, de interrumpir y hacer puntualizaciones, que estropeaban el efecto, cuando alguien contaba una buena anécdota. Cuando por la noche, en el juego de las rimas, quedaba en buen lugar, sentía satisfacción y a menudo lamentaba que a las nueve sonara la campana y tuvieran que abandonar el salón.

Había también mujeres guapas en la cárcel, algunas muy hermosas, y con algunas podían mantenerse agradables conversaciones. Hombres y mujeres podían encontrarse sin impedimentos, y al elegante ciudadano Duvivier no le resultaba difícil mostrar a las damas sus lirios tatuados. Lo peculiar de la situación hacía imposible estar solo y forzaba a una cierta desvergüenza; pero a pesar de todo se guardaban los buenos modales.

Nombraron a un nuevo conserje mayor, un hombre brusco, grosero y justo, llamado Thirion. Dirigió unas palabras a los reclusos de La Bourbe:

—Ciudadanos y ciudadanas. Todo París hace chistes sobre nuestra institución. Se dice que se merece el nombre de La Bourbe, puesto que no es más que un gran

burdel. Me han puesto en este cargo para impedir que os fuguéis, no para velar por vuestra virtud. Pero una cosa sí quiero mencionar. Muchos de vosotros tienen motivos para esperar de la justicia de la República un rápido final. Yo, en vuestro lugar, dedicaría mis últimos días a la virtud en lugar de a los placeres vanos. Buenos días.

A pesar de esta advertencia, siguió habiendo en La Bourbe muchos amoríos y galanterías, algunos celos y también un poco de amor. Los enamorados gustaban de considerar sus relaciones como grandes pasiones, aunque apenas fueran algo más que una huida ante el negro futuro.

Fernando observaba aquella actividad galante que tenía lugar a su alrededor con talante comprensivo y a menudo divertido.

A veces lo asustaba. Veía los rostros hipocráticos de sus compañeros de prisión; las personas que allí amaban y coqueteaban se le convertían en esqueletos galanteadores. Pero aquello no le impedía participar de sus alegrías.

Al cabo de pocas semanas se había adaptado como todos los demás a la vida en La Bourbe. Lleno de miserables preocupaciones, curioseaba, de un lado para otro, sin descanso, por los amplios edificios y las grandes instalaciones de los jardines. Su pie herido le causaba ahora más molestias, pero el consejo del buen doctor Dupontet, de mover mucho el pie, fue para él un bienvenido pretexto para andar de unos a otros, como hacían muchos.

Pero, en el fondo, se ufanaba de ser mejor que los demás, y cuando se descubría comportándose del mismo modo en que lo hacían todos, se sentía estupefacto, casi avergonzado.

A pesar de todo, él era distinto, y había días que lo torturaba amargamente verse obligado a estar siempre con otra gente. La camaradería de los otros, que habitualmente buscaba ansioso, le parecía entonces insoportable. Sentía rechazo incluso por aquellos por los que se sentía atraído a causa del respeto y la simpatía que le inspiraban, y comprendía por qué Jean-Jacques, que había amado tanto al pueblo y a la sociedad, había luchado de forma tan desesperada por defender su soledad.

En días así, Fernando intentaba aislarse. Se sentaba en el jardín, en un banco, y se concentraba en un libro, subrayando su deseo de estar solo. No le era permitido. No solo lo distraían las ruidosas conversaciones de los que pasaban, también lo interpelaban sin apuro, le contaban toda clase de intimidades, reclamaban su opinión en alguna disputa, le exigían que tomara partido, y Fernando acabó por darse cuenta de que el menor intento de retraerse hería a los demás y era interpretado como un acto de egoísmo y orgullo.

Ni siquiera de noche le estaba permitido estar solo. Dormía con otros siete, llegaban visitantes de otras celdas, la luz permanecía encendida. Los que estaban en La Bourbe tenían miedo del sueño, intentaban evitarlo, preferían charlar de cosas mil veces repetidas. Sabían que sus días y sus noches estaban contadas, que quizá esa era la última, pero preferían llenarla de palabrería sin sentido que con sus pensamientos

solitarios. Y cuando realmente reinaba la oscuridad y el silencio, las preocupaciones de los demás asaltaban a Fernando. Porque, durante la noche, el temor ante la muerte, reprimido durante el día, adquiría voz propia. Los reclusos hablaban en sueños, se agitaban, era evidente que sufrían pesadillas.

A veces, cuando yacía en su cama, que no era dura, también Fernando sentía miedo. La valerosa frase: «Y aunque la revolución me mate, habrá tenido razón» no le servía de nada. El temor ante la muerte lo asaltaba de forma tan cruel como jamás lo hiciera en las amargas noches de la batalla en América. La rabia por el sinsentido que estaban cometiendo con él casi lo hacía estallar. Tenía la sensación de ahogarse, necesitaba coger aire.

Preso en La Bourbe estaba también un tal monsieur de Riouffe, un silencioso caballero de edad avanzada que había dedicado la mayor parte de su vida a traducir a Lucrecio al francés. La traducción hacía tiempo que estaba acabada, había sido impresa, se había publicado una segunda edición corregida, había sido pulida y repasada por décima y última vez. Ahora, sin dejarse estorbar por el ruido de la prisión, monsieur de Riouffe la corregía por undécima y definitiva vez, empecinado, afanándose, y su única preocupación era que pudieran llamarlo antes de que hubiera terminado esa versión final. Buscaba a menudo la compañía de Fernando, buen conocedor del latín; casi todos los días se le acercaba, feliz y excitado, con un nuevo matiz.

Una y otra vez, el ciudadano Honoré Riouffe le recitaba los versos de Lucrecio y los de su traducción. Sus preferidos eran aquellos versos claros y profundos que hablaban de la muerte. Y es que en esos versos se ponía de manifiesto que con el cuerpo moría también el alma y que por lo tanto no tenía sentido alguno temer a la muerte, puesto que conducía a la nada, donde ya no había sufrimiento alguno. Del mismo modo que ellos, que vivían en aquellos días, no sentían la desesperación de los tiempos en que Aníbal estuvo a las puertas, tampoco ellos iban a sentir, una vez muertos, las angustias de los tiempos futuros, aunque la tierra se mezclara con los mares y el mar con el cielo.

Nil igitur mors est, ad nos neque pertinet hilum,
Quandoquidem natura animi mortales habetur.

Nada es la muerte para nosotros, ni nos preocupa en absoluto,
Ahora que hemos reconocido, de una vez por todas, la naturaleza mortal del
alma.

Fernando, en la cama, conjurando al sueño, pronunciaba en su mente los versos, en latín, contundentes y profundos, y en francés, con su cantinela regular, acunándolo, adormeciéndolo. Notaba cómo se sumergía en la gran ola negra del olvido, del sueño, cómo su yo se diluía, cómo el cuerpo lo abandonaba. Conseguía paladear el momento de bienaventuranza en que penetraba en la nada, en el sueño.

El ser humano es bueno

En el castillo de Ermenonville montaban vigilancia diez guardias nacionales. Su jefe era el sargento Grappin. Siguiendo órdenes recibidas, no perdían de vista al sospechoso. Incluso mientras Girardin dormía, había uno de ellos en la habitación, ni siquiera podía ir al servicio sin ser acompañado.

Por lo demás, los soldados de la guardia eran buenos hombres. Preguntaban a Girardin cómo se encontraba, comentaban con él el tiempo y no se tomaban a mal que él contestara con monosílabos o los ignorara.

No le estaba permitido ver a nadie, ni tampoco escribir o recibir cartas. Pero sí podía salir a pasear al jardín. Visitaba a diario la tumba de Jean-Jacques; uno de los vigilantes remaba con él hasta la isla, otro se sentaba bajo el sauce de Jean-Jacques.

Durante esos días se produjo en Girardin un perturbador cambio, un evidente envejecimiento. Él, que siempre había caminado muy erguido y con paso firme, reconociéndose a simple vista su pasado militar, andaba ahora arrastrando los pies, encorvado, mirando al suelo, y cuando alguno de sus guardianes le dirigía la palabra, se sobresaltaba.

¿Por qué había caído sobre él todo aquello?

Había sabido que en Jean-Jacques había algo de peligro. Una y otra vez, con vivísima claridad, le venía a la mente un recuerdo que se había esforzado en borrar de su memoria, el recuerdo de una nota al margen del manuscrito de las *Confesiones*. «Thelo, thelo manènai» (estoy dispuesto, estoy dispuesto, a enloquecer), había escrito el maestro con esmero en letras griegas. Sí, Girardin debería haber sabido todo aquello que de peligroso había en Jean-Jacques, la locura, lo oscuro. Lo había sabido y lo había callado, ante sí mismo y ante los demás. Pero ahora la locura había hecho presa de todo el país.

Se horrorizó de todo lo que le venía a la mente. ¿Podía atribuir al maestro la locura de los tiranos de París? ¿No estaba renegando de Jean-Jacques con semejantes pensamientos? ¿Qué le importa a la fuente adónde y hacia quién fluyen sus aguas?

Estaba en pie ante el busto de Jean-Jacques. Él, él, Girardin, había fracasado. Había fracasado como protector de Jean-Jacques en vida, y más aún como protector del muerto e intérprete de su obra. Lo que ahora le sucedía era el castigo, era perseguido por las furias, porque había fracasado.

Temió volverse loco. Empezó a hablar consigo mismo.

—La verdad surge de premisas y contradicciones —se decía, levantando el dedo como un maestro de escuela. O bien—: El ser humano es bueno —repetía aquella frase de Jean-Jacques, con viveza y amargura. Los guardias meneaban la cabeza ante el viejo loco.

Más que su propio destino, lo atormentaba la preocupación por Fernando. Se obligó a preguntar a los guardias qué había sido de Fernando. Ellos se encogieron de hombros, no lo sabían.

Al cabo de una semana se autorizó a monsieur Gerber a visitarlo.

—¿Qué ha pasado con Fernando? —fue lo primero que le preguntó Girardin.

—Se dice —lo informó Gerber— que todavía está en prisión preventiva.

—¿Está vivo? —se aseguró temeroso Girardin.

—Sí —contestó con decisión Gerber—. Monsieur Robinet lo dice y él lo sabe todo.

Gerber empezó a hablar en alemán con Girardin. Primero los guardias se opusieron, pero luego lo dejaron tranquilo. Pero Girardin, tozudo e infantil, apenas respondía a aquel hombre leal. Gerber suspiró y volvió a acompañarlo en sus paseos.

En una ocasión, durante uno de esos paseos, Gerber citó, como para sí, a su adorado Lucrecio:

Se arrastra en la oscuridad toda la vida de la humanidad,
y como niños, a quienes todo causa temor de noche y tiemblan,
a veces, a la luz del día, nos asustamos de cosas
menos terribles que los fantasmas imaginados por los niños.

Entonces, por primera vez en muchos días, Girardin habló.

—Sois terrible —dijo en voz baja y con enojo. Pero al cabo de poco añadió malicioso—: Podríais ayudarme, monsieur, a leer a Lucrecio. No sé si mi latín será suficiente si lo leo a solas.

Así se consolaban, Fernando en La Bourbe y Girardin en Ermenonville, con los versos de Lucrecio. En esos tiempos grandiosos, duros y amargos de cambio, muchos, en el país, leían a Lucrecio; ese año, en París, se publicaron cuatro ediciones de su obra *De rerum natura*.

Monsieur Gerber no cesaba en sus prudentes intentos para hacer hablar a Girardin de su propio destino. Pero este insistía con dureza en que hablar no tenía ningún sentido; ni siquiera lo que Jean-Jacques había dicho había sido provechoso, al contrario. Gerber no contestó, solo le dedicó una mirada triste y cargada de reproches.

—¿Acaso no es así? —preguntó al cabo de un rato Girardin, algo más apaciguado—. ¿No tengo razón?

A lo que monsieur Gerber contestó, sin levantar la voz, pero con firmeza:

—No, señor marqués, no tenéis razón. No puedo consentir, ni siquiera en vuestra situación, que insultéis al noble vino porque os duele la cabeza después de haberlo bebido.

Ese día Girardin, por primera vez después de mucho tiempo, intentó trabajar de nuevo. Sacó el manuscrito de su ensayo *Sobre la ratificación de las leyes por la voluntad general*. El trabajo lo atrapó, y unos días después preguntó al leal Gerber:

—¿Qué os parece a vos? ¿Debería ampliar mi ensayo y convertirlo en una obra mayor, de carácter general? Algo así como: *Sobre el significado de la voluntad*

general en el cuerpo doctrinal de Jean-Jacques.

Gerber lo miró contento.

—¿Veis, señor marqués? —respondió—, ahora vos también os habéis abierto paso a mordiscos, y perdonadme la vulgaridad de la expresión. Quiero decir que ahora vos también os habéis dado cuenta de que los templos pueden haberse convertido en establos, pero los dioses siguen viviendo. ¡Me siento tan feliz!

De entrada, el trabajo distrajo a Girardin. Pero luego volvió a tener horas de meditabundo abatimiento. Y lo que contaban los periódicos, que le permitían volver a leer después de aquel primer periodo de aislamiento, lo sumían de nuevo en una desolada desesperación. Leyó acerca de las carnicerías que los rebeldes cometían en las provincias, y de las que realizaba la Convención, aún más salvajes, para escarmiento de todos. Leyó sobre la destrucción de ciudades enteras.

Leyó también que, tras un breve y grotesco proceso, había sido ejecutada la reina María Antonieta. Lo leyó al cabo del tiempo; el cadáver de la reina ya hacía más de una semana que había sido calcinado en una fosa de cal viva.

Su muerte lo conmovió más que otros acontecimientos más brutales y significativos. Recordó con diáfana claridad cómo había contribuido a mantener limpia y honrosa la memoria de Jean-Jacques, adornando su tumba con flores silvestres. No había sido muy lista la Habsburgo María Antonieta. Pero el dolor hacía sabio, el sufrimiento hacía sabio, lo experimentaba él mismo, en su propia carne. ¿Habría llegado ella a comprender, en sus últimas horas, hasta qué punto la obra de Jean-Jacques había contribuido a llevarla bajo la guillotina?

Y llegó un día en que el guardián de Girardin, el sargento Grappin, sonrió ampliamente y le dijo:

—Alégrate, antiguo miembro de la nobleza, tienes visita. —Y en el mismo momento apareció Robinet en el umbral de la puerta.

Girardin sintió el deseo de rechazar al intruso. Pero al mismo tiempo era dolorosamente consciente de las pocas personas que le quedaban, tres en total, el difunto Jean-Jacques, el vivo Gerber y su querido hijo Fernando, que no estaba ni vivo ni muerto. En esas circunstancias, Girardin debía recibir con afecto a alguien como Robinet.

También monsieur Robinet había pasado por unas semanas terribles. Gilberte vivía sumida en el abatimiento y la desesperación. Se consideraba culpable de la desgracia de los Girardin; su obligación habría sido convencer a Fernando de que huyera. No aceptaba ningún consuelo ni ningún razonamiento. A Robinet lo atormentaba sentirse tan impotente; pero no veía el modo de ayudar a los Girardin. Debía darse por satisfecho con que los vampiros de París no lo hubieran atrapado todavía a él. Se sentía viejísimo.

Pero reunió todas sus fuerzas. Un Robinet no se daba por vencido con facilidad. De momento, había encontrado un modo de llegar hasta los sospechosos antiguos nobles. No solo se vestía como un viejo campesino, sino que lo era, y el sargento

Grappin y su guardia nacional, ellos mismos campesinos, lo dejaron pasar.

Con el rostro aún más arrugado debido a una maliciosa sonrisa, se presentó ante Girardin.

—Ça y est (aquí estamos) —dijo, y contempló al seigneur de Ermenonville. Este se esforzaba en adoptar una actitud erguida y militar, pero no pudo mejorar su aspecto acabado y envejecido. Robinet se sintió orgulloso: él era más joven que el antiguo noble.

Girardin preguntó con ansiedad por Fernando. Sí, Robinet tenía noticias. Fernando seguía en La Bourbe, y La Bourbe, de entre todas las prisiones preventivas, era la mejor. Además, Robinet se había tomado la libertad de hacer llegar al señor conde un par de miles de libras.

—Os devolveré esa suma tan pronto como me sea posible —dijo Girardin muy altanero, para añadir de inmediato, sinceramente conmovido—: Os estoy muy agradecido, Monsieur.

Robinet empezó a visitarlo con frecuencia. Gilberte quería acompañarlo, pero él tuvo que impedirselo, casi de forma violenta. ¡Solo habría faltado eso! Aquella mujer joven y bonita habría llamado la atención, solo los habría puesto en peligro, a ella y a él, y empeorado la situación de Girardin.

Sin embargo, a veces Robinet se llevaba a su biznieta, Marie-Sidonia. La niña y el viejo se habían hecho amigos. La pequeña se había acostumbrado a ir vestida con trajes muy sencillos, como una niña campesina; se sentía cómoda con ellos. Lo único que le quedaba de su antigua vida era el perrito Pompon, gordo, viejo y perezoso. El viejo y la niña solían llegar en un carro del pueblo; Robinet cargaba en él patatas o cualquier otra cosa y fingía interrumpir un transporte de mercancías para dar los buenos días a un conocido.

A los guardias les gustaban los niños, y les encantaba bromear con Marie-Sidonia. Una vez, estaban comiendo cuando llegó Robinet. Varios de ellos eran del sur y habían preparado estofado de conejo, fuertemente condimentado con ajo. Ofrecieron un plato a Robinet y a la niña. Al viejo le gustó; Marie-Sidonia, que no estaba acostumbrada a los platos condimentados de ese modo, dudaba. Los hombres se rieron, insistieron para que la niña comiera y que tomara un poco de sidra. Amenazaron con no dejarla entrar en el castillo si no lo hacía. Al final la niña comió y bebió entre las carcajadas de los hombres. Luego vomitó, lo que aumentó la diversión.

La historia entristeció aún más a Girardin.

Robinet trató de distraerlo.

—Esta pesadilla pasará, señor marqués —le dijo—. Antes de lo que imagináis, creed a un hombre viejo que ha vivido bastante. Y cuando llegue el momento —siguió diciendo, medio en broma, medio en serio, con una sonrisa maliciosa—, os pediré un gran favor. Porque voy a remodelar mi castillo Latour y vos tendréis que ayudarme a arreglar los jardines a vuestro estilo. ¡Volver a la naturaleza, señor

marqués!

Un eslabón de la cadena

Robespierre citó a sus amigos una frase de Montesquieu que también había citado Jean-Jacques: «Quizá la posteridad piense que no hemos derramado bastante sangre y que hemos protegido a demasiados enemigos de la libertad». El propio Robespierre, que había votado en favor de la abolición de la pena de muerte, debía hacer uso del arma del terror cada vez con menos contemplaciones. Porque cada vez eran más los que, tras un examen pormenorizado, eran desenmascarados como enemigos de la República aunque hasta entonces hubieran sido considerados inocentes. Era un enemigo aquel que era demasiado moderado, y quien era demasiado radical también era un enemigo. Quien creía demasiado era enemigo, y era enemigo quien no creía suficiente. Con tenebrosa fantasía Robespierre examinaba las opiniones y las cabezas que las cobijaban.

Primero ajustó cuentas con los dirigentes de los moderados que formaban parte de la Convención, los girondinos. Fueron llevados ante el tribunal los veintiuno, condenados y guillotinado.

En La Bourbe los nuevos reclusos contaban detalles de los últimos días de los girondinos: de cómo se habían defendido ante el tribunal, con valentía y elocuencia, sin pensar en sí mismos, sino solo en la República; de cómo, durante la noche anterior a su ejecución, se habían unido en un simposio que recordaba los banquetes de los mejores atenienses; de cómo se dirigieron al patíbulo cantando el himno de la Revolución.

Fernando escuchaba con afán aquellos relatos. Conocía casi a los veintiuno, a algunos incluso podía llamarlos amigos. Esos «moderados» no habían sido en modo alguno moderados en la Asamblea Legislativa, de la que Fernando había formado parte, habían constituido el ala más radical. Ellos eran los que habían construido aquellas frases inteligentes y orgullosas sobre las que descansaba la constitución, ellos habían declarado la guerra a los monarcas de Europa. Esos hombres, Fernando lo sabía muy bien, nunca habían albergado la menor cobardía en su corazón. Habían sido las mentes más preclaras de Francia, fieles discípulos de Jean-Jacques.

Pero los otros, los que los habían mandado a la muerte, ¿no eran también fieles discípulos de Jean-Jacques? ¿Y ante la historia, iban a ser los muertos los mejores discípulos o aquellos que los habían matado?

Los hombres de hoy, los Robespierre y los Saint-Just, declararon a los girondinos moderados porque habían debatido con sus contrincantes políticos en lugar de matarlos. La verdad era que los girondinos no habían podido conseguir la unidad de la República, ya que sus leyes eran demasiado justas. La verdad era que los

girondinos habían fracasado. Y los Robespierre y los Saint-Just declaraban enemigos de la patria a los que fracasaban y los eliminaban. Eliminaban a todos los enemigos de la patria, incluso a los bienintencionados. Su lógica era la guillotina. Quizá no había ninguna otra lógica en la Revolución.

Fernando, ahora lo reconocía ante sí mismo, en el fondo, eran un girondino.

Sí que había afirmado con contundencia que la Revolución debía surgir del pueblo. Pero en lo más íntimo había alimentado la esperanza, como los demás hombres instruidos, de que la Revolución pudiera hacerse desde arriba, sin el pueblo. Sí, en su interior, a pesar de toda su insistencia y sus declaraciones de amor, había sentido un benevolente desprecio por el pueblo, igual que los otros. Nosotros, los hombres instruidos, lo hicimos con buena intención, seguro, pero éramos condescendientes, palmeábamos la espalda al pueblo, pero nunca nos esforzamos en aprender el lenguaje del pueblo, le impusimos nuestros héroes de la Antigüedad clásica, nuestros Gracos y Espartacos y Cincinatos, y sonreíamos con suficiencia cuando el pueblo no comprendía. Y ahora el pueblo nos ha arrojado al estercolero. Con razón. Porque nuestra ingeniosa inteligencia ha fracasado. Y quien ha llevado a cabo la Revolución y ha hecho historia ha sido la tosca y primitiva sabiduría del pueblo.

No, él, Fernando, no había entendido al pueblo. Tampoco había entendido a Jean-Jacques. Este, aunque solo y aislado por su genio, había conservado la unión con el pueblo; a pesar de toda su sabiduría y su grandeza, había permanecido humilde. Él, Fernando, había fracasado en la humildad. Se había encerrado en su yo de forma arrogante, quizá había domeñado el orgullo por su nacimiento, pero en su lugar se había instalado la presunción intelectual.

Nuevos prisioneros, esta vez muy distintos, ingresaron en La Bourbe.

Y es que Robespierre, después de que él y los suyos hubieran conseguido un dominio indiscutible tras la represión de los girondinos, avanzaba con paso firme por el estrecho y empinado sendero de la virtud. Hacía tiempo que lo irritaban los abusos de los fanáticos solo-racionalistas. Había tenido que ver, sin poder hacer nada, cómo esa gente obligaba a la Convención a aprobar su blasfemo «culto a la razón». Él, Robespierre, el fiel discípulo de Jean-Jacques, creía firmemente en el Ser Supremo. Quien negaba al Ser Supremo negaba a Jean-Jacques, el padre de la República. Robespierre declaró el ateísmo aristocrático, contrarrevolucionario y blasfemo. Se dispuso a domar a los *énergumènes*, los *enragés*, los fanáticos que azuzaban al pueblo contra el Ser Supremo.

Algunos de esos enemigos de la patria fueron llevados a La Bourbe para que esperaran allí su proceso. Allí estaba el diputado Riquet; explicó furioso que la República acabaría hundiéndose si era conducida por gente que ponía su confianza en un ser supremo en lugar de utilizar su razón, por supuesto limitada. También estaba el ciudadano Bausset, que maldecía a gritos, diciendo que el infeliz Robespierre, con su tibieza, su moderación, su mediocridad y su guillotina, podía lamerle el culo.

También había ahora en La Bourbe hombres que tenían una extraña y malvada relación con determinados presos. Porque ellos mismos, los nuevos reclusos, hasta hacía poco en el poder, habían mandado a la prisión a esos reclusos, habían llevado a parientes de otros reclusos ante los tribunales y ahora estaban encerrados juntos, perseguidores y víctimas. La tensión en La Bourbe creció ahora que, en tan poco espacio, en el salón, el antiguo mundo, bien educado, ligeramente irónico, chocaba con el nuevo, fuerte, violento y muy mal educado.

También fue a parar a La Bourbe el delegado Chaplaine, el antiguo capuchino, el benefactor de la viuda Rousseau. Hacía ya tiempo que encendía las iras de Robespierre. Él era el principal culpable: aquel salvaje culto a la razón, su elocuencia blasfema y obscena había incitado a las más desvergonzadas orgías. Y Robespierre no solo despreciaba su ateísmo militante y enemigo de la patria, sino que perseguía, con odio austero y por entero, a aquel hombre sucio, incorrecto, desenfrenado, y le reprochaba, más que sus ideas, su forma de vida. Se acusaba a Chaplaine de haber cometido desfalcos al liquidar la Compañía de las Indias Occidentales y en el ejercicio de otras funciones oficiales, y también de haberse enriquecido durante la destrucción de los panteones de los reyes, apropiándose de valiosas reliquias.

Así pues, Chaplaine estaba en La Bourbe y aguardaba con impaciencia su juicio.

Indignado, se quejaba ante los demás reclusos de la envidia idiota de Robespierre, de la ingratitud de la República y de la veleidad del pueblo. El antiguo predicador era un magnífico orador; siempre que hablaba se reunían muchos a su alrededor para escucharlo embelesados. En una ocasión un recluso allí encerrado, sospechoso de ser monárquico, se persignó y dijo:

—Me has confortado y levantado mi ánimo, camarada —y le ofreció un pedazo de su salchichón ahumado.

Chaplaine se había dado cuenta de que él y su destino daban mucho que pensar a Fernando. Intentó explicarse ante él, justificarse. Él, al contrario que la mayoría de otros dirigentes de la República, no había dejado que las teorías rígidas le hicieran perder la humanidad. Enumeraba a las muchas personas que había salvado la vida. Incluso a enemigos de la República, como el abate Sicard; pero Sicard había escrito aquel maravilloso texto sobre el latín de Agustín, y él, Chaplaine, tenía debilidad por el trabajo intelectual. Precisamente por eso, el doctrinario Robespierre intentaba ahora no solo quitarle la vida, sino también destruir su fama. Puesto que él jamás podría alcanzar sus mismas y elevadas cotas de humanidad, tan carente de relación con la divinidad, y por lo tanto mucho más luminosa, le reprochaba bajas pasiones y una codicia vulgar. De acuerdo, él había aceptado regalos, obras de arte que de otro modo se habrían perdido, hermosos libros, quizá a veces también dinero. ¿Y qué? ¿Había traicionado por ello una sola de sus ideas? ¿Había sido codicia lo que le había hecho derribar el cielo de Cristo y arrojar fuera a los ídolos cristianos?

—¿Es mi verdad menos verdad —se acaloraba— porque amo la vida y un cierto nivel de opulencia? No soy un puritano. Los cuadros, los libros, me caldean el

corazón. ¿Qué habrá sido de esos nobles objetos —se lamentó— con los que llené mi casa? Los bárbaros no saben apreciarlos. Quizá ahora, alguno se está limpiando el trasero con los papeles que Jean-Jacques llenó de palabras escritas que nunca pasarán.

Cuando Chaplaine afirmaba que algunas veces había salvado la vida a gente en un puro arrebatado de generosidad, no mentía. Pero se callaba que, a veces también, había matado a gente por un capricho mezquino y perverso. Ya de niño había sido susceptible, su deseo de venganza no olvidaba la menor ofensa, y muchos, cuando llegó al poder, tuvieron que pagar por humillaciones que le habían hecho y que ya habían olvidado. Estaba el juez de paz Larivière que había dictado una orden de detención contra Chaplaine a solicitud del Gobierno; estaba el Pater Venance, que había escrito unos versos burlescos dedicados a Chaplaine cuando este todavía era capuchino: ambos lo habían pagado en el patíbulo.

No fue nada bueno para Chaplaine que entre los presos de La Bourbe estuviera un primo del juez de paz Larivière y un sobrino del Pater Venance. Celebraban que su triste morada alojara ahora también a Chaplaine; se burlaban de él, interrumpían los discursos de aquel hombre, adicto a su propia retórica, con comentarios irónicos. Inventaban siempre nuevas maneras de mortificarlo.

Los reclusos de La Bourbe gozaban representando crueles comedias, riéndose del tribunal, de la guillotina y de sí mismos. Venance y Larivière pagaron a algunos de sus compañeros de cautividad para que convirtieran a Chaplaine en el protagonista de una de aquellas representaciones. Lo atacaron en la cama, lo arrastraron ante el «tribunal de la revolución», lo declararon culpable y lo ejecutaron. Entonces lo hicieron comparecer ante el juez del Hades; tenía que justificarse por el asesinato de cada hombre que, por enemistad personal, había mandado a la guillotina. Chaplaine era un hombre sensible y víctima de sus estados de ánimo, así que, mientras otros aceptaban esas bromas con buena cara, él ensució su camisa de dormir, tartamudeó, y aquel orador experto hizo un papel lamentable. Fue condenado a ser perseguido por las furias, y algunas presas, el coro de las furias, lo persiguieron por los pasillos.

El gordo y emotivo Chaplaine, que cuando había corrido peligro de muerte había mostrado calma y circunspección, no pudo superar la aventura de aquella noche. Había esperado con alegría el día en que debería comparecer ante el tribunal de la Revolución, celebrando de antemano el gran discurso que quería pronunciar en esa última aparición suya, la idea de los fuegos artificiales que quería dejar estallar en torno a su caída lo había excitado. Ahora no podía soportar los pocos días que le quedaban por delante. Tomó veneno. Pero este actuaba demasiado despacio. Gritaba, en medio de espantosos dolores, todos corrieron, el buen doctor Dupontet le administró un antídoto, también su intento de abandonar el mundo se convirtió en una mascarada.

Chaplaine tenía en su haber algunos méritos en relación con la instauración y la consolidación de la República, entendía las artes y las ciencias, él, uno de los mejores oradores del país, había acuñado algunas expresiones decisivas para la puesta en

escena de la Revolución, algunas elevadas, otras graciosas, que habían pasado a formar parte del vocabulario en todas las lenguas, había podido esperar, con motivo, que su muerte lo convertiría para siempre en un personaje trágico. Ahora, la estúpida diversión de un par de infelices lo había convertido en el hazmerreír de todos y su memoria quedaría manchada por todos los tiempos, por la pestilencia del ridículo.

La semana siguiente fue procesado. El fiscal ni siquiera se tomó la molestia de presentar la acusación con grandes discursos; al contrario, pronunció unas pocas frases despectivas y formuladas de forma chapucera, animando a los ciudadanos miembros del jurado a aplicar al «estafador y chanchullero Chaplaine» el castigo merecido, la muerte. Cuando Chaplaine se creció y dio inicio a un gran y ardiente discurso, el presidente le ordenó que no entretuviera a los miembros del jurado con su palabrería, impidiéndoles realizar su trabajo. De camino hacia la guillotina, aquel hombre gordo tuvo que soportar las alegres y necias burlas de los parisienses que tan a menudo lo habían vitoreado. Colocó la elocuente cabeza sobre la madera, sin una última palabra.

Los reclusos de La Bourbe oyeron hablar de su trágico y grotesco final con rabia, con lástima, con horror, con ironía. Pero olvidaron su destino antes de que hubiera transcurrido una sola hora, a causa de un tonto incidente que se produjo entre los muros de La Bourbe.

Y es que a la ciudadana Prévôt, la mujer de noventa y un años, le había sido robado un pequeño reloj de oro adornado con diamantes. La vivaracha anciana había tomado parte en las diversiones del salón y había dejado el reloj en su dormitorio.

Los robos en La Bourbe eran poco habituales, la solidaridad entre los presos los convertía en un delito despreciable, y la indignación creció cuando se descubrió que el ladrón del reloj era aquel guapo y elegante Duvivier, el joven revolucionario con los lirios reales tatuados, el preferido de las damas. Había presumido de tener dinero, no había ahorrado en galantes regalos para sus amigas, flores y dulces, ¡y ahora había robado el reloj a la vieja ciudadana Prévôt! Estalló una tormenta de odio y desprecio entre los reclusos. También las autoridades consideraron que el robo era una prueba en contra de la virtud de Duvivier y por lo tanto contra su fiabilidad como ciudadano. Nadie creyó ya en su voluntad revolucionaria, ahora solo era válido el testimonio de los lirios tatuados. Duvivier fue llevado ante el tribunal y guillotinado. Los reclusos de La Bourbe aprobaron la sentencia, y las damas, a las que había hecho la corte, se avergonzaron. La vieja Prévôt, por supuesto, dijo:

—¡Es horrible! ¡El pobre muchacho! Si lo hubiera sabido, no habría dicho nada del reloj.

Fue muy amonestada por semejante sentimentalismo.

La muerte, tan llena de sentido, tan absurda, tan irónica, trágica y ridícula de Chaplaine, había conmocionado mucho a Fernando. Pero al igual que les sucedió a los demás, la profunda y amarga melancolía que le produjo el destino de Chaplaine fue barrida por la sensación que creó entre ellos el robo del reloj. Al igual que los

demás, se enojó consigo mismo por haber sucumbido al carácter amable del tatuado, y al igual que ellos, sintió una pequeña satisfacción ante su ejecución.

Desconcertado, adquirió conciencia de esos sentimientos. Chaplaine era un hombre de talla; a pesar de sus debilidades y ridiculeces, era un sincero revolucionario y había prestado grandes servicios a la nueva Francia. Y ahora, Fernando, el observador, que se sentía tan orgulloso de su personalidad, el discípulo de Jean-Jacques, se había afectado más por el destino del pequeño y vulgar sinvergüenza Duvivier, que el sorprendente y significativo final del político e instruido Chaplaine. Fernando se había dejado contagiar por los demás, y de un instante para otro, su gran emoción, dolorosa y sublime, se había transformado en un malicioso deseo de venganza y en un enojo mezquino.

Quedó anonadado ante la inconsistencia de sus emociones. Pero poco a poco su consternación dio paso al conocimiento. Luego a la satisfacción.

Así que no era distinto de los demás. Sentía como ellos, eran una comunidad allí en La Bourbe, una multitud unida, y él formaba parte de esa multitud. Y aunque la masa se dispersara en individuos en el momento en que él rumiaba y razonaba, él formaba parte de ella.

A menudo eran abyectos, allí en La Bourbe, y él se dejaba contagiar de esa infamia. Pero eso era bueno. Eran una comunidad allí en La Bourbe, en lo bueno y en lo malo. Eran uno en el desprecio por la cobardía y la veneración por el valor, tanto si era un antiguo noble como si era un radical quien ostentara esas características en sus últimas horas. Eran patéticos y descerebrados cuando se peleaban, se burlaban los unos de los otros con acidez mortal por opiniones que ni siquiera comprendían, se alteraban mucho más por el robo de un reloj que por la lucha entre los defensores de la razón y los del Ser Supremo, se odiaban cuando uno se creía perjudicado por los otros en el reparto de la sopa. Pero eran ardientes franceses, todos, los antiguos nobles y los jacobinos, cuando se entristecían por las derrotas del ejército republicano y celebraban las victorias de ese ejército.

Eran una comunidad allí en La Bourbe. Eran un pueblo con sus contradicciones.

Y él formaba parte de ella.

La Diosa de la Razón

Una noche oyó que lo llamaban en el salón:

—¡Vos aquí, Fernando!

Buscó a su alrededor, conocía esa voz. Sí, era Eugénie Maillart, la amiga de Lepeletier, su amiga. Ella se rio, lloró, se horrorizó, se alegró.

Él no podía comprender cómo era posible que la hubieran llevado a ella, a la más íntima del mártir Lepeletier, a La Bourbe.

Ella se lo contó. Aunque le pareciera sorprendente, había sido arrastrada por la caída de Chaplaine. Antes de aquella gran «Fiesta de la Razón», Chaplaine había acudido a ella y la había animado a representar a la Diosa de la Razón.

—A mí me daba asco toda aquella gente sucia —contaba— y de entre todos los papeles estúpidos que he tenido que representar, ese fue el más necio. Pero ¿podía negarme? Seguro que entonces me habrían llevado ante el tribunal, acusada de tener sentimientos contrarios al Estado. No tengo vocación de mártir. Sé que Michel me habría comprendido.

También Fernando la comprendía. Esa mujer conocía el mundo y el fatal contrasentido del pensamiento y el comportamiento humano. Tenía el espíritu de Lepeletier. Aceptaba sin demasiados aspavientos lo irónico y absurdo del destino que la castigaba por un hecho contra el que todo en ella se había rebelado. A continuación relató de forma gráfica, riéndose y asqueada, su aventura. Chaplaine y los otros mariscales del ateísmo habían insistido en que su gran celebración se hiciera cuanto antes. Apenas les dieron tres días de margen a aquellos que iban a intervenir en la «fiesta de la razón» para que pudieran hacer los preparativos. Los ciudadanos Gossec y Gardel, el compositor de la orquesta y el maestro del *ballet* de la ópera, recibieron indicaciones para que el *ballet-oratorium Rendimos homenaje a la libertad* fuera arreglado para que pudiera interpretarse como *Rendimos homenaje a la razón* en Notre-Dame. A toda prisa se llevaron andamios, escenarios, decorados de la ópera a la catedral de Notre-Dame que fue rebautizada como el «Templo de la Razón». En el coro se construyó una cúpula y sobre ella el «templo de la razón». Todo era muy provisional, y cuando Eugénie, vestida de blanco y llevando la gorra frigia y una pica en la mano, salió del templo y se sentó en el trono, tuvo miedo de que todo aquello se derrumbara. Su temor aumentó cuando cuatro cargadores del mercado, disfrazados de sacerdotes, la bajaron, cargando con su trono, por los escalones de la montaña artificial, cubiertos por una alfombra verde; todo crujía de forma amenazadora. También el cortejo triunfal por las calles de París fue desastroso. Llovía a cántaros, su fino vestido blanco quedó enseguida empapado, temblaba de frío en su trono y aún más temblaba su cortejo, las bailarinas y coristas que, vestidas con mayor ligereza aún, tenían que avanzar entre la suciedad y la lluvia, con sus zapatillas de *ballet* y los rostros respetuosamente sonrientes. Luego, calada hasta los huesos y temiendo haber pillado un tremendo resfriado, tuvo que permanecer sentada durante horas en la Convención, escuchando discursos, recibiendo besos, hasta que por fin la llevaron de regreso a Notre-Dame.

Aunque Eugénie hablaba en un tono ligero, Fernando percibió la vergüenza y la desesperación que esa mujer tenía que haber sentido. Era alegre por naturaleza y había aprendido de Lepeletier a sacar el lado gracioso de los acontecimientos más absurdos. Pero lo vulgar repugnaba a su alma y la risa se le debía haber congelado al tener que soportar toda aquella locura y suciedad, los besos de los miembros de la Convención, los tocamientos patrióticos y lascivos de la multitud.

Eugénie habló de una segunda comedia terrible en la que había tenido que participar. Cuando se destruyeron los mausoleos de los reyes de Francia, ella, siempre sentada en el trono y vestida como la Diosa de la Razón, tuvo que presidir el acto en la iglesia de Saint-Denis. Azuzada por Chaplaine, una alegre multitud del pueblo sacó de sus tumbas a aquellos antiguos reyes, a aquellos príncipes, ministros y príncipes de la Iglesia cuyos nombres llenaban la historia de Francia. Bromeaban con los esqueletos, jugaban a los bolos con los cráneos de los Luises y los Franciscos, de los Felipes y los Enriques. Restos de todo tipo, cadáveres embalsamados, huesos, cetros, coronas, cayados de obispo y otros atributos del poder fueron arrojados a un montón, bailaron sobre ellos, los pisotearon, los destruyeron. Chaplaine cogió coronas, anillos con el sello real y otros recuerdos para su colección. Primero quisieron respetar al buen Enrique IV, porque, embalsamado a la italiana, estaba muy bien conservado y había sido muy popular. Pero los grandes sacerdotes de la razón no lo permitieron y también fue arrojado a un foso lleno de cal, en el que los restos de los otros ya habían sido destruidos. Solo se libró un único cadáver, el del mariscal de campo Turenne. El apreciado general fue llevado, por lo que sabía Eugénie, al Museo de Ciencias Naturales; allí debía estar todavía, entre extraños animales disecados. Una vez hubo desaparecido el último cadáver en la fosa de cal, Chaplaine había anunciado:

—Con esto queda concluida definitivamente la época de la monarquía. A partir de ahora, el mundo contará de acuerdo con el calendario de la República.

Los reclusos de La Bourbe admiraron y compadecieron a Eugénie. Los *énergumènes*, los imperturbables radicales, consideraron que debía sentirse orgullosa de haber podido interpretar el sublime papel de la Diosa de la Razón, y que no estaba pagando la grandeza de esos días demasiado cara con aquellas molestias.

Todos, incluso sus enemigos políticos, adoraban a Eugénie Maillart. Su presencia llenaba de luz La Bourbe.

Muchos hombres competían por ella con galanterías, toscas y refinadas. Pero ella prefería a todas luces a Fernando. Siempre que le era posible estaba con él, se preocupaba por su pie cojo, mantenía con él conversaciones tristes, divertidas, tiernas. Creció entre ellos un amor delicado y fuerte, tierno y sabio a la vista de la muerte que se desplegaba a su alrededor y ante ellos.

El recuerdo de Michel Lepeletier no los molestaba, los acercaba. Sonreían cuando veían los rasgos sublimes y vacíos del Lepeletier de piedra que había en la prisión. ¡Qué distinto era el rostro inteligente, feo y afable del verdadero Lepeletier!

En la historia amorosa de Fernando y Eugénie estaba la memoria del muerto, la amenaza del futuro próximo. En medio del febril ambiente de La Bourbe su romance les daba ligereza, empuje, la sensación de una luminosa felicidad, sin compromiso. Su historia era de tal naturaleza que los demás la respetaban y jamás los molestaron, ni con la más leve insinuación.

A diario, compañeros de presidio eran llevados a la oscuridad y Eugénie era perfectamente consciente del peligro en que se encontraba.

—Por supuesto, voy a alegar —decía— que negarme a interpretar a la diosa me habría costado la vida. Pero eso no va ayudarme mucho delante del tribunal. Esos brutos van a contestarme: «Pues deberías haber muerto, ciudadana».

Y en otra ocasión, dijo:

—Cuando vengan a buscarme, la hermosa tumba que me he hecho construir, copiando la de Jean-Jacques, se quedará vacía; porque no van a tratarme con más delicadeza que a las princesas muertas.

Esas eran las cosas que decía. Pero Fernando se daba cuenta, sonriendo pensativo y con un poco de envidia, de que a pesar de todo, en su interior ella consideraba imposible que el destino también la atrapara a ella. En el fondo, en La Bourbe, la joven Eugénie y la vieja ciudadana Prévôt de noventa y un años eran las que estaban más confiadas.

En una ocasión, de forma a medias voluntaria, a medias sin querer, Eugénie expresó con palabras su esperanza. Contó a Fernando que un día se había enterado de que habían atrapado en una red a una gran bandada de pájaros. Ella la había comprado y, ante la incompreensión del cazador de pájaros, los había dejado libres. El aleteo y el alboroto jubiloso con que alondras, tordos, pinzones llenaron el azul del cielo era uno de sus más bellos recuerdos.

—Así será cuando me dejen en libertad —dijo.

Luego, una mañana, Eugénie desapareció de la misma forma súbita en que apareció. Fernando se horrorizó, como si la desgracia lo hubiera golpeado a él mismo.

Más tarde se enteró de que había sido trasladada a otra prisión, y que poco después había sido puesta en libertad.

Se recuperó muy despacio del primer sobresalto.

Echaba de menos la presencia de Eugénie. Como antes, volvió a tomar parte en las actividades de La Bourbe, pero ahora sentía con mayor intensidad que antes el vacío y el aburrimiento de aquel ajetreo, y cada vez anhelaba más y más a menudo, estar solo.

Un profundo y fatalista abatimiento cayó sobre él. Se había engañado, él no era como los demás, él era desdichadamente distinto. Se decía con amargura: «*Impares nascimur, pares morimur* —nacemos distintos, solo en la muerte somos iguales».

Difíciles caminos recorre con nosotros la gracia

El ejército de los jacobinos, cuestionado y escarnecido por los expertos de todo el mundo, el ejército del servicio militar obligatorio, «el triste ejército forzoso del terror» venció. Desde los frentes llegaban noticias de una victoria tras otra.

París era una fiesta.

Lo celebraron también en La Bourbe, en los jardines se reunieron los presos bajo la bandera tricolor; los bustos de Jean-Jacques y de Lepeletier los miraban. Se cantó un himno del poeta Vigée, un recluso de La Bourbe. El conserje Thirion pronunció un discurso, también varios reclusos echaron discursos. Se citaron muchas frases de Jean-Jacques. Un preso, el abogado Brognard, un *enragé*, que estaba seguro de su condena, gritó:

—*¡Res publica! ¡Morituri te salutant! ¡República! ¡Los que van a morir te saludan!*

Y todos aplaudieron.

También lo festejaron en Ermenonville.

Girardin era consciente de que si hubieran vencido los ejércitos de los aliados, él y su Fernando habrían quedado libres de su angustia mortal. A pesar de todo, celebró de todo corazón la victoria de la República. Y cuando sus guardianes se sentaron a la mesa para celebrarlo, les hizo llevar el mejor vino de sus bodegas y les pidió que le permitieran sentarse con ellos a su mesa y unirse a la celebración.

Allí se sentó, entre los miembros de la guardia nacional, eran hombres buenos, algo rudos.

—Nos has regalado un buen trago, ciudadano —reconoció uno.

—Sospechoso eres, viejo, pero de buena casa —dijo otro, y le dio una palmada en la espalda.

Girardin escuchaba sus groseras y simples bromas, pensó en la voluntad general y se sintió un fiel discípulo de Jean-Jacques.

El ciudadano Vincent Huret, el fanático, desconfiado alcalde de Senlis, se irritó cuando oyó hablar de esa fiesta de hermanamiento.

Tenía motivos para sentirse abatido. No había ocultado nunca su admiración por el delegado Chaplaine, y ahora el ciudadano Chaplaine había sido decapitado como un enemigo de la patria. Eso podía tener desagradables consecuencias para él.

Así que se lanzó a una apasionada actividad patriótica desde su cargo.

En cuanto supo del relajamiento de la guardia nacional, fue hasta Ermenonville. Lanzó un duro discurso sobre la vigilancia republicana al sargento Grappin y a sus hombres. Los amenazó con denunciarlos a sus superiores. Les prohibió que en el futuro permitieran a Girardin cualquier contacto con el mundo exterior.

Una vez hecho esto, el ciudadano Huret cruzó el parque para mostrar sus respetos a la tumba del gran Jean-Jacques. Había hecho bien en ir hasta allí a poner orden. ¡Ese Ermenonville, el parque no menos que el castillo!, ¡eran un baluarte de lo reaccionario! Todo el paisaje estaba lleno de las atrocidades de la época del tirano. Allí había estatuas de hombres del Antiguo Régimen, adornados con toda pompa, y algunos de los hombres ostentaban nombres sospechosos, extranjeros, aristocráticos, que indicaban que habían estado relacionados con aquellos tiranos que habían invadido la República. ¡Y eso justo allí donde yacía enterrado Jean-Jacques!

De regreso a Senlis, el ciudadano Huret convocó al pueblo soberano para que

pusiera fin a semejante vergüenza.

Los patriotas de Senlis se trasladaron en dos carros hasta Ermenonville; llevaban con ellos las herramientas adecuadas, hachuelas, picas, hachas, y también un barril de sidra. Se adentraron en el parque, pisotearon los parterres y, para empezar, rompieron las narices de algunos de los aristócratas de piedra. Luego se arremangaron y se pusieron gustosos a trabajar en serio. Había dos obras que encendieron sus iras más que las demás: la Pirámide de los Poetas bucólicos y el Templo de la Filosofía. Ambas obras estaban llenas de cabezas extranjeras y de inscripciones en otras lenguas que, con toda seguridad, iban contra la patria. Con apasionados gritos: «¡Abajo con la tiranía!» y «¡Viva la libertad!» golpearon las cabezas de poetas y filósofos griegos, romanos, ingleses y alemanes, hasta hacerlas añicos. Destruir las sólidas y bien ensambladas columnas del Templo de la Filosofía no fue tarea fácil, pero el entusiasmo de los de Senlis también lo consiguió. Una vez realizado el trabajo, celebraron sobre las columnas caídas una comilona triunfal, con la satisfacción del deber cumplido y alegres ante la perspectiva de la sidra.

El compadre Mauricio había visto con consternación lo que sucedía. Corrió al pueblo y dio la alarma. Los jardines eran el orgullo del pueblo, el famoso Jean-Jacques había gozado de ellos, muchos forasteros acudían para verlos. El compadre Mauricio consiguió movilizar a una buena docena de hombres.

Con ellos fue hasta el lugar y explicó a los de Senlis que el parque era una buena cosa republicana, Jean-Jacques había pasado allí sus últimos días y también esas esculturas eran correctas. Los patriotas desconfiaron. Era evidente que los de Ermenonville seguían siendo los criados del antiguo noble, no podían librarse de su sentimiento de esclavitud. Ellos, los de Senlis, creían a su alcalde, el ciudadano Huret, además iban llenos de sidra y eran más numerosos. Cuando el compadre Mauricio les salió con nuevos argumentos y citas de Jean-Jacques, primero se rieron, luego le ordenaron que se callara y cuando este siguió hablando con entusiasmo, sacaron de sus carros una lona, echaron al gordo posadero encima, lo lanzaron hacia arriba y volvieron a tomarlo, mantearon al hombre que gritaba y pataleaba, y les pareció muy divertido.

El compadre Mauricio quedó por fin en el suelo, muy baqueteado, agotado y quebrantado, sentado entre las columnas destruidas, pensando con amargura en las interpretaciones tan tontas y desagradables que había que aguantar a veces sobre las enseñanzas de Jean-Jacques acerca de la voluntad general.

Mientras, la gente de Senlis se había puesto en marcha para hacer también una visita al antiguo noble. En el vestíbulo del castillo les salió al encuentro monsieur Gerber.

Había visto de lejos lo que estaba sucediendo en el parque. Ahora los bárbaros irrumpían también allí; al igual que los godos y los hunos, convertían los templos en establos para sus caballos. Con dolorosa claridad le vino a la mente el paralelismo del suceso. De la misma manera que en París, con sus fechorías, destruían las enseñanzas

de Jean-Jacques sobre el Estado, desfigurándolas hasta convertirlas en una mascarada, destruían aquí los jardines, la última alegría de Jean-Jacques, su «naturaleza». Ni siquiera habían dejado que se mantuviera en pie esa pequeña satisfacción de la que había gozado Jean-Jacques. El dolor desgarró a monsieur Gerber. Intentó calmarlo con la sonoridad de un verso de Aischylos: «Difíciles caminos recorre con nosotros la gracia que maneja el timón del mundo».

Pero ahora que osaban abrirse paso hasta el interior del castillo, no pudo callarse. Les salió al encuentro, pálido y digno.

—Controlaos, señores míos —les dijo—. Pensad en el principio de la República que dice que la libertad de un ciudadano termina donde empieza la libertad de otro. En nombre de Jean-Jacques, cuyo espíritu nos impregna a vosotros y a mí, os digo: en el umbral de esta casa termina vuestra libertad, ciudadanos.

Allí estaba en pie, delgado, debilitado, el pelo ralo, mucho más envejecido de lo que le correspondía por su edad; pero sus ojos no parpadeaban, miraban ardientes y decididos a aquellos hunos, su voz sonó grave y conminatoria. Se parecía ridículamente a Jean-Jacques, y, de forma vaga, los de Senlis quizá pensarán en las estatuas de Jean-Jacques que debían haber visto. Durante un instante se sintieron indecisos.

Pero entonces, uno de ellos dijo:

—¡No hagas discursos, payaso!

Y otro añadió:

—¡Es un antiguo cura, un mercenario de la superstición, se le conoce en sus latines!

Pero estaban de buen humor, no le hicieron nada, solo le encasquetaron una gorra roja de la libertad, le sirvieron una copa de su sidra y le hicieron brindar por la caída de los aristócratas cuyas estatuas ellos habían destruido.

El sargento Grappin, tras el desagradable enfrentamiento con el ciudadano Huret, no había considerado oportuno enfrentarse al pueblo soberano mientras este se dedicaba a poner orden en el parque. Pero era responsable de la vida de su sospechoso. Apostó a su guardia nacional en el interior, junto a la puerta, convenció a los de Senlis de que se volvieran a sus casas, y ellos, cansados de tanto esfuerzo patriótico y del festín, se dejaron convencer.

Voces desde los excrementos

Los jacobinos estaban alerta. Creían haber descubierto conspiraciones en las prisiones, se prohibió a los presos cualquier contacto con el exterior.

Los reclusos ignoraban todo lo que estaba sucediendo en el mundo; solo sabían lo poco que el primer conserje les leía cada noche en voz alta del *Moniteur*. Ahora, ni

siquiera el ocurrente monsieur Robinet podía hacerle llegar alguna noticia a Fernando. Fernando no supo nada de la destrucción de Ermenonville.

Se introdujo un nuevo reglamento interno muy estricto. Se prohibió mandar a los reclusos alimentos adicionales. También se prohibió la música. Los perros tuvieron que irse. Ya no hubo luz en los dormitorios. Quien infringía alguna de las nuevas normas, era encerrado en una celda de aislamiento. Desapareció la apariencia alegre de La Bourbe.

Con la disciplina aumentó también la suciedad y La Bourbe mostró su rostro más miserable. Fernando sufría mucho a causa de la suciedad. La Bourbe, el lodazal, llevaba con justicia ese nombre. También por dentro; porque la masa de los prisioneros era un lodazal. La comunidad ya no era un consuelo, formar parte de ella ya no enaltecía a nadie; la eterna presencia de los demás rozaba y arañaba, ensuciaba de un modo pringoso.

Como para burlarse de los reclusos, al atardecer se les obligaba a seguirse reuniendo como antes, en el salón. El derecho a reunión, les dijo el conserje mayor, era un derecho fundamental de la República. Así que se sentaban allí, charlaban, jugaban a las cartas o a las damas, discutían, mientras desde lo alto de las paredes los miraban las pomposas inscripciones que hablaban de humanidad y de los derechos del hombre. En ningún otro lugar se sentía Fernando tan agredido por todo el sinsentido de la vida en La Bourbe como en el salón. No tenían sentido los eternos y apasionados debates de los que estaban encerrados juntos. No tenía ningún sentido su destino. No tenía ningún sentido la desconfianza dogmática de los hombres que los habían encerrado allí.

El país entero giraba en un torbellino sin sentido.

Para no volverse él mismo loco, intentaba dar sentido al sinsentido. Sin un rastro de locura la grandeza era impensable. No podía quitarse de la cabeza los versos del poeta inglés: «Great wits are sure to madness near allied / And thin partitions do their bounds divide — el genio y la locura guardan un estrecho parentesco, separados por muros muy delgados». Jean-Jacques, que había sido perseguido por todo el mundo a causa de su sabiduría e inteligencia, se había refugiado a veces en la locura. *Thelo, thelo manènai*. Ahora, el pueblo de Francia era perseguido por el mundo entero porque intentaba, con infinita valentía, levantar un Estado sobre los cimientos de la razón: ¿iban a estar sus esfuerzos a salvo de la locura? Como en la vida de Jean-Jacques, ahora, en la historia de Francia, las acciones consecuentes y geniales se veían interrumpidas por actos de locura. Pero cada vez el pueblo, con instinto certero, encontraba el camino de regreso a la razón.

Con un esfuerzo supremo, Fernando también intentaba, a pesar de su situación, seguir siendo justo y no dejar que su visión de conjunto se viera deformada por su destino personal.

Claro que la pura arbitrariedad de algún necio malicioso había hecho caer sobre él aquella desgracia. Pero en su lucha por la supervivencia, a la República le estaba

permitido todo cuanto pudiera servir para atemorizar y destruir a los enemigos. Ella dependía también del trabajo de los funcionarios subalternos, no podía permitirse demasiadas contemplaciones. Robespierre, Saint-Just, Martín Catrou tenían razón: en semejante situación, la crueldad se convertía en una virtud, y quien rechazaba las duras medidas de la República por tener un alma débil se convertía por ello en su enemigo.

Ahora se trataba, allí en lo más profundo, se trataba de demostrar dónde estaba. Si ahora, a causa de la injusticia que se estaba cometiendo con su persona, se dejaba engañar, si ahora no estaba del lado de la República con toda su alma, incluso de esa República del horror, entonces perdería cualquier derecho a ofrecerse al pueblo en calidad de hermano.

Mientras tanto, en Latour crecía la preocupación. Robinet no podía ocultar a Gilberte que ya no tenía el menor contacto con Fernando. Gilberte no pudo resistir la inactividad durante mucho tiempo. Quería irse a París, quería intentar por sus propios medios ayudar a Fernando.

Monsieur Robinet trato de convencerla de que no hiciera ninguna locura. Las nuevas órdenes prohibían a todos los antiguos nobles residir en París. Si Gilberte se iba de Latour, se exponía a un gran peligro sin que tuviera la menor posibilidad de ayudar a Fernando. Pero ni las explicaciones ni las suplicas la detuvieron. Se marchó a París.

Primero tenía que hablar con Martín Catrou. Era impensable que este dejara pudrirse en la cárcel a su mejor amigo. Con toda seguridad, lo que había pasado era que no se había enterado de que Fernando había sido detenido; esas detenciones eran ahora tan habituales que ya no se les daba la menor importancia. Debía informar a Martín.

Sus sospechas de que Martín no sabía nada de la detención de Fernando se confirmaron. En la Convención se enteró de que se encontraba en Vendée, en una misión especial. Fuera como fuera, debía hacer algo. El tribunal de la revolución trabajaba con espantosa rapidez.

Visitó a la mujer de Martín, la ciudadana Jeanne Catrou. La encontró en su piso atiborrado de muebles. Jeanne la miró con desconfianza. Gilberte había preparado muy bien lo que quería decir. Jeanne sabía lo amigos que eran Martín y Fernando, y era absolutamente inimaginable que el ciudadano Catrou hubiera aceptado la amistad de un enemigo de la patria. Así que la detención de Fernando tenía que ser un error incomprensible, y Gilberte rogaba a la ciudadana Catrou que informara a su marido.

Jeanne nunca había podido soportar a Fernando, desde el principio había desconfiado de él. Y ahora, al parecer, había otros que desconfiaban de él. Escuchó con satisfacción la noticia de su detención. En el fondo, le pareció oportuno que Martín no estuviera en París; la única cosa en la que ella no podía influir era en su amistad con el condesito.

—El delegado Catrou —dijo— está en Vendée por encargo de la Convención

para castigar a los rebeldes vencidos, de modo que no se atrevan a cometer una segunda traición. Ese es un asunto que requiere toda la atención de un hombre. ¿Acaso esperas, ciudadana, que le robe su valioso tiempo por un asunto tan insignificante y personal? No te entiendo, ciudadana. ¿No confías en la justicia de la República? ¿Exiges compasión? La compasión no es una virtud republicana.

Gilberte no se sintió capaz de volver a la inactividad de Latour. Se quedó en París. Se desplazó hasta La Bourbe y buscó la ocasión de hacer llegar a Fernando una nota, de conseguir oír alguna palabra de él. Amigos y parientes de otros prisioneros también se movían por los alrededores de La Bourbe con el mismo objetivo. Gilberte sabía que el dinero tenía mucho poder, y ella llevaba dinero encima. Pero las medidas de seguridad de La Bourbe se habían vuelto muy estrictas, los guardias y vigilantes estaban malhumorados, había innumerables espías; advirtieron a Gilberte que cualquier paso irreflexivo pondría en peligro a su amigo y a ella misma.

Día y noche sopesaba las esperanzas y peligros de Fernando.

Se atrevió a asistir a las sesiones del tribunal de la revolución para ver a los hombres de quienes dependía su destino.

Allí estaban todavía los mismos jueces y miembros del jurado que Fernando en su momento había visto actuar. Pero ellos y sus métodos habían cambiado. Les había dejado muy claro que su función era extirpar del todo el cáncer que devoraba a la República desde dentro, y eso en la menor brevedad posible. La mayoría de aquellas medidas que protegían a los acusados y podían aplazar el pronunciamiento de una sentencia habían sido derogadas. Los miembros del jurado habían recibido instrucciones para que no se entretuvieran con precisión mezquina de tenderos a sopesar lo que este o aquel acusado había hecho o dejado de hacer, sino que se dejaran llevar por su intuición. Debían atenerse a las enseñanzas de Jean-Jacques: «La conciencia es una voz celestial que también guía de forma infalible a los ignorantes».

Los acusados ya no eran llevados ante el tribunal de uno en uno, sino en grupos de doce, quince, en una ocasión incluso veintisiete, reunidos de forma arbitraria por cualquier secretario subalterno:

—El ciudadano Dupont y otros doce conspiradores.

Eran extrañas conspiraciones. Comparecían a la vez antiguos miembros de la alta nobleza, pequeños tenderos que habían excedido el máximo establecido para los precios, una prostituta que había proferido maldiciones monárquicas, un antiguo recaudador general de impuestos y el dueño de un teatro de marionetas que era sospechoso de haberse burlado de la República por medio de sus muñecos; todos ellos, según la acusación, se habían conjurado en la cárcel de Luxemburgo para traicionar a la patria y dar apoyo a los tiranos enemigos.

Gilberte, con la mirada agudizada por el temor, observaba el juicio y a los que eran juzgados. Se dio cuenta de lo apagados y a la vez nerviosos que estaban los miembros del jurado; al parecer, su actividad se había convertido para ellos en rutina,

por más respeto que les inspirara. Gilberte no se consideraba muy lista, ni buena conocedora de las personas, pero aquel miedo palpable la hacía capaz de imaginar lo que sucedía detrás de las frentes de los jueces y de los miembros del jurado. Desde la Convención, desde el municipio de París, desde el club de los jacobinos, les llegaban advertencias:

—¡Cumplid con vuestro deber! ¡Liberadnos de la peste de la traición! ¡Eliminad a todos los culpables sin compasión! Es mejor que se pierda un poco de carne sana antes de que quede un poco de carne podrida en el cuerpo de la República.

Y cada vez en intervalos más cortos, y tras investigaciones más superficiales, llevaban acusados ante el tribunal. Los agotados miembros del jurado apenas podían ya distinguir a unos acusados de otros. Además, los asistentes intervenían, insultaban a los acusados, gritaban a los miembros del jurado: ¡Más deprisa! ¡Más deprisa!

Una nueva desconfianza se extendía por todas partes, todos sospechaban de todos, corrían los rumores, el propio tribunal podía comprarse. Entonces la compasión pasó a ser un delito, y cualquier puesta en libertad despertaba sospechas. Gilberte intuyó cómo debían sentirse por dentro los miembros del jurado en esas circunstancias. Eran buenos hombres por naturaleza, pero obedecían su «voz interior» y decían: Culpable, culpable, muerte, muerte.

Muchos de los acusados, la mayoría al parecer, eran realmente culpables, o al menos habrían querido perjudicar a la República si hubieran tenido ocasión. Pero era evidente que algunos mantenían una actitud indiferente ante cualquier política, y que solo se habían preocupado de sus propias vidas y de conseguir un poco de bienestar. A veces, esos acusados eran dejados en libertad, pero todo dependía de la casualidad, del estado de ánimo del tribunal, precisamente de esa «voz interior», y esta prefería declarar culpables en lugar de inocentes.

Gilberte se imaginaba a Fernando sentado entre los acusados. Supersticiosa, buscaba señales. Él era idéntico al ciudadano Usson, o al ciudadano Renard, y lo que les sucediera a ellos le sucedería a él. Se le helaba la sangre en las venas si el ciudadano Usson era enviado a la guillotina, y se sentía jubilosa si dejaban en libertad al ciudadano Renard.

Desde el tribunal corría a la prisión, de la prisión, a la Convención. En la Convención preguntaba si el delegado Catrou había regresado y cuándo regresaría. Ante La Bourbe preguntaba a todos si no había ningún vigilante con quien quizá pudiera hablar. Y una y otra vez, atraída por el horror, regresaba a las espantosas sesiones del tribunal.

Mientras, los presos de La Bourbe habían encontrado un medio de comunicarse con el mundo exterior a pesar de las estrictas medidas. Habían descubierto que determinados tuberías de las letrinas eran buenas conductoras del sonido, desde y hasta las catacumbas, a las que los tubos conducían. Podía oírse lo que se hablaba en ese mundo subterráneo, y podían hablar con él.

Era conmovedor y grotesco ver cómo la voz de un amigo, de una amante, subía a

través de los excrementos. Era excitante imaginarse cómo el que llamaba había descendido a aquellas profundidades sucias y malolientes y había esperado durante horas hasta que su voz llegaba a aquel que buscaba.

Cada día, entre mucho secreteo, este o aquel era llamado a las letrinas para oír, desde la cloaca, la voz de alguien querido.

Fernando se horrorizó feliz, cuando un día también él fue llamado, en secreto y a toda prisa, para que fuera a las letrinas. Mientras iba hacia allí, jugaba al escondite consigo mismo, se imaginaba que era Eugénie, la que tenía algo que decirle, y no quería confesarse cuál era la voz que de verdad esperaba.

Luego llegó la voz, la voz de Gilberte. Dijo pocas palabras y muy sencillas. Le dijo:

—¿Cómo estás? Estamos haciendo todo cuanto podemos por ti. No puedo darte detalles. Pero seguro que saldrá bien. —Y también le dijo—: No temas nada.

Allí estaba esa Gilberte, su Gilberte, metida hasta las rodillas en la porquería, para dejarle oír su voz y para oír la suya. Aquello le desgarraba el corazón, pero a la vez se sentía feliz. Sin embargo, lo que ella estaba haciendo no dejaba de ser un disparate. Solo se ponía en peligro a sí misma y, por supuesto, no podía ayudarle en nada, y con toda seguridad, aquello que le decía se lo estaba inventando para consolarlo. Pero lo consolaba. Las palabras que subían hasta él envueltas en toda aquella pestilencia, repugnancia y ridiculez penetraron en sus oídos y en su corazón mejor que la más hermosa de las músicas.

La prisión en La Bourbe se le hizo más llevadera, el sueño más tranquilo. Siguió siendo consciente de que sus palabras no eran más que sueños y deseos: sin embargo, su mensaje le dio esperanza y paz.

Lepelletier había expuesto en una ocasión la forma tan despilfarradora con que la naturaleza destruía, en cantidades ingentes, para producir algo nuevo, más sublime, y así lo hacía también el paso de la humanidad si se miraba la historia universal. Su amigo había tenido razón. Fernando creía, sabía, que al final de todos aquellos sucesos insignificantes, contradictorios, repugnantes, que ocurrían por todas partes a su alrededor, surgiría algo grande, la nueva Francia, la Francia de Jean-Jacques.

En medio de la locura y el espanto de La Bourbe escuchaba la voz de Gilberte. La pestilencia de la que surgía su voz desapareció, su voz, clara y llena de confianza, permaneció.

La venganza de Jean-Jacques

Sucedió tal y como el ciudadano Vincent Huret, el alcalde de Senlis, había sospechado, con el ánimo ensombrecido, al saber de la caída del delegado Chaplaine. Se inició una investigación contra él, fue declarado sospechoso, destituido de su

cargo y sometido a arresto domiciliario.

El compadre Mauricio se alegró. Había llegado la hora en que los bárbaros tendrían que pagar haber jugado con él de forma tan humillante. El compadre Mauricio y otros testigos de Ermenonville aparecieron ante las autoridades encargadas de la seguridad e informaron con detalles acusadores de cómo los de Senlis, azuzados por el perverso ateísmo de su alcalde, habían profanado los lugares predilectos de Jean-Jacques, tan temeroso de Dios. Se escribió un completo protocolo.

Maximilien Robespierre, que veía como un asunto personal las grandes acciones contra los sin Dios, se hizo llevar todas las actas que estuvieran relacionadas con la lucha en favor del Ser Supremo. Así se enteró de la destrucción del parque de Ermenonville.

Su rostro, de un pálido verdoso, empalideció aún más. Los jardines por los que había paseado Jean-Jacques, en los que él, Maximilien, había mantenido con el maestro una inolvidable conversación y donde había pronunciado una promesa que tendría grandes consecuencias para la historia, los lugares donde había nacido la Revolución ¡habían sido destruidos! Pero él iba a reparar el daño cometido. Iba a dar al muerto una magnífica satisfacción. Y ya sabía cómo.

Se animó. Ese sacrificio expiatorio le ofrecía además una nueva oportunidad de demostrar una vez más a Saint-Just su amistad fraternal y su gran aprecio.

En el momento adecuado.

Y es que Saint-Just tenía que desplazarse por aquellos días hasta los ejércitos del Rin para vigilar *in situ* a los ejércitos en lucha, en calidad de comisario político. Era un asunto peligroso, en más de una ocasión, los generales rebeldes habían eliminado a los molestos observadores. Maximilien mandaba a su Saint-Just al frente con orgullo, pero no sin preocupación. Y precisamente ahora, con la decisión que había tomado, podría reconocer con alegría que el amigo, en su momento, había tenido la visión correcta de las cosas.

Le contó la infantil travesura de los ateos de Senlis y le dijo:

—Ermenonville no es un buen lugar para Jean-Jacques —y continuó—: Vos tuvisteis razón, mi querido Antoine, cuando visitamos la tumba de Jean-Jacques, yo estaba equivocado. Tal y como vos propusisteis entonces, vamos a trasladar el apreciado cadáver al Panteón.

El delicado rostro de Saint-Just se sonrojó. ¿Había habido jamás en el mundo algún poderoso que reconociera un error con tanta franqueza como su amigo Maximilien? ¡Con qué generosidad le atribuía el mérito a él, a Antoine, por el planeado homenaje a Jean-Jacques! Y eso que Maximilien dedicaba todo su ser y su actividad a la mayor gloria de Jean-Jacques.

De nuevo, de forma arrolladora, se abrió paso en la conciencia de Saint-Just el tremendo trabajo de Maximilien. Lo que la República de Roma había tardado cinco siglos en conseguir, lo había hecho realidad Maximilien en cinco años. El escenario

del mundo había estado vacío desde los romanos: Maximilien Robespierre lo había llenado de sentido y de vida.

Saint-Just habría participado gustoso en las grandes honras fúnebres. Pero tenía que estar en el frente en un plazo máximo de cuatro días, y el pintor Jacques-Luis David dijo que necesitaba semanas para preparar, según los deseos de Robespierre, unas honras fúnebres al maestro como jamás se habían dedicado a ningún rey de Francia.

Sin embargo, Saint-Just podía proponer a un excelente ayudante: su amigo Martín Catrou.

Este había regresado por fin de Vendée. Allí había hecho un buen trabajo. Incluso Robespierre, parco en alabanzas, se lo había reconocido y aceptó, sin poner objeción alguna, la propuesta de Saint-Just cuando este sugirió que le asignaran a Martín como segundo comisario. Pero Martín Catrou, antes de seguir a Saint-Just hasta el frente, debía colaborar en los preparativos de las honras funerarias; él, hijo de Ermenonville, debía ocuparse de mantener el orden allí y preparar el traslado del cadáver a París.

Martín se había sentido feliz de los servicios que había podido prestar a la República en Vendée, y aún más feliz por los servicios que podría prestarle, bajo las órdenes de Saint-Just, a orillas del Rin. Su satisfacción se veía coronada por la responsabilidad de enmendar lo que se había hecho mal en Ermenonville.

En primer lugar —el tribunal de la revolución trabajaba muy deprisa— dio las indicaciones pertinentes para que se dejara de lado el proceso contra los Girardin.

Luego viajó hasta Senlis.

Interrogó personalmente al ciudadano Huret y ordenó que Huret debía responder ante el tribunal de París, y no ante la jurisdicción más indulgente.

Luego reunió información sobre la viuda de Jean-Jacques y su *homme de confiance*, el caballero del antiguo noble.

A Nicolás y a Teresa las cosas les habían ido del modo siguiente:

Cuando empezó la lucha contra los ateos, Nicolás se había olido enseguida la desgracia. A él le daba igual quién saliera vencedor, si la Diosa de la Razón o el Ser Supremo; pero veía claro que ahora su amigo y benefactor Chaplaine tendría que pagar por sus buenos chistes sobre Dios Padre y el Espíritu Santo. Aquel desagradable Robespierre no había tardado mucho en hacer referencias inconfundibles a Chaplaine en su gran discurso fundamental contra los ateos. Nicolás lo leyó, silbó entre dientes y dijo:

—¡Sálvese quien pueda! —ordenó a Teresa que se vistiera y arreglara de forma digna, cojeó con ella, a toda prisa, hasta la casa de aquel que, hasta entonces, había sido su amigo y legislador.

Tal y como había sospechado, ya estaban allí los funcionarios de la República realizando su trabajo, sellándolo todo.

—¡Cómo os atrevéis, ciudadanos funcionarios! —los increpó Nicolás, y señalando el manuscrito de *La nueva Eloísa*, les explicó—: ¡Estos papeles pertenecen

a la viuda de Jean-Jacques! ¡Habla, respetable mujer! —se dirigió entonces a Teresa —. ¡Haz saber a estos apresurados ciudadanos que con su precipitación están haciendo violencia a la esposa del maestro!

Y Teresa, tal y como él la había adoctrinado, confirmó su versión:

—Solo presté este manuscrito al criminal Chaplaine. Con sus simulaciones me engañó a mí, igual como hizo con la República.

Los funcionarios se quedaron impresionados. Allí estaba la viuda de Jean-Jacques en persona, y aquel que la molestara atraería sobre su cabeza las iras de Robespierre. Le entregaron el manuscrito.

A toda prisa, Nicolás se alejó de la desagradecida ciudad de París, llevándose consigo a Teresa y a *La nueva Eloísa*, y regresó a Plessis, aún más necesitado que cuando abandonó la ciudad, bajo el tejado de paja del ciudadano Bessat.

Teresa tenía la sensación inequívoca de que la caída de Nicolás y la suya propia era la venganza de Jean-Jacques. Apenas de regreso en Plessis, se acercó hasta su tumba. Allí era donde debería haberse quedado, como su madre se lo había ordenado, nunca debería haberse ido a París. Ella y Nicolás se habían acostumbrado a la opulencia y ahora Jean-Jacques los había obligado a volver junto a su tumba. Humildemente le pidió perdón.

Allí estaban de nuevo rodeados por el mobiliario de Jean-Jacques. Al menos Nicolás, tan listo, había sabido salvar algo de aquel desastre; los papeles descansaban en el arcón. Pero eso no era ningún consuelo, y Nicolás maldecía y renegaba. Lleno de amargura, declaró que solo los tontos tenían suerte, y que, por lo tanto, Teresa tenía la maldita obligación, al menos, de tener suerte.

De hecho parecía que Teresa, también esta vez, cumpliría con su obligación. Los rumores corrían a gran velocidad; incluso antes de que Martín Catrou apareciera por Ermenonville, se rumoreaba que el cadáver de Jean-Jacques sería trasladado a París. Brillaba de nuevo el rojo del amanecer. Nicolás, con su gran capacidad para sacar conclusiones, calculó que el traslado del cadáver no se haría sin unas magníficas honras fúnebres. Dificilmente iban a prescindir de la viuda de Jean-Jacques, la sacarían de aquel rincón del mundo para otorgarle el lugar de honor que le correspondía. Y él, Nicolás, no iba a dejar perder la ocasión de abrir los ojos a los señores jacobinos para que comprendieran que él, el *homme de confiance* de la viuda, no podía faltar en semejante jolgorio. ¡Hurra, John Bally, cabalgaba de nuevo!

Nicolás se había alegrado demasiado pronto. El delegado Catrou llegó, se informó y desaprobó lo que vio. Esa mujerzuela tenía la desfachatez de seguir haciéndose pasar por la fiel compañera de Jean-Jacques mientras retozaba con su amante, cerca de la tumba del hombre a quien habían quitado de en medio. ¡Y la Convención, que no tenía ni idea de aquello, se disponía a honrarla durante el traslado del cadáver! Formaba parte de su tarea, de la misión de Martín, impedirlo.

Por otro lado, no era demasiado conveniente despertar el recuerdo de la lamentable muerte de Jean-Jacques aireando las relaciones vergonzosas de aquellos

dos. Martín, con una sonrisa dura, pensaba en cómo había despreciado entonces al seigneur cuando este no se atrevió a poner las manos encima a los asesinos. Él, Martín, estaba hecho de otra madera. Mantendría apartada a aquella mala ralea del gran día y los arrojaría de nuevo a la oscuridad a la que pertenecían: y a pesar de todo, nadie podría torcer el gesto en lo que se refería a Jean-Jacques.

Esos dos, ¿no habían sido amigos del condenado ateo Chaplaine? ¿No habían formado parte de su camarilla? ¿No existía casi la certeza de que habían tenido conocimiento de sus conspiraciones y de sus trapicheos?

Para empezar, Martín los hizo declarar sospechosos. Dio instrucciones para que se registrara su casa y se les mantuviera bajo estricto arresto.

Apareció bajo el techo de paja del ciudadano Bessat el fiscal de la República. Ante los ojos del furioso e impotente Nicolás, se llevaron el manuscrito de *La nueva Eloísa*, junto con el arcón, y unos guardias quedaron apostados ante la puerta.

Nicolás, en la casa desolada y ventosa, dijo con rencor:

—Todo nos lo roban, los papeles, incluso el cadáver.

Teresa reflexionó abatida:

—Jean-Jacques siempre lo decía: «El mundo entero nos persigue» —luego, suspirando, se consoló—: Al menos nos queda la tumba de mi madre.

Pero esto ya fue demasiado para Nicolás. Se levantó jadeando, cojeó hasta donde ella se encontraba, amenazador. Ella lo esperó, paralizada. Ya lo tenía delante. Él le abofeteó la cara con fuerza, primero la mejilla derecha, luego la izquierda.

Los ladrones de tumbas

Martín Catrou mientras tanto visitaba los jardines de Ermenonville. Se acordaba, no sin emoción, de cada rincón y de cada lugar, y la devastación que encontró lo apesadumbró y lo dejó pensativo. Pero no reconoció su conmoción ni ante sí mismo. No, a él todos aquellos cachivaches no le importaban; lo que lo amargaba era que los *enragés* hubieran destruido a golpes cosas que Jean-Jacques apreciaba.

Había que volver a poner en orden los jardines. Lo mejor sería encargárselo al marqués. Su rostro anguloso sonrió con malicia porque, de pronto, el ciudadano Girardin había vuelto a ser para él el marqués.

En Senlis se había enterado de que se habían llevado a Fernando a París y de que en Ermenonville solo estaba el viejo Girardin. Esto lo contrarió. Porque si bien había ordenado la suspensión del proceso y no la puesta en libertad de los Girardin, lo había hecho para poder comunicárselo él mismo. Ahora, de camino hacia el castillo, sintió con mayor intensidad el cosquilleo de presentarse a su antiguo seigneur, de igual a igual, y anunciarle, magnánimo, esa gracia, como representante de la República. Lástima que a esa expectación que sentía, no exenta de orgullo, se mezclara la

timidez. Había comunicado a generales y altos cargos de la República su inmediata ejecución con la misma indiferencia con que habría exigido una cama para pasar la noche o un plato de sopa; no iba a resultarle tan fácil comunicar al marqués que iban a exhumar el cadáver de Jean-Jacques para llevárselo. Seguro que el marqués estaba convencido de que velar por el muerto era algo que le correspondía a él y solo a él.

Girardin, cuando Martín llegó al castillo, yacía en la cama, consumido y extenuado. No había podido comprender que los bárbaros ni siquiera hubieran perdonado los jardines de Ermenonville, los jardines de Jean-Jacques, el lugar más sagrado de Francia. Se había obligado a salir para ver los destrozos. Pero no había podido soportar la visión y tras unos pocos pasos había tenido que dar media vuelta. Además, de acuerdo con la orden del alcalde de Senlis, durante ese tiempo de negra desesperación había estado cruelmente solo; solo en los últimos días, tras la detención del alcalde, habían permitido que al menos el fiel Gerber pasara a verlo. Había habido horas en las que el valiente soldado Girardin había pensado muy en serio en quitarse la vida, y para protegerse de eso había echado mano, una y otra vez, de *La nueva Eloísa* y había leído las severas advertencias de Jean-Jacques contra el suicidio.

Cuando le fue anunciado que el delegado Catrou deseaba hablar con él, sintió un terrible espanto. Creyó que ese muchacho, Catrou, que ya de joven había sido su enemigo y un rebelde, le traía su sentencia y de pronto lo asaltó un miedo tremendo ante la muerte que tanto había deseado.

Un instante después ya se había recuperado, muy militar, el vencedor de Hastenbeck. Buscó grandes ejemplos de la Antigüedad para mantener en pie su estoicismo, el ejemplo de Sócrates y Séneca. Temblando de debilidad, se hizo vestir con toda pompa para recibir con dignidad al mensajero de su desgracia.

Frío, cortés, de la cabeza a los pies el seigneur de Ermenonville, miró al representante de la República a la cara.

—¿Qué malas noticias me traéis, ciudadano legislador? —le preguntó.

Martín no tuvo corazón para tutear al anciano como indicaban las normas.

—Me alegro de poder comunicaros —dijo con sequedad— que no existe ninguna sospecha sobre vuestra lealtad. He dado orden de que se retiren los soldados de la guardia y de retirar el sello de vuestras propiedades.

—Gracias, monsieur —dijo Girardin.

—Ha llegado a nuestros oídos —siguió diciendo Martín— que ciudadanos de Senlis, en un exceso de patriotismo, han malinterpretado las estatuas de vuestro jardín y las han dañado. La República lo lamenta, sobre todo porque todo eso ha sucedido cerca de la tumba de Jean-Jacques. La República ha advertido a los culpables y va a enmendar el mal hecho. —Y no sin cierta afabilidad, concluyó—: Si lo deseáis, podríais supervisar vos mismo los trabajos de reparación.

—Gracias, monsieur —dijo de nuevo Girardin.

Pero entonces no pudo contenerse más. Con voz ahogada, preguntó:

—¿Y qué pasa con mi hijo?

Martín, con cierta precipitación, casi molesto, contestó:

—Por supuesto, Fernando también será puesto en libertad.

El marqués no habría podido imaginar jamás que la vida pudiera parecerle tan luminosa. Sintió las espaldas más ligeras, el corazón más ligero. Casi habría abrazado a aquel hombre odioso que le proporcionaba semejante alegría.

Martín no le dio tiempo para que encontrara las palabras adecuadas a sus sentimientos. No quería parecer sensible. Sin transición alguna, le comunicó su tercer y amargo mensaje:

—Comprenderéis que la República no quiera exponer los restos de Jean-Jacques a otros incidentes. Tomará bajo su protección esos valiosos restos.

El marqués, arrancado de forma tan súbita de su felicidad, tragó saliva, tuvo que sentarse.

—¿Qué significa eso? —preguntó con esfuerzo.

La frente de Martín se llenó de manchas rojas. Que el marqués se afectara tanto lo había pillado desprevenido. Todavía no era lo bastante disciplinado, era demasiado bondadoso, debería haber dejado que se le comunicara por la vía administrativa al viejo el levantamiento de su arresto y la próxima exhumación del cadáver. En Vendée, bajo las más difíciles circunstancias, no había seguido otra pauta de actuación que los mandatos de la razón; apenas de regreso a ese estúpido lugar de Ermenonville se dejaba arrastrar por sentimentalismos, considerando cómo podrían afectar a un antiguo noble. Adelantó la cabeza.

—¡El cadáver será trasladado al Panteón! —le explicó, levantando la voz con estridencia, como para dar una orden.

Girardin —el viejo y el nuevo Martín se le confundían en uno— protestó:

—¡No podéis hacerme esto, Martín! ¡Mandadme al patíbulo, pero dejad aquí a Jean-Jacques! —Se levantó—. ¡Os prohíbo cometer este crimen! —gritó y dirigió su bastón contra él.

Martín, con un desprecio casi compasivo, le advirtió:

—Los rápidos cambios de los últimos tiempos os han alterado. No discutiré con vos. Pero no olvidéis que no estáis hablando con el ciudadano Catrou; es la República quien habla con vos. —Y paciente y a la vez impaciente explicó al viejo, que se comportaba de aquel modo tan infantil—: Intentad comprenderlo: el pueblo tiene derecho a Jean-Jacques, Jean-Jacques tiene derecho al agradecimiento del pueblo. Jean-Jacques no te pertenece a ti, viejo, Jean-Jacques pertenece a la República.

Girardin había creído que los sufrimientos de aquellas últimas semanas habían sido ya suficiente castigo por todo aquello que había descuidado. Pero era ahora cuando caía sobre él la pena que el destino había ingeniado, mucho más cruel y dura de lo que hubiera podido siquiera imaginar.

Se ordenó ser razonable. Pensó: Ahí está este muchacho, tan joven y tan rudo, con su ridícula escarapela tricolor y su ridículo sombrero de plumas convertido en ladrón de tumbas y tan necio como un muro, sin saber siquiera lo que hace. Tiene que haber

palabras que le hagan comprender que está cometiendo un crimen contra Jean-Jacques.

—¡Comprendedlo! —le suplicó, le ordenó—. Jean-Jacques deseó que sus restos descansaran aquí, en el seno de la naturaleza. *Autòs épha*, dijo él mismo, justo con estas palabras, delante de mí. Quiso descansar aquí, bajo la luz y la bóveda del cielo, no bajo la bóveda de un tenebroso edificio. Es la última voluntad de Jean-Jacques — Girardin hablaba deprisa, en extremo apremiante. Pensaba febril qué podía hacer para disuadir a aquel joven, el ladrón de tumbas, de su horrible propósito.

Tenía que humillarse ante él, eso era, debía humillarse ante ese necio, vanidoso y pintoresco fatuo, como el viejo Príamo se había humillado ante Aquiles por el cadáver de Héctor. —¡Dejad aquí a Jean-Jacques! —lo conminó—. ¡No profanéis sus restos! ¡Dejadlo aquí! —hablaba en voz muy baja. Se dispuso a arrodillarse, pero no tuvo fuerzas.

Martín estaba cansado de aquel espectáculo de mal gusto. Tenía cosas más importantes que hacer que consolar al viejo loco.

—*Adieu*, ciudadano Girardin —dijo, y se fue.

Se preguntó si realmente, tal y como tenía previsto, debía comunicar personalmente a Fernando su puesta en libertad. Tres días después partiría hacia el frente, estaba sobrecargado de trabajo: ¿debía malgastar tiempo por un capricho personal?

Era más que un capricho. Sabía, por experiencia, que siempre que discutía con aquel extraño amigo de su juventud encontraba la palabra más adecuada para aquello que lo preocupaba y veía con mayor claridad su tarea. Se desplazó hasta La Bourbe.

Fernando, cuando le avisaron de que el delegado Catrou lo esperaba en el salón, se estremeció. ¿Le traía Martín la libertad? ¿O venía aquel extraño amigo a demostrarle, con su lógica republicana, que el bienestar del Estado requería su muerte?

El salón, de día y sin gente, se veía grande y deslucido. Martín estaba sentado a sus anchas, corpulento, junto a una de las mesas; llevaba la escarapela tricolor, el sombrero de plumas ante él, sobre la mesa. Le dijo de inmediato:

—Estoy aquí para comunicarte que eres libre.

Fernando contestó:

—Es una amabilidad por tu parte que te hayas tomado la molestia.

Pero sabía que ahora iba a meterse en una discusión muy importante. No solo las palabras eran importantes, también el tono en que fueran expresadas, cada mínimo matiz, y Fernando estaba decidido a no mentir, ni con las palabras ni con el silencio, y a no maquillarlas ni con gestos ni con la expresión de su rostro. Le pareció como si, en esa conversación, culminara toda su vida hasta ese momento. Debía justificarse ante Martín, el amigo-enemigo, el representante del pueblo. Debía demostrar que su puesta en libertad no era una gracia, sino un derecho. Ciertamente, a veces había sido débil y estaba dispuesto a reconocer sus errores y debilidades; pero había luchado por

avanzar, había dado pruebas, en la más profunda de las angustias y a la vista de la muerte, se había declarado de acuerdo con su destino y se había sometido, en su interior, a la República, hiciera esta lo que hiciera.

Martín ya estaba diciendo:

—Por supuesto, crees que se ha cometido una injusticia contigo.

Fernando respondió:

—Comprendo que para algunas personas yo fuera sospechoso. —No pudo evitar añadir—: Además, da completamente igual lo que yo crea.

—No da igual —lo corrigió de inmediato, casi desafiante, Martín—. Si crees que se ha cometido una injusticia contigo, eres culpable.

—No se ha cometido ninguna injusticia conmigo —respondió con sinceridad Fernando.

Martín no cedió.

—En estos tiempos de extrema necesidad —le anunció—, los derechos individuales están por detrás de los derechos de la comunidad. Eso quizá lo reconozcas.

—Lo reconozco —contestó paciente Fernando.

—Es muy amable por tu parte —se burló Martín—. Pero dime —siguió provocándolo—, ¿habrías votado tú en favor de la muerte de Luis? ¿Habrías votado a favor del exterminio de tus moderados?

—No lo sé —repuso Fernando—. Probablemente no —reconoció.

—¡Lo ves! —exclamó Martín triunfal. Se levantó de un salto y caminó de un lado a otro por entre las sillas vacías, adoctrinándolo:

—Aquel que solo hace a medias la Revolución está cavando su tumba y la de la República. ¡Ay, vosotros, los instruidos! —estalló—. ¡Tan débiles! ¡Habéis querido la Revolución, pero solo la habéis querido a medias! Cuando ha habido que actuar con dureza, cuando la severidad y el horror han sido necesarios, os habéis acobardado y os habéis parapetado detrás de vuestra estúpida «humanidad». Si hubiera dependido de vosotros, la República habría sido derrotada y destruida. ¡Traidores! —su voz llenaba la estancia, adelantó la cabeza hacia Fernando.

Este luchaba por mantener la calma. Había un rastro de verdad en lo que el otro decía. Él mismo, cuando pensaba en el destino de los girondinos, había tenido parecidos sentimientos.

—¿Por qué me dejas libre si crees que soy un traidor? —dijo con toda serenidad. No era una respuesta lógica, pero sabía que Martín lo entendía.

Martín lo entendía, efectivamente. Reflexivo también él, más calmado, algo malhumorado, dijo:

—Lo que intento explicarte desde hace dieciséis años es que tú no nos entiendes. Tú no entiendes al pueblo debido a tus orígenes, no puedes entenderlo. Porque no lo entendéis, los de arriba, lo habéis hecho todo a medias, y por lo tanto de forma incorrecta.

Y acordándose de otra conversación, se plantó ante Fernando y, sin transición, le informó con precisión y al mismo tiempo triunfal:

—Yo redacté una ley sobre la abolición de la esclavitud en las colonias. La Convención aprobó esa ley. La esclavitud ha sido abolida, sin más.

Fernando debería haberse alegrado. No se alegró, solo sentía rabia. Pero Martín seguía echándole cosas en cara:

—Yo he obrado con energía allí donde tú y tus amigos instruidos fracasasteis.

¡Y era cierto! Martín había actuado, mientras que ellos se habían limitado a hablar, y la esclavitud había sido abolida.

Pero era justo eso lo que irritaba a Fernando. Todo en Martín, su modo de estar de pie ante él, corpulento e insolente, su modo de hablar, sobrio y sin embargo incisivo e irónico, lo irritaba y lo enojaba. El Jean-Jacques de piedra los miraba desde arriba con sus ojos grandes y hundidos en las cuencas y le daba la razón a Martín; las patrióticas inscripciones: «El hombre libre ama la libertad aunque le haya sido arrebatada» y todos los demás disparates grandilocuentes que gritaban desde las paredes, adquirirían sentido y daban la razón a Martín. La ira dificultaba la respiración a Fernando, volvió a ser un adolescente, y el otro, el hijo de la tendera que se burlaba del hijo del seigneur y le sacaba la lengua, y él, Fernando, no lo aguantaría por más tiempo y de un momento a otro golpearía aquel rostro sonriente y anguloso.

Se contuvo. El otro tenía razón y él tenía que dársela, aunque le resultara difícil. Respiró hondo y dijo, incluso con cierto calor en la voz:

—Has hecho algo bueno y necesario, Martín.

Este percibió el esfuerzo que le costaban al otro esas palabras, lo sintió muy próximo y le habría gustado decirle algo amistoso.

Pero era republicano, no era un sentimental.

—Otra cosa —dijo—, tú aquí no te habrás enterado de que algunos, en un exceso de celo, han causado destrozos en Ermenonville. No, a tu padre no le ha pasado nada —lo tranquilizó en cuanto vio que Fernando se sobresaltaba—. Pero ese incidente ha empujado a Robespierre a tomar una decisión que había que haber tomado hace tiempo. —Y le informó con concisión—: Vamos a trasladar el cadáver de Jean-Jacques al Panteón.

Fernando sintió pena por Ermenonville y pensó en lo mucho que esos planes debían haber afectado a su padre. Pero cerró su rostro, guardó silencio.

Eso hizo que Martín se sintiera incómodo. Con cierta rudeza dijo:

—Supongo que ahora querrás irte a Ermenonville. Pero si prefieres quedarte en París, te haré extender un permiso especial. —Y como Fernando siguiera callado, continuó, amistoso, casi suplicante—: ¡Di algo! ¿Qué piensas hacer?

Fernando, con súbita decisión, le reveló lo que hasta entonces no había dejado que nadie supiera:

—Quise alistarme en el ejército, pero no me aceptaron.

Martín se quedó consternado, pero solo durante un instante. Miró el pie tullido del

otro y pensó: Y con razón; también pensó: un antiguo noble no pinta nada en el ejército. Dijo:

—Hay una disposición, según la cual los antiguos nobles, si son útiles, pueden ser utilizados al servicio de la República.

—¿Quiere eso decir —preguntó Fernando esperanzado— que me ayudarías si me presentara por segunda vez?

Martín, después de pensarlo brevemente, esforzándose en hablar de forma casual, dijo:

—Dentro de pocos días me uniré a los ejércitos del Rin, con Saint-Just como comisario político.

El rostro enjuto y expresivo de Fernando reflejó con claridad sus sentimientos contradictorios, su alegría por la alta distinción de que había sido objeto el amigo, su miedo por él.

—Eso es fantástico —exclamó, y con franqueza, añadió—: pero es un asunto peligroso.

Martín no respondió a eso.

—No excluyo la posibilidad —siguió especulando— de poder darte una ocupación en el ejército. Puedo hacerlo —declaró con creciente calidez—. Antes de irme al frente lo dejaré arreglado —concluyó.

Vio cómo sus palabras emocionaban al amigo y lo refrenó:

—De todos modos, tendrás que esperar un tiempo. No quiero tenerte en el frente antes de saber qué voy a hacer contigo.

Fernando, sonrojado de felicidad, no pudo hablar. Martín no quería manifestar su propia emoción; bromeó:

—Pero no debes sentirte mortificado si en el frente no te quitamos los ojos de encima.

—Dudo que podáis vigilarme más que aquí —dijo animoso Fernando. Y añadió—: Gracias, Martín.

Ermenonville declina

Fernando, sin anunciarse, se dirigió a Ermenonville.

Recorrió los desolados jardines, vio los bustos destruidos, subió hasta el derribado Templo de la Filosofía. Se sentó, incómodo sobre las caídas columnas, dejó vagar la vista por el lago y el parque y se sorprendió al comprobar con qué rapidez declinaba el parque, antes tan cuidado. Los árboles y los matorrales crecían a su antojo, la hierba y la mala hierba cubrían los caminos.

Pensamientos blasfemos se insinuaron en su mente. Ahora que los jardines no eran atendidos por nadie y el «bosque» y el «desierto» eran menos artificiales, ahora

que las construcciones habían sido derruidas y todo estaba cubierto de hierbajos y flores silvestres, Ermenonville lo interpelaba más que antes. Quizá el propio Jean-Jacques, si hubiera conocido las grandes y abiertas llanuras de América y sus bosques sin fin, habría contemplado la delicada y artificial «naturaleza» de Ermenonville con otros ojos. Sí, quizá Jean-Jacques, aun sin conocer América, si hubiera vivido la Revolución, habría buscado otra naturaleza. Fernando fue hasta su claro, matorrales y matojos lo habían invadido. No sintió ningún deseo de comprobar el eco, como había hecho en el pasado con el maestro, practicando con pasión aquel juego. «Libertad e Igualdad» había gritado Jean-Jacques, y el eco había sido confuso, desfigurado, amenazador.

Se encaminó al castillo. Oyó el sonido suave de un violín. Se acercó. Se asustó. Allí estaba Jean-Jacques y tocaba el violín.

Sí, monsieur Gerber, que era un hombre de mediana edad pero envejecido prematuramente, ahora se parecía de forma sorprendente al maestro.

—¡Fernando, mi Fernando! —exclamó—: Dejad que os abrace —dijo, dejando a un lado con cuidado el violín, y abrazó a Fernando.

Juntos siguieron paseando por el destrozado parque.

—Cuando me vi obligado a contemplar la obra de los bárbaros sin poder hacer nada —reconoció monsieur Gerber—, me asaltó una ira nada filosófica. Pero después pensé que Jean-Jacques había enseñado que había casos en los que está permitida la barbarie y esa gente de Senlis habían supuesto, aunque de forma errónea, uno de esos casos.

Fernando, con un vago gesto que abarcaba los jardines, preguntó:

—¿Cómo ha podido soportar mi padre todo esto?

—Primero —contestó monsieur Gerber— pareció como si nunca fuera a sobreponerse. Ahora se ha apaciguado, quizá demasiado. Está muy debilitado. No os asustéis cuando le veáis. —Volvió a su filosofía—. A estas alturas, el curso de los acontecimientos debería haber demostrado a los pensadores, *ad oculos*, que la humanidad no puede enseñarse a la humanidad sin derramamiento de sangre. Pero aunque yo lo sepa por mi Jean-Jacques y mi Lucrecio, por no hablar de mi propia experiencia, se me sigue revolviendo la bilis cuando leo acerca de las arbitrariedades del Gobierno de París, y mi obstinado corazón dice no allí donde mi razón dice sí. Al menos —concluyó suspirando—, no se me exige que participe. Feliz aquel que no está obligado a actuar.

Desde el lago, resplandecía mate, entre los álamos, la tumba de Jean-Jacques. Monsieur Gerber, ante esa vista, comentó con enojo y desprecio:

—Las personas sensatas, que no son capaces de ninguna rebelión, volterianas, afirman que todo depende de la obra de un hombre, no de su aura, y aún menos de su permanencia. Yo digo: todo cuanto tiene que ver con un gran hombre está bendecido, los caminos que pisó, los árboles entre los que paseó. Y tres veces santos son los lugares donde descansan sus restos. Aquellos que sean capaces de vaciar la tumba de

Jean-Jacques no merecen llevar rostros de seres humanos. Quizá la historia les perdona otras de sus salvajes acciones: pero que arranquen a este muerto de su tumba ¡los califica por toda la eternidad de bárbaros!

Fernando preguntó, con sentido práctico:

—¿Sabe mi padre lo que va a suceder?

Monsieur Gerber le informó:

—El señor marqués ha decidido abandonar Ermenonville antes de que desentierren el cadáver. Tiene el propósito de no regresar jamás aquí.

Habían llegado a la orilla del lago. Lleno de profunda piedad, monsieur Gerber contempló la tumba, que aún no estaba vacía.

—Aquí descansa el más grande de los mortales que ha pisado la tierra desde Lucrecio —dijo, y con voz contenida y conmovida recitó los versos con que Lucrecio honra a su maestro:

¡Oh, tú, que quisiste ser el primero en levantar
la antorcha encendida
en medio de la oscuridad y de la noche,
iluminando los dones de la existencia,
seguir tus pasos con toda humildad, maestro inmortal,
es lo que da sentido a mi vida, y tus palabras de oro
son, eternas, el único alimento de mi alma.

—Perdonad si me entusiasmo —dijo—. Pero durante todo este tiempo no ha habido nadie aquí, a excepción de vuestro padre, con quien pudiera conversar.

Fernando le estrechó la mano. Luego le pidió que preparara a su padre para su llegada. Gerber se marchó y Fernando remó solo hasta la pequeña isla.

No sintió ninguna emoción intensa. Para su sorpresa, aquel lugar donde con tanta frecuencia había estado en pie o de rodillas, rodeado de un amasijo de rostros, de sueños alegres y tenebrosos y de altos propósitos, lo dejó frío. El noble entusiasmo de Gerber le había sido negado.

Cuando Fernando llegó al castillo, su padre se había levantado, no había querido recibir al hijo en la cama. Lo abrazó.

—¡Hijo mío! ¡Mi Fernando! —lo saludó con voz debilitada—. ¡Poder verte una vez más! ¡Y en Ermenonville! ¡Y libre! ¿Tienes tu tarjeta de ciudadano? —se informó temeroso.

Fernando, aunque Gerber le había informado, comprobó con espanto el aspecto débil y consumido de su padre y sus temblores. Le rogó apremiante que se acostara de nuevo. Echó a los criados, le ayudó él mismo a desvestirse.

La feliz excitación había afectado a Girardin. Yació largo rato con los ojos cerrados. Finalmente, dijo:

—¿Ha sido muy duro para ti?

Fernando, sentado en la cama, contestó:

—A veces me resultó muy difícil.

—Intenté —le contó, siempre con los ojos cerrados Girardin— distraerme del horror por medio del trabajo. He ampliado mi ensayo sobre la voluntad general hasta convertirlo en un libro docente de interés general —abrió los ojos y se incorporó un poco—. Te lo voy a leer —le anunció—. Pero no hoy. La alegría de volver a verte me ha agotado. —Sonrió y volvió a recostarse—. Desde luego, un soldado no debería decir esto —dijo, cerró los ojos y se durmió.

Mañana, pasado mañana y toda la vida

Dos horas más tarde estaba allí Gilberte. Había estado esperando a Fernando, había esperado como nunca en su vida.

Ahora estaban uno frente a la otra y se miraban como si se vieran por primera vez.

Para él, desde que su voz se había abierto paso hasta él a través de los excrementos y de las profundidades, su imagen se había modificado. Había dado a esa voz un aspecto de ensueño. Ahora tenía delante a Gilberte en persona, seguía siendo la Gilberte de los primeros tiempos y también la Gilberte de sus sueños, pero muy distinta, mucho más sólida, palpable, fiablemente real, vestida de campesina, muy del pueblo, vigorosa y tentadora como el pan bueno.

También él era distinto de como ella lo imaginaba, estaba delgado y andrajoso, sí, un poco deslucido, en el cuerpo y en el rostro, pero maduro, equilibrado, como si por fin se hubiera encontrado.

Se tomaron las manos, muy despacio, pero no se abrazaron. Solo muy poco a poco, Fernando se llevó sus manos a los labios, despacio, primero una, luego la otra, y besó la piel descuidada de sus manos.

Al encontrarse de nuevo, después de tantas peripecias, intercambiaron solo unas pocas frases y muy simples. Ella dijo que lo veía con mejor aspecto del que había imaginado, pero muy delgado, y que le iba a costar mucho volver a engordarlo. Él preguntó si no era muy duro vivir allí, en Latour, tan sola, con su abuelo, que cada día estaba más difícil. Fue una conversación lenta, dificultosa, la que mantuvieron, pero a ellos no se lo pareció.

En los días siguientes se dio a conocer que la exhumación del cadáver del ciudadano Jean-Jacques Rousseau se llevaría a cabo el dieciocho mesidor, el gran homenaje funerario en París, el veinte.

Fernando recibió aviso de presentarse el veintitrés mesidor al alto mando de los ejércitos del Rin.

Al primero a quien comunicó que iba a ir al frente, fue a monsieur Gerber. Este se

asustó visiblemente, pero dijo con valentía:

—Comprendo vuestra decisión de luchar al lado de los bárbaros. A menudo, cuando pienso en la salvaje naturaleza del ciudadano Robespierre, querría gritar: ¡Atrás, Satanás! Pero cuando pienso en cuántas palabras de Jean-Jacques puede citar en su favor ese Robespierre, entonces suplico: ¡Satanás, quédate conmigo!

Reflexionó en voz alta:

—Así que el señor marqués abandonará Ermenonville el diecisiete mesidor, luego también os marcharéis vos, y yo me quedaré aquí solo junto a la tumba vacía. No será fácil.

Tenía que desahogarse por última vez con Fernando:

—¡Junto a Voltaire! —se lamentó—. ¡Van a ponerlo junto a Voltaire! Todavía no puedo comprender que vayan a obligar al indefenso muerto a compartir su descanso eterno con ese loco de la lógica. Esa era la grandeza de Jean-Jacques, reconoció que el universo no se somete a las leyes de la lógica humana. ¡Y ahora van a ponerlo junto a ese simio de la razón!

Gilberte, cuando Fernando le comunicó su inminente partida, empalideció mortalmente.

—Así que te vas por segunda vez a América —dijo. Él estaba de pie ante ella con sus largos brazos, torpe, apoyándose ora en el pie tullido, ora en el sano, su rostro mostraba preocupación, pero también decisión. Gilberte se apresuró a decir—: No, no, no voy a decir nada en contra. Esta vez tienes que irte, lo entiendo —e intentó una preocupada sonrisa. Fernando, un poco necio, dijo:

—También entonces tuve que irme.

Gilberte contestó:

—Pero fue una lástima. Eso quizá sí lo reconocas.

Y de pronto se besaron salvajemente.

Al cabo de un rato, dijo Gilberte:

—Esta vez no habrá un abuelo que diga «Y ¿qué va a ser de una viuda con un hijo?».

—No hay nada que desee más que casarme contigo, Gilberte —dijo Fernando—, y con las autoridades republicanas no es necesario hacer un largo recorrido de súplicas. Pero se requieren un par de semanas.

—¡Quién habla aquí de casarse! —se indignó Gilberte—. ¿Quieres tenerme, Fernando? —le dijo.

El rostro apagado de Gilberte parecía muy joven; ya no quedaba en él ningún rastro de aquella leve sonrisa dura.

Yacieron juntos y cada uno sentía, en toda su más delicada complejidad, las sensaciones y los pensamientos del otro. Y de pronto ambos se rieron porque habían necesitado tantos rodeos interminables e innecesarios para llegar a estar juntos.

Más tarde, Gilberte dijo:

—Por supuesto, irás al homenaje funerario de Jean-Jacques en París. —Y como él

asintió, ella dijo sin dudar—: No iré contigo. —Valiente y franca, declaró—: Estoy celosa del pueblo y de Jean-Jacques.

Fernando, sin mucho entusiasmo, replicó:

—Pero tú perteneces mucho más al pueblo que yo —pero comprendía muy bien que ella quisiera dejarlo solo en ese día doloroso y grandioso.

—Estoy completamente segura de que todo irá bien —le dijo ella cuando se separaron—. Esta no será una felicidad corta e insolente, eso lo sé seguro.

Y Fernando dijo:

—Mañana, pasado mañana y para toda la vida.

A su padre no le dijo que se iba al campo de batalla.

Tampoco habló con él de la exhumación de Jean-Jacques. Pero de forma inesperada, dos días antes de la exhumación, fue el propio Girardin quien empezó a hablar de ella.

—Así que se llevará a cabo pasado mañana —dijo—. Fueron bondadosos esos caballeros, querían confiarme la reconstrucción de mis jardines. Pero no puedo quedarme aquí si se llevan a Jean-Jacques lejos. No puedo. —Y comunicó con obstinación a su hijo que al día siguiente abandonaría Ermenonville para siempre y se trasladaría a Latour, a casa de Robinet—. Me ha ofrecido varias veces un techo —explicó—. No será fácil vivir con un hombre tan pendenciero. Por otro lado, con la edad ha adquirido cierto sentido del gusto y por la naturaleza. Está tratando de convencerme de que reforme su parque a mi manera. Voy a hacerle ese favor aunque me cueste mis últimas fuerzas. No voy a dejar que me regale nada.

Fernando dijo de carrerilla:

—Yo tampoco voy a quedarme aquí, padre. Voy a ingresar en el ejército.

El marqués, tremendamente afectado, intentó erguirse.

—¿Te han aceptado en el ejército? —preguntó—. ¿Esos caballeros? —Y ya no se calló por más tiempo—. ¡Y a mí me rechazaron! —estalló—. ¡Y fueron Lafayette y Rochambeau los que me rechazaron!

Fernando se imaginaba todo cuanto pasaba por el interior de su padre: satisfacción por el hecho de que en esta guerra también luchara un Girardin, un miedo enorme por el hijo, una leve esperanza de que ese Estado degenerado y criminal de hoy quizá sí podría convertirse en la Francia de Jean-Jacques, y muchas otras cosas llenas de contradicciones.

—Estoy orgulloso, conde Brégy —dijo finalmente su padre—, de que luchéis por Francia. Pero tengo mis reparos acerca de si un Girardin debe luchar bajo las órdenes de esos caballeros. —Guardó silencio un rato y luego, cambiando de tono, prosiguió—: También tuve mis reparos cuando te fuiste a América. Más adelante me he dado cuenta de que quizá no tuve razón. Me he hecho viejo. Ya no sé quién de los dos está más cerca de Jean-Jacques. Y ahora, por favor, déjame solo. Estoy agotado y quisiera descansar.

Fernando comprendió que su padre no quería mostrarle su desconcierto y se

retiró.

Decidió abandonar Ermenonville al día siguiente, justo después de que su padre partiera. No se le había perdido nada allí. En cambio tenía mucho que hacer en París; tenía que equiparse, y debía tomar ciertas disposiciones por si se daba el caso que no regresara.

Remó hasta la pequeña isla. Por última vez, se acercó a la tumba de Jean-Jacques. Pensó en las felices y terribles horas que pasó sentado en la casa de verano ante las *Confesiones*, mientras Teresa andaba de un lado para otro y él devoraba aquella obra magnífica y brutal. Ahora tenía claro que Jean-Jacques, el más grande de entre sus contemporáneos, había estado tan encerrado en sí mismo como él mismo, el insignificante, el vulgar Fernando Girardin. A pesar de su irrefrenable afán por la verdad, Jean-Jacques se había creado su propio e imaginario cielo, que no podía ser el cielo de ningún otro, y su propio infierno, del que nadie podía salvarlo, su desolada locura.

Él, Fernando, que tenía la desventurada suerte de conocer a Jean-Jacques tan de cerca, lo sabía. Pero los otros no tenían más acceso a Jean-Jacques que a las *Confesiones*; para ellos, su cielo era el cielo, y su infierno, el infierno.

De pronto, con una claridad absoluta, casi dolorosa, Fernando comprendió que el Jean-Jacques real había desaparecido en su obra. Ya no estaba allí, estaba muerto del todo y por completo, tan muerto como aquellos que eran ejecutados en su nombre, como los que yacían en la fosa de cal. Monsieur Gerber no tenía razón. Jean-Jacques, el hombre, esos jardines por los que había vagado, la mujer con la que había dormido, los huesos que había bajo el monumento funerario, todo aquello no tenía nada que ver con su obra, y lo que se sabía de la desdichada vida de Jean-Jacques solo estorbaba el conocimiento de su obra. *La nueva Eloísa* y el *Emilio*, el *Contrato social* y las *Confesiones*, cada uno de esos libros empezaba su propia vida, nueva, con cada nuevo lector, vivía su propia vida, liberada del hombre que la había creado. Lo que el creador había puesto en ellas era solo una semilla. Crecía y proliferaba, locura y razón, por su cuenta, hasta adquirir proporciones gigantescas. Se propagaba por Francia y por el mundo, tal y como él había querido, muy distinto de como él había querido.

Girardin, al día siguiente, rogó a Fernando que no lo acompañara a Latour.

Estuvieron juntos una última vez. Girardin, ya vestido para el viaje, estaba sentado, delgado y débil, en el amplio sillón. A su lado, sobre una mesita dorada, yacía el manuscrito de la obra sobre la voluntad general, hojas sueltas, sin empaquetar.

—Siempre he querido leerte algunos fragmentos —dijo—, pero no ha habido ocasión. Ayer aún pensé que hoy podríamos hacerlo, pero me temo que me costaría demasiado esfuerzo.

Le alargó a Fernando, con mano temblorosa, una hoja, y una segunda y una tercera. Miraba expectante a Fernando.

Este comprendió que debía leerlas él, en voz alta. Así lo hizo.

En aquellas hojas había frases de Jean-Jacques y la interpretación de Girardin. En un lugar se decía: «La voluntad general siempre tiene razón; si no coincido con ella, no tengo razón», y a eso seguía un comentario del marqués. O en otro punto podía leerse: «La voluntad general es la unión del poder y de la libertad, al más alto nivel. La voluntad y la ley se hacen una, la pasión enmudece ante el mandato de la razón».

Fernando consiguió leer con claridad e imparcialidad, ninguna emoción le veló la voz. Su padre escuchaba, sonriendo, asintiendo con satisfacción.

—La obra no está mal —dijo—. Por supuesto habría que pulir algunas cosas aquí y allá, pero no sé si conseguiré hacerlo. También tengo que reformar los jardines de Latour, y me temo que estoy más viejo de lo que me correspondería por la edad que tengo. Dame la pluma —se interrumpió impaciente, y escribió bajo la última hoja: «Finis»—. Llévate el manuscrito —le ordenó—, léelo, y en París, antes de seguir tu viaje, entrégaselo al doctor Lebègue para que lo guarde bien. Debe publicarse cuando haya llegado el momento.

Fernando ató el manuscrito, Girardin miraba y trataba de ayudarle.

Una vez hecho eso, Girardin dijo con calma:

—Supongo que estarás muy ocupado allí fuera. Pero cuando encuentres tiempo, escíbeme alguna vez. En América estuviste muy callado.

Fernando lo acompañó hasta el carruaje. Lo abrazó.

Una hora más tarde él mismo partía hacia París.

La glorificación de Jean-Jacques

Al día siguiente fue desenterrado el féretro de Jean-Jacques. Los sepultureros llevaban pesadas ropas de domingo, sudaban. No estaban presentes ni Girardin, ni Fernando. Pero asistieron al acto solemne miembros de la Convención y otros dignatarios, y desde la pequeña lengua de tierra monsieur Gerber contemplaba aquel delito atroz, con el rostro inexpresivo, pálido como el de un muerto.

El marqués, en Latour, sabía que a esa hora estaba sucediendo aquel horror. Gilberte le había pedido que se tomara un brebaje para dormir, pero él lo había rechazado, había rechazado también cualquier apoyo, cualquier compañía. Encogido en su cama, su cuerpo extenuado se retorció, sufría.

Los hombres, después de realizar el trabajo, llenaron de nuevo de tierra la fosa y volvieron a colocar el altar en su lugar, de modo que nada parecía haber cambiado. Llevaron el féretro por el lago, a golpe de remo, cruzando aquella breve distancia, y los delegados de la Convención y los funcionarios de la República lo llevaron, relevándose, por el parque de Ermenonville. Monsieur Gerber los seguía, las lágrimas corrían por su rostro, los sollozos lo sacudían. En el pueblo de Ermenonville

esperaban los ciudadanos que formaban la comitiva que acompañaría al muerto hasta París. No faltaba casi nadie. Algunos lloraban: el llanto de los demás era acallado por el del compadre Mauricio.

De todas las partes de Francia había delegaciones en camino para asistir a la celebración. También Ginebra, la joven República hermana de la nueva Francia, había mandado a una legación muy numerosa.

Por todo el camino esperaban al difunto Jean-Jacques delegados de la Convención y del Gobierno, para llevar el féretro. Así, de hombro en hombro, el muerto pasó por ciudades y pueblos que habían sido decorados por el pintor David, el primer artista de Francia, siguiendo el estilo grandioso y sencillo de la República. Allí donde llegaba la procesión se añadía una nueva comitiva fúnebre, y cuando, a última hora de la tarde del diecinueve mesidor, la procesión llegó a París, estaba formada por muchos miles de personas.

En los jardines de las Tullerías se había construido un pequeño lago artificial y en el centro del mismo había una reproducción de la isla de los grandes álamos. Sobre esta isla se depositó el féretro, entre antorchas, y durante toda la noche estuvo pasando gente a la orilla del pequeño lago para mostrar su respeto al muerto.

Resultó magnífico que durante esa noche se recibieran despachos que hablaban de victoria desde el escenario de la guerra en el norte. Los ejércitos de la República, y eso era una novedad en la historia de la guerra, habían luchado también desde el aire. Al son del himno de la *Marsellesa* se levantó por encima de la pequeña ciudad de Fleurus una gran esfera amarilla, un montgolfière, un globo cautivo, que fue de gran utilidad para averiguar los movimientos del enemigo. Fue una gran victoria la que se consiguió allí en Flandes, y cuando al día siguiente, el pintor David anunció a la Convención reunida en las Tullerías que la comitiva fúnebre estaba dispuesta, el presidente pudo proclamar desde el balcón de las Tullerías a la gigantesca multitud que la guerra otra vez había sufrido un cambio favorable, París estaba definitivamente libre de cualquier peligro.

Los miembros de la Convención abandonaron las Tullerías y se unieron al cortejo. Envueltos en enormes bandas azul-blanco-rojo avanzaba el enjambre de legisladores; por delante de ellos era llevado el manuscrito del *Contrato social*.

Todo el pueblo participó en la procesión. Ordenados en grupos muy bien definidos, avanzaban a grandes pasos campesinos, artistas y artesanos. Cintas con inscripciones ondeaban al viento, imágenes de todo tipo acompañaban el cortejo.

Un gran rótulo, en el que estaban escritos los derechos del hombre, era llevado por delante de los representantes del municipio de París, y una bandera anunciaba: «Él fue el primero en exigir estos derechos». En lo alto de un carruaje se alzaba una estatua de Jean-Jacques; la comitiva estaba rodeada de ciudadanos de Montmorency, Grolay, Franciade, su bandera decía: «Entre nosotros creó a *Eloísa*, el *Emilio*, el *Contrato social*». La bandera del Instituto de Agronomía, decía: «El estudio de la naturaleza lo consoló de la injusticia de los seres humanos». El estandarte de la

República de Ginebra, a su vez, anunciaba con audacia: «La Ginebra de los aristócratas mandó al destierro al más grande de todos sus hijos. La nueva Ginebra ha construido su Estado sobre sus enseñanzas».

Larga y lenta avanzaba la comitiva, envuelta en música. Tronaban disparos, la multitud lanzaba vítores. Apenas se veían las casas en la marea de banderas tricolores de la República; incluso los santos de piedra de las iglesias llevaban la tricolor.

Los amigos de Jean-Jacques formaban un pequeño y silencioso grupo. La gente los miraba con curiosidad. Muchos esperaban ver a la viuda de Jean-Jacques, algunos también al viejo Girardin; faltaban, quizá habían muerto. Pero sí que estaban Ducis y el doctor Lebègue, el pastor Moulou de Ginebra y el joven Girardin.

Fernando iba vestido de forma sencilla. Era un hermoso día; en el cielo, muy claro, resplandecían un par de nubes pequeñas, apresuradas, blancas, soplaban un viento fresco, de modo que no hacía excesivo calor. A pesar de todo, Fernando se sentía incómodo. La comitiva se movía despacio, a Fernando le dolía el pie tullido.

Sus pensamientos eran rebeldes. Los jacobinos que celebraban a Jean-Jacques no querían saber nada de su gran libro, de las *Confesiones*; estrangulaban la voz demasiado humana del libro en el estruendo de las tubas y trompetas con que celebraban el *Contrato social* y su novela educativa, el *Emilio*.

Ponían la República en el lugar de las *Confesiones*. Con razón. Porque más grande que ese, el más grande libro de Jean-Jacques, era su resultado: la Revolución. Era su obra más terrible, repulsiva y sublime. Era del todo suya, llevaba todos sus rasgos, era una copia exacta de su naturaleza y de su vida. Pecaba siguiendo la pauta de sus grandes pecados, que traían bendiciones: ahogaba el entendimiento en una marea de emociones.

¿No era realmente una comedia desatinada enterrar a Jean-Jacques junto a Voltaire? Voltaire iba a reírse con malicia en su féretro, y Jean-Jacques iba a devolverle desde el suyo la misma sonrisa maliciosa.

Seguía habiendo algunos que consideraban a Voltaire el padre de la Revolución. Pero su aguda, perversa y brillante lógica solo había convencido a unos pocos escogidos, no los había arrastrado. La doctrina de Voltaire era una llama fría, daba luz, pero no calentaba. La de Jean-Jacques emanaba calor, brasas. Él era la chispa, y ahora el mundo ardía. Su emoción irrefrenable, que hacía estallar la razón, había puesto en marcha las masas, barrido el viejo orden y creado los catorce ejércitos que ahora estaban a punto de quitarle al mundo el anzuelo de la boca, de liberarlo.

Pero precisamente porque era así, ¿no tenían los jacobinos el derecho de rescatar a Jean-Jacques del delicado parque del aristócrata para llevarlo a la casa de honor del pueblo? ¡Dijera lo que dijera monsieur Gerber, tenían derecho a hacerlo!

Y por más que a Fernando lo molestara, tenía también su sentido que ahora Jean-Jacques y Voltaire yacieran juntos. Si la cáustica razón del uno y la apasionada emoción del otro no se hubieran unido en una única llama, la Revolución no habría triunfado.

Pero poco a poco, mientras avanzaban así, Fernando dejó de sopesar y juzgar. Los pensamientos se le enredaron, se le convirtieron en emociones, en la gran emoción del pueblo que lo rodeaba.

Lo que aquel pueblo sentía era orgullo y alegría. Era un gran hombre aquel que traían de regreso y le pertenecía al pueblo de París. No había sido ningún general, ni ningún hombre de Estado, no había luchado en victoriosas batallas, ni había firmado magníficos tratados, solo había sido un escritor, un filósofo, y no sabían muy bien qué era eso, y apenas uno de cada cien había leído sus libros. Pero unas pocas palabras suyas, un par de frases les habían sido gritadas al oído y habían penetrado en sus corazones en las horas de su indecisión, y eran tales esas palabras, que al oír las había que ponerse en marcha y atacar. Y habían marchado, y habían atacado, y, en consecuencia, los libros de aquel muerto eran más útiles que los cañones de los generales y las plumas de los hombres de Estado. Hoy, aquellos centenares de miles se sentían estrechamente unidos en espíritu a ese hombre, se sentían elevados, porque ahora ellos también compartían su espíritu.

Así avanzaba el muerto, triunfal, por las calles de París por las que a veces, en vida, había huido penosamente de sus perseguidores, y las mismas personas que se habían reído burlonas del loco se descubrían la cabeza ante el sabio y el maestro.

Por todas partes había música, cantos. Pero destacaba, acallando todo lo demás, aquella canción popular de Rouget que habían traído los luchadores por la libertad procedentes de Marsella que la Convención, hacía poco, había declarado el himno de la República: la *Marsellesa*. Los músicos, los de la comitiva y los de fuera, tocaban la canción y cantaban la canción los diez mil que caminaban en la procesión y los cientos de miles que la veían pasar. «Allons, enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé» (Alzaos, amigos, patriotas, el glorioso día ha llegado) resonaba, cantada con brío desde todas partes, la instigadora canción de la República, y era como si fuera esta canción la que empujaba la comitiva hacia delante, hacia el Panteón.

Cada vez que la comitiva efectuaba algún pequeño giro, Fernando veía a una altura considerable el gigantesco sarcófago de Jean-Jacques. Había visto en el jardín de las Tullerías el carruaje, fúnebre y triunfal, que llevaba el sarcófago. Doce caballos blancos, conducidos por hombres vestidos con el antiguo traje tradicional, tiraban de él, rodaba sobre cuatro ruedas de bronce enormes. Candelabros antiguos rodeaban el sarcófago de granito que encerraba el féretro con el cadáver; se quemaba incienso y perfumes. Sobre el sarcófago había un triclinio, hecho al estilo de los romanos. Echado encima, medio incorporado, la cabeza apoyada en una mano, se perfilaba contra el claro cielo, hecha en cera, la figura de Jean-Jacques.

Fernando se dio cuenta con asombro de cómo, a la vista de esa imagen, se desdibujaba la figura de Jean-Jacques en vida. Intentó retenerla, pero ante el recuerdo del hombre vivo se interponía de forma irrefutable y opaca la imagen idólatra de cera que avanzaba allí delante, rodeada de nubes de incienso. Y el eco de la *Marsellesa* se llevaba cada vez más lejos al verdadero Jean-Jacques, hasta lo inalcanzable. Fernando

experimentó, casi físicamente, cómo el auténtico Jean-Jacques desaparecía. Lo que en Jean-Jacques había sido cotidiano, se hundió, dejó de estar allí; lo único, lo eterno destacó, se elevó, flotó allí delante, atrayendo todas las miradas.

La comitiva había llegado a su objetivo. Aquí, en el punto más alto de la parte izquierda de la ciudad vieja, se había empezado a construir, bajo el reinado de Luis XV, una iglesia dedicada a Santa Genoveva. Pero la dificultosa obra había requerido un cuarto de siglo; solo quedó terminada después de que Luis XV hubiera perdido el poder y la Asamblea Nacional había convertido la iglesia en Panteón para enterrar en él a hombres destacados.

El edificio era magnífico y estaba coronado por una elevada cúpula. La comitiva llegó al hermoso pórtico, lo cruzó, penetró en el interior.

Frío y severo, rodeó a los que llegaban procedentes de la abundancia de luz y de ruido del exterior, el silencio y la penumbra de gigantesco atrio dividido por nobles columnas. Grupo tras grupo fueron entrando, el edificio se iba llenando cada vez más. Se dejó libre un estrecho pasillo que dividía a la multitud y ahora oscilaba hacia el interior, sobre fuertes hombros, el catafalco. Recorrió el pasillo y fue depositado delante de todo.

De la multitud se separó una figura pequeña vestida con una casaca azul, recorrió el pasillo, que se mantenía abierto, y subió, mientras todos los ojos lo seguían, los escalones que llevaban hasta el catafalco.

Allí estaba, en pie ante el féretro, Maximilien Robespierre. Casi durante un minuto miró en silencio, sin moverse, a la multitud que también guardaba silencio. Se recogió en sí mismo. Pensó en la promesa que había escrito en su diario después de la conversación con Jean-Jacques: iba a destruir, siguiendo las enseñanzas de Jean-Jacques, el viejo edificio y a levantar uno nuevo. La nueva Francia, la Francia de Jean-Jacques, había sido construida. Por supuesto, los enemigos eran todavía muchos, su perfidia atentaba contra su vida, la de Maximilien, y era muy posible que él cayera antes de que la batalla hubiera terminado. Pero ese no era un precio excesivo por todo lo que se había conseguido.

—Si Jean-Jacques —empezó por fin, y no levantó la voz, de modo que los que le escuchaban se vieron forzados a guardar un silencio aún más profundo—, si Jean-Jacques fuera solo el mayor escritor de nuestro siglo, la boca más elocuente, dejaríamos que fuera la posteridad la que lo apreciara y honrara su memoria. Él es mucho más: él es uno de los eternos profetas de la humanidad. Él ha fundado el reino de la razón y ensanchado las provincias de la virtud. Él fue más que un ser humano, él fue instrumento del Ser Supremo. Él vio a los pueblos de rodillas ante cetros y coronas y se atrevió a decirles: levantaos. Él se atrevió a llevarles la buena nueva: libertad e igualdad. Como el propio Dios, arrojó sus ardientes palabras en los corazones y consiguió lo que ninguno antes de él había conseguido: los pueblos se levantaron.

Fernando escuchaba con un escalofrío. Ese inquietante Robespierre sabía de los

abismos que había en Jean-Jacques, sabía lo que había creído saber solo él, Fernando. «Como el propio Dios». Robespierre sabía que Jean-Jacques, en lo más profundo y loco de su desesperación, había sido «inaccesible a la perturbación, igual a Dios». Y sin embargo, ese Robespierre solo veía un lado de Jean-Jacques. Convertía a Jean-Jacques en un dios, no veía el Jean-Jacques de las *Confesiones*, no toleraba nada humano en el hombre cuyo mayor orgullo había sido ser una criatura humana.

—Él, como Sócrates —gritaba ahora Robespierre, y su voz sonaba alta, cristalina e incisiva en el último rincón de la amplia estancia—, ha hecho descender la filosofía desde el cielo a la tierra, a las ciudades y a las casas. Ha obligado a las personas a reflexionar sobre sus vidas y sobre el Estado y la comunidad, y sobre qué es justo o injusto, bueno o malo. Nos ha enseñado a no quedarnos anclados en el pasado, sino a avanzar hacia el futuro.

Eran buenas frases, y a pesar de lo mucho que separaba a Fernando de Robespierre, tenían una misma doctrina, una misma fe, un mismo objetivo.

Robespierre había terminado. Levantaron el féretro del catafalco para llevarlo a la cercana cripta.

Fernando, durante una fracción de segundo, vio en su interior el cadáver que yacía allí delante, en su féretro, con la terrible brecha en la sien. Y vio el cadáver con la cabeza cubierta por una costra de sangre, yaciendo sobre la cama de la casa de verano. Y el cadáver se le hizo viviente. Y vio a Jean-Jacques sentado en el claro, sumido en su tranquila desesperación, lo vio sentado amigablemente con Teresa, vio la apasionada fe que irradiaba su rostro cuando proclamaba: «El ser humano es bueno», vio la locura en sus ojos cuando se juzgaba a sí mismo el primero de los mortales y al mismo tiempo el último.

Ahora el féretro se ponía en movimiento hacia la cripta, y en ese momento, sin que nadie lo hubiera dicho, pero como si se hubieran puesto de acuerdo, todos los asistentes entonaron la *Marsellesa*: «Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!», cantaban: «¡A las armas, camaradas! ¡Comaradas, cerrad el Rin!». Y: «Marchons, marchons!» (¡Adelante! ¡Adelante!). La canción, que amenazaba con derribar los muros y el techo, no solo llenaba el grandioso edificio, llegaba desde fuera, llegaba de todas partes, era como si todo París, toda Francia cantara esa canción, la más osada de todas.

El eco de la canción, la visión del cortejo con el féretro se llevó las visiones de Fernando, le hizo acabar y olvidar todo exceso, lo arrastró. Lleno de una arrolladora dicha, sintió cómo su Yo seguía fundiéndose, uniéndose a la emoción de todos. Ya no era un extraño, era uno con aquellos que cantaban. Todo aquello que lo rodeaba se abría paso hacia su interior, él se convirtió en una parte viva de aquel todo, se convirtió en algo más que él mismo, se convirtió en pueblo.

«Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!» cantaba en su interior, a su alrededor, penetrando en él desde todas partes.

Por última vez, oscilando ahora sobre la cripta, se hizo visible el féretro. La

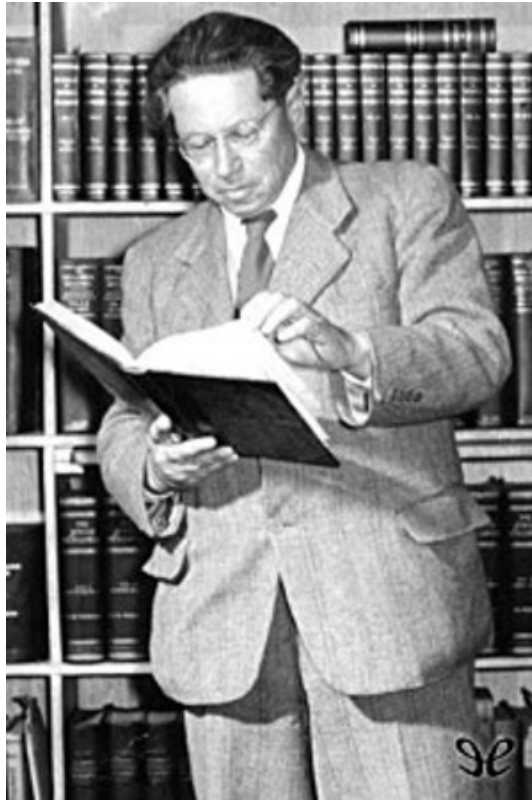
canción se interrumpió.

El súbito silencio rompió el hechizo en Fernando. Agudo y lleno de tormento se le clavaba el pensamiento sobre todo lo que aquellos nuevos y violentos discípulos de Jean-Jacques, esos tenebrosos, felizmente creyentes, habían vulnerado, lo mucho que se desviaban de sus enseñanzas. Pero la dolorosa punzada de la razón que se lamentaba duró solo un instante. «Marchons quand même!». Y a pesar de todo, ¡adelante!, pensó. Casi lo habría gritado en el silencio: «Marchons quand même!».

Durante un maravilloso minuto sintió en él toda la fuerza del atrevido impulso del arco que de modo grandioso y lleno de sentido saltaba desde *La nueva Eloísa* a la *Marsellesa*, de la noble, simple y bienintencionada tumba en la isla de los grandes álamos a la cripta del Panteón. Percibió la riqueza desbordante de Jean-Jacques, ese conocimiento absoluto que conservaba la razón contra toda razón. Vio el sentido de su propio destino. Él, un pequeño discípulo de Jean-Jacques, había tenido que abrirse paso a través del sufrimiento, la decepción, la desesperación, para que pudiera estar dispuesto para este minuto de cumplimiento. Y aunque no tuviera nada más que ese minuto, su vida sería digna de haber sido vivida.

El féretro descendió. Descendió. Desapareció de la vista.

De nuevo se levantó el canto. «¡Adelante! ¡Adelante!» cantaban mientras, olvidado e inolvidable, Jean-Jacques desaparecía en la cripta y en su gloria.



LION FEUCHTWANGER. Nace en Múnich el 7 de julio de 1884.

Estudia Literatura y Filosofía, primero en Múnich y luego en Berlín.

En 1912 contrajo matrimonio con Martha Loeffler.

Tras cinco meses y medio de servicio militar en Múnich (hasta que es apartado del servicio por enfermedad), crece su antibelicismo y escribe sus obras más políticas. Alterna la novela y el teatro. *Warren Hastings* y *Die Kriegsgefangenen* (*Los prisioneros de guerra*), drama prohibido por las autoridades prusianas, lo mismo que *Thomas Wendt*, le van dando un gran reconocimiento público.

En 1924 escribe con Bertolt Brecht *Leben Eduards des Zweiten von England* (*La vida de Eduardo II de Inglaterra*). Aunque con *Die hässliche Herzogin* (*La duquesa fea*) del año 1923 ya se había enfrentado a la novela histórica, es *Der Jud Süß* (*El judío Süß*), primera de sus obras de tema judío —publicada en 1925, el año de su traslado a Berlín—, la que le valió éxito internacional.

Con *Erfolg* (*Éxito*), del año 1930, su primera novela de ambiente moderno, se ganó definitivamente la animadversión de Goebbels, que se refirió a él como un criminal antipatriota.

Desde el exilio retoma su vasta trilogía sobre el Imperio romano, protagonizada por Flavio Josefo. El primer volumen. *Der jüdische Krieg* (*La guerra judía*), se había publicado en 1932, en Alemania. La segunda, *Die Söhne* (*Los hijos*), aparece en 1935, en Francia. La tercera, *Der Tag wird kommen* (*El día llegará*), no aparece hasta

1954, ya definitivamente instalado en los Estados Unidos.

En 1936 publica *Der falsche Nero (El falso Nerón)*, en la que los romanos Terenz y Knops son un claro retrato de Hitler y Goebbels.

Su novela siguiente, *Paris Gazette*, toma como protagonistas a un grupo de emigrantes reunidos en la capital francesa. Al estallar la Segunda Guerra Mundial es internado por las autoridades francesas en Les Milles, en Provenza, experiencia sobre la que escribió *Unholdes Frankreich (El diablo en Francia)*. Consiguió escapar a Estados Unidos y volvió a trabajar con Brecht en *Die Geschichte der Simone Machard (La historia de Simone Machard)*.

Siguió dedicándose a la novela histórica: *Simone*, sobre la resistencia francesa, y *Goya*, sobre el genial pintor y la duquesa de Alba.

En 1952 publicó *Narrenweisheit oder Tod und Verklärung des Jean-Jacques Rousseau (La sabiduría de los locos o Muerte y transfiguración de Jean-Jacques Rousseau)*. En 1955 publicó *Die Jüdin von Toledo (La judía de Toledo)*. En 1957 publica *Jefta und seine Tochter (La hija de Jefté)*, su última obra.

Muere en Los Ángeles en 1958.

Notas

[1] [*Sic*]. Así aparece en el original de papel, aunque seguramente no se trata de «el Convento», sino de «la Convención». [N. del e. d.] <<